

VIDA

DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Ejemplar núm. 96



Ignatio de loyola

VIDA

DEL

BIENAVENTURADO PADRE

IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR DE LA RELIGION

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

POR EL

PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA

RELIGIOSO DE LA MISMA COMPAÑÍA



MADRID

IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1880



TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE LA VIDA DE NUESTRO B. PADRE IGNACIO.

LIBRO PRIMERO.

Páginas.

LIBRO SEGUNDO.

Páginas.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

FIN DE LA TABLA.



VIDA

DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

FUNDADOR

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

POR EL P. PEDRO DE RIVADENEIRA.

Nueva edicion de todo lujo, precedida de un prólogo por el P. MIGUEL MIR, *de la misma Compañía.*

PROSPECTO.

ENTRE todas las vidas ó historias de San Ignacio de Loyola, como la del Padre Pedro de Rivadeneira fué la primera que se escribió, así será la primera á que acuda todo el que desee conocer el carácter glorioso del Fundador de la Compañía de Jesus.

Fué el P. Pedro de Rivadeneira discípulo muy regalado de San Ignacio. Niño aún, y antes de ser confirmada la Compañía por la Sede ápostólica, abrazó su instituto, allegándose al Santo Fundador, entregándose á su direccion, y mereciendo de él correspondencia de afecto y cariño más que de padre.

Por donde quiera que se mire esta obra, el crítico más descontentadizo tendrá que convenir con cuánta razon decia de ella el Padre Fr. Luis de Granada, no haber visto otra ninguna escrita con mayor prudencia, y mayor

elocuencia, y mayor muestra de espíritu y doctrina en la historia. En verdad, todos los que han leido la vida de San Ignacio han asentido con la exactitud del juicio de autor tan grave como el P. Granada, teniéndola universalmente por la obra maestra del P. Rivadeneira, aquella que trabajó con más empeño y amor, al fin como obra de un hijo agradecido que se complacia en hablar de su santo y suavísimo padre.

Esta obra bellísima es la que damos hoy á la luz pública, como parte de la série de las del P. Rivadeneira que hemos divulgado, y que tan grande aceptacion han tenido en el público español.

Como ellas, va embellecida con todos los adornos del arte de imprimir. Precédela un hermoso retrato de San Ignacio, grabado con singular maestría por el distinguido artista señor Maura, para cuyo dibujo ha servido el cuadro original de Sanchez Coello y la efigie que se venera en la iglesia de San Isidro de esta Córte, obras hechas con la direccion y consejo del P. Pedro de Rivadeneira.

Este retrato lleva la firma *Ignatius de Loyola*, tomada de la fórmula de la solemne profesion que hizo San Ignacio en Roma á 22 de Abril del año 1541, y que es la única vez que sepamos haber firmado con su nombre y apellido. Al fin de la vida publicamos un Apéndice que señalamos á la atencion de todos los curiosos y aficionados á las cosas del Fundador de la Compañía de Jesus. Es el tratado sobre la manera de gobierno de San Ignacio, escrito por el P. Rivadeneira, joya literaria de altísimo valor y que se puede decir que ha permanecido inédito hasta ahora, pues aunque hace al-

gunos años que anda impreso, se tiraron de él pocos ejemplares, y áun estos no salieron de un círculo muy reducido.

Finalmente, para digno remate de esta obra, publicamos tambien una oracion á San Ignacio, hecha por el P. Rivadeneira, como muestra de la devocion entrañable que profesaba á su amante y cordialísimo Padre.

En las circunstancias porque atravesamos nadie podrá poner en duda la conveniencia y oportunidad de esta publicacion; por lo que es de esperar tendrá la misma favorable acogida de las personas ilustradas, piadosas y amantes de los buenos libros que han tenido los demas que hemos publicado de tan dulce, elegante y elocuentísimo escritor.

Para el texto se ha seguido puntualmente la edicion de Sanchez de 1605, que forma autoridad en las obras del P. Rivadeneira, y con la cual no están del todo conformes ninguna de las publicadas con posterioridad.

Esta obra forma un bellísimo y elegante tomo en 8.°, de cerca de 700 páginas de impresion compacta, correcta y esmerada, equivaliendo á dos volúmenes; pues cada plana tiene 37 líneas, ó sean ocho más que las otras obras del mismo ilustre autor que hemos publicado con anterioridad.

Se halla de venta en todas las principales librerías del reino al precio, relativamente ínfimo, de **24 reales** en Madrid, 28 en provincias y 48 en Ultramar.

Deseosos de facilitar la adquisicion de esta

obra notable, se hará la importantísima rebaja de una peseta á todo el que tome de una vez **dos** ejemplares, costando por consiguiente los **dos, 40 reales** en Madrid, 48 en provincias y 88 en Ultramar.

Se ha hecho una corta tirada de cien ejemplares en papel de hilo numerados, que se venden al precio de **28 reales** en Madrid, **32** en provincias y **56** en Ultramar, sin que á estos alcance dicha rebaja extraordinaria.

Los pedidos, acompañados *precisamente* de su importe en libranzas ó letras, se dirigirán á D. José del Ojo y Gómez, calle de San Bernardino, núm. 10 duplicado, Madrid.

A los señores del comercio de libros se les harán rebajas proporcionadas al número de ejemplares que pidan; pero nunca ménos del 25 por 100, entendiéndose que el pago ha de ser adelantado, pues no se venden en comision.



MADRID: 1880.—Imprenta y fundicion de M. Tello.



PRÓLOGO.

La grandeza á que llegó el imperio español en el siglo décimosexto de nuestra historia, ni tuvo igual en los imperios que le precedieron, ó han seguido despues, ni es fácil que lo tenga en los que le hayan de suceder en adelante. Las armas y las letras, las artes de la paz y el estruendo de las conquistas y descubrimientos, la magnitud de las cosas que pasaron en aquella época memorable, y el valor de los hombres que las llevaron á cabo, acumularon en nuestra patria tantos elementos de prosperidad, influencia y poderío, que es casi imposible que se vuelvan á reunir jamás en ninguna otra nacion ni en ningun tiempo ó circunstancia. Nada faltó á aquella gloria; y aunque toda humana grandeza sea imperfecta y limitada por algun cabo, gózase el alma en contemplar cómo nuestros ilustres antepasados supieron, por punto general, hermanar la grandeza material con la moral y científica, y convertir los

todas las naciones, llevando la fama de su ilustre Fundador hasta los postreros confines de la tierra. Su nombre, ora perseguido y humillado, ora ensalzado y victorioso, aparece más ó ménos visible en gran parte de los acontecimientos de los últimos siglos; y hoy, en medio del pavoroso contraste de ideas, de intereses y pasiones que resuena á nuestro alrededor, cuando crece más la lucha y es mayor el tumulto y la confusion, óyese á todas horas el nombre de Ignacio de Loyola, en unos como símbolo de guerra y exterminio, en otros como enseña de salud y lábaro de esperanza, y en todos como objeto que impone el respeto y fuerza á la admiracion áun á sus más enconados adversarios.

No es extraño que varon tan egregio hallase escritores eminentes que intentaran representar á sus contemporáneos sus grandes virtudes y sus esclarecidas acciones y ejemplos, emulando con sus historias la inmortalidad de las hazañas que intentaban describir. Rivadeneira, Lúcas, García y Fluviá, en España; Bártoli y Mariani, en Italia; Bouhours, en Francia; Genelli, en Alemania, y recientemente Stuart Rose en Inglaterra, sin contar otros que sería largo enumerar, han fijado en páginas destinadas á no perecer, la noble figura del santo Fundador de la Compañía de Jesus.

No es esta la ocasion de encarecer el mérito de estas obras, reconocidas algunas de ellas cual modelos de estilo y monumentos de la literatura á

que pertenecen; mucho ménos es posible compararlas entre sí ó ceder la ventaja á una con detrimento de las demas, cuando cada cual de ellas posee méritos que sin oscurecer las de las otras, la hacen especialmente recomendable. Pero sí hay que decir que entre todas las vidas ó historias de San Ignacio de Loyola, como la del P. Pedro de Rivadeneira fué la primera que se escribió, así será siempre la primera á que acuda todo el que desee conocer el carácter del glorioso Fundador de la Compañía de Jesus.

Fué el P. Pedro de Rivadeneira discípulo muy regalado de San Ignacio. Niño aún, y ántes de ser confirmada la Compañía por la Sede apostólica, abrazó su instituto, allegándose al santo Fundador, entregándose á su direccion, y mereciendo de él correspondencia de afecto y cariño más que de padre.

Él fué su contínuo compañero por muchos años, de manera que, como dice el mismo Rivadeneira, «dentro y fuera de casa, en la ciudad y fuera de ella no se apartaba de su lado, acompañándole y sirviéndole en todo lo que se ofrecia, notando sus meneos, dichos y hechos con aprovechamiento de su alma y particular admiracion;» la cual crecia tanto más cuanto el santo Fundador iba descubriendo más de lo mucho que en su pecho tenía encerrado, y el amado discípulo iba con la edad abriendo los ojos para ver lo que ántes por falta de ella no veia. Por esta tan ínti-

ma conversacion y familiaridad que el P. Rivadeneira tuvo con San Ignacio, pudo ver y notar no solamente las cosas exteriores y patentes que estaban expuestas á los ojos de muchos, sino tambien algunas secretas que á pocos se descubrian, y, lleno como estaba su corazon del mismo espíritu que animaba al de San Ignacio, pudo á traves de la corteza y apariencia exterior de los hechos penetrar el alma, el intento y principio de vida que los engendraba. Así puesto á referir é historiar su vida, hubo de contar lo que él mismo oyó, vió y tocó con las manos, lo que pasó ante sus ojos y mucho de aquello en que tomó parte ó supo por testigos mayores de toda excepcion. Por lo cual será posible que haya libros é historias escritas con mayor ingénio ó elocuencia, pero difícilmente los habrá escritos con mayor puntualidad, diligencia y respeto á la verdad de las cosas ni con mayor sinceridad y sencillez.

Mas estas cualidades ó circunstancias de la obra del P. Rivadeneira, con ser tan importantes, no son á nuestros ojos las que más realzan su valor. En verdad el mérito y la exactitud de esta historia no consisten en la muchedumbre de los hechos que refiere, ni en la puntualidad de las fechas ó en la descripcion de los lugares, ni siquiera en el órden y claridad con que van narrados en ella los acontecimientos. En este punto seguramente hacen ventaja al P. Rivadeneira, Bártoli, con la grandiosidad incomparable de su estilo, nuestro puro y cas-

tizo García, el terso y acicalado Bouhours, y sobre todo el suave, elocuente y elegantísimo escritor (ó escritora, pues segun nuestras noticias, es ingenio femenil el que se oculta bajo el nombre de Stuart Rose) que publicó los años pasados en inglés la vida del héroe vascongado. Pero en lo que nuestro autor descuella y se aventaja á todos, es en el arte maravilloso con que nos introduce en la misma alma de San Ignacio, desenvolviendo ante nuestros ojos los tesoros encerrados en aquel sagrado pecho, descubriéndonos sus íntimos pensamientos, las ideas más secretas y los más sutiles movimientos de su corazon, y esto no con grandes y minuciosas descripciones, sino con palabras sencillísimas, con una frase no más, con un rasgo de su pluma, á la manera que un pintor excelente con cuatro líneas echadas como al descuido sobre el papel, nos da el retrato de una persona presentándonosla en toda su hermosa realidad, y haciéndonos ver no tanto las facciones de su semblante cuanto la misma alma que las mueve y anima.

¡Y qué vida, qué agitacion y movimiento resalta en este cuadro admirable, trazado por el P. Rivadeneira! ¡Cómo obran y se mueven en él todas las figuras! ¡Cómo á pesar de la muchedumbre innumerable de personajes que observa el lector pasar ante su vista, no puede apartarse un momento de ella la gran personalidad del Fundador de la Compañía! ¡Cómo le ve presente en to-

das partes con su direccion é influencia, animando á sus discípulos en sus generosas empresas, dirigidas á promover en el mundo la mayor gloria de Dios, é infundiéndoles aquel vivo é inextinguible entusiasmo, aquel celo eficacísimo, aquella fe y valor invencible que los hace trabajar incansablemente por la causa de Dios y salvacion de las almas! Y como con la vida de San Ignacio está enlazado íntimamente el orígen, crecimiento y manera de ser de la Religion que fundó, ántes como la Compañía de Jesus no sea más que el mismo espíritu de Ignacio, extendido y como derramado á lo exterior, y multiplicado (en lo que sufre la pobre condicion de la naturaleza humana) en muchos individuos, ¡con qué sencillez, humildad y moderacion habla de este santo instituto, sus principios, su forma y manera de vida, su milagroso acrecentamiento, sus empresas esclarecidas, sus padecimientos y martirios, sus trofeos y victorias!

Teniendo el P. Rivadeneira que contar en esta historia muchos casos observados por él, ó en que él mismo intervino, era forzoso hablar alguna vez de sí mismo, de sus cosas, de sus ocupaciones y de los percances de su vida; mas ¡con qué discrecion, con qué sencillez y naturalidad lo hace! Este *yo* tan enojoso en algunos autores que no pueden llenar una página de escritura sin sacar á lucir sus vanísimas personalidades, haciéndolas centro de todos sus razonamientos y discursos, ¡qué bien sabe

en la boca y en la pluma del P. Rivadeneira! ¡Qué deleite, qué dulce y sabrosa impresion experimenta el lector cuando revolviendo embebecido la historia de San Ignacio, se encuentra á deshora con estas expresiones: «yo lo ví, yo asistí á tal ó cual caso,» y otras por el estilo! ¡Con qué sincera y no afectada humildad cuenta cosas pasadas entre él y el santo Fundador que pudieran humillarle, y cómo las que podrian ceder en su loa y estimacion las arreboza de tal manera, que es casi de todo punto imposible averiguar que habla de su propia persona!

Y del estilo, del arte maravilloso con que el P. Rivadeneira dibuja el cuadro de la vida de su Santo Padre, de la viveza y suavidad del colorido, de la gracia, franqueza y naturalidad del diseño, ¿qué diremos que no se haya repetido cien veces, aunque nunca, como se debe, encarecido y ensalzado? Aquel estilo llano, sencillo, elegante, que, como decia el P. Fr. Luis de Granada, se nació con el P. Rivadeneira, é incorporado é identificado con él vive y resplandece en obras que serán perdurablemente el modelo, al par que la desesperacion de los que cultiven el arte dificilísimo de escribir, en ninguna se presenta tan puro, tan perfecto, tan adornado de las galas y luces del ingenio como en la vida del Bienaventurado Padre Ignacio. Este es el modelo único y aventajado del estilo histórico. Llano, clarísimo, abundando más en ideas que en palabras, cautiva

desde las primeras el ánimo del lector, llevándole en su mansa y sosegada corriente sin asomo de cansancio, ántes con tal encanto y dulzura, que trae enajenadas y como fuera de sí á todas las facultades del alma. Siempre igual á sí mismo fluye por toda la narracion con la misma facilidad y soltura; pero atemperándose á la naturaleza de las cosas que trata, ora es familiar y sencillo, ora vigoroso y grandilocuente, como en aquel admirable capítulo XVIII del libro segundo de su historia, en que para hacer ver el estado deplorable de las provincias de Alemania, y la necesidad de acudir á su remedio, cuenta las atrocidades cometidas en ellas por los luteranos. El lenguaje es la misma pureza, y elegancia; nada en él hay afectado, ó artificioso; todo es castizo, sincero, espontáneo y natural; y aunque en el trabar de los períodos, en la concision y brevedad de la frase y en el uso de ciertas partículas y expresiones se resienta á veces la historia del P. Rivadeneira del molde ó forma latina en que fué redactada primitivamente, esto mismo presta á su estilo una cierta gravedad y algo de aquel decoro ó majestad de la lengua romana que tan bien se acomoda á libros de esta clase.

De suerte, que por donde quiera que se mire la obra del P. Rivadeneira, el crítico más descontentadizo tendrá que convenir con cuánta razon decia de ella el P. Fr. Luis de Granada, no haber visto otra ninguna escrita con mayor pruden-

cia, y mayor elocuencia, y mayor muestra de espíritu y doctrina en la historia. En verdad, todos los que han leido la vida de San Ignacio han asentido con la exactitud del juicio de autor tan grave como el P. Granada, teniéndola universalmente por la obra maestra del P. Rivadeneira, aquella que trabajó con más empeño y amor, al fin como obra de un hijo agradecido que se complacia en hablar de su santo y suavísimo Padre, prenda del cariño de aquel espíritu generoso que aseveraba á boca llena que aunque se deshiciera todo en pedazos no pagaria lo que debia á su Santo Padre Ignacio, «por cuyas piadosas lágrimas y abrasadas oraciones (decia con gracia y donosura inimitables) confieso yo ser eso poco que soy.»

Esta obra bellísima es la que damos hoy á la luz pública, como parte de la série de las del P. Rivadeneira que ya hemos divulgado, y que tan grande aceptacion han tenido en el público español.

Como ellas, va embellecida con todos los adornos del arte de imprimir. Precédela un hermoso retrato de San Ignacio, grabado por Maura, para cuyo dibujo ha servido el cuadro original de Sanchez Coello y la efigie que se venera en la iglesia de San Isidro de esta córte, obra hecha con la direccion y consejo del P. Pedro de Rivadeneira, y que como decia con su ingénua sencillez el Hermano Cristóbal Lopez [1], su amanuense y compa-

[1] Vida ms. l. 3, c. 10.

ñero, «á dicho de quien lo entiende está en extremo buena.» Este retrato lleva la firma *Ignatius de Loyola* tomada de la fórmula de la solemne profesion que hizo San Ignacio en Roma á 22 de Abril del año 1541 y que es la única vez que sepamos haber firmado con su nombre y apellido. Al fin de la vida publicamos un apéndice que señalamos á la atencion de todos los curiosos y aficionados á las cosas del Fundador de la Compañía de Jesus. Es el tratado sobre la manera de gobierno de San Ignacio, escrito por el P. Rivadeneira, joya literaria de altísimo valor y que se puede decir que ha permanecido oculta hasta ahora, pues aunque hace algunos años que anda impreso, se tiraron de él pocos ejemplares, y áun estos no salieron de un círculo muy reducido.

Finalmente, para digno remate de esta obra, publicamos tambien una oracion á San Ignacio, hecha por el P. Rivadeneira, como muestra de la devocion entrañable que profesaba á su amante y cordialísimo Padre.

En las circunstancias por que atravesamos nadie podrá poner en duda la conveniencia y oportunidad de esta publicacion.

Todos saben que desde que se fundó la Compañía de Jesus ha sido objeto de las pasiones más encontradas, de amor ó aborrecimiento, segun la condicion de los hombres con quienes trató. Mas el odio de sus enemigos ha tenido épocas de re-

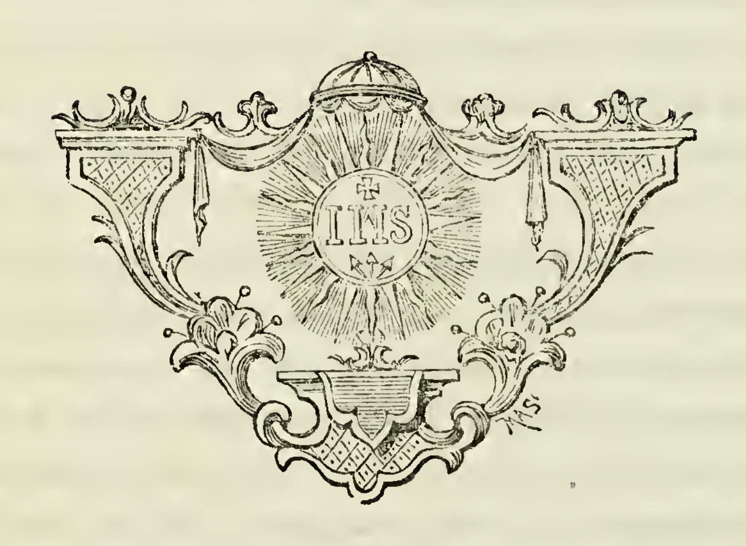
crudecimiento como dias de calma y tranquilidad. Hoy, desencadenadas en gran parte de Europa las pasiones revolucionarias, parece haber llegado á uno de los períodos de mayor exacerbacion, despeñándose á enconadísima lucha. A nuestros oidos llegan de contínuo los ecos de estos odios y los peligros, azares é incidentes de la nefanda batalla. Entre los que la sostienen y fomentan, pocos saben á dónde van ó á dónde enderezan sus tiros y los furores de sus acometimientos; los más pecan de necios y encalabrinados por la atmósfera de ridículas calumnias que sus enemigos han conseguido formar alrededor del nombre de la Compañía, blasfeman de lo que ignoran, y como los que crucificaron al Redentor del mundo, con cuyo título se enorgullece el célebre Instituto, cuando le calumnian y persiguen, verdaderamente no saben lo que se hacen. A confundir estas calumnias, á iluminar los entendimientos oscurecidos por la ignorancia, al par que á fortalecer los corazones de los buenos, va encaminado este libro. A amigos y á enemigos lo ofrecemos, á estos para que vean la vanidad y sinrazon de sus odios, á aquellos para su consuelo y para que se reanimen sus inmortales esperanzas.

Finalmente, al publicar la vida de San Ignacio de Loyola, muévenos tambien la idea de ofrecer á nuestra sociedad tan abatida por falta de grandes y vigorosos caractéres, la imágen hermo-

sísima de aquel insigne español, prez altísima de nuestra pátria, que enriquecido con todas las glorias del entendimiento, del valor y de la hidalguía, supo mostrar al mundo cómo no hay verdadera grandeza sino la que proviene de Dios.

MIGUEL MIR

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.





CARTA

DEL

P. F. LUIS DE GRANADA

PARA EL P. PEDRO DE RIVADENEIRA DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

M. R. P. en Cristo. Gratia et pax Christi, etc.

VUESTRA Paternidad me ha ganado por la mano, porque deseaba escribirle y darle las gracias por este libro que los Padres de aquí me habian dado como á hijo antiguo, que saben ser yo de la Compañía; el cual he leido y agora torno á leer la quinta parte, maravillado de la vida y heróicas y admirables virtudes de aquel nuevo espejo de virtud y prudencia que en nuestros tiempos envió Dios al mundo para salud de infinitas almas. A todos mis amigos, sin recelo de lisonja, he dicho lo que siento deste libro; y es que en esta nuestra lengua no he visto hasta hoy libro escrito con mayor prudencia y mayor elocuencia y mayor muestra de espíritu y dotrina en la historia, y mayor temperamento en alabar su instituto, sin perjuicio de todas las órdenes, ántes con grande loa de todas ellas y de sus institutos, y más

discretas y concluyentes razones para defender y aprobar los suyos, de cuantos hay en semejantes ó desemejantes materias escritos. Y ha propuesto V. P. á todos los hijos de la Compañía un perfetísimo dechado de todas las virtudes del Padre della; que ellos trabajarán siempre por imitar, y N. S. pagará á V. P. el fruto deste trabajo, y el beneficio perpétuo que en esto hace á todos sus hermanos presentes y venideros. Y fué cosa muy conveniente hacer V. P. esto en este tiempo, donde da testimonio de muchas cosas como testigo de vista, y otras que pasó con el Padre, y hace más verdadera su historia, pues se escribió en tiempo de tantos testigos de vista, donde no era lícito desviarse un cabello del hilo de la verdad. Por aquí tengo entendido ser verdad lo que dijo Quintiliano, que la elocuencia era virtud y parte de la prudencia, por ser ella *prudentia dicendi*. Sea Nuestro Señor bendito, que guió á V. P. en esta derrota por camino tan derecho, que sin envidia alabó su Órden y sin querella engrandeció las otras. El cual more siempre en la muy religiosa alma de V. P. con abundancia de su gracia. De Lisboa, víspera de San Juan, de 1584.

De V. P., siervo indigno por Cristo,

F. LUIS DE GRANADA.

CAPÍTULO

DE OTRA DEL MISMO PADRE, RESPONDIENDO Á UNA DEL PADRE RIVADENEIRA.

Cuanto toca al libro de V. P., confieso que no dije en la carta (de 23 de Junio) todo lo que sien-

to. El fruto dél será que el Padre Ignacio no murió, sino que está tan vivo retrato de virtud en esas letras, como si lo estuviera entre nosotros, y ahí lo tienen siempre vivo sus hijos para ver en él, no la carne y sangre, sino su espíritu y vida, y ejemplos de virtudes. Y lo que más noté en esta historia, es que el que escribe la vida de un santo ha de participar el mismo espíritu dél para escribirla como conviene: lo cual aprendí, no de Quintiliano, sino de san Buenaventura, que escribe la vida de su Padre san Francisco; y como él participaba el mismo espíritu del santo, así la escribe muy bien escrita, aunque las palabras no sean ciceronianas. Y para decir la verdad sin lisonja, esto fué lo que más en su historia me contentó, porque en ella ví en el hijo el espíritu de su Padre; y porque este es don del Padre de los espíritus, á Él debe V. P. dar las gracias. Y así le confieso, que ninguna cosa hay en la escritura que me desagrade, sino que todas me edifican y contentan: y querria, por una parte, no perdellas de la memoria, y por otra, que del todo se me olvidasen, por leer muchas veces el mismo libro con el gusto que recebí la primera vez que le leí.

Los milagros que V. P. al cabo refiere, son para mí tanto más admirables que los otros, cuanto es de mayor fruto la mudanza de los ánimos que la de los cuerpos. S. Bernardo refiere en la vida de san Malaquías, que este santo resucitó un muerto, y despues dice que mudó el corazon de una mujer muy brava, y este segundo tiene por mayor milagro que el primero, y tales son los milagros deste santo varon, que son las mudanzas de corazones y vidas, que él y sus hijos han hecho en todas las partes del mundo. ¿Y qué mayor milagro que haber tomado Dios á un soldado desgarrado y sin letras, y tan perseguido

del mundo, por instrumento para fundar una órden de que tanto fruto se ha seguido, y que en tan breve tiempo se ha extendido por todas las naciones del mundo? Sea, pues, bendito el Autor de tales maravillas; el cual more en el ánimo de V. P. con abundancia de su gracia. De Lisboa, á 28 de Julio.

Indigno siervo de V. P.,

F. Luis de Granada.





AL ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO

SEÑOR DON GASPAR DE QUIROGA

Cardenal de la santa Iglesia de Roma, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Chanciller Mayor de Castilla, Inquisidor Apostólico general contra la herética pravedad y apostasía en los Reinos de Su Majestad y de su Consejo de Estado.

ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR:

Es tan grande y tan antigua la obligacion, y conforme á ella el deseo que toda esta nuestra mínima Compañía de Jesus tiene, de servir á V. S. Ilustrísima, que tengo yo por muy grande merced de Dios N. S. ofrecérseme tan buena ocasion de mostrar este nuestro reconocimiento y deseo con dirigir á V. S. Ilustrísima el Libro de la Vida de N. B. P. Ignacio, Padre y fundador desta nuestra Religion (que yo algunos años ha imprimí en latin y agora he traducido y añadido en nuestra lengua castellana), y con publicarle debajo de su nombre y amparo. A lo cual tambien me ha movido, el parecerme, que habiendo V. S. Ilustrísima favorecido siempre esta nueva planta y obra de Dios, desde que ella casi comenzó, no le será cosa nueva ni dificultosa llevarlo adelante (como lo hace, obligándonos cada dia más con nuevas mercedes y fundaciones de colegios) ni dar con su autoridad fuerza á la verdad, que en esta his-

toria se escribe: pues fué tan grande amigo de nuestro B. P. Ignacio, y tan familiarmente le comunicó y trató; y por lo que vió y conoció en él, sacará cuán fundado en verdad debe ser todo lo que dél aquí se dice. Y por saber yo esto he querido dirigir á V. S. Ilustrísima este libro, para que ninguno que le leyere pueda poner duda en la verdad de lo que se escribe, ni calumniar lo que vee confirmado con testigo de tanta autoridad, y defendido y amparado con la sombra y escudo de V. S. Ilustrísima. Aunque no creo yo que habrá ningun hombre cristiano y prudente que tal haga. Porque aunque nuestra Religion no fué en sus principios tan conocida de algunos, y les parecia encubierta, como á las veces lo suele estar el sol cuando sale por la mañana; pero ya con el favor de Nuestro Señor, resplandece con tanta claridad, que por ninguna manera parece que se puede con razon negar ser esta obra de su poderosa diestra; ni haber sido el fundador della tal, cual convenia que fuese el que Dios escogió para plantar y fundar en su Iglesia obra tan grande. Asimismo he querido renovar con este mi pequeño servicio la memoria de aquel santo varon que tanto quiso á V. S. Ilustrísima, y á quien V. S. Ilustrísima tanto estimó y amó. Porque aunque tenga siempre muy fresca y presente esta memoria, y hable dél amenudo con grandes muestras de ternura y amor, todavía pienso que se holgará V. S. Ilustrísima que por su medio se publiquen las heróicas y esclarecidas virtudes deste siervo del Señor, para que siendo más sabidas sean tambien más estimadas é imitadas de muchos. Y toca á mí hacer esto más que á nadie, así porque de haberme criado desde niño á los pechos de nuestro B. Padre, soy testigo de la amistad estrecha que entre V. S. Ilustrísima y él

hubo, como por la merced tan conocida que V. S. Ilustrísima siempre me hace, como á hijo, aunque indigno, de tal Padre. Y cierto, que considerando yo lo que nuestro B. P. Ignacio hizo en Roma con V. S. Ilustrísima, y como sin ser buscado le buscó, halló y ayudó; y la cuenta que despues tuvo en conservar su amistad, y en que los hijos que tenia en España le sirviesen; y que cuando el Cardenal D. Juan Siliceo, con buen celo (que así se ha de creer) nos desfavorecia, me dijo á mí que vendria otro Arzobispo de Toledo que favoreciese y abrazase tanto á la Compañía, cuanto el Arzobispo Siliceo la desfavorecia, no puedo creer sino que entendió nuestro Padre cuán grande Príncipe y Perlado habia de ser V. S. Ilustrísima en la Iglesia de Dios, y que como á tal tanto ántes le miraba y reverenciaba, Suplico humildemente á V. S. Ilustrísima perdone este mi atrevimiento, pues se justifica por tantos y tan honestos títulos; y que reciba con esta historia mi voluntad, y las voluntades y los corazones de todos estos sus siervos, que por desear ser en todo hijos de tal Padre, y servir y acatar á V. S. Ilustrísima con el amor que él le trató, le ofrecen los vivos ejemplos y gloriosas hazañas de su vida, para testificar con esto lo que estiman y precian esta deuda, y la aficion de servir á V. S. Ilustrísima que de su santo Padre heredaron. Guarde Nuestro Señor la persona de V. S. Ilustrísima muchos años, como nosotros se lo suplicamos y la Santa Iglesia Católica lo ha menester. De Madrid dia de los gloriosos Príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, de 1583.

De V. S. Ilustrísima y Reverendísima, obediente y perpétuo siervo en Cristo

Pedro de Rivadeneira.



VIDA

DEL BIENAVENTURADO PADRE

IGNACIO DE LOYOLA,

FUNDADOR

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Á LOS HERMANOS EN CRISTO CARÍSIMOS

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS.

Comienzo, hermanos en Cristo carísimos, con el favor divino, á escribir la vida del bienaventurado Padre Ignacio de Loyola, nuestro Padre, de gloriosa memoria, y fundador desta mínima Compañía de Jesus. Bien veo cuán dificultosa empresa es la que tomo, y cuánto habrá que hacer para no escurecer con mis palabras el resplandor de sus heróicas y esclarecidas virtudes, y para igualar con mi bajo estilo la grandeza de las cosas que se han de escribir. Mas para llevar con mis flacos hombros esta tan pesada carga tengo grandes alivios y consuelos. Lo primero, el haberla yo tomado, no por mi voluntad sino por voluntad de quien me puede mandar, y á quien tengo

obligacion de obedecer y respetar en todas las cosas; este es el muy reverendo Padre Francisco de Borja nuestro Prepósito general, que me ha mandado escribiese lo que aquí pienso escribir; cuya voz es para mí voz de Dios, y sus mandamientos mandamientos de Dios, en cuyo lugar le tengo; y como á tal le debo mirar, y con religioso acatamiento reverenciar y obedecer.

Demas desto, porque confio en la misericordia de aquel Señor que es maravilloso en sus Santos, y fuente y autor de toda santidad, que le será acepto y agradable este mi pequeño servicio, y que dél se le seguirá alguna alabanza y gloria. Porque verdaderamente Él es el fundador y establecedor de todas las santas Religiones que se han fundado en su Iglesia.

Él es el que nos enseñó ser el camino de la bienaventuranza estrecho, y la puerta angosta. Y para que no desmayásemos espantados del trabajo del camino, y de las dificultades que en él se nos ofrecen, él mismo, que es la puerta y el camino por do habemos nosotros de caminar y entrar, quiso ser tambien nuestra guia, y allanarnos con su vida y ejemplo, y facilitarnos este camino, que á los flacos ojos de nuestra carne parece tan áspero y tan dificultoso. De suerte, que mirando á él, y siguiendo sus pisadas, ni pudiésemos errar, ni tuviésemos en qué tropezar, ni qué temer, sino que todo el camino fuese derecho, llano, y seguro, y lleno de infinitas recreaciones y consolaciones divinas.

Este Señor es el que con maravillosa y paternal providencia, casi en todos los siglos y edades, ha enviado al mundo varones perfetísimos como unas lumbreras y hachas celestiales, para que abrasados de su amor y deseosos de imitarle y de alcanzar la perfecion de la vida cristiana

que en el Evangelio se nos representa, atizasen y despertasen el fuego que el mismo Señor vino á emprender en los corazones de los hombres; y con sus vivos ejemplos y palabras encendidas le entretuviesen y no le dejasen extinguir y acabar.

Así que todo lo que dirémos de nuestro bienaventurado Padre Ignacio, manó como rio de la fuente caudalosa de Dios; y pues Él es el principio deste bien tan soberano, tambien debe ser el fin dél, y se le debe sacrificio de alabanza, por lo que Él obró en este su siervo y en los demas. Porque es tan grande su bondad, y tan sobrada su misericordia para con los hombres, que sus mismos dones y beneficios que Él les hace, los recibe por servicios, y quiere que sean merecimientos de los mismos hombres. Lo cual los Santos reconocen y confiesan, y en señal deste reconocimiento, quitan de sus cabezas las coronas que son el galardon y premio de sus merecimientos, y con profundísimo sentimiento de su bajeza, y con humilde y reverencial agradecimiento postrados y derribados por el suelo, las echan delante del trono de su acatamiento y soberana majestad.

Hay tambien otra razon que hace más lijero este mi trabajo, y es, el deseo grande que entiendo tienen muchos de los de fuera, y todos vosotros, hermanos mios muy amados, teneis más crecido, de oir, leer y saber estas cosas; el cual siendo como es tan justo y piadoso, querria yo por mi parte, si fuese posible, cumplirle y apagar, ó templar la sed de los que la tienen tan encendida, pues para ello hay tanta razon.

Porque, ¿qué hombre cristiano y cuerdo hay, que viendo en estos miserables tiempos una obra tan señalada como esta, de la mano de Dios, y una Religion nueva plantada en su Iglesia en

nuestros dias, y extendida en tan breve tiempo y derramada casi por todas las provincias y tierras que calienta el sol, no desee siquiera saber cómo se hizo esto; quién la fundó, qué principios tuvo; su discurso, acrecentamiento y extension, y el fruto que della se ha seguido? Mas esta razon, hermanos mios, no toca á nosotros solos, pero tambien á los demas. Otra hay, que es más doméstica y propia nuestra, que es de seguir é imitar á aquel que tenemos por capitan. Porque así como los que vienen de ilustre linaje, y de generosa y esclarecida sangre, procuran saber las hazañas y gloriosos ejemplos de sus antepasados, y de los que fundaron y ennoblecieron sus familias y casas, para tenerlos por dechado y hacer lo que ellos hicieron; así tambien nosotros, habiendo recebido de la mano de Dios nuestro Señor á nuestro bienaventurado Padre Ignacio por guia y maestro, y por caudillo y capitan desta milicia sagrada, debemos tomarle por espejo de nuestra vida, y procurar con todas nuestras fuerzas de seguirle, de suerte, que si por nuestra imperfecion no pudiéremos sacar tan al vivo y tan al propio el retrato de sus muchas y excelentes virtudes, á lo ménos imitemos la sombra y rastro dellas. Y por ventura para esto os será mi trabajo provechoso, y tambien gustoso y agradable; pues el deseo de imitar hace que dé contento el oir contar lo que imitar se desea: y que sea tan gustoso el saberlo, como es el obrarlo provechoso.

Pero ¿qué diré de otra razon, que aunque la pongo á la postre, para mí no es la postrera? Esta es, un piadoso y debido agradecimiento, y una sabrosa memoria y dulce recordacion de aquel bienaventurado varon y padre mio, que me engendró en Cristo, que me crió y sustentó; por cu-

yas piadosas lágrimas y abrasadas oraciones, confieso yo ser eso poco que soy. Procuraré, pues, renovar la memoria de su vida tan ejemplar, que ya parece que se va olvidando, y de escribirla, si no como ella merece, á lo ménos de tal manera, que ni el olvido la sepulte, ni el descuido la escurezca, ni se pierda por falta de escritor. Y con esto, aunque yo no pueda pagar lo mucho que á tan esclarecido varon debo, á lo ménos pagaré lo poco que puedo.

Así que será este mi trabajo acepto á Dios nuestro Señor, como en su misericordia confio, á nuestro bienaventurado Padre Ignacio debido, á vosotros, hermanos mios, provechoso, á los de fuera, si no me engaño, no molesto, á lo ménos á mí, aunque por mi poca salud me será grave, pero por ser parte de agradecimiento espero en el Señor que me le hará ligero, y por ser como es por todos estos títulos obra de virtud. Y porque la primera regla de la buena historia es que se guarde verdad en ella; ante todas cosas protesto, que no diré aquí cosas inciertas y dudosas, sino muy sabidas y averiguadas; contaré lo que yo mismo oí, vi y toqué con las manos en nuestro B. P. Ignacio, á cuyos pechos me crié desde mi niñez y tierna edad; pues el Padre de las misericordias fué servido de traerme el año de 1540 (ántes que yo tuviese catorce años cumplidos, ni la Compañía fuese confirmada del Papa) al conocimiento y conversacion deste santo varon. La cual fué de manera que dentro y fuera de casa, en la ciudad y fuera della, no me apartaba de su lado, acompañándole, escribiéndole y sirviéndole en todo lo que se ofrecia, notando sus meneos, dichos y hechos, con aprovechamiento de mi ánima y particular admiracion. La cual crecia cada dia tanto más, cuanto él iba descubriendo más

de lo mucho que en su pecho tenia encerrado, y yo con la edad iba abriendo los ojos, para ver lo que ántes por falta della no veia. Por esta tan íntima conversacion y familiaridad que yo tuve con nuestro Padre, pude ver y notar, no solamente las cosas exteriores y patentes que estaban expuestas á los ojos de muchos, pero tambien algunas de las secretas que á pocos se descubrian.

Tambien diré lo que el mismo Padre contó de sí, á ruegos de toda la Compañía. Porque despues que ella se plantó y fundó, y Dios nuestro Señor fué descubriendo los resplandores de sus dones y virtudes con que habia enriquecido y hermoseado el ánima de su siervo Ignacio, tuvimos todos sus hijos grandísimo deseo de entender muy particularmente los caminos por donde el Señor le habia guiado, y los medios que habia tomado para labrarle y perficionarle, y hacerle digno ministro de una obra tan señalada como es ésta; porque nos parecia que teniamos obligacion de procurar saber los cimientos que Dios habia echado á edificio tan alto y tan admirable, para alabarle por ello y por habernos hecho por su misericordia piedras espirituales del mismo edificio; y tambien de imitar como buenos hijos al que el mismo Señor nos habia dado por padre, dechado y maestro; y que no se podia bien imitar lo que no se sabia bien de su raiz y principio.

Para esto, habiéndole pedido y rogado muchas veces, en diversos tiempos y ocasiones, con grande y extraordinaria instancia, que para nuestro ejemplo y aprovechamiento, nos diese parte de lo que habia pasado por él en sus principios, y de sus trabajos y persecuciones (que fueron muchas), y de los regalos y favores que habia recebido de la mano de Dios, nunca lo podimos aca-

bar con él, hasta el año ántes que muriese. En el cual, despues de haber hecho mucha oracion sobre ello, se determinó de hacerlo, y así lo hacia, acabada su oracion y consideracion, contando al Padre Luis Gonzalez de Cámara con mucho peso y con un semblante del cielo lo que se le ofrecia; y el dicho Padre en acabándolo de oir, lo escribia casi con las mismas palabras que lo habia oido. Porque las mercedes y regalos que Dios Nuestro Señor hace á sus siervos, no se los hace para ellos solos, sino para bien de muchos; y así aunque ellos los quieran encubrir, y con su secreto y silencio nos dan ejemplo de humildad, pero el mismo Señor los mueve á que los publiquen, para que se consiga el fruto en los otros que él pretende.

San Buenaventura dice, que cuando el glorioso patriarca y seráfico Padre san Francisco recibió las estigmas sagradas, deseó mucho encubrirlas, y despues dudó si estaba obligado á manifestarlas: y preguntando en general á algunos de sus santos compañeros si debria descubrir cierta visitacion de Dios, le respondió uno de los frailes: «Padre, sabed que Dios algunas veces os descubre sus secretos, no solamente para vuestro bien, sino tambien para bien de otros: y así teneis razon de temer que no os castigue y reprehenda como á siervo que escondió su talento, sino descubriéredes lo que para provecho de muchos os comunicó.» Y por esta razon ha habido muchos santos, que publicaron y áun escribieron los regalos secretísimos de su espíritu, y las dulzuras de sus almas, y los favores admirables y divinos con que el Señor los alentaba, sustentaba, y transformaba en sí: los cuales no pudiéramos saber si ellos mismos no los hubieran publicado; y si el Señor que era liberal para con ellos, comunicándoseles con

tanto secreto y suavidad, no lo hubiera sido para con nosotros, moviéndolos á publicar ellos mismos lo que de su poderosa mano para bien suyo y nuestro habian recebido: y por esto movió tambien á nuestro Ignacio á decir lo que dijo de sí. Y todo esto tengo yo como entonces se escribió.

Escribiré asimismo lo que yo supe de palabra y por escrito del Padre Maestro Lainez: el cual fué casi el primero de los compañeros que nuestro bienaventurado Padre Ignacio tuvo, y el hijo más querido: y por esto, y por haber sido en los principios el que más le acompañó, vino á tener más comunicacion y á saber más cosas dél; las cuales como padre mio tan entrañable muchas veces me contó, ántes que le sucediese en el cargo y despues que fué Prepósito general. Y ordenábalo así Nuestro Señor, como yo creo, para que sabiéndolas yo, las pudiese aquí escribir. Destos originales se ordenó y sacó casi toda esta historia. Porque no he querido poner otras cosas que se podrian decir con poco fundamento, ó sin autor grave y de peso, por parecerme, que aunque cualquiera mentira es fea é indigna de hombre cristiano, pero mucho más la que se compusiese y forjase relatando vidas de santos, como si Dios tuviese necesidad della, ó no fuese cosa ajena de la piedad cristiana, querer honrar y glorificar al Señor, que es suma y eterna verdad, con cuentos y milagros fingidos. Y aun esta verdad es la que me hace entrar en este piélago con mayor esperanza de buen suceso y próspera navegacion. Porque no habemos de tratar de la vida y santidad de un hombre que ha muchos siglos que pasó; en cuya historia por su antigüedad, podriamos añadir, quitar, y fingir lo que nos pareciese; mas escribimos de un hombre que fué en nuestros dias, y que conocieron y trataron muy particu-

larmente muchos de los que hoy viven; para que los que no le vieron ni conocieron, entiendan, que lo que aquí se dijere, estará comprobado con el testimonio de los que hoy son vivos y presentes, y familiarmente le comunicaron y trataron.

Diré ahora lo que pretendo hacer en esta historia. Yo al principio propuse escribir precisamente la vida del bienaventurado Padre nuestro Ignacio, y desenvolver y descubrir al mundo las excelentes virtudes que él tuvo encogidas y encubiertas con el velo de su humildad. Despues me pareció ensanchar este mi propósito, y abrazar algunas cosas más. Porque entendí que habia muchas personas virtuosas y devotas de nuestra Compañía, que tenian gran deseo de saber su orígen, progreso y discurso: y por darles contento quise yo tocarlo aquí, y declarar con brevedad, cómo sembró esta semilla este labrador y obrero fiel del Señor por todo el mundo: y cómo de un granillo de mostaza [1] creció un árbol tan grande, que sus ramas se extienden de Oriente á Poniente, y de Septentrion al Mediodia, y otros acaecimientos que sucedieron mientras que él vivió, dignos de memoria. Entre los cuales habrá muchas de las empresas señaladas, que siendo él capitan se han acometido y acabado: y algunos de los encuentros y persecuciones que con su prudencia y valor se han evitado ó resistido; y otras cosas que siendo Prepósito general se ordenaron y establecieron: y por estos respetos parece que están tan trabadas y encadenadas con su vida, que apenas se pueden apartar della. Pero no por esto me tengo por obligado de contarlo todo, sin dejar nada que de contar sea, que no es esta mi intencion, sino de coger algunas cosas, y entresacar las que

1 Matth. 13.

me parecerán más notables, ó más á mi propósito, que es dar á entender el discurso de la Compañía; las cuales si ahora que está fresca su memoria, no se escribiesen, por ventura se olvidarian con el tiempo.

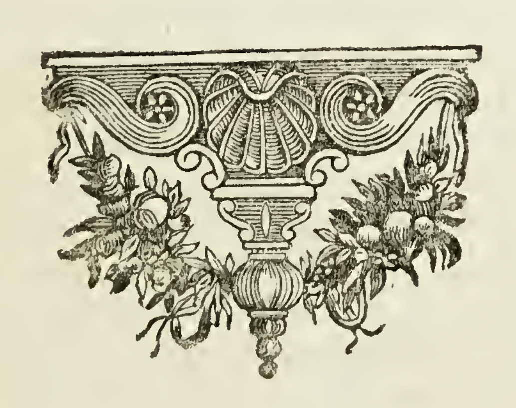
Hablaré en particular de algunos de los Padres que fueron hijos del bienaventurado Padre Ignacio, y sus primeros compañeros, y murieron viviendo él; y tambien de algunos otros, que merecieron del Señor derramar la sangre por su santa fe; de los primeros, porque fueron nuestros padres y nos engendraron en Cristo; de los segundos, porque fueron tan dichosos, que la muerte que debian á la naturaleza, la ofrecieron á su Señor, y la dieron por confirmacion de su verdad. De los vivos diremos poco; de los muertos algo más, conforme á lo que el Sabio [1] nos amonesta, que no alabemos á nadie ántes de su muerte: dando á entender, como dice san Ambrosio, que le alabemos despues de sus dias, y le ensalcemos despues de su acabamiento.

Resta, hermanos mios, que supliquemos humil é intensamente á Nuestro Señor que favorezca este buen deseo, pues es suyo; y que acepte estos cinco libros, que como cinco cornadillos yo ofrezco á su Majestad, y con su acostumbrada clemencia los reciba, y saque dellos alabanza y gloria para sí, y provecho y edificacion para su santa Iglesia.

Demás desto afectuosamente os ruego, hermanos carísimos, por aquel amor tan entrañable que Dios ha plantado en nuestros corazones, con que nos amamos unos á otros, que con vuestras fervorosas oraciones me alcanceis espíritu del Señor, para imitar de veras la vida y santidad deste

1 Eccl. 11.

bienaventurado Padre; cuya constancia en abatirse, la aspereza en castigarse, la fortaleza en los peligros, la quietud y seguridad en medio de todas las olas y torbellinos del mundo, la templanza y modestia en las prosperidades, en todas las cosas alegres y tristes la paz y gozo que tenia su ánima en el Espíritu Santo, debemos tener nosotros siempre delante, y poner los ojos en aquel lucido escuadron de heróicas y singulares virtudes que le acompañaban y hermoseaban; para que su vida nos sea dechado, y como un verdadero y perfetísimo dibujo de nuestro instituto y vocacion; á la cual nos llamó el Señor por su infinita bondad, por medio deste glorioso Capitan y Padre nuestro. Que siguiéndole nosotros por estos pasos, como verdaderos hijos suyos, no podrémos ir descaminados, ni dejar de alcanzar, lo que él para sí y para sus verdaderos hijos alcanzó.





LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO I.

DEL NACIMIENTO Y VIDA DEL BIENAVENTURADO PADRE IGNACIO, ÁNTES QUE DIOS LE LLAMASE Á SU CONOCIMIENTO.

Íñigo de Loyola, fundador y padre de la Compañía de Jesus, nació de noble linaje en aquella parte de España que se llama, la provincia de Guipúzcoa, el año del Señor de 1491, presidiendo en la silla de san Pedro, Inocencio Papa VIII deste nombre, y siendo Emperador Federico III, y reinando en España los católicos Reyes don Fernando y doña Isabel, de gloriosa y esclarecida memoria. Fué su padre Beltran Yañez de Oñaz y Loyola, señor de la casa y solar de Loyola y del solar de Oñaz, que están ambos en el término de la villa de Azpetia, y cabeza de su ilustre y antigua familia. Su madre se llamó doña María Saez de Balda, hija de los señores de la casa y solar de Balda, que está en término de la villa de Azcoytia, ma-

trona igual en sangre y virtud á su marido. Son estas dos casas, de Loyola y Balda, de parientes que llaman mayores, y de las más principales en la provincia de Guipúzcoa. Tuvieron estos caballeros cinco hijas y ocho hijos, de los cuales el postrero de todos, como otro David, fué nuestro Iñigo, que con dichoso y bienaventurado parto, salió al mundo para bien de muchos; á quien llamaremos de aquí adelante Ignacio, por ser este nombre más comun á las otras naciones, y en él más conocido y usado.

Pasados, pues, los primeros años de su niñez, fué enviado de sus padres Ignacio á la corte de los Reyes católicos. Y comenzando ya á ser mozo, y á hervirle la sangre, movido del ejemplo de sus hermanos, que eran varones esforzados, y él, que de suyo era brioso y de grande ánimo, dióse mucho á todos los ejercicios de armas, procurando de aventajarse sobre todos sus iguales, y de alcanzar nombre de hombre valeroso, y honra y gloria militar. El año, pues, de 1521, estando los franceses sobre el castillo de Pamplona, que es cabeza del reino de Navarra, y apretando el cerco cada dia más, los capitanes que estaban dentro, estando ya sin ninguna esperanza de socorro, trataron de rendirse, y pusiéranlo luego por obra, si Ignacio no se lo estorbara; el cual pudo tanto con sus palabras, que los animó y puso coraje para resistir hasta la muerte al francés.

Mas como los enemigos no aflojasen punto de su cerco, y contínuamente con cañones reforzados batiesen el castilo, sucedió, que una bala de una pieza dió en aquella parte del muro, donde Ignacio valerosamente peleaba; la cual le hirió en la pierna derecha, de manera que se la dejarretó, y casi desmenuzó los huesos de la canilla. Y una piedra del mismo muro, que con la fuer-

za de la pelota resurtió, tambien le hirió malamente la pierna izquierda. Derribado por esta manera Ignacio, los demas que con su valor se esforzaban, luego desmayaron: y desconfiados de poderse defender, se dieron á los franceses; los cuales llevaron á Ignacio á sus reales, y sabiendo quién era, y viéndole tan mal parado, movidos de compasion le hicieron curar con mucho cuidado.

Y estando ya algo mejor, le enviaron con mucha cortesía y liberalidad á su casa, donde fué llevado en hombros de hombres, en una litera. Estando ya en su casa, comenzaron las heridas, especialmente la de la pierna derecha, á empeorar. Llamáronse nuevos médicos y cirujanos; los cuales fueron de parecer, que la pierna se habia otra vez de desencasar, porque los huesos, ó por descuido de los primeros cirujanos, ó por el movimiento y agitacion del camino áspero, estaban fuera de su juntura y lugar, y era necesario volverlos á él y concertarlos para que se soldasen. Hízose así, con grandísimos tormentos y dolores del enfermo. El cual pasó esta carnicería que en él se hizo, y todos los demas trabajos que despues le sucedieron, con un semblante y con un esfuerzo que ponia admiracion. Porque ni mudó color, ni gimió, ni sospiró, ni hubo siquiera un ay; ni dijo palabra que mostrase flaqueza.

Crecia el mal más cada dia, y pasaba tan adelante, que ya poca esperanza se tenia de su vida; y avisáronle de su peligro. Confesóse enteramente de sus pecados la víspera de los gloriosos apóstoles san Pedro y san Pablo, y como caballero cristiano se armó de las verdaderas armas de los otros Santos Sacramentos, que Jesucristo nuestro Redentor nos dejó para nuestro remedio y defen-

sa. Ya parecia que se iba llegando la hora y el punto de su fin, y como los médicos le diesen por muerto si hasta la media noche de aquel dia no hubiese alguna mejoría, fué Dios Nuestro Señor servido que en aquel mismo punto la hubiese. La cual creemos que el bienaventurado Apóstol san Pedro le alcanzó de Nuestro Señor. Porque en los tiempos atrás siempre Ignacio le habia tenido por particular patron y abogado, y como tal le habia reverenciado y servido, y así se entiende que le apareció este glorioso Apóstol la noche misma de su mayor necesidad, como quien le venia á favorecer y le traia la salud. Librado ya deste peligroso trance, comenzáronse á soldar los huesos y á fortificarse: mas quedábanle todavía dos deformidades en la pierna. La una era de un hueso que le salia debajo de la rodilla feamente. La otra nacia de la misma pierna, que por haberle sacado de ella veinte pedazos de huesos quedaba corta y contrecha, de suerte que no podia andar ni tenerse sobre sus piés.

Era entonces Ignacio mozo lozano y polido, y muy amigo de galas y de traerse bien; y tenia propósito de llevar adelante los ejercicios de la guerra que habia comenzado. Y como para lo uno y para lo otro le pareciese grande estorbo la fealdad y encogimiento de la pierna, queriendo remediar estos inconvenientes, preguntó primero á los cirujanos, si se podia cortar sin peligro de la vida aquel hueso que salia con tanta deformidad. Y como le dijesen que sí, pero que seria muy á su costa, porque habiéndose de cortar por lo vivo, pasaria el mayor y más agudo dolor que habia pasado en toda la cura, no haciendo caso de todo lo que para divertirle se le decia, quiso que le cortasen el hueso, por cumplir con su gusto y apetito; y (como yo le oí decir) por

poder traer una bota muy justa y muy polida, como en aquel tiempo se usaba: ni fué posible sacarle dello, ni persuadirle otra cosa. Quisiéronle atar para hacer este sacrificio, y no lo consintió, pareciéndole cosa indigna de su ánimo generoso. Y estúvose con el mismo semblante y constancia que arriba dijimos, así suelto y desatado, sin menearse, ni boquear, ni dar alguna muestra de flaqueza de corazon.

Cortado el hueso se quitó la fealdad. El encogimiento de la pierna se curó por espacio de muchos dias, con muchos remedios de unciones y emplastos, y ciertas ruedas é instrumentos con que cada dia le atormentaban, estirando y extendiendo poco á poco la pierna, y volviéndola á su lugar. Pero por mucho que la desencogieron y estiraron, nunca pudo ser tanto, que llegase á ser igual al justo con la otra.





CAPÍTULO II.

CÓMO LE LLAMÓ DIOS, DE LA VANIDAD DEL SIGLO AL CONOCIMIENTO DE SÍ.

ESTÁBASE todavía nuestro Ignacio tendido en una cama herido de Dios, que por esta vía le queria sanar, y cojo como otro Jacob, que quiere decir *batallador* para que le mudase el nombre y le llamase *Israel*, y viniese á decir, *vi á Dios cara á cara y mi ánima ha sido salva* [1]. Pero veamos por qué camino le llevó el Señor, y cómo, ántes que viese á Dios, fué menester que luchase y batallase. Era en este tiempo muy curioso y amigo de leer libros profanos de caballerías, y para pasar el tiempo, que con la cama y enfermedad, se le hacia largo y enfadoso, pidió que le trujesen algun libro desta vanidad. Quiso Dios que no hubiese ninguno en casa, sino otros de cosas espirituales que le ofrecieron; los cuales él acetó, más por entrenerse en ellos, que no por gusto y devocion. Trujéronle dos libros, uno de la vida de Cristo Nuestro Señor, y otro de vidas de santos, que comunmente llaman *Flos Sanctorum*. Comenzó á leer en ellos al principio (como dije) por su pasatiempo, despues poco á poco por aficion

1 Gen. 32.

y gusto; porque esto tienen las cosas buenas, que cuanto más se tratan, más sabrosas son. Y no solamente comenzó á gustar, mas tambien á trocársele el corazon, y á querer imitar y obrar lo que leia. Pero aunque iba Nuestro Señor sembrando estos buenos deseos en su ánima, era tanta la fuerza de la envejecida costumbre de su vida pasada, tantas las zarzas y espinas de que estaba llena esta tierra yerma y por labrar, que se ahogaba luego la semilla de las inspiraciones divinas, con otros contrarios pensamientos y cuidados.

Mas la divina misericordia, que ya habia escogido á Ignacio por su soldado, no le desamparaba, ántes le despertaba de cuando en cuando, y avivaba aquella centella de su luz, y con la fresca licion, refrescaba y esforzaba sus buenos propósitos; y contra los pensamientos vanos y engañosos del mundo le proveia y armaba con otros pensamientos cuerdos, verdaderos y mazizos. Y esto de manera que poco á poco iba prevaleciendo en su ánima la verdad contra la mentira, y el espíritu contra la sensualidad, y el nuevo rayo y luz del cielo contra las tinieblas palpables de Egipto. Y juntamente iba cobrando fuerzas y aliento para pelear y luchar de veras, y para imitar al buen Jesus nuestro Capitan y Señor, y á los otros santos, que por haberle imitado merecen ser imitados de nosotros.

Hasta este punto habia ya llegado Ignacio, sin que ninguna dificultad de las muchas que se le ponian delante fuese parte para espantarle y apartarle de su buen propósito; pero sí para hacerle estar perplejo y confuso, por la muchedumbre y variedad de pensamientos con que por una parte el demonio le combatia, queriendo continuar la posesion que tenia de su antiguo soldado, y con

que por otra el Señor de la vida le llamaba y convidaba á ella para hacelle caudillo de su sagrada milicia. Mas entre los unos pensamientos y los otros, habia gran diferencia; porque los pensamientos del mundo tenian dulces entradas y amargas salidas; de suerte que á los principios parecian blandos y halagüeños y regaladores del apetito sensual; mas sus fines y dejos eran dejar atravesadas y heridas las entrañas, y el ánima triste, desabrida y descontenta de sí mesma. Lo cual sucedia muy al revés en los pensamientos de Dios. Porque cuando pensaba Ignacio lo que habia de hacer en su servicio, cómo habia de ir á Jerusalem y visitar aquellos santos lugares, las penitencias con que habia de vengarse de sí y seguir la hermosura y excelencia de la virtud y perfecion cristiana, y otras cosas semejantes, estaba su ánima llena de deleites, y no cabia de placer mientras que duraban estos pensamientos y tratos en ella; y cuando se iban, no la dejaban del todo vacía y seca, sino con rastros de su luz y suavidad.

Pasaron muchos dias sin que echase de ver esta diferencia y contrariedad de pensamientos, hasta que un dia alumbrado con la lumbre del cielo, comenzó á parar mientes y mirar en ello, y vino á entender cuán diferentes eran los unos pensamientos de los otros en sus efetos y en sus causas. Y de aquí nació el cotejarlos entre sí, y los espíritus buenos y malos, y el recebir lumbre para distinguirlos y diferenciarlos. Y este fué el primer conocimiento que Nuestro Señor le comunicó de sí y de sus cosas; del cual acrecentado con el contínuo uso, y con nuevos resplandores y visitaciones del cielo, salieron despues como de su fuente y de su luz, todos los rayos de avisos y reglas que el B. Padre en sus Ejercicios nos enseñó, para conocer y entender la diversidad que hay entre el

espíritu verdadero de Dios y el engañoso del mundo.

Porque primeramente entendió que habia dos espíritus, no solamente diversos, sino en todo y por todo tan contrarios entre sí, como son las causas de donde ellos proceden; que son luz, y tinieblas; verdad, y falsedad; Cristo, y Belial. Despues desto comenzó á notar las propiedades de los dos espíritus, y de aquí se siguió una lumbre y sabiduría soberana que Nuestro Señor infundió en su entendimiento, para discernir y conocer la diferencia destos espíritus, y una fuerza y vigor sobrenatural en su voluntad, para aborrecer todo lo que el mundo le representaba; y para apetecer, y desear, y proseguir todo lo que el espíritu de Dios le ofrecia y proponia. De los cuales principios y avisos se sirvió despues por toda la vida.

Desta manera, pues, se deshicieron aquellas tinieblas que el príncipe dellas le ponia delante. Y alumbrados ya sus ojos, y esclarecidos con nuevo conocimiento, y esforzada su voluntad con este favor de Dios, dióse priesa y pasó adelante, ayudándose por una parte de la licion, y por otra de la consideracion de las cosas divinas, y apercibiéndose para las asechanzas y celadas del enemigo. Y trató muy de veras consigo mismo de mudar la vida, y enderezar la proa de sus pensamientos á otro puerto más cierto y más seguro que hasta allí, y destejer la tela que habia tejido, y desmarañar los embustes y enredos de su vanidad, con particular aborrecimiento de sus pecados, y deseo de satisfacer por ellos, y tomar venganza de sí: que es comunmente el primer escalon que han de subir los que por temor de Dios se vuelven á Él.

Y aunque entre estos propósitos y deseos se le ofrecian trabajos y dificultades, no por eso des-

mayaba ni se entibiaba punto su fervor: ántes armado de la confianza en Dios, como con un arnés tranzado de piés á cabeza, decia: «En Dios todo lo podré [1]. Pues me da el deseo, tambien me dará la obra. El comenzar y acabar, todo es suyo» [2]. Y con esta resolucion y determinada voluntad se levantó una noche de la cama, como muchas veces solia, á hacer oracion, y ofrecerse al Señor en suave y perpétuo sacrificio, acabadas ya las luchas y dudas congojosas de su corazon. Y estando puesto de rodillas delante de una imágen de Nuestra Señora, y ofreciéndose con humilde y fervorosa confianza, por medio de la gloriosa Madre al piadoso y amoroso Hijo, por soldado y siervo fiel; y prometiéndole de seguir su estandarte real, y dar de coces al mundo, se sintió en toda la casa un estallido muy grande, y el aposento en que estaba tembló. Y parece que así como el Señor con el terremoto del lugar donde estaban juntos los sagrados Apóstoles [3] cuando hicieron oracion, y con el temblor de la cárcel en que estaban aherrojados san Pablo y Silas [4], quiso dar á entender la fuerza y poder de sus siervos, y que habia oido la oracion dellos, así con otro semejante estallido del aposento en que estaba su siervo Ignacio, manifestó cuán agradable y acepta le era aquella oracion y ofrenda que hacía de sí; ó por ventura el demonio ya vencido huyó, y dió señales de su enojo y crueldad, como leemos de otros santos.

Pero con todo esto no se determinó de seguir particular manera de vida, sino de ir á Jerusalem despues de bien convalecido, y ántes de ir, de mortificarse y perseguirse con ayunos y disciplinas, y todo género de penitencias y asperezas

1 Philip. IV. 2 Philip. I. 3 Act. IV. 4 Act. XVI.

corporales. Y con un enojo santo y generoso, crucificarse y mortificarse, y hacer anatomía de sí. Y así con estos deseos tan fervorosos que Nuestro Señor le daba, se resfriaban todos aquellos feos y vanos pensamientos del mundo, y con la luz del Sol de justicia que ya resplandecia en su ánima, se deshacian las tinieblas de la vanidad, y desaparecian, como suele desaparecer y despedirse la escuridad de la noche con la presencia del sol.

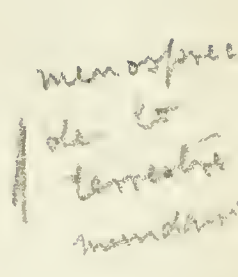
Estando en este estado, quiso el Rey del cielo y Señor que le llamaba abrir los senos de su misericordia para con él, y confortarle y animarle más con una nueva luz y visitacion celestial. Y fué así, que estando él velando una noche, le apareció la esclarecida y soberana Reina de los ángeles, que traia en brazos á su preciosísimo Hijo, y con el resplandor de su claridad le alumbraba, y con la suavidad de su presencia le recreaba y esforzaba. Y duró buen espacio de tiempo esta vision; la cual causó en él tan grande aborrecimiento de su vida pasada, y especialmente de todo torpe y deshonesto deleite, que parecia que quitaban y raian de su ánima, como con la mano, todas las imágenes y representaciones feas. Y bien se vió que no fué sueño, sino verdadera y provechosa esta visitacion divina, pues con ella le infundió el Señor tanta gracia, y le trocó de manera, que desde aquel punto hasta el último de su vida, guardó la limpieza y castidad sin mancilla, con grande entereza y puridad de su ánima.

Pues estando ya con estos propósitos y deseos, y andando como con dolores de su gozoso parto, su hermano mayor y la gente de su casa, fácilmente vinieron á entender que estaba tocado de Dios, y que no era el que solia ser; porque aunque él no descubria á nadie el secreto de su

corazon, ni hablaba con la lengua; pero hablaba con su rostro, y con el semblante demudado y muy ajeno del que solia. Especialmente viéndole en contínua oracion y leccion, y en diferentes ejercicios que los pasados, porque no gustaba ya de gracias ni donaires, sino que sus palabras eran graves y medidas, y de cosas espirituales y de mucho peso, y se ocupaba buenos ratos en escribir. Y para esto había hecho encuadernar muy pulidamente un libro, que tuvo casi trescientas hojas, todas escritas en cuarto, en el cual para su memoria de muy escogida letra (que era muy buen escribano), escribia los dichos y hechos que le parecian más notables de Jesucristo Nuestro Salvador, y los de su gloriosa Madre nuestra Señora la Vírgen María, y de los otros Santos. Y tenia ya tanta devocion, que escribia con letras de oro los de Cristo Nuestro Señor, y los de su Santísima Madre con letras azules, y los de los demas Santos con otros colores, segun los varios afectos de su devocion.

Sacaba nuevo contento y nuevos gozos de todas estas ocupaciones; pero de ninguna más que de estar mirando atentamente la hermosura del cielo y de las estrellas; lo cual hacia muy á menudo y muy de espacio; porque este aspecto de fuera, y la consideracion de lo que hay dentro de los cielos y sobre ellos, le era grande estímulo y incentivo al menosprecio de todas las cosas transitorias y mudables que están debajo dellos, y le inflamaba más en el amor de Dios. Y fué tanta la costumbre que hizo en esto, que aun le duró despues por toda la vida; porque muchos años despues, siendo ya viejo, le ví yo estando en alguna azutea, ó en algun lugar eminente y alto, de donde se descubria nuestro hemisferio y buena parte del cielo, enclavar los ojos en él; y á cabo

de rato que habia estado como hombre arrobado y suspenso, y que volvia en sí, se enternecia; y saltándosele las lágrimas de los ojos por el deleite grande que sentia su corazon, le oia decir: «¡Ay cuán vil y baja me parece la tierra, cuando miro al cielo! Estiércol y basura es.»



Trató tambien lo que habia de hacer á la vuelta de Jerusalem; pero no se determinó en cosa ninguna, sino que como venado sediento y tocado ya de la yerba, buscaba con ansia las fuentes de aguas vivas, y corria en pos del cazador que le habia herido con las saetas de su amor. Y así de dia y de noche se desvelaba en buscar un estado y manera de vida en el cual puestas debajo de sus piés todas las cosas mundanas y la rueda de la vanidad, pudiese él castigarse y macerarse con extremado rigor y aspereza, y agradar más á su Señor.





CAPÍTULO III.

DEL CAMINO QUE HIZO DE SU TIERRA Á NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRATE.

HABIA ya cobrado razonable salud, y porque la casa de Loyola era muy de atrás allegada y dependiente de la del Duque de Nájera, y el mismo Duque le habia enviado á visitar en su enfermedad algunas veces; con achaque de visitar al Duque, que estaba en Navarrete, y cumplir con la obligacion en que le habia puesto, pero verdaderamente por salir como otro Abraham de su casa y de entre sus deudos y conocidos, se puso á punto para ir camino. Olió el negocio Martin García de Loyola, su hermano mayor, y dióle mala espina; y llamando aparte á Ignacio en un aposento, comenzó con todo el artificio y buen término que supo, á pedirle y rogarle muy ahincadamente, que mirase bien lo que hacia, y no se echase á perder á él y á los suyos; mas que considerase cuán bien entablado tenia su negocio, y cuánto camino tenia andado para alcanzar honra y provecho, y que sobre tales principios y tales cimientos podria edificar cualquiera grande obra, que las esperanzas ciertas de su valor y industria á todos prometian. «Todas las cosas, dice, en vos, hermano mio, son grandes; el ingenio, el jui-

cio, el ánimo, la nobleza y favor, y cabida con los príncipes, la buena voluntad que os tiene toda esta comarca, el uso y experiencia de las cosas de la guerra, el aviso y prudencia, vuestra edad, que está ahora en la flor de su juventud, y una espectacion increible fundada en estas cosas que he dicho, que todos tienen de vos. Pues ¿cómo quereis vos por un antojo vuestro, engañar nuestras esperanzas tan macizas y verdaderas, y dejarnos burlados á todos, despojar y desposeer nuestra casa de los trofeos de vuestras vitorias, y de los ornamentos y premios que de vuestros trabajos se le han de seguir? Yo en una sola cosa os hago ventaja, que es en haber nacido primero que vos, y ser vuestro hermano mayor; pero en todo lo demas, yo reconozco que vais adelante. Mirad (yo os ruego, hermano mio, más querido que mi vida) lo que haceis, y no os arrojeis á cosa que no sólo nos quite lo que de vos esperamos, sino tambien amancille nuestro linaje con perpétua infamia y deshonra.»

Oyó su razonamiento Ignacio, y como habia otro que le hablaba con más fuerza y eficacia al corazon, respondió á su hermano con pocas palabras, diciendo que él miraria por sí, y se acordaria que habia nacido de buenos, y que le prometia de no hacer cosa que fuese en deshonra de su casa. Y con estas pocas palabras, aunque no satisfizo al hermano, apartóle y sacudióle de sí, y púsose en camino acompañado de dos criados; los cuales poco despues despidió, dándoles de lo que llevaba.

Desde el dia que salió de su casa, tomó por costumbre de disciplinarse ásperamente cada noche; lo cual guardó por todo el camino que hizo á Nuestra Señora de Monserrate, adonde iba á parar. Y para que entendamos por qué pasos, y

por qué escalones llevaba Dios á éste su siervo, y le hacia subir á la perfecion; es de saber que en este tiempo, ni él sabia ni tenia cuidado de saber qué fuese caridad, qué humildad, qué paciencia, qué quiere decir desprecio de sí, cuál sea la propiedad y naturaleza de cada una de las virtudes, qué partes, qué oficios y límites tiene la templanza, qué pide la razon y prudencia espiritual divina.

A ninguna destas cosas paraba mientes, sino que abrazado y aferrado con lo que entonces le parecia mejor y más á propósito de su estado presente, ponia todo su cuidado y conato en hacer cosas grandes y muy dificultosas para afligir su cuerpo con asperezas y castigos; y esto no por otra razon, sino porque los santos que él habia tomado por su dechado y ejemplo, habian echado por este camino; porque ya desde entonces comenzaba Nuestro Señor á plantar en el corazon de Ignacio un vivo y ardentísimo deseo de buscar y procurar en todas sus cosas lo que fuese á los ojos de su Majestad más agradable: que este fué como su blason siempre, y como el ánima y vida de todas sus obras, *A mayor gloria divina*. Pero ya en estas penitencias que hacia, habia subido un escalon más; porque en ellas no miraba, como ántes, tanto á sus pecados, cuanto al deseo que tenia de agradar á Dios. Porque aunque era verdad que tenia grande aborrecimiento de sus pecados pasados; pero en las penitencias que hacia para satisfacer por ellos, estaba ya su corazon tan inflamado y abrasado de un vehementísimo deseo de agradar á Dios, que no tenia cuenta tanto con los mismos pecados, ni se acordaba dellos, como de la gloria y honra de Dios; cuya injuria queria vengar, haciendo penitencia dellos.

Iba, pues, nuestro Ignacio su camino, como dijimos, hácia Monserrate, y topó acaso con un moro, de los que en aquel tiempo aún quedaban en España en los reinos de Valencia y Aragon. Comenzaron á andar juntos, y á trabar plática, y de una en otra vinieron á tratar de la virginidad y pureza de la gloriosísima Vírgen Nuestra Señora. Concedia el moro que esta bienaventurada Señora habia sido vírgen ántes del parto y en el parto, porque así convenia á la grandeza y majestad de su Hijo; pero decia que no habia sido así despues del parto, y traia razones falsas y aparentes para probarlo; las cuales deshacia nuestro Ignacio, procurando con todas sus fuerzas desengañar al moro y traerle al conocimiento desta verdad; pero no lo pudo acabar con él, ántes se fué adelante el moro, dejándole solo y muy dudoso y perplejo en lo que habia de hacer; porque no sabia si la fe que profesaba, y la piedad cristiana le obligaba á darse priesa tras el moro, y alcanzarle y darle de puñaladas por el atrevimiento y osadía que habia tenido de hablar tan desvergonzadamente en desacato de la bienaventurada siempre Vírgen sin mancilla.

Y no es maravilla, que un hombre acostumbrado á las armas, y á mirar en puntillos de honra, que pareciendo verdadera es falsa, y como tal engaña á muchos, tuviese por afrenta suya, y caso de ménos valer, que un enemigo de nuestra santa fe se atreviese á hablar en su presencia, en deshonra de Nuestra Soberana Señora. Este pensamiento al parecer piadoso, puso en grande aprieto á nuestro nuevo soldado; y despues de haber buen rato pensado en ello, al fin se determinó de seguir su camino hasta una encrucijada, de donde se partia el camino para el pueblo adonde iba el moro, y allí soltar la rienda á la

cabalgadura en que iba, para que si ella echase por el camino por donde el moro iba, le buscase y le matase á puñaladas; pero si fuese por el otro camino, le dejase y no hiciese más caso dél. Quiso la bondad divina, que con su sabiduría y providencia ordena todas las cosas para bien de los que le desean agradar y servir, que la cabalgadura, dejando el camino ancho y llano por do habia ido el moro, se fuese por el que era más á propósito para Ignacio. Y de aquí podemos sacar, por qué caminos llevó Nuestro Señor á este su siervo, y de qué principios y medios vino á subir á la cumbre de tan alta perfecion. Porque, como dice el bienaventurado san Agustin [1], las almas capaces de la virtud, como tierras fértiles y lozanas, suelen muchas veces brotar de sí vicios, que son como unas malas yerbas, que dan muestra de las virtudes y frutos que podrian llevar, si fuesen labradas y cultivadas; como Moisen cuando mató al egipcio [2], como tierra inculta y por labrar, daba señales, aunque viciosas, de su mucha fertilidad, y de la fortaleza natural que tenia para cosas grandes.

Estando, pues, ya cerca de Monserrate, llegó á un pueblo donde compró el vestido y traje que pensaba llevar en la romería de Jerusalem, que fué una túnica hasta los piés, á modo de un saco de cáñamo, áspero y grosero, y por cinto un pedazo de cuerda; los zapatos fueron unos alpargates de esparto, un bordon de los que suelen traer los peregrinos, una calabacica para beber un poco de agua cuando tuviese sed. Y porque temia mucho la flaqueza de su carne, aunque con aquel favor celestial que tuvo, de que arriba dijimos, y con los vivos deseos de agradar á Dios, que el

1 Lib. XXII, contra Faustum, cap. LXX. 2 Exod., II.

mismo Señor le daba, se hallaba ya mucho más alentado y animado para resistir y batallar, poniéndose todo debajo del amparo y proteccion de la serenísima Reina de los ángeles, Vírgen y Madre de la puridad, hizo voto de castidad en este camino, y ofreció á Cristo Nuestro Señor y á su santísima Madre la limpieza de su cuerpo y ánima, con grande devocion y deseo fervoroso de alcanzarla: y alcanzóla tan entera y cumplida, como queda escrito en el segundo capítulo. Tan poderosa es la mano de Dios para socorrer á los que con fervor de espíritu se le encomiendan, tomando por abogada y medianera á su benditísima Madre.





CAPÍTULO IV.

CÓMO MUDÓ SUS VESTIDOS EN MONTSERRATE.

Es Montserrate un monesterio de los religiosos de san Benito, una jornada de Barcelona, lugar de grandísima devocion, dedicado á la Madre de Dios, y celebrado en toda la cristiandad por los contínuos milagros y por el gran concurso de gentes que de todas partes vienen á él á pedir favores ó á hacer gracias de los recebidos á la santísima Vírgen Nuestra Señora, que allí es tan señaladamente reverenciada. A este santo lugar llegó nuestro Ignacio, y lo primero que hizo fué buscar un escogido confesor, como enfermo que busca el mejor médico para curarse. Confesóse generalmente de toda su vida por escrito, y con mucho cuidado, y duró la confesion tres dias, con un religioso principal de aquella santa casa y gran siervo de Dios, y conocido y reverenciado por tal, francés de nacion, que se llamaba fray Juan Chanones, el cual fué el primero á quien como á padre y maestro espiritual, descubrió Ignacio sus propósitos y intentos. Dejó al monesterio su cabalgadura; la espada y daga de que ántes se habia preciado, y con que habia servido al mundo, hizo colgar delante del altar de Nuestra Señora.

Corria el año de 1522, y la víspera de aquel ale-

gre y gloriosísimo dia que fué principio de nuestro bien, en el cual el Verbo eterno se vistió de nuestra carne en las entrañas de su santísima Madre. Y ya de noche, con cuanto secreto pudo, se fué á un hombre pobrecito, andrajoso y remendado, y dióle todos sus vestidos, hasta la camisa, y vistióse de aquel su deseado saco que traia comprado, y púsose con mucha devocion delante del altar de la Vírgen. Y porque suele Nuestro Señor traer los hombres á su conocimiento por las cosas que son semejantes á sus inclinaciones y costumbres, para que por ellas, como por cosas que mejor entienden y de que más gustan, vengan á entender y gustar las que ántes no entendian, quiso tambien que fuese así en nuestro nuevo soldado. El cual, como hubiese leido en sus libros de caballerías que los caballeros noveles solian velar sus armas, por imitar él, como caballero novel de Cristo, con espiritual representacion, aquel hecho caballeroso, y velar sus nuevas, y al parecer pobres y flacas armas, mas en hecho de verdad, muy ricas y muy fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se habia vestido, toda aquella noche, parte en pié, y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imágen de Nuestra Señora, encomendándose de corazon á ella, llorando amargamente sus pecados, y proponiendo la emienda de la vida para adelante.

Y por no ser conocido, ántes que amaneciese, desviándose del camino real que va á Barcelona, se fué con toda priesa á un pueblo que está hácia la montaña, llamado Manresa, tres leguas de Monserrate, cubiertas sus carnes con sólo aquel saco vil y grosero, con su soga ceñido, y el bordon en la mano, la cabeza descubierta, y el un pié descalzo; que el otro por haberle aún quedado flaco y tierno de la herida, y hinchársele cada

noche la pierna (que por esta causa traia fajada), le pareció necesario llevarle calzado.

Apenas habia andado una legua de Monserrate, yendo tan gozoso con su nueva librea que no cabía en sí de placer, cuando á deshora se siente llamar de un hombre que á más andar le seguia. Este le preguntó si era verdad que él hubiese dado sus vestidos ricos á un pobre, que así lo juraba; y la justicia pensando que los habia hurtado, le habia echado en la cárcel. Lo cual como nuestro Ignacio oyese, demudándose todo, y perdiendo la voz, no se pudo contener de lágrimas, diciendo entre sí: «¡Ay de tí, pecador, que aún no sabes ni puedes hacer bien á tu prójimo, sin hacerle daño y afrenta!» Mas por librar deste peligro al que sin culpa y sin merecerlo estaba en él, en fin confesó que él le habia dado aquellos vestidos; y aunque le preguntaron ¿quién era, de dónde venia, y cómo se llamaba? á nada desto respondió, pareciéndole que no hacia al caso para librar al inocente.





CAPÍTULO V.

DE LA VIDA QUE HIZO EN MANRESA.

LLEGADO á Manresa, se fué derecho al hospital, para vivir allí entre los pobres que mendigaban, ensayándose para combatir animosamente contra el enemigo y contra sí mismo. Y lo que más procuraba, era encubrir su linaje y su manera de vivir pasada, para que encubierto y desconocido á los ojos del mundo, pudiese más libre y seguramente conversar delante de Dios. La vida que hacia era ésta. Cubria sus carnes con la desnudez y desprecio que arriba contamos. Mas porque en peinar y curar el cabello y ataviar su persona, habia sido en el siglo muy curioso, para que el desprecio desto igualase á la demasía que en preciarse dello habia tenido, de dia y de noche trujo siempre la cabeza descubierta, y el cabello (que como entonces se usaba, por tenerle rubio y muy hermoso, le habia dejado crecer) traíale desgreñado y por peinar. Y con el menosprecio de sí, dejó crecer las uñas y barba, que así suele Nuestro Señor trocar los corazones á los que trae á su servicio, y con la nueva luz que les da, les hace ver las cosas como son, y no como primero les parecian, aborreciendo lo que ántes les daba gusto, y gustando de lo que ántes abo-

rrecian. Disciplinábase reciamente, cada dia tres veces, y tenia siete horas de oracion, puesto de rodillas, y esto con grande fervor é intensa devocion; y oia misa cada dia, y vísperas y completas, y en esto sentia mucho consuelo interior y grande contento. Porque como ya su corazon estaba mudado, y como una cera blanda dispuesto, para que en él se imprimiesen las cosas divinas y las voces y alabanzas del Señor que entraban por sus oidos, penetraban hasta lo interior de sus entrañas; y con el calor de la devocion derretíase en ellas, contemplando su verdad.

Pedia limosna cada dia, pero ni comia carne, ni bebia vino; solamente se sustentaba con pan y agua; y aun esto con tal abstinencia, que si no eran los domingos, todos los demas dias ayunaba. Tenia el suelo por cama, pasando la mayor parte de la noche en vela. Confesábase todos los domingos, y recibia el Santísimo Sacramento del altar. Tenia tanta cuenta con irse á la mano, y tomaba tan á pechos el sojuzgar su carne, y traerla á la obediencia y servicio del espíritu, que se privaba y huía de todo lo que á su cuerpo pudiese dar algun deleite ó regalo. Y así aunque era hombre robusto y de grandes fuerzas, á pocos dias se enflaqueció y marchitó la fuerza de su antiguo vigor y valentía, y quedó muy debilitado con el rigor de tan áspera penitencia.

Vino con esto á traer á sí los ojos de las gentes, y tras ellos los corazones. De manera que muchos que se le allegaban y deseaban tratar familiarmente con él, cuando le oian quedaban por una parte maravillados, y por otra inflamados para todo lo bueno. Porque aunque él era principiante en las cosas espirituales, y poco ejercitado en las virtudes; pero estaba tan abrasada su ánima en el fuego del amor divino, que no po-

dian dejar de salir fuera sus llamas y resplandores. Y de aquí es que sus palabras tan encendidas, acompañadas con la fuerza y espíritu que tenia en persuadir á la verdadera virtud, y con el ejemplo de aquella vida que todos vian, ayudándole la gracia del Señor para todo, eran parte para ganar las almas á Dios, y para enamorar los corazones de los que le trataban, y aficionarlos á sí, y traerlos suspensos con grande admiracion. Para lo cual no ayudaba poco lo mucho que se habia divulgado por la tierra de su nobleza y valor, que fué, como suele, creciendo de lengua en lengua, y publicando aún mucho más de lo que en él habia en hecho de verdad.

Tuvo orígen esta fama de lo que él con tanto secreto habia hecho en Monserrate, que con toda su diligencia y cuidado no lo pudo encubrir; porque cuanto él más procuraba esconder la candela encendida, y ponerla debajo del medio celemin, tanto más Dios nuestro Señor la ponia sobre el candelero, para que á todos comunicase su luz.





CAPÍTULO VI.

CÓMO NUESTRO SEÑOR LE PROBÓ, Y PERMITIÓ QUE FUESE AFLIGIDO CON ESCRÚPULOS.

ENTRANDO, pues, en este palenque nuestro soldado, luchando consigo mismo, y combatiendo valerosamente contra el demonio, pasó los cuatro primeros meses con gran paz y sosiego de conciencia, y con un mismo tenor de vida, sin entender los engaños y ardides que suele usar el enemigo con quien lidiaba. Aún no habia descubierto Satanás sus entradas y salidas; sus acometimientos y fingidas huídas; sus asechanzas y celadas; aún no le habia mostrado los dientes de sus tentaciones, ni le habia puesto los miedos y espantos que suele á los que de veras entran por el camino de la virtud. Aún no sabia nuestro Ignacio qué cosa era gozar de la luz del consuelo, despues de haber pasado las horribles tinieblas del desconsuelo y tentacion, ni habia experimentado la diferencia que hay entre el ánimo alegre y afligido, levantado y abatido, caido y que está en pié; porque no habia su corazon pasado por las mudanzas que el hombre espiritual suele pasar y experimentar, cuando un dia estando en el hospital rodeado de pobres y lleno de suciedad y de mugre, le acometió el enemigo con estos pensamientos, diciendo:

¿Y qué haces tú aquí en esta hediondez y bajeza? ¿Por qué andas tan pobre y tan aviltadamente vestido? ¿No ves que tratando con esta gente tan vil, y andando como uno dellos, escureces y apocas la nobleza de tu linaje? Entónces Ignacio llegóse más cerca de los pobres, y comenzó á tratar más amigablemente con ellos, haciendo todo lo contrario de lo que el enemigo le persuadia. El cual desta manera fué vencido.

Otro dia estando muy fatigado y cansado, fué acometido de otro molestísimo pensamiento, que parece que le decia: ¿y cómo es posible que tú puedas sufrir una vida tan áspera como ésta, y tan miserable y peor que de salvajes, setenta años que aún te quedan de vida? á lo cual respondió: «¿Por ventura tú que eso dices, puédesme asegurar sola una hora de vida? ¿No es Dios el que tiene en su mano los momentos y todo el tiempo de nuestra vida? Y setenta años de penitencia, ¿qué son comparados con la eternidad?» Estos dos encuentros solos fueron los que tuvo al descubierto para volver atrás del camino comenzado; y habiendo sido tan lleno de trabajos y peligros y tan sembrado de espinas y abrojos, como muestra todo lo que hizo y padeció, es señal de la particular misericordia con que el Señor le previno en las bendiciones de su dulcedumbre.

Mas de ahí adelante hubo una gran mudanza en su ánima, y comenzó á sentir grandes alteraciones, y como contrarios movimientos en ella. Porque estando en oracion y continuando sus devociones, se le secaba súbitamente algunas veces el corazon, y hallábase tan angustiado y tan enredado, que no se podia valer ni desmarañar, desagradándose de sí mismo, y desabriéndose, por verse sin ningun gusto espiritual. Mas tras esto venia luego con tanta fuerza una como corrien-

te del divino consuelo y tan impetuosa, que le arrebataba y llevaba en pos de sí; y así con esta luz desaparecian los ñublados de la tristeza pasada, sin dejar rastro de sí. La cual diferencia y mudanza como él echase de ver, movido con la novedad y admirado, decia: ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué camino es este por donde entramos? ¿Qué nueva empresa es esta que acometemos? ¿Qué manera de guerra es esta en que andamos? Pero entre estas cosas le vino un nuevo linaje de tormento, que fué comenzarle á acosar los escrúpulos y la conciencia de sus pecados; de manera, que se le pasaban las noches y dias llorando con amargura, lleno siempre de congoja y quebranto. Porque aunque era verdad que con toda diligencia y cuidado se habia confesado generalmente de sus pecados; pero Nuestro Señor que por esta vía le queria labrar, permitia que muchas veces le remordiese la conciencia, y le escarbase el gusano y dudase ¿si confesé bien aquello? ¿si declaré bien esto? ¿si dije como se habian de decir todas las circunstancias? ¿si por dejarme algo de lo que hice, no dije toda la verdad? ¿ó si por añadir lo que no hice, mentí en la confesion?

Con los estímulos destos pensamientos andaba tan afligido, que ni en la oracion hallaba descanso, ni con los ayunos y vigilias alivio, ni con las disciplinas y otras penitencias remedio; ántes derribado con el ímpetu de la tristeza, y desmayado y caido con la fuerza de tan grave dolor, se postraba en el suelo, como sumido y ahogado con las olas y tormentas de la mar; entre las cuales no tenia otra áncora ni otro refugio, sino allegarse como solia á recebir el santísimo Sacramento del altar. Pero algunas veces cuando queria llegar la boca para tomar el Pan de vida, tornaban súbitamente las olas de los escrúpulos

con más fuerza y poderosamente, le arrebataban y desviaban de delante del altar donde estaba puesto de rodillas, y entregado del todo á los dolorosos gemidos, soltaba las riendas á las lágrimas copiosas que le venian. Daba voces á Dios y decia: «Señor, gran fuerza padezco, responded Vos por mí, que yo no puedo más.» Y otras veces con el Apóstol decia: «Triste de mí y desventurado, ¿quién me librará deste cuerpo, y de la pesadumbre desta más muerte que vida que con él traigo?» Ofrecíasele á él un remedio y parecíale que seria el mejor de todos para librarse destos escrúpulos. Este era que su confesor, á quien él tenia por padre, y á quien él descubria enteramente todos los secretos y movimientos de su alma, le sosegase, y en nombre de Jesucristo le mandase no confesase de ahí adelante cosa de su vida pasada; mas porque por haber salido dél este remedio, temia le hiciese más daño que provecho, no osaba decirle al confesor.

Habiendo, pues, pasado este trabajo tan cruel, algunos dias fué tan grande y recia la tormenta, que un dia pasó con estos escrúpulos, que como perdido el gobernalle, y destituido y desamparado de todo consuelo, se arrojó delante del divino acatamiento en oracion, y encendido allí con fervor de la fe, comenzó á dar voces y á decir en grito: «Socorredme, Señor, socorredme, Dios mio, dadme desde allá de lo alto la mano, Señor mio, defensor mio. En tí sólo espero, que ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni reposo. Estadme atento, Señor, y remediadme. Descubrid, Señor, ese vuestro alegre rostro sobre mí. Y pues sois mi Dios, mostradme el camino por donde vaya á Vos. Sed Vos, Señor, el que me le deis, para que me guie, que aunque sea un perrillo el que me diéredes por

maestro, para que pacifique mi desconsolada y afligida alma, yo desde ahora le aceto por mi preceptor y mi guia.»

Habíase pasado en este tiempo del hospital á un monesterio de santo Domingo, que hay en Manresa, á donde aquellos Padres le hicieron mucha caridad, y estaba aposentado en una celda, cuando pasaba esta grande tormenta; la cual no aflojaba punto con los gemidos y lágrimas, ántes se acrecentó por un torbellino nuevo que le apretó muy fuertemente, con un desesperado pensamiento que le decia que se echase de una ventana abajo de su celda, y se despeñase; mas él respondia: «No haré tal, no tentaré á mi Dios,» y con esto se volvia á Dios y decia: «¿Qué es esto, Señor? ¿Vos no sois mi Dios y mi fortaleza? Pues ¿cómo, Señor, me quereis echar de Vos? ¿Porqué permitís que ande tan triste y así me aflija mi enemigo, que me da grita preguntándome cada hora, dónde se te ha ido tu Dios?»

Dando, pues, á Dios estas amorosas quejas y estos penosos gemidos, vínole al pensamiento un ejemplo de un santo, que para alcanzar de Dios una cosa que le pedia, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. A cuya imitacion propuso él tambien de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada de su alma, si ya no se viese por ello á peligro de morir.

Con este propósito guardó siete dias enteros tan enteramente el ayuno, que no gustó cosa del mundo, no dejando por eso de tener sus siete horas de oracion hincado de rodillas, y de hacer sus disciplinas tres veces cada dia, ni los otros ejercicios y devociones que tenia de costumbre. Y viéndose despues deste tiempo aún con fuerzas para pasar adelante, y no nada debilitado, queria proseguir su ayuno, que habia durado de

domingo á domingo. En el cual yendo al confesor, y confesándose, y dándole cuenta de lo que habia pasado por su alma aquella semana como solia, y lo que adelante queria hacer, su confesor se lo estorbó, y le mandó que comiese, diciéndole que si no lo hiciese y si piadosamente no confiase en la misericordia del Señor que le habia perdonado sus pecados, no le daria la absolucion. Obedeció, pues, llanamente á lo que el confesor le mandó, porque no pareciese que queria tentar á Dios: y aquel dia y el siguiente se sintió libre de los escrúpulos. Pero al tercero dia tornó á ser dellos combatido, como de ántes; mas al fin el remate desta dura pelea, que le habia puesto en tan peligroso trance, fué, que desvaneciéndose como humo las tinieblas que á cosas tan claras el demonio le ponia, y vestida su ánima y alumbrada de nueva luz del cielo, como quien despierta de un profundo sueño, abrió los ojos para ver lo que ántes no via. Y con grande desengaño y resolucion, determinó de sepultar la memoria de los pecados pasados, y no tocar más á sus llagas viejas, ni tratar dellas en la confesion.

Y con esta vitoria tan señalada, alcanzó maravillosa paz y serenidad su ánima; y tan grande discrecion de espíritus, y conocimiento de sus movimientos interiores, y tan admirable gracia de Dios para curar conciencias escrupulosas; que por maravilla venia á él persona ninguna tocada desta enfermedad de escrúpulos, que no quedase libre con su consejo. Porque no probaba Dios á nuestro B. Padre para sí solamente, mas tambien para nuestro provecho se hacia aquella tan costosa prueba; que aunque el Señor quiere á todos sus soldados muy expertos y probados, pero mucho más á aquellos que han de ser como guias y caudillos de los otros; á los cuales despues de

muy humillados y abatidos suele levantar y consolar, mortificándolos primero, y despues vivificándolos, para que puedan por lo que en sí experimentaron y aprendieron, consolar á los que se hallaren en cualquier género de aprieto y tribulacion.





CAPÍTULO VII.

CÓMO PASADAS LAS TENTACIONES, LE CONSOLÓ DIOS NUESTRO SEÑOR.

HABIENDO, pues, salido por la misericordia divina de las angustias y apretura de las tentaciones pasadas, y viéndose ya en más anchura y libertad de corazon, no por eso aflojó punto del cuidado que tenia de sacar un vivo retrato de todas las virtudes en su alma. Y el buen Jesus, que es fiel y verdadero en sus palabras, y misericordiosísimo en sus obras, y que nunca deja ningun servicio, por pequeño que sea, sin galardon, quiso regalar á este su siervo con halagos y consolaciones divinas, alumbrando con ellas su entendimiento, inflamando su voluntad, y esforzándole y alentándole para todo lo bueno: de tal suerte, que á la medida de la muchedumbre de los dolores pasados que habia sufrido en su corazon, alegrasen y regocijasen su ánima, como dice el Profeta [1], las consolaciones del Señor. Desde el principio trataba Dios á nuestro Ignacio, segun él solia decir, á la manera que suele un discreto y buen maestro que tiene entre manos un niño tierno para le enseñar, que va poco á poco, y no le

1 Psal. XCIII.

carga de cosas, ni le da nueva licion, hasta que sepa y repita bien la pasada; pero despues que con las tentaciones pasó adelante, y subió ya á la escuela de mayores, comenzóle Dios á enseñar dotrina más alta, y descubrirle cosas y misterios más soberanos. De donde, como él fuese devotísimo de la santísima Trinidad, y á cada una de las Personas divinas tuviese devocion de rezar cada dia su cierta y particular oracion, un dia estando en las gradas de la iglesia de santo Domingo rezando con mucha devocion las Horas de Nuestra Señora, se comenzó á levantar en espíritu su entendimiento; y representósele, como si la viera con los ojos, una como figura de la santísima Trinidad, que exteriormente le sinificaba lo que él interiormente sentia.

Fué esto con tanta grandeza y abundancia de consuelo, que ni entonces ni despues, andando en una procesion que se hacia, era en su mano reprimir los sollozos y lágrimas que su corazon y ojos despedian; las cuales duraron hasta la hora del comer. Y áun despues de comer no podia pensar ni hablar de otra cosa, sino del misterio de la santísima Trinidad, el cual misterio explicaba con tanta abundancia de razones, semejanzas y ejemplos, que todos los que le oian se quedaban admirados y suspensos. Y desde allí le quedó este inefable misterio tan estampado en el alma, é impreso, que en el mismo tiempo comenzó á hacer un libro desta profunda materia, que tenia ochenta hojas, siendo hombre que no sabia más que leer y escribir. Y por toda la vida le quedaron como esculpidas en el alma las señales de tan grande regalo; porque siempre que hacia oracion á la santísima Trinidad (la cual solia hacer á menudo, y gran rato cada vez), sentia en su alma grandísima suavidad del divino

consuelo; y algunas veces era más señalada y particular la devocion que tenia con el Padre eterno, como con principio y fuente de toda la Divinidad, y orígen de las otras Personas divinas; despues otras con el Hijo; y finalmente con el Espíritu santo, encomendándose y ofreciéndose á cada una de por sí, y sacando juntamente de todas como de una primera causa, y bebiendo como de un plenísimo manantial y fuente de todas las gracias en abundancia el sagrado licor de las perfetas virtudes.

En otro tiempo tambien con grande alegría de espíritu se le representó la manera que tuvo Dios en hacer el mundo. El cual mucho despues cuando contaba estas cosas, él mismo decia, que no podia con palabras explicar.

En el templo del mismo monesterio, estando un dia con grandísima reverencia y devoto acatamiento oyendo misa, al tiempo que se alzaba la Hostia y se mostraba al pueblo, con los ojos del alma claramente vió que en aquel divino misterio, y debajo de aquel velo y especies de pan, verdaderamente estaba encubierto Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre.

Muchas veces estando en oracion, y por largo espacio de tiempo, con estos mismos ojos interiores vió la sagrada humanidad de Nuestro Redentor Jesucristo; y alguna vez tambien á la gloriosísima Vírgen su Madre; y esto no solo en Manresa, donde entónces estaba, sino despues tambien en Jerusalem, y otra vez en Italia, cerca de Pádua, y otras muchas en otras partes. Con estas visitaciones y regalos divinos, quedaba su ánima tan esclarecida de celestial lumbre, y con tanto conocimiento y seguridad de las cosas de la fe, y su espíritu tan confirmado y robusto, que pensando despues estas cosas muchas veces con-

sigo mismo, le parecia, y de veras se persuadia, que si los misterios de nuestra santa fe no estuvieran escritos en las letras sagradas, ó si (lo que no puede ser) la Escritura divina se hubiera perdido, con todo eso serían para él tan ciertos, y los tendria tan fijos y escritos en las entrañas, que solamente por lo que habia visto, no dudaria, ni de entenderlos, ni de enseñarlos, ni de morir por ellos.

Saliendo un dia á una Iglesia que estaba fuera de Manresa, como un tercio de legua y yendo transportado en la contemplacion de las cosas divinas, se sentó cabe el camino que pasaba á la ribera de un rio, y puso los ojos en las aguas: allí le fueron abiertos los del alma, y esclarecidos con una nueva y desacostumbrada luz; no de manera que viese alguna especie ó imágen sensible, sino de una más alta manera inteligible. Por lo cual entendió muy perfetamente muchas cosas, así de las que pertenecen á los misterios de la fé, como de las que tocan al conocimiento de las ciencias; y esto con una lumbre tan grande y tan soberana, que despues que la recibió, las mismas cosas que ántes habia visto, le parecian otras; de tal manera, que él mismo dijo, que en todo el discurso de su vida, hasta pasados los sesenta y dos años della, juntando y amontonando todas las ayudas y favores que habia recebido de la mano de Dios, y todo lo que habia sabido por estudio ó gracia sobrenatural, no le parecia que por ello habia alcanzado tanto como aquella sola vez. Y habiendo estado buen rato en este arrebatamiento y suspension divina, cuando volvió en sí, echóse de rodillas delante de una cruz que allí estaba, para dar gracias á Nuestro Señor por tan alto y tan inmenso beneficio.

Antes que fuese visitado del Señor con estos

regalos y favores divinos, estando aún en el hospital, y otras muchas veces, se le habia puesto delante una hermosa y resplandeciente figura; la cual no podia distinguir como quisiera, ni qué cosa fuese, ni de qué materia compuesta; sino que le parecia tener forma como de culebra, que con muchos á manera de ojos resplandecia. La cual cuando estába presente le causaba mucho contento y consuelo; y por el contrario, mucho descontento y pena cuando desaparecia. Esta vision se le representó aquí estando postrado delante de la cruz. Pero como ya tenia más abundancia de la divina luz, y en virtud de la santa cruz, ante la cual estaba ahinojado, fácilmente entendió que aquella cosa no era tan linda, ni tan resplandeciente como ántes se le ofrecia, y manifiestamente conoció que era el demonio que le queria engañar. Y de ahí adelante por mucho tiempo le apareció muchas veces, no sólo en Manresa y en los caminos, sino en París tambien y en Roma; pero su semblante y aspecto no daba ya resplandor y claridad, mas era tan apocado y feo, que no haciendo caso dél, con el báculo que traia en la mano fácilmente le echaba de sí.

Estando todavía en Manresa, ejercitándose con mucho fervor en las ocupaciones que arriba dijimos, aconteció que un dia de un sábado, á la hora de completas, quedó tan enajenado de todos sus sentidos, que hallándole así, algunos hombres devotos y mujeres, le tuvieron por muerto. Y sin duda le metieran como difunto en la sepultura, si uno dellos no cayera en mirarle el pulso y tocarle el corazon, que todavía, aunque muy flacamente, le latia. Duró en este arrebatamiento ó éxtasi, hasta el sábado de la otra semana; en el cual dia á la misma hora de completas, estando muchos que tenian cuenta con él presentes, como

quien de un sueño dulce y sabroso despierta, abrió los ojos, diciendo con voz suave y amorosa: «¡ay Jesus!» Desto tenemos por autores á los mismos que fueron dello testigos; porque el mismo santo Padre (que yo sepa) nunca lo dijo á ninguno, ántes con humilde y grave silencio, siempre tuvo encubierta esta tan señalada visitacion del Señor.

Parecerá por ventura á algunos, que estos que habemos contado, son extraordinarios favores de Dios, y que son increibles. Y más en un soldado que quitado del ruido de las armas, y destetado de los deleites y dulcedumbre ponzoñosa del mundo, comenzaba á abrir los ojos y á gustar de la amargura saludable de la mirra y cruz de Cristo. Mas los que dicen que son imposibles (si hay algunos que lo digan), serán comunmente hombres que no saben, ni entienden, ni han oido decir qué cosa sea espíritu, ni gozo y fruto espiritual, ni visitacion de Dios, ni lumbre del cielo, ni regalo de ánimas santas y escogidas, ni piensan que hay otros pasatiempos y gustos, ni recreaciones, sino las que ellos, de noche y de dia, por mar y por tierra, con tanto cuidado y solicitud, y artificio buscan, para cumplir con sus apetitos y dar contento á su sensualidad. Y así no hay que hacer caso dellos. Pues nos enseña el Apóstol [1] que el hombre animal (esto es, carnal y entregado á la porcion inferior y parte sensual de su ánima) no percibe, ni entiende las cosas de Dios; y así, pues es ciego, no es justo que se haga juez de lo que no ve.

Pero otros habrá tambien cristianos y cuerdos, y leidos en historias y vidas de Santos, que sepan que algunas veces suele Nuestro Señor hacer es-

1 I Cor. II.

tas mercedes y favores á los que toma especialmente por suyos; y darles privilegios extraordinarios, fuera de la regla y órden con que trata á la gente comun. Los cuales entenderán, que aunque en estas cosas de revelaciones y raptos, es menester mucho tiento, porque puede haber engaño, y muchas veces le hay, tomando por visitaciones del cielo las ilusiones de Satanás, que se transfigura, como dice el Apóstol, [1] en ángel de luz, y siguiendo por revelacion de Dios, la propia y falsa imaginacion, causada, ó de la liviandad y soberbia secreta de nuestro corazon, ó del humor melancólico y enfermedad que hace parecer á las veces que se ve y oye, lo que ni se oye ni se ve. Pero no por eso deja de haber en la Iglesia de Dios verdaderas y divinas revelaciones, con las cuales algunas veces regala Él á sus singulares amigos y privados, y se les comunica con más particular y estrecha comunicacion; y que no es maravilla que haya usado desta misericordia con nuestro Ignacio, y con tan larga mano repartido con él de sus tesoros y riquezas infinitas; porque aunque soldado, y nuevo en esta escuela, habia en poco tiempo andado mucho camino, y pasado muy adelante en su aprovechamiento y en las letras de la verdadera sabiduría; y habíale Nuestro Señor escogido para capitan y caudillo de uno de los escuadrones de su Iglesia (que es como las haces bien ordenadas de los reales, y puestas á punto de guerra) y para patriarca y padre de muchos, que sin duda es mayor merced y favor de Dios, y á ménos concedido, que tener arrobamientos y revelaciones.

Y cierto, mirando bien lo que Ignacio era y lo que hizo, no podemos dejar de confesar, que fué

1 II Cor. XI

menester particularísimo y singular socorro del cielo para acometer una empresa tan grande, y salir con ella, pues fuerzas naturales ni industria humana no bastaban. Porque ¿cómo un hombre sin letras, soldado y metido hasta los ojos en la vanidad del mundo, pudiera juntar gente, y hacer compañía, y fundar religion, y extenderla en tan breve tiempo por todo el mundo con tanto espíritu, y gobernarla con tan grande prudencia, y defenderla de tantos encuentros, con tanto valor, y con tanto fruto de la santa Iglesia y gloria de Dios, si el mismo Dios no le hubiera trocado, y dádole el espíritu, prudencia y esfuerzo que para ello era menester? ¿Qué dechado tuvo delante para sacar el traslado desta religion? ¿En qué libro leyó sus reglas, constituciones, y avisos? ¿Quién le dió la traza y el modelo desta Compañía, tan una en lo sustancial con todas las demas religiones, y tan diferente en cosas particulares, tan proporcionadas y convenientes al estado presente de la Iglesia? Diósela el que sólo se la podia dar, y sólo llamarle para lo que le llamó. Diósela el que es tan poderoso, que de las piedras puede hacer hijos de Abraham, y llama á las cosas que no son [1], como á las que son; y toma por instrumentos y predicadores de la luz de su Evangelio y de su verdad, á los pescadores, para confundir al mundo y mostrar que Él es el Señor, y el que obra las maravillas, y que tanto vale la cosa, cuanto Él quiere que valga, y no más: y que no es como los príncipes y reyes deste siglo, que pueden dar el oficio, como dicen, mas no la discrecion ni los talentos que son necesarios para hacerle bien. Porque Él escoge los ministros del Nuevo Testamento [2], y escogiéndolos los hace idóneos y bas-

1 Matth. III. 2 II. Cor. III.

tantes para todo lo que Él manda, y es servido. Y pues vemos los efetos tan grandes en este bienaventurado Padre (que estos no se pueden ya negar, sino queremos decir que es noche la luz de medio dia) y necesariamente habemos de conceder lo que es más, concedamos tambien lo que es ménos; y entendamos que todos los rayos y resplandores que vemos en las obras que hizo, salieron destas luces y visitaciones divinas, que habemos contado, y de otras que tuvo su ánima; algunas de las cuales en esta historia, con el favor divino, se contarán.





CAPÍTULO VIII.

DEL LIBRO DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES QUE EN ESTE TIEMPO ESCRIBIÓ.

En este mismo tiempo, con la suficiencia de letras que habemos dicho que tenia (que era solamente leer y escribir), escribió el libro que llamamos de los *Ejercicios espirituales*, sacado de la experiencia que alcanzó, y del cuidado y atenta consideracion con que iba notando todas las cosas que por él pasaron. El cual está tan lleno de documentos y delicadezas en materia de espíritu, y con tan admirable órden, que se ve bien la uncion del Espíritu Santo haberle enseñado y suplido la falta de estudio y dotrina. Y aunque es cosa muy probada y manifiesta en todo el mundo, el fruto que ha traido por todas partes el uso destos sagrados Ejercicios á la república cristiana, con todo eso tocaré algunas cosas de las muchas que se podrian decir de su provecho y utilidad.

Primeramente al uso de los Ejercicios se debe la institucion y fundacion de nuestra Compañía; pues fué Nuestro Señor servido que por ellos, casi todos los Padres que fueron los primeros compañeros de nuestro B. Padre, y los que le ayudaron á fundar la Compañía, los despertase él y convidase al deseo de la perfecion y al me-

nosprecio del mundo. Pues los que despues siguiendo su ejemplo entraron en la Compañía, ya aprobada y confirmada por la Sede apostólica (que han sido personas señaladas en habilidad y letras, ó en sangre y otros dones naturales), por la mayor parte por estas santas meditaciones fueron guiados y movidos de la mano de Dios para escoger y seguir esta manera de vida. Y porque no piense nadie que para sola nuestra religion ha enviado Nuestro Señor este beneficio y despertador al mundo, tambien las otras religiones se han aprovechado dél; pues podemos decir con verdad, que muchos de sus monesterios han sido poblados por este medio de mucha y muy escogida gente; muchos religiosos que titubeaban en la perseverancia de su vocacion, han sido en ella confirmados; otros que vencidos de la flaqueza humana, habian ya renunciado los hábitos, reconociendo y llorando su desventura, volvieron al puerto de donde el ímpetu de la tentacion los habia arrebatado.

Y no pára el fruto destos santos Ejercicios en ayudar solamente á las Religiones, pues abraza á todas suertes de gentes, á todos los estados, oficios, edades y modos de vivir. Porque la experiencia ha mostrado, que muchos príncipes, así eclesiásticos como seglares, hombres principales y de baja suerte, sabios é inorantes, casados y continentes, consagrados á Dios y solteros, mozos y viejos, entrando á hacer los Ejercicios se han aprovechado, ó para emendar la mala vida, ó para mejorar la buena que tenian. Y lo que más hace maravillar es, que muchos varones de singular erudicion, tenidos por oráculos de sabiduría y por los mayores letrados de su tiempo, despues de haber gastado toda la vida en las universidades, enseñando, y disputando, y haciendo

callar á otros, se humillaron y sujetaron á ser discípulos de Ignacio, aprendiendo dél en los Ejercicios lo que no habian sacado de los libros ni de sus estudios tan aventajados. Porque lo que en esta escuela (donde se trata del propio conocimiento) se aprende, no pára en solo el entendimiento, mas desciende y se comunica á la voluntad; y así no es tanto conocimiento especulativo, como prático; no pára en saber, sino en obrar; no es su fin hacer agudos escolásticos, sino virtuosos obreros; y con esto despierta é inclina la voluntad para todo lo bueno, y hace que busque y vaya tras aquella celestial sabiduría que edifica, inflama y enamora; no haciendo tanto caso de la ciencia, que muchas veces desvanece y hincha, y saca al hombre fuera de sí.

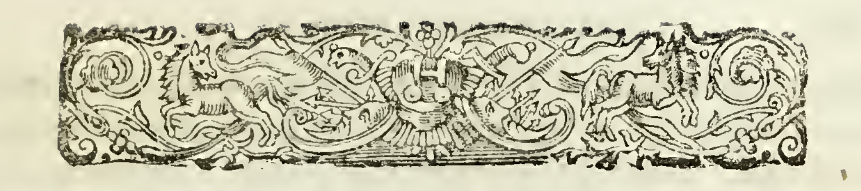
Mas aunque el fruto destos espirituales Ejercicios se extienda universalmente á todos; pero particularmente se ve y se experimenta más su fuerza en los que tratan de tomar estado y desean acertar á escogerle, conforme al beneplácito y voluntad de Dios. Porque no todos los estados arman á todos, ni son á propósito de cada uno, sino que uno es mejor para uno, y otro para otro; y cuál sea el más conveniente para cada uno, y más acertado y seguro, sólo el Señor lo sabe perfetamente, que nos crió á todos; y que sin nosotros merecerlo, nos aparejó y mereció con su sangre tan grande bien como es la comunicacion de su gloria y de su bienaventurada presencia. Y así el escoger estado y tomar manera de vida, habíase de hacer con mucha oracion y consideracion, y deseo de agradar á Dios y de acertar cada uno á tomar lo que el Señor quiere que cada uno tome, y lo que mejor le está para alcanzar su último fin. Mas hácese muy al revés, y sin tener ojo á lo que más importa; porque muchos, ó ce-

bados con su deleite, ó ciegos del interes, ó convidados del ejemplo de sus padres y compañeros, ó atraidos con otros motivos en tierna y flaca edad, cuando el juicio aún no tiene su vigor y fuerza, con poca consideracion y miramiento de lo que hacen se arrojan á tomar estado con tanta temeridad, que tienen despues que llorar para todos los dias de su vida. Y con razon, pues queriendo todos sus negocios tan examinados y cernidos, y que haya vista y revista para ellos, sólo el de sí mismos, que es el que más les importa, y que con mayor acuerdo se debe tratar, le tratan con descuido, escogiendo acaso el camino que han de seguir; y pagando esta culpa con la pena y descontento de toda la vida, como habemos dicho. Lo cual no les sucederia si tomasen por ley de su eleccion la voluntad de Nuestro Señor, y por la regla de toda su vida el fin para que Dios los crió, teniendo por fin al verdadero fin, y usando de los medios, como medios, y no al contrario, pervirtiendo las cosas, y usando del fin para los medios, y de los medios haciendo fin. Y para esto aprovecha el recogimiento, y la consideracion y oracion con que el hombre en estos Ejercicios se apercibe y despega de su corazon cualquiera desordenado afecto, y le dispone para recebir las influencias de Dios y la lumbre de su gracia: con la cual se acierta en esto y en todo, y sin ella, ni en esto, ni en cosa que buena sea, no hay entero acierto ni seguridad.

Pero con ser así todo lo que aquí habemos dicho, y tan universal y notorio el provecho de los Ejercicios, no ha faltado quien ha querido escurecer esta verdad y poner sospecha en cosa tan puesta en razon, y con la contínua experiencia tan confirmada. Mas todos sus golpes dieron en vacío, y fueron flacas sus fuerzas, y vanos sus aco-

metimientos; y rompiéndose y deshaciéndose las olas de su contradicion, se quedó en pié y en su fuerza, como una peña firme, la verdad desta santa dotrina. Porque la Sede apostólica tomó este negocio por suyo, y despues de mucha informacion y gravísimo exámen, interpuso su autoridad, y aprobó el libro de los Ejercicios, loándolos, y exhortando, y persuadiendo á todos los fieles que los leyesen, tuviesen y hiciesen, como claramente consta por las Bulas de nuestro muy santo Padre Paulo III, Vicario de Cristo Nuestro Señor, las cuales se publicaron el año de 1548, y andan impresas con el mismo libro de los *Ejercicios espirituales*, cuyo autor es el apostólico varon de quien tratamos, Ignacio.





CAPÍTULO IX.

CÓMO CAYÓ MALO DE UNA GRAVE ENFERMEDAD.

VOLVIENDO, pues, á su vida, que era la que habemos contado, acontecíale muchas veces, que queriendo las noches dar un poco de reposo á su fatigado cuerpo, le sobrevenian á deshora tan grandes como ilustraciones y soberanas consolaciones, que embebecido y transportado en ellas, se le pasaban las más noches de claro en claro, sin sueño, y le robaban el poco tiempo que él tenia señalado para dormir. Mas despues mirando atentamente en ello, parecióle negocio peligroso, y que podria nacer de buena y mala raíz. Y examinando, y tanteando bien por una parte y por otra todas las razones que desto se le ofrecian, al fin acordó que sería mejor despedirlas y darles de mano, y dar al sueño el tiempo necesario para su sustento. Pero ya estaba tan quebrantado de los excesivos trabajos del cuerpo y contínuos combates del alma, que cayó en una grave enfermedad, en la cual los regidores y ayuntamiento de Manresa le proveian de todo lo necesario, con mucha caridad, y con ésta misma le servian muchas personas honradas y devotas.

Llevóle la enfermedad hasta el último trance de la vida, y aparejándose ya para la muerte, y

encomendándose á Dios de corazon, el demonio que no dormia, le representó un molestísimo pensamiento, dándole á entender, que no tenia de qué temer siendo como era hombre tan justo y santo. Congojóle mucho este pensamiento, y procuró resistirle con todas sus fuerzas, y con la memoria y confusion de los pecados pasados, sacudir y arrojar de sí aquella centella de fuego infernal. Pero como no pudiese desecharla, fué gravísimo el tormento que sintió, y mucho mayor la fatiga que daba á su alma la lucha desta espiritual batalla, que el dolor y trabajo que le daba al cuerpo la enfermedad, que en tanto estrecho le ponia de la vida. Como se sintió algo mejor, y pudo hablar, comenzó á dar voces, y rogar, y conjurar á los que allí estaban presentes, que cuando otra vez le viesen en semejante peligro, y como agonizando con la muerte, á grandes gritos le dijesen: «O miserable pecador, ó hombre desventurado, acuérdate de las maldades que has hecho, y de las ofensas con que has atesorado la ira de Dios contra tí.» En convaleciendo un poco, luego se tornó á sus acostumbradas penitencias y asperezas de vida. Y así recayó la segunda y tercera vez. Porque con una determinacion de ánimo infatigable y perseverante, trabajaba de vencerse en todo y por todo, y tomaba carga sobre sí más pesada de la que sus fuerzas podian llevar. Pero al fin la larga experiencia y un grave dolor de estómago que amenudo le salteaba, y la aspereza del tiempo, que era en medio del invierno, le ablandaron un poco para que obedeciese á los consejos de sus devotos y amigos. Los cuales le hicieron tomar dos ropillas cortas, de un paño grosero y pardillo, para abrigar su cuerpo, y del mismo paño una media caperuza para cubrir la cabeza.



CAPÍTULO X.

DE LA PEREGRINACION QUE HIZO Á JERUSALEM.

Un año, ó poco ménos, estuvo en Manresa, con la penitencia y aspereza de vida que habemos contado. El cual acabado, llegábase ya el tiempo en que tenia determinado de ir á Jerusalem, y comenzándolo á poner por obra, se salió de Manresa, y se fué para Barcelona, sin tomar otra compañía consigo que la de Dios, con quien deseaba tratar á sus solas, y gozar de su interior comunicacion sin ruido ni estorbos de compañeros. Y así, aunque muchos se le ofrecieron de hacerle compañía, y otros le aconsejaban y le rogaban ahincadamente que no emprendiese tan largo y peligroso camino, sin llevar alguno que supiese la lengua italiana ó latina, para que le sirviese de guia y de intérprete, nunca lo quiso hacer, por gozar más libremente de su soledad; y tambien porque como andaba ya tan descarnado de sí, y tan deshecho de todas las cosas del mundo, y con tan abrasados deseos se habia resignado y puesto en las manos de Dios Nuestro Señor, queria estribar en solo él, y estar colgado de su providencia paternal, de suerte que no se le derramase, ni divirtiese en las criaturas esta su confianza, ni se

le disminuyese ó entibiase con la esperanza que podia tener en el ayuda y refugio del compañero.

Y no solamente echó de sí el ayuda de los compañeros en este camino, sino tambien toda la solicitud y congojoso cuidado que del viático se podia tener, porque no hubiese cosa que le apartase desta su singular confianza que tenia puesta en solo Dios, ni le hiciese aflojar de aquel apresurado paso con que caminaba tan alentado y sediento á la fuente caudalosa de las aguas vivas, que es el Señor.

Halló en Barcelona un bergantin armado que pasaba á Italia, y una nave que estaba á la colla para hacer el mismo viaje. Trató de ir con el bergantin; pero estorbáronselo, y fué Nuestro Señor servido que diese al través, y se perdiese en aquella navegacion. La manera con que se estorbó la embarcacion del bergantin que se perdió, fué que una señora que se llamaba Isabel Rosel (á lo que ella me contó en Roma), oyendo un dia un sermon, vió á nuestro B. Padre que tambien le oia sentado entre los niños en las gradas del altar; y mirándole de cuando en cuando, le parecia que le resplandecia el rostro, y que sentia en su corazon una como voz que le decia, *llámale, llámale*, y aunque por entonces disimuló, quedó tan movida, que en llegando á su casa, lo dijo á su marido, que era ciego y persona principal como ella. Buscaron al peregrino luego, convidáronle á comer; comió, y despues les hizo una plática espiritual, de que quedaron asombrados, y aficionados á él, y supieron que aguardaba pasaje para Italia, para donde partia tambien un obispo, pariente de aquel caballero; y aunque estaba ya concertado de ir en el bergantin, y tenia no sé qué librillos en él, hicieron tanto, que se lo estorba-

ron, y el bergantin partió, y se perdió á vista de Barcelona.

El patron de la nave dijo que le llevaria de balde en ella, con que metiese su matalotaje de tanta cantidad de bizcocho, cuanta habia menester para el sustento de su persona; porque sin esta provision no le queria recebir. Comenzó, pues, á tratar de la provision del bizcocho que le pedian, y juntamente á congojarse y afligirse, pareciéndole que esto era ir ya contra sus propósitos y contra el deseo de aquella perfetísima pobreza que Dios Nuestro Señor le habia dado, y contra aquella confianza tan segura y filial, con que queria estar todo pendiente y colgado de la mano de Dios; y con amargura de su corazon, hablando consigo mismo, decia: ¿Dónde está aquella tan cierta y segura confianza en Dios, que no te faltaria cosa ninguna de su mano? ¿Por ventura Él no podrá darte pan, y poner la mesa en el desierto á su peregrino? Y como no se supiese desenvolver por sí mismo, ni desmarañar destos enredos y pensamientos tan dudosos, determinóse, como solia hacer en las demas cosas, de proponer sus dudas y congojas al confesor, y decirle las razones que se le ofrecian por la una parte y por la otra; y el deseo tan encendido que Nuestro Señor le daba, de abrazarse con la perfecion de la pobreza por su amor, y de hacer en todo lo que fuese más agradable á los ojos de su divina Majestad, y ponerlo todo en sus manos, y hacer lo que Él le dijese. Por parecer del confesor, metió bizcocho en la nave, y como al tiempo del embarcarse le sobrasen algunas cinco ó seis blancas de las que le habian dado de limosna que habia pedido de puerta en puerta, por no llevar para su viático más de lo que no podia precisamente excusar, las dejó allí sobre un banco en la marina.

En este tiempo era muy atormentado de la tentacion de la vanagloria, de suerte, que ni osaba decir quién era, ni de dónde era, ni descubrir á dónde iba, ni cómo vivia, ni qué pretendia, por no desvanecerse y ser llevado del aire popular y buena reputacion, en que por ventura otros le tendrian.

Pero volviendo á su navegacion, ella fué muy trabajosa, aunque breve, porque pasó una muy brava tormenta, y con los vientos recios y deshechos llegó en cinco dias de Barcelona á Gaeta, que es una ciudad en Italia, entre Nápoles y Roma. Este año, que fué el de 1523, fué muy enfermo; y en él fué Italia muy afligida y trabajada de pestilencia. Por lo cual todos los pueblos y lugares tenian sus guardas y centinelas que no dejaban entrar á los forasteros; y á esta causa padeció en el camino de Gaeta para Roma extraordinarios trabajos. Porque muchas veces no le dejaban entrar en los pueblos; y algunas era tanta la hambre y flaqueza que padecia, que sin poder dar un paso más adelante, le era forzado quedarse donde le tomaba la noche, hasta que de lo alto le viniese el remedio. Pero, en fin, como pudo, cayendo y levantando, llegó á Roma el domingo de Ramos, y allí visitó con gran devocion y reverencia las sagradas estaciones y santuarios de aquella santa ciudad, y tomó la bendicion del Papa, que era Adriano VI. Estando en Roma muchos procuraron de desviarle del propósito que tenia de ir á Jerusalem, dificultándole é imposibilitándole el camino por ser tan largo y trabajoso, y en año de tanto peligro y lleno de tantas dificultades, que no se podrian vencer sin mucho dinero.

Mas todas ellas no pudieron hacer mella en aquel ánimo determinado é invencible de Igna-

cio. Solo le movieron á tomar siete ú ocho ducados que le dieron al tiempo de su partida, que fué ocho dias despues de Pascua, para pagar con ellos el flete de su embarcacion; los cuales tomó, vencido de los muchos peligros y espantos que le decian. Pero salido de Roma, examinando lo que habia hecho, le pareció que habia nacido de temor humano y falta de confianza; y remordíale la conciencia, y carcomíase entre sí, no porque le pareciese que era pecado tomar ó llevar dinero, sino porque no venia bien con la perfecion de su deseo, y desdecia en alguna manera del santo propósito que habia hecho de seguir una extremada pobreza en todas las cosas. Y así reprehendiendo su flaqueza, quiso arrojar el dinero; mas despues le pareció mejor darlo á los pobres que encontrase por amor de Dios, y así lo hizo.

En el camino de Roma á Venecia pasó grandes fatigas y muchas dificultades. Porque como todavía duraba la pestilencia, desechado por el miedo della de los pueblos, le era necesario dormir las noches en el campo al sereno, ó cuando mucho debajo de algun portal; y los caminantes que le topaban, como le veían descolorido y trashijado, unos huian dél como de la muerte, cuyo retrato parecia; otros, que se le llegaban por el camino, como no pudiese él atener con ellos y andar á su paso por su gran flaqueza, acercándose la noche le dejaban solo y apresuraban su camino, por no trasnochar en el campo. Mas el Señor que dijo [1], «no te desampararé ni dejaré», visitó al desamparado, y acogió siempre al desechado de todos, Ignacio. Porque una noche despues de haberle dejado todos solo, yendo de Choza á

1 Jos., I. Hebr., XIII.

Padua, en una campaña rasa, le apareció Jesucristo Nuestro Redentor, y maravillosamente le consoló con su dulce y soberana presencia, y le esforzó para padecer otras cosas más ásperas por su amor; y de tal manera favoreció su camino, que ni á la entrada, ni á la salida de la ciudad de Padua, no le dieron las guardas ningun estorbo, ni le detuvieron. Y la misma facilidad halló en la entrada de Venecia. Porque no obstante que las guardas y soldados á todos los demas examinaban y escudriñaban, á solo el pobrecito Ignacio no hubo hombre que le tocase ni impidiese. Lo cual no aconteció así á los que en el camino le habian dejado solo y desamparado; ántes al revés, porque se vieron todos en mucho trabajo para poder entrar en la ciudad de Venecia, en la cual nunca quiso ir á hablar al Embajador que en aquella república tenia el Emperador D. Cárlos, Rey de España; porque no buscaba favor humano, ni tenia cuidado del dinero que era necesario para pagar el flete, ántes tenia certísima esperanza que Dios le haría fácil y próspera su navegacion; y que habia de llegar á aquella santa ciudad, y consolarse y regalarse en aquellos lugares consagrados con la vida y muerte de Jesucristo Nuestro Señor.

Tambien aquí en Venecia tuvo otro contraste y nuevas dificultades que se le ponian delante para desmayarle y apartarle desta jornada. Porque como el año ántes de 1522, el gran turco Soliman hubiese puesto cerco sobre la isla de Ródas (que en aquella sazon era de cristianos), despues de habérsela defendido muchos meses los caballeros de la órden de san Juan con maravilloso valor y con hazañas notables, á la postre fué entrada y ganada la ciudad é isla con lastimosa pérdida de toda la cristiandad. Y puso tan

gran pavor y espanto este triste acaecimiento en los mismos peregrinos que habian ya llegado á Venecia para pasar á Jerusalem, que dejando su propósito se tornaban á sus casas, por no poner en peligro sus vidas y su libertad. Y por esto muchos aconsejaban á nuestro peregrino que librase este negocio para otro tiempo en que hubiese más sazon. Pero él tenía tan asentado en su corazon, que aunque una sola barca pasase aquel año á Jerusalem, Nuestro Señor le habia de llevar en ella, que no se debilitó ni enflaqueció un punto de su segura, y cierta, y firme esperanza.

El tiempo que estuvo en Venecia, como solia en otras partes, mendigaba de puerta en puerta su pobre comida; y las noches dormia en la plaza pública de san Márcos, que es la más principal de aquella ciudad. Mas uno de aquellos señores del Senado le recogió en su casa con esta ocasion. Estaba este caballero una noche durmiendo en su cama á buen reposo con mucho regalo (que le suele tener la gente principal de la ciudad de Venecia), y al mismo tiempo se estaba nuestro Ignacio, pobre y desnudo en el suelo, sin que hubiese quien le albergase ni le dijese ¿qué haces ahí? Estando, pues, el caballero en su regalo, oyó unas voces como que le despertaban, y le decian: «¿cómo, que tú andes delicada y ricamente vestido, y estés tan regalado en tu casa, y que mi siervo esté desnudo en los portales de la plaza? ¿Que tú duermas en cama blanda y ricamente aderezada, y que él esté tendido en el duro suelo al sereno?» Levantóse á estas voces el senador, despavorido y espantado con esta novedad; sálese con gran priesa de su casa, sin saber á quien buscaba, ni á dónde le habia de buscar, y váse por las calles, y llegado á la plaza de san Márcos, halló á nuestro peregrino tendido en

el suelo; y entendiendo que aquel era el que Dios le mandaba buscar, llévale aquella noche á su casa y trátale con mucho regalo y honra. De la cual queriendo él huir, se fué despues á casa de un español, que se lo rogó. Era duque de Venecia, en aquella sazon, Andrea Griti, varon muy estimado en aquella república: fué nuestro Ignacio á hablarle, y contóle en su romance castellano la suma de su deseo, y suplicóle que le mandase dar embarcacion. Hízolo todo muy cumplidamente el duque, dando órden que le llevasen de gracia hasta Chipre en la nao capitana, en que iba el nuevo gobernador que enviaba la República á aquel reino.

Estando, pues, ya con esta esperanza, aguardando sólo el buen tiempo para hacerse á la vela, hé aquí otro nuevo trabajo y estorbo que Nuestro Señor le envió para mayor probacion de su confianza. Habia ya salido del puerto la nave de los peregrinos, y estando para hacer lo mismo la capitana, dale una tan recia calentura al peregrino, que le apretó mucho, y tomada una purga se hizo la capitana á la vela; y diciéndole el médico, que si se embarcaba aquel dia, ponia en manifiesto peligro su vida, como él era guiado y regido interiormente por otro divino médico, ese mismo dia con la purga en el cuerpo se embarcó. Y proveyó Dios en la mayor necesidad, porque se mareó y vomitó tanto con la agitacion del mar, que comenzó luego á mejorar, y la navegacion poco á poco le fué causa de entera salud.

Cometíanse en la nave grandes pecados y maldades; las cuales nuestro B. P., tocado de Dios é inflamado con el fuego de su celo y espíritu, no pudo sufrir. Y así comenzó á reprehenderlas con libertad cristiana, y grande severidad. Y como los otros pasajeros no le pudiesen reprimir, con de-

cirle que le podia venir mal si de aquella manera hablaba, vino la cosa á términos, que tomando su acuerdo los marineros le quisieron dejar en una isla despoblada y desierta, donde habian de llegar. Mas al mismo tiempo que llegaban á ella, con un súbito y arrebatado viento fué desviado el navío y apartado de la isla; de manera que no pudieron poner por obra su mal intento, ántes fué causa este viento de llegar más en breve á Chipre, donde alcanzaron la nave de los peregrinos, á la cual se pasó nuestro Ignacio, sin meter en ella otra provision, que la que habia metido primero en la otra nave capitana, que era una firmísima esperanza en su Dios. El cual muchas veces en todo el tiempo de su navegacion se le apareció, y con increibles consolaciones y gozos espirituales le regaló y sustentó; y finalmente, le llegó al puerto tan deseado de aquella tierra santa.





CAPÍTULO XI.

CÓMO VISITÓ LOS SANTOS LUGARES DE JERUSALEM.

Hallo en un papel escrito de mano de nuestro B. P. Ignacio, que á los 14 del mes de Julio del año de 1523, se hizo á la vela y salió de Venecia; y el resto del mes de Julio y todo el mes de Agosto gastó en su navegacion. De manera, que el postrer dia del mes de Agosto llegó á Jaffa. Y á los 4 de Setiembre, ántes del mediodía, le cumplió Nuestro Señor su deseo, y llegó á Jerusalem. Que de la particularidad con que el mismo Padre escribió todo esto de su mano, se puede aún sacar su devocion y la cuenta que llevaba en sus pasos y en las jornadas que hacía. No se puede explicar el gozo y alegría que Nuestro Señor comunicó á su ánima, con sola la vista de aquella santa ciudad, y cómo le regaló con una perpétua y contínua consolacion todo el tiempo que estuvo en ella, visitando muy particularmente, y regalándose en todos aquellos sagrados lugares, en que hay memoria haber estado Cristo Nuestro Redentor.

Tenia ya determinado de quedarse en Jerusalem, y emplear el resto de su vida en visitar y reverenciar aquellos lugares sagrados; que por haber sido pisados de aquella santísima humanidad

de Jesucristo Nuestro Señor, parece que echan de sí fragancia y olor de devocion y santidad, y llamas de aquel inestimable amor que nos mostró, en lo que en ellos por nosotros padeció y obró. Tenia tambien deseo de emplearse en todo lo que sus fuerzas pudiesen, en ayudar y servir á sus prójimos. Para hacerlo mejor, fuése al guardian de san Francisco, y dióle las cartas que le llevaba en su recomendacion, diciéndole el deseo que tenia de quedarse en Jerusalem (que la otra parte de ayudar á las almas, ni á él ni á otro se la descubria), y que bien sabia que el convento era pobre, y que él no queria serles pesado ni cargoso; que la limosna y caridad que le pedia, era solamente que tomase cargo de su conciencia, para regirla y para oir sus pecados, y confesarle, que en lo demás él tendria cargo de proveerse de lo necesario, sin darles pesadumbre. Dióle el Padre guardian buenas esperanzas, pero remitióle á la venida del Padre ministro provincial, que estaba en Bethlem. El cual, desde á poco tiempo, vino y aconsejó á nuestro peregrino que se volviese á Italia, alabando por un cabo su deseo lleno de celo y devocion, y por otro dándole á entender, que por ser indiscreto y poco recatado, por ventura se veria en peligros de perder la vida y su libertad, como otros muchos que habian sido presos ó muertos, por dejarse llevar de semejante espíritu de devocion y fervor inconsiderado. Pero como él estuviese ya acostumbrado á no hacer caso de semejantes espantos y peligros, dijo al ministro provincial, que no podia dejar de quedarse, si no hubiese depor medio cosa que le obligase en conciencia á no quedar, por entender que el no quedarse, sería para mayor servicio de Nuestro Señor.

Entónces el provincial le declaró, que tenia fa-

cultad de la Sede apostólica, para enviar de allí los que le pareciese, y para excomulgar á los que en esto no le obedeciesen; y así, que le rogaba que tuviese por bien de volverse, y que sin escrúpulo ninguno se persuadiese ser ésta la voluntad de Dios; pues él como amigo y hermano, y experimentado en las cosas de aquella tierra, se lo aconsejaba, y que lo hiciese así, sino queria que contra su voluntad usase de la facultad que tenia. Queriendo mostrarle las Bulas apostólicas, en que se le concedia esta facultad, nuestro Ignacio no lo consintió: mas dijo, que no habia para qué mostrarlas, pues él creia lo que le decia sin otra prueba, como era razon; y siguiendo la voluntad de Dios, que para mayores cosas le llamaba, dijo: «Padre, yo os obedeceré, y lo haré así como me lo ordenais.» Estando ya con propósito de volver, le vino un encendido deseo de tornar á visitar el monte Oliveto, donde en una piedra se ven hoy dia las señales que dejó impresas de sus divinos piés el Señor al tiempo de su subida á los cielos. Y con este deseo se hurtó secretamente de los otros peregrinos, y solo, sin guia y sin compañía, y lo que es de mayor peligro, sin llevar consigo turco de guarda, con toda priesa subió al monte, y no teniendo otra cosa que dar porque le dejase entrar, dió á la guarda un cuchillo de escribanías que llevaba. Y lleno de incomparable regocijo, se fué con gran presteza á Bethphage. Mas luego dió la vuelta para el monte Oliveto, para más atentamente mirar á cuál parte caia la señal del pié derecho, y á cuál la del izquierdo, que en la piedra quedaron señalados; y porque otra vez le dejasen entrar, dió á la guarda las tijeras que le habian quedado de las escribanías.

Como los Padres de san Francisco le echaron ménos, entendiendo el peligro que corria de su

vida, enviaron á buscarle á un cristiano (de los que llaman de la cintura) plático de la tierra, que servia en el monesterio. Este le halló que ya volvia lleno de gozo y consuelo, y arremetió á él con un palo en la mano, y con rostro severo, y con un semblante enojado y espantoso, le asió del brazo riñéndole ásperamente, y amenazándole porque se habia metido en tan manifiesto peligro: y tiró dél, como que lo quisiese llevar medio arrastrando; pero él no resistió, ántes siguió con mucho amor y voluntad al que le llevaba; porque fué particular el regalo que su ánima en este trance sintió. Vió sobre sí á Cristo Nuestro Salvador, como que caminaba é iba delante dél, desde que el otro le trabó del brazo hasta que llegaron á las puertas del convento; y con este favor celestial pasó con más alegría su trabajo.





CAPÍTULO XII.

CÓMO VOLVIÓ Á ESPAÑA.

Despues que entendió ser la voluntad de Dios que no quedase en Jerusalem, se aparejó para la vuelta, en la cual le acontecieron algunas cosas notables. El tiempo era como suele, en el corazon del invierno, de grandes nieves y heladas; y nuestro peregrino, para defenderse del frio y abrigarse, no tenia más ropa que unos zaragüelles de lienzo grosero hasta las rodillas, y las piernas desnudas y los piés calzados, y un juboncillo de lienzo negro acuchillado todo por las espaldas, y una ropilla corta y raida, de ruin paño.

Llegó á Chipre con los demas peregrinos, donde halló tres navíos aprestados y á punto para Italia. El primero era de turcos. El segundo era una grande y poderosa nao veneciana, tan fuerte y tan bien armada, que parecia poder contrastar y resistir al ímpetu de todos los vientos, y á toda la furia del mar. El tercero era un navío pequeño y viejo, y casi comido de broma. Rogaron muchos al capitan de la nave veneciana, que quisiese recebir en ella á nuestro P. Ignacio por amor de Dios, alabándole de santo, y encumbrándosele mucho, y poniéndole delante con buenas palabras la obra tan buena que en ello haria. Mas como él entendió que era pobre y que no tenia dineros para pagarle, dijo que no queria, que pues

era tan santo, como ellos decian, no tenia necesidad de navío para pasar, que se fuese por su pié sobre las aguas, que no se hundiria. Y así desechado del capitan de la nave mayor, rogaron al de la menor que le admitiese; y hízolo liberalmente.

Hiciéronse á la vela todas tres naves el mismo dia y á la misma hora, con próspero viento, y habiendo caminado un rato, viniendo la tarde, les sobrevino una brava y recia tormenta, con la cual la nave turquesca con toda su gente se hundió: la de aquel caballero veneciano, dió al través junto á la misma isla de Chipre, y perdióse, salvándose los que iban en ella; pero la navecilla en que iba el siervo de Dios, vieja y carcomida, y que parecia que se la habia de tragar la mar, fué Nuestro Señor servido, que aunque corrió fortuna no pereciese; ántes despues de mucho trabajo vino á tomar puerto en la Pulla, provincia de Italia, en el reino de Nápoles, y de allí llegó en salvamento á Venecia, mediado Enero del año de 1524: habiendo desde que partió de Chipre hasta que llegó, estado en la mar los meses de Noviembre y Diciembre y parte de Enero.

En Venecia se reparó unos pocos dias, y topándose en ella con un buen hombre que le habia ántes recogido en su casa, rogado é importunado dél, se fué á ella. Y queriéndose ya partir para seguir su camino de España, le dió quince ó diez y seis reales, y un pedazo de paño, del cual hizo muchos dobleces para abrigar su estómago, que con el rigor del frio le sentia muy enflaquecido y gastado. Con esta provision se puso en camino para España; y llegado á la ciudad de Ferrara, que está dos jornadas de Venecia, se fué á hacer oracion á una iglesia. Estando en ella puesto con Dios se llegó á él un pobre, como suelen, á pedirle limosna, y él echó mano y dióle una moneda

como un cuarto; llegó otro, y nuestro peregrino dióle otra moneda de más valor, como sería un cuartillo. Avisaron estos pobres á los demas que estaban á la puerta de la iglesia pidiendo limosna, de lo bien que con el peregrino les habia sucedido; y ellos uno en pos de otro se fueron á él pidiéndole por Dios, y él comenzó liberalmente á repartir con ellos de lo que tenía, dándoles primero las monedas menores, y despues las mayores, hasta darles todos los reales, de suerte que no le quedó ninguno. Y acabada su oracion, saliendo de la iglesia, todos los pobres comenzaron á dar voces alabándole y diciendo: *el santo, el santo;* y él, que no tenía un pedazo de pan que comer aquel dia, lo fué á buscar de puerta en puerta, como tenía de costumbre.

De Ferrara tomó el camino para Génova por Lombardía (la cual ardia toda de cruelísima guerra, que entónces habia entre los españoles y franceses), y él enderezaba su camino de manera que habia de pasar casi por los mismos ejércitos y reales de los unos y de los otros. A esta causa le aconsejaron que se desviase de aquel peligro, y echase por otro camino más desembarazado y seguro; pero él se determinó de seguir su camino derecho, llevando á Nuestro Señor por su escudo y su guía.

Pasando, pues, adelante, vino á dar en un pueblo cercado donde habia infantería española, que estaba allí con mucha guarda y recato. Y como algunos soldados y centinelas le vieron en aquel traje y figura, creyendo que fuese espía de los enemigos, echaron mano dél, y lleváronle á una casilla cerca de la puerta del pueblo, y allí con palabras blandas y halagüeñas quisieron sacar dél quién era. Despues como no hallaron lo que querian, comenzáronle á escudriñar y á tentar

con mucha desenvoltura y poca vergüenza, hasta desnudarle y quitarle los zapatos y ropilla que traia, por ver si hallarian alguna carta ó rastro de lo que sospechaban; pero en fin quedaron burlados, y amenazándole le dijeron que fuese delante del capitan, que á puros tormentos le harian confesar la verdad, y así desnudo con solo el jubon y zaragüelles, le llevaron por tres grandes calles delante del capitan con mucha alegría y regocijo de su ánima. Y como quiera que hasta entónces, porque le tuviesen por rústico y hombre simple, y que sabia poco de cortesías, solia tratar groseramente á todos, y no conforme al estilo comun de la gente polida y cortesana, y llamar áun á los señores y príncipes de vos, viéndose en aquella hora llevar delante del capitan, le cayó un nuevo miedo que le hizo dudar si sería bien dejar por entónces aquella su costumbre y tratar al capitan más cortesmente que solia á los otros. Y la causa desta duda era porque por ventura, si así no lo hiciese, daria ocasion al capitan para pensar que no hacia caso dél; y para que enojado por verse menospreciado, le maltratase y hiciese morir á puros tormentos. Pero conociendo que este pensamiento nacia de flaqueza y temor humano, le rechazó tan constantemente, que determinó por sola esta causa de no usar de ningun género de cumplimiento con el capitan, y cumplióle bien á la letra. Porque preguntando el capitan de dónde era natural, calló como si fuera mudo, y preguntándole más adelante de dónde venía, no respondió palabra; finalmente, á todas las otras preguntas que le hizo, estuvo como una estátua, teniendo siempre los ojos del cuerpo enclavados en el suelo, y los de su ánima en el cielo. A sola esta pregunta, ¿eres espía? Respondió: no soy espía. Y esto por parecerle

que, sino respondia á ella, por ventura les daria justa causa de enojarse con él, y atormentarle.

Enojóse el capitan con los soldados ásperamente, riñéndoles y diciéndoles que harto locos eran ellos, pues le habian traido allí un loco; y con tanto manda que se lo quiten de delante, y le echen de allí.

Irritados los soldados con el mal tratamiento de su capitan, quiebran en el pobre peregrino su enojo, y diciéndole mil baldones y ultrajes, cárganle de puñadas y coces. Contaba él despues, que con la memoria y representacion que allí tuvo de la afrenta y escarnio que el Señor recibió de Herodes y de sus soldados, había el mismo Señor regalado su ánima con un admirable y extraordinario consuelo. Mas pasada esta befa y gritería no faltó Dios á su soldado; porque no habiendo todo aquel dia desayunádose con otro manjar que de afrentas é injurias, y estando bien fatigado y quebrantado su cuerpo, un español de pura lástima le llevó consigo, y le albergó y reparó dándole de comer. De allí se partió el dia siguiente; y prosiguiendo su camino, fué otra vez preso de ciertos franceses, que siendo centinelas le vieron pasar desde una torre, y le llevaron al capitan francés; el cual, sabiendo de dónde era, aunque no quién era, le acogió, y trató, y despidió cortesmente, y le mandó dar de cenar, y hacer buen tratamiento. Llegado á Génova, topó con Rodrigo Portundo, vizcaino, que era entónces General de las galeras de España, y habia sido su conocido en la córte de los Reyes católicos. Este le amparó y dió órden para que se embarcase en una nave que pasaba á España, á donde aportó, llegando á Barcelona con hartos peligros de cosarios y enemigos, viniendo á acabar su navegacion en el mismo lugar donde la habia comenzado.



CAPÍTULO XIII.

CÓMO COMENZÓ Á ESTUDIAR DESDE LAS PRIMERAS LETRAS.

VOLVIÓ, como dijimos, á España, y la vuelta fué con determinacion de estudiar muy de propósito. Porque como se vió apartado de aquellos santos lugares de Jerusalem, donde él pensaba pasar su vida, y que no le habian salido sus primeros intentos, comenzó á pensar con gran cuidado, qué era lo que Dios queria dél: qué cosa sería bien hacer que fuese más acepta y agradable en los ojos de su divino acatamiento. Y despues que lo miró y tanteó todo, al fin se resolvió que para poderse emplear mejor y más á provecho de sus prójimos, como él deseaba, era necesario tener caudal de letras, y acompañar la dotrina y el conocimiento de las cosas divinas (que por el estudio y ejercicio de las letras se alcanza), con la uncion y favor de espíritu que Nuestro Señor le comunicaba, y por esto se determinó de estudiar; y parecióle que Barcelona le sería á propósito para hacerlo.

Y así llegado á ella, comunicó ésta su determinacion con dos personas devotas suyas. La primera fué una señora honrada y principal, llamada Isabel Rosel, de la cual hablamos arriba, y de

quien él ántes habia recebido mucha caridad y limosna. La otra fué un maestro de gramática, llamado Ardébalo, hombre de mucha virtud y aplicado á toda devocion; y aprobaron ambos su determinacion; y la señora le ofreció de sustentarlo en el estudio los años que estuviese allí, y el maestro de enseñarle con diligencia. Desta manera, pues, el año de 1524, siendo ya de edad de 33 años, comenzó á aprender los primeros principios de gramática, y aquellas menudencias de declinar y conjugar, que aunque no eran para sus años, las llevó bien el espíritu y fervor tan encendido con que deseaba vencerse y agradar á Dios. No le espantaba el trabajo desabrido de aquellas prolijidades y espinosas niñerías, ni la muchedumbre y variedad de tantas reglas y precetos, ni el tomar de coro, y repetir y dar la licion, ni los otros ejercicios pueriles le daban tanta pena como las muchas y grandes consolaciones é ilustraciones que le venian, cuando con más atencion se ponia á estudiar.

Apénas tomaba el arte de gramática en la mano para decorar las declinaciones de los nombres y conjugaciones de los verbos, cuando embestian con él muchas inteligencias de cosas altísimas, y le atropellaban y turbaban la memoria. De suerte que en lo que estudiaba no podia coger cosa de nuevo, y todo lo que ántes habia cogido y allegado, se le desaparecia y derramaba con la fuerza de la imaginacion. Y aunque con todas sus fuerzas é industria trabajaba por cerrar la puerta á estos sentimientos cuando venian, y por despedirlos y echarlos de sí cuando habian entrado, no era señor de sí, ni lo podia hacer, ni estaba más en su mano, por mucha fuerza que hiciese, y por mucho que fuese el daño que para sus estudios viese que recebia desta sutil y engañosa tentacion.

Hasta que un dia, asombrado desta novedad tan grande, comenzó á examinarla y á pensar, y á decir entre sí: «¡Válame Dios! ¿qué es esto? cuando rezo, cuando me confieso y comulgo, cuando me disciplino, cuando velo, cuando con ayunos y otras penitencias corporales aflijo mi carne y lloro mis pecados, cuando trato de veras las cosas puramente espirituales y divinas, no tiene mi ánima tanta lumbre y recreacion, ni tan grandes ni tan maravillosos sentimientos de Dios; y cuando nos venimos á hacer niños, y tratar niñerías, y queremos dejar á Dios por Dios, ¿entonces se nos ofrecen estas visiones? Ya te entiendo, Satanás, ya te entiendo, estos son tus ardides y engaños, que traen apariencia de luz resplandeciente, y son escuridad y tinieblas. Pues espera, yo te dejaré burlado.»

Para resistir, pues, á esta tan porfiada astucia del enemigo, váse á su maestro y ruégale (como el mismo Padre me contó) que se venga con él á la iglesia de santa María de la Mar, que estaba cerca de su casa, y que allí le oiga lo que le quiere decir. Y así le dió cuenta muy por entero de todo lo que pasaba en esta parte por su ánima, y de la tela que le iba urdiendo el demonio; y que para destejerla y deshacerla de todo punto, le empeñaba su palabra y le prometia de no faltar ningun dia á licion en espacio de los dos primeros años siguientes, con que no le faltase pan y agua para pasar aquel dia. Y con esto échase á los piés del maestro, y ruégale una y muchas veces, muy ahincadamente, que muy particularmente le tome á su cargo, y le trate como al menor muchacho de sus discípulos, y que le castigue y azote rigurosamente como á tal cada y cuando que le viere flojo y descuidado, ó ménos atento y diligente en lo que tanto le importaba para el servi-

cio divino y para la vitoria de sí mismo y de su enemigo capital.

Con este acto tan vehemente y tan fervoroso se deshizo luego, como con la claridad del sol, toda aquella niebla y escuridad que venia con apariencia de claridad; y le dió Dios Nuestro Señor mucha paz y sosiego en el estudio. Prosiguiendo, pues, en los ejercicios de sus letras, aconsejáronle algunos hombres letrados y pios, que para aprender bien la lengua latina, y juntamente tratar de cosas devotas y espirituales, leyese el libro *De Milite christiano* (que quiere decir *De un caballero cristiano)*, que compuso en latin Erasmo Roterodamo; el cual en aquel tiempo tenia grande fama de hombre docto y elegante en el decir. Y entre los otros que fueron deste parecer tambien lo fué su confesor. Y así, tomando su consejo, comenzó con toda simplicidad á leer en él con mucho cuidado y á notar sus frases y modos de hablar. Pero advirtió una cosa muy nueva y muy maravillosa, y es que en tomando este libro que digo de Erasmo en las manos, y comenzando á leer en él, juntamente se le comenzaba á entibiar su fervor, y á enfriársele la devocion; y cuanto más iba leyendo, iba más creciendo esta mudanza. De suerte que cuando acababa la licion, le parecia que se le habia acabado y helado todo el fervor que ántes tenia y apagado su espíritu y trocado su corazon, y que no era el mismo despues de la licion que ántes della. Y como echase de ver esto algunas veces, á la fin echó el libro de sí, y cobró con él y con las demas obras deste autor tan grande ojeriza y aborrecimiento, que despues jamás quiso leerlas él, ni consintió que en nuestra Compañía se leyesen, sino con mucho delecto y mucha cautela.

El libro espiritual que más traia en las manos,

y cuya licion siempre aconsejaba, era el *Contemptus mundi*, que se intitula *De imitatione Christi*, que compuso Tomás de Kempis, cuyo espíritu se le embebió y pegó á las entrañas de manera que la vida de nuestro Santo Padre, como me decia un siervo de Dios, no era sino un perfetísimo dibujo de todo lo que aquel librito contiene.

Como se sintió en Barcelona más aliviado del dolor de estómago de lo que solia, acordó de tornar al gran rigor de sus acostumbradas penitencias, en las cuales habia aflojado algo, parte por el mal del estómago, y parte por los trabajos y dificultades del largo camino. Y así comenzó á agujerear las suelas de los zapatos, yéndolas poco á poco rasgando, de tal manera, que á la entrada del invierno ya andaba los piés desnudos por tierra, y cubiertos por encima con el cuero del zapato por huir la ostentacion. Y en la misma manera iba añadiendo en las demas penitencias.

Dos años estuvo en Barcelona oyendo del maestro Ardébalo, con tanta diligencia y aprovechamiento, que le pareció á su maestro, que podia pasar á otras ciencias mayores; y deste parecer fueron tambien otros hombros doctos que le aconsejaban que estudiase el curso de la filosofía. Pero como él desease estar bien fundado en la latinidad ántes de pasar á otras ciencias, no se satisfizo del parecer destos, hasta que se hizo examinar de un famoso doctor en teología; el cual aprobó el parecer de los demas, y le aconsejó que para aprovechar más en los estudios de filosofía, se fuese á la universidad de Alcalá; y así lo hizo el año de 1526.





CAPÍTULO XIV.

CÓMO LE PRENDIERON EN ALCALÁ Y LE DIERON POR LIBRE.

A LA entrada de Alcalá, el primero con quien topó fué un estudiantico de Vitoria, llamado Martin de Olave, de quien recibió la primera limosna; y pagósela muy bien Nuestro Señor por las oraciones deste siervo suyo; porque siendo ya Olave doctor en teología por la universidad de París, y hombre señalado en letras y de grande autoridad, vino á entrar en la Compañía, estando en el Concilio de Trento el año de 1552, con un llamamiento extraordinario y señalada vocacion que tuvo de Dios, como lo diremos con su favor en la vida del Padre Maestro Laynez. Fuese nuestro Ignacio en Alcalá derecho al hospital; y de allí salia á pedir de puerta en puerta la limosna que habia menester para sustentarse. Aconteció que pidiendo limosna una vez, un cierto sacerdote hizo burla dél, y otros hombres baldíos y holgazanes que estaban en corrillos, tambien le decian baldones y le mofaban. Tuvo mucha pena de ver esto el priostre del hospital de Antezana, que era nuevamente fundado, y llamando aparte al pobre Ignacio, le llevó á su hospital, y dióle en él caritativamente aposento por sí.

Hallándose aquí con más comodidad para su

intento, se ocupaba en los estudios de lógica y filosofía; y áun oia al Maestro de las sentencias. Pero no por eso dejaba las obras de devocion ni de misericordia, ni de procurar la salud espiritual de sus prójimos; porque andaba con grande ansia allegando limosnas, con que sustentaba á los pobres que padecian mayor necesidad, y encaminaba muchos á la virtud por la oracion y meditacion, dándoles los ejercicios espirituales; y juntamente enseñaba la dotrina cristiana á los niños y á la gente inorante. Y respondia á estos trabajos tal fruto, que parecia aquella villa haberse trocado, despues que él habia entrado en ella.

No pudo ya más disimular su rabiosa saña, viendo estas cosas, el enemigo del linaje humano, y así vino á reventar el odio que contra Ignacio habia concebido; lo cual fué desta manera. Tenia en este tiempo Ignacio tres compañeros, que movidos de su ejemplo se le habian allegado como imitadores de su vida; y otro mozo francés tambien los seguia, y todos andaban vestidos de la misma manera que él andaba, y con el mismo hábito, que era una túnica de sayal, y así los llamaban en Alcalá, como por burla, los del sayal. Eran muy diferentes, y áun contrarios, los pareceres de las gentes, que tomaban materia de hablar, así por ver estos hombres en compañía, como por el concurso grande de gente que se les llegaba á oir á Ignacio, y no ménos viendo el fruto claro que se cogia del ejemplo de su vida y de su dotrina. Y así se hablaba deste negocio en el pueblo, como se suele, segun que cada uno sentia, quién defendiendo, quién acusando; y en lo uno y en lo otro habia exceso, así de los que decian bien como de los que decian mal.

Llegó la fama desto á los inquisidores de To-

ledo, los cuales, como prudentes, temiendo desta novedad en tiempo tan sospechoso, y queriendo como cuidadosos remediar el mal, si alguno hubiese, con otra ocasion ó sin ella vinieron á Alcalá, y hicieron diligentísima pesquisa de la dotrina, vida y ocupaciones de nuestro Ignacio, y formaron el proceso. Y hallando que ni en dicho ni en hecho no habia cosa en él que discrepase de la verdadera y sana dotrina de la santa Iglesia romana nuestra madre, se volvieron á Toledo, sin llamarle ni decirle palabra. Pero dejándole el proceso que habian hecho, remitieron el negocio al licenciado Juan de Figueroa, que era Vicario general en Alcalá del Arzobispo de Toledo, encargándole que estuviese sobre aviso, y mirase á las manos á aquella gente. El cual pasados algunos dias, envió á llamar á nuestro Padre y á sus compañeros; y les dijo que se habia tomado muy particular informacion de sus vidas, costumbres y dotrina; pero que por gracia de Nuestro Señor no se habia hallado en ellos, ni vicio en la vida, ni falsedad ó error en la dotrina; y que así podrian á su placer entender en sus ejercicios y ocuparse á su voluntad, ayudando, como lo hacian, á los prójimos. Que una sola cosa no le contentaba, y era, que no siendo ellos religiosos, anduviesen todos vestidos con un mismo hábito y traje; que sería mejor y que así se lo requeria y mandaba, que los dos, Ignacio y otro, tiñesen sus vestiduras de negro, y los otros dos de leonado, y el mozo francés se quedase con su hábito. Nuestro Padre respondió, que harian lo que se les mandaba, y así lo hicieron.

Desde á pocos dias, el Vicario mandó á Ignacio que no anduviese los piés descalzos; y así como en todo era obedientísimo á quien le podia mandar, lo fué en esto, y púsose luego za-

patos. De ahí á cuatro meses el Vicario tornó á hacer nueva pesquisa sobre ellos, y despues de largas informaciones y largas preguntas y respuestas que á otros se hicieron, no le dijeron á él palabra, ni le tocaron en un hilo de la ropa. Pero áun esto no bastó para que le dejasen vivir en paz; porque luego se levantó otra borrasca, que nació de lo que aquí diré.

Entre las personas que le oian y se aprovechaban de sus consejos, hubo dos mujeres, madre y hija, nobles y viudas honradas, y la hija moza y de muy buen parecer. Estas entraron en devocion y fervor indiscreto, y para padecer mucho por Nuestro Señor, se determinaron de mudar hábito, y como pobres y mendigas irse á pié en una romería larga. Pidieron parecer á nuestro B. P. sobre ello, y él les dijo, que no le parecia bien, pues podian hallar en su casa más fácilmente y con ménos peligro lo que buscaban fuera della. Y como viesen que no les salia á lo que ellas querian, y á lo que estaban determinadas, sin decirle más palabra se fueron entrambas en peregrinacion á la Verónica de Jaen. Lo cual fué causa que todos, aunque sin razon, se volviesen contra nuestro Ignacio, pensando que de su consejo habia salido aquel hecho. Y así estando un dia bien descuidado fuera del hospital, que ya no moraba en él, llegó á él el alguacil del Vicario, y díjole que se fuese con él, y él le siguió con mucha mansedumbre y alegría á la cárcel, donde le dejó el alguacil preso. Era tiempo de estío, y tenía una manera de carcelería algo libre, y así pudieron acudir á él muchos para oirle, á los cuales él enseñaba la dotrina cristiana y cosas de Nuestro Señor, y les daba los ejercicios espirituales, de la misma manera y con el mismo fervor, que cuando estaba del todo libre.

Supieron su prision algunas personas principales, y entendiendo su inocencia, le enviaron á ofrecer su favor, y á decirle que si quisiese le harian sacar de la cárcel. Entre estas fueron dos más señaladas. La una fué doña Teresa Enriquez, madre del Duque de Maqueda, señora devotísima y bien conocida en España. La otra fué doña Leonor Mascareñas, dama que entónces era de la Emperatriz, y despues fué aya del Rey D. Felipe nuestro señor, siendo príncipe de España; la cual murió en recogimiento religioso, y fué siempre una de las más devotas y bienhechoras de nuestra Compañía. Mas nuestro Ignacio confiando de su verdad, y deseoso de padecer mucho por Cristo, no consintió que estas personas ni otras hablasen por él; ni quiso tomar procurador, ni abogado, ni hombre que alegase por su justicia, pareciéndole no ser necesaria la defensa donde no habia culpa; y tambien queria, si en algo torciese , ser enderezado de los superiores eclesiásticos, á los cuales toda su vida se mostró hijo de obediencia. Estaba en este tiempo en Segovia, y aún no bien convalecido de una gran enfermedad pasada, uno de sus compañeros, que se llamaba Calisto; el cual luego que supo que nuestro Ignacio estaba preso, se vino á Alcalá y se entró en la misma cárcel con él; mas por órden del mismo Padre se presentó al Vicario, el cual le mandó tornar á la cárcel; pero poco despues fué puesto en libertad, procurándolo el mismo P. Ignacio, que tenia más cuidado de la flaca salud de su compañero, que de su propia causa.

Ya habian pasado diez y siete dias que nuestro preso se estaba en la cárcel, y en todo este tiempo ni él sabia ni podia imaginar por qué causa le hubiesen encarcelado. A esta sazon vino el Vicario Figueroa á visitarle, y comienza á examinar-

le, y á preguntarle muchas cosas, y entre ellas, si acaso tenia noticia de aquellas mujeres viudas, que arriba dije, madre y hija: dijo que sí, y el Vicario: «¿Aconsejásteles vos que fuesen en romería, ó supístes cuando habian de ir?» Y él «No, ciertamente; ántes os afirmo con toda verdad, que les he desaconsejado semejantes pasos y romerías. Porque la hija, siendo de aquella edad y parecer que es, no corriese algun peligro en su honra; y porque más al seguro, y más libremente podrian hacer sus devociones dentro de su casa, y ejercitarse en obras de caridad en Alcalá, que no andando por montes y despoblados.» Entónces el juez riendo le dijo: «Pues esa es toda la causa porque estais preso, y no hay otra alguna.»

Pasados cuarenta y dos dias de como le prendieron, y venidas las mujeres de su peregrinacion, tomáronles su dicho; por el cual se supo enteramente la verdad, y se halló que nuestro Ignacio no se lo habia aconsejado, y así cesó toda aquella sospecha. Y viniendo el notario de la causa á la cárcel, leyó al preso la sentencia que contenia tres cosas: la primera, que le daba por libre á él y á sus compañeros, y que de lo que se les oponia, fueron hallados del todo inocentes y sin culpa; la segunda, que su hábito fuese el mismo que el de los demas estudiantes con manteo y bonete, y que de ahí adelante no anduviesen de otra manera vestidos; la tercera, que pues no habian estudiado teología (lo cual siempre nuestro Padre claramente confesaba) en los cuatro años siguientes no tratasen de enseñar al pueblo los misterios de nuestra santa fé católica, hasta que con el estudio tuviesen más conocimiento y noticia dellos. Oida la sentencia, respondió nuestro B. P. al juez en lo que tocaba al vestido: «Cuando se nos mandó que mudásemos el color de las ropas, sin pe-

sadumbre obedecimos; porque era fácil cosa el teñirlas; mas ahora que se nos manda traer hábito nuevo y costoso, no podemos obedecer, siendo como somos pobres, ni esto está en nuestra mano.» Y así el Vicario luego les mandó comprar bonetes y manteos, y lo demas que á estudiantes pertenecia. Mas despues que el Padre advirtió que con la tercera parte desta sentencia se cerraba la puerta para tratar del aprovechamiento del prójimo, no dejó de poner duda en la ejecucion della. Y así determinó de irse al Arzobispo de Toledo D. Alonso de Fonseca, que á la sazon estaba en Valladolid, y pasar por lo que él le mandase hacer. Partieron él y sus compañeros para Valladolid, vestidos de estudiantes, como habemos dicho: acogióle el Arzobispo humanísimamente, y viéndole inclinado á ir á la universidad de Salamanca, le dió dineros para el camino, y le ofreció todo favor y amparo, si dél ó de los suyos, se quisiese valer en Salamanca.





CAPÍTULO XV.

CÓMO TAMBIEN EN SALAMANCA FUÉ PRESO, Y DADO POR LIBRE.

Despues que llegó á Salamanca comenzó á ocuparse, como solia, en despertar los corazones de la gente al amor y temor de Dios. Ibase á confesar á menudo con un padre religioso de santo Domingo, de aquel insigne monesterio de san Estéban; y á pocos dias díjole una vez su confesor, que le hacia saber, que los frailes de aquella casa tenian gran deseo de oirle y hablarle; al cual nuestro Ignacio respondió, que iria de buena gana cada y cuando que se lo mandase. «Pues venid, dice el confesor, el domingo á comer con nosotros; mas venid apercebido, porque mis frailes querrán informarse de muchas cosas de vos, y os harán hartas preguntas.» Fué el dia señalado con un compañero, y despues de haber comido los llevaron á una capilla, donde se hallaron con ellos, el confesor y otros dos frailes, de los cuales uno era el Vicario que gobernaba el monesterio en ausencia del Prior. El cual mirando con rostro alegre á nuestro Padre, le dijo con palabras blandas y graves: «Mucho consuelo me da, cuando oigo decir del ejemplo grande que dais con vuestra santa vida, y que no solamente os pre-

ciais de ser bueno para vos, sino tambien procurais que lo sean los demas, y que á imitacion de los Apóstoles, andais por todas partes enseñando á los hombres el camino del cielo. Y no soy yo solo el que desto me gozo, que tambien les cabe parte desta alegría á nuestros frailes; mas para que ella sea mayor y más cumplida, deseamos oir de vos mismo algunas destas cosas que se dicen. Y lo primero que nos digais ¿qué facultad es la vuestra, y en qué estudios os habeis criado, y qué género de letras son las que habeis profesado?» El Padre con simplicidad y llaneza dijo la verdad de sus pocos estudios; «pues ¿por qué (dijo él) con tan poco estudio, y con solas las primeras letras de gramática, os poneis á predicar?» «Mis compañeros y yo, dijo Ignacio, no predicamos, Padre, sino cuando se ofrece alguna buena ocasion, hablamos familiarmente lo que alcanzamos de las cosas de Dios.» «¿Y qué cosas de Dios son esas que decís? que eso es lo que sumamente deseamos saber.» «Nosotros (dice) algunas veces hablamos de la dignidad y excelencia de la virtud, y otras de la fealdad y torpeza de los vicios, procurando traer á los que nos oyen á lo bueno, y apartarlos cuanto podemos de lo malo.» «Vosotros, dijo el Vicario, sois unos simples idiotas, y hombres sin letras, como vos mismo confesais; pues ¿cómo podeis hablar seguramente de las virtudes y de los vicios? De las cuales cosas nadie puede tratar con seguridad, sino es con teología y dotrina, ó alcanzada por estudio, ó revelada por Dios. De manera, que pues no la habeis alcanzado por estudio, señal es que os la ha infundido inmediatamente el Espíritu Santo. Y esto es lo que deseamos saber cómo ha sido, y que nos digais ¿qué revelaciones son estas del Espíritu Santo?»

Detúvose aquí un poco nuestro Ignacio, mi-

rando en aquella sutil y para él nueva manera de argumentar. Y despues de haber estado un rato en grave y recogido silencio, dijo: «Basta, Padre; no es menester pasar más adelante.» Y aunque el Vicario todavía le quiso concluir con la pregunta del Espíritu Santo, y le apretó con vehemencia que le diese respuesta, no le dió otra sino ésta: «Yo, Padre, no diré más, sino fuere por mandado de superior á quien tenga obligacion de obedecer.» «Buenos estamos, dice el Padre: tenemos el mundo lleno de errores, y brotan cada dia nuevas heregías y dotrinas ponzoñosas; y vos no quereis declararnos lo que andais enseñando; pues aguardadme aquí un poco, que presto os haremos decir la verdad.» Quédanse él y su compañero en la capilla, y vánse los frailes, y mandan cerrar las puertas del monesterio, y de ahí á un poco los pasaron á una celda.

Tres dias estuvo en aquel sagrado convento, con grandísimo consuelo de su ánima. Comia en refitorio con los frailes, y muchos dellos venian á visitarle y á oirle á su celda, que casi estaba llena de frailes, á los cuales él hablaba con mucha libertad y eficacia de las cosas divinas, como era su costumbre; y muchos dellos aprobaban y defendian su manera de vivir y enseñar. Y así el monesterio se partió como en bandos, aprobando unos y reprobando otros lo que oian de su dotrina.

En este espacio de tiempo aquellos Padres religiosos, con buen celo, movidos de la libertad con que hablaba, y del concurso de la gente que le oia, y del rumor que de sus cosas, ya tan sonadas, habia en la ciudad (el cual casi nunca se mide al justo con la verdad), y viendo los tiempos tan sospechosos y peligrosos, temiendo que so capa de santidad no se escondiese algun mal, que

despues no se pudiese tan fácilmente atajar, dieron parte de lo que pasaba al Provisor del Obispo; el cual, al cabo de los tres dias, envió al monesterio su alguacil; y él llevó á nuestro Ignacio á la cárcel con su compañero; mas no los pusieron abajo á donde estaban los otros presos por comunes delitos, sino en lo más alto de un aposento, apartado, viejo, medio caido, muy sucio y de mal olor. Allí ataron á una gruesa cadena, larga, de doce ó trece palmos, á los dos presos, metiéndoles un pié á cada uno en ella, tan estrechamente, que no podia apartarse el uno del otro para ninguna cosa. Y desta suerte pasaron toda aquella noche, velando y haciendo oracion. El dia siguiente, como se divulgó en la ciudad que eran presos, no faltaron hombres devotos, de los muchos que le solian oir, que los proveyeron abundantemente de cama y comida, y de las otras cosas necesarias. Allí donde estaba preso, no dejaba sus ejercicios acostumbrados, ni de hablar con libertad, ensalzando la virtud y reprehendiendo los vicios, y despertando los corazones de los hombres al menosprecio del mundo.

Vínoles á visitar á la cárcel el bachiller Frias, que así se llamaba el Provisor, y á cada uno por su parte tomó su confesion. Dióle nuestro Ignacio el libro de los *Ejercicios espirituales* para que los examinase: y díjole que fuera del que allí estaba tenia otros dos compañeros, y declaróle la casa donde los hallaria. Mandólos el Provisor prender, y poner abajo en la cárcel comun, para que estando así apartados los unos de los otros, no se pudiesen comunicar. No quiso tampoco nuestro bienaventurado Padre, en esta persecucion, tomar de los hombres procurador ó abogado que defendiese su inocencia.

Pasáronse algunos dias desta manera en la cár-

cel; y al cabo dellos le llevaron delante de cuatro jueces, hombres todos graves y de muchas letras; los tres llamados Isidoro, Paraviñas y Frias, eran doctores. El cuarto era el Provisor dicho, que se llamaba el bachiller Frias. Todos estos habian leido el libro de los *Ejercicios*, y le habian examinado con toda curiosidad. Llegado á su presencia el preso, le preguntaron muchas cosas, no sólo de las que en el libro se contenian, sino de otras cuestiones de teología, muy recónditas y exquisitas, como de la santísima Trinidad, del misterio de la Encarnacion y del santísimo Sacramento del altar. A lo cual todo, protestando primero con modestia que era hombre sin letras, respondió tan sábia y gravemente, que más les daba materia de admiracion que ocasion de reprehension alguna. Púsole despues el Provisor una cuestion del derecho canónico que declarase: y él, diciendo que no sabia lo que los doctores en aquel caso determinaban, con todo eso respondió de manera que dió derechamente en el blanco de la verdad. Mandáronle al fin que les declarase allí el primer mandamiento del Decálogo, de la manera que lo solia declarar al pueblo; hízolo así, y dijo acerca desto tantas cosas, y tan extraordinarias, y tan bien dichas, que les quitó la gana de preguntarle más. Una cosa sola parece que no tenian por segura los jueces, que es un documento que se da al principio de los ejercicios, en que se declara la diferencia que hay entre el pensamiento que es pecado mortal, ó venial. Y no lo reprehendian porque fuese falso, sino porque no habiendo estudiado se ponia á determinar lo que sin mucha dotrina no se podia bien distinguir ni averiguar. Pero él les dijo: «Si es verdad ó no lo que yo acerca desto enseño, vuestro es mirarlo, que para eso os hacen jueces; yo no lo quiero ser, sólo pido que

si es verdad, se apruebe, y si no lo es, se repruebe y condene lo que digo.» Mas los jueces no lo osaron reprobar.

Venian muchos, como ántes dije, allí á la cárcel á visitarle y á oirle, entre los cuales era uno D. Francisco de Mendoza, que despues murió Cardenal y Obispo de Búrgos. El cual un dia, doliéndose de su trabajo, le preguntó ¿si le daba mucha pena el verse preso y en cadenas? Al cual el siervo de Dios respondió: «¿Tan gran mal os parece á vos estar así preso un hombre y aherrojado? Pues yo os digo de verdad que no hay tantos grillos en Salamanca, ni tantas cadenas, que no sean más en las que yo deseo verme por amor de mi Señor Jesucristo.» Y ciertas religiosas que ya tenian noticia de su santidad, le escribieron una carta, doliéndose de su trabajo, y quejándose y acusando á los que le habian puesto en él. A esta carta respondió otra, reprehendiéndoles su sentimiento porque era señal que no conocian los tesoros que se encierran en la cruz y tribulaciones que se pasan por Cristo; dándoles á entender cuán regocijada estaba su ánima, y cuán deseosa de mayores fatigas y tormentos, con tan encendidas y afectuosas palabras, que por una parte quedaron las monjas corridas, y por otra abrasadas y atravesadas con el deseo de padecer mucho por amor de su Dios y Señor.

Acaeció en este tiempo que estaban presos, que una noche todos los demas presos se salieron de la cárcel pública, y escaparon huyendo, dejándola abierta, y tan sola, que solos los compañeros del Padre quedaron como por guarda de la casa. Y así otro dia por la mañana fueron hallados ellos solos en la cárcel, las puertas abiertas de par en par. De lo cual no ménos quedaron maravillados que edificados, así el juez como toda la ciudad;

por lo cual los sacaron de allí y llevaron á una buena posada.

A cabo de veinte y dos dias de su prision, fueron llamados ante los jueces, para oir la sentencia que se les daba: y en suma fué, que los daban por hombres de vida y dotrina limpia y entera, sin que en ella se hallase mácula ni sospecha; y que pudiesen como ántes lo hacian, enseñar al pueblo, y hablarle de las cosas divinas; mas que de una sola cosa se guardasen, que era meterse en muchas honduras, y declarar la diferencia que hay entre el pecado venial ó mortal, hasta que hubiesen estudiado cuatro años de teología. Leida la sentencia, dijo el Padre que él la obedecia por el tiempo que estuviese en su jurisdicion ó distrito; porque no era justo que no hallándose culpa en su vida ni error en su dotrina, le quisiesen cerrar el camino para ayudar á las almas, quitándole la facultad de hablar libremente de las cosas de Dios, y que pues él era libre y señor de sí para ir donde quisiese, él miraria lo que le cumplia.





CAPÍTULO XVI.

CÓMO FUÉ Á ESTUDIAR Á LA UNIVERSIDAD DE PARÍS.

Desde el primer dia que se determinó de seguir los estudios, anduvo siempre con gran solicitud suspenso y deliberando si acabados los estudios sería bien tomar el hábito de alguna sagrada religion, ó si quedándose libre se emplearia todo en aprovechar á las almas, buscando compañeros que en esta santa ocupacion le quisiesen ayudar. Esta duda le tuvo en gran manera perplejo y dudoso. Bien se determinaba en que habiendo de hacerse religioso, entraria en alguna religion que estuviese más apartada de sus fervorosos principios, y olvidada de la observancia de sus reglas. Porque por una parte le parecia que quizá sería Nuestro Señor servido, que aquella religion se reformase con su trabajo y ejemplo; y por otra, que tendria en ella más ocasion de padecer y de sufrir las muchas contradiciones y persecuciones que le vendrian, de los que contentos con solo el nombre y hábito de religiosos, habian de recusar la reformacion de la disciplina regular y de su vida religiosa: pero mucho más se inclinaba á buscar y llegar compañeros, para con más comodidad y aparejo emplearse todo en la ayuda espiritual de los prójimos. Esta al fin

fué su resolucion, como cosa á la cual el Señor le llamaba; y este propósito tuvo, aun cuando estaba en la cadena de Salamanca. De la cual luego que se vió suelto, y consideró los estorbos que allí se le ponian para la ejecucion de su deseo, juzgó que le convenia mudar su asiento de aquella universidad; y así se salió della con harta contradicion de muchos hombres principales, á los cuales dolia en el alma esta partida.

Salió con determinacion de irse á la universidad de París, adonde Dios le guiaba para favorecerle como le favoreció.

Tratada, pues, y acordada la jornada con sus compañeros, se partió solo, camino de Barcelona, á pié, llevando un asnillo delante cargado de libros. Llegado á Barcelona, y tratando su negocio y camino con sus conocidos y devotos (que tenia allí muchos del tiempo pasado), todos con grandes y eficaces razones le desaconsejaron la jornada de París. Poníanle delante el frio muy áspero que hacia, por ser enmedio del invierno; la guerra ya rompida y muy sangrienta que habia entre España y Francia, y los peligros y trabajos de que por causa de la guerra estaba lleno el camino. Contábanle muchos y frescos ejemplos de horribles crueldades que en aquel camino de Francia los soldados habian ejecutado contra los caminantes. Mas no bastaron todas estas cosas á detenerle, porque se sentia llevar del favorable viento del Espíritu Santo, y hallaba paz en la guerra, y en los peligros seguridad, y en los trabajos descanso. Y así se dió á caminar por medio de Francia á pié; y con el favor de Dios que le guiaba, llegó á París sano y sin pasar ningun peligro, al principio de Febrero de 1528 años.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.



LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I.

DEL TRABAJO QUE PASÓ EN LOS ESTUDIOS, Y FRUTO QUE SACÓ DELLOS.

LLEGADO, pues, nuestro B. Padre Ignacio á la universidad de París, comenzó á pensar con gran cuidado, qué manera hallaría, para que descuidado y libre de la necesidad que tenía de la sustentacion corporal, se pudiese del todo emplear en el estudio de las artes liberales. Mas sucedióle muy al revés, porque fué grande la necesidad, y molestia que pasó en la prosecucion de sus estudios. Habíanle enviado de España cierta suma de dineros en limosna, y como él era tan amigo de no tener nada, dióla á guardar á un su compañero español, con quien posaba; y él se la gastó toda como le pareció, y gastada, no tuvo de qué pagarle. Y así quedó tan pobre y desproveido, que se hubo de ir al hospital de Santiago á vivir; donde le fué necesario pedir en limosna de puerta en

puerta lo que habia de comer. Lo cual aunque no le era nuevo, y en pedir como pobre hallaba gusto y consuelo, todavía le era grande embarazo para sus estudios, y especialmente le estorbaba el vivir tan lejos de las escuelas como vivia. Porque comenzándose las liciones en invierno (como es uso en París), ántes del dia, y durando las de la tarde hasta ya de noche, él por cumplir con el órden del hospital, y con sus leyes, habia de salir á la mañana con sol y volver á la tarde con sol, y con esto venia á perder buena parte de las liciones.

Viendo, pues, que no aprovechaba en los estudios como quisiera, y que para tanto trabajo era muy poco el fruto que sacaba, pensó de ponerse á servir algun amo que fuese hombre docto y que enseñase filosofía, que era lo que él queria oir, para emplearse en estudiar todo el tiempo que le sobrase de su servicio; porque así le parecia que tendria ménos estorbo para aprender, que no estando en el hospital mendigando cada dia. Y habíase determinado si hallaba tal amo, de tenerlo en su corazon en lugar de Cristo Nuestro Señor, y á sus discípulos de mirarlos como á los Apóstoles; de manera que procuraria de representarse siempre la presencia de aquel santísimo colegio de Cristo y sus Apóstoles para vivir como quien andaba siempre puesto delante de tales ojos y ejemplo. Y así dejó nuestro buen Padre bien encargado en las reglas que nos dió que mirásemos siempre á nuestro superior, cualquiera que fuese, como á persona que nos representa á Cristo Nuestro Señor; y á los padres y hermanos, como á sus santos discípulos. Porque esta consideracion en la comunidad y vida religiosa es de gran fuerza para conservar la reverencia que se debe á los superiores, y para mantener la union y paz que en-

tre sí deben tener unos con otros. Deseaba cumplir lo que el Apóstol [1] manda á los siervos y criados, diciendo: los que servís, obedeced á vuestros amos con temor y sencillez de corazon, como al mismo Cristo. Nunca pudo hallar tal amo, aunque con gran diligencia, y por medio de muchas personas le buscó. Y así por consejo de un amigo suyo religioso, despues de haberlo encomendado á Nuestro Señor, tomó otro camino que le sucedió mejor.

Ibase cada año de París á Flandes, donde entre los mercaderes ricos españoles, que en aquel tiempo trataban en las ciudades de Brujas y Anvers, recogia tanta limosna con que podia pasar pobremente un año la vida; y con esta provision se volvia á París, habiendo, con pérdida y trabajo de pocos dias, redimido el tiempo que despues le quedaba para estudiar. Por esta vía vino á tener los dos primeros años lo que habia menester para su pobre sustento. Y al tercero pasó tambien á Inglaterra, para buscar en Lóndres esta limosna, y hallóla con más abundancia. Pasados los tres primeros años, los mercaderes que estaban en Flandes, conocida ya su virtud y devocion, ellos mismos le enviaban cada año su limosna á París; de manera que no tenia necesidad para esto de ir y venir. Tambien de España le enviaban sus devotos algun socorro y limosna, con la cual, y con la que le enviaban de Flandes, podia pasar más holgadamente, y áun hacer la costa á otro compañero. Con estos trabajosos principios pasó sus estudios nuestro Ignacio.

No era sola la pobreza y corporal necesidad la que le estorbaba ir en ellos adelante; porque el demonio, que ya le comenzaba á temer, pro-

1 Ephes. v.

curaba con todas sus fuerzas apartarle del camino que con tanto fervor llevaba en sus estudios. Luego, en comenzando el curso de la filosofía, le quiso engañar con las mismas ilusiones que en Barcelona le habia traido al principio de la gramática, de muchos conceptos y gustos espirituales que se le ofrecian; mas como ya escarmentado, fácilmente echó de sí aquellas engañosas representaciones, y quebrantó el ímpetu del astuto enemigo, de la misma manera que lo habia hecho en Barcelona. Fué tambien muy fatigado de enfermedades, yendo ya al fin de sus estudios, aunque al principio dellos se halló mejor de sus dolores de estómago; pero despues, el castigo tan áspero y tan contínuo de su cuerpo, las penitencias que hacia (las cuales, por hallarse ya mejor de salud, habia acrecentado), el trabajo del estudio con tan poco refrigerio, la grande y perpétua cuenta que traia consigo para irse en todas las cosas á la mano, y el aire de París, que le era muy contrario y mal sano, vinieron á apretarle tanto, que tuvo necesidad, para no perder la vida, de interrumpir el hilo de sus estudios. Mas con todos estos trabajos, vino á salir con tanto caudal de dotrina, que dió todo lo que padecia por bien empleado, y no se le hizo mucho á trueque de tanto provecho.

En España, por persuasion de algunos que se lo aconsejaron, y por ganar tiempo para más presto ayudar á las ánimas, habia confundido el órden de sus estudios, oyendo lógica, filosofía y teología todo en un mismo tiempo; y así queriendo abarcar mucho, apretó poco, y el querer atajar, le fué causa de mucho rodeo y tardanza. Escarmentando, pues, con esta experiencia, se fué poco á poco en París, y ordenó muy bien sus estudios, porque ántes de pasar adelante se refor-

mó bien en la lengua latina, oyendo en el colegio que allí dicen de Monte Agudo, de buenos maestros las letras humanas casi dos años: es á saber, desde el principio de Febrero del año de 1528, hasta la renovacion de los estudios del año de 1529 que en París se hace el primer dia de otubre, que es la fiesta de san Remigio. En la cual comenzó el curso de artes, y le acabó con mucha loa, y tan bien aprovechado, que recibió el grado de maestro en artes, pasando por el exámen que allí llaman de la Piedra, que es de los más rigurosos que en aquella universidad se hacen. Púsole en esto su maestro, y él aunque huia mucho de toda vana ostentacion, pasó por ello, por tener de los hombres (para con ellos) con el grado algun testimonio de su dotrina; acordándose que en Alcalá y en Salamanca, sólo este impedimento habia hallado para poder libremente ayudar á sus prójimos.

Acabado el curso de la filosofía, lo demas del tiempo, hasta el año de 1535, empleó en el estudio de la sagrada teología; favoreciéndole notablemente la misericordia del Señor en la dotrina y erudicion que en aquel tiempo alcanzó. No dejaré, pues viene á propósito, de decir, que de las muchas dificultades y trabajos que experimentó en sí mismo al tiempo de los estudios nuestro buen Padre, vino á proveer tan sabiamente lo que nosotros para ellos habíamos menester. Del estorbo que tuvo en sus estudios por la pobreza y necesidad temporal, le nació el desear y procurar que mientras los de la Compañía estudian tengan la provision necesaria para la vida humana, de manera, que no les impida de los estudios la solicitud de buscar su mantenimiento. Porque afirmaba, que donde hay suma pobreza, no es fácil atender al estudio de las ciencias; y

que con el cuidado de mantener el cuerpo, se pierde mucho tiempo que se habia de poner en cultivar el entendimiento. Y así dejó en las Constituciones ordenado, que los colegios donde los nuestros estudian, puedan tener renta en comun; la cual no deroga nada á la santa pobreza, y ayuda mucho á alcanzar la dotrina, que para mayor gloria de Nuestro Señor se pretende. Y porque tambien él habia sido impedido en sus estudios, de las devociones y gustos de cosas celestiales que sin tiempo se le venian al pensamiento y le ocupaban el entendimiento, proveyó que en el tiempo de los estudios los hermanos de la Compañía no se dejen llevar del fervor del espíritu, de manera que los desvie de sus ejercicios de letras; sino que así sus meditaciones y oraciones, como las ocupaciones con los prójimos, sean tasadas y medidas con la discrecion que aquel tiempo de estudios requiere.

Las enfermedades muchas que tuvo, le debilitaron y menoscabaron su salud. Por esto tuvo especial cuidado todo el tiempo de su vida, de la salud de todos sus hijos; y dejó á los superiores muy encomendado en las Constituciones que mirasen por ella; y que procurasen que los trabajos de nuestros estudiantes con la intermision pudiesen durar. Vió asimismo que él al principio, habia abrazado en un mismo tiempo el estudio de muchas facultades juntas, y que esto le habia sido muy costoso; y para que no errásemos tambien nosotros, dejó bien ordenados los tiempos y ocupaciones de los estudios; de manera, que ni queden faltos, ni se estudie primero lo que ha de ser postrero, ni se sigan compendios ni atajos, que suelen ser causa de llegar más tarde que cuando se va por el camino real. De suerte, que de lo que él padeció, y en lo que él fué

tentado, aprendió por experiencia, cómo habia de enderezar y ayudar á otros cuando lo son.

Y á este propósito solia él mismo decir la mucha pobreza y trabajos que tuvo en sus estudios, y el gran cuidado con que estudió; y decíalo con mucha razon. Porque primeramente él pasó siempre con gran pobreza, como habemos dicho; y ésta voluntaria, y no tomada por obediencia, como lo hacen algunos religiosos, sino de su propia y espontánea voluntad; lo segundo, acosado y afligido de tantas enfermedades, y tan récias y contínuas, como se ha visto; demas desto no teniendo por blanco ni por fin de sus estudios, ni la riqueza, ni la honra, ni otra ninguna de las cosas temporales, que suelen ser estímulo á los hombres para sus estudios, y alentarlos, y animarlos en sus trabajos; tampoco le era alivio lo que á otros le suele dar, que es el gusto que reciben de lo que van aprendiendo; el cual suele ser tan sabroso, que muchas veces por no perderle se pierde la salud y la vida, sin poder los hombres apartarse de sus libros. Mas nuestro P. Ignacio, así por su natural condicion, como por su crecida edad en que comenzó los estudios; y tambien porque habia ya gustado de la suavidad de los licores divinos, y de la conversacion celestial, no tenia gusto en los estudios, ni otro entretenimiento humano que á ellos le convidase.

Tambien en todo el tiempo de sus estudios tuvo muchas ocupaciones, persecuciones gravísimas, infinitos cuidados, y perplegidades que le cortaban el hilo dellos, ó á lo ménos se le embarazaban é impedian. Y con todas estas dificultades estudió casi doce años contínuos, con mucho cuidado y solicitud, abnegándose á sí mismo, y sujetándose á la voluntad del Señor; al cual en

todo y por todo deseaba agradar. Para hacerlo mejor y alcanzar lo que deseaba, procuraba con todas sus fuerzas de cercenar y apartar de sí todo lo que de su parte para ello le podia estorbar. Y así cuando estudiaba el curso de artes, se concertó con el Maestro Fabro, que á la hora de estudiar no hablasen de cosas de Dios; porque si acaso entraba en alguna plática ó coloquio espiritual, luego se arrebataba y se engolfaba tan adentro de la mar, que con el soplo del cielo que le daba iba navegando de manera, que se le pasaban muchas horas sin poder volver atrás, y con esto se perdia el provecho que habia de sacar de sus estudios. Y por la misma causa, en este tiempo del curso de la filosofía, no quiso ocuparse en dar los ejercicios espirituales, ni en otros negocios que le pudiesen embarazar. Y como en este tiempo tuviese mucha paz, y ninguno le persiguiese, díjole un amigo suyo: «¿No veis, Ignacio, lo que pasa? ¿Qué mudanza es esta? ¿Despues de tan gran tormenta, tanta bonanza? Los que poco ha os querian tragar vivo, y os escupian en la cara, ahora os alaban, y os tienen por bueno, ¿qué novedad es esta?» Al cual él respondió: «No os maravilleis deso, dejadme acabar el curso, y lo vereis todo al revés: ahora callan, porque yo callo; y porque yo estoy quedo, están quedos; en queriendo hablar ó hacer algo, luego se levantará la mar hasta el cielo, y bajará hasta los abismos, y parecerá que nos ha de hundir y tragar.» Y así fué, como él lo dijo, porque acabado el curso de la filosofía, comenzó á tratar con más calor del aprovechamiento de las ánimas; y luego se levantó una tormenta grandísima, como en el capítulo siguiente se dirá.



CAPÍTULO II.

CÓMO POR EJERCITARSE EN OBRAS DE CARIDAD FUÉ PERSEGUIDO.

En el tiempo de sus estudios, no solamente se ocupaba nuestro B. Padre Ignacio en estudiar, sino tambien en mover, como habemos dicho, con su vida, consejos y dotrina, á los otros estudiantes, y atraerlos á la imitacion de Jesucristo Nuestro Señor. Y así ántes que comenzase el curso de la filosofía, movió tanto á algunos mozos nobles, ingeniosos y bien enseñados, que desde luego se desapropiaron de todo cuanto en el mundo tenian, siguiendo el consejo del Evangelio. Y aunque en el mismo curso de las artes no se daba tanto á esta ocupacion, por los respetos que en el capítulo precedente dijimos; pero acabado el curso, en tanta manera inflamó los ánimos de muchos estudiantes, de los mejores que en aquel tiempo habia en la universidad de París, á seguir la perfecion evangélica, que cuando partió de París, casi todos sus conocidos y devotos, dando de mano al mundo y á todo cuanto dél podian esperar, se acogieron al puerto seguro de la sagrada Religion. Porque estaba tan encendido y abrasado con el fuego del amor divino su ánimo, que doquiera que llegaba, fácilmente se emprendia en

los corazones de los otros el mismo fuego que en el suyo ardia. Pero como la envidia suele ir siempre ladrando tras la virtud, á las llamas deste fuego se seguia el humo de la contradicion. Y así se levantaron en París grandes borrascas contra él; y la causa particular fué ésta.

Habia en aquella universidad algunos mancebos españoles nobles, los cuales por su comunicacion, y movidos con su ejemplo, vinieron á hacer tan gran mudanza en su vida, que habiendo dado todo cuanto tenian á los pobres, andaban mendigando de puerta en puerta, y dejando las compañías que primero tenian, y las casas en que moraban, se habian pasado para vivir como pobres al hospital de Santiago. Comenzóse á divulgar la fama deste negocio, y á esparcirse poco á poco por toda la universidad, de manera, que ya no se hablaba de otra cosa, interpretándolo cada uno conforme á su gusto. Los que más se alborotaron, y más sentimiento hicieron deste negocio, fueron ciertos caballeros españoles, amigos y deudos de aquellos mancebos. Estos vinieron al hospital de Santiago á buscar á sus amigos, y comenzaron con muy buenas palabras á persuadirles que dejasen aquella vida tomada por antojo y persuasion de un hombre vano, y que se volviesen á sus casas. Y como no lo pudiesen acabar con ellos, usaron de ruegos, halagos, promesas y amenazas, valiéndose de las armas que les daba su afecto, y de todo el artificio que sabian. Pero como todo él no bastase, dejando las palabras vinieron á las manos; y con grande ímpetu y enojo, por fuerza de armas, medio arrastrando los sacaron de donde estaban, y los llevaron á aquella parte de la ciudad donde está la universidad. Y tanto les supieron decir y hacer, que al fin les hicieron prometer que acaba-

rian sus estudios primero, y despues podrian poner por obra sus deseos.

Como destos consejos y nuevo modo de vida se supiese que Ignacio era el autor, no podia dejar de desagradar á los que semejantes obras no agradaban. Entre los otros fué uno el doctor Pedro Ortiz, el cual ya en aquel tiempo florecia en aquella universidad con nombre de insigne letrado. El cual movido con la novedad de la cosa, quiso que se examinase muy de propósito la dotrina y vida de nuestro Ignacio, de que tanto por una parte y por otra se decia. Denunciáronle delante del Inquisidor en este tiempo; el cual era un docto y grave teólogo, llamado el Maestro Ori, fraile de la órden de santo Domingo. A este se fué nuestro P. en sabiendo lo que pasaba sin ser llamado, y sin esperar más se presentó ante él; y díjole que él habia oido decir que en aquel tribunal habia cierta deposicion contra sí, y que ahora fuese verdad, ahora no lo que le habian dicho, queria que supiese su Paternidad, que él estaba aparejado para dar razon de sí. Aseguróle el Inquisidor, contándole, como era verdad, que á él habian venido á acusarle, mas que no habia de qué tener recelo ninguno, ni pena.

Otra vez, acabados ya sus estudios, queriendo hacer una jornada, que no podia excusar, para España, le avisaron que habia sido acusado criminalmente ante el Inquisidor; y en sabiéndolo, tampoco aguardó á que le llamasen, sino luego se fué á hablar al juez, y ruégale mucho que tenga por bien de examinar su causa, y averiguar la verdad, y pronunciar la sentencia, conforme á ella. «Cuando yo, dice, era solo, no me curaba destas calumnias y murmuraciones; mas ahora que tengo compañeros, estimo en mucho su fama y buen nombre, por lo que toca á la honra de

Dios. ¿Cómo puedo yo partirme para España, dejando aquí esparcida tal fama, aunque vana y falsa, contra nuestra dotrina?» Dice el Inquisidor que no hay contra él acusacion ninguna criminal, mas que algunas niñerías y vanidades le han venido á decir, que nacian ó de inorancia ó de malicia de los acusadores, y que como él supiese que eran relaciones falsas y chismerías, nunca habia querido ni áun hacerle llamar; mas que ya que estaba allí que le rogaba que le mostrase su libro de los *Ejercicios espirituales*. Diósele Ignacio, y leyóle el buen Inquisidor, y agradóle tanto que pidió licencia para trasladarle para sí; y así lo hizo.

Pero como nuestro P. Ignacio viese que el juez andaba, ó disimulando, ó dilatando el publicar la sentencia sobre la causa de que era acusado, porque la verdad no se escureciese con la mentira, lleva un escribano público y testigos ante el Inquisidor, y pídele que sino quiere dar sentencia, á lo ménos le dé fe y testimonio de su inocencia y limpieza, si halla que la puede dar con justicia. El juez se la dió luego, como se la pedia, y desto dió fe el escribano; de lo cual tomó el P. Ignacio un traslado auténtico, para usar dél, si en algun tiempo fuese menester, contra la infamia del falso testimonio que se le habia levantado.

Algunas personas graves y antiguas de la Compañía contaron á este propósito una cosa bien particular, que por ser muy conforme al valor y prudencia de nuestro Padre, quiero yo añadir aquí. Y es, que cuando fué de París para Ruan descalzo y sin comer, para visitar, consolar y remediar aquel pobre español que le habia tomado y gastado los dineros que habia puesto en su poder, y estaba enfermo, como se escribe en el

quinto libro desta historia [1], estando ocupado en esta santa obra le acusaron delante del Inquisidor; de lo cual hubo gran ruido en París, porque muchos decian que aquellos extremos no podian parar en bien; otros que como hereje se habia huido, y que un amigo suyo le escribió y avisó luego de lo que pasaba, y que en Ruan estando en la calle recibió esta carta y aviso, y luego al momento sin volver más á su posada ni entrar en otra, hizo llamar un escribano, y pidió por testimonio cómo él acababa de recebir aquel aviso, y que del mismo lugar donde le habia recebido se partia para París, y que el escribano y testigos le acompañaron hasta fuera de Ruan, camino de París, y que llegando á aquella ciudad se fué derecho, sin entrar en su casa ni en otra, al Inquisidor, y le contó lo que pasaba.

1 Lib. v, cap. II.





CAPÍTULO III.

CÓMO LE QUISIERON AZOTAR PÚBLICAMENTE EN EL COLEGIO DE SANTA BÁRBARA EN PARÍS, Y DE LA MANERA QUE NUESTRO SEÑOR LE LIBRÓ.

HABIA persuadido nuestro B. Padre á muchos de sus condiscípulos que dejasen las malas compañías y las amistades fundadas más en sensuales deleites, que en virtuosos ejercicios, y que se ocupasen los dias de fiesta en santas obras, confesando y comulgando devotamente. De donde venia que ellos en tales dias, queriendo acudir á estos devotos ejercicios, faltaban algunas veces á los de las letras, que en París, en los dias de fiesta, aún no se dejan del todo. Viendo, pues, el maestro del P. que su escuela quedaba medio desamparada, faltándole los discípulos, tomólo pesadamente y avisóle que mirase por sí, y no se entremetiese en las vidas ajenas, y que no le desasosegase á los estudiantes, si no queria tenerle por enemigo. Tres veces fué desto amonestado; mas no por eso dejó de llevar adelante su empresa, y de convidar á sus condiscípulos á la frecuencia devota de los santos sacramentos.

Trató esto el maestro con Diego de Govea, que era doctor teólogo, y el que gobernaba el colegio de santa Bárbara, donde nuestro Padre estudiaba,

y era como el rector, que allí llaman el Principal del colegio; el cual hizo que el maestro le amenazase de su parte y que le dijese que le daria una sala, si no cesaba de desviar á los estudiantes de sus estudios, y traerlos como los traia, embaucados. Llaman sala en París dar un cruel y ejemplar castigo de azotes públicamente por mano de todos los preceptores que hay en el colegio, convocando á este espectáculo todos los estudiantes, que en él hay, en una sala. El cual afrentoso y riguroso castigo no se suele dar sino á personas inquietas y de perniciosas costumbres. No bastó tampoco esta amenaza para que nuestro Ignacio aflojase en lo comenzado.

Quejóse con mucho sentimiento el maestro al doctor Diego de Govea, afirmándole que Ignacio sólo le perturbaba todo su general, y que en són de santidad les quebrantaba los buenos estatutos y costumbres de aquel colegio; y que habiéndole uno y muchos dias avisado, rogándoselo unas veces, y otras amenazándole en su nombre, habia estado siempre tan duro, que nunca habia podido acabar con él que se emendase.

Estaba ántes desto el doctor Govea enojado contra nuestro P. Ignacio por un estudiante español, llamado Amador, que por su consejo habia dejado el colegio y los estudios, y el mundo, por seguir desnudo á Cristo desnudo. Irritado, pues, Govea con estas palabras del maestro y lleno de ira y enojo, determina de hacer en él aquel público castigo, como en un alborotador y revolvedor de la paz y sosiego comun; y así manda que en viniendo Ignacio al colegio, se cierren las puertas dél, y á campana tañida se junten todos y le echen mano, y se aparejen las varas con que le han de azotar. No se pudo tomar esta resolucion tan secretamente, que no llegase á

oidos de algunos amigos de nuestro B. Padre; los cuales le avisaron que se guardase; mas él lleno de regocijo no quiso perder tan buena ocasion de padecer, y venciéndose, triunfar de sí mismo. Y así luego sin perder punto se fué al colegio donde le estaba aparejada la ignominia y la cruz.

Sintió bien que rehusaba su carne la carrera, y que perdia el color y temblaba; mas él hablando consigo mismo, le decia así: «¿Cómo? ¿y contra el aguijon tirais coces? Pues yo os digo, Don Asno, que esta vez habeis de salir letrado; yo os haré que sepais bailar:» y diciendo estas palabras, da consigo en el colegio. Ciérranle las puertas en estando dentro, hacen señal con la campana, acuden todos los condiscípulos; vienen los maestros con sus manojos de varas, con que en París suelen azotar; allégase toda la gente, y júntase en el general que se habia de ejecutar esta rigurosa sentencia. Fué en aquella hora combatido el ánimo de nuestro B. Padre de dos espíritus, que aunque parecian contrarios, ambos se enderezaban á un mismo fin: el amor de Dios, junto con un encendido deseo de padecer por Jesucristo y de sufrir por su nombre dolores y afrentas, le llevaba para que se ofreciese alegremente á la infamia y á los azotes que á punto estaban; mas por otra parte el amor del mismo Dios, con el amor de la salud de sus prójimos y el celo de sus ánimas, le retiraba, y apartaba de aquel propósito. «Bueno es para mí, decia él, padecer; mas ¿qué será de los que ahora comienzan á entrar por la estrecha senda de la virtud? ¿Cuántos con esta ocasion tornarán atrás del camino del cielo? ¿Cuántas plantas tiernas quedarán secas sin jugo de devocion, ó del todo arrancadas con este torbellino? Pues ¡cómo! ¿y sufriré yo con tan clara pérdida

de tantos buscar un poco de ganancia mia espiritual? Y allende desto, ¿qué cosa más fea y más ajena de la gloria de Cristo puede ser que ver azotar y deshonrar públicamente un hombre cristiano en una universidad de cristianos, no por otro delito, sino porque sigue á Cristo, y allega los hombres á Cristo? Qualis inter christianos Christi honor est, ubi Religio facit ignobilem, dice Salviano. No, no, no ha de ser así, sino que el amor de Dios necesario á mis prójimos ha de sobrepujar y vencer al amor de Dios, no necesario á mí mismo; para que este amor vencido del primero, sea vencedor, y crezca, y triunfe con vitoria mayor. Dé pues ahora la ventaja mi aprovechamiento al de mis hermanos; sirvamos ahora á Dios con la voluntad y con el deseo de padecer, que cuando sin detrimento y sin daño de tercero se pueda hacer, le serviremos, poniendo por obra el mismo padecer.»

Con esta resolucion, se va al doctor Govea, que aún no habia salido de su aposento, y declárale todo su ánimo y determinacion, diciéndole que ninguna cosa en esta vida le podia venir á él más dulce y sabrosa, que ser azotado y afrentado por Cristo, como ya lo habia experimentado en las cárceles y cadenas donde le habian puesto por la misma causa; mas que temia la flaqueza de los principiantes, que aún eran en la virtud pequeñuelos y tiernos: y que lo mirase bien, porque le hacia saber, que él de sí ninguna pena tenia, sino de los tales era toda su pena y cuidado. Sin dejarle hablar más palabra, tómale de la mano el doctor Govea; llévale á la pieza donde los maestros y discípulos le estaban esperando, y súbitamente puesto allí, con admiracion y espanto de todos los presentes, se arroja á los piés de Ignacio, y derramando de sus ojos afectuosas lágrimas

le pide perdon, confesando de sí que habia ligeramente dado oidos á quien no debia; y diciendo á voces que aquel hombre era un santo, pues no tenia cuenta con su dolor y afrenta, sino con el provecho de los prójimos y honra de Dios. Quedaron con esto los buenos animados, y los malos confundidos. Y vióse la fuerza que Dios Nuestro Señor dió á las palabras deste santo varon, y cómo libra á los que esperan en Él. El bien que desto sucedió, tomando Dios Nuestro Señor por instrumento á este doctor Govea para la conversion de la India oriental, contarémoslo á los diez y seis capítulos deste segundo libro, porque aquel será su propio lugar.





CAPÍTULO IV.

DE LOS COMPAÑEROS QUE SE LE ALLEGARON EN PARÍS.

Desde el principio que el B. Padre se determinó de seguir los estudios, tuvo siempre inclinacion de juntar compañeros que tuviesen el mismo deseo que él, de ayudar á la salvacion de las ánimas. Y así aun cuando en España anduvo tan perseguido y acosado, tenia los compañeros que dijimos se le habian allegado. Mas como aún no habia echado raices aquella compañía, con su partida para París luego se secó, deshaciéndose y acabándose fácilmente, lo que fácilmente y sin fundamento se habia comenzado. Porque escribiéndoles él de París (cuando aún apénas se podia sustentar mendigando) cuán trabajosamente las cosas le sucedian, y cuán flacas esperanzas tenia de poderlos él allí mantener, y encomendándolos á Doña Leonor Mascareñas, que (por su respeto mucho los favoreció) se desparcieron, yéndose cada uno por su parte.

Al tiempo, pues, que entró en el estudio de la filosofía nuestro B. P., vivian á la sazon en el colegio de santa Bárbara, Pedro Fabro, saboyano, y Francisco Javier, navarro, que eran no sólo amigos y condicípulos, mas áun compañeros en un mismo aposento. Los cuales, aunque casi ya iban

al cabo de su curso, recibieron á Ignacio en su compañía; y por aquí comenzó á ganar aquellos mozos en ingenio y dotrina tan excelentes. Especialmente con Fabro tomó estrechísima amistad, y repetia con él las liciones que habia oido; de manera que teniéndole á él por su maestro en la filosofía natural y humana, le vino á tener por dicípulo en la espiritual y divina; y en poco tiempo le ganó tanto con la admiracion de su vida y ejemplo, que determinó de juntar sus estudios y propósito de vida con los estudios y propósito de Ignacio. El cual no extendió luego al principio todas las velas, ni usó de todas sus fuerzas para ganar esta ánima de un golpe, sino muy poco á poco y despacio fué procediendo con él. Porque lo primero le enseñó á examinar cada dia su conciencia. Luego le hizo hacer una confesion general de toda su vida, y despues le puso en el uso de recebir cada ocho dias el santísimo Sacramento del altar: y al cabo de cuatro años que pasó viviendo desta manera, viéndole ya bien maduro y dispuesto para lo demas, y con muy encendidos deseos de servir perfetamente á Dios, le dió para acabarle de perficionar los ejercicios espirituales. De los cuales salió Fabro tan aprovechado, que desde entónces le pareció haber salido de un golfo tempestuoso de olas y vientos de inquietud, y entrado en el puerto de la paz y descanso; el cual el mismo Fabro escribe en un libro de sus meditaciones (que yo he visto), que ántes de los ejercicios nunca su ánima habia podido hallar. Y en este tiempo se determinó y propuso de seguir de veras al B. P. Ignacio.

Francisco Javier, aunque era tambien su compañero de cámara, se mostró al principio ménos aficionado á seguirle; mas al fin no pudo resistir á la fuerza del espíritu que hablaba en este santo

varon. Y así vino á entregarse á él, y ponerse del todo en sus manos; aunque la ejecucion fué más tarde: porque cuando él tomó esta resolucion, habian pasado dias, y estaba ya ocupado en leer el curso de filosofía.

Habia tambien venido de Alcalá á París, y acabado su curso de artes y graduado en ellas, el Maestro Diego Lainez, que era natural de Almazan. Trújole el deseo de estudiar la teología en París, y de buscar y ver á Ignacio; al cual en Alcalá habia oido alabar por hombre de grande santidad y penitencia. Y quiso Dios que fué el mismo P. Ignacio el primero con quien entrando en París encontró Lainez, y en breve tiempo se le dió á conocer, y trabaron familiar conversacion y amistad. Vino tambien con Lainez de Alcalá, Alonso de Salmeron, toledano, que era más mozo; pero ambos eran mancebos de singular habilidad y grandes esperanzas. A los cuales dió el Padre Ignacio los ejercicios espirituales en el mismo tiempo que los hizo Pedro Fabro, y por ellos se determinaron de seguirle. Y desta manera se le fueron despues allegando Simon Rodriguez, portugués, y Nicolás de Bobadilla, que era de cerca de Palencia. Todos estos siete acabado su curso de filosofía, y habiendo recebido el grado de maestros, y estudiando ya teología, el año de 1534, dia de la Asuncion de Nuestra Señora, se fueron á la iglesia de la misma Reina de los ángeles, llamada *Mons Martyrum*, que quiere decir, el *monte de los mártires*, que está una legua de París.

Y allí despues de haberse confesado, y recebido el santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo Nuestro Señor, todos hicieron voto de dejar para un dia que señalaron, todo cuanto tenian, sin reservarse más que el viático necesario para el ca-

mino hasta Venecia. Y tambien hicieron voto de emplearse en el aprovechamiento espiritual de los prójimos, y de ir en peregrinacion á Jerusalem, con tal condicion que, llegados á Venecia, un año entero esperasen la navegacion: y hallando en este año pasaje, fuesen á Jerusalem, é idos procurasen de quedarse, y vivir siempre en aquellos santos lugares. Mas sino pudiesen en un año pasar, ó habiendo visitado los santos lugares, no pudiesen quedarse en Jerusalem, que en tal caso se viniesen á Roma, y postrados á los piés del sumo Pontífice, Vicario de Cristo Nuestro Señor, se le ofreciesen para que su Santidad dispusiese dellos libremente, donde quisiese, para bien y salud de las almas.

Y de aquí tuvo orígen el cuarto voto de las misiones que nosotros ofrecemos al sumo Pontífice cuando hacemos profesion en la Compañía. Y estos mismos votos tornaron á confirmar otros dos años siguientes, en el mismo dia de la Asuncion de Nuestra Señora, y en la misma iglesia, y con las mismas ceremonias. De donde tambien tuvo orígen el renovar de los votos que usa la Compañía ántes de la profesion.

En el espacio de tiempo destos dos años, se le juntaron otros tres compañeros teólogos, llamados Claudio Jayo, saboyano, Juan Coduri, provenzal, y Pascasio Broet, tambien francés, de la provincia de Picardía, y así llegaron á ser diez, todos, aunque de tan diferentes naciones, de un mismo corazon y voluntad. Y porque la ocupacion de los estudios de tal manera se continuase, que no entibiase la devocion y fervor del espíritu, los armaba Ignacio con la oracion y meditacion cotidiana de las cosas divinas, y juntamente con la frecuente confesion y comunion. Mas no por esto cesaba la disputa y conferencia ordina-

ria de los estudios, que como eran por una parte de letras sagradas de teología, y por otra tomados por puro amor de Dios, ayudaban á la devocion y espíritu.

Ibanse criando con esto en sus corazones unos ardientes é inflamados deseos de dedicarse todos á Dios. Y el voto que tenian hecho (el cual renovaban cada año) de perpétua pobreza; el verse y conversarse cada dia familiarmente; el conservarse en una suavísima paz, concordia y amor, y comunicacion de todas sus cosas y corazones, los entretenia y animaba para ir adelante en sus buenos propósitos. Y áun acostumbraban, á imitacion de los santos Padres antiguos, convidarse segun su pobreza, los unos á los otros; y tomar esto por ocasion para tratar entre sí de cosas espirituales, exhortándose al desprecio del siglo y al deseo de las cosas celestiales. Las cuales ocupaciones fueron tan eficaces, que en todo aquel tiempo que para concluir sus estudios se detuvieron en París, no solamente no se entibió, ni disminuyó aquel su fervoroso deseo de la perfecion, mas ántes con señalado aumento iba creciendo de dia en dia.





CAPÍTULO V.

CÓMO SE PARTIÓ DE PARÍS PARA ESPAÑA, Y DE ESPAÑA PARA ITALIA.

ANDABA en este tiempo nuestro B. P. Ignacio tan fatigado de cruelísimos dolores de estómago,[1] y con la salud tan quebrantada y tan sin esperanza de remedio humano, que fué forzado por consejo de los médicos y ruego de sus compañeros, partirse para España á probar si la mudanza de los aires naturales (que sin duda son más sanos que los de París) bastarian á sanarle ó á lo ménos á darle alguna mejoría y alivio. Y para que Ignacio, que tenia en poco su salud, viniese bien en querer hacer esta jornada, juntó Nuestro Señor otra causa, que fué el tener algunos de sus compañeros negocios tales en España, que para su sosiego y quietud convenia que Ignacio se los desenvolviese y acabase.

Dieron pues en sus cosas esta traza, el año de 1535: que el Padre se partiese á España, y habiendo en su tierra cobrado fuerzas, se fuese á concluir los negocios de los compañeros, que dejaba en París, y que de España se vaya á Venecia, y allí los aguarde, y que ellos se entretengan en sus estudios en París hasta el dia de la conversion de san Pablo, que es á 25 de Enero del año de 1537, y aquel dia se pongan en camino para Venecia,

para que allí se junten con él á dar órden en la pasada para Jerusalem.

Partióse nuestro san Ignacio, conforme á lo que habia concertado, camino de España, en una cabalgadura que le compraron los compañeros; porque su gran flaqueza no le daba lugar de ir á pié. Llegó á su tierra más recio de lo que salió de París. Antes que llegase tuvieron nueva de su venida, y saliéronle á recebir todos los clérigos del pueblo; mas nunca se pudo acabar con él que fuese á posar á casa de su hermano, ni quiso otra morada que la de los pobres, que es el hospital. Comenzó á pedir limosna de puerta en puerta para sustentarse, contra toda la voluntad de su hermano mayor, que en esto le iba á la mano cuanto podia. Y queriendo enseñar la dotrina cristiana á los niños, por desviarle tambien desta voluntad, le decia su hermano que vendrian pocos oyentes á oirle; al cual respondió Ignacio: «Si solo un niño viene á oir la dotrina, lo tendré yo por un excelente auditorio para mí.» Y así no haciendo caso de la contradicion que con humana prudencia su hermano le hacia, comenzó á enseñar la dotrina cristiana; á la cual pasados pocos dias ya su mismo hermano venia con grande muchedumbre de oyentes.

Mas á los sermones que predicaba todos los domingos y algunos dias de fiesta entre semana, con notable fruto, era tanto el concurso de la gente que de muchos pueblos de toda aquella provincia acudia á oirle, movida de la fama de sus cosas, que le era forzado, por no caber en los templos, irse á predicar á los campos; y los que concurrian para poderle ver y oir se subian en los árboles. La primera vez que predicó en Azpetia con grande concurso de toda la gente principal y pueblo, dijo una cosa que despues de haber es-

crito esta historia he sabido; la cual me pareció poner aquí para que se vea la cuenta que tenia de humillarse y mortificarse, y volver por la honra y buen nombre de sus prójimos; y por cuán diferentes caminos lleva el Señor á sus escogidos de lo que el mundo suele y acostumbra, como se vé en las confesiones del glorioso Padre san Agustin [1] donde llora con entrañable sentimiento y amargura de corazon, una travesura que hizo siendo mochacho, semejante á la que aquí escribiré; y en otros santos se ven semejantes ejemplos. Estando pues predicando, dijo que una de las cosas que le habian traido á su tierra, y subídole en aquel púlpito, era querer dar satisfacion de cierta cosa que le habia sucedido, y salir de congoja y remordimiento de conciencia. Y era el caso, que siendo mozo habia entrado con ciertos compañeros en cierta heredad, y tomado alguna cantidad de fruta con daño del dueño; el cual por no saber el malhechor hizo prender con falsa sospecha á un pobre hombre, y le tuvo muchos dias preso, y quedó infamado y con menoscabo de su honra y hacienda: y nombróle desde el púlpito, y pidióle perdon, que estaba presente al sermon, y dijo que él habia sido el malo y perverso, y el otro sin culpa é inocente; y que por este camino le habia querido restituir públicamente la pérdida de su buena fama, y la de su hacienda (porque la justicia le habia condenado en cinco ó seis ducados) con darle dos heredades que él tenia; de las cuales allí delante de todos le hacia donacion.

Sacó Dios tanto fruto de su ida, el tiempo que estuvo en su tierra, juntándose á la dotrina el ejemplo de vida y prudencia del predicador, que se corrigieron muchos errores, y se desarraigaron

1 Lib. II, cap. IV.

muchos vicios, que hasta en los eclesiásticos se habian entrado, y con la mala y envejecida costumbre se habian apoderado de manera, que no reparaban los hombres en ellos, porque tenian nombre de virtud. Dejóles puestas muchas órdenes, que para la paz y buen gobierno de la vida política, y para el buen ser y aumento de la religion cristiana parecian necesarias. Entre otras cosas procuró que los gobernadores y jueces hiciesen rigurosas leyes contra el juego y contra la disolucion y deshonestidad de los sacerdotes. Porque siendo uso antiguo de la provincia, que las doncellas anden en cabello y sin ningun tocado, habia algunas que con mal ejemplo y grande escándalo, viviendo deshonestamente con algunos clérigos, se tocaban sus cabezas, ni más ni ménos que si fueran legítimas mujeres de aquellos con quien vivian en pecado. Y guardábanles la fe y lealtad como á los propios maridos se debe guardar.

Este sacrílego abuso procuró con todas sus fuerzas que se extirpase de aquella tierra; y negoció como se proveyese á los pobres del mantenimiento necesario; y que se tocase la campana á hacer oracion tres veces al dia, á la mañana, al medio dia, y á la tarde; y que se hiciese particular oracion por los que están en pecado mortal. Habiendo en estas y en otras semejantes cosas dado la órden y asiento que convenia, y cobrado las fuerzas necesarias para ponerse en camino (porque tambien en su tierra le apretó una enfermedad), se partió para concluir los negocios de sus compañeros. Mas como quisiese ir á pié y sin viático ninguno, de aquí le nació otra contienda con su hermano. Porque como ántes el hermano habia tenido por grande afrenta que su hermano no haciendo caso dél, se hubiese ido á vivir despreciado y abyecto entre los pobres, y en sus ojos

hubiese andado á pedir limosna en su tierra; para remediar este desman y menoscabo de su reputacion (que así suele llamar la prudencia de la carne á las cosas de Dios), importunóle muy ahincadamente que quisiese ir á caballo, y proveido de dineros y acompañado. Y por aplacar á su hermano, y dejarle gustoso, y librarse presto dél y de los otros sus parientes, acetó lo que su hermano le ofrecia; pero en saliendo de Guipúzcoa, luego hurtó el cuerpo á los que le acompañaban, y dejó el caballo, y á pié, y solo, y sin dineros, pidiendo limosna, se fué á Pamplona.

De allí pasó á Almazan, y Sigüenza, y Toledo; porque en todos estos lugares habia de dar órden en las cosas que de sus compañeros traia encargadas. Y habiéndolas bien despachado, y no habiendo querido recebir dinero ni otra cosa alguna de las muchas que le ofrecian los padres de sus compañeros, se partió á Valencia, y allí se embarcó en una nave; aunque contra la voluntad y consejo de sus amigos, que le decian el gran peligro que habia en pasar en aquella sazon el mar Mediterráneo, por tener Barbaroja, famoso cosario y capitan del gran Turco, tomados los pasos de aquella navegacion. Y aunque le guardó la divina Providencia de los cosarios, no le faltaron los peligros del mismo mar; porque se levantó una tan brava tempestad, que quebrado el mástil con la fuerza del viento, y perdidas muchas jarcias y obras muertas de la nave, pareciéndoles ser su hora llegada, se aparejaban todos á morir.

En este trance y peligroso punto examinaba su conciencia nuestro B. Padre, y escudriñaba los rincones de su alma; y cuando todos estaban con el espanto de la muerte atemorizados, él no podia hallar en sí temor ninguno. Sólo le daba pena parecerle que no habia enteramente hasta enton-

ces respondido á los toques y dones de Dios. Acusábase en su conciencia, que de tantos beneficios y con tan larga mano ofrecidos de Nuestro Señor, no se hubiese sabido aprovechar con aquel agradecimiento y cuidadosa constancia que debia, para bien de su alma y de las de sus prójimos. Pasado este peligro llegó á Génova, y de ahí con otro grandísimo y gravísimo de la vida, á Boloña; porque caminando solo por la halda de los Alpes, perdió el camino, y de paso en paso, se vino á embreñar en un altísimo y muy estrecho despeñadero que venia á dar en la raudal corriente de un rio, que de un monte se despeñaba. Hallóse en tan grande aprieto y conflicto, que yo le oí decir, que habia sido aquel el mayor que habia pasado en su vida; porque sin poder pasar adelante, ni saber volver atrás, do quiera que volvia los ojos, no via sino espantosas alturas y despeñaderos horribles, y debajo la hondura y profundidad de un rio muy arrebatado. Mas al fin por la misericordia de Dios, salió deste peligro yendo un gran rato el pecho por tierra, caminando á gatas, más sobre las manos, que sobre los piés.

A la entrada de la ciudad de Boloña cayó de una pontezuela, que habia de madera, abajo en la cava: de donde salió todo sucio y enlodado, y no sin risa y escarnio de los que le vian. Entrando desta manera en la ciudad, y rodeándola toda pidiendo limosna, no halló quien le diese una blanca ni un bocado de pan; lo cual es cosa de maravillar en una tan rica y tan grande y caritativa ciudad. Pero suele Dios á las veces probar desta manera á los suyos. Allí cayó enfermo de los trabajos pasados; mas sanó presto, y prosiguiendo su camino llegó á Venecia donde aguardó á sus compañeros, como lo habian en París concertado.



CAPÍTULO VI.

CÓMO FUÉ ACUSADO EN VENECIA, Y SE DECLARÓ SU INOCENCIA.

No estuvo ocioso nuestro B. P. en Venecia el tiempo que aguardaba á sus compañeros: ántes se ocupaba con todo cuidado, como era su costumbre, en el aprovechamiento de sus prójimos, y así movió á algunos á seguir los consejos de Nuestro Señor en el camino de la perfecion. Entre los cuales fueron dos hermanos navarros, hombres honrados y ya entrados en edad, los cuales volviendo de Jerusalem (donde habian ido en peregrinacion), toparon en Venecia con el P. Ignacio, á quien ántes habian conocido y tratado familiarmente en Alcalá. Estos se llamaban Estéban y Diego de Eguía, que despues entraron y murieron santamente en Roma en la Compañía. Tambien fué uno de los que aquí se movieron, un español llamado el bachiller Hoces, hombre de letras y de buena vida, el cual aunque se aficionó mucho á la virtud y dotrina que en el Padre se via, pero no osaba del todo fiarse dél y ponerse en sus manos; porque habia oido decir muchas cosas dél ó maliciosamente fingidas de los maldicientes, ó imprudentemente creidas de los inorantes. Mas en fin pudo tanto Ignacio que le inclinó á hacer los ejercicios espirituales; en los cuales aunque entró al principio dudoso, y áun temeroso, des-

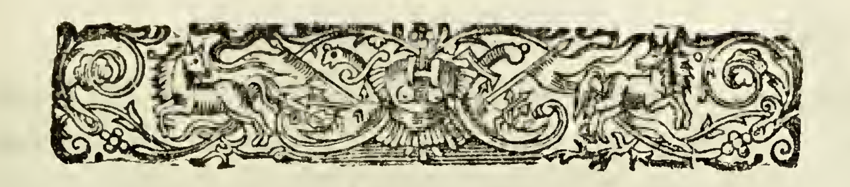
pues los abrazó con entera voluntad y confianza. Porque luego que se recogió á darse á la meditacion y oracion, encerró consigo muchos libros de teología, temiendo no se le entrase sin sentir algun error, para que ayudándose dellos pudiese más fácilmente descubrirle si se le quisiese enseñar. Mas salió tan desengañado y aprovechado dellos, que trocado el recelo en amor entrañable, vino á serle muy verdadero y fiel compañero, y puesto en la cuenta de los diez primeros que tuvo.

Tambien tuvo en Venecia comunicacion con D. Juan Pedro Carafa, que despues fué Papa Paulo IV, el cual dejando el arzobispado de Chete se acompañó con D. Gaetano de Vincencia, y D. Bonifacio Piamontés, y D. Paulo Romano, hombres nobles y de buena vida, que dieron principio á la Religion que vulgarmente se llama de los Teatinos; porque el Arzobispo de Chete, que en lengua latina llaman Teatino, fué como habemos dicho uno de sus fundadores; y en sangre, letras, dignidad y autoridad el más principal de todos. Y desta ocasion por error del vulgo, se vino á llamar nuestra Religion de los Teatinos, que este nombre nos dan algunos por engaño. En el cual no es maravilla que haya caido la gente comun; porque como nuestra Religion y aquella, entrambas sean de clérigos reglares, y fundadas casi en un mismo tiempo, y en el hábito no muy desemejantes, el vulgo inorante puso á los nuestros el nombre que no era nuestro, no solo en Roma donde comenzó este engaño, mas tambien en otras tierras y provincias apartadas.

Dió tambien los ejercicios espirituales en Venecia á algunos caballeros de aquel clarísimo senado, ayudándolos con su consejo á seguir el camino de la virtud cristiana. Mas no faltaron otros

que por envidia, ó por estar mal informados, publicaron por la ciudad, que era un hombre fugitivo, y que en España habia estado muchas veces preso, y que habiéndole quemado su estatua se vino huyendo; y que ni áun en París habia podido estar seguro, sino que hubo de salir huyendo, para escapar la vida. Vino la cosa á términos, que se averiguó este negocio por tela de juicio, y así se hizo diligente pesquisa de su vida y costumbres. Mas como esto se fundaba en falsedad, luego se cayó todo. Porque como ya Ignacio miraba por la fama de sus compañeros más que habia mirado por la suya, no paró hasta que el Nuncio apostólico, que entónces estaba en Venecia, llamado Jerónimo Verálo, declaró la verdad por su sentencia: en la cual de la entereza de vida y dotrina de nuestro Padre dió claro y muy ilustre testimonio, como se ve en la misma sentencia original que hoy dia tenemos en Roma.





CAPÍTULO VII.

CÓMO LOS COMPAÑEROS DEL P. IGNACIO LE VINIERON Á BUSCAR DE PARÍS Á ITALIA.

Mientras que el Padre esperaba en Venecia la venida de sus compañeros, se encendió nueva guerra en Francia, entrando en ella con poderoso ejército por la parte de la Provenza, el Emperador D. Cárlos V deste nombre. Por lo cual los compañeros que habian quedado de acuerdo de partir de París en su demanda el dia de la Conversion de san Pablo, del año de 1537, fueron forzados de anticipar su salida, huyendo la turbacion y peligro de la guerra. Y así partieron de París á 15 de Noviembre de 1536, y su camino era desta manera: Iban todos á pié, vestidos pobremente, cada uno cargado de los cartapacios y escritos de sus estudios. Los tres que solos eran sacerdotes, conviene á saber, Pedro Fabro, Claudio Jayo, y Pascasio Broeth, decian cada dia misa, y los otros seis recebian el santísimo Sacramento del cuerpo de Nuestro Señor, armándose con el pan de vida contra los grandes trabajos y dificultades de aquella su larga y peligrosa jornada. Por la mañana al salir de la posada, y por la tarde al entrar en ella, era su primero y principal cuidado, hacer alguna breve oracion, y esta acabada, por el camino se seguia la meditacion, y tras ella ra-

zonaban de cosas divinas y espirituales. El comer era siempre muy medido, y como de pobres; cuando consultaban si sería bien hacer alguna cosa ó no, seguian con mucha paz y concordia todos lo que parecia á la mayor parte. Llovióles cada dia por Francia, y atravesaron la alta Alemania en la mayor fuerza del invierno, que en aquella region setentrional era muy áspero y extremado de frio; pero vencia todas estas dificultades tan nuevas para ellos y desusadas, el espiritual contentamiento y regocijo que tenian sus ánimas, de ver por quién y para qué las pasaban. Y dellas, y de los peligros que en semejantes caminos (mayormente á los pobres y extranjeros) suelen suceder, los libró con su misericordia la Providencia divina.

No dejaré de decir cómo el mismo dia que salieron de París, maravillados algunos de ver el nuevo traje, el número y el modo de caminar destos nuestros primeros Padres, preguntaron á un labrador, que de hito en hito los estaba mirando, si sabia qué gente era aquella; y el rústico, movido no sé con qué espíritu, respondió en francés: *Monsieurs reformateurs, ils vont reformer quelque pays.* Que es como decir, son los señores reformadores, que van á reformar algun país.

Llegaron en fin á Venecia á 8 de Enero del año de 1537; y allí hallaron á su Padre y Maestro Ignacio que los aguardaba juntamente con el otro sacerdote que dijimos que se le habia llegado, y con singular alegría se recibieron los unos á los otros. Mas porque aún no era buena sazon de ir á Roma á pedir la bendicion del Papa para ir á Jerusalem, dando de mano á todas las otras cosas, determinaron de repartirse por los hospitales, y los cinco dellos se fueron al hospital de san Juan y san Pablo, y los otros cinco al hospital de

los incurables. Aquí comenzaron á ejercitarse con singular caridad y diligencia en los más bajos y viles oficios que habia, y á consolar y ayudar á los pobres en todo lo que tocaba á la salud de sus almas y de sus cuerpos, con tanto ejemplo de humildad y menosprecio del mundo, que daba á todos los que lo veian grande admiracion.

Señalábase entre todos Francisco Javier en la caridad y misericordia con los pobres, y en la entera y perfeta vitoria de sí mismo; porque no contento de hacer todos los oficios asquerosos que se podian imaginar por vencer perfetamente el horror y asco que tenia, lamia y chupaba algunas veces las llagas llenas de materia á los pobres. Tales fueron los principios deste varon de Dios, y conforme á ellos fué su progreso y su fin, como adelante se dirá. Echaban entonces nuestros Padres los cimientos de las probaciones que habia de hacer despues la Compañía. Así estuvieron hasta mediada Cuaresma, que partieron para Roma, quedando el Padre solo en Venecia, por parecer que así convenia al divino servicio.

El modo de caminar era este: íbanse de tres en tres, dos legos y un sacerdote, y siempre mezclados españoles con franceses ó saboyanos. Decian cada dia misa los sacerdotes, y los que no lo eran recebian el santísimo Cuerpo de Nuestro Señor. Iban á pié, ayunaban todos los dias, porque era Cuaresma, y no comian otra cosa, sino lo que hallaban por amor de Dios; y era la limosna tan flaca, que muchas veces pasaban sus ayunos y el trabajo del camino, comiendo solo pan y bebiendo sola agua. Y así fué necesario que padeciesen nuestros Padres en esta peregrinacion extraordinarios trabajos. Y un domingo les aconteció, que habiendo tomado no más que sendos bocados de pan por la mañana, descalzos los piés, caminaron

veinte y ocho millas de aquella tierra, que vienen á ser más de nueve leguas de las nuestras, lloviéndoles todo el dia reciamente, y hallando los caminos hechos lagunas de agua, en tanto grado, que á ratos les daba el agua á los pechos; y con esto sentian en sí un contento y gozo admirable. Y considerando que pasaban aquellas fatigas por amor de Dios, le daban infinitas gracias, cantando á versos los salmos de David; y áun el Maestro Juan Coduri, que llevaba las piernas cubiertas de sarna, con el trabajo deste dia quedó sano. Así que si los trabajos de nuestros Padres en este camino fueron grandes, no fueron menores los regalos que recibieron de la divina y liberal mano del Señor, por quien los padecian.

Hallóse en Roma cuando allí llegaron, el doctor Pedro Ortiz, que por mandado del Emperador D. Cárlos, trataba delante del Papa la causa matrimonial de la Reina de Inglaterra Doña Catalina, tia del Emperador; la cual Enrico VIII su marido, habia dejado por casarse con Ana Bolena, de cuya hermosura torpemente se habia aficionado. Era este doctor Ortiz el que en París habia mostrado á Ignacio tan poca voluntad como ya vimos: mas como llegaron á Roma los compañeros, movido con espíritu de Dios (cuando ellos ménos este oficio esperaban) los acogió con grandes muestras de amor, y los llevó al sumo Pontífice, encomendándole su virtud, letras, é intencion de servir á Dios en cosas grandes. Recibió luego como los vió el Papa Paulo una extraña alegría, y mandó que aquel mismo dia disputasen delante dél una cuestion de teología que se les propuso. Dióles benignamente licencia para ir á Jerusalem, y su bendicion, y una limosna de sesenta ducados. Y á los que aún no eran ordenados de misa, les dió facultad para ordenarse á tí-

tulo de pobreza voluntaria, y de aprobada doctrina.

Ayudaron tambien otras personas con sus limosnas, especialmente los españoles que estaban en Roma, cada uno como podia, y llegaron hasta doscientos y diez ducados; y no faltaron mercaderes que pasaron á Venecia esta suma de dineros, sin que les costase el cambio cosa alguna á los Padres; pero ellos no quisieron aprovecharse desta limosna ni tomarla en sus manos, hasta el tiempo del embarcarse. Y así con la misma pobreza y desnudez con que habian venido á Roma, se tornaron, pidiendo por amor de Dios, á Venecia; á donde llegados se repartieron por sus hospitales, como ántes habian estado; poco despues todos juntos hicieron voto de castidad y pobreza delante de Jerónimo Verálo, Legado del Papa en Venecia, que entonces era Arzobispo de Rosano, y despues fué Cardenal de la santa Iglesia romana; y ordenáronse de misa Ignacio y los otros compañeros, el dia de san Juan Bautista, dándoles este alto sacramento el Obispo Arbense con maravillosa consolacion y gusto espiritual, así de los que recebian aquella sacra dignidad, como del perlado que á ella los promovia. El cual decia que en los dias de su vida no habia recebido tan grande y tan extraordinaria alegría en órdenes que hubiese dado como aquel dia; atribuyéndolo todo al particular concurso y gracia de Dios con que favorecia á nuestros Padres.





CAPÍTULO VIII.

CÓMO SE REPARTIERON POR LAS TIERRAS DEL DOMINIO VENECIANO Á TRABAJAR Y EJERCITAR SUS MINISTERIOS.

ESTÁNDOSE aparejando los Padres, y aguardando la sazon del embarcarse para Jerusalem, vinieron á perder totalmente la esperanza del pasaje. Fué desto la causa, que en el mismo tiempo la Señoría de Venecia rompió guerra con el gran turco Soliman, é hizo liga con el sumo Pontífice y con el Emperador D. Cárlos. Y estando la mar cubierta de las poderosas armadas de ambas partes, y ocupados todos en la guerra, cesó la navegacion de los peregrinos, que pedia más paz y quietud. Y es cosa de notar, que ni muchos años ántes ni despues acá, hasta el año de 1570, nunca dejaron de ir cada año las naves de los peregrinos á Jerusalem sino aquel año. Y era que la divina Providencia que con infinita sabiduría rige y gobierna todas las cosas criadas, iba enderezando los pasos de sus peregrinos para servirse dellos en cosas más altas de lo que ellos entendian ni pensaban. Y así con admirable consejo, les cortó el hilo, y les atajó el camino que ya tenian por hecho de Jerusalem, y los divirtió á otras ocupaciones. Porque como los Padres vieron que se les iba cerrando cada dia más la esperanza de pasar á la Tierra santa, acordaron de

esperar un año entero para cumplir con el voto que habian hecho en París. Y para aparejarse mejor, y llegar con mayor reverencia al sacrosanto sacrificio de la misa, que aún no la habian comenzado á decir los nuevos sacerdotes, determinaron de apartarse y recogerse todos, y hiciéronlo desta manera: el B. Padre Ignacio, Fabro y Lainez, se fueron á Vincencia; Francisco Javier y Salmeron, á Monte Celso; Juan Coduri y Hoces, á Treviso; Claudio Jayo y Simon Rodriguez, á Basan; Pascasio y Bobadilla, á Verona. Son todas estas tierras de la Señoría de Venecia; porque no se quisieron salir de aquel Estado, por hallarse cerca, si acaso se les abriese alguna puerta para su embarcacion.

Nuestro P. Ignacio, pues, y sus dos compañeros, á los cuales habia cabido ir á Vincencia, se entraron en una casilla ó ermita pequeña, desamparada y medio derribada, sin puertas y sin ventanas, que por todas partes le entraba el viento y el agua. Estaba esta ermita en el campo fuera de la ciudad; y habia quedado así yerma y mal parada del tiempo de la guerra, que no muchos años ántes se habia hecho en aquella tierra. Aquí se recogieron, y para no perecer del frio y humedad, metieron un poco de paja, y sobre esta dormian en el suelo. Salian dos veces al dia á pedir limosna á la ciudad, pero era tan poco el socorro que hallaban, que apénas tornaban á su pobre ermita con tanto pan que les bastase á sustentar la vida. Y cuando hallaban un poquito de aceite ó manteca, que era muy raras veces, lo tenian por muy gran regalo. Quedábase el uno de los compañeros en la ermitilla para mojar los mendrugos de pan, duros y mohosos que se traian, y para cocerlos en un poco de agua, de manera que se pudiesen comer. Y era el Padre Ignacio el que de

ordinario se quedaba á hacer este oficio. Porque de la abundancia de lágrimas que de contino derramaba, tenia casi perdida la vista de los ojos, y no podia sin detrimento dellos salir al sol y al aire. Todo el tiempo que de buscar esta pobre limosna les quedaba, se daban á la oracion y contemplacion de las cosas divinas, porque para este fin habian dejado todas las demas ocupaciones.

Habiendo perseverado cuarenta dias en esta vida, vino á Vincencia Juan Coduri, y acuerdan todos cuatro de salir á predicar en aquella ciudad. Y así en un mismo dia, y á la misma hora, en cuatro diversas plazas, comienzan á grandes voces á llamar las gentes, y á hacerles señas con los bonetes y que se lleguen á oir la palabra de Dios. Y habiéndose congregado gran muchedumbre de gente, les predican de la fealdad de los vicios, de la hermosura de las virtudes, del aborrecimiento del pecado, del menosprecio del mundo, de la inmensa grandeza de aquel amor inestimable con que Dios nos ama, y de las demas cosas que se les ofrecian; á fin de sacar á los hombres del cautiverio de Satanás, y despertar los corazones, y atraerlos á procurar con todas sus fuerzas aquella bienaventuranza para que Dios los crió. Y sin duda quien entonces mirara al lenguaje de aquellos Padres, no hallara en él sino toscas y groseras palabras; que como todos eran extranjeros y tan recien llegados á Italia, y se daban tan poco al estudio de las palabras, era necesario que ellas fuesen una como mezcla de diversas lenguas. Mas estas mismas palabras eran muy llenas de dotrina y espíritu de Dios, y para los corazones empedernidos y obstinados, como un martillo ó almadena de hierro que quebranta las duras piedras. Y así se hizo mucho fruto con la divina gracia.



CAPÍTULO IX.

CÓMO NUESTRO B. PADRE ESTANDO ENFERMO, SANÓ CON SU VISTA AL PADRE MAESTRO SIMON.

Entendiendo en estas obras nuestro B. Padre Ignacio, y empleándose con todas sus fuerzas en buscar la gloria de Dios ,y el desprecio de sí mismo, quebrantado del trabajo cayó malo de calenturas en Vincencia; y tambien el P. Diego Lainez, por la misma causa, fué tocado de una mala disposicion. En este mismo tiempo tuvo nueva nuestro Padre que Simon Rodriguez estaba muy más gravemente enfermo, y en gran peligro de la vida, en Basan, que está como una jornada de Vincencia. Y á la hora, estando él á la sazon con calentura, dejando al Padre Lainez en el hospital y en la cama, toma el camino para Basan, vase á pié con el Padre Fabro, con tanto fervor de espíritu y con tanta ligereza, que Fabro no podia atener á su paso, ni alcanzarle, llevándole siempre delante de sí muy gran trecho. Y como iba tan adelante, tuvo tiempo para apartarse un poco del camino, y por un rato estuvo puesto en oracion, rogando á Nuestro Señor por la salud del Maestro Simon; y en la oracion fué certificado que Dios se la daria. Levantándose della, dijo al Padre Fabro con mucha confianza y alegría: «No hay por qué nos congojemos, hermano Fabro, del mal

de Simon, que no morirá desta dolencia que tanto le fatiga.» Como llegó á donde el Padre Simon estaba en la cama, hallóle con la fuerza del mal muy consumido y flaco, y echándole los brazos, «No hay de qué temais, dijo, hermano Simon, que sin duda sanaréis desta;» y así se levantó y estuvo bueno. Esto contó el Padre Fabro, al Padre Lainez cuando tornaron á Vincencia; y el Padre Lainez me lo contó á mí de la manera que he dicho. Y el mismo Padre Maestro Simon conoció, y agradeció, y publicó este beneficio, que de Dios Nuestro Señor, por medio de su siervo Ignacio, habia recebido.

Aquí en Basan vivia entonces un hombre de nacion italiano, por nombre Antonio; el cual hacia una vida admirable y solitaria en una ermita que se llama san Vito; la cual está fuera del lugar en un cerro alto y muy ameno, de donde se descubre un valle muy apacible, que es regado con las aguas del rio llamado en latin Meduaco, y en italiano Brenta. Era este hombre anciano, lego é idiota y muy sencillo; mas severo y grave, y de los hombres tenido por santo. El cual en sus costumbres y aspecto, parecia un retrato de san Antonio el abad, ó de san Hilarion, ó de otro cualquiera de aquellos santos Padres del yermo. Algunos años despues conocí yo á este Padre; el cual tratando al Padre Ignacio le tuvo en poco, y juzgóle en su corazon por imperfecto; hasta que un dia puesto en larga y fervorosa oracion, se le representó Dios como á hombre santo y enviado del cielo al mundo para provecho de muchos.

Entonces comenzó á avergonzarse y á tenerse en poco, y á estimar lo que ántes habia desestimado, como él mismo, despues corrido de sí mismo, lo confesó. Movido, pues, de la vida de

fray Antonio, uno de los primeros compañeros de nuestro Padre que estaba en Basan, comenzó á titubear en su vocacion, y á dudar si sería más servido Nuestro Señor seguir el camino comenzado, ó vivir en compañía de aquel santo en contemplacion, apartado de los primeros y del desasosiego é inquietud que la conversacion de los hombres trae consigo. Y hallándose perplejo y confuso con las razones que de una parte y de otra se le ofrecian, determinó de irse al mismo fray Antonio, y comunicar con él sus dudas y hacer lo que él le dijese. Estaba en este tiempo el Padre Ignacio en Basan. Fuése pues aquel Padre á buscar al fraile, y yendo vió un hombre armado, que con horrible aspecto y fiero semblante, con la espada sacada y levantada, se le puso delante en el camino. Turbóse al principio y paró el Padre, mas volviendo en sí parecióle que no habia porqué detenerse, y siguió su camino. Entonces el hombre con gran ceño y enojo, arremete al Padre, y con la espada desenvainada como estaba, da tras él. El Padre temblando, y más muerto que vivo, echó á huir, y él á huir y el otro á seguirle; pero de manera que los que presentes estaban vian al que huia y no vian al que le seguia. Al fin de buen rato, el Padre desmayado con el miedo y asombrado desta novedad, y quebrantado de lo que habia corrido, dió consigo desalentado y sin huelgo en la posada donde estaba nuestro Padre. El cual en viéndole, con rostro apacible se volvió á él, y nombrándole por su nombre, díjole: «Fulano, ¿así dudais? *Modicæ fidei, quare dubitasti?* Hombre de poca fe, ¿por qué habeis dudado?» Con esta representacion, que fué una como declaracion de la divina voluntad, se confirmó mucho este Padre en su vocacion, como el mismo que lo vió y lo pasó lo ha contado.



CAPÍTULO X.

CÓMO SE REPARTIERON POR LAS UNIVERSIDADES DE ITALIA.

Despues de haber hecho nuestros Padres aquellas como correrías espirituales que habemos contado, todos se vinieron á juntar con nuestro Padre Ignacio en la ciudad de Vincencia; la cual estaba grandemente movida con la vida y dotrina de los tres compañeros. Por lo cual, donde al principio apénas hallaban pan y agua para poder vivir los tres solos, y algunas veces tenian necesidad de salir á las aldeas á pedir limosna para sustentarse, despues once juntos tuvieron todo lo necesario con abundancia. Todos los nuevos sacerdotes habian dicho ya la primera misa, sino solo nuestro Ignacio que la tenia por decir. En esta junta que aquí hicieron, acordaron que pues la esperanza de ir á Jerusalem se les iba cada dia acabando más, se repartiesen por las universidades más insignes de Italia, donde estaba la flor de los buenos ingenios y letras, para ver si Dios Nuestro Señor sería servido de despertar algunos mancebos hábiles de los muchos que en las universidades se suelen criar, y traerlos al mismo instituto de vida que ellos seguian en beneficio de sus prójimos.

Y con este fin, á la entrada del invierno repartieron entre sí las universidades de Italia desta

manera: que los Padres Ignacio, Fabro y Lainez vayan á Roma; Salmeron y Pascasio, á Sena; Francisco Javier y Bobadilla, á Bolonia: Claudio Jayo y Simon Rodriguez, á Ferrara: Juan Coduri y el nuevo compañero, á Padua. En esta empresa, demas del principal cuidado que cada uno tenia de su propia conciencia, y de perficionarse en las virtudes, trabajaban cuanto podian de encaminar los prójimos al camino de su salvacion, y de encender en ellos el amor y santo deseo de las cosas espirituales y divinas.

La manera de su gobierno era ésta: á semanas tenia cargo el uno del otro; de manera que el que esta semana obedecia mandaba la siguiente. Pedian por amor de Dios de puerta en puerta. Predicaban en las plazas públicas. Antes del sermon, el compañero súbdito traia de alguna tienda prestado un escaño que servia de púlpito, y llamaba al pueblo á voces y con el bonete, meneándole, para que viniesen á oir la palabra de Dios. No pedian en el sermon limosna, ni despues de haber predicado la querian recebir de los oyentes, aunque de suyo se la ofreciesen. Si hallaban alguno deseoso de su aprovechamiento, y sediento de las aguas vivas que matan la sed del alma, á este tal se comunicaban más, y le daban mayor parte de lo que Nuestro Señor á ellos les comunicaba. Oian las confesiones de muchos que lo pedian. Enseñaban á los niños, y á los inorantes y rudos, la dotrina cristiana. Cuando podian y tenian tiempo, acudian á los hospitales y servian á los pobres, consolando á los enfermos y afligidos que estaban en la cama. Finalmente, no dejaban ninguna cosa de las que entendian que podian servir para mayor gloria de Dios y de sus prójimos. Con estas obras iban derramando un olor de Cristo y de su dotri-

na, tan suave y bueno, que muchos sacaron singular fruto de sus pláticas y conversacion. Y de aquel tan pequeño y débil principio, vino á ser conocida nuestra Compañía, y creció la fama de su nombre, y el fruto que hacia se extendió por toda Italia.

No dejaré de decir, que en Padua los nuestros fueron por el Vicario del Obispo echados en la cárcel, y en cadenas aprisionados; y desta manera pasaron una noche tan regocijada y alegre, que Hozes, el uno dellos, de pura alegría no se podia tener de risa. Otro dia mirándolo mejor, el mismo juez los soltó, y de ahí adelante siempre los tuvo en lugar de hijos. Esto es lo que los compañeros del Padre Ignacio hicieron: lo cual tocamos brevemente, porque no escribimos la historia dellos, sino la de nuestro Padre; y así es bien que veamos lo que á él le aconteció en su camino y en la ida á Roma que le cupo.





CAPÍTULO XI.

CÓMO CRISTO NUESTRO SEÑOR APARECIÓ Á NUESTRO B. PADRE IGNACIO, Y DÓNDE TOMÓ ESTE NOMBRE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Viéndose nuestro bienaventurado Padre puesto en el oficio y dignidad sacerdotal, como quien conocia bien lo que era y la pureza de vida que pedia, tomó un año entero de tiempo para recogerse más, y aparejarse á recebir en sus manos el sacratísimo cuerpo de Cristo Nuestro Señor, que es sacrificio verdadero y hostia viva por nuestros pecados; que ántes deste tiempo, no fiaba de sí que estaria tan bien dispuesto, como era menester para decir su primera misa. La cual dijo despues áun más tarde de lo que habia pensado, que fué la noche de Navidad del año de 1538, y díjola en Roma en la capilla del pesebre donde Jesucristo Nuestro Señor fué puesto cuando nació, que está en santa María la Mayor; y así estuvo año y medio sin decirla despues que le ordenaron.

En este tiempo, con todas las fuerzas de su ánima y de todo corazon, se empleaba en contemplar las cosas divinas, de dia y de noche, suplicando humildemente á la gloriosa Vírgen y Madre de Dios, que ella le pusiese con su Hijo; y que pues era puerta del cielo, y singular me-

dianera entre los hombres y Dios, le abriese la puerta, y le diese entrada para su preciosísimo Hijo; de manera, que él fuese conocido del Hijo, y juntamente él pudiese conocer al Hijo y hallarle, y amarle, y reverenciarle con afectuoso acatamiento y devocion. Con esto, todo el tiempo que así estuvo sin decir misa, fueron maravillosas las ilustraciones y visitas que tuvo de Dios, en Venecia, en Vincencia y en otras ciudades, y por todo este camino, tanto, que le parecia ser restituido á aquel primer estado que tuvo en Manresa, donde habia sido visitado sobremanera, y consolado de Dios. Porque en París en el tiempo de los estudios, no sentia ni tan señalados gustos, ni tantas inteligencias de las cosas divinas; mas ahora en este camino de Roma, era de Dios con soberanos resplandores, y gustos espirituales ilustrado y esforzado. Recebia cada dia el cuerpo sacratísimo de Cristo Nuestro Redentor, de mano de sus compañeros, y con él suavísimas y celestiales consolaciones.

Aconteció en este camino, que acercándose ya á la ciudad de Roma, entró á hacer oracion en un templo desierto y solo, que estaba algunas millas lejos de la ciudad. Estando en el mayor ardor de su fervorosa oracion, allí fué como trocado su corazon, y los ojos de su alma fueron con una resplandeciente luz tan esclarecidos, que claramente vió cómo Dios Padre, volviéndose á su Unigénito Hijo, que traía la cruz á cuestas, con grandísimo y entrañable amor le encomendaba á él y á sus compañeros, y los entregaba en su poderosa diestra, para que en ella tuviesen todo su patrocinio y amparo. Y habiéndolos el benignísimo Jesus acogido, se volvió á Ignacio así como estaba con la cruz, y con un blando y amoroso semblante le dice:

EGO VOBIS ROMÆ PROPITIUS ERO.

«Yo os seré en Roma propicio y favorable.» Maravillosa fué la consolacion y el esfuerzo con que quedó animado nuestro Padre desta divina revelacion. Acabada su oracion, dice á Fabro y á Lainez: «Hermanos mios, qué cosa disponga Dios de nosotros, yo no lo sé, si quiere que muramos en cruz, ó descoyuntados en una rueda, ó de otra manera; mas de una cosa estoy cierto, que de cualquiera manera que ello sea, tendremos á Jesucristo propicio;» y con esto les cuenta lo que habia visto, para más animarlos y apercebirlos para los trabajos que habian de padecer.

De aquí es que habiendo despues nuestro Padre y sus compañeros determinado de instituir y fundar Religion, y tratando entre sí del nombre que se le habia de poner para representarla á su Santidad, y suplicarle que la confirmase, el Padre pidió á sus compañeros que le dejasen á él poner el nombre á su voluntad; y habiéndoselo concedido todos con grande alegría, dijo él que se habia de llamar la *Compañía de Jesus*. Y esto porque con aquella maravillosa vision, y con otras muchas y excelentes ilustraciones, habia Nuestro Señor impreso en su corazon este sacratísimo nombre, y arraigádole de tal manera que no se podia divertir dél, ni buscar otro. Y lo que hizo teniéndolo todos por bien, lo hiciera aunque fuera contra el parecer de todos, como él dijo, por la claridad grande con que su ánima aprehendia ser esta la voluntad de Dios; para que los que por vocacion divina entraren en esta Religion, entiendan que no son llamados á la Órden de Ignacio, sino á la Compañía y sueldo del Hijo de

Dios, Jesucristo Nuestro Señor, y asentando debajo deste gran Caudillo[1], sigan su estandarte y lleven con alegría su cruz, y pongan los ojos en Jesus, único autor y consumador de su fe; el cual pudiendo echar mano del gozo, se abrazó, como dice el Apóstol San Pablo[2], de la ignominia de la cruz, no haciendo caso de la confusion y abatimiento que en ella habia. Y para que no se cansen ni desmayen en esta sagrada y gloriosa milicia, tengan por cierto y averiguado que su Capitan está con ellos; y que no solamente á Ignacio y á sus primeros compañeros ha sido propicio y favorable, como lo ha mostrado la experiencia, mas que tambien lo será á todos los demas, que como verdaderos hijos de la Compañía serán imitadores de tales Padres. Todo lo que aquí digo desta inefable vision y amorosa y regalada promesa que Cristo Nuestro Redentor hizo á nuestro B. P. Ignacio de serle favorable, contó (como lo digo) el Padre Maestro Lainez, siendo Prepósito general, en una plática que hizo á todos los de la Compañía que estábamos en Roma, siendo yo uno dellos. Y el mismo Padre Ignacio ántes desto, preguntándole algunas particularidades y circunstancias acerca desta visitacion celestial, se remitió al Padre Maestro Lainez, á quien dijo que se lo habia contado al tiempo que le aconteció, de la misma manera que ello habia pasado. Demas desto, en un cuaderno escrito de su mano, en el cual, al tiempo que hacia las Constituciones escribia nuestro Padre dia por dia los gustos y afectos espirituales que sentia su ánima en la oracion y misa, dice en uno dellos, que habia sentido tal afecto, como cuando el Padre Eterno le puso con su Hijo.

1 I Cor. I. 2 Hebr. XII.

He querido particularizar los originales que tengo desta visitacion divina, por ser tan señalada y de tan grande confianza para los hijos deste santo Padre, y lo mismo podria hacer en las demas que en esta historia se cuentan, pero déjolo por evitar prolijidad.





CAPÍTULO XII.

CÓMO NUESTRO B. P. IGNACIO ENTRÓ EN ROMA, Y ESTANDO EN EL MONTE CASINO, VIÓ SUBIR AL CIELO EL ÁNIMA DE UNO DE SUS COMPAÑEROS.

ENTRANDO en Roma comenzó nuestro B. P. á volver los ojos por todas partes, y considerar atentamente la grandeza del negocio que queria emprender; y apercebirse con oracion y confianza en Dios, contra todos los encuentros y asechanzas del cruel enemigo. Porque conoció y pronosticó que alguna grande tempestad de trabajos venia á descargar sobre ellos. Y así llamando á sus compañeros una vez, les dijo: «No sé qué es esto que todas las puertas veo cerradas; alguna grande borrasca de tiempos muy peligrosos se nos apareja, mas toda nuestra esperanza estriba en Jesus, Él nos favorecerá como lo ha prometido.» Poco despues de llegados, siendo el Papa bien informado de la dotrina de los Padres que allí estaban, mandó que públicamente leyesen teología; y así Fabro comenzó á declarar la sagrada Escritura en la Sapiencia (que así llaman en Roma las escuelas públicas de la universidad); Lainez leia la teología escolástica, y resolvia las cuestiones que en ella se tratan, y hacian su oficio el

uno y el otro erudita y gravemente. Al Padre Ignacio quedaba el cargo principal de mover los corazones de los hombres á la virtud, y encender en ellos el fuego del amor divino: y así procuró aficionar y ganar para Dios al doctor Ortiz. El cual, habiéndole sido otro tiempo en París (como ya lo vimos) contrario, y despues en Roma, como está dicho, dado algun favor á los Padres sus compañeros, con la familiaridad y trato que con nuestro Padre Ignacio ahora tuvo, quedó tan obligado y tan rendido, que siendo un hombre ya de edad, de grandes letras y mucha autoridad, y ocupado en negocios públicos de tanta importancia, como queda dicho, deseó ser enseñado dél y tomar de su mano los ejercicios espirituales. Y para estar más libre y más desembarazado, determinó de salir por unos dias de Roma, dejando los negocios y cuidados y amigos que tenia. Escogió para esto el monesterio de monte Casino, que es como tres jornadas de Roma, que por la memoria del glorioso san Benito que allí hizo su vida, y por su sepultura y reliquias que allí son reverenciadas, y por la soledad del lugar, y por la mucha religion de los Padres de aquel monesterio, le pareció ser muy á propósito para la oracion y contemplacion que iba á buscar. Allí estuvo, y fué por cuarenta dias enseñado del Padre Ignacio, con tanto fruto de su ánima, que decia este excelente teólogo, que habia aprendido una nueva teología, y cual nunca hasta entónces habia venido á su noticia; la cual, sin comparacion, estimaba más que las letras que en tantos años y con tantas fatigas habia alcanzado en las universidades. Porque decia él, que hay muy gran diferencia entre el estudiar el hombre para enseñar á otros, y el estudiar para obrar él; porque con el primer estudio recibe luz el entendimiento,

mas con el segundo se abrasa en amor de Dios la voluntad.

Quedó desde este tiempo tan obligado y tan agradecido el doctor Ortiz al Padre Ignacio por esta merced de Dios, que por su mano habia recebido, que toda su vida fué íntimo amigo y defensor de la Compañía.

En este tiempo que el B. Padre Ignacio estaba en el monte Casino, pasó desta vida mortal á la eterna el bachiller Hozes, que, como habemos dicho le habia cabido la suerte de ir á Padua con Juan Coduri, *Y consummatus in brevi explevit tempora multa*[1]. Acabó en breve tiempo sus trabajos; pero fuéronle de tanto fruto como si fueran de largos años. Era en vida este buen padre un poco moreno y feo de rostro; mas despues que espiró fué tanta la hermosura y resplandor con que quedó, que Juan Coduri su compañero no se hartaba de mirarle, ni podia apartar los ojos dél, y de pura consolacion y alegría espiritual se le salian hilo á hilo las lágrimas de los ojos. Profetizó mucho ántes su muerte nuestro Padre; y allí en monte Casino (donde san Benito vió el alma de san Germano, Obispo de Capua, ser llevada por los ángeles en una esfera de fuego al cielo, como lo cuenta san Gregorio),[2] el Padre Ignacio vió una ánima rodeada y vestida de una resplandeciente luz entrar en el cielo, y conoció que era el ánima de Hozes su compañero. Y despues estando en misa, al tiempo de decir la confesion general que se dice al principio de la misa, llegando á aquellas palabras: *Et omnibus sanctis*, «y á todos los santos,» vió puesto delante de sus ojos un grande número de santos con resplandor de gloria; entre los cuales estaba Hozes, más resplan-

1 Sapien. IV. 2 Grego. II, lib. diac., cap. XXXV.

deciente y esclarecido de gloria que los otros; no porque él fuese más santo que los demas, sino porque (como el mismo Padre despues decia) por aquella señal le quiso Dios dar á conocer, distinguiéndole con esta ventaja de todos los otros. Y desta manera quedó el ánima del Padre Ignacio llena de tanto gozo celestial, que por espacio de muchos dias no pudo reprimir las lágrimas, que de suavísimo consuelo sus ojos despedian.





CAPÍTULO XIII.

CÓMO EN ROMA TODOS LOS PADRES JUNTOS DETERMINARON DE FUNDAR LA COMPAÑÍA.

Despues de haber movido los pueblos por donde habian andado, y despertado las gentes á la devocion y piedad; mediada cuaresma del año de 1538, todos los Padres se vinieron á Roma, donde nuestro B. P. Ignacio estaba, y juntáronse en una casa y viña de un hombre honrado y devoto, llamado Quirino Garzonio, cerca del monesterio de los Mínimos, que se llama en Roma de la santísima Trinidad. Allí pasaron harta pobreza y necesidad, viviendo de lo que cada dia allegaban de limosna; mas presto comenzaron á dar noticia de sí, predicando por diversas iglesias. El Padre Ignacio en lengua castellana en la iglesia de Nuestra Señora de Monserrate, Fabro en san Lorenzo in Damaso, Lainez en san Salvador del Lauro, Salmeron en santa Lucía, Claudio en san Luis, Simon en san Angel de la Pesquería, Bobadilla en san Celso.

Fué grande el fruto que se cogió destos sermones, porque por ellos se movió la gente á recebir con devocion los santos sacramentos de la Confesion y Comunion algunas veces entre año. Y desde entónces se vino á refrescar y á renovar aquella tan saludable costumbre de los antiguos tiempos de la iglesia primitiva, de hacerlo más

amenudo; la cual tantos años atrás estaba puesta en olvido, con menoscabo de la religion cristiana, y grave detrimento de las ánimas. Pues como vieron que ya no habia más esperanza de ir á Jerusalem, tornaron al doctor Ortiz (por cuya mano los habian recebido) los doscientos y diez ducados que les habian dado de limosna para aquel santo viaje. Y porque el Papa queria enviar algunos dellos á diversas partes, ántes de apartarse unos de otros, trataron de instituir entre sí una religiosa compañía, y de dar órden en su modo de vivir para adelante.

Para más acertar en cosa tan grave, determinaron de parecer y consentimiento de todos de darse por unos dias con mayor fervor á la oracion y meditacion, y ofrecer el santísimo sacrificio de la misa á Dios Nuestro Señor (que á nadie niega su santo favor y espíritu bueno, si se le pide como conviene, ántes se le da á todos copiosamente sin excepcion de personas), y suplicarle tuviese por bien de comunicarles su divina gracia, para ordenar y establecer lo que fuese más santo y más agradable ante el acatamiento de su soberana Majestad. Los dias gastaban en la ayuda espiritual de los prójimos; las noches en orar y consultar las cosas entre sí.

La primera noche, pues, se puso en consulta, si despues que se apartasen y repartiesen en varias provincias, por mandado del Sumo Pontífice, quedarian de tal manera unidos entre sí y tan juntos, que hiciesen un cuerpo; y de suerte, que ninguna ausencia corporal, ni distancia de tierra, ni intervalo de tiempo fuese parte para entibiar el amor tan entrañable y suave con que ahora se amaban en Dios, ni el cuidado con que unos miraban por otros. A esto respondieron todos con un corazon y con una voz que debian reco-

nocer este tan señalado beneficio y merced de Dios, de haber juntado hombres de tan diversas provincias, y de naciones tan diferentes en costumbres, naturales y condiciones, y hécholos un cuerpo, y dádoles una voluntad y un ánimo tan conforme para las cosas de su servicio; y que nunca Dios quisiese que ellos rompiesen ni desatasen un vínculo de tanta union, hecho milagrosamente de sola su omnipotente mano. Especialmente que la union y conformidad es muy poderosa para que se conserve la congregacion, y para acometer en ella cosas árduas, y salir con ellas, y tambien para resistir ó llevar con paciencia las adversas.

La segunda consulta fué, si sería bien que á los dos votos de perpétua castidad y pobreza, que en manos del Legado apostólico todos habian hecho en Venecia, añadiesen ahora el tercero voto de perpétua obediencia; y para esto eligiesen uno dellos por cabeza y por padre de toda la Compañía. En esta consulta tuvieron bien que dar y tomar muchos dias. Finalmente, para mejor resolver esta tan importante dificultad, se concertaron en estos puntos. El primero, que en ninguna manera aflojasen en el cuidado que se tenia aquellos dias de acudir á Dios en la oracion, sino ántes se acrecentase, y que todas sus oraciones y sacrificios se enderezasen á pedir intensamente á Nuestro Señor que les diese en la virtud de la obediencia gozo y paz, que es don del Espíritu Santo; y que cuanto era de su parte cada uno desease más el obedecer que el mandar. El segundo, que desta materia no hablasen unos con otros, porque ninguno se inclinase por humana persuasion más á una parte que á otra. El tercero, que cada uno hiciese cuenta que no era desta congregacion, ni le tocaba nada este negocio, sino que se

imaginase que habia de dar su parecer á otros extraños; para que desta manera puestos aparte todos los propios afectos, que suelen turbar el buen juicio, se determinasen en lo que convenia con ménos sospecha de engaño. Finalmente, todos con grandísima conformidad concluyeron que hubiese obediencia en la Compañía, y que se eligiese uno que la gobernase como superior, al cual todos los otros perfetamente sujetasen sus juicios y voluntades.

Esta resolucion tomaron persuadidos de muchas razones y muy eficaces, que sería largo el contarlas todas aquí; mas principalmente los movia el deseo vivo que tenian de imitar (cuanto sus flacas fuerzas bastasen) á su cabeza Cristo Jesus Señor Nuestro, el cual por no perder la obediencia dió la vida, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz [1]. Deseaban tambien que no faltase en su congregacion la mayor virtud y más excelente de cuantas hay en el estado de la Religion, que es la obediencia. Y disponíanse á seguir en todo la vocacion del Espíritu Santo, que los llamaba á la perfecion y más alta abnegacion de sí mismos; la cual sin la obediencia religiosa, rara y dificultosamente se alcanza. Ordenaron los Padres con maduro consejo y maravillosa conformidad en espacio de tres meses, otras muchas cosas; entre las cuales eran estas que diré. Que todos los que hicieren profesion en la Compañía, hagan particular y expreso voto de obediencia; en el cual se ofrezcan de estar aparejados para ir á cualquiera provincia de fieles ó infieles que el Vicario de Cristo les enviare; mas que no traten ellos de su mision con el Pontífice, ni por sí, ni por otra persona alguna. Enseñen á

1 Philip. II.

los niños la dotrina cristiana. Los que en la Compañía hubieren de entrar, sean primero probados en los ejercicios espirituales, en peregrinaciones y hospitales. El Prepósito general de la Compañía sea perpétuo mientras viviere. En las consultas y deliberaciones, se siga la mayor parte de los votos. Destas y de otras cosas que allí se determinaron, se sacó despues el sumario y fórmula de nuestra regla é instituto, que siéndole presentada la aprobó el Sumo Pontífice, como adelante se dirá.





CAPÍTULO XIV.

DE UNA GRAVE PERSECUCION QUE SE LEVANTÓ EN ROMA CONTRA EL BIENAVENTURADO PADRE IGNACIO Y SUS COMPAÑEROS, Y DEL FIN QUE TUVO.

ENTENDIENDO en estas obras nuestro B. Padre y sus compañeros, se levantó contra ellos aquella pesada y terrible tempestad, que el Padre mucho ántes habia visto y pronosticado: y fué della la ocasion que aquí dirémos. Predicaba en Roma un fraile que se llamaba Agustin, piamontés, el cual en sus sermones sembraba los errores de la secta luterana, inficionando disimuladamente el pueblo con su ponzoñosa dotrina. Conocieron nuestros Padres el daño, y públicamente predicaron contra ella, probando ser falsa y perniciosa. Ciertos españoles (que no hay para qué nombrarlos) amigos del fraile, confiados en sus muchas riquezas y autoridad, tomaron á defender la causa, y para poderlo mejor hacer, volviéronse contra el Padre Ignacio y sus compañeros, tomando por instrumento para esto á un español llamado Miguel, á quien nuestro B. Padre en París habia hecho muchas y muy buenas obras. Infaman, pues, malamente á los nuestros, y principalmente al Padre Ignacio, publicando que en España, y en París, y al fin en Venecia, habia sido condenado por hereje. Dicen que es hombre perdido y facineroso,

que no sabe sino pervertir todas las leyes divinas y humanas: y juntamente calumnian los ejercicios espirituales, y ponen mácula en los compañeros, infamándolos de muchas cosas perniciosas.

Resistió á estas olas y torbellinos nuestro S. Padre, y puso en tela de juicio el negocio, procurando con todas sus fuerzas que se averiguase y declarase la verdad. Porque como vió que se trataba en este negocio, no ménos que de todo el sér de nuestra Compañía, y conoció el ardid de Satanás, que procuraba ahogar nuestra Religion en su mismo parto, áun ántes de ser nacida, ó á lo ménos amancillarla y afearla con alguna nota é infamia, puso todo su caudal y esfuerzo para resistir á este golpe y salir al encuentro al enemigo. Y favorecióle Dios y su verdad de tal manera, que aquel Miguel urdidor de aquella trama, y atizador con sus mentiras de aquel fuego, fué por pública sentencia condenado del gobernador de Roma, y desterrado della. Y los demas acusadores, que eran los principales en el negocio, y con cuya autoridad se hacía, primeramente, aflojaron mucho de la fuerza con que se puso la acusacion, y despues comenzaron á temblar de miedo, y al fin convirtieron la acusacion en loores de nuestro Padre y de sus compañeros, confesando que habian sido engañados; y esto delante del Cardenal de Nápoles, Legado que entónces era del Papa, y en presencia del Gobernador de Roma. Los cuales, pareciéndoles que la verdad quedaba satisfecha con la confesion pública de los acusadores, quisieron poner silencio en el negocio, y que se acabase el pleito sin llegar á sentencia. Pero aunque los demas compañeros y los amigos del Padre Ignacio se contentaban desto, él solo no lo tuvo por bueno; porque quedando la verdad oprimida é indecisa, no recibiese la Compañía en al-

gun tiempo algun daño. Pues era cosa fácil que con el tiempo se olvidase la memoria de lo que allí habia pasado; y constando por autos y escrituras de la acusacion y no habiendo testimonio de la absolucion, podrian los hombres sospechar que por negociacion y favor, se habia solapado la verdad y encubierto, y estorbádose la prosecucion de la causa, echándose tierra encima.

Esta fué la causa porque nuestro Padre jamás se dejó persuadir ni ablandar de sus compañeros, ni de los importunos ruegos de sus amigos, ni de la autoridad y potencia de nadie, ni quiso apartarse un punto de su parecer. Antes insistió y porfió que la causa que habia venido á juicio de tribunal tan alto, se declarase por sentencia en el mismo juicio y tribunal; hombre verdaderamente despreciador de su honra propia; mas todo puesto, y de veras celoso de la honra de Jesucristo y de sus compañeros por Cristo. Porque siempre que se trató de su estima y honra, viéndose en cárceles y en cadenas, nunca de los hombres quiso tomar abogado ni procurador que por él respondiese, ni consintió que nadie por él hablase; mas cuando vió que se trataba de la honra de Dios y de la salvacion de las ánimas, puso todo su conato y todas sus fuerzas para que conocida y derribada la mentira, quedase vencedora y en pié la verdad. Para este efeto, viendo que los jueces mostraban poca gana de dar la sentencia, se fué al mismo Papa, que estaba aquellos dias en Frascata, como cuatro leguas de Roma, y hablándole en latin le dió larga cuenta del negocio, diciéndole llanamente cuántas veces, y dónde, y por qué habia sido encarcelado y encadenado. Dale á entender cuánto daño recibia el crédito de la virtud y de las cosas divinas en la opinion de los hombres, si por no hacerse caso

deste negocio se quedase así enterrado, y qué causas le movian á desear que se diese la sentencia. Las cuales como pareciesen bien á Su Santidad, manda al juez que concluya brevemente aquel negocio, y que pronuncie la sentencia en favor de la verdad y justicia; y el juez lo cumplió enteramente.

Mostróse en esta causa muy particularmente la providencia y asistencia con que Dios miraba por la Compañía, pues ordenó que se hallasen en Roma en aquella sazon, los que en España, en París y en Venecia, habian sido jueces del B. Ignacio. Todos estos en un mismo tiempo, de tan diversos lugares, unos por una causa y otros por otra, mas todos por divina providencia, se vinieron á hallar juntos en Roma, y presentados por testigos por el P. Ignacio, dieron todos buen testimonio de su virtud é inocencia. De España habia venido D. Juan de Figueroa, el cual siendo Vicario general del Arzobispo de Toledo en Alcalá, habia echado en la cárcel á Ignacio, y dádole por libre. Este era el que vino despues á ser Presidente de Consejo Real en España, y murió en este oficio el año de 1565. Hallóse de Francia el Maestro fray Mateo Ori, de la Órden de Santo Domingo, ante quien siendo Inquisidor de la fe, fué en París acusado Ignacio. Hallóse de Venecia el doctor Gaspar de Doctis, que habia dado la sentencia en su favor y defendídole de las falsas acusaciones de sus calumniadores, siendo él allí juez ordinario de Jerónimo Veralo, Legado apostólico. Estos fueron entre otros los testigos de la virtud, vida, y dotrina del B. Padre, y como tales fueron examinados, y ellos dieron tal testimonio, cual mostró la sentencia del Gobernador de Roma; la cual me pareció poner aquí á la letra, porque esta sentencia comprehende en suma todas las otras

que en favor deste santo varon ántes se habian dado, y hace dellas mencion.

Bernardino Cursino, *electo Obispo Bitroveriense, Vicecamerario de la ciudad de Roma, y Gobernador general de su distrito.*

«A todos y á cada uno de los que estas nues»tras letras vieren, salud en el Señor. Como sea »de mucha importancia para la república cristia»na, que sean conocidos los que con ejemplo de »vida y sana dotrina trabajando en la viña del »Señor aprovechan á muchos y edifican, y tam»bien los que al contrario tienen por oficio sem»brar cizaña; y como se hayan esparcido algunos »rumores, y hecho algunas denunciaciones de la »dotrina y vida, y señaladamente de los ejercicios »espirituales que dan á otros los venerables seño»res Ignacio de Loyola, y sus compañeros que »son Pedro Fabro, Claudio Jayo, Pascasio Broeth, »Diego Lainez, Francisco Javier, Alonso Salme»ron, Simon Rodriguez, Juan Coduri y Nicolás »de Bobadilla, Maestros por París, y presbíteros »seculares de las diócesis de Pamplona, de Ge»neva, de Sigüenza, de Toledo, de Viseo, de »Ebredum y de Palencia, los cuales ejercicios y »dotrina, algunos decian ser erróneos y supersti»ciosos, y apartados de la dotrina católica, no»sotros, por lo que á nuestro oficio debemos y »por lo que Su Santidad nos ha mandado, miran»do esto con diligencia, hicimos informacion para »más plenariamente conocer esta causa, y ver si »por ventura era así lo que dellos se decia. Por »lo cual examinados primero algunos que contra »ellos murmuraban; y vistos por otra parte los »públicos instrumentos y sentencias de España, »de París, de Venecia, de Vincencia, de Boloña,

»de Ferrara y de Sena, que en favor de los di»chos venerables señores Ignacio y sus compa»ñeros contra sus acusadores fueron mostrados; »y allende desto examinados en juicio algunos »testigos, en vida, dotrina y dignidad, *omni ex »parte majores*, finalmente, toda la murmuracion »y acusaciones, y rumores contra ellos esparci»dos, hallamos ser falsos. Por lo cual juzgamos »ser propio de nuestro oficio pronunciar y decla»rar, como pronunciamos y declaramos, el dicho »Ignacio y sus compañeros, por las dichas acusa»ciones y rumores, no sólo no haber incurrido »infamia alguna de hecho ó de derecho; mas án»tes haber desto sacado mayor aprobacion y »testimonio de su buena vida y sana dotrina; »viendo como hemos visto ser vanas y de toda »verdad ajenas las cosas que sus contrarios les »oponian, y al contrario ser hombres de mucha »virtud y muy buenos, los que por ellos testifica»ron. Y por esto hemos querido dar nuestra sen»tencia para que sea un público testimonio con»tra todos los adversarios de la verdad, y para »serenar los ánimos de todos aquellos que por »causa destos acusadores y detractores han con»cebido dellos alguna siniestra opinion ó sospe»cha; pidiendo y encargando y rogando á todos »los fieles en el Señor, que á los dichos venerables »señores Ignacio y sus compañeros los tengan y »estimen por tales, cuales nosotros los habemos »hallado y probado, y por católicos, sin ningun »género de sospecha, mientras que perseveraren »en el mismo tenor de vida y dotrina, como con »el ayuda de Dios esperamos que perseverarán. »Dada en Roma en nuestra casa á diez y ocho »dias de Noviembre de mil y quinientos y treinta »y ocho años.—B. Gobernador, el de arriba.—Ru»tilio Furio, secretario.»

Es bien que se sepa, cómo el fraile que dijimos que se llamaba Agustin, piamontés, el cual fué la primera causa y orígen desta persecucion, quitada la máscara de la disimulacion con que primero andaba encubierto, se hizo públicamente luterano; y el paradero de los acusadores fué éste: que callando los nuestros, y rogando á Dios por ellos, en fin se descubrió cuál era su vida y dotrina. La cual fué tan detestable y mala, que al uno le quemaron en Roma la estatua, escapándose del fuego con huir; y el otro tambien por hereje fué condenado á cárcel perpétua; y tornando á la carrera de la verdad, se convirtió poco ántes de su muerte; y llorando su vida pasada y sus errores, acabó en Roma, ayudándole á bien morir el Padre Diego de Avellaneda, de nuestra Compañía, el año de 1559.





CAPÍTULO XV.

CÓMO EL BIENAVENTURADO PADRE IGNACIO Y SUS COMPAÑEROS SE OCUPABAN EN ROMA Y FUERA DELLA EN SERVICIO DE LA IGLESIA.

Pasada la tempestad desta persecucion, se siguió luego gran bonanza, y las máquinas que habia armado Satanás para combatir la verdad, le vinieron á servir para su defensa, como suele acontecer á los que tienen buena causa, y estriban en el amparo divino. De donde vino que muchas personas grandes suplicaron al Papa les concediese algunos de nuestros Padres, unos para una parte, y otros para otra, y el Papa se los concedió desta manera.

Fué enviado el Maestro Pascasio á Sena, para reformar un monesterio de monjas, lo cual hizo despertando en muchas ánimas vivos deseos de servir á Dios con la entereza debida y mansedumbre de condicion que tenia. Porque este Padre era dotado de una columbina y prudente simplicidad. El maestro Claudio Jayo, fué enviado á Bresa; el cual ganó las voluntades de toda aquella ciudad, con la suavidad de su condicion y santidad de sus costumbres, y despertó las gentes á buscar de veras el camino del cielo. Partieron para Parma y Plasencia de Lombardía, en compañía de Enio Philonardo Verulano, Carde-

nal de san Angel, Legado apostólico, los Padres Maestros Pedro Fabro y Diego Lainez; los cuales cogieron maravillosos frutos de sus trabajos en aquellas ciudades, y ganaron para la Compañía un buen número de personas de diversas edades, mas todos bien aptos para el efeto de su vocacion. A Calabria fué el Maestro Nicolás de Bobadilla, donde empleó bien su trabajo, enseñando y cultivando aquellos pueblos, por su inorancia muy necesitados de dotrina. No estaban ociosos los Padres que quedaron en Roma, porque habiendo en aquella ciudad gran falta de mantenimientos, y siendo el año tan apretado, que muchos ó perecian de hambre, ó se hallaban casi consumidos y para morir, tendidos por las plazas, los Padres para remediar cuanto les fuese posible tan gran necesidad, ponian gran diligencia en buscar dineros: allegaban pan, y guisaban algunas ollas de yerbas, y buscando los pobres por las calles y plazas, los traian á casa, y despues de haberles lavado los piés, les daban de comer, y curaban los llagados, y enseñábanles la dotrina cristiana; y finalmente, no dejaban de hacer oficio ninguno ni obra de misericordia que pudiesen, así espiritual como corporal. Y algunas veces estaba la casa tan llena de los pobres que traian de las calles y plazas, que no cabian más, porque llegaban á trescientos y á cuatrocientos los que estaban en casa tendidos sobre el heno que para esto habian echado los Padres en el suelo.

Maravilló esta obra extrañamente con la novedad y provecho al pueblo romano, y fué motivo para que otros se empleasen en semejantes obras de caridad. Porque muchos hombres principales, y entre ellos algunos Cardenales, movidos con tal ejemplo, procuraron muy de veras que los

pobres no padeciesen tanta necesidad. Y fué creciendo tanto esta obra, que se sustentaban en Roma en diversos lugares tres mil pobres; los cuales murieran de hambre si no fueran socorridos. Tambien se allegaron en este tiempo á los nuestros algunas personas señaladas, así mancebos, como hombres de mayor edad, para seguir su instituto y manera de vivir.





CAPÍTULO XVI.

CÓMO LOS PADRES MAESTRO FRANCISCO JAVIER, Y MAESTRO SIMON PARTIERON DE ROMA PARA LA INDIA ORIENTAL.

CONTAMOS en el capítulo III deste segundo libro, cómo en París estaba un doctor teólogo, llamado Diego de Govea; el cual siendo rector y el principal del colegio de santa Bárbara, por un injusto enojo quiso azotar pública y afrentosamente á N. B. P. Ignacio, y despues volviendo sobre sí, y conociendo mejor su inocencia y la verdad, se trocó de manera, que convirtió el castigo que le tenia aparejado, en honrarle y reverenciarle. Era Govea portugués, y hombre pío y de autoridad, y que desde aquel dia de su desengaño quedó aficionadísimo y devotísimo de nuestro Padre Ignacio; porque entendió los deseos que Dios le habia dado, de emplearse en las cosas de su servicio y de la salvacion de sus prójimos, y con cuántas veras acudia á este llamamiento de Dios. Y sabia que él y sus compañeros estaban ocupados en Italia, con grande edificacion y provecho de las ánimas en todas las obras de caridad.

Encendido, pues, del mismo deseo, escribió Govea á N. B. Padre que en la India oriental habia Dios abierto una grande puerta para trabajar con fruto. Y que en aquellas remotísimas re-

giones, les darian las manos llenas á sus compañeros si quisiesen ir á ellas, siendo como son, tan desamparadas y tan apartadas de la luz y conocimiento de Dios Nuestro Señor; y que deseaba saber si se inclinaban á ello. A esto le respondió el Padre, que él y los otros Padres, sus compañeros, estaban totalmente puestos en las manos del sumo Pontífice, y aparejados para ir á cualquiera parte del mundo donde el Vicario de Cristo los enviase.

Recebida esta respuesta, avisó luego el doctor Govea al Rey de Portugal D. Juan el tercero su señor, y escribióle largamente las calidades de nuestro S. Padre Ignacio y de sus compañeros, y cuán á propósito eran para la conversion de la gentilidad. El Rey, que era religiosísimo y más deseoso de dilatar la gloria de Cristo Nuestro Señor y de ayudar á la salvacion de los indios, que no de ensanchar sus reinos ni extender el imperio de sus estados, manda luego á D. Pedro Mazcarenas, su Embajador en Roma, que trate deste negocio con el Padre Ignacio, y que procure alcanzar del Papa á lo ménos seis Padres, cuando más no pudiere, para sus Indias, y que se valga de todas las cosas que le pudieren ayudar para la buena conclusion del negocio, sin tener cuenta con gasto ni trabajo. Y con esto envíale el Rey las cartas del Padre para Govea, y de Govea para el Rey.

El Embajador D. Pedro Mazcarenas, se confesaba en esta sazon con el mismo Padre Ignacio, que se le habia dado á conocer D.ª Leonor Mazcarenas (de quien arriba se ha hecho mencion), con quien D. Pedro tenia muy estrecho deudo y amistad, y por esto y por hacer lo que su Rey le mandaba habló con Ignacio con las cartas del Rey en la mano, é hizo grande instancia para que se

cumpliese en todo la voluntad de su Rey. Respondióle el Padre lo mismo que habia escrito á Govea, que ni él ni sus compañeros eran libres para disponer de sí, que al Papa tocaba el mandar y á ellos el obedecer. Mas que si él hubiese de dar parecer en ello, el suyo sería que se enviasen un par de Padres á la India, porque enviar más que dos no podia dejar de ser muy dificultoso. Y como el Embajador apretase y procurase con instancia, que de los diez á lo ménos se le diesen los seis al Rey para la India, con rostro sereno y amoroso le tornó á responder el Padre Ignacio estas palabras: «Jesus, señor Embajador, si de diez van seis para la India, para el resto del mundo ¿qué quedará?» En conclusion el Papa, habiendo oido lo que se le suplicaba, manda que vayan dos de los Padres, los que al Padre le pareciesen; el cual nombró para esta mision á los Padres Simon Rodriguez y Nicolás de Bobadilla.

El Maestro Simon estaba entonces cuartanario, y con todo esto se embarcó luego para Portugal, y escribióse á Bobadilla que viniese de Calabria á Roma. Vino, mas tan debilitado de la pobreza y trabajos del camino, y tan enfermo y maltratado de una pierna cuando llegó á Roma, que estando al mismo tiempo el Embajador D. Pedro Mazcarenas á punto para volverse á Portugal, fué necesario (por no poder aguardar á que sanase Bobadilla, ni quererse partir sin el otro Padre que habia de ir á la India), que en lugar del Maestro Bobadilla, con felicísima suerte fuese sostituido el Padre Maestro Francisco Javier, de la manera que aquí diré. Estaba enfermo el B. Padre Ignacio, y llamando á Francisco Javier le dijo: «Bien sabeis, hermano Maestro Francisco, que dos de nosotros han de pasar á la India por

órden de Su Santidad; y que Bobadilla que para esta empresa estaba señalado, no puede partir por su enfermedad, ni tampoco el Embajador, por la priesa que á él le dan, le puede esperar. Dios se quiere servir en esto de vos, esta es vuestra empresa, á vos toca esta mision.» Como esto oyó Javier con grande alegría, dice: «Héme aquí, Padre, aparejado estoy.» Y así se partió con el Embajador luego otro dia, sin tomar más tiempo de pocas horas, que para despedirse de los amigos y abrazar á sus hermanos, y aderezar su pobre ropa fueron menester.

Partióse con tan buen ánimo, y con tan alegre rostro, que ya desde entonces se veia uno como pronóstico de que la divina Providencia (que sapientísima y suavísimamente dispone todas las cosas) llamaba á este su siervo para tan gloriosos trabajos, como fueron los que en esta mision padeció. Y para que mejor se entienda la virtud de la obediencia, y el fuego de la caridad de que estaba su ánima abrasada, se ha de considerar, que en aquel tiempo no siendo aún fundada la Compañía, aunque al Padre Ignacio le tenian todos sus compañeros por Padre (pues á todos los habia engendrado en Cristo), mas no era Superior, ni Prepósito general á quien hubiesen dado la obediencia, para que pudiese mandar con autoridad y en nombre de Cristo una cosa tan árdua como esta. Quiero tambien decir una cosa que oí algunas veces contar al Padre Maestro Lainez, y es, que mucho ántes desto, peregrinando por Italia en compañía Lainez y Javier, acaecia muchas veces, que Javier despertando de noche, como despavorido del sueño, despertaba tambien á Lainez, y le decia: «¡Oh qué cansado estoy! válame Dios; ¿sabeis, hermano Maestro Lainez, qué se me antojaba durmiendo? Soñaba que traia á

cuestas un indio ó negro de Etiopia buen rato; mas era tan pesado, que con su peso no me dejaba alzar la cabeza; y así ahora despierto como estoy, me siento tan cansado y molido, como si hubiese luchado con él.» Porque aunque es verdad, que comunmente hay mucha vanidad en hacer caso y dar crédito á sueños, pero algunas veces suele Nuestro Señor particularmente á sus siervos, revelar en ellos, ó sinificar su voluntad, como se ve en las sagradas Letras.

Y harto semejante es á esto, lo que oí al Padre Maestro Jerónimo Domenech, el cual ántes que entrase en la Compañía, tuvo grande amistad con el Padre Francisco Javier en Boloña. Decia este Padre, que desde entonces Javier hablaba mucho y con mucho gusto de las cosas de la India, y de la conversion de aquella gran gentilidad á nuestra santa fe, como que le daba el alma que habia él de hacer esta jornada, y que tenia encendido deseo de emplear en ella su vida, como lo hizo, y adelante con el favor del Señor se dirá.





CAPÍTULO XVII.

CÓMO EL PAPA PAULO III CONFIRMÓ LA COMPAÑÍA.

PORQUE nuestro B. Padre Ignacio tenia entendido que todos los trabajos que él y sus compañeros tomaban para la salud de las almas, entonces serían más agradables á Dios Nuestro Señor, y más provechosos á los hombres, cuando el sumo Pontífice Vicario de Jesucristo, con su autoridad apostólica los aprobase confirmando la Compañía y haciéndola Religion; dió parte deste su deseo y santo propósito al Papa Paulo III que entonces era cabeza de la Iglesia, por medio del Cardenal Gaspar Contareno, diciéndole, que él y los otros Padres sus compañeros se habian ofrecico á la obediencia de Su Santidad y de sus sucesores, por voto especial que para esto habian hecho; y habian dedicado todos sus trabajos y sus vidas para beneficio de sus prójimos; y que deseaban que estos buenos propósitos, que de emplearse en cultivar su viña el Señor les habia dado, no se acabasen con sus dias, sino que pasasen dellos en otros que les sucediesen, siendo el mismo Señor servido de despertar algunos que en esto les quisiesen imitar. Que esto se hiciese fundándose una Religion, que fuese de clérigos regulares; y que el instituto della fuese estar siempre prestos y aparejados para ser mandados de la Sede apostólica, y conformarse en su modo

de vivir con la regla que mucho ántes tenian pensada y establecida, y le presentaban, si pareciese bien á Su Santidad.

Oyó esto alegremente el Sumo Pontífice, estando en Tívoli, á tres de Setiembre de 1539 años: y leyó los capítulos, y túvolos por buenos. Mas despues suplicándole que diese por escrito la confirmacion deste instituto, el Papa lo cometió á tres Cardenales: los cuales contradecian reciamente y procuraban que no tuviese efecto esta confirmacion. Principalmente el Cardenal Bartolomé Guidicion, hombre pio y muy docto, era deste parecer; porque no estaba bien con tanta muchedumbre de Religiones como hay en la Iglesia de Dios, moviéndole por ventura á ésto lo que está estatuido en el Concilio lateranense debajo de Inocencio III, y en el lugdunense en tiempo de Gregorio X acerca de la multiplicacion de las religiones, ó como otros decian, por ver en algunas ménos observancia de su regla y más flojedad y tibieza de la que sería menester, por haber caido del primer fervor y espíritu con que comenzaron; y por esto decia este Cardenal, que más necesidad tenia la Iglesia de Dios de reformar las Religiones ya fundadas, y restituirlas á su primer estado, que de fundar otras de nuevo; y áun, segun se decia, habia él mismo escrito un libro para probar esto desta materia; por lo cual resistió fuertemente á los nuestros y contradijo más que otro ninguno á la confirmacion de la Compañia; y allegáronsele otros Cardenales que eran del mismo parecer.

Todo esto era para que cuanto más contradicion tuviese este negocio, y más de espacio y con más madureza se examinase y aprobase la Compañía, tanto más claramente se manifestase la voluntad de Dios, que la confirmaba por su Vicario. Porque al fin las contínuas lágrimas y oraciones

de nuestro bienaventurado Padre Ignacio vencieron todas las dificultades y contradiciones. Y para mejor alcanzar esta vitoria de mano del Señor, le ofreció de hacer decir algunos millares de misas por el felice suceso de tan árduo negocio. El cual acabado y confirmada ya la Compañía, en algunos años se dijeron todas, repartiéndose por los Padres della, que estaban ya en tan diversas partes del mundo derramados. Por lo cual fué el corazon, así de los otros Cardenales, como principalmente del Cardenal Guidicion, tan trocado y tan otro, que de contrario que era y adverso, vino como súbitamente á ser favorecedor y protector desta obra. Y el que poco ántes reprehendia la institucion de nuevas Religiones, entendido el fin de la Compañía, nunca acababa de alabar su instituto: estaba tan mudado y tan de otro parecer que se le oian decir estas palabras: «A mí no me parecen bien Religiones nuevas, mas esta no oso dejar de aprobarla; porque interiormente me siento tan aficionado á ella, y en mi corazon veo unos movimientos tan extraordinarios y divinos, que á donde no me inclina la razon humana veo que me llama la voluntad divina; y aunque no quiero, me veo abrazar con el afecto lo que ántes por la fuerza de los argumentos y razones humanas aborrecia.»

Así que el mismo Cardenal Guidicion alabó despues al Papa el instituto de la Compañía con grande eficacia, y el Papa le leyó y quedó tan admirado, que con espíritu de Pontífice sumo, dijo en leyéndole: *Digitus Dei est hic*, que quiere decir, este es el dedo de Dios. Y afirmó que de tan pequeños y flacos principios, no esperaba él pequeño fruto ni poco provecho para la Iglesia de Dios.

Desta manera quedó confirmada la Compañía

el año de 1540, á los 27 de Setiembre: mas fué por entonces con cierta limitacion y tasa, porque no se dió facultad que pudiese crecer el número de los profesos más de hasta sesenta. Lo cual ordenó así Dios Nuestro Señor, para que con maravillosa consonancia se fuesen respondiendo los principios á los medios, y los medios á los fines. Porque esta Compañía fué ántes que naciese probada y tentada en España en su fundador Ignacio; y recien nacida, fué en Francia y en Italia combatida ántes que el Sumo Pontífice la aprobase. Y ahora habiendo ya salido á luz, el mismo Papa con grandísima prudencia la quiso probar é irse poco á poco y con tiento en su confirmacion; por lo cual puso tasa en el recebir á la profesion, y duró esta manera de probacion hasta el año de 1543. En el cual el mismo Papa viendo los efectos de la divina gracia, que confirmaba la dotrina de los Padres con su omnipotente virtud, quitó aquella limitacion del número, y abrió la puerta para todos cuantos quisiesen recebir, y desde allí fué creciendo y se hizo valiente y robusta. Y fué de Julio III el año de 1550 otra vez confirmada, y de todos los otros Pontífices que despues le han sucedido, ha sido establecida y acrecentada de muchas y grandes gracias y privilegios, como en su propio lugar se dirá.





CAPÍTULO XVIII.

LO QUE PRETENDIÓ DIOS NUESTRO SEÑOR EN LA INSTITUCION Y CONFIRMACION DE LA COMPAÑÍA.

Pues habemos llegado á este punto, y visto la institucion y confirmacion de la Compañía, creo que será acertado que escudriñemos algo del acuerdo é intento que Dios Nuestro Señor tuvo en esta fundacion y confirmacion, y el consejo y particular providencia con que envió al Padre Ignacio al mundo; para que como ministro fiel sirviese á su Iglesia, y le diese hijos y soldados que la defendiesen y amparasen.

Para entender esto mejor, será razon que consideremos el estado en que ella estaba al tiempo que el Padre nació y vivió; porque dél sacarémos la necesidad que habia deste socorro divino, y rastrearémos algo de los propósitos é intentos del Señor. El cual como cuidadoso padre de familias, á todos tiempos y á todas horas llama y envia obreros que labren y cultiven su viña; pero más cuando hay mayor necesidad. Y como Rey de todos los reyes, poderosísimo y sapientísimo, tiene cuenta de fortalecer á su reino, que es la santa Iglesia católica, con plazas inexpugnables y fuerzas, baluartes y reparos, que son las sagradas Religiones; y de poner en ellas capitanes y soldados valerosos en presidio, para defensa y seguridad de todo el reino; y de baste-

cerlas y proveerlas de las armas, municiones, vituallas y pertrechos que son menester, para que los enemigos, que son las maldades, herejías y errores, no corran el campo sin resistencia, y hagan guerra sin temor á la verdad y á la virtud. No hace este gran Rey y Señor cosa acaso; porque si no cae una hoja del árbol sin su sabiduría y consejo; si tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, y su infinita providencia alcanza de fin á fin con fortaleza, y dispone y encamina todas las cosas suavemente, bien se deja entender que en las cosas mayores y de más importancia, como son las fundaciones de las Religiones, de razon ha de resplandecer más esta soberana é incomprehensible providencia. Pues para que mejor podamos nosotros barruntar algo della, hase de considerar el fin para qué envió Dios al mundo la Compañía, que es muy conforme al estado y necesidad en que él estaba cuando Dios por su Vicario la confirmó.

La bula apostólica de la confirmacion de la Compañía dice, que es instituida principalmente para defensa y dilatacion de nuestra santa fé católica. La fé se defiende entre los herejes; y se dilata y extiende entre los gentiles. Pues veamos ahora qué necesidad habia de que fuese defendida la fe, y amparada de los herejes en este tiempo, y qué aparejo y disposicion tenian los gentiles para recebirla de manera que en sus reinos y provincias se propagase y acrecentase, que destas dos cabezas y consideraciones sacarémos algo del consejo del Señor. Hallarémos, pues, que en este tiempo la santa Iglesia padecia gravísimas é irreparables calamidades, y que por una parte se iba menoscabando con las crueles y contínuas persecuciones de infieles y herejes; y por otra, que le descubria el Señor del cielo y de la tierra otro

nuevo mundo en que se extendiese y dilatase su fe y se reparasen con aventajadas ganancias las pérdidas y quiebras que en este otro antiguo mundo padecia.

Porque primeramente, dejado aparte lo que el imperio otomano desde que comenzó, qué fué cerca del año del Señor de 1300, hasta el de 1491, en que Ignacio nació, habia crecido, y los reinos, provincias y señoríos que habia sojuzgado, que son muchos y muy grandes, desarraigando ó disminuyendo en ellos la fe de Jesucristo Nuestro Redentor, y plantando y arraigando la monstruosa secta de su falso profeta Mahoma, despues que nuestro Padre Ignacio comenzó á gozar de la luz deste mundo, se ha escurecido la de nuestra religion en gran parte de Hungría, con muerte y pérdida de su Rey Ludovico, y de la Transilvania y de la Dalmacia y Esclavonia. Habemos perdido la isla de Rodas, que era defensa de la cristiandad, y la de Chio, y el reino de Chipre, y las fuerzas de Coron y Modon, Nápoles de Romanía, Malvasia, Lepanto, la Goleta, Trípoli de Berbería, y Bugía, y otras, que se habian ganado á costa de nuestra sangre, para que Cristo Nuestro Señor fuese en ellas conocido y reverenciado.

Pues ¿qué diré de las herejías, que por nuestros pecados se han levantado en nuestros tiempos; las cuales como fuego infernal y pestilencia pegajosa han abrasado é inficionado tantos reinos y provincias, que no se pueden contar sin lágrimas de corazon?

El año de 1483 nació Martin Lutero en Sajonia, provincia de Alemania, para ruina y destruicion de los nacidos; y el de 1517 comenzó á predicar contra las indulgencias concedidas á los fieles por el romano Pontífice; y el de 1521 se quitó la máscara, y descubiertamente publicó la

guerra contra la Iglesia católica. Y este mismo año Dios Nuestro Señor quebró la pierna al Padre Ignacio en el castillo de Pamplona para sanarle, y de soldado desgarrado y vano hacerle su capitan y caudillo, y defensor de su Iglesia contra Lutero. Esto es propio, como he dicho, de la providencia y consejo del Señor, socorrer y ayudar á la mayor necesidad, y oponer á Simon Mago un san Pedro, Príncipe de los Apóstoles, á Arrio un Atanasio, á Nestorio un Cirilo, á Joviniano, Vigilancio y Elvidio, un Jerónimo, á Manes y Pelagio, un Augustino, y á otros herejes enemigos, otros valerosos capitanes y defensores.

Los escritores de la historia eclesiástica, con mucha razon advirtieron, que el mismo dia que en Inglaterra nació Pelagio para pervertir y escurecer con sus errores el mundo, ese mismo dia nació en África aquel gran sol de la Iglesia católica, Agustino, para deshacer con sus rayos y resplandor las tinieblas del malvado y perverso hereje. Cuando los albigenses y otros herejes, más desapoderadamente turbaban la paz de la Iglesia de Dios, y las espinas de los vicios y maldades estaban más crecidas, y ahogaban la buena semilla que habia sembrado el Sembrador celestial, envió al mundo aquellos dos serafines y lumbreras del cielo, santo Domingo y san Francisco, para que por sí y por sus hijos y discípulos resistiesen á los herejes, desarraigasen los errores, corrigiesen los pecados, reformasen las costumbres, alumbrasen y santificasen el universo con su admirable ejemplo y dotrina; como lo hicieron los santos Padres, y hasta ahora lo hacen sus hijos.

Las Religiones de caballería y militares envió Dios Nuestro Señor á su Iglesia, al tiempo que por estar ella oprimida de sus enemigos, era me-

nester defenderla con las armas en las manos; y lo mismo habemos de entender de las demas Religiones sagradas, y particularmente de la Compañía de que al presente tratamos. Porque habiendo el miserable y desventurado Martin Lutero (siendo fraile) dejado los hábitos de su Religion, y con ellos la vergüenza y temor de Dios, y casádose incestuosa y sacrílegamente con una monja, y hecho dello pública fiesta y regocijo, comenzó á alzar bandera, tocar cajas y hacer gente contra la Iglesia católica. Acudieron luego á él los hombres profanos, desalmados y perdidos, amigos de sí mismos, soberbios, altivos y deseosos de novedades; y entre ellos un buen número de poetas livianos, de oradores maldicientes, de gramáticos presuntuosos y temerarios; los cuales dieron en escribir canciones, versos, rimas y comedias, alabando lo que decia y hacia su maestro y capitan Lutero, y burlándose de las tradiciones apostólicas y ritos, ceremonias y personas eclesiásticas. Tras estos se siguió una manada de clérigos y apóstatas; los cuales no pudiendo, por la flaqueza de sus ojos, sufrir la claridad de las santas Religiones en que vivian, por revolcarse más libremente en el cieno de sus torpezas y vicios, se salieron dellas; y para dar muestra de lo que eran y pretendian, se casaron públicamente con mujercillas engañadas, y muchos dellos con vírgenes y monjas consagradas á Dios; y esto con tan espantosa y abominable desvergüenza y diabólico sacrilegio, que en las bodas de algunos dellos compusieron y cantaron una misa (si tal nombre merece tan infernal desatino) llena de increibles abominaciones y horribles blasfemias; en la cual le alababan y llamaban santo y alumbrado de Dios porque se casaba, y exhortaba á hacer lo mismo á los demas sacerdotes, por mo-

fa y risa de los sacrosantos misterios de la misa. Que esto es propio de los herejes, ser muy detestables en sus maldades, y más en el modo y circunstancias con que las cometen.

Estos, pues, comenzaron á pregonar libertad á los hombres, para hacerlos esclavos del pecado, y á predicar á Cristo crucificado en la voz, y en hecho de verdad al Antecristo: de manera que los fieles aborreciesen todo lo que es cruz y penitencia y verdadera imitacion de Jesucristo. Y como el mundo estaba tan dispuesto y tan aparejado para recebir esta dotrina, por las maldades que reinaban en él, mucha gente baldía é inorante, torpe y ciega con sus pasiones y vicios, se dejó engañar, y la abrazó y siguió, y enseñó á los demas.

Entre esta gente hubo muchos oficiales y hombres viles y desorejados y castigados por ladrones, facinerosos é infames por justicia, en fin, la escoria y horrura de toda la república; los cuales se hicieron predicadores deste nuevo Evangelio, que siendo tal, no podia tener otros predicadores, sino tales como ellos. Y áun en algunas partes hubo mujercillas livianas, atrevidas y parleras, que olvidadas de la vergüenza y modestia que es tan propia y connatural á las mujeres, y de lo que manda el Apóstol san Pablo que la mujer calle en la Iglesia y aprenda en su casa con silencio, se subieron en los púlpitos de las Iglesias, y predicaron, y áun quisieron disputar con los doctores teólogos, y defender conclusiones de sus locuras y devaneos.

Fué cundiendo esta pestilencia más, y tomando nuevas fuerzas este incendio de Babilonia con los vientos y favores de príncipes poderosos que le acrecentaron; los cuales, ó por su ambicion y estado, ó por codicia de los intereses grandes que

esperaban de los bienes eclesiásticos con la mudanza de religion, ó por enemistades y otras particulares pasiones, favorecieron y dieron calor á las insolencias y desatinos destos predicadores, sirviéndose de su falsa religion por capa y escudo de sus desordenados apetitos y pretensiones: y el Señor que queria castigar nuestros innumerables y enormes pecados, con dejarnos caer en otros mayores, y en uno de los mayores de todos, que es el de la herejía, permitió que hubiese guerras y disensiones entre los príncipes cristianos, que son las que fomentan y atizan las herejías; y que los pastores durmiesen, y los perros no ladrasen y los lobos hiciesen la riza y estrago que vemos en el ganado de Jesucristo, y que se siguiesen los gravísimos é irreparables daños que se han seguido en la república cristiana; porque no podian seguirse de la predicacion y nueva dotrina de tales predicadores y maestros, otros frutos y efectos, sino los que se han seguido. Algunos de los cuales contaré yo aquí; porque contarlos todos sería imposible, siendo como son infinitos.

Lo primero, han resucitado de allá del infierno donde estaban sepultadas, casi todas las herejías y errores que desde el principio del santo Evangelio hasta ahora ha habido en la Iglesia de Dios. Apénas en todos los siglos pasados ha habido desatino tan loco, ni blasfemia tan horrible, ni dotrina tan impía y diabólica que no haya revivido en nuestros dias por medio de Lutero y sus secuaces. Contra la santísima Trinidad; contra la divinidad de Jesucristo; contra la persona del Espíritu Santo; contra la gloriosísima y serenísima Reina del cielo Nuestra Señora; contra los ángeles y santos, y ánimas del purgatorio, hasta en el mismo infierno han hallado que mentir y que blasfemar. No hay sacramento en la Iglesia

católica que no calumnien y perviertan, ni ceremonia eclesiástica de que no hagan escarnio, ni tradicion apostólica de que no burlen, ni escritura sagrada que, ó no nieguen, ó no destruyan con sus traslaciones, postilas y falsas interpretaciones. Pues ¿qué diré de los sacrosantos concilios celebrados con asistencia y direccion del Espíritu Santo, y de los decretos de los sumos Pontífices, quemados en una hoguera por Lutero? ¿Qué de los libros y tratados de los sagrados Doctores, que con su dotrina y santísima vida han alumbrado y convertido al mundo? Los cuales escurecen y corrompen estos mónstruos infernales por ser contrarios á su dotrina.

No quiero decir lo que dicen y hacen contra la potestad del Papa, sucesor de san Pedro, y Vicario de Jesucristo en la tierra, porque todos los herejes le han siempre aborrecido, como los ladrones á la justicia que los persigue y castiga. En fin, no hay cosa tan santa que no la profanen, ni tan firme que no la enflaquezcan, ni tan recebida en toda la Iglesia católica con universal consentimiento de todos los siglos, Padres y naciones, en que no pongan dolencia, duda y sospecha. Y como la verdad es una, y las mentiras son muchas, varias y contrarias unas de otras, han salido tantas cabezas desta nueva hidria de Lutero, y tantas sectas, que no se pueden contar. Pues de sola una dellas, que es de los anabatistas, se cuentan doce, y tan contrarias entre sí, que en los pueblos donde ellas reinan, apénas hay casa en la cual lo que cree el marido, crea la mujer; y lo que sigue el padre y señor, sigan los criados y hijos; y esto con tanta inconstancia, que lo que creen hoy, descreen mañana; y no hay Euripo, ni Pharo de Mecina, ni veleta de tejado más mudable.

Y tienen los herejes de diversas sectas un odio

tan extraño unos con otros, y hácense tan cruel guerra, que no se pueden concertar entre sí, sino como las zorras de Sanson, juntando las colas para quemar y arruinar los panes y sustento de la Iglesia católica. No se han contentado con enseñar sus diabólicos errores y desvaríos, y con la ponzoña de su dotrina inficionar y matar las ánimas, sino que tambien con su crueldad y violencia han quitado la vida corporal á muchos, á quien no podian quitar la eterna. A perlados santos, á frailes perfetísimos, á sacerdotes sagrados, á monjas religiosísimas, á doncellas honestas y delicadas, á niños inocentes, á viejos por su edad y canas venerables, han perseguido, despedazado y muerto con extraña crueza, y con tan espantosos y nuevos géneros de tormentos, que los que usaron Diocleciano y Maximiano, y otros sangrientos y fieros tiranos, para coronar nuestros santísimos y constantísimos mártires, apénas llegan á ellos. Lea quien quisiere las historias de nuestros tiempos, y hallarálas en lo que toca á lo que vamos tratando, llenas de lastimeros sucesos, y de crueldades increibles.

A muchas doncellas castísimas, despues de haberlas afrentado, por no querer dejar la fe católica, han apretado los pechos entre las arcas ó tórculos, para que con desapiadados dolores acabasen la vida. Gran número de sacerdotes y religiosos han sido muertos con violencia; unos enterrados vivos, otros despeñados, otros desollados, otros cocidos ó asados vivos, otros traspasadas las cabezas con agudísimos clavos, otros pegando fuego á la pólvora que les habian echado en la boca abrasados y desmenuzados. ¿Quién creerá que á algunos católicos vivos les sacaron las entrañas, y los hicieron pesebres de sus caballos bravos, hinchendo el vientre de cebada, para que

los comiesen y despedazasen? ¿Quién que hayan abierto á mujeres preñadas, y sacádoles las criaturas vivas, y dado con ellas en las duras piedras, ó en el fuego, ó espetándolas, y asándolas, con fuego manso, poco á poco? ¿Quién que hayan cortado las narices y orejas de los clérigos y ministros de Dios, y enclavádolas en las cabezadas de sus caballos, y traídolas por burla y oprobio de la órden sacerdotal, con grande braveza y denuesto? ¿Quién que hayan cortado sus miembros, y cocídolos, y hechóselos comer por fuerza á los religiosos viejos y venerables á quien los habian cortado?

Pues estas y otras cosas como estas han hecho los calvinistas en Francia en nuestros dias. Si parara en sola la afrenta é injuria de los hombres esta furia infernal destos diabólicos predicadores, no fuera tan horrible y espantosa como es; pero han puesto sus manos sacrílegas en los templos de Dios, en los cálices, en las vestiduras y vasos sagrados, en la pila del bautismo, en el óleo de la uncion, en las reliquias de los santos, en el mismo Dios, con increible desacato, escarnio y vilipendio. No se puede fácilmente creer las iglesias que han derribado y quemado, los monesterios que han asolado y saqueado, el vituperio y oprobio con que han ultrajado y hollado todos los ornamentos é instrumentos sagrados de la Iglesia, ni la impiedad y rabia con que han quemado y hecho polvos los cuerpos de los gloriosos san Ireneo, san Hilario, san Martin obispo, santo Tomás cantuariense, san Buenaventura, san Aniano Obispo de Orliens, y derramado y disipado sus santas reliquias.

Han despedazado las imágenes y cruces y Crucifijos, y hecho fuego dellos; y lo que excede infinitamente todo encarecimiento, y el mismo Sa-

tanás temblara en imaginarlo, y sólo oirlo hace estremecer las carnes, y es que han tomado muchas veces la hostia consagrada, en la cual estaba verdadera y realmente el cuerpo de nuestro Salvador Jesucristo (¡oh bondad inmensa! ¡oh clemencia y paciencia de Dios infinita!), y la han tratado con tan grande desacato que no se puede escribir. Aquí se agota el entendimiento y enmudece la lengua, y desfallece y se acaba el sentido de cualquiera persona que tiene una pequeña centella de fe. Y este sufrimiento y paciencia de Dios, no es falta de poder, sino sobra de bondad; no es tener las manos atadas para el castigo, sino abiertas y extendidas para el perdon; es querer probar nuestra fe, y dar mayores muestras de su invencible clemencia; es querer aguardar que sus enemigos se reconozcan y hagan penitencia; y sino la hicieren, agravarles las penas, y recompensar con la graveza y terribilidad la tardanza y dilacion del castigo. Porque este Señor que así vemos maltratado de los herejes y perseguido, es el mismo que hirió y mató á Oza, por haber tocado con desacato el Arca del Testamento, que no era más que figura deste divino Sacramento; y el que por haberla mirado con curiosidad mató cincuenta mil betsamitas; y el que con manifiestos y esclarecidos milagros en todos los siglos pasados y en nuestros dias, ha confirmado en diversas tierras y provincias, la verdad de su real presencia en el Sacramento del altar, y ejecutado justos y gravísimos castigos contra los judíos y malos cristianos, que le han injuriado, ó tratado con ménos acatamiento y reverencia. Y lo que ha hecho contra ellos, podria hacer contra los herejes; pero disimula y sufre por las razones que he dicho, y por otras que sabe su oculta é infinita sabiduría.

Aunque tras lo que habemos referido, todo lo demas es cifra, todavía ¿qué diré de los robos, latrocinios, desafueros, insultos, incendios, rapiñas, violencias y tiranías que han hecho estos ministros de Satanás, á innumerables personas particulares? ¿Qué de las rebeliones, alborotos, levantamientos, comunidades y guerras que han sucedido en todos los reinos y provincias donde se ha emprendido y hallado cebo este fuego infernal? En Alemania se levantaron siendo trompeta y despertador Lutero, los rústicos y labradores contra sus legítimos señores y príncipes, y mataron dellos cien mil rústicos, y derribaron y arruinaron más de doscientos castillos, fuerzas y monesterios en sola la provincia de Franconia. Los cantones católicos de los suizos, por defensa de la santa fe católica, pelearon con los otros cantones herejes, y con ser ménos en número, los vencieron tres veces en batalla, y quemaron á Zuinglio su caudillo y maestro, el año de 1531. La mayor parte del imperio se rebeló contra su verdadero Señor y Emperador D. Cárlos Quinto, de gloriosa memoria, y juntó poderosísimo ejército para aniquilarle y echarle si pudiera de Alemania; porque como Príncipe católico no consentia las maldades y embustes que cometian contra nuestra santa religion; la cual prevaleció y sujetó y cautivó á los rebeldes, y triunfó de la herejía y falsedad con grandísima gloria del Señor.

En el florentísimo Reino de Francia, demas de la sangre que se ha derramado en tantas batallas, siendo vencedora la parte de los católicos, muchas veces han conjurado los herejes contra los Reyes Cristianísimos Francisco II y Cárlos IX, y urdido tales traiciones, y tejido tales telas y engaños, que sin duda no se pudieran destejer, ni ellos escapar con la vida, si Nuestro Señor con

ojos de piedad no hubiera mirado por aquel poderoso, nobilísimo y cristianísimo Reino, é inclinádose á las lágrimas, sospiros y plegarias de tantas ánimas santas que en él hay. Y pasó tan adelante la desvergüenza y rebelion, que los hugonotes coronaron por Rey á Ludovico Borbon, príncipe de Condé, su caudillo, el cual batió moneda de oro con esta letra: *Ludovicus XIII Dei gratia Francorum Rex primus christianus*, que es título arrogantísimo é injuriosísimo á toda la corona de los cristianísimos Reyes de Francia, pues da á entender que todos ellos han sido infieles, y que él es el primero Rey cristiano de Francia.

Y no se han contentado con revolver aquel Reino, y ponerle en tan extremada confusion y miseria con los bandos y levantamientos que he dicho, pero han enviado embajadores al Turco, prometiéndole sus fuerzas, y convidándole á mover guerra en Francia, España y Alemania, con las esperanzas de las alteraciones y alborotos que pensaban causar, y con las ayudas que le ofrecian; pero ellos son tales, que áun el Turco no los ha querido oir, como á gente vil, desasosegada y turbadora de la paz y quietud de los Reinos, y rebelde á su Dios y á su Rey.

Tambien han conjurado y hecho guerra á la muy católica y santa Reina de Inglaterra D.ª María, solo por serlo; y contra el Duque de Saboya, por querer desarraigar (como desarraigó) los herejes del valle de Engroña, que está en sus Estados; y contra otros príncipes y potentados grandes, y particularmente en Escocia han hecho lo mismo, y querido matar á su verdadero Rey, y preso, encarcelado y maltratado á la Reina su madre por ser católica, y obligádola á entregarse á la Reina de Inglaterra, Isabel, su enemiga, la cual con ser

mujer, se hace cabeza de toda la Iglesia de Inglaterra; y con las malas mañas, artificios y engaños que usa con los otros príncipes, y con los socorros secretos que contínuamente envia á sus enemigos, entretiene y fomenta la guerra y rebelion de sus vasallos contra ellos; y con los tormentos extraños, vejaciones inauditas, muertes cruelísimas con que aflige los católicos de su reino, le tiene puesto en tan grande aprieto, miseria y confusion. Las calamidades tan contínuas y lastimosas de los Estados tan dichosos que solian ser de Flandes, no hay quien no las sepa; pues áun las otras provincias y reinos, aunque están apartados las sienten, y se desangran, deshacen y consumen por sustentar en ellos la guerra, y la obediencia de su Rey, y nuestra santa religion. ¡Qué de sangre se ha derramado en tantas batallas, reencuentros y guerras estos años, por causa de la religion católica, despues que Lutero la puso en esta division, confusion y conflicto! ¡Qué de robos, incendios, sacos, asolamientos y destruiciones de templos, monesterios y ciudades! En solos once años de guerra, hay autor grave que escribe haber muerto en Francia y en los Estados de Flandes quinientas mil personas, y otro en solo un año, que fué el de 1567, haber asolado y quemado los hugonotes en Francia más de seiscientos monesterios, y muerto con terribles tormentos cinco mil sacerdotes y ministros de Dios.

No quiero hablar de las otras provincias que están perdidas y asoladas con esta plaga y langosta roedora, é infernal, que ha consumido y atalado la hermosura de los campos, y la fruta de los árboles, y la devocion y fe que habia en los Reinos de Hungría, de Bohemia, de Polonia, de Dania, Suecia, Noruega, Transilvania, Hibernia, y otras regiones y tierras setentrionales, porque

sería nunca acabar. Sólo quiero añadir aquí (para que lo que en general habemos dicho mejor se entienda) una cosa particular: en la ciudad de Monasterio, cabeza y Metrópoli de la provincia de Wesfalia, despues que los herejes echaron de la ciudad á los clérigos y religiosos y caballeros, y toda la gente honrada y cuerda que los contradecia, y saqueádoles sus casas y robádoles sus haciendas, coronaron á un sastre por rey, con todo el aparato y ceremonias que se suelen usar en las coronaciones de los verdaderos reyes. Este se llamó *Rex justitiæ super terram*, Rey de la justicia sobre la tierra: el cual se casó con muchas mujeres, y tomó por mujer principal y por reina la que más era á su gusto. Comenzaron él y ella á usar el oficio sacerdotal: envió el nuevo rey veinte y ocho hombres desventurados y frenéticos, por predicadores y apóstoles (que así los llamaban) de toda aquella tierra. Y por abreviar, el fin fué que este donoso rey hizo degollar públicamente en la plaza á la reina su mujer porque tenia lástima de las extremas calamidades que padecia aquella miserable ciudad en un apretado cerco que por esta causa vino sobre ella; y siendo tomada la ciudad el mismo rey loco y desatinado, y otros muchos de su bando y desvarío, fueron atenazados y muertos con exquisitos tormentos dando contra ellos esta justísima sentencia el que es justo Juez, y verdadero y supremo Rey de la justicia en el cielo y en la tierra.

Demas desto han estragado y corrompido la naturaleza y las loables costumbres de sus provincias estos mónstruos infernales con esta dotrina; de manera que los que ántes eran templados y frios, ahora se abrasan en vivas llamas de torpezas y deshonestidades: los que eran fieles y leales, ahora hurtan y roban y son desleales: los

que eran valientes y animosos, y hacian rostro á los turcos, y peleaban y rendian valerosamente al enemigo, ahora le vuelven las espaldas, y huyen: donde ántes florecian las letras y dotrina, ahora hay suma inorancia; porque siempre á la verdadera religion acompañan sus dos hermanas, que son la potencia y verdadera sabiduría, y faltando ella, necesariamente ellas han de faltar.

Estos, pues, son algunos de los innumerables frutos deste nuevo Evangelio, y no es maravilla que sean tales cual es el árbol donde ellos nacen, y que el agua tenga el sabor de la fuente de donde ella mana. El espíritu de todos los herejes es espíritu de libertad, de blasfemia, de maledicencia, de tiranía, de crueldad y de soberbia; porque es espíritu de Satanás que en ellos se reviste; y el de Lutero y sus discípulos es más abominable y más perverso que ninguno de todos los herejes pasados. Y para que sepamos claramente sin que se pueda poner duda, quién era el que le movia y guiaba en lo que pensaba, decia y hacia contra la Iglesia católica, él mismo confiesa y escribe, que conocia al demonio, y que habia comido algunos celemines de sal con él, y que muchas veces le aparecia y argüia y disputaba con él, y le proponia razones sofísticas y argumentos falsos y aparentes, contra las verdades macizas y antiguas de nuestra santa religion, y especialmente contra el sacrosanto sacrificio de la misa, y contra la reverencia y acatamiento que se debe á tan soberano y divino misterio: desta dotrina y maestro han brotado como de su raíz y fuente los desacatos tan diabólicos que contra él han usado sus discípulos. Aunque para decir la verdad, ellos han sido tales, que con ser su maestro Lutero tan horrible mónstruo como parece por sus obras, no tiene que ver con los calvinistas y hugonotes, sus

discípulos en la impiedad, violencia, crueldad y tiranía. Los cuales no se han contentado de perseguir la religion católica y á los que la profesan, sino que alborotan y destruyen, y asuelan todas las provincias y reinos donde entran, como enemigos capitales que son del género humano; y con verdad se puede llamar incendio y pestilencia universal del mundo.

Por estos daños que oimos los españoles de otros Reinos, y por la paz y quietud de que gozamos en los nuestros, y por lo mucho que florece en ellos nuestra santa y católica Religion, debíamos hacer contínuamente incesables gracias al Señor, y estimar en lo que es este tan inmenso é incomparable beneficio. Esto lo hará mejor el que hubiere visto y tocado con las manos lo que pasa en otros reinos, donde anda suelta y sin freno la herejía. Porque podrá más fácilmente estimar y conferir con más cierto peso y mayor ponderacion, lo que va de nuestro bien á los increibles daños que los otros padecen. Tambien debemos emendar nuestras vidas, porque no perdamos por nuestras culpas el don inestimable de la fe, que otras naciones por las suyas perdieron; y suplicar instantemente de dia y de noche al Señor por la vida y felicidad de nuestro católico Rey D. Felipe, que conforme á su apellido y renombre, con su grandísima cristiandad, celo, vigilancia y poder ampara y defiende la fe católica, oponiéndose como muro fortísimo é inexpugnable al furor de los herejes, y dando brazo, aliento y favor al santo oficio de la Inquisicion, el cual para conservacion y defensa de la misma fe la divina bondad con increible misericordia y providencia instituyó en los Reinos de Castilla y de Leon, el año de 1481; y en los de Aragon, Valencia y Cataluña el de 1483, que fué el

año mismo que nació Lutero, para que áun por aquí entendamos que nos dió el Señor este Santo Tribunal para remedio, preservacion y contraveneno de la pestífera ponzoña desta serpiente, como la experiencia nos lo enseña.

Porque aunque cuando se instituyó en España la Inquisicion, pensaban los hombres que se instituia solamente para limpiarla de moros y judíos, porque no sabian las herejías que habian de nacer; pero el Señor, que con su eterna presciencia sabe igualmente lo venidero, presente y pasado, y queria atajar los daños que dellas á estos Reinos podian venir, inspiró y movió á los Reyes Católicos, que fundasen y pusiesen en ellos un tribunal, que habia de ser la defensa, conservacion y seguridad dellos, limpiándolos de las suciedades y abominaciones de los judíos y moros, con echarlos fuera, y no dejando entrar en ellos las herejías y errores que en nuestros tiempos habian de nacer.

Volviendo, pues, á nuestro propósito, y declarando el intento que Dios Nuestro Señor tuvo en fundar la Compañía, y la necesidad que habia de quien resistiese á los herejes (que para que esto se entendiese mejor, se ha hecho este, si se mira á lo que es, largo, y si á lo que se puede decir breve y compendioso discurso), cuando salió del abismo Martin Lutero, como mónstruo infernal, acompañado de un escuadron de abominables y diabólicos ministros, para hacer los efetos que habemos visto, y otros semejantes que por ser innumerables se dejan de contar; y para llevar tras sí, á guisa de otro dragon que cae del cielo, la tercera parte de las estrellas; al mismo tiempo envió Dios Nuestro Señor de socorro, otro varon y capitan á su Iglesia en todo y por todo contrario á Lutero; para que con su espíritu invencible, y armas

poderosas y divinas, valerosamente le resistiese y pelease las batallas del Señor. Y porque una de las cosas que más habia de perseguir este dragon, y en que más se habia de encarnizar y escupir la ponzoña de su pestífera dotrina, son las sagradas Religiones, y en derribar y extinguir los varones apostólicos que en ellas viven, para que faltando ellos, como pastores y perros veladores, él como lobo matador y carnicero, más á su salvo hiciese estrago en el rebaño de la santa Iglesia católica, con grandísima sabiduría ordenó la Divina Providencia que se instituyese una nueva Orden, para defender principalmente nuestra santísima fe. Cuyo instituto es socorrer y ayudar á los soldados valerosos de las otras santas Religiones, que de dia y de noche con tanto esfuerzo y fruto pelean donde los hay; y donde no, salir ella con las armas en las manos al encuentro del comun enemigo.

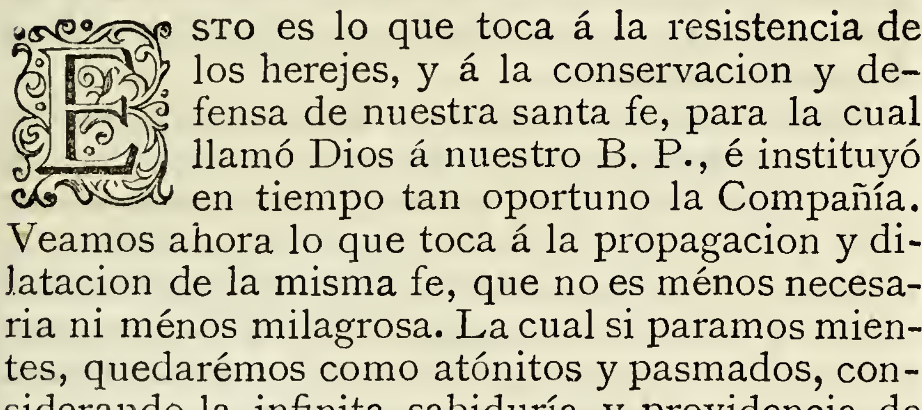
Así lo hace la Compañía en las provincias setentrionales que están arruinadas y destruidas de las herejías. En las cuales, por haberse acabado en ellas los religiosos que las alumbraban y esclarecian con el resplandor de su santa vida y dotrina, ó quedar muy poquitos dellos, y estos arrinconados, debilitados y afligidos, ha sido menester que la Compañía supliese esta pérdida tan grande y lastimosa, para que por falta de defensa no corriesen el campo los herejes, y pareciese á los simples é inorantes que triunfaban de la religion y verdad. Y como esto se hace, y con cuanto fruto, en los libros siguientes brevemente se dirá.





CAPÍTULO XIX.

PROSIGUE EL CAPÍTULO PASADO Y DECLÁRASE LA NECESIDAD Y DISPOSICION QUE HABIA DE DILATAR NUESTRA SANTA FE ENTRE LOS GENTILES.



Esto es lo que toca á la resistencia de los herejes, y á la conservacion y defensa de nuestra santa fe, para la cual llamó Dios á nuestro B. P., é instituyó en tiempo tan oportuno la Compañía. Veamos ahora lo que toca á la propagacion y dilatacion de la misma fe, que no es ménos necesaria ni ménos milagrosa. La cual si paramos mientes, quedarémos como atónitos y pasmados, considerando la infinita sabiduría y providencia de Dios que en esta obra se descubre: y no ménos agradecidos, humildes y obligados por los inestimables tesoros de su dulcísima misericordia que en ella se manifiestan. Porque cierto, mirando bien los muchos siglos que han pasado despues que hay letras, trato y comercio por medio de la navegacion en el mundo, y la curiosidad que algunos Emperadores y Monarcas usaron en inquerir é investigar nuevas provincias y tierras, y el aparejo que tuvieron para descubrirlas y conquistarlas; y la cuidadosa diligencia que tantos varones doctos y excelentes cosmógrafos antiguos pusieron en pintar, distinguir, y desmenuzar las que se habian ántes hallado y descubierto; y la insaciable codicia que los hombres tienen de

oro, plata, joyas y tesoros de la tierra; y los trabajos y peligros infinitos á que se ponen por alcanzarlos, parece cosa milagrosa que Nuestro Señor haya tenido este secreto tan encubierto y guardado para nuestros tiempos el descubrimiento de tantos reinos, provincias y señorios, de mares inmensos, de tierras innumerables, y tan varias y anchas, que parecen verdaderamente otro mundo, tan lleno, abastado y colmado de tanta copia y diversidad de cosas y de todo género de especerías, olores, medicinas, piedras y riquezas de inestimable valor, que el oirlo asombra, y el verlo espanta, y el escribirlo excede todo género de encarecimiento.

Especialmente viendo en Platon algun rastro de nuevo mundo debajo del nombre de Atlante, y en Séneca aquellos versos: *Venient annis sæcula seris, quibus oceanus vincula rerum laxet, et ingens pateat tellus, Typhisque; novos detegat orbes, nec sit terris ultima Thyle.* En los cuales pareció á algunos, que con espíritu y furor poético habia pronosticado este dichoso descubrimiento de tierras.

Y sabiendo que los cartagineses tuvieron alguna noticia, aunque confusa, dellas, y que descubrieron una isla apartada, muy fértil y desierta; y que los focenses que vivian en nuestra isla de Cádiz saliendo por las colunas de Hércules, y navegando con solano hallaron nuevas tierras; como lo uno y lo otro refiere Aristóteles; y aunque hay autor que escribe haberse hallado en las Indias ocidentales en las minas de oro una medalla de Augusto César, y haberse enviado al Papa en testimonio de la verdad; pero todo esto es cifra, enigmas y encubiertas: y cuando vemos la cosa, más fácilmente adivinamos lo que vemos.

La verdad es, que la inestimable providencia del Señor, cuyos juicios son secretísimos y sus ca-

minos investigables, guardó para nuestro tiempo este felicísimo y maravilloso descubrimiento; porque ya con el poder y tiranía del turco se nos iba menoscabando la cristiandad, y estrechándose los límites de nuestra santa fe en Europa; y tambien porque la furia infernal de los herejes destruia y asolaba muchas provincias y reinos, como habemos visto, en que florecia ántes la devocion, dotrina y santidad de la Iglesia católica. Y asimismo porque quiso hacer esta señaladísima merced á nuestra España, y que della saliesen los primeros descubridores deste nuevo mundo; y con las poderosísimas y felicísimas armas de los gloriosos Reyes de Castilla y de Portugal se conquistase, allanase y sujetase para grande gloria del Señor y dilatacion de nuestra santa religion.

Comenzó este dichoso y maravilloso descubrimiento hácia la parte de la India oriental el Infante D. Enrique, hijo del Rey D. Juan de Portugal, primero deste nombre; el cual por ser hombre docto y aficionado á letras, y á la contemplacion del cielo y curso de las estrellas, y grande cosmógrafo, se entregó al estudio de las cosas naturales, y poco á poco vino á entender que se podia navegar desde Portugal á la India. Para hacer prueba dello, envió diversas veces navíos y gente á su costa para descubrir aquella navegacion. Tuvo noticia de gran parte de Tierra Firme, y de la isla de la Madera, y de algunas islas del mar Atlántico, en las cuales hizo predicar la fe de Jesucristo Nuestro Señor; y por su celo y buena diligencia, muchos infieles recibieron la luz del Evangelio; y hasta el año en que murió llevó siempre adelante esta empresa; la cual continuaron los Reyes de Portugal D. Juan el segundo; y despues que nació nuestro Ignacio el Rey D. Manuel y el Rey D. Juan el tercero su

hijo mucho más, enviando sus poderosas armadas á Angola, á Congo, Manomotapa, Guinea y Etiopía, Sino Pérsico, Dio, Calicut, Goa, Malaca, Malucas, China, Japon y otras remotísimas regiones, navegando por mares inmensos, por caminos nunca usados, por naciones extrañas y bárbaras; y ganando las voluntades de algunas con dádivas y halagos, y sujetando otras con sus armas, y plantando en ellas el conocimiento de un solo Dios verdadero.

El cual maravillosamente los ha favorecido; para que pocos portugueses venciesen á muchos, y con su valor y esfuerzo abriesen el camino que tan cerrado estaba á la predicacion del sacro Evangelio: é innumerables infieles de su conquista se convirtiesen de la ceguedad de la idolatría al resplandor de nuestra santa Religion. Ha sido esto de manera, que habemos visto con nuevo é inaudito milagro en el mundo, los japones que vinieron á España el año de 1584. Los cuales con ser mozos ilustres, y algunos dellos de sangre real, siendo ya cristianos dejaron sus tierras, parientes y padres, y fiándose de los Padres de la Compañía, con cuya leche é institucion se habian criado en los colegios que ella tiene en el Japon, navegaron siete mil leguas, y pasaron á Roma á reconocer, venerar y dar la obediencia al Vicario de Jesucristo Nuestro Señor en la tierra, en su nombre y de los Reyes de Bungo, Arima y Fiunga sus deudos, como primicias de la cristiandad tan extendida, fina y ejemplar que con el favor del mismo Señor se ha hecho en el Japon por medio de los Padres de la Compañía. Y como á tales los recibió, regaló, favoreció y honró, la santidad de Gregorio XIII, teniendo por grandísima gloria de Dios y suya (como en hecho de verdad lo es) ver en su Pontificado tan acrecen-

tada extendida y propagada la santa fe católica, que de tierras tan extrañas y apartadas, y ántes de ahora no vistas ni conocidas, con inmensos trabajos y peligros de tan larga navegacion, viniesen las nuevas ovejuelas á su Pastor, y postradas á sus piés, reverenciasen y adorasen en él al Príncipe de todos los pastores, que en la tierra representa.

Por otra parte, los esclarecidos Reyes católicos D. Fernando y D.ª Isabel comenzaron á enviar sus armadas con Cristóval Colon, ginovés de nacion, para descubrir tierras no conocidas hácia el Poniente: y el Emperador D. Cárlos, Rey de España, su nieto (de gloriosa memoria) despues lo continuó, y el católico Rey D. Felipe, hijo del Emperador, no lo ha dejado de las manos.

Y es tanto lo que con el favor divino se ha descubierto, y en gran parte sujetado con las invictas armas de Castilla, que costeando las Indias descubiertas tierra á tierra, ponen algunos curiosos escritores más de nueve mil leguas de bojo, no teniendo el circuito y redondez de todo el mundo más de siete mil y quinientas leguas, segun la opinion de Ptolomeo, aunque Alphragano pone ménos, y Fernelio algo más.

Pero los modernos doctos en la astrología, y experimentados en las navegaciones del Océano, no ponen más de seis mil y trescientas y sesenta leguas, correspondiendo á cada grado del cielo cincuenta y tres millas, que hacen casi diez y ocho leguas, contando tres millas por legua, de las nuestras comunes de Castilla. Y háse visto en nuestro siglo, con otro nuevo é inaudito milagro, una nave de la armada del Rey de Castilla haber rodeado y dado una vuelta á todo el universo, llevando por piloto á Juan Sebastian del Cano, natural de Gueteria, en Vizcaya, la cual nave lla-

maron con razon la Vitoria. Que es cosa que pone admiracion y espanto, y que se ve claramente ser propia de la poderosa diestra del muy Alto: el cual en todo ha querido mostrar ser Él el autor y obrador de tan grande maravilla, para que á Él solo se diese la alabanza y gloria della. Y para este mismo efeto la comenzó á obrar en tan buena sazon y coyuntura, disponiendo y aparejando suavemente las cosas con su altísima providencia para todo lo que Él queria hacer y obrar.

Porque habiendo los Reyes católicos acabado ya la larga, dificultosa é importantísima guerra y conquista del Reino de Granada, y quebrantado el orgullo de los moros, y puesto fin á la cruel y afrentosa cautividad que los cristianos españoles habian padecido cerca de ochocientos años, y estando con la paz y quietud que era menester, y desembarazados de otros cuidados y aprietos de guerra, el mismo año que se acabó la de Granada, se comenzó esta nueva conquista.

Tambien por este mismo fin de declarar ser el autor de obra tan señalada, tomó el Señor muy flacos y débiles instrumentos, para hacer esta obra así en la calidad de los primeros descubridores y conquistadores deste nuevo mundo, como en el número de los pocos soldados españoles que le emprendieron, conquistaron y sujetaron para gloria eterna de su santísimo nombre, y grande honra de nuestra nacion. Pero aún mucho más resplandece esta virtud soberana del Señor en el fruto maravilloso que de tan flacos y bajos principios se ha seguido; pues infinitas gentes fieras, bárbaras y ciegas que adoraban al demonio, y hablaban y trataban visiblemente con él, y le sacrificaban hombres, y lavaban sus manos en la sangre inocente de sus hijos, y estaban envueltos en vicios y pecados tan abominables, como era el que se

los enseñaba, y vivian como brutos, han salido del cautiverio y tiranía del demonio, y le han quebrantado la cabeza, abrazándose con el único Redentor y Salvador del mundo Jesucristo Nuestro Dios y Señor.

En este tiempo, pues, tan oportuno y tan necesario, envió el mismo Señor á nuestro B. P. Ignacio al mundo, para que con sus nuevos soldados llevase adelante esta santa y gloriosa empresa, y los repartiese y derramase por tan nuevas y tan extendidas y extrañas tierras; y ellos con la luz del santo Evangelio desterrasen de los corazones de los moradores dellas, las horribles y espantosas tinieblas de la idolatría y falsedad. Y viesen (y viéndolo se corriesen y se deshiciesen de pura rabia y pesar) los hijos ciegos de Lutero, que cuando ellos, siguiendo la ceguedad de su padre y falso profeta, y verdadero engañador, asolaban las casas sagradas, derribaban las cruces, profanaban los Sacramentos, negaban la obediencia al Papa, y con todas sus fuerzas procuraban acabar y extinguir nuestra santa religion en estas partes, en el mismo tiempo en tantas otras más y mayores, se edificaban nuevos templos, se levantaba y adoraba el estandarte glorioso de la cruz, eran santificados los hombres por medio de los Sacramentos, reconocian al Vicario de Jesucristo por su verdadero padre y maestro, y nuestra santísima fe florecia de Oriente á Poniente, y resplandecia con nueva y maravillosa claridad.

Y es cierto que el mismo Señor que con tanta paciencia en Europa sufria y disimulaba los desacatos y oprobios de los herejes que habemos contado, en el mismo tiempo obraba en las Indias maravillas por medio de las cruces é imágenes y Sacramentos que los herejes acá perseguian: y que puesto el santísimo cuerpo de Jesucristo

Nuestro Redentor en los templos, enmudecia á los demonios, los cuales desaparecian y no hablaban de allí adelante (como ántes solian) á los indios; y que con la señal de la santa cruz, y con el agua y cuentas benditas, sanaron muchos enfermos; y que castigó el Señor visiblemente á algunos que no habian sido tan honestos como convenia en la iglesia donde estaba el santísimo Sacramento del altar; y otras cosas infinitas y admirables obró Dios para confusion de los herejes, y conversion de los gentiles, que por ser tantas y no propias de mi historia, se dejan aquí de contar, y se podrán ver en las que están escritas de las cosas de la una y de la otra India.

Y aunque es verdad que el mismo Señor habia enviado ántes otros escuadrones de valerosos soldados para esta conquista, en la cual han empleado y emplean felicísimamente sus armas y fuerzas muchos santos y celosos varones de las otras Religiones; pero como la tierra es tan dilatada, y tan yerma é inculta, y son tantas y tan bravas las fieras que la habitan, y tantos los mónstruos y vicios que la estragan y afean, hay mies para todos, y el socorro y gente que viene de refresco, es de grande ayuda y alivio para los demas. Esto digo por lo que toca á las Indias occidentales sujetas á la corona de Castilla, en las cuales hay tantos religiosos y siervos del Señor que las cultivan, que en la India oriental sujeta á la de Portugal no hay tantos; porque, ó por ser la navegacion de los portugueses mucho más larga y más peligrosa, ó por ser la conquista más árdua y dificultosa, á causa de ser tantos los reinos y tan extraños, y de reyes muy poderosos y diferentes entre sí, ó por no tener los Reyes de Portugal sojuzgada toda la tierra, no se han podido fundar en ella los conventos de religiosos

que fueran menester para la conversion de infinidad de gente engañada y ciega que hay en ella.

Y así vemos que en las provincias del Brasil, Malucas, Japon y otras del Oriente, no residen de ordinario otros religiosos que atiendan á labrarlas y dotrinarlas, sino los Padres de la Compañía, hijos de N. P. y soldados deste santo y bienaventurado Capitan; al cual escogió Dios y envió al tiempo que queria hacer un beneficio tan incomparable á su Iglesia, y él ha servido y ayudado por sí y por sus hijos (como habemos dicho) así en la resistencia de los herejes como en la conversion de los gentiles; y esto de manera, que clara y evidentemente se ve que el mismo Señor los escogió para que hiciesen tantos y tan admirables efetos, como con su gracia se han hecho; los cuales no se pueden referir en escritura tan breve como esta.

Tambien se ve esto en el deseo tan encendido y abrasado que Él les da de morir por su santísima fe; y en el fervor é instancia con que piden ser enviados á tierras remotísimas y extrañas para alcanzar más fácilmente lo que desean; y en la pronta y alegre obediencia con que van, cuando de suyo los envian sus superiores y perlados, muriendo totalmente á todo lo que acá poseen y gozan; y en el fruto que de los grandes trabajos dellos entre los herejes y gentiles contínuamente saca el Señor, que cierto es maravilloso.

Pero aun mucho más se echa esto de ver en el esfuerzo y ánimo con que truecan esta temporal y miserable vida, por la bienaventurada y eterna, muriendo por su Dios y Señor. Porque no se contentan de oponerse al denodado ímpetu y furiosa temeridad de los herejes, con su santa vida y dotrina, ni de hacer sacrificio de sí, y morir cada dia muchas veces, por dar vida á los infieles y

gentiles; pero tambien lo hacen con dar su sangre por la verdad del Evangelio, que es la última prueba, y el más firme y esclarecido testimonio que ellos pueden dar de su virtud y valor. Setenta y siete Padres y Hermanos de la Compañía (que yo sepa) han muerto hasta el año de 1585 por la fe de Jesucristo Nuestro Redentor, á manos de herejes y gentiles.

Los veinte y cuatro dellos mataron en diversas partes los infieles, moros y gentiles, con varios géneros de tormentos. El primero, y como capitan de todos, fué el bienaventurado Padre Antonio Criminal, que estando en oracion hincado de rodillas, y levantadas las manos fué alanceado de los badegas, en el cabo de Comorin, el año del Señor de 1549, á donde el mismo año tambien fué descabezado el Padre Alonso Mendez.

Pedro Correa y Juan de Sosa, de la Compañía, fueron asaeteados de los caribes en el Brasil, el año de 1554, y este mismo año otro Padre en la India oriental fué medio quemado, y despues acabado con ponzoña. El Padre Alonso de Castro en las islas Malucas fué arrastrado de los moros por unos ásperos peñascos el año de 1558.

El Padre Gonzalo Silveira, varon ilustre en sangre, y más en santidad, fué arrastrado con una soga á la garganta, teniendo un devoto Crucifijo en sus manos, por mandado del mismo Rey de Manomotapa, que él habia convertido, y despues prevaricó, habiendo ántes tenido revelacion de su dichosa muerte, el año de 1561.

El Padre Francisco Lopez, y otros dos hermanos, viniendo de la ciudad de Cochin á Goa, fueron atravesados con lanzas, y muertos de los moros enemigos de nuestra santa fe, el año de 1567.

En la Florida, el Padre Pedro Martinez, y el Padre Bautista de Segura, y el Padre Luis de

Quiros, con otros seis hermanos, fueron martirizados.

Y en la tierra de Salsete, junto á Goa, últimamente otros cinco, entre los cuales fué uno el Padre Rodolfo Aquaviva, hijo del Duque de Atri, y hermano del Cardenal Aquaviva, y sobrino del Padre Claudio Aquaviva, nuestro Prepósito general, el año de 1583.

Otros cincuenta y tres han sido coronados de gloria eterna por mano de herejes, los más dellos porque iban á predicar á los gentiles la santa fe católica, como fué el dichoso y bienaventurado Padre Ignacio de Acevedo, varon noble por la sangre que tenia de sus padres, y más esclarecido por la que él derramó por Jesucristo Nuestro Señor. El cual yendo por Provincial de la Compañía á la provincia del Brasil, con otros treinta y ocho compañeros Padres y Hermanos de la misma Compañía, á predicar y enseñar el santo Evangelio, fué muerto á manos de hugonotes cosarios y herejes franceses, cuyo capitan era Jaques de Soria, el cual los mandó matar en odio y aborrecimiento de nuestra santísima fe católica, año de 1570.

Y el Padre Pedro Diaz el siguiente de 1571, con otros once que hacian la misma jornada para el mismo efeto, fueron atormentados por la misma causa por Juan Claudio, hereje francés, y acabaron su navegacion, llegando al puerto de la gloria eterna.

Algunos otros porque predicaban, defendian y enseñaban la verdad católica entre los mismos herejes, fueron descoyuntados y despedazados con atroces y exquisitos tormentos, alcanzando vitoria con su bienaventurada muerte, de la mentira y falsedad. Tales han sido los ilustres mártires, Edmundo Campiano y Tomás Cottamo, ingleses,

14

Padres de la Compañía, que fueron martirizados el año de 1581 y 1582, con otros muchos por la Reina Isabel de Inglaterra.

Bendito sea, alabado y glorificado, ensalzado, y sobreensalzado en todos los siglos de los siglos, de todos los ángeles y santos del cielo, el santísimo y amabilísimo Nombre del Señor, que así ennoblece y enriquece esta su mínima Compañía, y la arrea y adorna con tales joyas y perlas preciosas como son los mártires: y da á entender con esto que la Compañía de Ignacio es suya, como lo son las demas Religiones que instituyeron y fundaron los otros santísimos Patriarcas en su Iglesia, las cuales están tan llenas de riquezas y tesoros de varones celestiales que derramaron su purísima sangre por su santo Nombre, no solamente en los siglos pasados, sino tambien en los tiempos presentes, que cada una dellas basta para ilustrar y enriquecer el mundo; como lo vemos en los santos monjes cartujos que murieron en Inglaterra á manos del Rey Enrique VIII por la defension de la potestad suprema del Vicario de Cristo Nuestro Señor, que es cabeza de la Iglesia católica; y por los santos frailes Dominicos y Franciscos y de otras Religiones, que en Francia y Flandes han sido coronados en nuestros dias por manos de los herejes, que son nuestros Nerones, Domicianos, y Maximinos.

Alabado asimismo y glorificado sea el Señor, que así mira por su Iglesia, y la provee de los fuertes y reparos de las santas Religiones, y de capitanes y soldados valerosos, que triunfan del pecado con la santidad, de la herejía con la dotrina católica, de la muerte con dar la vida por Él, de Satanás y del infierno con la sangre derramada en confirmacion de su Evangelio y virtud; que con tales peleas y vitorias de soldados

tan esforzados, no puede nuestra madre la santa Iglesia dejar de triunfar gloriosamente de todos sus enemigos, como lo ha hecho siempre hasta aquí, resistiendo á los unos y alumbrando y sujetando á los otros, y trayéndolos al conocimiencimiento y amor del Señor y de su verdad.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.





LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO I.

CÓMO FUÉ ELEGIDO POR PREPÓSITO GENERAL.

Despues de confirmada la Compañía por el Papa Paulo III, la primera cosa en que pusieron los ojos todos los primeros Padres della, fué en hacer eleccion entre sí de un superior, que con espíritu y prudencia la gobernase. Cuyo estado entonces era éste: los Padres Maestro Francisco Javier y Maestro Simon, estaban en Portugal. El Maestro Pedro Fabro en Alemania, á donde habia ido á la dieta Imperial de Vormes, en compañía del doctor Ortiz; de los otros Padres, Lainez estaba en Parma, Claudio Jayo en Bresa, Pascasio en Sena, y Nicolás de Bobadilla en Calabria: el Padre Ignacio se habia quedado solo con Salmeron y Juan Coduri en Roma. Tambien estaban estudiando en la universidad de París algunos pocos mancebos, que ya desde entonces se habian aplicado á la Compañía; los cuales ha-

bian sido enviados de nuestro Padre para este efeto desde Roma.

En la misma ciudad de Roma estábamos obra de una docena, que nos habiamos allegado á los primeros Padres para seguir su manera de vida é instituto. Viviamos con grande pobreza y estrechura en una casa alquilada, vieja y caediza, enfrente del templo viejo de la Compañía, y que para el nuevo que ahora tenemos se ha derribado. Y como yo era uno de los que en este tiempo estaban en Roma, podré hablar como testigo de vista en lo que de aquí adelante se dirá.

Estando, pues, las cosas en este estado, fueron llamados á Roma todos los Padres que de los diez primeros andaban por Italia trabajando en la viña del Señor, y vinieron todos cerca de cuaresma del año de 1541: solo faltó el Padre Bobadilla, que por mandado de su Santidad se quedó en Bisiñano, ciudad de Calabria. Y porque el sumo Pontífice queria luego enviar algunos de los otros Padres á varias provincias, no se pudo aguardar más á Bobadilla, ni dilatar más la elecion del General. Así que mediada cuaresma, los Padres Ignacio, Lainez, Salmeron, Claudio, Pascasio y Coduri se juntaron en Roma: y despues de haber ventilado las cosas que para acertar en la buena elecion se ofrecian, determinan de estar tres dias en oracion, y que entre sí guarden silencio, y no traten della: y que despues cada uno traiga su voto escrito de su mano, en el cual declare á quién da su voz. Pasados los tres dias se tornan á congregar, y juntan los votos que cada uno traia con los de los otros Padres ausentes; los cuales ellos, ó habian dejado escritos ántes que partiesen de Roma, ó los habian enviado despues.

Y para mayor confirmacion y establecimiento

de la elecion, determinaron de estar otros tres dias en oracion sin leer los votos: los cuales abrieron al cuarto dia, y por voto de todos los presentes y ausentes fué declarado el B. P. Ignocio por Prepósito general; de manera que no le faltó otro voto sino el suyo, el cual él dió (excluyéndose á sí) á cualquiera de los diez compañeros que tuviese más votos para ser General. Mas él, como quien de corazon y de verdad estaba más aparejado para obedecer que para mandar, díceles así: «Yo, hermanos, no soy digno deste oficio, ni lo sabré hacer, porque quien no sabe bien regirse á sí, ¿cómo regirá bien á los otros? Y porque con toda verdad y sinceridad delante de Dios Nuestro Señor yo así lo entiendo; y porque miro los vicios y malos hábitos de mi vida pasada, y los pecados y muchas miserias de la presente, no puedo acabar conmigo de acetar la carga que me echais acuestas. Por tanto, ruégoos por amor del Señor, que no lo tengais á mal, y que de nuevo, por espacio de otros tres ó cuatro dias, con más ahinco y fervor encomendeis este negocio á su divina Majestad; para que alumbrados con la luz de su espíritu y favorecidos de su gracia, elijamos por padre y superior al que mejor que todos ha de regir la Compañía.»

Quisieron al principio irle á la mano los Padres, mas al fin fueron forzados á consolarle, y á condescender con él; y tomando tiempo para de nuevo deliberar, júntanse despues de cuatro dias otra vez, y con el mismo consentimiento y union de voluntades, tornan á elegir al mismo Padre Ignacio por Superior y General. Él, entonces, temiendo por una parte de contradecir á todos, y por otra, de encargarse de peso que juzgaba ser sobre sus fuerzas, díjoles así: «Yo pondré todo este negocio en manos de mi confesor, y yo le

daré cuenta de los pecados de toda mi vida; y le declararé las malas inclinaciones de mi alma y las malas disposiciones de mi cuerpo; y si él con todo eso, en el nombre de Jesucristo Nuestro Señor me mandare ó aconsejare que tome sobre mí tan grande carga, yo le obedeceré.»

Aquí comenzaron todos á reclamar, diciendo que harto entendida estaba la voluntad de Dios, y apretaban al B. P. para que no los entretuviese más con sus humildades, ni dilatase este negocio, porque ya esto parecia querer repugnar á Dios. Mas como no le pudiesen apartar de su parecer, finalmente que quisieron que no, hubieron de condescender con lo que él pedia.

Hizo su confesion general, y estuvo tres dias, que fueron jueves y viernes y sábado santo, apartado de sus compañeros en san Pedro Montorio, monesterio de frailes Franciscos, donde fué crucificado san Pedro, ocupado en solo este negocio. Dió parte á su confesor, el cual era entonces un santo y grave varon de aquel convento, llamado fray Theófilo (que despues siendo ya nuestro Padre General tomó confesor de la Compañía), de toda su vida pasada: y el dia de Pascua de Resurrecion, preguntóle qué le parecia: responde el confesor que le parecia que en resistir á su elecion resistia al Espíritu Santo. Entónces él le torna muy de propósito á rogar, que lo mire de nuevo con más atencion, y lo encomiende de veras á Dios; y que lo que despues desto le pareciere, lo escriba en un billete de su mano y sellado lo envie á sus compañeros.

Hízolo así el confesor, y escribió el billete en que decia que su parecer era que el Padre en todo caso se encargase del gobierno de la Compañía. Ya entónces con grandísimo regocijo y aplauso de todos, dijo que lo haria; y señalaron

el viernes siguiente, despues de Pascua de Resurrecion, que fué dia de los santos Papas y mártires Sotero y Cayo, á 22 de abril, para visitar las siete iglesias, que son las estaciones principales de Roma: y en la iglesia de san Pablo, que es una dellas, apartada del ruido de la gente y de gran devocion, hacer todos su profesion; lo cual se hizo desta manera.

Como llegaron aquel dia á san Pablo, se reconciliaron todos confesándose brevemente unos con otros, y el B. Padre Ignacio dijo la misa en la capilla de Nuestra Señora, donde entónces estaba el santísimo Sacramento. Llegando el tiempo de recebir el cuerpo del Señor, teniéndole en su patena con la una mano, y con la otra su profesion escrita, se volvió hácia los Padres, y en voz alta dijo desta manera: «Yo, Ignacio de Loyola, prometo á Dios todopoderoso, y al sumo Pontífice su Vicario en la tierra, delante de la santísima Vírgen y madre María, y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, perpétua pobreza, castidad y obediencia, segun la forma de vivir que se contiene en la bula de la Compañía de Jesus Señor Nuestro, y en sus constituciones, así las ya declaradas, como las que adelante se declararen. Y tambien prometo especial obediencia al sumo Pontífice, cuanto á las misiones en las mismas bulas contenidas. Item prometo de procurar que los niños sean enseñados en la dotrina cristiana, conforme á la misma bula y constituciones.» Tras esto recibió el santísimo Sacramento del cuerpo y sangre de Cristo Nuestro Señor.

Luego los otros Padres sin guardar órden ninguno de antigüedad, hicieron su profesion en esta forma: «Yo, fulano, prometo á Dios Todopoderoso, delante de la Vírgen sacratísima su Madre,

y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, y á vos, reverendo Padre, que teneis el lugar de Dios, perpétua pobreza, castidad y obediencia, segun la forma de vivir contenida en la bula de la Compañía de Jesus, y en las constituciones, así declaradas como las que se han de declarar adelante. Y más, prometo especial obediencia al sumo Pontífice para las misiones contenidas en la dicha bula. Y tambien prometo de obedecer en lo que toca á la enseñanza de los niños, segun la misma bula.» Despues de haber leido cada uno su profesion, comulgó de mano de nuestro B. Padre Ignacio. Acabada la misa, y visitados los santos lugares de aquel templo con mucha devocion, vánse los Padres al altar mayor, en el cual están sepultados los huesos sagrados de los gloriosos Príncipes de la Iglesia san Pedro y san Pablo. Allí se abrazaron con grande amor y abundancia de lágrimas, que todos derramaban de puro gozo espiritual y devocion fervorosa, dando infinitas gracias á la suma y eterna majestad de Dios, porque habia tenido por bien de llegar al cabo, y perficionar lo que Él mismo habia comenzado; y porque les habia dejado ver aquel dia tan deseado, en que los habia recebido en holocausto de suave olor, y dádoles gracia que unos hombres de tan diversas naciones fuesen de un mismo corazon y espíritu, hiciesen un cuerpo con tan concorde union y liga para más le agradar y servir.

No quiero dejar de decir la extraordinaria y excesiva devocion que el Maestro Juan Coduri sintió aquel dia con tan vehemente y divina consolacion, que en ninguna manera la podia reprimir dentro de sí, sino que á borbollones salia fuera. Yo anduve con los Padres aquel dia, y ví lo que pasó. Iba delante de nosotros Juan Coduri en compañía de Lainez, por aquellos campos; oía-

mosle henchir el cielo de suspiros y lágrimas; daba tales voces á Dios que nos parecia que desfallecia, y que habia de reventar por la grande fuerza del afecto que padecia, como quien daba muestras que presto habia de ser libertado desta cárcel del cuerpo mortal. Porque en este mismo año de 1541, en Roma, el que fué el primero que hizo la profesion despues de nuestro B. Padre Ignacio, fué tambien el primero de los diez que pasó desta vida, á los 29 de Agosto, dia de san Juan degollado. Nació en Proenza en un pueblo llamado Sein, y nació dia del glorioso san Juan Bautista; fué ordenado de misa el dia mismo de su nacimiento; murió el dia de la muerte deste bienaventurado Precursor, y murió de su misma edad. Fué en oir confesiones (para los pocos años que fué sacerdote) muy ejercitado y eficaz; y diestro en tratar y mover los prójimos á la virtud, y hombre de rara prudencia; por lo cual habia venido á ser muy bien quisto, y á tener grande autoridad con personas principales para las cosas de Dios. Vió entrar en el cielo el ánima deste Padre rodeada de una clarísima luz entre los coros de los ángeles, una persona devotísima, que á aquella hora estaba en oracion; que así lo escribió nuestro Padre Ignacio al Padre Pedro Fabro. Y yendo el mismo Padre Ignacio á decir misa por él á san Pedro Montorio, que está de la otra parte del rio Tibre, llegando á la puente que llaman de Sixto, porque la edificó ó reparó el Papa Sixto IV, al punto que acabó de espirar Juan Coduri, se paró nuestro B. Padre como salteado de un súbito horror que de repente le dió: y volviéndose á su compañero, que era el Padre Juan Bautista Viola (que me lo contó á mí) le dijo: «Pasado es ya desta vida Juan Coduri.»



CAPÍTULO II.

CÓMO NUESTRO B. PADRE IGNACIO COMENZÓ Á GOBERNAR LA COMPAÑÍA.

En recibiendo el cargo de Prepósito general, luego comenzó nuestro B. Padre á tratar con mucho peso, así las cosas que pertenecian á la Compañía universal, como las que tocaban al buen gobierno de aquella casa de Roma. Y por humillarse él y abajarse tanto más, cuanto en más alto estado Dios le habia puesto; y para provocar á todos con su ejemplo al deseo de la verdadera humildad, luego se entró en la cocina, y en ella por muchos dias sirvió de cocinero, y hizo otros oficios bajos de casa; y esto con tantas veras y tan de propósito, como si fuera un novicio que lo hacia por solo su aprovechamiento y mortificacion. Y porque por las ocupaciones que cada dia se le ofrecian, muchas y muy grandes, no podia libremente del todo darse á estos oficios de humildad, de tal manera repartia el tiempo, que ni faltaba á los negocios más graves, ni dejaba los que tocaban á la cocina. Despues desto comienza á enseñar la dotrina cristiana á los niños; lo cual hizo cuarenta y seis dias arreo en nuestra iglesia; pero no eran tantos los niños, cuantas eran las mujeres y los hombres, así letrados como sin letras que á ella venian.

Y aunque él enseñaba cosas más devotas que curiosas, y usaba de palabras no polidas ni muy propias, ántes toscas y mal limadas, eran empero aquellas palabras eficaces y de gran fuerza para mover los ánimos de los oyentes, no á darles aplauso, y con vanas alabanzas admirarse dellas, sino á llorar provechosamente y compungirse de sus pecados. De manera que cuando él acababa su plática, muchos se iban gimiendo, y echándose á los pies del confesor no podian decir sus pecados; porque estaban sus corazones tan atravesados de dolor, y tan movidos, que de lágrimas y sollozos apénas podian hablar. Lo cual muchas veces me contó el Padre Maestro Lainez, que en aquel tiempo confesaba en nuestra iglesia. Aunque acordándome yo de lo que entonces vi, no tengo por qué tener esto por cosa nueva ni extraña. Porque me acuerdo de oir predicar entonces á nuestro B. Padre con tanta fuerza y con tanto fervor de espíritu, que parecia que de tal manera estaba abrasado del fuego de caridad, que arrojaba unas como llamas encendidas en los corazones de los oyentes; tanto, que aun callando él, parecia que su semblante inflamaba á los presentes, y que los ablandaba y derretia con el divino amor la inflamacion de todo su rostro.

Para que mejor se entienda la fuerza de Dios Nuestro Señor, que hablaba en este su siervo, y la cuenta que él tenia con la humildad y con el menosprecio de sí mismo, quiero añadir que yo en este tiempo repetia cada dia al pueblo lo que nuestro Padre habia enseñado el dia ántes. Y temiendo que las cosas provechosas que él decia no serian de tanto fruto ni tan bien recebidas por decirse en muy mal lenguaje italiano, díjeselo á nuestro Padre, y que era menester que pusiese algun cuidado en el hablar bien: y él con su hu-

mildad y blandura me respondió estas formales palabras: «Cierto que decís bien; pues tened cuidado, yo os ruego, de notar mis faltas y avisarme dellas para que me emiende.» Hícelo así un dia con papel y tinta, y ví que era menester emendar casi todas las palabras que decia: y pareciéndome que era cosa sin remedio, no pasé adelante, y avisé á nuestro Padre de lo que habia pasado; y él entonces con maravillosa mansedumbre y suavidad me dijo: «Pues, Pedro, ¿qué haremos á Dios?» Queriendo decir, que Nuestro Señor no le habia dado más, y que le queria servir con lo que le habia dado. Así que sus sermones y razonamientos no eran adornados con palabras de la humana sabiduría para con ellas persuadir, mas mostraban fuerza y espíritu de Dios, como dice el Apóstol san Pablo de sí; que en fin, el reino de Dios, como dice el mismo Apóstol en otro lugar [1], no consiste en palabras elegantes, sino en la fuerza y virtud del mismo Dios, con que las palabras se dicen, envolviéndose en ellas el mismo Dios, y dándoles espíritu y vida para mover á quien las oyere.

1 I Cor. II.





CAPÍTULO III.

CÓMO EL PADRE FRANCISCO JAVIER PASÓ Á LA INDIA, Y SIMON RODRIGUEZ QUEDÓ EN PORTUGAL.

En este mismo año de 1541, á 7 de abril, se embarcó en Lisboa el Padre Francisco Javier, en la nao capitana, que llevaba al Gobernador Martin Alonso de Sosa, y se hizo á la vela dando principio á aquella dichosa jornada de la India oriental. El Padre Maestro Simon se quedó en Portugal por la causa que aquí diré. Mientras estos dos Padres estaban en Portugal aguardando el tiempo en que la armada habia de partir á la India, por no estar entre tanto ociosos, comenzaron, como en otras partes lo solian hacer, á despertar la gente y traerla al servicio de Dios. Y especialmente aficionaron á muchos de los más principales del Reino de Portugal, no ménos con el ejemplo de su vida, que con sus pláticas y conversacion familiar. Por lo cual algunos señores de su Corte advirtieron al Rey que siendo aquellos Padres de tanta virtud y prudencia, sería bien que su Alteza considerase si por ventura serian de más provecho en su Reino de Portugal, que no en la India.

Entreoyeron esto los Padres, y dieron luego aviso por sus letras á nuestro P. Ignacio de lo que pa-

saba, y que temian no les mandase quedar el Rey en Portugal, contra el órden que de Su Santidad tenian de ir á la India. Nuestro B. Padre luego dió cuenta de todo lo que sus compañeros le escribian á Su Santidad; el cual habiéndolo entendido, se remitió en todo á la voluntad del Rey. Y así nuestro B. Padre les escribe, que habiendo el Pontífice puesto en las manos del Rey todo el negocio, ellos podian y debian obedecer á su Alteza, sin escrúpulo del primer mandato de Su Santidad. Mas que si por ventura el Rey quisiese saber su parecer en esto, sería, que el Maestro Francisco Javier partiese á la India, y el Maestro Simon quedase en Portugal. Este parecer tuvo el Rey por bueno, y así se hizo. Deste pequeño granito de trigo que allí se sembró, han nacido los manojos y fruto que por manos de la Compañía Dios Nuestro Señor ha sido servido de coger en Portugal, y en aquellas remotísimas y amplísimas provincias de la India oriental.





CAPÍTULO IV.

CÓMO LOS PADRES MAESTRO SALMERON Y MAESTRO PASCASIO FUERON ENVIADOS POR NUNCIOS DE SU SANTIDAD Á IRLANDA.

Envió tambien el Papa este mismo año de 1541, á la isla de Ibernia, por sus Nuncios apostólicos, á los Padres Maestro Alonso Salmeron y Pascasio Broeth. Dióles muy amplia potestad, de la cual ellos usaron moderada y discretamente, no faltando á ninguna de las cosas que requerian diligencia para bien ejercitar su oficio. Trabajaron mucho por sustentar en la antigua y verdadera religion católica, aquellos pueblos inorantes é incultos, que con la potencia y vecindad de Enrico VIII, Rey de Inglaterra, se iban ya perdiendo y faltando della. Declararon á las gentes las verdades católicas, enseñándoles la falsedad contraria, de que se habian de guardar. Nunca pidieron dinero á nadie, ni lo recibieron aunque se lo ofreciesen voluntariamente. El de las penas en que los reos caian, sin que llegase á sus manos, todo lo mandaban repartir á los pobres. Y habiéndose detenido en aquella provincia algun tiempo, usando desta templanza y moderacion en

su oficio, se volvieron á Francia, porque vieron cerradas las puertas á la verdad. Y principalmente porque supieron que ciertos hombres perdidos trataban de entregarlos á mercaderes ingleses, y venderlos por dinero, que los querian para entregarlos al Rey Enrico de Inglaterra, de cuyas manos milagrosamente habian escapado navegando á Irlanda. Avisado del peligro en que estaban el Sumo Pontífice habia mandado que se pasasen al reino de Escocia, con la misma facultad y poder de Nuncios apostólicos.

Mas despues considerando Su Santidad que ya aquella provincia estaba inficionada y mal afecta contra la Sede apostólica, y que mucha gente noble pervertida y engañada le habia perdido la obediencia y reverencia tan debida, pareciéndole que no era buena sazon de enviarlos, los mandó volver para sí á Roma.

Salieron de París los Nuncios apostólicos, camino de Roma, á pié y pobremente vestidos, y con harta flaca provision de viático. Y llegados desta manera á Leon de Francia, los prendieron por espías, y los echaron en la cárcel pública, á lo cual dió ocasion el haber entonces rompido guerra Francia con España, viniendo el Delfin Enrico con ejército poderoso á Perpiñan, y el ver dos clérigos, el uno francés y otro español, en aquel hábito, en tiempo tan sospechoso. Tuvieron noticia desta prision los Cardenales de Turnon y Gadi, que á la sazon se hallaron en Leon, y mandáronlos sacar della, y dándoles liberalmente en que ir, y lo necesario para su camino, los enviaron muy honradamente á Roma.

Entre tanto que esto pasaba, en el mismo año de 1541, fué de Alemania con el doctor Ortiz á España el Padre Fabro, y en su lugar partió para Alemania por órden de Su Santidad el Padre

Bobadilla, despues de haber hecho en Roma su profesion. De manera que como de lo dicho en este capítulo se colige, dentro de un año entero, despues que la Sede apostólica confirmó la Compañía, ya estaba esparcida por las provincias de Italia, Francia, España, Alemania, Irlanda, Portugal y la India.





CAPÍTULO V.

CÓMO SE FUNDARON LOS COLEGIOS DE COIMBRA, GOA, Y LA CASA DE ROMA.

ESTANDO las cosas de la Compañía en el estado que dicho es, el Rey de Portugal don Juan el tercero, despues de haber enviado al Padre Francisco Javier á la India, con el gran cuidado que tenia de la salvacion de aquellas almas, trató de buscar manera como cada año pudiese enviar á ella algunos de los nuestros: y así se determinó de hacer un colegio de nuestra Compañía, que fuese un seminario señaladísimo y muy principal, donde se criase gente della en aquel reino: y para esto añadió este colegio á la insigne universidad de Coimbra, que poco ántes el mismo Rey habia fundado.

Fué este colegio de Coimbra orígen y principio de todos los demas que en aquel Reino se han fundado. Para la fundacion deste colegio envió nuestro B. Padre al Maestro Simon algunos de los más aprovechados varones y mozos que habian entrado en la Compañía, y estaban en Roma y en París: y fué esto el año de 1541. Pues viene á propósito, no quiero, aunque de paso, dejar de decir la manera cómo en aquel tiempo enviaba

nuestro B. Padre á nuestros hermanos á tierras y provincias tan apartadas.

Iban peregrinando á pié, y aunque no todos de un hábito, todos pobremente vestidos. Iban pidiendo limosna, y della vivian. Recogíanse á los hospitales donde los habia: cuando no hallaban de limosna que comer, ó donde dormir, socorríanse con algun dinerillo que para este fin y para semejante necesidad llevaban guardado. Predicaban en las plazas segun la oportunidad y tiempo que hallaban. Animaban á todos los que topaban á la penitencia de sus pecados, á la confesion y oracion, y á todo género de virtud. Saliendo de la posada se armaban con la oracion, y en entrando tambien se recogian á ella. Confesaban y comulgaban los domingos, ó más á menudo los que no eran sacerdotes. Habia entre ellos suma paz y suma concordia, y tenian el ánimo siempre regocijado.

Era tan grande el deseo que tenian de trabajar por Cristo, y tan encendido de padecer por su amor, que no se acordaban ni de los trabajos ni de los peligros de tan prolijos caminos. Mandábales el Padre, que el más flaco y que ménos podia andar, fuese delante de todos, para que la regla y medida de su camino en el andar y en el parar, fuese lo que aquel podia, y los más fuertes siguiesen á los más flacos. Y porque no habia entonces colegios de la Compañía en que albergarse, y porque por no ser aun ella conocida, no tenian devotos ni personas que los acogiesen en tiempo de alguna necesidad, ordenaba el Padre (y así se guardaba) que si alguno enfermase en el camino de manera que no pudiese pasar adelante, se detuviesen todos con él, y le guardasen algunos pocos dias. Y si la enfermedad pareciese larga, quedáse uno de los compañeros con el en-

fermo, y que este fuese el que era más á propósito para servirle y regalarle, señalándole para ello el que iba por superior.

Desta manera, pues, iban los nuestros en aquellos principios, desde Roma á París y á España. Desta manera vinieron á Portugal los que dieron principio al colegio de Coimbra, los cuales fueron del Rey muy bien recebidos. Y mientras en Coimbra se aparejaban las cosas para el colegio, se detuvieron algunos dias en Lisboa, y dieron tambien principio á la casa de san Antonio de aquella ciudad. Pero tambien en la India comenzó la Compañía á fructificar luego que la virtud y prudencia del P. Francisco Javier fué tratada y conocida, como lo contaremos en su lugar. Porque el año de 1542 se dió á la Compañía en Goa (que es la cabeza y la más principal ciudad que tiene el Rey de Portugal en la India) un colegio que estaba ya fundado para criar y enseñar á los hijos de los gentiles que se convirtiesen á nuestra santa fe. Fué dado á los nuestros, para que tuviesen en él cuidado de instruir á aquellos niños en la vida y dotrina cristiana; y para que pudiesen acoger á sus hermanos, que de nuevo les enviasen de Portugal; y tambien para que los que de aquella tierra quisiesen entrar en la Compañía, tuviesen allí su casa de probacion; finalmente, para que fuese aquel colegio un castillo roquero para defensa de nuestra fe, contra los enemigos della.

De tan pequeños y bajos principios fué mucho lo que crecieron estos dos colegios de Coimbra y de Goa; porque llega el de Coimbra á tener más de docientas personas, y el de Goa á ciento y veinte. Y en el uno y en el otro se enseñan públicamente todas las diciplinas y artes liberales que á un teólogo suelen ser necesarias. Así que

podemos decir con verdad, que á estos dos colegios se debe casi todo el fruto que con la divina gracia ha cogido la Compañía en Japon y en la China, en la Persia, en la Etiopia, y en otras muchas naciones ciegas, por estar sin el conocimiento verdadero de Dios. Y de lo dicho tambien se saca, que de todos los colegios que en la Compañía hasta ahora se han fundado, tiene el primer lugar el de Coimbra, comenzado entonces y despues acabado con la liberalidad y grandeza del serenísimo Rey de Portugal D. Juan el tercero. De los colegios digo que este es el primero, porque la casa de Roma es la madre de toda la Compañía, de la cual como de primer principio y cabeza, por la industria y buen gobierno de nuestro B. P. Ignacio, nacieron todos los otros, que como colonias se fueron multiplicando y extendiendo por tan diversas naciones y tierras.

La cual casa de Roma podemos decir que nació juntamente con la misma Compañía y en un mismo tiempo: pues al cabo del año de 1540 nos fué dado por la buena diligencia y caridad del Padre Pedro Codacio el templo que llaman de Nuestra Señora de la Estrada, que era parroquia. El cual cuando se nos dió era muy pequeño y angosto, y despues no pudiendo caber en él la mucha gente que concurria á oir la palabra de Dios, se fué ensanchando con varias trazas y añadiduras, hasta que el año de 1568, Alejandro Farnesio, Cardenal y Vicecanciller de la santa Iglesia romana, príncipe de grande autoridad y prudencia, nos comenzó á hacer un templo suntuosísimo, de una traza y obra maravillosa para su enterramiento, pareciéndole que, pues desde el principio de la Compañía, él habia sido singular patron y protector della, que era bien llevarlo con esta obra tan señalada adelante. Y demas

de adornar con ella su ciudad, y hacer este comun beneficio así á los ciudadanos como á los extranjeros, quiso que quedase perpetuada la memoria de la merced que en su primera confirmacion la Compañía y toda la cristiandad en ella habia recebido de Dios Nuestro Señor por mano del Sumo Pontífice Paulo III, cabeza de su casa y familia.

Y cierto que era justo que pues la casa Farnesia fué la primera que fundó y estableció la Compañía, que este ilustrísimo Cardenal, que fué ornamento y honra de su casa, tuviese su asiento y primer lugar en aquella casa é iglesia de la misma Compañía, que es madre y cabeza de todas las demas.

Tambien el año de 1543 nos añadieron á la iglesia de santa María de la Estrada, otra junto á ella, que se llamaba san Andrés, que por su vecindad nos venia muy á propósito, y esto por mandado de Su Santidad, procurándolo y negociándolo Filipo Archinto, Obispo de Seleucia, y Vicario del Papa en la ciudad de Roma; lo cual pasó desta manera. Visitaba el Vicario Archinto todas las iglesias de Roma, por órden de Su Santidad, y viniendo á la iglesia de san Andrés, que era tambien parroquia, hallóla desamparada de su cura y encomendada á una mujer. Supo esto el Pontífice, y enojándose de tan grande desórden, como era razon, determinó por aviso del Vicario de dar esta iglesia á los nuestros, que en la iglesia de santa María de Estrada allí junto confesaban y predicaban, con notable concurso y fruto de las ánimas. Hízose así, y aunque despues no faltó quien lo contradijese, todavía pasó adelante la voluntad y determinacion del Pontífice, y se dió la posesion della á la Compañía, y comenzóse el mismo año á labrar en ella la casa

en que ahora vivimos en Roma. Y porque la cura de las almas no nos fuese estorbo, como cosa ajena de nuestro instituto, se traspasó la de la una iglesia y de la otra, con todas sus rentas y provechos, á la iglesia de san Marcos, que está allí cerca, y es muy antigua y principal parroquia en Roma.





CAPÍTULO VI.

CÓMO SE FUNDÓ EL COLEGIO DE PADUA.

Por el mismo tiempo, á instancia de la Señoría de Venecia, fué el P. Maestro Lainez enviado por el Sumo Pontífice á aquella ciudad el año de 1542, para que enderezase y llevase adelante ciertas obras de caridad que allí se comenzaban. Del cual, como hiciese escogidamente su oficio, tuvo noticia Andrés Lippomano, Prior de la iglesia de la santísima Trinidad, persona ilustre en sangre, y de gran fama de virtud y cristiandad; y por sus importunos ruegos se fué el P. Lainez á posar á su casa. Fué tanto lo que de su trato y de su vida el Prior se edificó, y tanto lo que se pagó de su ingenio y de todo el instituto de la Compañía cuando lo entendió, que luego trató con él de hacer un colegio della en Padua; porque tambien tenia en aquella ciudad otro priorado, que llamaban de la Madalena, que era de la órden y hospital de los caballeros de santa María de los teutónicos, instituida antiguamente de aquella nacion, cuando pasaban á la conquista de la Tierra santa los alemanes.

Este priorado determinó Lippomano de dar para la fundacion del colegio, y mientras se impetraba de la Sede apostólica la union del priorado, quiso sustentar en aquella ciudad algunos de los nuestros, por gozar no solamente de la es-

peranza del fruto venidero, mas tambien del provecho presente. Y así el año de 1543, envió nuestro B. Padre Ignacio desde Roma algunos hermanos á Padua, para que se juntasen con Juan de Polanco, español, y Andrés Frusio, francés, que ya estudiaban en aquella universidad, y echasen los cimientos de aquel colegio. Y el año de 1546 se alcanzó del Papa Paulo III lo que se deseaba, y por sus letras apostólicas se unió aquel priorado á la Compañía.

Mas despues el año de 1548, pidiendo los nuestros á la Señoría de Venecia que los pusiese en la posesion dél, un caballero hermano del Prior Lippomano, que pretendia el priorado para un hijo suyo, lo procuró estorbar con todas sus fuerzas: y como Senador que era en aquella República, y tan principal, daba bien en qué entender á los Padres Lainez y Salmeron, que de parte de la Compañía trataban el negocio. A los cuales como á hombres advenedizos y pobres, les acaeció una vez, que entrando en el Senado para dar razon de su demanda, como tenia tanta parte en él este caballero, tanta burla hicieron dellos, que no faltaba sino silbarlos y patearlos. Mas despues que se sosegaron, habló el Padre Lainez de tal manera, que acabado su razonamiento, se levantaron en pié todos los senadores, y los saludaron con muestras de mucha cortesía, maravillados no ménos de la prudencia y eficacia en el decir, que de la modestia y humildad del orador.

Hallaban todavía grandes dificultades, porque los contrarios eran muy poderosos, y el negocio en sí era árduo y odioso en aquella República. Y así teniéndolo ya casi por desahuciado, y no viendo ninguna buena salida en él, escribió Lainez á nuestro Padre Ignacio en qué términos estaba, pidiéndole que para que Nuestro Señor le diese

buen suceso, dijese una misa por aquel negocio, porque él no hallaba otro remedio. Dijo el Padre la misa, como se le pedia, el mismo dia de la Natividad de Nuestra Señora; y acabada escribió á Lainez: «Ya hice lo que me pedistes, tened buen ánimo, y no os dé pena este negocio, que bien le podeis tener por acabado como deseais.» Y así fué, porque ocho dias despues que se dijo la misa, que fué la octava del nacimiento de Nuestra Señora, se juntó sobre este negocio el consejo, que en Venecia llaman Pregay, y conformándose los votos de casi todos los Senadores, se mandó dar la posesion á los nuestros. Espantáronse mucho los hombres pláticos de aquella República, y tuvieron por cosa maravillosa y nunca vista, que contra un ciudadano, caballero, y tan principal, en junta de casi docientos y cincuenta Senadores, y entre ellos de tantos parientes y amigos suyos, hubiesen tenido tanta parte unos hombres pobres, forasteros y extraños, porque solos tres votos tuvo él en su favor.

Y para que este suceso no se pudiese atribuir á los hombres, sino á Dios, el dia que esto se determinó en el Senado, no vinieron á él los Senadores que más favorecian nuestra causa; y tambien para que nosotros aprendiésemos, á no estribar ni poner nuestras esperanzas en las criaturas, sino en Dios Nuestro Criador. El cual aún convirtió en bien y favor de sus siervos, lo que los contrarios tomaron por medio para nuestro mal. Porque como se hubiesen dicho muchas cosas de los que en el colegio de Padua entonces viviamos, y los adversarios hubiesen por todas las vias procurado hacernos sospechosos y odiosos á aquella República, por decreto del Senado se vino á hacer con mucho exámen, inquisicion de nuestra vida, dotrina y costumbres: y quiso

Nuestro Señor por su bondad, sin saberlo nosotros, que los que fueron á tomar la informacion, la hallaron de manera, que escribieron al Senado lo que bastó, no solamente para librarnos de toda sospecha, pero para tener entero crédito de la virtud y verdad que trata la Compañía. Y esto fué gran parte para que se tomase la resolucion que se tomó, y se nos mandase dar la posesion.

Y para tornar el año de 1542 de que comenzamos á tratar, este mismo año de 1542 entraron los nuestros en Flandes, no tanto por su voluntad, cuanto por una necesidad que se ofreció. Porque como repentinamente se hubiese encendido la guerra entre el Emperador Cárlos V y el Rey de Francia Francisco, fueron echados de Francia todos los españoles y flamencos que en ella estaban. Hallámonos á la sazon en París, quince ó dez y seis de la Compañía, parte españoles, parte italianos; de los cuales para cumplir con los editos reales, quedándose en París los italianos, los españoles hubimos de salir á Flandes (por ser provincia del Emperador y la más vecina y segura), llevando por nuestro superior al Padre Jerónimo Domenech, para proseguir en la universidad de Lovayna nuestros estudios.

Fué tanto lo que, con el ejemplo de los nuestros y con los sermones en latin del Padre Francisco de Estrada, se movió aquella universidad, que muchos estudiantes escogidos, mozos, y hombres ya en dotrina y autoridad señalados, se llegaron á nuestro instituto y entraron en la Compañía, los cuales se confirmaron más y establecieron en ella con los consejos del Padre Maestro Fabro, que habiendo vuelto de España por Alemania la Alta, era venido á Alemania la Baja: y este fué el primer principio por donde se vino á fundar y extender la Compañía en los Estados de Flandes.



CAPÍTULO VII.

CÓMO EL PAPA DE NUEVO CONFIRMÓ LA COMPAÑÍA, Y LE DIÓ FACULTAD PARA RECEBIR EN ELLA TODOS LOS QUE QUISIESEN ENTRAR.

Viendo, pues, nuestro B. P. Ignacio que no sólo se inclinaban á ser de la Compañía mozos hábiles y de mucha expectacion, sino tambien hombres eruditos y graves y que se ofrecian fundaciones de colegios, y que los suyos por do quiera que andaban hacian gran fruto, y que no podian por la prohibicion del Sumo Pontífice hacer profesos en la Compañía á todos los que Dios Nuestro Señor á ella llamaba, procuró con todo cuidado, y suplicó á Su Santidad, que tuviese por bien de confirmar de nuevo la Compañía, y de extender aquel breve número que en su primera aprobacion habia tasado, y abrir la puerta á todos los que viniesen á ella llamados de Dios. Lo cual, como arriba se dijo, el Pontífice hizo con gran voluntad año de 1543, á 14 dias del mes de Marzo, movido del fruto que nuestros Padres con su vida y dotrina hacian tan copioso en la Iglesia de Dios, y esperando que habia de ser mayor para adelante.

Desde este tiempo comenzó nuestra Religion á ir creciendo con notable aumento cada dia más.

En esta sazon habia ya en la ciudad de Parma comenzado á crecer el grano que los Padres Fabro y Lainez habian sembrado, y muchos sacerdotes de la misma tierra, que en la imitacion les eran dicípulos y en el deseo compañeros, hacian el oficio de regar y labrar lo que aquellos Padres habian plantado. Por donde la devocion y piedad de aquella ciudad iba acrecentándose cada dia de bien en mejor.

Mas el enemigo, que nunca duerme para hacernos mal, trabajó cuanto pudo de sembrar sobre esta buena semilla su cizaña por medio de un predicador hereje, el cual despues de haberse arrojado á decir desde el púlpito muchas blasfemias y herejías, para salir con su dañada intencion, viendo que la vida y dotrina de aquellos sacerdotes que he dicho le era grande estorbo, les levantó un falso testimonio, y pretendió desacreditarlos por este camino. Y así se levantó una grande persecucion contra ellos, aunque sin ninguna culpa suya.

Llamaban á estos clérigos los Contemplativos, porque trataban de oracion y meditacion; y aunque ellos no eran de la Compañía, sino amigos della é imitadores de su dotrina y virtud, todavía nos echaban á nosotros su culpa, como á maestros dellos, ó á lo ménos como á participantes en el delito.

Procuró nuestro Padre Ignacio que el Sumo Pontífice supiese de raiz todo lo que pasaba en Parma. Y Su Santidad, indignado gravemente, como era justo, del caso, considerando los daños que en algunas ciudades de Italia se podrian recebir si el veneno de las herejías (como se temia) fuese cundiendo, instituyó una congregacion y tribunal de seis Cardenales escogidos entre todo el sacro Colegio; los cuales con suma potestad fue-

sen inquisidores contra los herejes, y se desvelasen en descubrir y extirpar los enemigos de nuestra santa fe católica. Fué esta traza del cielo, porque este nuevo tribunal, no sólo ha sido provechoso á Roma, mas aún ha dado vida y salud á toda Italia. Tambien procuró con todas sus fuerzas el Padre que lo que se decia contra aquellos clérigos de Parma, se examinase y se viese en contradictorio juicio, y se sacase á luz, porque de pasarse en silencio no resultase alguna nota de infamia en su buena vida dellos, ó en el buen nombre de la Compañía. Y aunque hubo muchos que le contradecian y resistian, al fin salió con su intento. Y así por pública sentencia de Ludovico Milanesio, Protonotario y Vicelegado apostólico, fueron dados por inocentes y libres de toda sospecha é infamia.





CAPÍTULO VIII.

DEL COLEGIO DE ALCALÁ.

Uno de los que arriba en el capítulo quinto deste libro dijimos, que habia enviado nuestro P. Ignacio desde Roma á la fundacion del colegio de Coimbra, el año de 1541, fué Francisco de Villanueva: el cual como por los trabajos del largo camino hubiese caido enfermo, y tuviese poca salud en Portugal, por consejo de los médicos y obediencia de sus superiores, vino á Alcalá para ver si los aires más naturales le serian más provechosos. Adonde hallándose mejor de salud, por órden de nuestro P. Ignacio quedó de asiento; y siendo ya hombre en dias, comenzó á estudiar la gramática y aprender con toda diligencia las declinaciones y conjugaciones, y los demas principios tan desabridos de los niños, por pura obediencia.

En este trabajo gastó dos años con suma pobreza y sufrimiento, y menosprecio de todas las cosas del mundo, mas no con menor fruto y admiracion de los que le conocian y trataban. Porque siendo hombre sin letras, de baja suerte, y áun de nombre no conocido, sin favor humano, de tal manera supo ganar la voluntad de los más graves varones y más doctos de aquella universidad, que maravillados del espíritu y prudencia

que en él veian, acudian á él con sus dudas, y le tenian por maestro de su vida y por guia de sus intentos. Y mayor autoridad le daba acerca de los buenos, la opinion que de su virtud se tenia, que no le quitaba la falta conocida de la dotrina.

Juntáronsele despues otros tres compañeros, con cuyo ejemplo se movieron algunos estudiantes á pedir la Compañía: los cuales recebidos en ella, pasaron grandes molestias y trabajos en sus principios, porque muchos se alteraron con la novedad, y más con un falso testimonio que les levantaron. De la cual sospecha, entendida luego la verdad, fueron los nuestros dados por libres, con testimonio y sentencia pública del Maestro Vela, Rector que entonces era de aquella universidad. Y el colegio de Alcalá, ayudándole Dios con su gracia y muchas personas con su favor y liberalidad, y principalmente el doctor Vergara, Canónigo de la magistral de Cuenca, insigne teólogo y perfeto varon, ha ido en tanto aumento, que le tenemos hoy dia por uno de los mejores colegios de la Compañía, así por el número de los estudiantes como por el fruto que en él se vee.

Sería cosa larga y fuera de mi propósito querer ahora contar cuántos mancebos de excelentes ingénios y de grande expectacion en letras y virtud, y cuántas personas señaladas en sabiduría y prudencia cristiana hayan entrado por la puerta de aquel colegio, en nuestra Compañía, tanto que me parece á mí haber sido el colegio de Alcalá el más principal seminario que la Compañía ha tenido, y como la fuente y principio de fundarla y extenderla en las provincias de España, y por conocer el gran fruto que en este colegio se hace á Nuestro Señor le fundaron, algunos años despues, D.ª María de Mendoza, hija de D. Luis Hurta-

do de Mendoza, Marqués de Mondéjar y Presidente del Consejo Real de Castilla, y D.ª Catalina de Mendoza, hija de D. Iñigo Lopez de Mendoza, asímismo Marqués de Mondéjar, su sobrina, señoras aún más ilustres en religion, recogimiento y toda virtud que en sangre, las cuales con su hacienda, piedad y particular devocion á la Compañía, favorecieron y aumentaron siempre cuanto pudieron el colegio de Alcalá, para gran bien de aquella universidad y de la misma Compañía.





CAPÍTULO IX.

DE LAS OBRAS PÍAS QUE NUESTRO B. P. IGNACIO HIZO FUNDAR EN ROMA.

No solamente tenia cuidado nuestro B. P. Ignacio de las cosas domésticas y de las que tocaban al buen sér y gobierno de la Compañía; mas tambien daba la parte deste cuidado que podia al provecho de la gente de fuera. Y con esta solicitud procuró que se desarraigasen muchos vicios de la ciudad de Roma, que por la mala costumbre ya no se tenian por tales; y que se instituyesen muchas obras de gran servicio de Dios Nuestro Señor, y beneficio espiritual de las almas. Lo primero fué que se pusiese en uso, y se renovase y tuviese su fuerza aquella tan saludable y necesaria decretal de Inocencio III, en la cual se manda que los médicos no hagan su oficio de curar el cuerpo del enfermo, ántes que el ánima esté curada con el santo sacramento de la Penitencia y Confesion; aunque para que mejor se recibiese procuró el Padre que se mitigase el rigor deste decreto con una suave moderacion, y es que pueda el médico visitar á los enfermos una y dos veces, mas no la tercera si no estuvieren confesados. El cual decreto, con esta misma moderacion, dejó perpétuamente establecido, so graves penas, la

Santidad de Pio V, en un propio motu que sobre esto hizo.

Tambien habiendo en Roma tanta muchedumbre de judíos, no habia lugar ninguno donde recebir á los que quitado el velo de la infidelidad, por la misericordia de Dios se convirtiesen al Evangelio de Jesucristo. No habia tampoco maestros señalados que enseñasen é instituyesen en la fe á los que al gremio de la santa Iglesia se quisiesen acoger. No habia renta ninguna ni cosa cierta para sustentar la pobreza destos, y socorrer á sus necesidades. Pues porque no se perdiese tanto fruto, no dudó nuestro Padre, con toda la estrechura y pobreza de nuestra casa, de recoger en ella algunos años los que se querian convertir, y sustentarlos, dotrinarlos y ponerlos despues á oficio donde viviesen entre cristianos como cristianos, y pasar su vida con ménos trabajo. Y así muchos judíos, movidos con la caridad de los nuestros, y con el buen ejemplo de algunos de los suyos, que ya habian recebido el bautismo, se convirtieron á nuestra fe, entre los cuales fueron algunos principales, que importaban mucho para la conversion de los demas. Porque estos con grande eficacia y claridad convencian á los otros judíos, mostrándoles por las Escrituras que el prometido y verdadero Mesías es Jesucristo Nuestro Señor.

Mas porque este bien tan señalado no fuese de poco tiempo y se acabase con sus dias, con todo cuidado é industria procuró nuestro Padre que en Roma se hiciese una casa de catecúmenos en que se recibiesen y sustentasen los que pedian el santo bautismo, y venian al conocimiento de la verdad: la cual, aunque á costa de grandes trabajos suyos, al fin salió con ello, y la puso en perfecion. Y para que no tuviesen estos hombres

tropiezo ninguno, sino que fuese más fácil y llano el camino de convertirse á nuestra santa Religion, alcanzó del Papa Paulo III, que los judíos que de allí adelante se convirtiesen, no perdiesen nada de sus haciendas, como ántes se usaba: ni saliesen con pérdida temporal por la ganancia espiritual é inestimable que hacian en conocer y adorar á Jesucristo Nuestro Redentor, de quien habian de esperar los bienes eternos. Y áun les impetró, que los hijos de los judíos que venian á la fe contra la voluntad de sus padres, los heredasen enteramente como ántes que se convirtiesen, y que los bienes que hubiesen ganado por usuras, de que no se supiesen los dueños (pues la Iglesia puede y suele emplear los tales bienes en pios usos y en beneficio de los pobres) se aplicasen á los mismos que se convertian, en favor del santo bautismo. Á lo cual con grande aviso, despues añadieron los sumos Pontífices Julio III y Paulo IV, y mandaron que todas las sinagogas de judíos que hay en Italia, paguen cierta suma de dineros cada año para el sustento desta casa de los catecúmenos de Roma.

Y otras muchas cosas se hicieron por industria de nuestro Padre Ignacio, así para convidar á estos infieles y traerlos á nuestra santa fe, como para conservarlos en ella. Con lo cual se ha abierto una gran puerta á esta gente para su salvacion, y muchos de los que quedan del desecho de Israel (que dice el Apóstol) se han allegado al conocimiento de Jesucristo Nuestro Redentor.

Habia tambien en Roma gran muchedumbre de mujercillas públicas perdidas, y ardíase la ciudad en este fuego infernal. Porque en aquel tiempo no estaba tan refrenada la libertad de vida en Roma; la cual despues con la severidad de

sus mandatos han reprimido mucho los Sumos Pontífices, y está muy reformada y trocada aquella santa ciudad. No faltaban algunas de aquellas pobres mujeres, que inspiradas de Dios deseaban salir de aquella torpe y miserable vida, y recogerse á puerto saludable de penitencia. Para recebir á las que desta manera se vuelven á Nuestro Señor, hay en Roma un monesterio con título de santa María Madalena, que comunmente se dice de las Arrepentidas; pero no se admiten en él sino las que quieren encerrarse para siempre, y dedicándose á la religion gastar todos los dias de su vida en obras pias de penitencia. Lo cual aunque sea muy bueno, no puede ser tan universal ni extenderse á tantas destas pobres mujeres como sería menester. Porque primeramente muchas dellas por ser casadas no pueden entrar en Religion, y así son excluidas desta guarida, y habríaseles de dar donde se recojan, hasta que se tratase de reconciliarlas con sus maridos, porque no caigan en peligro de la vida por buscar la castidad y limpieza.

Tambien hay otras que aunque desean salir de aquel mal estado, no por eso sienten en sí fuerzas para seguir tanta perfecion; porque no todos los que acaban consigo de apartarse de lo malo, se hallan luego con caudal para seguir lo mejor. A estas tambien se les niega la entrada por sus estatutos en el monesterio de las Arrepentidas.

Y así nuestro B. P. Ignacio mirando estas dificultades, y deseando aprovechar á todo este género de personas, de manera que no hubiese ninguna dellas que por achaque de no tener que comer, dejase de apartarse de vida tan abominable y mala, procuró que se instituyese una nueva casa en que todas pudiesen ser recebidas.

Comunicando, pues, este su disignio y obra tan

caritativa y provechosa, con muchos señores y señoras principales, para que con su autoridad y limosna pudiese tener efeto, todos se ofrecieron de ayudar, cada uno con lo que pudiese, si se hallase quien como autor y dueño se quisiese encargar della. Porque cada uno temia de tomar sobre sí todo el peso del negocio, y queria más entrar á la parte como compañero á ayudar esta obra, que como principal encargarse de toda ella. Mas como por esta causa viese nuestro P. Ignacio que ninguno comenzaba, y que se pasaban los dias y los meses sin ponerse en efeto lo que él tanto deseaba y tanto cumplia al servicio de Dios Nuestro Señor, por quitar al demonio la ocasion de más dilatarla, se determinó de comenzarla, usando de la industria que diré.

De una plaza nuestra que está en Roma delante de nuestra Iglesia, sacaba en aquella sazon Pedro Codacio, Procurador de nuestra casa, unas piedras grandes de las ruinas y edificios de la antigua ciudad de Roma. Dícele pues el Padre al Procurador: «Vendedme estas piedras que habeis sacado, y hacedme dellas hasta cien ducados.» Hízolo así el dicho Procurador, en tiempo que pasábamos harta necesidad, y dió los cien ducados al Padre; el cual los ofreció luego para aquella santa obra diciendo: «Si no hay quien quiera ser el primero, sígame á mí, que yo lo seré:» siguiéronle otros muchos, y así se comenzó y acabó aquella grande obra en el templo de santa Marta, donde se instituyó una cofradía y hermandad que se llama Nuestra Señora de Gracia, que tiene cuidado de llevar adelante esta obra, y de recoger, amparar y proveer á semejantes mujeres.

Y era tanta la caridad y celo de nuestro bienaventurado Padre para salvar las almas destas

pobrecitas, que ni sus canas, ni el oficio que tenia de Prepósito general, eran parte para que él mismo en persona dejase de llevarlas y de acompañarlas por medio de la ciudad de Roma, cuando se apartaban de su mala vida, colocándolas en el monesterio de santa Marta, ó en casa de alguna señora honesta y honrada, donde fuesen instruidas en toda virtud. En esta obra de tanta caridad muy particularmente se señaló y resplandeció la bondad y santo celo de D.ª Leonor Osorio, mujer de Juan de Vega, que era entonces Embajador del Emperador D. Cárlos en Roma.

Solian algunos decir al Padre que por qué perdia su tiempo y trabajo en procurar el remedio destas mujeres, que como tenian hechos callos en los vicios, fácilmente se tornaban á ellos. A los cuales respondia él: «No tengo yo por perdido este trabajo, ántes os digo, que si yo pudiese con todos los trabajos y cuidados de mi vida, hacer que alguna destas quisiese pasar sola una noche sin pecar, yo los tendria todos por bien empleados, á trueque de que en aquel breve tiempo no fuese ofendida la Majestad infinita de mi Criador y Señor, puesto caso que supiese cierto, que luego se habia de volver á su torpe y miserable costumbre.»

No ménos trabajó en que se socorriese á la necesidad y soledad de los huérfanos; y así por su consejo é industria se hicieron dos casas en Roma, la una para los niños, y la otra para las niñas que se hallan sin padre y madre y quedan desamparados y sin humano remedio; para que allí tuviesen asegurada su castidad, y el mantenimiento necesario para los cuerpos, y la dotrina é instrucion conveniente para las almas, aprendiendo juntamente los oficios en que despues de crecidos sirviesen á la República.

Tambien buscó manera para socorrer á muchas doncellas, y evitar el peligro en que suele estar puesta su limpieza, ó por descuido ó poca virtud de las madres, ó por necesidad y pobreza que tienen. Y para este efeto se fundó en Roma aquel loable y señalado monesterio de santa Catalina, que comunmente llaman de Funariis; en el cual se recogen, como á sagrado, las doncellas que se veen estar en peligro de perderse. Estas son, pues, y otras cosas deste jaez, las que nuestro Padre hizo en Roma, ordenadas todas para el bien de los prójimos y para la salud de las almas. Y en hacerlas tenia esta órden: comunicaba su determinacion con hombres graves y cuerdos, y amigos de todo lo bueno, y particularmente inclinados á obras de caridad. Entre los cuales los que más se señalaron eran Diego Crecencio, caballero romano, muy amigo suyo, y dado á todas las cosas de piedad, y Francisco Vanucio, Limosnero mayor del Papa Paulo III, y Lorenzo del Castillo: de los cuales nuestro Padre se valia mucho, no sólo para oir su consejo, mas para ayudarse de su favor é industria.

Ventiladas entre ellos y allanadas las dificultades de la obra que querian hacer, se iban á representarla á algunos hombres principales, ricos y devotos, para que con su autoridad y limosna se le diese principio y se sustentase. Y lo primero era escoger algun Cardenal de la santa Iglesia, el que parecia más á propósito para ser protector de la tal obra; despues hacian su hermandad, escribian sus estatutos, ponian sus leyes y daban la órden con que ella se habia de gobernar y tener en pié. Hecho todo esto, viendo nuestro B. P. que ya podia andar por sus piés, y que sin él se podia conservar, se salia á fuera dando su lugar á otro. Y poco á poco se aplicaba

luego á comenzar otras semejantes obras. Porque era tanta su caridad, que no podia acabar consigo estar ocioso; sino que siempre andaba tratando cosas de nuevo, que acarreasen provecho y hiciesen bien á los hombres para su salvacion.





CAPÍTULO X.

CÓMO SE FUNDARON EN DIVERSAS PARTES NUEVOS COLEGIOS.

GRANDE era el celo y la solicitud con que nuestro B. P. se empleaba en estas cosas en Roma, siempre atento y puestos los ojos en procurar la mayor gloria divina; mas mucho mayor era el amor con que Dios Nuestro Señor galardonaba este su cuidado, que el mismo Dios le habia dado de su servicio, acrecentando la Compañía, y moviendo los corazones de las gentes para que de muchas partes llamasen á los nuestros, y procurasen tenerlos consigo, y les diesen casas y todo lo necesario. Y aunque siendo tan pocos, como entonces eran, no se podia satisfacer á todos los que lo pedian, mas procuraba el Padre de repartir los hijos que tenia, y distribuirlos por aquellos lugares, en los cuales, consideradas las circunstancias, se esperaba que resultaria mayor fruto en el divino servicio.

Por esta causa habiendo el Padre Jerónimo Domenech (que mucho ántes se habia dedicado á la Compañía) ofrecido toda su hacienda, para que della se fundase un colegio en Valencia, de donde él era natural, nuestro Padre considerada la amplitud y nobleza de aquella ciudad, la frecuencia de la universidad, y la abundancia de pueblos que tiene en su comarca para hacer salidas y aprovechar á las almas, envió á Valencia

al Padre Diego Miron (que de París habia venido á Coimbra el año de 1541, y habia tenido algun tiempo cargo de aquel colegio), y despues envió algunos otros el año de 1544, para que diesen principio al colegio de Valencia. Lo cual ellos hicieron con toda diligencia y fidelidad. Y el año de 1545 se le aplicó por bulas apostólicas alguna renta eclesiástica, con la cual más se estableció; y despues acá ha florecido cada dia más aquel colegio, así con la copiosa cosecha de muchos estudiantes que allí han entrado en la Compañía, como con el grande fruto, que en los naturales de aquella ciudad, por la misericordia de Dios Nuestro Señor, siempre se hace.

En este mismo tiempo, los Padres Pedro Fabro y Antonio de Araoz vinieron de Portugal á Castilla, enviados del Rey de Portugal D. Juan el tercero, con la Princesa D.ª María su hija, que venia á casarse con el Príncipe de España D. Felipe. Llegados á Valladolid, donde á la sazon estaba la Corte, fueron las primeras piedras que Dios Nuestro Señor puso para el edificio del colegio de aquella villa. El cual aunque fué pequeño y muy estrecho al principio, despues creció tanto, que así por la frecuencia y grandeza del pueblo, como por el mucho fruto que en él se hace, ha sido necesario añadir al colegio otra casa de profesos.

Tambien se dió entonces principio al colegio de Gandía; el cual levantó desde sus cimientos, don Francisco de Borja, Duque de aquel estado, en muy buen sitio, y con singular devocion y liberalidad le acabó y le dotó de buena renta. Al cual envió nuestro Padre Ignacio desde Roma cinco de los nuestros, el año de 1545. Los cuales se juntaron en España con otros y fueron los primeros moradores del colegio de Gandía.



CAPÍTULO XI.

DE LA MUERTE DEL PADRE PEDRO FABRO.

El principal instrumento que Dios tomó con el Duque de Gandía para la fundacion del colegio della, fué el P. M. Pedro Fabro; el cual pasó desta vida á la inmortal en Roma, el primero dia de agosto del año de 1546. Nació este admirable varon en una aldea del ducado de Saboya, llamada Villareto, en la diócesis de Geneva, el año de 1506: sus padres eran labradores y de baja suerte, mas hombres muy cristianos y devotos. Crióse en casa dellos de tal manera, que desde su niñez daba muestras de la eleccion con que Dios le habia escogido por una de las principales colunas sobre que queria fundar esta santa Religion. Porque desde la edad de siete años comenzó á sentir en sí grandes estímulos y deseos vivos de toda virtud; y á los doce, fué su corazon tan encendido y abrasado del amor de la castidad y limpieza, que hizo voto della.

Tuvo tan grande inclinacion al estudio de las letras, que por sus importunos ruegos fué su pobre padre forzado á sacarle del oficio de pastor y de andar tras el ganado, y ponerle á la escuela; en la cual dió muestras de rara habilidad. Habiendo aprovechado en las primeras letras medianamente, á los dez y nueve años de su edad fué enviado á París, á donde acabó el curso de la

filosofía, alcanzando honoríficamente el grado de maestro en artes. Era en este tiempo muy acosado de escrúpulos, y tan afligido, que trataba de irse á vivir á un desierto, y sustentarse de las yerbas y raices del campo, ó hacer otra vida más áspera, para desechar de sí aquella congoja y aflicion de espíritu tan grande que padecia.

Mas andando en estas trazas sin hallar descanso, trató, como dijimos, con nuestro Padre, con cuya santa conversacion y saludables consejos quedó del todo libre y sosegado; y fué el primero de los compañeros que se determinó de seguirle é imitarle en toda pobreza y perfecion. Acabados los estudios de teología, vino con los otros compañeros á Italia, como hermano mayor y guía de todos ellos. De Roma le envió el Sumo Pontífice á Parma, y de allí á Alemania, y despues á España con el doctor Ortiz, de donde dió la vuelta otra vez á Alemania; en la cual hizo muy señalado fruto. Porque con la vida ejemplar, y con la autoridad de su excelente dotrina, y con la gravedad y prudencia que tenia en el conversar, ganó las voluntades de los Príncipes católicos de aquella nacion. Fué muy acepto á Alberto, Cardenal de Maguncia, y estuvo mucho tiempo con él, y declaró los salmos de David en los estudios públicos de Maguncia. Fué grande amigo de Oton, Cardenal de Augusta, Obispo que entonces era de Espira, y de otros muchos Príncipes y señores católicos.

Reprimió valerosamente el ímpetu y furor de los herejes, y disputó muchas veces con sus maestros y caporales, y particularmente con Bucero, con tanta erudicion y fuerza, que si ellos no estuvieran obstinados en su malicia, fácilmente pudieran conocer la verdad. Tuvo admirable don y espíritu de orar por los heresiarcas y por toda

Alemania, y sentia y decia claramente, que la Religion católica sería restituida á su entereza y antigua puridad en aquellas partes, cuando la ira de Nuestro Señor se hubiese aplacado con la sangre de algunos buenos y santos católicos derramada por su fe.

De los alemanes que ganó para la Compañía, el primero fué el Padre Pedro Canisio; el cual, movido por la fama que tenia el Padre Fabro, vino de Colonia á Maguncia solamente por verle y comunicarle. El huésped que tuvo en Maguncia, por su conversacion se dió todo á Nuestro Señor, y se hizo monje cartujo. En Colonia predicó muchas veces en latin en los monesterios de religiosos, y en la universidad con grande espíritu, gravedad y dotrina: y en aquella ciudad particularmente reverenciaba las reliquias de las santas vírgenes Ursula y sus compañeras, y estaba muchas veces y grandes ratos postrado delante de la capilla donde están sus huesos sagrados, la cual allí llaman la cámara áurea con mucha razon, por el tesoro precioso é inestimable que hay en ella. Diciendo misa en aquel santo lugar, tuvo grandes ilustraciones y revelaciones de Nuestro Señor, como tambien en otras partes.

Tuvo gran pecho y fortaleza para no hacer caso de las calunias de los herejes, ni de las amenazas de los hombres furiosos y atrevidos, ni de las murmuraciones y dichos de los que poco saben, á trueque de servir á Nuestro Señor, y defender siempre la verdad católica, y reprimir el furor de los herejes. Y con el buen olor que de nuestra Compañía derramó por todas partes, le abrió la puerta para que ella entrase en aquellas provincias; las cuales en otro tiempo fueron tan religiosas, como al presente son miserablemente inficionadas y necesitadas de socorro.

Sembró el Padre Fabro en aquel campo con lágrimas, el fruto que agora los nuestros cogen con alegría. Movia tanto la vida y ejemplo deste buen Padre, que por su respeto los monjes cartujos que se habian juntado á capítulo, quisieron tener una santa hermandad y alianza con nuestra Compañía; por la cual nos hicieron particioneros de todas sus buenas obras y merecimientos.

Despues fué el Padre Fabro á Portugal y á Castilla, y por toda España. En los cuales reinos fué singularmente amado y reverenciado de todos cuantos con él trataban. Finalmente, viniendo de España por mandado del Sumo Pontífice, para hallarse en el sacro Concilio de Trento, y entrando en Roma en lo recio del estío, cayó malo de una enfermedad que en pocos dias le acabó la vida. Suplieron bien la falta que Fabro hizo en el Concilio, los Padres Lainez y Salmeron, que ya entonces estaban en él como teólogos de la Sede apostólica.

Fué Fabro varon de grande virtud y dotrina. Tuvo admirable don de conocer y discernir espíritus, y gracia de sanar enfermos. Fué hombre muy ejercitado en la contínua oracion y contemplacion, y de tanta abstinencia, que llegó alguna vez á no comer bocado ni beber gota en seis dias enteros. Era obedientísimo y gran despreciador de sí mismo. Zelaba siempre la gloria de Dios y la salud de los prójimos. En el razonar de las cosas de Dios, parecia que tenia en su lengua la llave de los corazones; tanto los movia y aficionaba: y no era menor la reverencia que todos le tenian por la suave gravedad y sólida virtud que resplandecia en sus palabras, que el amor con que los tenia ganados.

Comunicábasele Dios Nuestro Señor, y regalaba su alma con maravillosas ilustraciones y re-

velaciones divinas, como se vee, parte en un libro que él escribió como memorial de lo que pasaba por ella, lleno de espíritu y devocion, parte en una carta que escribió desde Alemania al Padre Lainez, el año de 1542. Escribia Fabro á Lainez, y trataba con él con tanta llaneza y hermandad, como con su propia alma; porque era grandísima la semejanza que en estos dos Padres habia de espíritu y celo, y muy entrañable entre ellos la union de amor y caridad. Y para que esto mejor se vea, quiero poner aquí á la letra un capítulo, sacado de aquella carta que á Lainez envió; en la cual Fabro le da cuenta de sí, diciendo, aunque era saboyano, estas formales palabras en su castellano:

«Pluguiese á la Madre de Dios Nuestro Señor, »que yo pudiese daros noticia de cuánto bien ha »entrado en mi alma y quedado, desde que yo os »dejé en Plasencia, hasta este dia presente; así en »conocimiento, como en sentir sobre las cosas de »Dios Nuestro Señor, de su Madre, de sus santos »ángeles y santos, almas del cielo y del purgato- »rio, y de las cosas que son para mí mismo, so- »bre mis altos y bajos, mis entrares en mí mismo, »y salires, mundar el cuerpo, y el alma, y el es- »píritu; purificar el corazon, y desembarazarlo »para recebir los divinos licuores, y retenerlos, y »mantenerlos, pidiendo para todo gracias diver- »sas, buscándolas y pulsando por ellas. Asímis- »mo cuanto toca al prójimo, dando Nuestro Se- »ñor modos y vias, y verdades y vidas para co- »nocerle, y sentir sus bienes y sus males en Cris- »to, para amarle, para soportarle, y padecerle, y »compadecerle, para hacer gracias por él, y pe- »dirlas, para buscar perdones por él, y excusa- »ciones hablando bien por él, delante su divina »Majestad, y sus santos. En suma digo, hermano

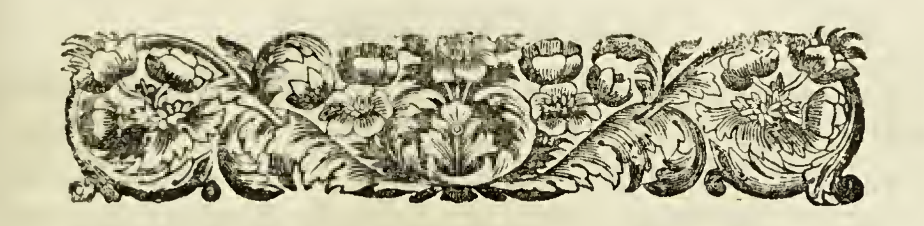
»mio, Maestro Lainez, que yo no sabré jamás re»conocer, no digo por obras, mas ni aun por pen»samiento y símplice aprehension, las mercedes »que Nuestro Señor me ha hecho, y hace, y está »prontísimo para hacerme, aligando todas mis »contriciones, sanando todas mis enfermedades, »y mostrándose tan propicio á todas mis iniqui»dades. Ipsi gloria, amen. Él sea bendito por to»do, y de todas las criaturas por ello, amen. Él »sea siempre honrado en sí, y en su Madre, y en »sus ángeles, y en sus santos y santas, amen. Él »sea magnificado y sobre todo ensalzado, por via »de todas sus criaturas, amen. Yo digo amen de »mi parte, y os ruego que le alabeis sobre este »vuestro hermano, que yo así lo hago sobre toda la »Compañía.»

Hasta aquí son palabras de Fabro. Y como algunos de nuestros hermanos mostrasen mucho sentimiento por la muerte de un Padre tan principal, que con su vida habia hecho tanto bien á la Compañía, y parecia que podia hacer adelante mucho más, les dijo nuestro Padre Ignacio: «No hay de qué tomar pena por la muerte de Fabro, porque Dios Nuestro Señor nos recompensará esta pérdida, y dará en su lugar otro Fabro á la Compañía, que la acrecentará y ennoblecerá mucho más que el que ahora nos quitó.» Lo cual se cumplió así como él lo dijo. Porque D. Francisco de Borja, Duque de Gandía, no contento de habernos edificado y dotado el colegio de Gandía, determinó de ofrecerse á sí mismo como piedra viva deste edificio espiritual, que Cristo iba levantando, de la Compañía; y así se lo escribió al Padre Ignacio, diciéndole, que determinaba despedirse del mundo, y seguir desnudo al desnudo Jesus en su Compañía. Y fué el primero que hizo profesion en ella despues de la muerte de Fabro;

para que se verificase lo que habia dicho nuestro Padre, y se entendiese que Dios le habia traido en su lugar.

Hizo su profesion el Duque el año de 1547, reservándose, con licencia del Papa, la administracion de su estado algunos pocos años, para pagar en ellos sus deudas, y dar órden á su casa y familia, y juntamente gozar el fruto de su devocion, y hacer desde luego sacrificio de sí mismo. El acrecentamiento que á la Compañía ha dado la divina bondad, tomando por instrumento de sus obras la virtud é ilustre sangre deste su siervo, el mundo todo lo sabe, y la misma Compañía lo reconoce; pues vemos por su mano fundados muchos y muy principales colegios en España, y que movidos con su ejemplo, muchos mozos de excelentes ingenios, muchos de edad madura y prudencia, muchos varones por sangre y por letras señalados é ilustres, han venido á la Compañía, y que han servido y sirven en ella al Señor de todos. Y todo esto vimos hecho por él, áun ántes que fuese Prepósito general.





CAPÍTULO XII.

DE LA CARIDAD Y HERMANDAD QUE USÓ LA SAGRADA ÓRDEN DE LA CARTUJA CON LA COMPAÑÍA.

Y PORQUE habemos hecho mencion de la caridad y benevolencia que la sagrada Orden de los cartujos usó con nuestra Compañía, no será fuera de mi propósito referir aquí particularmente lo que toca á la estima que ha tenido esta santísima Religion, y la aprobacion que con su testimonio ha dado della. Porque el que leyere esto, entenderá cuán suave olor de virtud y santidad derramaron nuestros Padres desde que comenzó la Compañía en todas partes; y cuán admirables fueron á todos los que los trataban con el ejemplo de su vida y conversacion; y los hijos dellos procurarán con el favor del Señor de seguir las pisadas de tales Padres; y toda la Compañía de ser agradecida á los Padres Cartujos, viéndose obligada con tantos y tan estrechos lazos de hermandad y caridad, y conforme á sus pequeñas fuerzas, de pagar esta deuda en la misma moneda.

Fué, pues, tan grande la entereza de vida y santidad de costumbres del Padre Pedro Fabro, que robaba los corazones de todos los que trataba (como habemos dicho), y los suspendia: y así ganó las voluntades de los Padres cartujos del con-

vento de la ciudad de Colonia de tal manera, que ellos mismos de suyo trataron con el reverendísimo Padre Pedro de Sardis, Prior general de la gran Cartuja, y con el capítulo general que en ella se celebró el año de 1544, y procuraron que toda la santa Orden Cartujana hiciese una hermandad con nuestra Compañía, y le comunicase el rico tesoro de sus buenas obras y merecimientos. Lo cual se hizo con grande conformidad y extraordinaria demostracion y alegría de aquellos Padres, como se puede ver por las letras patentes que se despacharon en aquel capítulo, cuyo tenor es el siguiente:

«Fray Pedro, humilde Prior de la mayor Cartuja, »y todos los otros difinidores del capítulo ge»neral de la Orden cartujana, al reverendo en »Cristo Padre y devotos varones Ignacio, Pre»pósito general, y á todos los otros sus herma»nos de la nueva Compañía de Jesus, en cual»quier parte que estuvieren desean aquella sa»lud que el Señor tiene aparejada á los que le »aman.

«Habiendo oido, hermanos en el Señor dilectí»simos, la fama y olor suave de la ejemplar con»versacion de vuestras Reverencias, de su salu»dable dotrina, voluntaria pobreza y todas las »demas virtudes, con las cuales resplandecen en »las tinieblas deste miserable siglo, y procuran de »encaminar por la estrecha senda de la salud á »los que andan descaminados y perdidos, de es»forzar á los flacos, animar y despertar á su apro»vechamiento á los que están en pié, y el fruto »grande que con sus trabajos y ministerios aca»rrean á la santa Iglesia católica: mucho nos habe»mos gozado en el Señor, y le habemos hecho

»gracias por haberse dignado en esta tan grande »calamidad de su Iglesia que padecemos, enviar »nuevos obreros á su viña, acordándose de su mi»sericordia. Y queriendo nosotros cooperar con »nuestra pobreza, y ayudar en esta santa obra á »vuestras Reverencias, les rogamos y pedimos, »por la caridad de aquel Señor que no dudó ofre»cer su ánima en la cruz por nosotros, que no re»ciban en vano la gracia del Señor, sino que per»severen en su santo propósito, y en todas las co»sas se hayan como ministros de Dios, con mucha »paciencia, y no desmayen entre los trabajos y »peligros y persecuciones que se suelen ofrecer á »todos los que quieren vivir cristianamente, por»que si no desmayan, á su tiempo cogerán. Y nos»otros, hermanos, si algo pudiéremos delante el »divino acatamiento con nuestros sacrificios, »oraciones, abstinencias y todos los otros piado»sos ejercicios (de los cuales hacemos á vuestras »Reverencias y á todos sus sucesores en la vida, »y despues de la muerte estrechamente partíci»pes) con muy entera voluntad, ayudaremos sus »piadosos trabajos en el Señor, pidiéndoles por »su amor, que tambien vuestras Reverencias nos »reciban en la comunicacion y participacion de »sus oraciones y buenas obras.

»Dada en la Cartuja, y sellada con nuestro se»llo el jueves despues de la dominica *Cantate*, del »año del Señor de 1544, celebrándose nuestro ca»pítulo general.

SÉLLESE,

P. Prior de la Cartuja.»





CAPÍTULO XIII.

DE LAS PERSECUCIONES QUE SE LEVANTARON CONTRA NUESTRO B. P. IGNACIO EN ROMA, POR LAS BUENAS OBRAS QUE EN ELLA HIZO.

Parecia que con vientos tan prósperos iba segura esta nao de la Compañía, que no habia que temer: mas al mejor tiempo se le levantó una terrible y cruel tormenta, procurada del demonio por sus ministros; pero como tenia á Dios Nuestro Señor por su piloto y capitan, aunque pasó trabajo salió bien dél. Y fué así, que en Roma un hombre habia tomado una mujer casada á su marido; la cual, reconociendo su culpa, deseó apartarse del adulterio, y entrar en el monesterio de Santa Marta, que poco ántes, como dijimos, se habia fundado. Súpolo nuestro Padre, dióle la mano, y púsola en el monesterio: de lo cual el amigo que la tenia recibió tan grande saña y enojo, que siendo como era colérico y atrevido, furioso con la pasion del amor ciego, comenzó, como quien sale de seso, á apedrear de noche el mismo monesterio de santa Marta, y á deshonrar é infamar nuestra Compañía, publicando muchas cosas contra ella, que no sólo eran falsas, sino tan malas, que por su fealdad no se pueden honestamente decir.

Llegó á tanto su atrevimiento, que vino á po-

ner mácula en N. P. Ignacio, y á perseguirle, y á decir mucho mal dél; y cuando topaba él ó los suyos algunos de los nuestros, les decian en la cara tales palabras, y tan afrentosas, y con tanta desvergüenza, que sin asco y horror no se podian oir. Y no contento con esto, confiado en la privanza y favor grande que tenia, hizo libelos disfamatorios, y divulgólos: en los cuales nos acusaba de tantas maldades, y tan abominables sacrilegios, que apénas los nuestros osaban salir de casa, ni tratar con los hombres de su salvacion. Porque cuantos perdidos y desalmados encontraban, ó les decian denuestos é injurias, ó les echaban maldiciones. Y no solamente corria esta infamia entre la gente baja y vulgar, mas áun habia llegado á oidos de los Príncipes y de los Cardenales de la Corte romana, y del mismo Papa Paulo III.

Para resistir á esta infamia, y para que, como con la disimulacion y paciencia habia crecido, no se fuese arraigando y cobrando fuerzas, con daño del servicio de Dios Nuestro Señor y del bien de las almas, suplicó nuestro Padre á Su Santidad que cometiese este negocio á los mejores jueces, y de más entereza que hubiese; y que fuese Su Beatitud servido de mandarles que particularmente tomasen informacion é inquiriesen de los delitos de que aquel hombre nos habia infamado. Cometió el Papa la causa al Gobernador de Roma Francisco Michaelio, y á Filipo Archinto su Vicario general; los cuales hicieron con gran cuidado y diligencia escrutinio é inquisicion de todo lo que se habia dicho y publicado. Y finalmente, el año de 1546 á 11 de Agosto, pronunciaron la sentencia; por la cual habiendo declarado que los nuestros eran innocentes y libres de toda infamia, y honrándolos con muchas alaban-

zas, ponen silencio perpétuo al acusador y tramador de aquellas calunias, amonestándole so graves penas, que mirase de allí adelante por sí, y se guardase de semejantes insultos. Y el mismo Padre Ignacio intercedió y rogó por él, para que no se tocase en su persona, ni se le diese otro más riguroso castigo. Y ganóse con esta blandura, que en fin se vino á reconocer y arrepentir, despues que la ciega aficion de aquel encendido y loco amor se le resfrió, y sanó de aquella miserable dolencia y frenesí; y trocóse de tal manera, que comenzó á amar y reverenciar al médico que tanto habia aborrecido; y hacer tantas y tan buenas obras á los que ántes habia maltratado y perseguido, que recompensó bien la culpa pasada con la benevolencia presente, y el odio con el amor.

Sosegada esta borrasca, se levantó otra no ménos peligrosa, por ocasion de la casa nuevamente fundada en Roma de los catecúmenos. La primera nació del amor deshonesto; y esta segunda de una vehemente ambicion, que no suele ser esta pasion cuando reina y se apodera de un hombre, ménos ciega y desatinada que el amor. Tenia cargo de la casa de los catecúmenos un sacerdote seglar, el cual se dió á entender que N. P. Ignacio en el gobierno della le era contrario, y que se hacia más caso de lo que parecia á N. B. P. que no á él. Entró poco á poco en aquella pobre alma la envidia y pesar desto de tal manera, que embriagó, y ciego del odio y rancor, se determinó de perseguirle é infamar la Compañía. Aquí decia que éramos herejes, allí que revelábamos las confesiones y otras cosas escandalosas y malsonantes; y el remate de sus pláticas era, que habian de quemar á N. P. Ignacio en vivas llamas. Mas como él ardia en otro fuego del divino amor, no hizo caso deste miserable hombre, ni de lo

que decia y hacia, ántes tuvo por mejor vencerle con el silencio, y rogando por él á Dios, que suele responder por sus siervos cuando ellos callan por su amor: y así lo hizo en este caso, que no dejó sin castigo aquella maldad y calunia. Viniéronse á descubrir, sin que N. P. Ignacio lo supiese, tales cosas de la vida deste pobre clérigo (las cuales él con arte habia disimulado y encubierto muchos dias), que por sentencia pública fué condenado en juicio, y quedó perpétuamente suspenso del oficio sacerdotal, y privado de todos los beneficios y oficios que tenia, y encerrado en una cárcel por todos los dias de su vida.





CAPÍTULO XIV.

CÓMO NUESTRO B. PADRE IGNACIO LIBRÓ LA COMPAÑÍA DE TENER CARGO DE MUJERES DEBAJO DE SU OBEDIENCIA.

CASI en el mismo tiempo libró Dios la Compañía de otra suerte de peligro. Porque ciertas señoras, teniendo por una parte gran deseo de servir á Nuestro Señor en perfecion religiosa, y por otra de ser guiadas y regidas por la Compañía, á la cual tenian muy particular devocion, suplicaron al Papa que les diese licencia para vivir en Religion, y hacer su profesion debajo de la obediencia de nuestra Compañía, y así la alcanzaron, y comenzaron á usar della. Fué una destas una matrona honestísima y virtuosísima, natural de Barcelona, llamada Isabel Rosell, de quien nuestro B. Padre Ignacio habia recebido muy buenas obras en París y en Barcelona; de donde ella vino á Roma con deseo de verle, y con determinacion de dejar todas las cosas del mundo, y entregarse toda á su obediencia para ser regida por él.

Deseaba grandemente el Padre (que era muy agradecido) dar á esta señora satisfacion, y consolarla por lo mucho que le debia; mas en esto no pudo dejar de hacerle gran resistencia. Porque aunque su deseo della era pío y santo, juzgaba nuestro Padre que no convenia á la Compañía te-

ner cargo de mujeres, por ser cosa embarazosa y muy ajena de nuestro instituto. Y mostró bien la experiencia que no se movia á sentir esto sin mucha razon; porque es cosa de espanto, cuánta fué la ocupacion y molestia que en aquellos pocos dias qne duró, le dió el gobierno de solas tres mujeres, que esta licencia de Su Santidad alcanzaron. Y así dió luego cuenta al sumo Pontífice, del grande estorbo que sería este cargo, si durase, para la Compañía; y suplica á Su Santidad que á él exonere desta carga presente, y libre á la Compañía de la perpétua congoja y peligro que con ella tendrá: y no permita que los nuestros que han de estar siempre ocupados en cosas tan provechosas, grandes y necesarias, con este cuidado (á que otros pueden atender) de gobernar mujeres sean embarazados.

Aprobó el sumo Pontífice las razones de nuestro B. P. y concedió á la Compañía lo que se le suplicaba, y mandó expedir sus letras apostólicas, por las cuales para siempre son eximidos los nuestros desta carga de regir mujeres que quieran vivir en comunidad, ó de otra cualquier manera, debajo de la obediencia de la Compañía. Fueron expedidas estas letras apostólicas á los 20 de Mayo de 1547. Y no contento con esto nuestro Padre, para asegurar más este punto tan esencial, y cerrar la puerta á los sucesos de adelante, y á tapar todos los agujeros á las importunidades, que con la devocion y buen celo se suelen ofrecer, alcanzó del Papa Paulo III el año de 1549, que la Compañía no sea obligada á recebir cargo de monjas, ó de cualesquier otras mujeres religiosas, aunque las tales impetren bulas apostólicas, si en las tales bulas, de nuestro indulto y de nuestra Orden no se hiciese expresa mencion; que estas son las mismas palabras de nuestro privilegio. Y

así en las Constituciones que dejó nuestro Padre escritas á la Compañía, con grande aviso le quita todo cuidado de gobernar mujeres, que aunque puede ser santo y loable, no se compadece bien con nuestras muchas ocupaciones, ni está tan desamparado que no haya en la Iglesia de Dios quien loablemente se ocupe en él. Y para que mejor nuestros sucesores entiendan lo que nuestro B. Padre Ignacio en esto sentia, y esto se declare con sus palabras y no con las mias, quiero poner aquí una carta que escribió sobre este negocio á la misma Isabel Rosell, cuando más le importunaba que la tuviese debajo de su obediencia, que dice así:

Veneranda señora Isabel Rossell, madre y hermana en Cristo Nuestro Señor.

«Es verdad que yo deseo á mayor gloria divi- »na satisfacer á vuestros buenos deseos, y tene- »ros en obediencia como hasta ahora habeis esta- »do en algun tiempo, poniendo la diligencia con- »veniente para la mayor salud y perfecion de »vuestra alma: tamen para ello no hallando en »mí disposicion ni fuerzas cuales deseo, por las »mis asíduas indisposiciones, y ocupaciones en »cosas, por las cuales tengo principal obligacion »á Dios Nuestro Señor, y á la santidad de Nues- »tro Señor en su nombre. Asimismo viendo con- »forme á mi conciencia, que á esta mínima Com- »pañía no conviene tener cargo especial de due- »ñas con votos de obediencia (segun que habrá »medio año que á Su Santidad expliqué largo), »me ha parecido á mayor gloria divina retirarme »y apartarme deste cuidado de teneros por hija »espiritual en obediencia, mas por buena y pia- »dosa madre, como en muchos tiempos me ha- »beis sido, á mayor gloria de Dios Nuestro Se-

»ñor. Y así por mayor servicio, alabanza y gloria »de su eterna bondad, cuanto yo puedo, salva »siempre toda autoridad superior, os remito al »prudentísimo juicio, ordenacion y voluntad de »la Santidad de Nuestro Señor, para que vuestra »ánima en todo sea quieta y consolada á mayor »gloria divina. En Roma primero de Otubre mil »y quinientos y cuarenta y seis.»

Hasta aquí son sus palabras. Y conforme á ellas fueron sus obras, así por lo que habemos referido en este capítulo, como por otras cosas que para este mismo fin hizo. Entre las cuales es una, que comenzándose á fundar el colegio de Ferrara, y pidiendo el Duque de aquella ciudad (que es tan poderoso Príncipe, y de quien dependia toda la fundacion) á nuestro Padre, que diese licencia á los nuestros, para que algunos dias tuviesen cargo de un monesterio de monjas muy religioso, que en aquella ciudad habia fundado la madre del mismo Duque, y haciendo mucha instancia sobre ello, nunca lo pudo acabar con él. Y en Valladolid, habiendo los nuestros (por pura importunidad y lágrimas de ciertas monjas, y ruegos de personas principales, y por obediencia de los Superiores de la Compañía de España, que vencidos dellos se lo mandaron) tomado cargo de ciertas monjas, luego que lo supo nuestro B. Padre Ignacio se lo mandó dejar, y así se hizo. Porque de ninguna cosa tenia mayor cuidado que de conservar el instituto de la Compañía entero y en su vigor; y en que los della sirviesen á Nuestro Señor en lo que él quiere ser servido dellos, y no en otras cosas ajenas de su vocacion, en las cuales no suele Dios así acudir con su gracia, como en las otras para las cuales él los llama, y para que dellos se quiere servir.



CAPÍTULO XV.

CÓMO EL B. PADRE IGNACIO PROCURÓ CON TODAS SUS FUERZAS QUE NO FUESE OBISPO CLAUDIO JAYO, NI SE DIESEN DIGNIDADES ECLESIÁSTICAS Á LOS DE LA COMPAÑÍA.

SOSEGADAS ya las tempestades que habemos dicho, se levantó luego otra gravísima contra la Compañía, tanto más peligrosa, cuanto era más encubierta, y á los ojos del mundo ménos temerosa. Andaba buscando el Rey de romanos y de Hungría, D. Fernando de Austria, personas de vida ejemplar y de excelente dotrina para darles las iglesias de sus Reinos, inficionadas en gran parte de la pestilencia luterana; la cual cada dia se iba entrando más, y cundiendo por sus Estados; para que estos Prelados santos y celosos, hiciesen rostro á los herejes, y como buenos pastores velasen sobre su grey, y la defendiesen de los lobos carniceros. Y como estaba saneado de la entereza de vida y sana dotrina del Padre Claudio Jayo, le nombró para el obispado de Trieste, en la provincia que llaman Istria. Rehusólo el Padre Claudio fuertemente, y de pura pena pensó morir, tanto que hubo de ir el negocio al sumo Pontífice; al cual escribió el Rey de romanos lo que pasaba, y por su Embajador le hizo saber la extrema necesidad de aquella iglesia y

provincia, y la elecion que él habia hecho de la persona de Claudio Jayo, por las partes que de bondad, celo santo y letras en él concurrian; mas que hallaba en él tan grande resistencia, que si no era mandándoselo Su Santidad en virtud de obediencia (como le suplicaba que lo hiciese) no tenia esperanza ninguna de poder acabar con él que aceptase aquella dignidad.

Aprobó el Papa el celo y la elecion del Rey, y con mucha voluntad suya y de los Cardenales, se determinó de hacer á Claudio Obispo de Trieste. Vino el negocio á oidos de nuestro B. P. ántes que se efectuase; el cual puso todas sus fuerzas para estorbarlo, y tomó todos los medios que pudo para ello por terceras personas. Como no le sucediesen, vase él mismo á hablar al Papa, y con una humilde libertad le propone muchas y muy eficaces razones, por las cuales no convenia que Su Santidad condecendiese con el Rey, y llevase adelante su determinacion. Suplícale humildemente, que pues es pastor de todos, que mire por todos, y no quiera sanar las llagas de los heridos, hiriendo más á los sanos. «Temo, dice, beatísimo Padre, que por este camino perdamos el fruto de todos los trabajos con que nuestra Compañía hasta hoy, por la misericordia de Dios, ha servido á su Iglesia. Porque, secándosenos la pobreza y humildad, que son las raices, ¿cómo no se secarán los frutos que en ella se sustentan? En grande peligro veo que nos ponen esta nueva planta; no querria que la codicia y ambicion nos arranque todo lo que con la caridad y con el menosprecio del mundo hasta agora ha crecido. Quiero decir, Padre santo, que algunos de los que sueltos de las cadenas del mundo se han acogido al puerto desta nuestra Religion (que es hechura de Vuestra Santidad) y que desean

subir al cielo por los escalones de la pobreza y desprecio del mundo, por ventura volverán atrás, viendo que se les cierran los caminos para lo que buscan, y se les abren otros para lo que vienen huyendo del mundo. Y al revés, podria ser que hubiese otros, y no pocos, que picasen en este sabroso y dulce cebo, y deslumbrados y ciegos con el engañoso y aparente resplandor de las mitras y dignidades, viniesen á la Compañía, no por huir la vanidad del mundo, sino por buscar en ella al mismo mundo. Y tengo recelo que este obispado, no solamente nos haga perder á un Claudio Jayo, mas que abra la puerta para que perdamos otros muchos en la Compañía, y que ella se venga á salir de sus quicios y á desgobernarse, y se eche á perder. Porque ¿quién duda que otros pretenderán luego seguir á Claudio, y hacer con su ejemplo lo que sin él no hicieran? Yo no quiero por esto, ni trato de condenar las dignidades y prelacías; ni tampoco repruebo los religiosos, que santamente y con grande fruto de la santa Iglesia, usan destos honrosos cargos, y los administran. Mas quiero decir, santísimo Padre, que hay muy grande diferencia de las otras Religiones á la nuestra. Porque las demas con su antigüedad y largo tiempo han cobrado fuerzas para llevar cualquiera carga; la nuestra es tierna y recien nacida, y tan flaca que cualquier gran peso la derribara. Las otras Religiones las considero yo en este lucido ejército de la Iglesia militante, como unos escuadrones de hombres de armas, que tienen su cierto lugar y asiento, y con su fuerza pueden hacer rostro á sus enemigos, y guardar siempre su manera de proceder. Mas los nuestros son como caballos ligeros, que han de estar siempre á punto para acudir á los rebates de los enemigos, para

acometer y retirarse, y andar siempre escaramuzando de una parte á otra. Y para esto es necesario que seamos libres y desocupados de cargos y oficios que nos obliguen á estar siempre quedos. Pues si miramos, no digo al bien de nuestra Religion (aunque este es bien de toda la Iglesia, á quien ella sirve) sino al bien de los prójimos, ¿quién duda que será mucho mayor el fruto, y más abundante, que la Iglesia de Jesucristo podrá recebir de los nuestros, si no son Obispos que siéndolo? Porque el Obispo aunque tiene mayor autoridad y potestad, todavía tiénela limitada en cierto distrito, y para ciertas ovejas que en él hay, las cuales debe apacentar. Y puede acontecer, como muchas veces vemos que acontece, que ni él sea grato á sus ovejas, ni acepto, ni pueda buscar otras á quien lo sea, y así que no pueda ejercitar su talento. Mas el hombre que es libre y suelto, y que no tiene obligacion de residir en un lugar, si en una ciudad no le reciben acudirá á otra; y como vecino y morador del mundo universo, ayudará y servirá á todos los Obispos y á todos los pueblos. Muéveme tambien la estima y crédito de la Compañía acerca del pueblo, que en esto corre mucho riesgo. Porque para mover á otros y persuadirles el camino de la virtud, importa mucho que sientan bien del predicador, y entiendan que no busca sus haciendas, sino sus almas; y que no codicia riquezas, ni títulos, ni honras, sino solamente la gloria de Cristo, y la salvacion de los que él con su sangre redimió. Lo cual con mucha dificultad se podrán persuadir los hombres de nosotros, si nos ven en los mismos principios y fervor de nuestra Compañía entrar en obispados y grandezas; porque no lo atribuirán á caridad y obediencia (aunque por ventura nazca dellas) sino á ambicion y codicia; y así se

perderá la buena opinion que tienen de nosotros. La cual, como he dicho, es necesaria á los ministros del Evangelio de Cristo, si quieren hacer fruto en las almas de sus prójimos, y la pérdida deste buen crédito es tan grande á mi pobre juicio, Padre santo, que no se puede bien recompensar con el fruto que de un Obispado ni de muchos se puede sacar.»

Con estas y otras muchas razones procuró nuestro Padre Ignacio mover al Sumo Pontífice, para que tuviese por bien dejar al Padre Claudio vivir sin cargo, en la llaneza y pobreza de su Religion. Mas no pudo por entonces sacar otra cosa del Papa, sino que se encomendase más á Dios este negocio, y que él queria mirar más en ello. Vuelto pues á casa nuestro Padre, hizo luego que todos los Padres ofreciesen á este fin todas las misas que se decian cada dia, y ordenó que los hermanos hiciesen contínua oracion; y él tambien de su parte suplicaba á Nuestro Señor con muchas lágrimas y oraciones, que tuviese por bien de librar la Compañía de aquel tan grande y tan evidente peligro. Y no paraba de dia ni de noche, yendo de casa en casa á todos los Cardenales, dándoles á entender la importancia deste negocio, y el daño que dél podria resultar al bien comun de la Iglesia.

Valieron tanto delante de Dios sus oraciones y lágrimas, y para con los hombres pudo tanto su prudente solicitud é industria, que se dilató el negocio, que ya se tenia por hecho y concluido. Y así hubo tiempo para escribir al Rey de romanos. Lo cual hizo el Padre con tanta fuerza, y tomó tantos medios para persuadirle, como suelen los ambiciosos para alcanzar las honras que pretenden. El Rey, vistas las razones de nuestro Padre, entendiendo que lo que deseaba no se podria

efetuar sin notable perjuicio de la Compañía (como era cristianísimo y religiosísimo Príncipe, y devotísimo de nuestro instituto) no quiso que á tanta costa nuestra hiciésemos bien á otros, ni con daño nuestro aprovechar á aquella particular iglesia de Trieste. Y así mandó luego á su Embajador que desistiese deste negocio, y no diese más puntada en él.

Desta manera salimos entonces deste peligro, y dello hubo muy particular regocijo en toda la Compañía. Despues fué más fácil resistir (como muchas veces resistió nuestro B. Padre) tratándose de dar mitras y capelos á algunos Padres de la Compañía. Porque el año de 1551 quiso el Papa Julio III hacer Cardenal al Padre Francisco de Borja (Duque que habia sido de Gandía y despues fué el tercero General de la Compañía) á suplicacion del Emperador D. Cárlos, quinto deste nombre, cuyo criado y privado habia sido el Duque; nuestro B. Padre Ignacio, cuando lo supo, dudó mucho lo que habia de hacer en este caso; porque no sabia lo que Dios queria, ni lo que le sería más agradable. Y para saber mejor su voluntad, ordenó que por tres dias todas las misas y oraciones de los de casa se hiciesen á esta intencion, y el mismo Padre dando de mano á todos los demas cuidados y negocios, por atender á solo éste, se encerró en su aposento, y soltando las riendas de la devocion á las lágrimas y á los abrasados y amorosos afectos, comenzó á suplicar á Nuestro Señor muy de veras, que le descubriese con el rayo de su luz lo que en este negocio tan dudoso él habia de hacer.

El primer dia de la oracion se halló perplejo é indiferente, sin inclinarse más á una parte que á otra. El segundo se inclinó más á estorbarlo que á dejarlo correr. El tercero fué tan grande

la claridad que tuvo, y tan firme la certidumbre que Dios le dió de que lo debia estorbar, que el mismo Padre me dijo que aunque todo el mundo se echara á sus piés y le rogara que no tratara dello, no dejara de hacer lo que hizo, que fué hablar al Papa, y dar forma, como cumpliendo con el Emperador, el Padre Francisco se quedase en su bajeza, y con ella admirase y edificase al mundo.

Tambien el año de 1553 quiso el Rey de romanos D. Fernando hacer Obispo de Viena al Padre Pedro Canisio, por la satifacion que tenia de su persona, y por la necesidad que tenia aquella ciudad de pastor santo y vigilante, que defendiese el rebaño del Señor, y resistiese á los herejes, que como lobos robadores y sangrientos hacian grande extrago en ella y en toda Austria. Pero remitiendo el Papa Julio III este negocio á nuestro Padre, y diciendo que Su Santidad lo haria, si el Padre Ignacio diese su consentimiento, no se pudo acabar con él que le diese por muchos medios que se tomaron para ello. Y el año de 1555 en el mes de Otubre, sabiendo que el Papa Paulo IV queria en todas maneras hacer Cardenal al Padre Maestro Lainez, me dijo nuestro Padre que si lo fuese, lo sería de suerte que el mundo entendiese cómo la Compañía aceptaba semejantes dignidades. Lo mismo han hecho todos los otros Generales, en las ocasiones que se les han ofrecido, defendiendo este portillo, como cosa importantísima para la conservacion de nuestra Religion.

Y áun alcanzó nuestro Padre Ignacio de la Sede apostólica, y dejólo establecido en nuestras Constituciones, que ninguno de la Compañía pueda admitir dignidad fuera della, sin licencia del Prepósito general; la cual él nunca dará si el Papa por obediencia no se lo mandare. Y desto

hacen particular voto los profesos de la Compañía. No quiero pasar en silencio lo que acerca deste punto se me ofrece, por ser cosa en que pueden adelante reparar algunos, pareciéndoles que podria la Compañía hacer mayor servicio á Nuestro Señor, aceptando Obispados y dignidades, que no andando, como anda, en su baja humildad y pobre llaneza. El Cardenal de Santa Cruz, Marcelo Cervino (que por sus merecimientos de excelente virtud y prudencia vino á ser Papa, y fué llamado Marcelo, segundo deste nombre, y por nuestros pecados en breves dias le perdimos), fué muy amigo de nuestro B. P. Ignacio, y muy devoto de la Compañía. El cual poco ántes que fuese levantado á la silla del Sumo Pontificado, tuvo una gran disputa sobre esto con el doctor Olave (de quien en este libro habemos hecho mencion, y adelante se hará más), varon señalado é insigne teólogo de nuestra Compañía. Decia el Cardenal, que la Compañía haría mayor servicio á la Iglesia de Dios, si la proveyese de buenos Obispos, que dándole buenos predicadores y confesores, y que sería tanto mayor el fruto, cuanto puede más hacer un buen Obispo que un pobre clérigo, y traia muchas razones á este propósito. A las cuales iba respondiendo el doctor Olave, dándole á entender que el mayor servicio que la Compañía podia hacer á la Santa Iglesia era conservarse en su puridad y bajeza para servirla en ella más tiempo y con más seguridad. Y como en fin el Cardenal, pareciéndole mejor sus razones se quedase en su opinion, dijo el doctor Olave: «Si no bastan razones para convencer á V. S. Ilustrísima, y hacerle mudar parecer, á nosotros nos basta la autoridad de nuestro P. Ignacio, que siente esto, para que creamos ser mejor.» Entonces dijo el Carde-

nal: «Agora me rindo, señor doctor, y digo que tiene razon; porque puesto caso que me parece que la razon está de mi parte, todavía más peso tiene en este negocio la autoridad del Padre Ignacio, que todas las razones del mundo. Y esto lo dice la misma razon. Porque, pues, Dios Nuestro Señor le eligió para plantar en su Iglesia una Religion como la vuestra, y para extenderla por todo el mundo con tanto provecho de las ánimas, y para gobernarla y regirla con tanto espíritu y prudencia, como vemos que lo ha hecho y hace; tambien es de creer, y no parece que puede ser otra cosa, sino que el mismo Dios le haya revelado y descubierto la manera con que quiere que esta Religion le sirva, y para adelante se conserve.» Y esto que digo tuvo de muy atrás siempre muy asentado nuestro B. Padre; porque cuando vino la primera vez á Roma con Fabro y Lainez, visitando al Marqués de Aguilar (que entonces era Embajador del Emperador D. Cárlos en Roma) y hablando de diversas cosas, de plática en plática vino el Marqués á darle á entender, que no faltaba quien sospechase que él so cubierta de pobreza y humildad, andaba pescando algun capelo ó dignidad. A lo cual el Padre no respondió con palabras, sino con obras. Porque quitándose el bonete, y hecha la señal de la cruz, con grande devocion y mesura, hizo voto allí delante del Marqués, de no aceptar dignidad ninguna que fuera de la Compañía se le ofreciese, si no fuese obligándole á pecado el Vicario de Cristo Nuestro Señor. Y con esta respuesta quitó entonces la falsa sospecha. Y áun otra vez renovó el mismo voto delante de un Cardenal, por entender que habia la misma necesidad; y por cerrar de su parte la puerta á los vanos juicios de los hombres, que comunmente miden por sí á los demas.



CAPÍTULO XVI.

DE LA FUNDACION DE DIVERSOS COLEGIOS.

Libre ya la Compañía y desembarazada destos trabajos y peligros que habemos contado, mediante las oraciones y buena diligencia de nuestro B. P. iba cada dia adelante con más felice suceso, creciendo así en el número de los que entraban en ella, como en el fruto que ellos hacian, y en los colegios que della se fundaban. Al de Barcelona dieron principio algunos hombres devotos, aficionándose á la dotrina y conversacion del Padre doctor Araoz, que en aquella ciudad residió un poco de tiempo, el cual despues dotó D.ª María Manrique de Lara, hija del Duque de Nájera; y por esto y por su gran recogimiento y virtud aún más conocida y estimada en el mundo. El de Bolonia se comenzó el año de 1546; y el de 1547 entraron en la ciudad de Zaragoza los Padres de la Compañía, llamados por algunos principales hombres de aquella ciudad, entre los cuales fué uno Juan Gonzalez, amigo y devoto nuestro, que entonces era Conservador del reino de Aragon.

Allí ejercitaron los nuestros los oficios y obras de caridad y devocion, en que la Compañía segun su instituto se suele ocupar; con las cuales procuraron de mover á todo género de virtud aquella ciudad, que en riqueza, nobleza y autoridad es

tan señalada en España. Y como en su lugar se dirá, no les faltó materia de ejercitar tambien la paciencia. Viendo, pues, nuestro Padre que su familia iba creciendo, y que así multiplicaba Dios esta su obra; para mejor gobernarla, é irla reduciendo poco á poco á más órden, determinó de repartir con otros la solicitud y cuidado que él solo tenia, y de hacer distintas provincias, y señalar á cada una sus colegios y nombrar Provinciales; y así nombró al Padre Maestro Simon Rodriguez Provincial de Portugal, y del resto de España al Padre doctor Araoz. En cuya provincia se comenzó en este mismo tiempo el colegio de Salamanca; el cual, casi como todos los demas, tuvo pequeños principios, más grande y felice suceso. Porque D. Francisco de Mendoza, que entonces era Obispo de Coria y Cardenal de la santa Iglesia de Roma, movido con lo que en Roma veia por sus ojos de la vida del B. P. Ignacio, al cual él habia conocido en Salamanca, y con el provecho que en todas partes los nuestros hacian, se determinó de edificarnos un colegio en aquella insigne universidad; para lo cual envió el Padre Ignacio al Padre doctor Miguel de Torres con otros dos compañeros á Salamanca, el año de 1548. Los cuales entrando en aquella ciudad, tomaron una casilla alquilada, y comenzaron á despertar grandemente con obras y con palabras, así á los ciudadanos como á los estudiantes, á la devocion y obras de virtud.

Pero luego se levantó contra ellos una gran murmuracion; la cual fomentaba alguna gente principal, y entre ella algunos religiosos y famosos letrados; los cuales no solamente en la conversacion y pláticas familiares, mas áun en los púlpitos y cátredras trataban de nosotros de manera, que ya no faltaba sino escupir nuestro nombre, y

huir de nosotros como de gente infame y sospechosa. Mas de los que en aquel tiempo mayor contradicion nos hicieron, el principal y como caudillo y muñidor de todos los demas, fué un hombre que por el hábito de su religion, y por el nombre que tenia de gran letrado, y por haber despues dejado un obispado, fué muy conocido, respetado y tenido en grande veneracion. El cual para mostrarse en la guarda deste rebaño del Señor (que es la Iglesia) ser uno de los canes della más cuidadosos y vigilantes, comenzó á ladrar reciamente contra los que tuvo por lobos, y perseguir pesadamente nuestro instituto. Y como era varon de tanta autoridad, muchos cerrados los ojos le seguian.

Mas plugo á la eterna bondad, de descubrir con el tiempo lo que la Compañía profesa. Y que aquella infamia y murmuracion, fundada en dichos de hombres y falsedad, presto se cayese. Las obras de aquellos Padres nuestros, y los sermones del Padre Maestro Estrada que allí fué á predicar, pusieron silencio á todos nuestros adversarios. Y sacó Dios Nuestro Señor, como suele, gran fruto de aquella persecucion. Porque nuestros Padres respondian orando y callando, y á ratos alabando ó excusando á sus perseguidores en lo que buenamente podian, y rogando á Nuestro Señor por ellos, y no dejando las buenas obras que tenian entre manos, sino llevando su empresa adelante con alegría y constante perseverancia. Y así aunque eran pocos y pobres, y estaban arrinconados en una casilla, y por ventura si los dejaran en paz no fueran conocidos en mucho tiempo, ni se supiera quiénes eran, como los predicaron desde los púlpitos y desde las cátredras, muchos abrieron los ojos, y con curiosidad los venian á buscar y á conocer para ver si descubrian

en ellos algo de lo que habian oido murmurar. Y con el trato y ejemplo dellos, les quedaban extrañamente aficionados, y perdida la mala opinion y sospecha que al principio dellos se tuvo, vinieron á ser muy amados y seguidos.

Así que demas de un grandísimo número de estudiantes, que por consejo de los nuestros han entrado en otras santas Religiones, en la Compañía se ha recebido de aquella nobilísima universidad tanta y tan principal gente, que á este colegio de Salamanca, y al que tenemos en Alcalá, se debe la multiplicacion y aumento de nuestra Compañía en España, y de muchas partes fuera della.





CAPÍTULO XVII.

DEL PÚBLICO TESTIMONIO QUE DIÓ DE LA COMPAÑÍA EL MAESTRO GENERAL DE LA ÓRDEN DE LOS PREDICADORES.

No me parece que será razon pasar en silencio el testimonio, que por ocasion del colegio de Salamanca, dió de nuestra Compañía el General de la Orden de los Predicadores. Supo Fr. Francisco Romeo, Maestro general de la Religion de santo Domingo, varon gravísimo y doctísimo, que algunos religiosos de su órden, que en la Iglesia de Dios es tan esclarecida en santidad y dotrina, por no saber la verdad de nuestro instituto aconsejaban públicamente á las gentes en Salamanca que se guardasen de los nuestros y huyesen de novedades. Y por sacarlos deste error, y por avisar á todos sus súbditos que fuesen más cautos de ahí adelante en este particular, dió á N. B. P. Ignacio sus letras patentes, para que usase dellas donde juzgase ser necesario; por las cuales declara lo que siente de la Compañía, y les manda que le tengan amor, y á los Padres della, por sus compañeros y hermanos. Y para que mejor se vea lo mucho que debemos á aquel siervo del Señor y á su santísima Religion, y para que procuremos pagarlo, como es razon, con agradecimiento perpétuo, he querido poner aquí á la letra, trasladada

del latin en castellano la misma patente que dice así:

«A todos nuestros venerables en Cristo Padres »y Hermanos de la Orden de los Predicadores, »donde quiera que se hallaren: Fr. Francisco Ro»meo de Castellon, profesor en sacra teología y »humilde Maestro general, y siervo de toda la di»cha Orden, salud y consolacion del Espíritu »Santo. Sabed como en estos miserables tiempos »en que la Religion cristiana es combatida de las »armas de los herejes y maltratada de las perver»sas costumbres de los malos cristianos, nos ha »enviado la misericordia de Dios como gente de »socorro una nueva Religion de clérigos regula»res, llamada la Compañía de Jesus: la cual ha »aprobado y confirmado nuestro santísimo en »Cristo Padre y Señor el Papa Paulo III, movi»do de los grandes frutos que en la Iglesia esta »Religion hace con sus sermones y leciones pú»blicas, con exhortar los fieles á la virtud, con oir »las confesiones, y con los otros sacros ejercicios, »y con el ejemplo de santa vida. De lo cual os he »querido avisar, porque ninguno de vosotros, mo»vido de la novedad deste instituto, se vuelva por »error contra los soldados que Dios le ha enviado »de socorro, ni murmure de aquellos de cuyo »acrecentamiento se debia alegrar, é imitar sus »pías obras. Bien creemos que vosotros, como »amigos y amados del celestial Esposo, no vitu»peraréis, ni sentiréis mal de la variedad de los »vestidos de su esposa, ántes los estimaréis y hon»raréis con aquella caridad que se goza con la »verdad; mas por no faltar á lo que debemos á »nuestro oficio, y por prevenir á cualesquier in»convenientes, por estas nuestras letras os orde»namos, y por la autoridad de nuestro oficio, y

»en virtud del Espíritu Santo y de la santa obe»diencia, y so las penas que quedarán á nuestro »arbitrio os mandamos, que ninguno de vosotros »los dichos nuestros religiosos, se atreva á mur»murar ni decir mal desta dicha Orden, aprobada »y confirmada por la santa Sede apostólica, ni de »sus institutos, así en las leciones públicas y ser»mones y ayuntamientos, como en las pláticas y »conversaciones familiares: ántes trabajeis de ayu»dar á esta Religion, y á los Padres della, como »á soldados de nuestra misma capitanía, y los de»fendais y ampareis contra sus adversarios. En fe »de lo cual mandamos sellar estas nuestras le»tras, con el sello de nuestro oficio. Dada en Ro»ma á 10 de Otubre de 1548.

FRANCISCO ROMEO,

Maestro de la Orden de los Predicadores en el tercero año de nuestra asuncion.»

La misma voluntad y benevolencia con la Compañía, imitó con gran caridad dez y siete años despues, toda la Religion de los Menores de san Francisco de la Observancia, que es otra lumbrera del cielo y ornamento de la santa Iglesia, cuando en su capítulo general, que se congregó en Valladolid el año de 1565, hizo este decreto entre los otros que de aquel capítulo salieron.

«Siendo nuestra Religion de Frailes Menores, »fundada principalmente en la humildad y cari»dad, sepan todos los frailes, en cualquier parte »del mundo donde estuvieren, que deben tratar »con toda humildad y humanidad á los religiosos »de cualquier Religion, y principalmente á los de »la Compañía de Jesus; á los cuales han de amar

»y honrar, y convidarlos, y recebirlos con cari-
»dad á los actos y ejercicios literarios, y á las fies-
»tas en que celebramos nuestros santos, y á todos
»los otros actos públicos á que suelen congregar-
»se los religiosos, y ninguno de nuestros frailes
»se atreva á murmurar dellos, ni en público ni
»en secreto, etc.»





CAPÍTULO XVIII.

CÓMO LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA ENTRARON POR DIVERSAS PARTES DE ÁFRICA.

En este año de 1548 entraron Padres de la Compañía en las partes de la Africa interior y exterior. Porque los Padres Juan Nuñez (que despues murió en Goa siendo Patriarca de Etiopía), y el Padre Luis Gonzalez de Cámara, fueron enviados desde Portugal al reino de Tremecen á rescatar los cautivos cristianos: los cuales hicieron gran bien á aquellos cuitados y pobres, y de tantas maneras necesitados. Porque no sólo rescataron con dinero los cuerpos de un gran número de hombres, y mujeres, y niños, librándolos del miserable cautiverio de los moros en que estaban; pero dieron tambien espiritual socorro á las almas, consolando á los enfermos y afligidos cristianos, y esforzando en la fe y animando á muchos que estaban en peligro de renegarla, y reduciendo al gremio de la Iglesia á otros que ya habian apostatado. Y habiéndose ejercitado en este oficio algun tiempo con mucha caridad y diligencia, se volvieron á Portugal.

Navegaron tambien otros cuatro de la Compañía al reino de Congo, que está puesto en la Etiopía ocidental. La ocasion desta jornada fué, que viendo el Rey D. Juan de Portugal que ya la memoria del Evangelio y de la Religion cristiana se

habia perdido en aquellas costas de Africa y reino de Congo, donde se habia predicado y recebido en tiempo del Rey D. Manuel su padre y predecesor (el cual con santo celo de dilatar la Iglesia de Dios y ensalzar el nombre de Jesucristo, habia enviado gentes de sus reinos á dar noticia de la verdad del Evangelio por aquellas partes), y teniéndose por su sucesor, no ménos de la piedad y celo de las almas, que de los reinos que habian heredado del Rey D. Manuel su padre, envió estos cuatro predicadores de la Compañía á aquel reino, el año de 1548, para que con su dotrina avivasen las centellas de la fe, si por ventura hubiesen quedado algunas, ó rastro dellas, y tornasen á labrar aquellos bárbaros que por falta della habian quedado tan desiertos é incultos.

Hiciéronlo así los nuestros, y sucedióles al principio como deseaban; porque el mismo Rey de Congo recibió el santo bautismo, y otros muchos de su reino por su ejemplo. Mas despues como los nuestros los apretasen para que conformasen la vida y costumbres con la fe y Evangelio que profesaban; y ellos por el contrario quisiesen torcer el Evangelio á sus apetitos y antojos, vino á romper el rey bárbaro, y á desvergonzarse de tal manera, que no solamente él no vivia como convenia á cristiano, sino que tambien llevaba tras sí á los demas, parte con su mal ejemplo, parte apremiándolos y haciéndoles fuerza. No les pareció á los nuestros arrojar las preciosas margaritas á tales puercos; de los cuales no se podia ya esperar, sino que volviéndose á ellos, los quisiesen despedazar y destrozar. Y así porque no les fuese mayor condenacion á aquellos miserables el volver atrás del bien conocido, y muchas veces predicado, se pasaron á otras tierras de la gentilidad á predicar el Evangelio.

Verificóse aquí lo que el Apóstol dice [1], que muchos vienen á perder la fe por no hacer caso de la buena conciencia. Si esta conversion no tuvo tan buen suceso, podré decir que no fué mejor el de los otros que fueron al reino de Angola enviados á ruegos y suplicacion del mismo Rey de Angola, que mostró grande deseo de hacerse cristiano. Y porque fuesen mejor recebidos de aquel Rey bárbaro, el Rey de Portugal le envió con ellos su Embajador y un rico presente. Recibiólos como llegaron con mucha humanidad y cortesía el Rey. Mas despues acabados los presentes y gastado el dinero que le habian dado de parte del Rey de Portugal, echó en la cárcel al Embajador y á los predicadores de la verdad, donde muchos años estuvieron presos. De suerte, que ya que no sacaron nuestros Padres la conversion de los otros en esta jornada, á lo ménos sacaron para sus ánimas el fruto de la paciencia y fortaleza cristiana, y el merecimiento que con el padecer y con el deseo de morir por él habrán alcanzado del Señor.

1 I. Tim. I.





CAPÍTULO XIX.

CÓMO LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA ENTRARON EN SICILIA.

En este mismo tiempo entró nuestra Compañía en la Isla de Sicilia; y el primero de los nuestros que en ella entró fué el Padre Jacobo Lohstio, flamenco, varon de singular dotrina y modestia. Envióle N. B. Padre á Girgento, á peticion del Cardenal Rodolfo Pio de Carpi que era Obispo de aquella ciudad y protector de nuestra Compañía. Despues fué enviado el Padre Jerónimo Domenech, al cual llevó consigo desde Roma Juan de Vega, cuando le hicieron Virey del Reino de Sicilia, el año de 1547. Pidióle á nuestro B. P. y llevóle consigo, para ayudarse de su industria y consejo en las cosas que deseaba ordenar en aquel Reino del divino servicio.

Parecíale á aquel cristiano y valeroso caballero, que hacia poco en fortificar con muros y gente de guarnicion las ciudades, y en limpiar el Reino de innumerables salteadores de caminos, y en asegurarle y defenderle de los cosarios y enemigos de nuestra santa fe, y en gobernar con suma paz y justicia los súbditos, como él lo hacia, si no plantaba juntamente en sus ánimos la piedad y devocion cristiana, con el conocimiento y reverencia de la divina Majestad, para que to-

das las otras cosas estribando en este tan sólido fundamento, fuesen más firmes y eficaces, y de más lustre y resplandor. Y porque en Roma siendo Embajador del Emperador D. Cárlos, quinto deste nombre, habia tenido gran conocimiento y familiaridad con N. B. P., y habia visto por sus ojos el modo de proceder de los nuestros y su instituto echó mano dellos, pareciéndole que eran á propósito para aquel su intento, y que dellos se podria aprovechar más. Y para que el fruto fuese más durable y perpétuo, movió con su autoridad á la ciudad de Mecina, que procurase gente de la Compañía, y los llevase á ella, y fundándoles un colegio, los tuviese por vecinos y moradores.

Creyó al consejo de un tan sabio y valeroso caballero aquella noble y rica ciudad que siempre se ha preciado de honrar todas las sagradas Religiones, y fiada de tal juicio, comenzó á amar y desear los que por solo el nombre y fama conocia. El año, pues, de 1548, escribieron el Virey y la ciudad al sumo Pontífice y á nuestro Padre, pidiendo gente para fundar un colegio de la Compañía. Y para darle principio les envió á los Padres Jerónimo Nadal, español; y á Andrés Frusio, francés; Pedro Canisio, aleman; y Benedicto Palmio, italiano; y algunos otros tambien de diversas naciones. Los cuales iban con suma union y concordia. Y dándoles la ciudad casa en un escogido puesto, y la iglesia de san Nicolás que llaman de los caballeros, con todo el aderezo necesario, comenzaron á leer públicamente las ciencias que la Compañía suele enseñar, que son las que para un teólogo son necesarias. Creció luego el colegio, y despues se instituyó en la misma ciudad de Mecina la primera casa de probacion que ha tenido la Compañía para criar novicios.

No quiso ser vencida de Mecina en una obra tan pía y provechosa la ciudad de Palermo, venciendo ella á todas las otras de aquel Reino, en la grandeza del sitio, fertilidad de la tierra, lustre de los ciudadanos y número de gente principal: ni pudo sufrir que en el deseo de la religion y virtud ninguna otra le hiciese ventaja. Y así, movida con la autoridad del mismo Virey, y con el ejemplo vivo que veia del colegio de Mecina, suplicó al Papa Paulo III, y pidió á nuestro Padre Ignacio con instancia que se les enviasen algunos de los nuestros. Los cuales enseñasen juntamente con las buenas letras, las buenas costumbres á aquella su juventud, y aficionasen los ánimos de los ciudadanos y de toda aquella Répública, que tanto lo deseaba, á las cosas del cielo y de su salvacion. Envióles, pues, nuestro B. Padre doce de la Compañía el año de 1549, entre los cuales iba Nicolás de Lanoy, flamenco, y Paulo Achiles, italiano, y otros escogidos varones de otras naciones, dándoles órden que se juntasen en Sicilia con el Padre Maestro Diego Lainez, y el Padre Jerónimo Domenech, y fuesen todos á dar principio al colegio de Palermo. Era el Padre Lainez á la sazon en lugar de nuestro Padre Ignacio Superior de todos los de la Compañía en Sicilia, á donde habia ido á instancia del Cardenal Alejandro Farnesio Arzobispo de Monreal, para pacificar y componer ciertas discordias muy antiguas y muy reñidas que habia entre los eclesiásticos de aquella iglesia y ciudad. Y así todos juntos, como nuestro Padre les ordenaba, pusieron las primeras piedras y dieron principio al colegio de Palermo, á los 24 de Noviembre de 1549, con tan gran concurso y tales muestras de amor de los ciudadanos, que bien mostraban el deseo y voluntad con que los habian llamado y esperado.

Dotó despues el colegio de Palermo el Emperador Cárlos V, de gloriosa memoria, aplicando para sustento de los religiosos que viven en él la Abadía de santa María de la Grota, con sus rentas, casa y iglesia.

Desta manera se comenzaron aquellos dos colegios de Mecina y Palermo: los cuales con el tiempo han crecido mucho, y han sido dotados con renta suficiente, ayudando á ello la liberalidad del Emperador D. Cárlos V como se ha dicho, y del católico Rey D. Felipe su hijo, y la devocion de las mismas ciudades que los pidieron. Destos dos colegios han salido todos los demas que la Compañía tiene en aquella provincia de Sicilia. Y puédese bien decir, que han sido de gran provecho para todo aquel Reino. Porque demas del fruto que se hizo con los sermones, leciones y otros ministerios en que se emplea la Compañía; por consejo y ministerio de los Padres que moraban en ellos, ordenó el Virey Juan de Vega por todas las ciudades dél, muchas cosas muy saludables é importantes para la conservacion y acrecentamiento de nuestra santa y católica Religion, y para el culto divino y bien de las almas. Las cuales se han conservado y llevado adelante por la buena diligencia de los Vireyes que despues han sucedido.

En este mismo año de 1549 fueron los nuestros llamados á Venecia, donde les dió casa propia é iglesia el Prior Andrés Lippomano, fundador del colegio de Padua. Comenzóse tambien entonces el colegio de Tivuli, por ocasion de ciertos Padres de la Compañía, que habian ido á apaciguar á aquella ciudad, que estaba en mucha discordia y rompimiento con otra. En Alemania ya se veia el notable progreso y fruto de la comunicacion con los nuestros, porque Guillelmo, Du-

que de Baviera, Príncipe no ménos católico que poderoso (al cual y á sus sucesores dió Dios á su Iglesia para defensa y ornamento de la católica y antigua Religion en Alemania) llevó á los nuestros para que en su universidad de Ingolstadio leyesen las letras sagradas. Y fueron los que nuestro B. Padre para esto envió los Padres Alonso Salmeron, y Pedro Canisio, y Claudio Jayo; el cual ántes habia leido en aquella ciudad algunos años, con grande acepcion y loa. Recibió el Duque Guillelmo estos Padres con extraño amor: y mandó á Leonardo Ekio, Presidente de su Consejo, y amicísimo de la Compañía, que tuviese mucha cuenta con ellos, y que los regalase. Comenzó el Padre Salmeron á declarar las epístolas de san Pablo: el P. Claudio los salmos de David, y Canisio el Maestro de las sentencias: y hacíanlo todos con tan gran dotrina y prudencia, que fué maravilloso el fruto que de sus leciones se siguió. Por las cuales comenzó aquella universidad, que estaba muy caida, á levantar cabeza, y los estudios de teología, que con las herejías se tenian en poco, á ser estimados y frecuentados.

Animáronse los Obispos de aquellos Estados; los católicos cobraron fuerzas; desmayaron los herejes, y enfrenados de los nuestros que con la dotrina sólida les resistian, detuvieron el ímpetu furioso con que hacian guerra á la verdad, y hiciéronse muchas cosas en alabanza y gloria de Dios. Por las cuales movido el buen Duque Guillelmo, determinó fundar un muy buen colegio de la Compañía: mas atajóle la muerte, y no pudo acabar lo que deseaba; pero dejólo encomendado al Duque Alberto, su hijo, que en la Religion, prudencia y magnanimidad, ha sido bien semejante á su padre. El cual siguiendo las pisadas de tal padre, ha sido siempre el que con las armas en las

manos, y con su celo y gran poder, ha hecho rostro á los herejes, y mostrádose perpétuo y constante defensor de nuestra santa fe católica. Y aunque á los principios de su gobierno, por las muchas y graves ocupaciones hubo de dilatar la fundacion del colegio (por lo cual el Padre Salmeron volvió á Italia, y Claudio fué á Viena, quedando Canisio y Nicolás Gaudano por algun tiempo en Ingolstadio), pero despues que el Duque se desembarazó, de tal manera abrazó la Compañía y la favoreció, que no se contentó de fundar un solo colegio en Ingolstadio, sino que hizo tambien otro en la ciudad de Monachío, que es donde residen los Duques de Baviera, y cabeza de sus Estados.





CAPÍTULO XX.

CÓMO LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA PASARON AL BRASIL, Y ANTONIO CRIMINAL FUÉ MARTIRIZADO POR CRISTO.

Estas eran las ocupaciones de nuestros Padres, cuando por voluntad del Rey de Portugal D. Juan, pasaron los de la Compañía al Brasil. Es el Brasil una provincia muy extendida, fértil y alegre, por tener el cielo como le tiene muy saludable, y los aires templados: mas terrible y espantosa, por ser habitada de gente tan fiera é inhumana, que por vengarse de sus enemigos los mata con grande fiesta y regocijo, y los come y guarda la carne algunas veces por muchos años para comerla despues, pensando en esta manera vengarse dellos. Navegaron allá los Padres el año de 1549, y hasta ahora perseveran entre aquellas gentes bárbaras, con grandísima caridad y sufrimiento de excesivos trabajos, y con no menor fruto de las almas de los naturales.

Grande es el número de los que han dejado las desvariadas supersticiones, y monstruosas falsedades que tenian, y se han llegado al conocimiento y luz del verdadero y solo Dios; y los que con la infidelidad que dejaron, juntamente se desnudaron de aquella fiera crueldad que tenian de co-

mer carne humana; aprendiendo con la verdadera religion la humanidad y mansedumbre cristiana. Y donde ántes pervertian la ley natural con tomar muchas mujeres, ahora por la gracia de Jesucristo viven con las leyes de su santo Evangelio.

Este mismo año de 1549 mataron los enemigos de nuestra santa fe en la India al Padre Antonio Criminal: el cual era italiano, nacido de buenos padres en un lugar cerca de Parma, en Lombardía, que se llama Sifi, y en la flor de su juventud se consagró á Dios, y entró en la Compañía. El año de 1542 fué por nuestro B. P. enviado de Roma á Portugal, y siempre fué un ejemplo de singular bondad y rara modestia á todos los que le trataban.

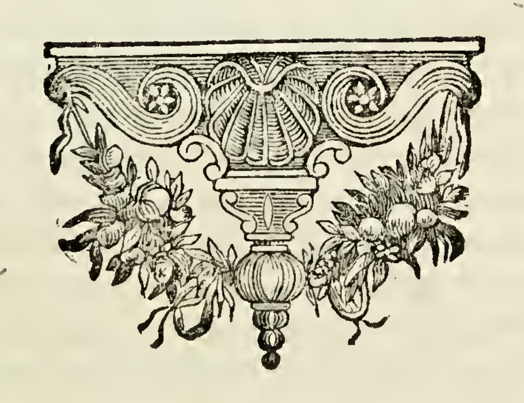
Fué despues enviado entre los primeros Padres á la India, para procurar la salud de aquella gentilidad. Conocida por el Padre Francisco Javier su virtud y prudencia, le puso en aquella parte de la India que llaman Pesquería, cuyo promontorio se dice el cabo de Comorin, y le hizo Superior de todos los nuestros que allí residian. Aquí por las contínuas guerras de los Reyes comarcanos, y por el odio capital que le tenian los sacerdotes de los ídolos, y por la necesidad y pobreza en el comer y vestir, pasó muchas y muy grandes molestias; y por ensalzar y aumentar la gloria de Jesucristo sufrió trabajos inmensos. Estando, pues, en la provincia del Rey de Manancor, procurando de criar con la leche de la dotrina cristiana, y de conservar en ella á los que por virtud de Jesucristo habia engendrado en la fe, vino de improviso un ejército de soldados del Rey de Visnagá gentil, que venia á asolar aquella provincia, y á destruir con ella la fe de Cristo.

Llegó repentinamente esta nueva al Padre An-

tonio, y luego se recogió á una iglesia donde aquel mismo dia habia dicho misa, para encomendar á Dios aquellas ovejuelas. Hecha su oracion, salióse á la orilla del mar, y hizo entrar en los navíos de los portugueses que allí estaban, todas las mujeres cristianas y niños, para que en ellos se salvasen. Y aunque los portugueses le importunaron mucho que dejando los naturales de la tierra á sus aventuras, él mirase por sí, y se metiese en alguna nave, nunca lo quiso hacer. Desta manera olvidándose de sí mismo, por salvar las vidas de aquellos innocentes cristianos, le atajaron los pasos los badegas (que así se llaman aquellas gentes armadas) y no tuvo lugar de volver á las naos: y como vió que los enemigos arremetian para él, sin ninguna turbacion les salió al camino, y hincadas las rodillas, y levantadas las manos, y enclavados en el cielo sus ojos se ofreció á la muerte. Pasaron junto á él el primero y segundo escuadron de los enemigos sin tocarle, mas el tercero le pasó de parte á parte con sus azagayas y lanzas; y desnudándole de sus pobres vestidos, y cortándole la cabeza, la colgaron de una almena.

Fué este Padre y siervo del Señor muy grande despreciador de sí mismo, celador de la honra de Dios, grande amigo de la obediencia, y muy señalado en la virtud de la oracion, de cuya vida como muy escogida y aprobada, daba testimonio el mismo Padre Francisco Javier, diciendo, que tales deseaba él que fuesen todos los nuestros que pasasen á la India á la conversion de aquella gentilidad. Yo, que conocí bien al Padre Antonio, y fuí su compañero desde Roma hasta Aviñon de Francia, cuando el año de 1542 salimos juntos, él para Portugal y yo para París, soy buen testigo de las grandes prendas de singular virtud que en

él conocí. Y puedo decir con verdad, que hartas veces yo conmigo mismo me admiré de su ferviente caridad; de manera que no es maravilla si á tales principios dió Nuestro Señor fin tan deseado y glorioso como es perder la vida predicando su fe, y ganando las almas para Aquel que las compró con su preciosa sangre.





CAPÍTULO XXI.

CÓMO EL PAPA JULIO III CONFIRMÓ DE NUEVO LA COMPAÑÍA.

Murió en esta sazon el Papa Paulo III, que fué el primero de los Pontífices que confirmó con autoridad apostólica la Compañía, y le concedió muchas gracias y privilegios. Sucedióle en el Pontificado Julio, tambien tercero deste nombre, el año de 1550. Al cual suplicó luego nuestro B. Padre Ignacio, que tuviese por bien de ratificar lo que su antecesor habia hecho, y aprobar nuestro instituto, y declarar en él algunas cosas que podian parecer dudosas ó escuras. Otorgólo de buena gana el Sumo Pontífice viendo el provecho grande que dello se podria seguir, y mandó expedir una copiosa bula desta su aprobacion y confirmacion. Esta bula me ha parecido poner aquí á la letra, traducida en nuestra lengua castellana, porque contiene con brevedad el instituto y modo de vivir de la Compañía, y su confirmacion. Y creo que los que esto leyeren holgarán de saberlo, como en ella se contiene. Dice, pues, así:

«Julio Obispo, siervo de los siervos de Dios, »para perpétua memoria. Requiere el cargo del »oficio pastoral, al cual nos ha llamado sin nues»tro merecimiento la divina Majestad, que favo»rezcamos con afecto paternal á todos los fieles,

»y principalmente á los religiosos que caminan
»por la senda de los divinos mandamientos, pro-
»curando la gloria de Dios, y la salud espiritual
»de los prójimos, para que los mismos fieles
»ayudándolos la mano del Señor, procuren con
»más fervor el premio de la eterna salud, y se
»confirmen en sus buenos propósitos. Habiendo,
»pues, nosotros sabido que la felice memoria del
»Papa Paulo III, nuestro antecesor, entendiendo
»que nuestros amados hijos en Cristo Ignacio de
»Loyola, y Pedro Fabro, y Claudio Jayo, y Die-
»go Lainez, y Pascasio Broeth, y Francisco Ja-
»vier, y Alonso de Salmeron, Simon Rodriguez,
»Juan Coduri, Nicolás de Bobadilla, sacerdotes
»de las ciudades y diócesis respectivamente, de
»Pamplona, de Geneva, Sigüenza, Toledo, Vi-
»seo, Ebredum y Palencia, graduados en las ar-
»tes liberales, todos Maestros por la universidad
»de París, y ejercitados en los estudios de la teo-
»logía por muchos años, inspirados del Espíritu
»Santo, de diversas partes del mundo se habian
»congregado, y hecho compañeros de vida ejem-
»plar y religiosa, renunciando todos los deleites
»del siglo, dedicando sus vidas al servicio perpé-
»tuo de Nuestro Señor Jesucristo, y suyo, y de
»sus sucesores los romanos Pontífices; y que ya
»se habian muchos años ejercitado en predicar la
»palabra de Dios, y en exhortar los fieles en par-
»ticular á santas meditaciones, y vida honesta y
»loable, en servir á los pobres en los hospitales,
»y en enseñar á los niños é inorantes la dotrina
»cristiana, con las cosas necesarias para la eterna
»salud; y finalmente, que en todos los oficios de
»caridad que sirven para la edificacion de las al-
»mas, se habian loablemente ejercitado segun su
»instituto, en todas las partes donde habian ido,
»cada uno segun el talento y gracia que el Espí-

»ritu Santo le habia dado. El dicho Paulo III »nuestro antecesor, para que se conservase en »estos compañeros, y otros que quisiesen seguir »su instituto, el vínculo de la caridad, y la union »y paz, les aprobó, confirmó y bendijo su insti- »tuto, contenido en cierta forma y manera de vida »que ellos hicieron conforme á la verdad evan- »gélica y á las determinaciones de los santos Pa- »dres, y recibió debajo de su proteccion y ampa- »ro de la Sede apostólica los mismos compañe- »ros, cuyo número no quiso por entonces que »pasase de sesenta, y les concedió por sus letras »apostólicas licencia de hacer constituciones y »cualesquier estatutos para la conservacion y »buen progreso de la Compañía confirmada. Y »como despues andando el tiempo, favorecién- »dolos el Espíritu Santo entendiese el dicho »nuestro predecesor, que el fruto espiritual de las »almas iba creciendo, y que ya muchos que de- »seaban seguir este instituto, estudiaban en Pa- »rís y en otras universidades y estudios gene- »rales. Y considerando atentamente la religiosa »vida y dotrina de Ignacio, y de los otros sus »compañeros, concedió facultad á la misma Com- »pañía, para que libremente pudiese admitir to- »dos los que fuesen aptos á su instituto, y proba- »dos conforme á sus constituciones; y que fuera »desto pudiesen admitir coadjutores, así sacerdo- »tes que ayudasen en las cosas espirituales, como »legos, que ayuden en los oficios temporales y »domésticos; los cuales coadjutores, acabadas »sus probaciones, como lo ordenan las constitu- »ciones de la Compañía, puedan para su mayor »devocion y mérito, hacer sus tres votos de po- »breza, castidad y obediencia; los cuales votos »no sean solenes, sino que los obliguen todo el »tiempo que el Prepósito general de la dicha Com-

»pañía juzgare que conviene tenerlos en los mi»nisterios espirituales ó temporales. Y que estos »tales coadjutores participen de todas las buenas »obras que en la Compañía se hicieren, y de to»dos los méritos, ni mas ni ménos que los que hu»biesen en la misma Compañía hecho solene pro»fesion. Y concedió con la benignidad apostólica »á la misma Compañía otras gracias y privile»gios, con que fuese favorecida y ayudada en las »cosas pertenecientes á la honra de Dios y salud »de las almas.

»Y para que se confirme más todo lo que nues»tro antecesor concedió, y se comprehenda en »unas mismas letras juntamente todo lo que per»tenece al instituto de la dicha Compañía; y pa»ra que se expliquen y declaren mejor por nos»otros algunas cosas algo escuras, y que podrán »causar escrúpulos y dudas, nos fué humilde»mente suplicado que tuviésemos por bien de »confirmar un sumario y breve fórmula, en la »cual el instituto de la Compañía (por el uso y »experiencia que despues se ha habido) se decla»ra más entera y distintamente que en la prime»ra. Su tenor es este que se sigue.

»Cualquiera que en esta Compañía (que desea»mos que se llame la Compañía de Jesus) pre»tende asentar debajo del estandarte de la cruz, »para ser soldado de Cristo, y servir á sola su di»vina Majestad, y á su esposa la santa Iglesia, so »el romano Pontífice, Vicario de Cristo en la »tierra, persuádase que despues de los tres votos »solenes de perpétua castidad, pobreza y obe»diencia, es ya hecho miembro desta Compañía. »La cual es fundada principalmente para em»plearse toda en la defension y dilatacion de la »santa fe católica, en ayudar á las almas en la vi»da y dotrina cristiana, predicando, leyendo pú-

20

»blicamente, y ejercitando los demas oficios de »enseñar la palabra de Dios, dando los ejer»cicios espirituales, enseñando á los niños, y á »los inorantes la dotrina cristiana, oyendo las »confesiones de los fieles, y ministrándoles los »demas sacramentos para espiritual consolacion »de las almas. Y tambien es instituida para pa»cificar los desavenidos, para socorrer y servir »con obras de caridad á los presos de las cárce»les y á los enfermos de los hospitales, segun que »juzgarémos ser necesario para la gloria de Dios, »y para el bien universal. Y todo esto ha de ha»cer graciosamente sin esperar ninguna humana »paga, ni salario por su trabajo. Procure este tal »traer delante de sus ojos todos los dias de su »vida á Dios primeramente, y luego esta su vo»cacion é instituto, que es camino para ir á Dios, »y procure alcanzar este alto fin á donde Dios le »llama, cada uno segun la gracia con que le ayu»dará el Espíritu Santo, y segun el propio grado »de su vocacion, y para que ninguno se guie por »su celo propio sin ciencia, ó discrecion, será »en mano del Prepósito general, ó del Prelado »que en cualquier tiempo eligiéremos, ó de los »que el Prelado pondrá á regir en su lugar, el dar »y señalar á cada uno el grado y el oficio que ha »de tener y ejercitar en la Compañía. Porque des»ta manera se conserva la buena órden y concier»to que en toda comunidad bien regida es nece»sario. Y este Superior con consejo de sus com»pañeros, tendrá autoridad de hacer las consti»tuciones convenientes á este fin, tocando á la »mayor parte de los votos siempre la determina»cion; y podrá declarar las cosas que pudiesen »causar duda en nuestro instituto, contenido en »este sumario. Y se entienda, que el consejo que »se ha de congregar para hacer constituciones, ó

»mudar las hechas, y para las otras cosas más im»portantes, como sería enajenar, ó deshacer ca»sas ó colegios una vez fundados, ha de ser la »mayor parte de toda la Compañía profesa, que »sin grave detrimento se podrá llamar del Prepó»sito general, conforme á la declaracion de nues»tras constituciones. En las otras cosas que no »son de tanta importancia, podrá libremente or»denar lo que juzgare que conviene para la glo»ria de Dios, y para el bien comun, ayudándose »del consejo de sus hermanos, como le parecerá, »como en las mismas constituciones se ha de de»clarar. Y todos los que hicieren profesion en es»ta Compañía, se acordarán, no sólo al tiempo »que la hacen, mas todos los dias de su vida, que »esta Compañía y todos los que en ella profe»san, son soldados de Dios que militan debajo de »la fiel obediencia de nuestro santo Padre y Se»ñor, el Papa Paulo III, y los otros romanos Pon»tífices sus sucesores. Y aunque el Evangelio nos »enseña, y por la fe católica conocemos, y firme»mente creemos que todos los fieles de Cristo »son sujetos al romano Pontífice, como á su ca»beza y como á Vicario de Jesucristo; pero por »nuestra mayor devocion á la obediencia de la »Sede apostólica, y para mayor abnegacion de »nuestras propias voluntades, y para ser más se»guramente encaminados del Espíritu Santo, he»mos juzgado que en grande manera aprovecha»rá que cualquiera de nosotros, y los que de hoy »en adelante hicieren la misma profesion, demas »de los tres votos comunes, nos obliguemos con »este voto particular, que obedeceremos á todo lo »que nuestro santo Padre que hoy es, y los que »por tiempo fueren Pontífices romanos nos man»daren para el provecho de las almas, y acrecen»tamiento de la fe. É iremos sin tardanza (cuanto

»será de nuestra parte) á cualesquier provincias »donde nos enviaren, sin repugnancia ni excu»sarnos, ahora nos envien á los turcos, ahora á »cualesquier otros infieles, aunque sean en las »partes que llaman Indias, ahora á los herejes y »cismáticos, ó á cualesquier católicos cristianos.

»Por lo cual los que han de venir á nuestra »Compañía, ántes de echar sobre sus espaldas »esta carga del Señor, consideren mucho, y por »largo tiempo, si se hallan con tanto caudal de »bienes espirituales, que puedan dar fin á la fá»brica desta torre, conforme al consejo del Se»ñor. Conviene á saber, si el Espíritu Santo que »los mueve, les promete tanta gracia que espe»ren con su favor y ayuda llevar el peso desta »vocacion. Y despues que con la divina inspira»cion hubieren asentado debajo desta bandera de »Jesucristo, deben estar de dia y de noche apa»rejados para cumplir con su obligacion. Y por»que no pueda entrar entre nosotros la pretension »ó la excusa destas misiones ó cargos, entiendan »todos que no han de negociar cosa alguna dellas, »ni por sí, ni por otros, con el romano Pontífice, »sino dejar este cuidado á Dios y al Papa como »á su Vicario, y al Superior de la Compañía. El »cual tampoco negociará para su persona con el »Pontífice sobre el ir ó no ir á alguna mision, si »no fuese con consejo de la Compañía.

»Hagan tambien todos voto, que en todas las »cosas que pertenecieren á la guarda desta nues»tra regla, serán obedientes al Prepósito de la »Compañía. Para el cual cargo se eligirá por la »mayor parte de los votos (como se declara en las »constituciones) el que tuviere para ello más par»tes, y él tendrá toda aquella autoridad y potes»tad sobre la Compañía, que convendrá para la »buena administracion y gobierno della. Y man-

»de lo que viere será propósito para conseguir el »fin que Dios y la Compañía le ponen delante. Y »en su prelacía se acuerde siempre de la benig»nidad y mansedumbre, y caridad de Cristo, y »del dechado que nos dejaron san Pedro y san »Pablo. Y así él como los que tendrá para su con»sejo, pongan siempre los ojos en este dechado. »Y todos los súbditos, así por los grandes frutos »de la buena órden, como por el muy loable ejer»cicio de la contínua humildad, sean obligados »en todas las cosas que pertenecen al instituto de »la Compañía, no solo á obedecer siempre al »Prepósito, mas á reconocer en él como presente »á Cristo, y á reverenciarle cuanto conviene. Y »porque hemos experimentado que aquella vida »es más suave, y más pura, y más aparejada para »edificar al prójimo, que más se aparta de la ava»ricia, y más se allega á la pobreza evangélica; y »porque sabemos que Jesucristo Nuestro Señor »proveerá de las cosas necesarias para el comer »y vestir á sus siervos, que buscan solamente el »reino del cielo, queremos que de tal manera ha»gan todos el voto de la pobreza, que no puedan »los profesos ni sus casas, ó iglesias, ni en comun, »ni en particular, adquirir derecho civil alguno, »para tener ó poseer ningunos provechos, rentas »ó posesiones, ni otros ningunos bienes raices, »fuera de lo que para su propia habitacion y mo»rada fuere conveniente, sino que se contenten »con lo que les fuere dado en caridad para el uso »necesario de la vida. Mas porque las casas que »Dios nos diere, se han de enderezar para traba»jar en su viña, ayudando á los prójimos, y no »para ejercitar los estudios; y porque por otra »parte parece muy conveniente que algunos de »los mancebos en quien se vee devocion y buen »ingenio para las letras, se aparejen para ser obre-

»ros de la misma viña del Señor, y sean como se»minario de la Compañía profesa, queremos que »pueda la Compañía profesa para la comodidad »de los estudios, tener colegios de estudiantes, »donde quiera que algunos se movieren por su de»vocion á edificarlos y dotarlos, y suplicamos que »por el mismo caso que fueren edificados y dota»dos, se tengan por fundados con la autoridad »apostólica. Y estos colegios puedan tener rentas, »y censos, y posesiones, para que dellas vivan y se »sustenten los estudiantes: quedando al Prepósi»to ó á la Compañía, todo el gobierno y superin»tendencia de los dichos colegios y estudiantes, »cuanto á la elecion de los rectores y gobernado»res y estudiantes, y cuanto al admitirlos y des»pedirlos, ponerlos y quitarlos, y cuanto á ha»cerles y ordenarles constituciones y reglas, y »cuanto al instituir, y enseñar, y edificar, y cas»tigar á los estudiantes, y cuanto al modo de pro»veerlos de comer y vestir, y cualquiera otro go»bierno, direccion y cuidado, de tal manera que »ni los estudiantes puedan usar mal de los dichos »bienes, ni la Compañía profesa los pueda aplicar »para su uso propio, sino solo para socorrer á la »necesidad de los estudiantes. Y estos estudian»tes deben dar tales muestras de virtud y inge»nio, que con razon se espere que acabados los »estudios serán aptos para los ministerios de la »Compañía. Y así conocido su aprovechamiento »en espíritu y en letras, y hechas sus probaciones »bastantes, puedan ser admitidos en nuestra »Compañía. Y todos los profesos, pues han de ser »sacerdotes, sean obligados á decir el oficio divi»no segun el uso comun de la Iglesia, mas no en »comun, ni en el coro, sino particularmente. Y »en el comer y vestir, y las demas cosas exterio»res seguirán el uso comun y aprobado de los ho-

»nestos sacerdotes para que lo que desto se qui-
»tare cada uno, ó por necesidad, ó por deseo de
»su espiritual aprovechamiento, lo ofrezcan á
»Dios como servicio racionable de sus cuerpos,
»no de obligacion sino de devocion.

»Estas son las cosas que poniéndolas debajo del
»beneplácito de nuestro santo Padre Paulo III
»y de la Sede apostólica, hemos podido declarar
»como en un breve retrato de aquesta nuestra
»profesion; el cual retrato hemos aquí puesto pa-
»ra informar compendiosamente, así á los que
»nos preguntan de nuestro instituto y modo de
»vida, como tambien á nuestros sucesores, si Dios
»fuere servido de enviar algunos que quieran
»echar por este nuestro camino. El cual porque
»hemos experimentado que tiene muchas y gran-
»des dificultades nos ha parecido tambien orde-
»nar que ninguno sea admitido á la profesion en
»esta Compañía, si su vida y dotrina no fuere pri-
»mero conocida con diligentísimas probaciones
»de largo tiempo, como en las Constituciones se
»declarará. Porque á la verdad, este instituto pide
»hombres del todo humildes y prudentes en Cris-
»to, y señalados en la pureza de la vida cristia-
»na y en las letras. Y áun los que se hubieren de
»admitir para coadjutores, así espirituales como
»temporales, y para estudiantes, no se recibirán
»sino muy bien examinados y hallándose idóneos
»para este mismo fin de la Compañía. Y todos
»estos coadjutores y estudiantes despues de las
»suficientes probaciones, y del tiempo que se se-
»ñalará en las Constituciones, sean obligados pa-
»ra su devocion y mayor mérito, á hacer sus vo-
»tos, pero no solenes (sino fuere algunos que por
»su devocion y por la calidad de sus personas,
»con licencia del Prepósito general, podrán hacer
»estos tres votos solenes); mas harán los votos de

»tal manera, que los obliguen todo el tiempo que »el Prepósito general juzgare que conviene tener»los, como se declara más copiosamente en las »Constituciones desta Compañía de Jesus: al cual »suplicamos tenga por bien de favorecer á éstos »nuestros flacos principios á gloria de Dios Padre, »al cual se dé siempre honor en todos los siglos, »amén.»

«Por lo cual nosotros considerando que en la »dicha Compañía y sus loables institutos, y en la »ejemplar vida y costumbres de Ignacio y los »otros sus compañeros, no se contiene cosa que »no sea pía y santa, y que todo va encaminado »á la salud de las almas de los suyos y de los de»mas fieles de Cristo, y al ensalzamiento de la fe, »absolviendo á los dichos compañeros, y á los »coadjutores, y á los estudiantes de la Compañía, »para el efeto destas letras solamente, de toda ex»comunion, suspension y entredicho, y de cuales»quier otras eclesiásticas sentencias, censuras y »penas, que por derecho ó por sentencia de juez, »por cualquier vía ó manera hubiesen incurrido, »y recibiéndolos debajo de nuestro amparo y de la »Sede apostólica, de nuestra propia voluntad, y »por nuestra propia ciencia, con la autoridad »apostólica por el tenor desta presente bula, »aprobamos y confirmamos, y con mayores fuer»zas revalidamos perpétuamente la fundacion é »institucion de la Compañía, y la dilatacion del »número de los profesos, y el recebir y admitir »coadjutores, y todos los privilegios, libertades y »exenciones, y la facultad de hacer y alterar los »estatutos y ordenaciones, y todos los otros in»dultos y gracias que nuestro antecesor y la Se»de apostólica les ha concedido y confirmado en »cualquier tenor y forma.

»Y confirmamos las letras apostólicas, así plo-

»madas como en forma de breve, y todo lo en »ellas contenido y por ellas hecho, y suplimos to- »dos los defetos que hubiesen en ello intervenido, así del derecho como del hecho, y declaramos que todas estas cosas deben tener perpétua »firmeza y guardarse inviolablemente, y que por »tales sean declaradas é interpretadas y sentenciadas de cualesquier jueces y comisarios de »cualquier autoridad que sean, y les quitamos la »facultad y autoridad de juzgarlas ó interpretarlas de otra manera. Y si acaso alguno de cualquier autoridad que fuese á sabiendas ó por inorancia tentase algo sobre estas cosas diferentemente que nosotros decimos, lo declaramos por »inválido y sin ninguna fuerza. Por lo cual por »estas letras apostólicas mandamos á todos los »venerables, hermanos Patriarcas, Arzobispos, »Obispos, y á los amados hijos, Abades y Priores, y á las otras personas constituidas en dignidad eclesiástica, que ellos y cada uno dellos, »por sí ó por otros, defiendan á los dichos Prepósito y Compañía en todo lo sobredicho, y hagan con nuestra autoridad que estas nuestras »letras, y las de nuestro antecesor, consigan su »efeto, y sean inviolablemente guardadas; y no »permitan que ninguno sea molestado indebidamente de manera alguna contra su tenor, y pongan silencio á cualesquier contrarios y rebeldes, »con censuras eclesiásticas, y con otros oportunos remedios del derecho, sin que les valga apelacion, y agraven las dichas censuras guardando »los términos debidos, é invoquen tambien para »este efeto, si fuere necesario, el auxilio del brazo seglar, no obstante las constituciones y ordenaciones apostólicas; y todas las cosas que »nuestro predecesor quiso en sus letras que no »obstasen, y todas las otras cosas contrarias, cua-

»lesquiera que sean, ni obstando tampoco que al»gunos en comun ó en particular tuviesen privi»legio de la Sede apostólica, que no puedan ser »entredichos, suspensos ó excomulgados, si en »las letras apostólicas no se hiciere entera y ex»presa mencion y palabra por palabra deste in»dulto. Ninguno pues sea osado quebrantar ó »contravenir con temerario atrevimiento, á esta »escritura de nuestra absolucion, amparo, apro»bacion, confirmacion, añadidura, suplemento, »decreto, declaracion y mandamiento. Y si algu»no presumiere tentar de quebrantarla, sepa que »le alcanzará la ira de Dios omnipotente, y de los »bienaventurados san Pedro y san Pablo sus »Apóstoles. Dada en Roma en san Pedro, el año »de la Encarnacion del Señor de 1550 años, á los »veinte y uno del mes de julio, y de nuestro »pontificado el año primero.

F. de Mendoza.

Fed. Cardinalis Cesius.»





CAPÍTULO XXII.

DEL INSTITUTO Y MANERA DE GOBIERNO QUE DEJÓ N. B. P. IGNACIO Á LA COMPAÑÍA DE JESUS.

De la bula del Papa Julio III, que en el capítulo precedente se ha visto, se puede fácilmente entender cuál sea el fin é instituto desta Compañía. Mas porque esto se toca en ella con brevedad, y no se explica tanto como algunos querrian, paréceme que debo darles contento, y declarar algo más por extenso lo que en la bula en suma se contiene. Y no será esto fuera de mi propósito, pues pertenece tambien á la vida que escribimos de N. B. Padre que se entienda el dibujo y traza que él hizo de la Compañía, y las reglas y leyes que le dejó para su gobierno.

La Compañía de Jesus, llamada así en su primera institucion y confirmacion por el Papa Paulo III deste nombre, y por todos los otros Sumos Pontífices que despues le han sucedido, es Religion no de monjes ni de frailes, sino de clérigos reglares, como lo dice el santo Concilio de Trento [1]. Su vida ni es solamente activa como las militares, ni puramente contemplativa como las monacales, sino mixta, que abraza juntamente la accion de las obras espirituales en que se ejerci-

1 Sessio XXV, cap. XVI.

ta, y la contemplacion de donde sale la buena y frutuosa accion. El blanco á que tira, y el fin que tiene delante, y á que endereza todo lo que hace, es la salvacion y perfecion propia y de sus prójimos. La salvacion consiste en la guarda de los mandamientos, y la perfecion en seguir los consejos de Cristo Nuestro Señor. Y la una y la otra consiste principalmente en la caridad: y así ella es la regla con que esta Compañía mide, y el nivel con que nivela todo lo demas. Los medios que toma para alcanzar este fin, son todos los que la pueden ayudar para alcanzar la caridad, y muy proporcionados al fin que pretende, como son, predicar contínuamente la palabra de Dios; enseñar á los niños y rudos la dotrina cristiana; amonestar á la gente que huya los vicios y abrace las virtudes, y darles la forma que han de tener para ello, y para orar con provecho; exhortar al frecuente y devoto uso de los sacramentos; visitar los enfermos; ayudar á bien morir; socorrer espiritualmente á los presos de la cárcel y á los pobres de los hospitales; consolar y dar alivio en lo que puede á todas las personas necesitadas y miserables; procurar de poner paz entre los enemigos; y finalmente, emplearse en las obras de misericordia, y trabajar que se funden, aumenten y conserven en la República todas las obras de piedad.

Todas estas obras tocan en su modo tanto á los colegios como á las casas de la Compañía. Pero otras hay que son propias de los colegios, en los cuales los nuestros enseñan: que son el ejercicio de las letras, las cuales se profesan y leen públicamente desde los principios de la gramática hasta lo postrero de la teología, más ó ménos, segun la posibilidad que cada colegio tiene; de manera, que se junte la dotrina con la virtud: y

en la juventud que es blanda y tierna, se imprima el amor de la Religion cristiana y de toda bondad. Y todo esto hace la Compañía no solamente en las provincias y pueblos de los católicos, pero aun mucho más entre los herejes y bárbaros, por ser más desamparados y necesitados de dotrina; y porque como se dice en la bula, Dios Nuestro Señor la ha enviado á su Iglesia principalmente para la defensa y propagacion de nuestra santa fe.

Este es el fin desta Compañía y sus ministerios, y dél y dellos se puede sacar en lo que se ha de estimar su instituto y el de las otras Religiones que tienen este mismo fin, y se ocupan en estas ó en semejantes obras de caridad. Pues tanto es más perfeta y excelente una Religion que otra, como dice santo Tomás, cuanto es más perfeto y más universal el fin y blanco que una más que otra tiene, y cuantos más y mejores, y más acertados son los medios que toma para alcanzar este su más perfeto fin.

De tal manera se emplea la Compañía en estos medios y ministerios, que no puede tomar por ellos limosna ninguna, sino que da de balde lo que de balde recibió. Y así no recibe dinero ni otra cosa alguna por las misas que dice, ni por las confesiones que oye, ni por los sermones que predica, ni por las leciones que lee, ni por cualquiera otra obra de su instituto. Y esto no porque no sabe que el obrero, como dice el Señor, es merecedor del galardon de su trabajo, y que, como dice el Apóstol, es muy justo que quien sirve al altar viva del altar; y que conforme á esto debe el pueblo sustentar con sus limosnas á los religiosos y siervos de Dios, que le sustentan á él en lo que más le importa; mas porque vee que en estos tiempos tan trabajosos, an-

da muy abatido de los malos el oficio y nombre del sacerdocio, y que los herejes tomando ocasion de la codicia ó poco recato de algunos, dicen mal del uso santísimo de los sacramentos, como si fuese invencion de hombres, y no institucion de Dios para nuestro remedio y salvacion. Pues por quitar la ocasion á los que buscan ocasion de decir mal, ha querido la Compañía imitar en esto al bienaventurado Apóstol san Pablo; el cual alabando lo que los otros Apóstoles hacian en tomar lo que les daban para su sustento, dice de sí, que predicaba el Evangelio sin recebir nada de nadie; y que queria ántes morir que perder esta gloria que tenia: y por esto la Compañía da de gracia lo que tan graciosamente recibió de la mano del Señor.

Por esta misma causa sigue la Compañía en el comer y vestir una manera de vida comun y moderada como de pobres, mas bastante para sustentar la flaqueza humana y la miseria de nuestros cuerpos. Y así no tiene hábito particular, sino que el suyo es el comun de los clérigos honestos de la tierra donde ella vive; en el cual procura siempre que se eche de ver la honestidad, modestia y pobreza que á los religiosos conviene. Y así el no haber tomado capilla ni hábito propio y particular, ha sido porque la Compañía, como habemos dicho, no es Religion de frailes, sino de clérigos. Y porque habiendo necesariamente de tratar con los herejes y con otra gente desalmada y perdida (pues para ganar á estos principalmente la envió Dios), que por sus maldades y por la corrupcion y miseria deste nuestro siglo, desprecia y aborrece el hábito de la Religion, le ha parecido que podrá tener mejor entrada para desengañarlos y ayudarlos, no teniendo ella ningun hábito señalado y distinto del co-

mun. Y tampoco tiene asperezas y penitencias corporales ordinarias, que obliguen á todos por razon del instituto, por acomodarse á la complexion, salud, edad y fuerzas de cada uno de los que á ella vienen, y ponerles delante una manera de vida que todos sin excepcion puedan seguir; y porque tiene otras asperezas y cargas muy pesadas interiores, las cuales son más y mayores que por de fuera parecen. Y no por eso deja de estimar y alabar la fuerza que tienen, y la necesidad que hay destas penitencias y asperezas corporales; las cuales reverencia y predica en las otras sagradas Religiones, y ella las toma para sí cuando lo pide la necesidad ó utilidad. Y esto es de manera, que ó los Superiores las dén, ó los súbditos las tomen por su voluntad, con parecer y aprobacion de los Superiores. Lo cual se hace con tanto fervor, que por gracia de Dios Nuestro Señor tienen necesidad de quien les vaya á la mano.

Y estando la Compañía tan ocupada en tantas obras y tan diversas, y de tanta importancia para salvacion de las ánimas, que son propias de su instituto, no tiene coro ordinariamente, en el cual se canten las horas canónicas, como se acostumbra en otras Religiones. Porque no es de esencia de la Religion el tener coro: de manera que no pueda ser Religion la que no tiene coro. Pues como enseña muy bien santo Tomás, puédense instituir y fundar Religiones para varios fines y para diversas obras de misericordia y piedad; en las cuales los que se ejercitaren, aunque no tengan coro, serán tan propiamente religiosos y no nada ménos que los otros que le tienen, y cada dia cantando en él alaban al Señor. Y así la órden de los predicadores del glorioso Patriarca santo Domingo, parece que no tuvo en sus prin-

cipios coro; pues se escribe que impetrada la confirmacion de su órden, envió este santo Patriarca todos sus compañeros á predicar por diversas partes del mundo; y entónces no podia haber coro, siendo tan pocos, y estando como estaban sus santos religiosos desparcidos y ocupados en predicar. Y no por eso diremos que en aquel tiempo no era Religion, pues fué tiempo muy esclarecido para ella. Y el bienaventurado san Gregorio Papa, en un Concilio romano prohibió so graves penas, que los diáconos que se habian de ocupar en predicar la palabra de Dios y en repartir las limosnas á los pobres, no se ocupen en el coro, ni hagan oficio de cantores. Porque (como lo declaran los santos Padres) es cosa más excelente despertar los corazones de los hombres y levantarlos á la consideracion de las cosas divinas con la predicacion y dotrina, que no con el canto y con la música. Y así los que tienen por oficio enseñar al pueblo, y apacentarle con el pan de la dotrina evangélica, no deben, como dice santo Tomás, ocuparse en cantar; porque ocupados con el canto no dejen lo que tanto importa. Y aunque aquel cánon de san Gregorio ahora no se guarde, no por eso deja de tener su fuerza y vigor la razon porque él se hizo, que es, el que está ocupado en las cosas mayores y más necesarias y provechosas, ha de estar para atender á ellas desembarazado del coro y de los otros ejercicios que le pueden estorbar. Y así vemos que en el principio de la primitiva Iglesia los sagrados Apóstoles dejaron el cuidado de repartir las limosnas, aunque era obra de gran caridad, y la encomendaron á los siete diáconos, por no divertirse ellos de la predicacion que importaba más, diciendo: no es justo que nosotros dejemos de predicar la palabra del Señor por dar de co-

mer á los pobres. Y conforme á esto en todas las Religiones, áun en aquellas que por su instituto están obligadas al coro, los predicadores y estudiantes, y todos los que están ocupados en los oficios graves ó en otros domésticos, no tienen obligacion tan estrecha de acudir al coro, para que desobligados desta deuda puedan acudir mejor á sus oficios. Y en nuestra Compañía con más razon (pues no le tiene por su instituto y vocacion) están todos desobligados del coro; porque todos los della son profesores públicos, ó predicadores, ó confesores, ó estudiantes, ó hermanos legos que sirven; ó en fin, personas que por su instituto están ocupados en ministerios espirituales y graves, ó necesarios y domésticos; y fuera destos no hay ninguno que esté desocupado, y se pueda ocupar solamente en cantar. Por tanto como haya en la Iglesia universal de Dios, tantas iglesias particulares y Religiones, que por su instituto y obligacion se ocupan santísimamente en alabarle y glorificarle en el coro, de los cuales puede gozar y aprovecharse el que tuviere devocion, y quisiere despertar su ánima con el canto para las cosas divinas, y la Compañía no pueda abrazar lo uno y lo otro, hále parecido tomar aquella parte, que aunque en sí no es ménos necesaria ni ménos frutuosa, tiene ménos que la traten y se ejerciten en ella. Y para emplearse mejor, y poner todo el caudal de sus fuerzas en cosa que tanto va, y no distraerse ni embarazarse en otras que no son tan necesarias, por más santas y loables que sean, deja á las demas lo que es suyo (alabando al Señor que les dió tal instituto) y ocúpase en lo que es propio de su vocacion, imitando tambien en esto al Apóstol san Pablo: el cual dice de sí, que no le habia enviado el Señor á bautizar, sino á predicar, no por-

que no fuese cosa santa y necesaria para la salvacion de las ánimas el bautizar, pues lo es el bautismo y puerta de todos los sacramentos, sino porque habia otros muchos que bautizasen, y no tantos que pudiesen predicar. Especialmente que no sirven ménos en la guerra las espías, que los soldados que pelean, ni los ingenieros que minan las fuerzas de los enemigos, ménos que los que derribadas ya las murallas arremeten al asalto; ni tiene menor parte en los despojos el soldado que queda á guardar el bagaje, que el que pelea y vence; ni recibieron ménos espíritu del Señor Eldad y Medad, dos de los setenta viejos que eligió Moisen por voluntad de Dios, aunque se quedaron en los reales, que los otros sesenta y ocho, que estaban delante del tabernáculo, para que el que come, no condene al que no come, ni el que no come juzgue al que come, como dice el Apóstol, sino que los unos y los otros alaben al Señor de todos, porque reparte sus dones como es servido.

Y parécele á la Compañía, que con ocuparse en tantas cosas tan provechosas para el pueblo, y con las oraciones que contínuamente hace, y las misas que dice por sus bienhechores, cumple con la obligacion que les tiene, por la caridad y limosna que dellos recibe.

Y porque para ejercitar como se debe los ministerios que habemos dicho, es necesario lo primero mucha virtud, y tambien un buen natural, y más que medianas letras, y una buena gracia para tratar y conversar con los hombres, y ser entre ellos de buena opinion y fama, no recibe esta Compañía ningun hombre facineroso, ni que sea infame segun el derecho canónico y civil, ni gente que se piensa que ha de ser inconstante en su vocacion; y finalmente, ninguno que haya trai-

do hábito de cualquiera otra Religion, porque desea que cada uno siga el llamamiento é inspiracion del Señor, y persevere en la vocacion que ha sido llamado; y que todas las demas Religiones sagradas crezcan cada dia más, y florezcan en la santa Iglesia en número y fruto y verdadera gloria en el Señor. Y así solamente recibe los que con mucho exámen entiende que son llamados y traidos de Dios á su instituto, y que por esto pueden ser para él provechosos.

Estos tales son en una de cuatro maneras. La primera es de hombres ya hechos y consumados en letras, los cuales despues de haber acabado sus estudios, tocados de la mano de Dios desean dedicarse totalmente á su servicio, y emplear en esta Compañía para beneficio y provecho de las ánimas, todo lo que aprendieron en el siglo. La segunda es de los que con entereza de vida y suficiente dotrina se reciben, para que conforme al talento que les comunicare el Señor, ayuden en los ministerios espirituales á los profesos. La tercera es de mozos hábiles y de buenos ingenios y esperanzas; los cuales se reciben, no porque hayan estudiado, sino para que estudien y aprendan las letras que son menester para aprovechar á los otros. La cuarta es de algunos hermanos legos; los cuales contentándose con la dichosa suerte de Marta, sirven á Nuestro Señor, ayudando en los oficios comunes de casa, y descargan á los demas deste trabajo, para que desocupados puedan mejor atender á los ministerios espirituales, y por esto se llaman coadjutores temporales.

Todos los destas cuatro suertes que habemos dicho, tienen dos años de noviciado; en los cuales no tienen obligacion de hacer voto ninguno, sino de probarse, y probar la Religion. Y este

espacio que se toma para la probacion, más largo de lo que en las otras Religiones se usa, allende de ser muy provechoso para los que entran, porque tienen más tiempo de mirar bien primero lo que hacen; tambien lo es para la misma Religion. La cual los prueba á ellos, y los ejercita en la oracion vocal y mental, y en la mortificacion y humillacion de sí mismos, dándoles muchas vueltas, y haciendo, como dicen, anatomía dellos, para conocerlos mejor, y para labrarlos y perficionarlos más. Y es muy conforme á razon y á la dotrina de los Santos, y á la variedad que antiguamente hubo en la Iglesia de Dios acerca desto, que cuanto más perfeto y dificultoso fuere el instituto que se ha de emprender, se mire más y con más atenta consideracion el admitirlos. Y por esto da la Sede apostólica á la Compañía dos años de probacion. En los cuales los Maestros de novicios y superiores tienen gran cuidado de examinar muy atentamente la vocacion de cada uno de sus novicios: y de que ellos la entiendan, y se confirmen en ella. Tienen tambien intento de entender las inclinaciones, habilidades y talentos de los novicios, para poner á cada uno en el oficio que más le conviene; de manera que con alivio y consuelo sirvan y acudan á la gracia del Señor que los llamó. Y puesto que los enseñan muchas cosas para enderezarlos y encaminarlos al conocimiento de su regla, y á la perfecion de su instituto, principalmente son cuatro los avisos y documentos que se les dan, que son como cuatro fuentes de todos los demas, y sacados del espíritu y dotrina de nuestro B. P. Ignacio.

El primero es, que busquen y procuren hallar á Dios Nuestro Señor en todas las cosas. El segundo, que todo lo que hicieren lo enderecen á la mayor gloria de Dios. El tercero, que empleen

todas las fuerzas en alcanzar la perfeta obediencia, sujetando sus voluntades y juicios á sus Superiores. Y el cuarto, finalmente, que no busquen en este mundo sino lo que buscó Cristo, Nuestro Redentor; de manera que así como Él vino al mundo por salvar las ánimas, y padecer y morir en la cruz por ellas, así ellos procuren cuanto pudieren de ganarlas para Cristo, y ofrecerse á cualquier trabajo y muerte por ellas con alegría, recibiendo cualquier afrenta é injuria que les hicieren por amor del Señor, con contento y regocijo de corazon; y deseando que se les hagan muchas, con tal que ellos de su parte no den causa ninguna, ni ocasion para ello en que Dios sea ofendido. Y si por ventura algun novicio no obedece á los consejos y amonestaciones de sus Superiores, ó no abraza como debe el instituto de la Compañía, despues de corregido muchas veces y amonestado, despídenle della; porque de ninguna cosa se tiene más cuidado para conservar sano y entero este cuerpo, que de no tener en ella persona que no convenga á su instituto.

Pasados los dos años del noviciado, los hombres ya letrados, y que tienen bastante dotrina para ejercitar los ministerios de la Compañía, si dan buena cuenta de sí y entera satisfacion de su virtud y vida, pueden hacer su profesion y votos solenes. Si no se tiene tanta experiencia y aprobacion della, dilátase la profesion, y entretanto que viene el tiempo de hacerla, hacen tres votos, de pobreza, castidad y obediencia perpétua de la Compañía, y lo mismo hacen acabado su noviciado todos los demas que dijimos.

Estos votos no son solenes, sino simples. Con los cuales de tal manera se obligan los que los hacen de perseverar en la Compañía, que no por

eso queda ella obligada á tenerlos para siempre, sino que tiene libertad para despedir los que no dieren buena cuenta de sí ántes de la profesion, quedando ellos cuando los despiden, libres de su obligacion. Así que el que hace estos votos, hace una policitacion libre, voluntaria y simple promesa, entregándose con perpetuidad, cuanto es de su parte, á la Religion. El cual despues de haber examinado el instituto de la Compañía, y probádose á sí y á ella por espacio de dos años, como habemos dicho, se quiere obligar á vivir y morir en ella con esta condicion; y está en su voluntad hacerlo, como pudiera sin recebir agravio, pues es señor de sí y de su voluntad, ántes de haber entrado en la Compañía, ni de saber tan por menudo su regla y la carga que echaba sobre sí. Mas aunque la Compañía no tenga obligacion precisa, que nazca de los votos que el que entra hace, no por eso deja de tener otra grandísima y firmísima que le pone su instituto y sus Reglas y Constituciones. Las cuales mandan que no se despida ninguno, sino con mucha consideracion, ni por enfermedad en que haya caido sirviendo á la Compañía, ni por causas ligeras que se puedan por otro camino remediar. Y para decirlo en una palabra, las causas principales de despedir se resumen en dos, que son: cuando á la Compañía ó al mismo que se despide, conviene que se despida. Porque en tal caso, el no hacerlo sería en grave perjuicio de la caridad, con la cual todas las demas cosas se deben regular. Y áun cuando la necesidad obligare á ello, quieren que se haga con tanto miramiento y recato, y con tales muestras de amor y dolor, como se puede desear, así para bien y estimacion del que se despide, como de la edificacion y provecho de los que quedan. Y para que esto se haga con mayor acierto y

consideracion, sólo el Prepósito general tiene facultad de despedir de la Compañía á los que despues de los dos años han hecho sus votos en ella. De manera que no está en mano de los Superiores despedir por su voluntad y antojo al que quieren de la Compañía, sino que se vive con órden y ley en ella; y ellos procuran en todas las cosas de usar de la debida moderacion, pero en esta más que en ninguna, porque importa más, no solamente porque la caridad cristiana lo pide, pero tambien porque es interes de la misma Compañía. La cual recibiria mucho daño, y se haria gravísimo perjuicio á sí misma, si arrojadamente y con poca consideracion despidiese á los hombres ya hechos y puestos en perfecion, á cabo de tantos años de cuidados, y trabajos, y gastos suyos, habiéndolos recebido con tanto exámen y miramiento cuando eran mozos, y sin tantas partes de virtud y dotrina; porque esto sería trabajar mucho en el tiempo del sembrar, y ser remiso y desperdiciado al tiempo del coger. Mas como el fin de la Compañía sea excelentísimo y lleno de muchas y gravísimas dificultades, es menester que los que viven en ella sean hombres de muy conocida y probada virtud, y muy ejercitados en las cosas espirituales si le quieren alcanzar. Y por esta causa ha juzgado que no conviene admitir á profesion á ninguno cuya virtud y dotrina no sea muy conocida y experimentada; porque sus hijos no tomen sobre sí más carga de la que pueden llevar, cayendo con ella, quebrándose los ojos, dando escándalo y haciendo daño á los que tienen obligacion de dar edificacion y aprovechar. Y así entretanto que se prueban y ejercitan más, se atan con esta obligacion de los votos que habemos dicho, y poco á poco se van ensayando y subiendo como por gradas y escalones hasta lo más alto.

Y aunque esta manera que habemos dicho de hacer los votos, parece nueva, es muy conveniente para este instituto, que en esta parte es nuevo: es provechosa á los mismos que hacen los votos, y necesaria para la Compañía y para la Iglesia de Dios de grandísima utilidad. Porque los que hacen los votos, gozan desde luego el merecimiento y fruto dellos, y atados con su obligacion, quedan más fuertes y firmes en la vocacion á que Dios los llamó; y la Compañía con estas prendas queda más segura, y con ménos temor y sospecha de perder sus trabajos y las gentes sus limosnas, como se perderian si los que están en la Compañía, por no tener obligacion ni voto, tuviesen libertad para dejarla y volverse al siglo á su voluntad, despues de haber estado muchos años en ella, habiendo alcanzado dotrina y crédito á costa de sus sudores y trabajos, y de las haciendas de sus bienhechores. Lo cual sería contra toda razon, como lo sería si algun clérigo, despues de haberse aprovechado mucho tiempo de las rentas eclesiásticas, y enriquecídose con la hacienda de los pobres, y con el patrimonio de Cristo Nuestro Señor volviese atrás, y dejase el estado eclesiástico; que para que esto no se pueda hacer, mandan los sagrados cánones, que el clérigo que tiene iglesia parroquial se ordene de misa (si no lo está) dentro de un año despues que alcanzó el beneficio, y que si por estar dispensado del Obispo, á efeto que pueda estudiar no lo hiciere, se ordene á lo ménos de subdiácono; dando por causa deste mandato, para que habiendo gozado de las rentas del beneficio, no pueda mudar estado, y volver atrás, tomando la santa iglesia el voto que el tal hace, como por fianzas y prendas para su seguridad. Tambien la Iglesia de Dios con esto viene á ser libre de grande número de apóstatas

que saldrian de la Compañía, quedándose siempre atados con sus votos, y sin poder tomar otro estado, como quedan los apóstatas de las otras Religiones, y esto nos enseña la misma experiencia.

Y no reciben agravio los que así se despiden, pues entraron con esta condicion y quedan libres, como habemos dicho; y comunmente van más aprovechados en todo, que cuando entraron; y no se despiden sino por su bien ó por el de toda la Compañía, el cual por ser comun y pertenecer á muchos, se ha de preferir al bien particular de cada uno. Y pues en todas las Religiones por causas graves y urgentes, se pueden y suelen echar los religiosos dellas, aunque sean profesos, quedando ellos siempre obligados á guardar sus votos y profesion; no hace agravio la Compañía á los que despide no siendo aún profesos, pues cuando los despide quedan sin ninguna obligacion y señores de sí. Ni es contra razon que se haya de fiar más de toda la Compañía el particular cuando entra en ella, creyendo que no le despedirán sin causa, que no la Compañía del particular, esperando que ha de perseverar sin tener voto ni obligacion para ello, pues no son iguales las partes. Aunque si bien se mira, no es menor la seguridad que tiene el particular, fundada y afianzada en el instituto y reglas de toda la Compañía, que la que ella tiene con el voto y promesa del particular, como acabamos de decir.

Destos provechos, y de otros muchos que sería largo contarlos, se puede sacar cuán acertada es esta manera y obligacion de votos para este nuestro instituto. La cual si quisiéremos bien mirar, hallarémos que es muy conforme á lo que se usaba antiguamente en la Iglesia de Dios, en los seminarios que se tenian de clérigos, como se

vee en algunos Concilios toledanos, y en otros que no hay para qué traerlos aquí, ni otras razones ni autoridades; pues la santa Sede apostólica con la autoridad de tantos sumos Pontífices, y el sacrosanto y universal Concilio de Trento en sus decretos, lo han todo instituido y aprobado.

Volviendo, pues, á los cuatro géneros de personas que se reciben en la Compañía, de los cuales ya habemos hablado, los primeros que son señalados en letras hacen su profesion como habemos dicho; los segundos, que llamamos coadjutores espirituales, son como soldados de socorro que ayudan á los profesos á llevar sus cargas, y están á todas horas á punto, cuando se toca al arma y se ofrece cosa del servicio del Señor; los coadjutores temporales ejercítanse en sus oficios ayudando á los demas, para que descuidados deste particular ejercicio, puedan mejor emplearse en lo que les toca; los estudiantes aprenden letras y estudian, y el buen espíritu que bebieron en el noviciado, procuran de acompañarle con dotrina, y en todo el tiempo de sus estudios, de tal manera se ocupan en ellos, que no se olvidan de sí, y de su mortificacion; ántes se ejercitan á sus tiempos en algunos de los ministerios que despues cuando sean profesos ó coadjutores espirituales formados han de hacer, y se van habilitando para todo aquello en que despues se han de emplear.

Esto se hace en los colegios. Porque la Compañía tiene casas y colegios, entre los cuales hay esta diferencia. Las casas, ó son casas de probacion, en las cuales se prueban y ejercitan los novicios en la forma que habemos dicho; ó son casas de profesos, en las cuales solamente residen los obreros ya hechos, y se ocupan en confesar y predicar, y en los otros ministerios espirituales

en beneficio de los prójimos. Los colegios son de estudiantes, en los cuales, aunque se tratan algunas de las obras de los profesos, pero su ocupacion principal es enseñar ó aprender las letras necesarias para estos ministerios.

Las casas de los profesos no tienen ni pueden tener renta ninguna, aunque sea para la fábrica de la iglesia, ó para ornamentos ó aderezos della, ni tienen heredades frutuosas, en comun ni en particular, ni pueden adquirir derecho para pedir por justicia las limosnas perpétuas que se les dejan, si no viven de las que cada dia se les hacen.

Las casas de probacion y los colegios pueden tener renta en comun, para que los novicios no sean cargosos á los pueblos, ántes que sean de provecho, y los comiencen á servir; y los estudiantes teniendo cierto su mantenimiento y vestido, no tengan cuidado de buscarle, sino que todos se empleen en aprender las ciencias que para ayudar á los otros son menester.

Estas casas de novicios y colegios, suélenlas fundar y dotar con rentas, ó las ciudades donde se fundan de sus propios, ó algunas personas principales y ricas de sus haciendas, á quienes Dios hace merced de servirse dellos para este efeto, y para aparejar obreros que despues trabajen en su viña, como adelante se dirá. Las rentas de los colegios están á cargo de los profesos, los cuales en ninguna manera se pueden dellas aprovechar para sí, sino que enteramente se han de gastar en proveer y sustentar á los estudiantes. Y así los que tienen el provecho no tienen el mando, ni pueden desperdiciar, sino gozar de los bienes que tienen; y los que tienen el mando y administracion ó superintendencia de los tales bienes, no sacan fruto temporal de su trabajo

para sí, sino para aquellos cuyos ellos son, y á quienes han de servir.

Los estudiantes acabados sus estudios vuelven otra vez á la fragua, y pasan por el crisol con nuevas probaciones, para apurarse y afinarse más, y hacerse hábiles para ser admitidos en el número de los coadjutores espirituales formados, ó de los profesos; los cuales tienen toda la autoridad para regir y gobernar la Compañía. De los profesos salen los Asistentes, los Provinciales, los Comisarios, los Visitadores, y el mismo Prepósito general. Para lo cual es muy importante y necesario, que los profesos sean varones de muy rara virtud, dotrina y experiencia; y que vivan llanamente con los demas, para que con su humildad y modestia se hagan iguales las otras cosas, que pueden parecer desiguales. Los dichos profesos hacen sus tres votos solenes, de pobreza, castidad y obediencia perpétua, como se usa en las demas Religiones, porque en los tres votos consiste la esencia y fuerza de la Religion. Añaden otro cuarto voto solene, que es propio y particular desta Compañía, de obedecer al romano Pontífice acerca de las misiones. Y ha sido invencion de Dios el hacerse este voto en la Compañía, en tiempos tan miserables y de tanta calamidad; en los cuales vemos que los herejes con todas sus fuerzas y máquinas, procuran combatir la autoridad de la santa Silla apostólica. Que dejando aparte los provechos que deste voto se siguen, los cuales se tocan en el sumario de nuestro instituto, y en la bula de la confirmacion de la Compañía, que en el capítulo pasado se puso, es grandísimo bien fortificar y establecer con este voto de la obediencia á Su Santidad, lo que los herejes pretenden destruir y derribar.

Y para que no solamente el gobierno de la

Compañía sea al presente el que debe ser, sino que de nuestra parte se cierre la puerta á lo que para adelante nos puede dañar, y se corten las raíces de la ambicion y de la codicia, que son la polilla y carcoma de todas las Religiones: tambien hacen otros votos simples los profesos, y prometen de no consentir que se altere, ni mude lo que está ordenado en las constituciones acerca de la pobreza, sino fuese para estrecharla y apretarla más: y de no pretender *directe*, ni *indirecte* ningun cargo en la Compañía; y de descubrir y manifestar al que supieren que le pretende; y de no aceptar ninguna dignidad fuera de la Compañía, sino fueren forzados por obediencia de quien les puede mandar y obligar á pecado.

La forma del gobierno es esta. Hay un Prepósito general, que es Superior y Padre de toda la Compañía: el cual se elige por voto de los Provinciales y de dos profesos de cada provincia, que han sido nombrados en las congregaciones ó capítulos provinciales de cada una dellas, para ir con sus Provinciales al capítulo general. El Prepósito general es perpétuo por su vida, y tiene entre todos la suma autoridad y potestad. Él con la grande informacion que tiene de sus sugetos, elige y constituye los Rectores de los colegios, los Prepósitos de las casas profesas, los Provinciales, Visitadores y Comisarios de toda la Compañía. Con esto se quita la ocasion de pasiones, desasosiegos y otros inconvenientes que suelen suceder cuando los Perlados y Superiores se eligen por voto y voluntad de muchos. Tambien el mismo Prepósito general tiene la superintendencia de los colegios. Reparte y concede las gracias y privilegios que tenemos de la Sede apostólica, más ó ménos como le parece. Está en su mano el recebir en la Compañía y despedir della, y hacer pro-

fesos y llamar á congregacion general, y presidir en ella. Finalmente, casi todas las cosas están puestas en su arbitrio y voluntad. Y para que no se use mal desta tan grande potestad, el Prepósito general, demas del cuidado y diligencia que se pone en escoger el mejor de todos, y el que se juzga que es más idóneo, y más á propósito para el tal cargo (que es toda la que humanamente se puede usar) despues de la eleccion del General, por los mismos que le eligieron, se nombran otras cuatro personas de las más graves y señaladas de toda la Compañía, que se llaman Asistentes, para que asistan y sean consultores del General. Cuyo oficio es primeramente moderar los trabajos del General, medir su comer y vestir, avisarle con humildad de lo que les parece que conviene para el buen gobierno y estado de la Compañía. Y nómbrase tambien por la misma Compañía uno que se llama Admonitor, que tiene este oficio de amonestar más en particular al General de todo lo que se ofrece. Y porque puede ser que el General, como hombre, caiga en algun error grave, como sería si fuese demasiadamente arrebatado y furioso, ó que gastase mal y desperdiciase las rentas de los colegios, ó que tuviese mala dotrina, ó fuese en su vida escandaloso, pueden en estos casos los Asistentes convocar la Compañía, y llamar á congregacion general (la cual por representar toda la Compañía, es sobre el mismo General y tiene la suprema potestad), para inquirir y examinar las culpas del General, y conforme á lo que se hallare darle la pena. Porque caso puede haber en que el Prepósito general sea absuelto y privado de su oficio, y castigado con otras penas mayores. Por lo cual parece que el gobierno desta Compañía, aunque tira mucho al de la monarquía, en la cual hay uno solo que es Prín-

cipe y cabeza de todos; pero tambien tiene mucho del gobierno que los griegos llaman aristocratia, que es de las repúblicas en que rigen los pocos y los mejores. Y así dejando lo malo y peligroso, que puede y suele haber en estos gobiernos, ha tomado la Compañía lo bueno que cada uno dellos tiene en sí. Porque no hay duda sino que el gobierno donde hay un solo príncipe y una sola cabeza, de la cual dependen todas las demas, es el mejor de todos, y más durable y pacífico. Pero esto es si el Príncipe es justo, y el que es cabeza es sábio, prudente y moderado. Mas hay gran peligro que este tal no se ensoberbezca y desenfrene con el poder que tiene, y que siga su apetito y pasion, y no la ley y la razon; y que lo que le dieron para provecho y bien de muchos, lo convierta en perjuicio y daño dellos, y haga ponzoña de la medicina. Y aunque no caiga en este extremo, y sea muy cuerdo y muy prudente, no es posible que siendo uno sepa todas las cosas; y por tanto dice el Espíritu Santo, que la salud del pueblo se halla donde hay muchos consejos; en los cuales cada uno dice lo que sabe mejor que los demas, y lo que ha experimentado para bien de todos. Pero por otra parte en la muchedumbre de los que gobiernan hay mucho peligro que no haya tantos pareceres como cabezas: en los cuales, aquella unidad tan necesaria para la conservacion de los hombres y de las repúblicas, se venga á partir y á deshacer, y con ella la union, que es el ánima y vida de todas las buenas juntas y comunidades. Pues para huir estos inconvenientes tan grandes que se hallan en el uno y otro género de gobierno, ha tomado la Compañía la unidad de la monarquía, haciendo una sola cabeza, y de la república el consejo, dando Asistentes al Prepósito general, y ha sabido tan bien juntar lo uno

con lo otro, que el Prepósito general presida á todos por una parte, y por otra sea sujeto en lo que toca á su persona, y que los Asistentes sean consejeros suyos y no jueces.

Esta es la traza y modelo que con pocas palabras he podido dibujar del gobierno é instituto que nos dejó N. B. P. Ignacio desta Compañía. La cual, como se puede sacar de lo que habemos dicho, aunque tiene muchas cosas muy esenciales semejantes y comunes á las demas religiones, pero tambien tiene otras diferentes dellas y propias suyas. Porque así como por ser Religion, necesariamente ha de tener las cosas esenciales que tienen las demas religiones (que son los tres votos de pobreza, obediencia y castidad; en las cuales consiste la naturaleza y sustancia de la religion, y sin las cuales no podria ella serlo), así por ser Religion de clérigos (como dice el sagrado Concilio de Trento), tambien se ha de diferenciar de las otras Religiones monacales y de frailes, en lo que ellas se distinguen y son desemejantes de los clérigos. Y siendo tambien cierto que aunque todas las Religiones tienen un mismo fin general, que es seguir los consejos de Cristo Nuestro Señor, y la perfecion que en el sagrado Evangelio se nos enseña, pero cada una tiene su fin particular al cual mira, y como á blanco endereza sus obras. Y siendo como son estos fines particulares diferentes unos de otros, necesariamente lo han de ser tambien los medios que para alcanzar los dichos fines se toman; pues los medios dependen del fin como de regla y medida, con la cual se han de medir y reglar. Y no hay Religion ninguna tan semejante á otra, que no tenga algunas cosas propias suyas, y desemejantes á todas las demas. Y cada una de las Religiones tienen sus privilegios y dispensaciones del derecho

comun que hace el Vicario de Cristo Nuestro Señor, como autor, intérprete y dispensador dél, para bien y ornamento de su santa Iglesia. La cual está ricamente ataviada y compuesta con esta hermosísima y admirable variedad, y como los reales espantosos y bien ordenados, tiene muchos y muy lucidos escuadrones de gente que pelean todos á una, pero cada uno con sus propias armas; las cuales suelen ser tan diferentes, como lo son los soldados que usan dellas. Y finalmente Dios Nuestro Señor, que con su altísima é infinita providencia, gobierna todas sus criaturas, da los remedios conforme á las necesidades, y aplica las medicinas como las pide la naturaleza de la enfermedad y en los tiempos en el consistorio de su divino consejo determinados, envia las religiones é institutos que es servido, para que labren y cultiven esta su grande viña de la Iglesia católica.





CAPÍTULO XXIII.

LA CONSTITUCION DE NUESTRO MUY SANTO PADRE GREGORIO XIII DE LA NUEVA CONFIRMACION DEL INSTITUTO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

PARA que mejor se entienda lo que habemos dicho de nuestro instituto, y que Dios Nuestro Señor es el que le reveló y descubrió á nuestro B. P. Ignacio, de la manera que la necesidad presente de la santa Iglesia le habia menester, me ha parecido poner aquí parte de una extravagante y constitucion perpétua de nuestro muy santo Padre Gregorio XIII, de felice recordacion; en la cual muy copiosamente declara, y aprueba, y confirma de nuevo el instituto de la Compañía y todos sus privilegios y constituciones, y estatutos en general; y particularmente algunas cosas de las más sustanciales que dejo tratadas en este capítulo; y excomulga *ipso facto* á los que dijeren y enseñaren lo contrario, y pone freno á algunos que con demasiada libertad y atrevimiento osaron poner lengua en este instituto y en otra bula apostólica (que es la que se puso en las otras impresiones deste libro, y no se pone en esta, porque está embebida en esta constitucion), en que Su Santidad asimismo ántes le habia declarado y confirmado, condenando por falsas y temerarias sus proposiciones. Porque como esta Compañía

es de Jesus, no le pueden faltar las contradiciones que tuvo su cabeza, ni las que han tenido las demas sagradas Religiones, que son miembros y compañías del mismo Jesus, y militan debajo de su imperial nombre y bandera, como en esta constitucion se dice, y como se vee en las persecuciones y calumnias que padecieron las Ordenes de los gloriosos Patriarcas santo Domingo y san Francisco en sus principios, y en los furiosos asaltos y terribles combates que pasaron, que fueron tales, que para resistirlos y vencerlos fué bien menester el favor de Nuestro Señor. El cual movió á sus Vicarios que tomasen la mano para su defensa, y proveyó que en aquel mismo tiempo floreciesen los esclarecidos doctores santo Tomás de Aquino y san Buenaventura, que eran lumbreras del mundo, para que con el resplandor de la verdad y gracia, y fuerza que el mismo Señor les daba, domasen la braveza y orgullo de sus enemigos, y desterrasen la escuridad y tinieblas de la mentira y falsedad. Dice, pues, la Constitucion así:

Gregorio, Obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpétua memoria.

«Entrando Nuestro Señor y Salvador en la navecilla, luego se alteró la mar, y Él rogado de los dicípulos mandó á los vientos que cesasen; y cesó la borrasca, y sucedió la bonanza y tranquilidad. La cual nosotros que estamos puestos al gobernalle desta navecilla de san Pedro, no dejamos de pedir al mismo Señor con contínuos ruegos y oraciones, en las tempestades que se levantan, ni de poner nuestro trabajo y industria en quebrantar las olas turbulentas que la combaten. Y aunque para este trabajo nos ha proveido la divina Providencia de buenos com-

»pañeros y remeros esforzados, todavía particu-
»larmente nos ayuda y alivia para vencer las
»tempestades del mar embravecido, el cuidado y
»trabajo de los que por la comun salud de las al-
»mas que peligran no hacen caso de sus propias
»comodidades, y se ofrecen á cualesquier peli-
»gros. En lo cual todas las demas Religiones se
»muestran prontas y aparejadas, pero particular-
»mente la Compañía de Jesus, con el contínuo
»trabajo que toma por Cristo, y con la perseve-
»rancia hasta el fin. La cual habiendo criado una
»muchedumbre de hijos muy provechosos para la
»Religion católica y aparejada á pasar todos los
»peligros y encuentros por la Iglesia universal,
»no deja de criar otros cada dia con la gracia del
»Señor semejantes á los primeros, para que sus
»hijos siendo ejercitados por varias probaciones,
»y habiendo subido de grado en grado á lo más
»alto, nos ayuden, y dellos nos podamos servir
»en las empresas árduas y dificultosas, y para
»que mejor lo puedan hacer, procuramos defen-
»derlos de toda injuria y calumnia, y de conser-
»varlos enteros sin que ninguno los toque ni ofen-
»da. Y para hacer esto, debemos con la apostó-
»lica autoridad amparar y defender, y mantener
»en su fuerza y vigor los institutos de la dicha
»Compañía, que son como los cimientos y ner-
»vios del socorro y servicio que ellos hacen á la
»Religion católica, siguiendo en esto el ejemplo
»de los otros romanos Pontífices, de los cuales
»Paulo III, de feliz recordacion, y Julio asimismo
»tercero confirmaron las Constituciones y el loa-
»ble instituto de la dicha Compañía, y el mismo
»Paulo la eximió de toda la juridicion de cuales-
»quier Ordinarios; y habiendo sido el instituto
»examinado por Paulo IV, y alabado del Conci-
»lio Tridentino, Pio V asimismo nuestro prede-

»cesor declaró que la dicha Compañía era Orden »de mendicantes. Todas las cuales cosas con mu»cha razon han sido concedidas de nuestros pre»decesores á la dicha Compañía por las señaladas »virtudes y dones que el Señor le ha comunica»do; cuyo principal fin es la defension y propaga»cion de la Religion católica, y el aprovechamien»to de las ánimas en la vida y dotrina cristiana.

»Tambien es propio de la gracia de su voca»cion ir á diversas partes del mundo con la di»reccion del Pontífice romano y del Prepósito ge»neral de la misma Compañía, y de vivir en »cualquier parte del mundo, donde se pueda es»perar de sus trabajos mayor fruto para la salva»cion de las almas, á gloria de la eterna majestad »de Dios. Para el cual fin el Espíritu Santo, que »movió á la buena memoria de Ignacio de Loyo»la, fundador de la dicha Compañía, y á sus com»pañeros, tambien les dió y acomodó los medios »convenientes para alcanzar este mismo fin, co»mo son la predicacion de la palabra de Dios, y »el ministerio y enseñanza de la dotrina cristiana, »el uso de los ejercicios espirituales y de todas »las obras de caridad, la administracion y fre»cuencia de los santos Sacramentos, especial»mente del de la penitencia, y del sacratísimo »cuerpo de Cristo Nuestro Redentor. Para hacer »bien y como conviene las tales obras, y para ven»cer las dificultades, y pasar por los peligros que »á los religiosos de la misma Compañía se ofre»cen en semejantes peregrinaciones y ministe»rios, es necesario que los que han de obrar tan »grandes cosas tengan grande caudal de virtud y »devocion, el cual se alcanza principalmente con »la gracia y favor de Dios Todopoderoso, y des»pues con la crianza y larga probacion que en la »Compañía se usa y con la observancia de las re-

»glas y constituciones. En las cuales para poner-
»se el cimiento que conviene para obra tan alta,
»se ordena que los novicios de la dicha Compa-
»ñía se prueben dos años, los cuales acabados si
»ellos quisieren perseverar, y la Compañía tuvie-
»re satisfacion dellos (porque esta Compañía no
»tiene solos novicios y profesos como las demas
»Religiones), hacen tres votos sustanciales sim-
»ples (sino fuere alguno que se debe admitir á la
»profesion, ó al grado de coadjutores formados)
»de pobreza, castidad y obediencia en la misma
»Compañía, por indulto apostólico desta santa
»Silla, y conforme á la forma de hacer los votos,
»que en las mismas constituciones se expresa y
»declara, y segun ellas prometen de entrar en la
»misma Compañía, es á saber, de pasar adelan-
»te, y tomar aquel grado della, que pareciere al
»Prepósito general. Los cuales votos hechos de-
»jan de ser novicios, y son incorporados y uni-
»dos en el Cuerpo de la Compañía, los que hu-
»bieren estudiado, ó para adelante han de estu-
»diar, como escolares aprobados, y los otros co-
»mo coadjutores temporales, aunque no forma-
»dos, y cuanto es de su parte quedan obligados
»de perseverar en la Compañía perpétuamente:
»aunque de parte de la dicha Compañía, confor-
»me á los indultos apostólicos y las sobredichas
»constituciones, tanto tiempo cuanto pareciere al
»Prepósito general. Lo cual es sumamente nece-
»sario para la conservacion de la Compañía. Y así
»al principio della se proveyó é instituyó, y des-
»pues con la experiencia se ha comprobado y se
»manifiesta, y expresamente se declara á los que
»quieren entrar en la Compañía en su misma en-
»trada, y ellos lo abrazan y entran con esta con-
»dicion, la cual es para ellos (si alguno se hubie-
»se de despedir) mucho más cómoda, para que

»vayan libres y no cargados con la obligacion de »sus votos, y por otras justas y razonables cau»sas. Los coadjutores temporales no formados, »los cuales no tratan el ejercicio de letras, sino »que se ocupan en los negocios temporales de casa »pasados algunos años, en los cuales habiendo »dado buena cuenta de sí y satisfacion al Prepó»sito general de la Compañía, son admitidos al »grado de coadjutores temporales formados, ha»ciendo los tres votos de pobreza, castidad y obe»diencia, públicos, y en manos del Perlado, pero »no por esto solenes, sino simples, así por el es»tablecimiento de las constituciones, como por la »intencion del que hace el voto, y del que le reci»be. Los estudiantes acabados los estudios en la »Compañía ántes que se hagan profesos ó coad»jutores espirituales formados, demas de gastar »el tercero año en otra nueva probacion, ejerci»tándose en los ejercicios de devocion y humil»dad (para que si el fervor destas virtudes con la »ocupacion de las letras, por ventura en algo se »hubiese resfriado, con el uso y ejercicio más »contínuo de las mismas virtudes, y con la invo»cacion más fervorosa de la divina gracia se avi»ve é inflame), tambien se prueban y ejercitan en »predicar la palabra del Señor, en leer las letras »sagradas y escolásticas, en administrar los sa»cramentos de la Penitencia y Eucaristía, y en »los otros ministerios de la Compañía, todo el »tiempo que parece al Prepósito general; y no »son promovidos á estos grados hasta ser dél »muy conocidos y aprobados. Porque los que »han de ser admitidos á la profesion de cuatro »votos, han de ser conforme á las sobredichas »constituciones, decretos é indultos apostólicos, »varones verdaderamente humildes y prudentes »en Cristo, en la pureza de la vida y en letras se-

»ñalados, y muy probados con largas y muy dili-
»gentes experiencias, han de ser sacerdotes y
»bien ejercitados en estos semejantes ministe-
»rios, porque esta vocacion tales los requiere,
»pues han de pasar despues por otros trabajos
»muy árduos y dificultosos, y por esto no todos
»pueden ser aptos para hacer esta profesion ni
»hacerse ó ser conocidos por tales, sino es con
»largas probaciones y experiencias. Por tanto el
»mismo Ignacio por divina inspiracion de tal
»manera dispuso el cuerpo de la Compañía y la
»distinguió en sus miembros y grados, que fuera
»de los que el Prepósito general juzgare ser idó-
»neos á la profesion de cuatro votos, y algunos
»que se pueden admitir alguna vez á la profesion
»de tres votos, todos los demas aun sacerdotes,
»cuya vida y dotrina hubiere sido largo tiempo
»probada en la Compañía, y satisfecho al Prepó-
»sito general, con su licencia dél sean recebidos
»al grado de los coadjutores espirituales forma-
»dos, haciendo aquellos tres votos asimismo pú-
»blicos, pero simples, en manos de su Superior:
»los cuales votos hechos, todos los coadjutores
»formados, así espirituales como temporales, tie-
»nen su grado cierto en la Compañía, y son inca-
»paces de cualquiera herencia y sucesion, y no
»pueden por ninguna manera tener cosa propia
»conforme á las mismas constituciones, y no pue-
»de ninguna casa, ó iglesia, ó colegio de la Com-
»pañía suceder en los bienes de los que hubieren
»hecho semejantes votos públicos, aunque mue-
»ran *ab intestato*, como ni tampoco en los bienes
»de los profesos. Pero los que han de ser profe-
»sos de cuatro votos, demas de los tres solenes y
»sustanciales votos añaden tambien otro cuarto
»solene de obedecer al romano Pontífice acerca
»de las misiones, el cual voto hacen por ser diri-

»gidos y guiados más seguramente del Espíritu »santo en las dichas misiones, y para mayor obe»diencia de los mismos que fueren enviados, y »mayor devocion á la Silla apostólica, y mayor »humildad y mortificacion, y abnegacion de sus »propias voluntades.

»Hecha la profesion, ahora sea de cuatro vo»tos, ahora de tres, los profesos para conservar »la perfecion de la pobreza (que es muro y ba»luarte del instituto religioso) y para cortar cual»quiera ocasion de ambicion, hacen algunos otros »votos simples, en los cuales prometen que ja»más por ninguna razon tratarán ni consentirán »que lo que está ordenado acerca de la pobreza »en las constituciones de la Compañía se altere »si no fuese cuando por justos respetos y ocasio»nes la pobreza se hubiese de estrechar más, y »que no pretenderán ni áun encubiertamente nin»guna prelacía ó dignidad, dentro ó fuera de la »Compañía, y que no consentirán en ninguna »eleccion que de sus personas se hiciere fuera de »la Compañía cuanto en ellos fuere, si no fueren »compelidos por la obediencia de quien se lo »puede mandar, so pena de pecado, y allende »desto que descubrirán á la Compañía ó al Pre»pósito general cualquiera que supieren que trata »ó pretende alguna cosa destas. Y no sólo los »profesos y coadjutores formados, sino todos los »demas que acabados los dos años de la proba»cion hubieren hecho los dichos tres votos sus»tanciales aunque simples, si sin expresa licen»cia salieren de la Compañía, aunque sea con »pretexto de mayor perfecion, y de pasarse á »cualquiera otra Orden (si no fuere la de los Car»tujos), caen en las penas de apostasía y excomu»nion por decreto de la Silla apostólica, de las »cuales no pueden ser absueltos sino del Sumo

»Pontífice, ó del Prepósito general. Porque se le »haria agravio á la misma Compañía si se le qui- »tasen los varones que ella con tanto trabajo ha »criado y enseñado para tan altos ministerios, lo »cual no sería sin daño de la Religion católica, y »desta santa Silla, especialmente que las consti- »tuciones de la Compañía, y los privilegios en »los cuales se contiene lo que habemos dicho, se »dan á los que quieren entrar, para que en un »aposento aparte lo consideren todo, ántes que »sean recebidos al comun trato y vida de los no- »vicios.

»Acabados, pues, los dos años de noviciado, y »hechos los votos simples, una es la comun ma- »nera de vivir y obedecer de todos. Porque de- »ben todos obedecer en todas las cosas, y vivir »en comunidad, así los otros como los profesos y »coadjutores formados, y esto de manera que en »las casas de probacion y en los colegios vivan »de las rentas que tuvieren, mas en las casas de »los profesos, las cuales no pueden tener renta »ninguna, vivan puramente de limosna. Y aun- »que los que aún no han llegado al grado de los »profesos y de los coadjutores formados por otras »justas causas, y particularmente para que la »Compañía pueda con mayor libertad (si fuere »menester) despedirlos con menor ofension, pue- »dan por algun tiempo á juicio del Prepósito ge- »neral, tener el derecho y dominio de sus bienes, »para poderlos mejor dispensar á los pobres ó en «otras obras pías, conforme á la devocion de ca- »da uno, y del consejo evangélico, y de la pro- »mesa que hacen en el principio del noviciado; »pero entretanto cuanto al uso dellos guardan la »pobreza religiosa y no pueden usar de ninguna »cosa como propia, sin licencia del Superior.

»Y aunque todos los que pasados dos años del

»noviciado hubieren hecho los dichos tres vo-»tos simples de la manera que habemos dicho, »y que son incorporados en la misma Compañía, »y que gozan de los merecimientos y privilegios »della como los mismos profesos, y que cuanto »es de su parte están aparejados para hacer la »profesion si el Prepósito general juzgare que »conviene al instituto de la dicha Compañía, y »están dedicados perpétuamente con los votos »simples al servicio de Dios, y contentos con su »suerte y vocacion, como lo pide el loable insti-»tuto dellos. Y finalmente, si salen de la Compa-»ñía están sujetos á la excomunion y á las otras »penas en que incurren los apóstatas, está claro »que son verdadera y propiamente religiosos. Pe-»ro habiendo nosotros entendido de poco tiempo »acá, que algunos aunque son obreros provecho-»sos y celosos en la viña del Señor, algunas ve-»ces se afligen y fatigan, pareciéndoles que no »son religiosos, porque no son profesos, y tam-»bien que no faltan otros, los cuales so color de »religion transfigurándose Satanás en ángel de »luz, no solamente con esta ocasion andan ellos »desasosegados en sí, pero tambien desasosiegan »á los otros turbando su paz y vocacion, y pro-»curando inquietarlos y apartarlos de lo que han »comenzado, de lo cual podria esta Religion tan »provechosa recebir notables daños.

»Por tanto, nosotros considerando que la divi-»na Providencia conforme á la necesidad de los »tiempos ha enviado á su iglesia varios y saluda-»bles institutos de Religiones, y para las nuevas »enfermedades, que en ella cada dia nacen, pro-»vee de nuevos remedios, y para las nuevas im-»pugnaciones de los enemigos ha ordenado nue-»vas compañías y soldados de las Ordenes regla-»res, y que da á cada uno dellos, conforme á la

»particular gracia de su vocacion, sus particula-»res señales, propias insignias y proporcionados »medios para el fin que pretende, y que agora »especialmente (como lo declaran los dichos su-»cesos por todo el mundo) produce maravillosos »frutos en el campo del Señor con este particular »instituto de la dicha Compañía; la cual como »las demas Religiones en sus principios es comba-»tida del espíritu de la contradicion, y por esta »causa todas las Religiones se suelen armar y de-»fender, con las constituciones de los romanos »Pontífices, como se vee claramente en las escla-»recidas Ordenes de santo Domingo, y san Fran-»cisco.

»Por tanto, aunque nosotros hayamos otras ve-»ces confirmado y declarado el instituto, privile-»gios y constituciones de la dicha Compañía, y »de nuestro *proprio motu* estatuido y ordenado, »que los que pasados los dos años del noviciado »hubieren hecho los tres votos, aunque simples, »son verdadera y propiamente religiosos, mandan-»do que ninguno ponga duda en ello, y con cláu-»sula irritante; y con otros decretos y fuerzas, co-»mo se contiene más copiosamente en nuestras »letras apostólicas que tratan desto, pero porque »no han faltado algunos que con temeraria osa-»día, despues desta nuestra declaracion, decreto, »mandato y entredicho han querido impugnar y »enflaquecer no solamente muchas de las cosas »sobredichas, y otras por ventura tocantes al ins-»tituto y manera de vivir de la Compañía, mas »tambien desvergonzadamente han intentado im-»pugnar desde la cátredra públicamente con teme-»rario atrevimiento los sobredichos apostólicos »decretos y mandatos, é interpretar falsamente »nuestra mente, disputando y poniendo en duda »las cosas sobredichas queriéndolas medir con las

»reglas comunes, formas y estatutos de las otras »Religiones, ignorando del todo el instituto de la »Compañía y sus particulares constituciones, y la »fuerza de los votos simples della, aprobados de »la Silla apostólica en la Religion de la dicha »Compañía por ella tambien aprobada.

»Y queriendo con sus falsas interpretaciones »pervertir algunas cosas, que por derecho anti- »guo están establecidas, y despues con el suceso »del tiempo, con la autoridad desta Silla apos- »tólica, y su aprobacion y confirmacion, y parti- »culares privilegios han sido corroboradas y esta- »blecidas.»

Y más abajo. «Nosotros, queriendo proveer al »provecho de la Iglesia universal, el cual experi- »mentamos que crece con la conservacion del ins- »tituto de la dicha Compañía, conservado invio- »lablemente en su firmeza y con la multiplica- »cion de los hijos y religiosos della, y esperamos »que cada dia crecerá más, y tambien teniendo »cuenta con la indemnidad, paz y acrecenta- »miento de la misma Compañía, *motu simili* y de »nuestra cierta ciencia y con la plenitud de la »Apostólica potestad, aprobamos y confirmamos »el loable instituto de la dicha Compañía, y todas »las cosas sobredichas á él tocantes, y los privile- »gios arriba dichos, y todos los demas de la dicha »Compañía, y las facultades, exenciones, inmu- »nidades, gracias é indultos, que les han sido con- »cedidos de los sobredichos predecesores nues- »tros, y tambien de nosotros mismos por comu- »nicacion y participacion, y las constituciones y »estatutos y decretos cualesquiera que sean: lo »cual todo, como si palabra por palabra fuese in- »serto en estas presentes letras, teniéndolo por ex- »preso y declarado, con la autoridad Apostólica y »tenor destas nuestras presentes letras, lo apro-

»bamos y confirmamos, supliendo todos los defe-
»tos que por ventura han intervenido de hecho ó
»de derecho en las dichas constituciones y esta-
»tutos.

»Allende desto queriendo nosotros armar y de-
»fender la dicha Compañía con la firme armadu-
»ra desta santa Silla, con esta nuestra perpétua
»constitucion, con el mismo *motu proprio* y con
»la misma ciencia y plenitud de potestad, esta-
»tuimos y decretamos, que los tres votos sobre-
»dichos, aunque sean simples, por la institucion
»desta Silla apostólica y desta nuestra delaracion
»y confirmacion, son verdaderamente votos sus-
»tanciales de Religion y en la dicha Compañía,
»como en Religion aprobada haber sido y ser ad-
»mitidos por la misma Silla apostólica, y por
»nosotros admitirse, y que ninguno, sino noso-
»tros, ó la dicha Silla puede dispensar en ellos,
»ni ellos pueden cesar ni perder su fuerza en nin-
»guna manera, si no es por ser despedidos legí-
»timamente de la Compañía los que los hicieren.
»Y demas desto haber sido y ser, y que para ade-
»lante serán, y en todo lugar y tiempo haber de
»ser tenidos y nombrados por verdaderos y pro-
»pios religiosos, no solamente los que son admi-
»tidos á los grados y ministerios de coadjutores
»formados espirituales ó temporales, como está
»dicho, sino tambien los mismos estudiantes y
»todos los demas, cualesquiera que sean, los cua-
»les recebidos en la Compañía acabados los dos
»años de probacion hubieren hecho los tres votos
»sustanciales sobredichos, aunque simples, ó
»para adelante los hicieren; y que estos tales de
»la misma manera que los otros profesos de la
»Compañía, ó de las otras cualesquier Religiones
»deben obedecer en todo y por todo á sus Supe-
»riores y Prepósitos, y que son inmediatos y su-

»jetos á esta Silla, y exentos totalmente de la ju»risdicion de cualesquier Ordinarios y delegados, »y otros cualesquier jueces como nosotros por »vigor destas nuestras presentes letras los exi»mimos.

»Finalmente declaramos, que así como son par»tícipes de todos los privilegios de la Compañía, »conforme á la disposicion del Prepósito general, »así tambien están sujetos á la excomunion ma»yor *latæ sententiæ*, y á las penas en que incurren »los apóstatas, los tales que se salieren de la Com»pañía, y que pueden ser castigados, como ver»daderos apóstatas, y que no pueden ser absuel»tos de las dichas penas por ninguna persona, si »no es por nosotros, ó por la Silla apostólica »sobredicha, ó por el Prepósito general, y que »ántes de la tal absolucion y de ser despedidos de »la Compañía, no puedan casarse ni contraer »matrimonio, ántes nosotros los hacemos inhá»biles para contraer, y todos los contratos seme»jantes que se hicieren los anulamos é irritamos »y declaramos ser nulos y irritos y sin fuerza. Y »para refrenar la osadía de los contradicientes, »todas las sobredichas proposiciones, ú otras cua»lesquiera semejantes á ellas, contra el instituto »de la dicha Compañía, dichas ó escritas en cual»quiera manera en perjuicio della, declaramos »ser totalmente falsas y temerarias, y haber de »ser tenidas por tales.

»Por tanto, en virtud de santa obediencia y so »pena de excomunion *latæ sententiæ*, y de ser te»nidos por inhábiles é incapaces de cualquier ofi»cio ó beneficio seglar ó reglar de cualquiera Or»den que sean (las cuales penas *ipso facto* sin otra »declaracion se incurran, y cuya absolucion re»servamos para nosotros mismos y para nuestros »sucesores) mandamos que ninguno de cualquier

»estado, grado y preeminencia que sea, se atreva »de impugnar ó contradecir DIRECTE ó INDIRECTE al »instituto y Constituciones de la dicha Compañía, »ni estas letras presentes, ó cualquiera de los ar»tículos que en ella se contienen ó cualquiera otra »cosa concerniente á lo que hasta aquí se ha di»cho con ningun color de disputar ó querer saber »la verdad. Prohibiendo estrechamente que nin»guno de fuera ni de dentro de la dicha Compa»ñía, si no fuere con licencia del General ó de los »otros inferiores Prepósitos, escriba anotaciones, »declaraciones, glosas, escolios acerca de las co»sas arriba contenidas, ni se atrevan en ninguna »manera de interpretarlas, sino llanamente como »suenan las mismas palabras, ni disputar ó mo»ver escrúpulo á nadie, ni poner duda en ello, ni »presuma de leer, ni de enseñar, y dar á otros, »vender ó tener en su poder las glosas ó interpre»taciones, agora sean impresas, agora escritas á »mano, que tocaren á esto; porque nuestra vo»luntad es, que si se ofreciere alguna duda sobre »estas cosas sea consultada esta santa Silla ó el »Prepósito general de la dicha Compañía, ó las »personas á quien él lo cometiere.

»Y así queremos que todos los jueces y comi»sarios, aunque sean Auditores de las causas del »palacio apostólico y Cardenales de la santa Igle»sia de Roma, juzguen y determinen todas y cua»lesquiera de las cosas sobredichas, en cualquier »causa é instancia, y les quitamos la facultad y »autoridad de juzgarlas é interpretarlas diferente»mente de lo que nosotros lo hacemos. Y si acaso »alguno á sabiendas ó por inorancia tentase algo »sobre estas cosas, de otra manera lo declaramos »por inválido y sin ninguna fuerza.

»Por lo cual por estas letras apostólicas manda»mos á todos y á cada uno de los Patriarcas,

»Arzobispos, Obispos, y á los demas Perlados de »las iglesias y lugares, aunque sean de reglares, »que están por todo el mundo, que las hagan »guardar inviolablemente de todos, cada uno en »sus iglesias, provincias, ciudades, diócesis y lu»gares de su jurisdicion, y que defiendan al Pre»pósito y personas de la dicha Compañía, para »que gocen pacíficamente de todo lo que en ellas »se contiene, y no permitan que ellos sean moles»tados por ninguna persona, y que á los contrarios »los refrenen con censuras eclesiásticas y con otros »oportunos remedios del derecho ó del hecho, sin »que les valga apelacion é invoquen tambien pa»ra este efeto, si fuere necesario, el auxilio del »brazo seglar, no obstante la constitucion de Bo»nifacio Papa VIII, de feliz memoria, que co»mienza: *Quod votum*, ni las otras constituciones »apostólicas, ni los estatutos de las otras Religio»nes, costumbres, privilegios confirmados con ju»ramento, confirmacion apostólica, ó con otra fir»meza corroborados, ni los indultos y letras apos»tólicas, cualesquiera que sean, que se hayan »concedido á las dichas Ordenes, universidades, »lugares ó personas, por cualesquiera romanos »Pontífices nuestros predecesores, y por nosotros »mismos, y por la dicha santa Silla, aunque ha»yan sido concedidas *motu proprio*, y *ex certa scien*»*tia*, y con la plenitud de la potestad apostólica, »y con cualesquier cláusulas irritivas, anulativas, »casativas, revocativas, modificativas, preserva»tivas, exceptivas, declarativas, *mentis attestativas* »y derogativas de otras derogatorias, y otras cua»lesquiera eficaces é insólitas cláusulas irritantes, »y otros decretos *in genere vel in specie* de cualquier »manera, aunque sean muchas veces concedidos, »confirmados y renovados, los cuales todos y á »cada uno por sí y aunque en ellos se diga expre-

»samente, que no se puedan en ninguna manera »derogar ó no, sino con cierto modo y cierta for»ma en ellos contenida. Y que para que sean de»rogados suficientemente se haga especial, espe»cífica y expresa mencion dellos ó de su tenor, »ó que se guarde alguna forma exquisita para es»to, teniendo los dichos tenores y formas por ex»presas y declaradas suficientemente en estas »nuestras letras, por esta sola vez especialmente »y expresamente las derogamos, queriendo que »en lo demas queden en su vigor y fuerza, y á to»das las otras cosas contrarias cualesquiera que »sean: no obstando tampoco que algunos en co»mun ó en particular tengan privilegio de la Silla »apostólica, que no puedan ser entredichos, sus»pensos ó excomulgados, si en las letras apostóli»cas no se hiciere entera y expresa mencion, pa»labra por palabra deste indulto.

»Y es nuestra voluntad que todos los que tie»nen privilegios de participar copiosamente de las »gracias de la dicha Compañía, ó que para ade»lante de cualquiera manera los tendrán, no pue»dan gozar de la comunicacion desta presente »constitucion y gracia. Y así lo vedamos y pro»hibimos, y queremos que al traslado destas nues»tras letras aunque sea impreso, siendo firmado »de mano del Secretario de la dicha Compañía, »ó de algun Notario público y autenticado con el »sello del Prepósito general de la dicha Compa»ñía, ó de otra cualquiera persona constituida en »dignidad eclesiástica, se dé la misma fe y cré»dito en juicio y fuera dél, que se daria á estas »nuestras letras originales si se presentasen ó »mostrasen. Ninguno, pues, sea osado á quebran»tar ó contravenir con temerario atrevimiento á »esta escritura de nuestra aprobacion, confirma»cion, suplemento, decreto, estatuto, manda-

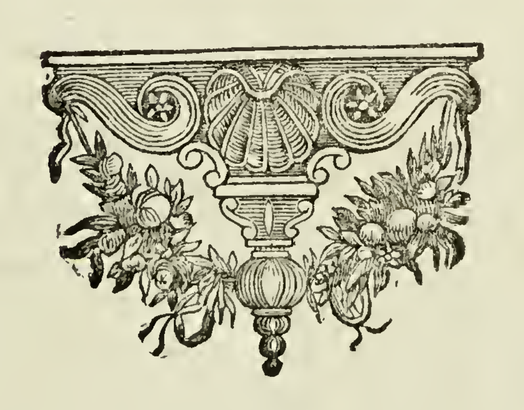
»miento, entredicho, derogacion y voluntad. Y »si alguno con temerario atrevimiento presumie»re tentar de quebrantarla, sepa que le alcanzará »la ira de Dios omnipotente y de los bienaven»turados san Pedro y san Pablo, sus Apóstoles. »Dada en Roma, en san Pedro el año de la en»carnacion del Señor, de mil y quinientos y »ochenta y cuatro á veinte y cuatro de Mayo, en »el año trece de nuestro Pontificado.»

M. Car. S. Stephani.

Registrata apud Cæsarem secretarium.

Cæsar Glorierius.

A. de Alexiis.





CAPÍTULO XXIV.

DE LOS COLEGIOS QUE TIENE LA COMPAÑÍA PARA ENSEÑAR.

Mas porque entre los otros ministerios en que se ocupa esta Religion de la Compañía de Jesus en servicio de Dios Nuestro Señor y de su santa Iglesia, por órden é institucion de N. B. P. Ignacio, uno muy principal es el de los colegios que tiene para enseñanza de la juventud en virtud y letras, y á algunas personas graves les parece este ejercicio nuevo y ajeno, y áun indecente de la gravedad religiosa, á lo ménos en lo que toca á las escuelas menores, donde se enseñan á los niños las primeras letras de la gramática, y preguntan las causas y motivos que tuvo N. B. P. para instituir estos colegios y escuelas, y abrazar con tanto cuidado una ocupacion, que por un cabo es muy trabajosa y molesta, y por otro parece abatida y no propia de religiosos, quiero en este capítulo responder á esta pregunta, y dar satisfacion con el favor de Nuestro Señor á los que en esto dudan, declarando la razon que hay para hacer lo que se hace.

Los colegios que tiene la Compañía, son como seminarios de la misma Compañía, en los cuales nuestros estudiantes, despues que en las casas de probacion fueron novicios y se ejercitaron en la

devocion, mortificacion y toda virtud, estudian y se hacen letrados; para que acompañando la dotrina necesaria con la buena vida, puedan mejor servir á la Iglesia de Dios en los ministerios que usa la Compañía, cada uno conforme á su habilidad y talento. Pero estos colegios de tal manera son seminarios de la Compañía, como dijimos, que en algunos dellos los nuestros no enseñan á los otros las ciencias, sino que ellos las aprenden; pero muchos otros son tales que en ellos se enseñan todas las ciencias que son necesarias para un perfeto teólogo, comenzando desde los primeros principios de gramática, hasta lo más subido de la sagrada teología.

Estos colegios en que la Compañía enseña, no son todos iguales, ni en todos se enseñan todas las ciencias, sino en unos unas y en otros otras, en algunos todas, y en todos algunas, segun la dotacion y posibilidad de cada uno de los colegios y del número de los religiosos que en ellos viven. Pero en los más, ó casi en todos, se enseña por lo ménos la gramática y latinidad á los niños. Y en esto reparan algunas personas, por tenerlo por cosa que no dice bien con la quietud y gravedad religiosa, como he dicho.

Las causas, pues, que movieron á nuestro B. Padre Ignacio á ordenar que la Compañía se ejercitase en este ejercicio, son muchas; pero la primera y más principal de todas es, ver que Dios Nuestro Señor ha enviado esta Religion para que sirva á su Iglesia en un tiempo tan miserable, que la mayor parte del mundo está ocupada de infieles, ó inficionada de herejes; y la que nos resta de católicos, está tan estragada de vicios y maldades, que se puede temer que la mala vida de los cristianos no abra camino, como suele, á los errores y herejías: y que con ellas se acabe de

perder eso que nos queda en Europa; pues dice el bienaventurado Apóstol san Pablo: *Multi repellentes bonam conscientiam naufragaverunt circa fidem*, que muchos por haber dejado el temor de Dios y héchose sordos á las voces que da la buena conciencia, han dado al través con la fe; y en otro lugar dice: *Radix omnium malorum est cupiditas, quam quidam appetentes erraverunt a fide,* que quiere decir, que por la codicia y deseo insaciable del dinero perdieron algunos la fe. Porque el corazon que está preso y aborrece la virtud, busca dotrinas á su gusto, y tiene por verdadero lo que es placentero y sabroso á su estragado paladar. Y la voluntad arrebatada de la pasion, ciega el entendimiento, y acaba con el que deje la fe, y aquella dotrina que siempre le ladra y es contraria á la maldad. Y siendo esto como es verdad, juzgó N. B. P. con una divina prudencia, que para atajar este fuego, y tener la casa que no se nos caiga encima, es necesario reformar las vidas y emendar las costumbres; y que para esto no hay ningun medio, ni más fácil, ni más eficaz, que criar los niños en el temor santo de Dios, y enseñarlos á ser cristianos desde su tierna edad, para que mamando con la leche la virtud, crezcan con ella, y siendo ya hombres y grandes, ejerciten lo que siendo niños y pequeños aprendieron.

Esto es lo que todos los que trataron y escribieron leyes para el buen gobierno de las repúblicas, en todas las naciones, y en todos los siglos enseñaron. Porque para que prenda y eche raíces el árbol que se planta, ha de ser tierno. Y un sabio, aunque gentil, dijo, tanto va en el acostumbrarse á una cosa desde niño. Y otro, que el vaso sabe á la pega, y toma siempre el sabor del primer licor que se echó en él. Y Aristóteles dijo:

no va poco, sino mucho en acostumbrarse de una manera ó de otra, desde la mocedad. Pero mucho mejor lo dijo el Espíritu Santo por Salomon en aquellas palabras: *Proverbium est, adolescens juxta viam suam ambulans, etiam cum senuerit non recedet ab ea;* que es proverbio ya y comun dicho de todos, que el mozo acostumbrado á andar por un camino, aunque se haga viejo no le dejará. Y ántes de Salomon dijo Job: *Ossa ejus implebuntur vitiis adolescentiæ ejus*. Sus huesos se henchirán de los vicios de su mocedad. Por esto dijo Platon, que él no sabia ninguna cosa en que los hombres hubiesen de poner mayor estudio y cuidado, que en hacer buenos á sus hijos desde niños. Y san Agustin dice, que más cuidado han de poner los padres en criar bien á los hijos que tienen, que no en desearlos ni en tenerlos. El mismo Platon en los libros que escribe de la República, y en los de las leyes, ninguna cosa encarece más, que la crianza y buena institucion de los niños, y la toma por basa y fundamento de todo lo que enseña. Porque dice, que della depende el bien de la República, y que más caso se ha de hacer en que haya buenos gobernadores en las ciudades, que no buenas leyes. Y da la razon: porque la ley buena, si no hay buen gobernador que la ejecute, es ley muerta; mas el buen gobernador, aunque no tenga ley escrita, él mismo se es ley viva. Y añade, que no podrá haber buenos gobernadores, si no hay buenos ciudadanos, de los cuales se han de tomar los que han de gobernar; y que para que los ciudadanos sean los que deben ser, tambien es necesario que lo sean los niños y los mozos, que despues de haber crecido han de venir á ser ciudadanos y á gobernar la República; y comunmente serán tales, cuales fueron en su mocedad; y así concluye que si no se echa este cimien-

to, todo lo que sin él se edificare caerá. Plutarco, filósofo prudentísimo, y maestro de Trajano Emperador, dice otro tanto, y escribió un libro entero de la manera con que se han de criar los hijos; en el cual es cosa de ver cuanto encarece este negocio, y dice que es la fuente y la raiz de todos los bienes, y que en él consiste el principio, medio y fin del buen gobierno; y que ninguna de las cosas humanas, como son riquezas, nobleza, honra, hermosura, salud y fuerzas, debrian los hombres estimar en tanto, como la buena crianza de sus hijos. Y dice más, que no merecen el nombre de padres, los que ponen más cuidado en ganar y allegar hacienda, que en hacer buenos á sus hijos á los cuales la han de dejar. Y que esto es tener mucho cuidado del calzado, y no tener ninguno del pié que le ha de calzar. Y que es cosa de risa ver lo que se reprehende el hijo cuando come con la mano izquierda, y la poca cuenta que se tiene que no sea siniestro y torcido en sus costumbres. Y añade que lo que más hace al caso, y lo que es más principal en este negocio, es que se busquen para los hijos, maestros cuya vida no esté amancillada con vicios, cuyas costumbres sean irreprehensibles, y de cuya aprobada virtud se tenga mucha noticia y experiencia.

Casi lo mismo dice san Juan Crisóstomo por estas palabras: «Grande y rico depósito de Dios son vuestros hijos, guardadlo con gran cuidado, para que no os le roben los ladrones.» Mas ahora hácese al revés, porque tenemos gran cuidado que nuestras tierras y heredades sean muy buenas, y encomendámoslas á buenos labradores para que las cultiven y labren bien. Procuramos de tener buen acemilero, y buen procurador, y buen despensero, y olvidámonos de buscar buen maestro para los hijos que salieron de nuestras entra-

ñas, y de encargar el tesoro más precioso que tenemos á persona que le sepa guardar. Tenemos más cuenta de lo que es ménos, y no hacemos caso de lo que es más. Xenofonte, filósofo grave y historiador excelente, escribe muy particularmente el cuidado que tenian los persas en criar é instituir los niños; y que señalaban doce varones de los mejores y más principales de la ciudad, que tuviesen cargo dellos, y pinta las leyes que les hacian guardar, y las cosas en que los ejercitaban; y despues que comenzaban á ser mozos y salian de los dez y siete años, habia otros que los gobernaban y ocupaban en otras cosas propias de aquella edad. Y alaba á los lacedemonios, porque no se fiaban del cuidado de los padres en criar sus hijos, sino que formaban un oficio y magistrado, y ponian ellos hombre particular y propio, nombrado por la misma república, que tuviese cargo de criar todos los hijos della; y esto mismo alaba Aristóteles, encareciendo lo que importa este negocio. Y dice que donde los niños se crian, no ha de haber pinturas al desnudo, ni figuras deshonestas de sus dioses, ni se han de representar delante dellos comedias ó farsas. Y con mucha razon: porque la condenacion de mucha gente tiene principio en la mala institucion y crianza que tuvieron siendo niños, y en el poco recato con que los guardan sus padres, á cuya cuenta se asienta esta culpa por ser ellos causa della.

Filipo, Rey de Macedonia, no tuvo en tanto que le hubiese nacido Alejandro su hijo y sucesor, cuanto que hubiese nacido en tiempo de Aristóteles, para darle por maestro un filósofo tan excelente; entendiendo lo que importaba para que su hijo fuese el que habia de ser, que tuviese desde su niñez quien le impusiese en la virtud y en los oficios que para tan grande príncipe

convenian. Y así se lo escribió á Aristóteles, rogándole que quisiese ser maestro de su hijo. Un poeta griego dijo, que aquel es verdaderamente bienaventurado, que es bienaventurado en sus hijos; dando por esto á entender, que de las tejas abajo no hay cosa que tanto se deba estimar como la buena institucion dellos. Ciceron claramente dice, que ningun beneficio se puede hacer á la República mayor ni mejor, que el enseñar é instituir bien á la juventud; especialmente en tiempo que las costumbres están depravadas. Quintiliano nuestro español, para formar y pintar un perfeto y consumado orador, comienza desde la cuna, y quiere que se tenga gran cuenta con las costumbres y con las palabras del ama que le ha de criar, y de los otros niños con quien ha de jugar. A san Jerónimo, varon de tan grande santidad y autoridad, entre las otras gravísimas ocupaciones que tenia, no le pareció que era menoscabo suyo escribir muy de propósito, cómo se habia de criar una niña cristiana, para que fuese sierva de Dios. Y así escribe una epístola á Gaudencio de *Pacatulæ Infantulæ educatione*, y otra maravillosa *ad Lætam, de institutione filiæ*. En la cual despues de haber enseñado cuál ha de ser el ama que le ha de dar la leche, y las compañeras con quien se ha de criar, y otras particularidades y menudencias que causan admiracion por el cuidado y diligencia que pone este santo en cosas tan menudas, dice estas palabras: «Búsquese un maestro de buena edad, vida y dotrina para que la enseñe. Y no creo yo que ningun varon docto se avergonzará de hacer con una doncella noble, ó parienta suya, lo que Aristóteles hizo con Alejandro, hijo del Rey Filipo, que fué enseñarle las primeras letras. No se han de tener en poco las cosas pequeñas, sin las cuales no se pueden con-

servar las grandes. El mismo son del A, B, C, y de los elementos, la enseñanza de los primeros preceptos, de otra manera salen de la boca de un hombre docto, y de otra de la de un rústico é inorante.» Y añade: «Con dificultad se borra lo que se escribió en los ánimos de los niños; ¿quién podrá volver á su blancura la lana teñida en grana? La olla nueva conserva largo tiempo el sabor y olor del primero licor que en ella se infundió. Las historias griegas cuentan que Alejandro Magno, Rey poderosísimo y vencedor del mundo, en las costumbres y en el andar imitó siempre los vicios de su ayo Leónides, porque desde niño se le habian pegado.» Hasta aquí son palabras deste glorioso Doctor.

Suplicando una santa á Nuestro Señor por su Iglesia, y pidiéndole con muchas oraciones y lágrimas, que la reformase y restituyese á su antigua belleza y hermosura, le fué mostrada una manzana, toda gastada y podrida, y le fué preguntado cómo de aquella manzana se podrian hacer otras manzanas que fuesen lindas y sabrosas. Y al fin le fué enseñado, que no habia otro remedio sino sembrar las pepitas que estaban dentro, para que dellas naciesen manzanos que diesen despues fruta sana y sabrosa, y que lo mismo se habia de hacer para la reformacion de la Iglesia. Porque estando todo el mundo tan estragado y corrompido, no tiene otro remedio para mejorarse y reformarse, sino sembrar los chiquitos y plantar en ellos la virtud. No sin causa quiso Dios que la que habia de ser su Esposa, y Madre de su precioso Hijo, fuese presentada en el templo de edad de tres años; y que san Juan Bautista, que habia de ser su Adelantado, desde niño se fuese al desierto; y que muchos santos que habian de ser muy señalados en su Iglesia, comen-

zasen de su tierna edad á dar muestras de lo que habian de ser adelante, y de lo que importaba la crianza y dotrina con que se crian los niños, como se lee de san Nicolás y de san Ildefonso, Obispos, y de san Benito y santo Domingo, Fundadores de Religiones, y de santo Tomás de Aquino, luz de las escuelas, y de san Luis, Rey de Francia, espejo y dechado de Reyes, y de otros muchos.

San Basilio notó muy bien en el capítulo 15 de las reglas y cuestiones que trató más difusamente acerca de las cosas de los monjes y de la Religion, que queriendo el bienaventurado san Pablo alabar á su dicípulo Timoteo, dice que habia aprendido las sagradas letras desde su niñez. Porque, como dice Santo Tomás, lo que se aprende en aquella edad siempre se nos queda con más perfecion y firmeza. Y por esto mismo los santos Apóstoles instituyeron y ordenaron, como dice san Dionisio Areopagita en el postrero capítulo de su *Eclesiástica Hierarchia*, que los niños se bautizasen y recibiesen la luz y gracia de nuestra redencion, para que limpios y santos, y apartados de todo error y fealdad, se criasen en la obediencia de Nuestro Señor, y perseverasen despues en ella, como en cosa con que ellos renaciendo en el bautismo, habian casi nacido y criádose desde el vientre de sus madres.

La manera que algunos Emperadores tiranos y perseguidores de la santa Iglesia tomaron para destruir y asolar de todo punto la fe de Jesucristo Nuestro Señor, fué el pervertir á los niños y criarlos con el odio de Jesucristo. Porque de Maximino Emperador (que fué una fiera cruel y bestia espantosa, y uno de los más horribles y sangrientos tiranos que persiguieron la Iglesia de Dios) escribe Eusebio Cesariense en su historia

eclesiástica, que viendo que con todos los tormentos y linajes de muertes que inventaba, para afligir y deshacer á los cristianos, y desarraigar su nombre de la haz de la tierra, no aprovechaba nada, porque cuantos más mártires hacia, más parece que nacian, y la sangre de los cristianos que se derramaba, era como semilla que se multiplicaba y crecia cada dia más; inventó una extraña y diabólica manera de persecucion, para acabar con ella lo que con los tormentos y muertes no habia podido. Y fué, que hizo componer un libro que llamaron los actos de Pilato, en el cual habia mil mentiras y abominables blasfemias contra Jesucristo Nuestro Redentor, y mandó que todos los maestros de escuela leyesen aquel libro, y los mochachos le aprendiesen y decorasen para que inficionados con esta ponzoña del aborrecimiento y odio de Cristo, persiguiesen á los que le seguian y profesaban su dotrina.

Lo mismo han hecho los luteranos en Alemania, y los hugonotos en Francia en nuestro tiempo, para dilatar sus errores y herejías, haciendo componer muchos versos y oraciones elegantes, á poetas y oradores doctos, contra el Papa y contra los eclesiásticos, y contra las verdades católicas, para que aprendiéndolas y decorándolas los niños, bebiesen dulcemente la ponzoña, y sin sentir se criasen con ella y con el aborrecimiento de la verdad, y teñidos en lana, no pudiesen perder la color. El Almirante Coliñi (que como á traidor, alborotador y hereje mataron en Francia) entre los otros medios que tuvo para sembrar en ella la herejía, y con ella la division y perdicion de aquel Reino, fué uno eficacísimo el poner de su mano por todas las ciudades que podia, maestros de escuela y maestras de labor, tales cuales era el que los ponia, para que enseñasen á los niños y

niñas las mentiras y blasfemias de su abominable dotrina; y tenia tanta cuenta con esto, instigándole y atizando el fuego Satanás, como cosa en que le iba tanto, que cierto pone admiracion y espanto. Y pues los ministros del demonio velan y trabajan tanto para nuestra perdicion, justo es que los ministros de Dios encendidos de su celo y amor velen tambien y trabajen para bien de muchos.

Por esta causa vemos que en muchos concilios se encomienda con todo cuidado el poner maestros de virtud y dotrina que tengan escuelas para enseñanza de la juventud; y se les manda señalar estipendios y salarios honrosos; y se manda á los mismos maestros lo que han de enseñar, y la cuenta que han de tener en hacer que sus dicípulos aprendan los principios de nuestra santa fe, y se crien en todo recogimiento y virtud. Para esto mismo se instituyó en las iglesias la dignidad de Maestrescuela, para que no faltando honra y provecho (que es lo que buscan y siguen los hombres) no faltase quien atendiese á oficio tan importante. En algunos cánones que en algunas ediciones andan impresos de la sexta Sínodo, que es el sexto Concilio universal que se celebró en la iglesia de Dios, y el tercero que se celebró en Constantinopla, se manda que los clérigos tengan escuelas, y que reciban y enseñen en ellas los hijos de los fieles con gran caridad ; y que no les pidan ni tomen nada dellos, más de lo que los padres de su voluntad y mera gracia les dieren, acordándose que dice Daniel que «los que enseñaren á muchos en la justicia, resplandecerán como estrellas para siempre.» Por esta misma causa se manda en el sagrado Concilio de Trento, que en las iglesias catredales se instituyan seminarios para criar en ellos desde su tierna edad, los que han de ser cléri-

gos, curas y pastores; y se determinan muy particularmente las calidades que han de tener, y lo que han de aprender, y cómo se han de regir y enseñar en temor de Dios y en buena dotrina los que en ellos se recibieren. Para este mismo fin tienen todas las Religiones sus noviciados y casas de probacion; porque el que no fuere buen novicio, comunmente no será buen profeso; ni buen clérigo, el que desde su mocedad no se ensayare para ello; ni buen ciudadano ni buen gobernador de la república, el que desde niño no se criare en amor y reverencia de Nuestro Señor. Y para enseñarle y traerle con este cebo á la virtud, enseña letras la Compañía, y abre escuelas y funda colegios.

Y no es cosa baja esta, sino muy honrosa, y que siempre fué muy estimada en la Iglesia de Dios; ni es cosa nueva, sino muy antigua; ni es cosa ajena de hombres religiosos, sino muy usada en Religiones. Porque en los principios de la Iglesia se escogian los hombres más eminentes en santidad y letras, por catequistas, y maestros de la dotrina cristiana; los cuales enseñaban los principios y rudimentos de nuestra santa fe. Y en Alejandría, como dice Eusebio, se instituyó escuela para esto: en la cual enseñaron Panteno, excelentísimo filósofo, y Clemente Alexandrino, sapientísimo varon y maestro de Orígenes: y el mismo Orígenes le sucedió y tomó por compañero á Eracla, hombre muy docto. Protógenes, varon admirable y santísimo, y obrador de grandes maravillas y milagros, tuvo escuela y enseñó á los niños á escribir; y con esta ocasion los convirtió á nuestra santa fe, y plantó en ellos la virtud y el conocimiento de Nuestro Señor, como lo cuenta Teodoro. Y de san Casiano mártir, escriben que fué Obispo de Brixanon, y que siendo echado de

su iglesia yendo á Roma paró en Imola, ciudad de Italia, y se hizo maestro de niños, de los cuales, por mandado del juez, fué martirizado como lo notó César Baronio en las anotaciones sobre el Martirologio romano, á los trece de Agosto. Y siempre se ha tenido por oficio eclesiástico el enseñar aunque sea gramática á los niños.

Y para que mejor esto se entienda, diré lo que san Basilio (que fué luz, padre y legislador de todas las Ordenes monásticas en Oriente) acerca deste punto enseña. Pregunta, pues, este santísimo varon, si conviene que los monjes sean maestros de los mochachos seglares, y responde que sí, cuando los padres los traen para que se aprovechen en la virtud, y los maestros son tales que tienen esperanza de poderlos aprovechar. Y confírmalo con aquellas palabras del Salvador: «Dejad venir los chiquitos á mí, porque de los tales es el reino de los cielos.» Y añade que si no hay este intento ni esperanza de aprovechar, no es agradable á Nuestro Señor este ejercicio, ni decente ni provechoso para el monje. Y así se usaba, y se tenian escuelas en las iglesias y en los monesterios, como claramente se vee en la sexta Sínodo universal, que se celebró en Constantinopla, cánon cuatro, donde se da licencia á los seglares para venir á las escuelas que estaban en las iglesias y monesterios. Y el mismo san Basilio enseña cómo se han de recebir en los monesterios los niños y criarlos aparte. Lo cual parece que siguió el bienaventurado san Benito (que fué tambien Patriarca de los monjes en Occidente), pues recebia y criaba los niños en sus monesterios, no para monjes, que aún no tenian edad, sino para instituirlos en la virtud, á la manera que la Compañía lo hace ahora en algunos convictorios, por la necesidad que hay dello. Y así recibió san Be-

nito á Mauro y á Plácido, siendo niños, para criarlos, aunque ellos despues siguieron su regla y fueron santos.

Y parece que esto se guardó despues muchos años, pues leemos en la vida de san Gregorio Papa, que hacia buscar y comprar los mochachos ingleses hasta la edad de dez y siete ó dez y ocho años, y los mandaba criar en sus monesterios. Y santo Tomás de Aquino, siendo niño se crió en el monte Casino, que es monesterio de san Benito, y cabeza de su Orden. En la cual enseñaban los monjes en Alemania, Francia é Inglaterra, donde el venerable Beda fué escolástico y comenzó á enseñar más há dé ochocientos años, y despues le sucedió Albino, maestro de Carlo Magno, y á Albino, Rabano, Abad de Fulda, y despues Arzobispo de Maguncia. Y tenian los monjes colegios como los hay ahora en la Compañía; en los cuales se enseñaba lo que nosotros ahora enseñamos, en unos más y en otros ménos, como todo esto lo escribe Tritemio, Abad y monje de la misma Orden de san Benito. Y con esto tuvieron hombres muy doctos en su Religion, y ella creció y floreció admirablemente por este camino, y hizo tanto fruto en la Iglesia como se sabe, con su santidad y dotrina.

Fray Juan de Vercelis, sexto General de santo Domingo, estableció en un capítulo general, que en todas partes se diputasen frailes para enseñar y predicar á los niños de las escuelas y de los estudios, y para que los confesasen; y esto mismo estaba mandado ántes en el capítulo de Metz el año de 1251, y hizo la Orden libro para esto, y seguíase mucho fruto como ahora se sigue en la Compañía, y así lo dice en la Corónica de su Orden el Padre Fray Hernando del Castillo. Y en Pavía se fundó y estuvo gran tiempo la universi-

dad y estudio general, en el monesterio de san Agustin, como lo dice un fraile de su Orden; y hoy en dia algunas Religiones tienen escuela de gramática en Flandes. Pues siendo esto así, ¿cómo se puede tener con razon por cosa nueva la que está fundada en tan grande antigüedad, ó por ajena de religion la que los fundadores de las Religiones (que fueron luz de Oriente y de Poniente) establecieron y usaron? ¿Fueron por ventura aquellos tiempos más calamitosos y miserables que los nuestros? ¿ó hubo en ellos mayor necesidad deste ejercicio, que ahora que se abrasa el mundo? Cierto no, ni tampoco se puede decir que dice mejor con la soledad y contemplacion que profesaban los monjes, el tener escuelas y criar niños, que con el instituto desta Compañía; la cual envió Dios á su Iglesia para que la sirviese y se ejercitase en todos los ministerios de caridad, y entre ellos en el enseñar á los niños. Concluyamos, pues, que no es cosa ajena del religioso el enseñar, aunque sean cosas menudas, y ménos lo es de la Compañía; pues Dios Nuestro Señor la ha llamado en tiempo tan necesitado para este y otros ejercicios de servicio suyo, y bien de su Iglesia. A la cual, aunque con los otros ministerios ha hecho mucho provecho, pero el que se ha seguido de las escuelas mayores y menores, ha sido muy notable y muy extendido. Pues dejando aparte el fruto y aprovechamiento de las letras, que cierto ha sido y es admirable; y hablando de lo que importa más, por este camino en ocho provincias que tiene la Compañía en los Reinos inficionados de herejía, que son las tres de Francia, y las de Flandes, Rheno, Suevia, Austria y Polonia, los hijos de los que todavía perseveran en nuestra santa fe, se han criado con la leche de la dotrina católica, y por ellos sus pa-

dres se han conservado y se han confirmado en ella. E inumerables hijos de los herejes, y sus padres con ellos y por ellos se han desengañado: y despedidas las tinieblas de sus errores han recebido la lumbre de la verdad. Y en las otras provincias que tenemos en Europa limpias de herejías, vemos la reformacion que ha habido en las costumbres por estos colegios: el sosiego de los mochachos que primero eran traviesos y rebeldes, la quietud con que viven en sus casas, la obediencia para con sus padres, la modestia para con sus iguales, el respeto y la reverencia para con sus mayores, el conocimiento y temor que tienen de Dios. Ciudad ha habido que despues que tomó muchos medios para sosegar y refrenar sus mochachos, que eran muy traviesos é inquietos, salidos todos ellos vanos, se determinó de fundar un colegio de la Compañía, pareciéndole que éste sería medio eficaz y poderoso; y así lo fué por la gracia de Dios Nuestro Señor.

Tambien se ha seguido otro fruto para la Iglesia, proveyéndola de muy buenos clérigos, y de muy buenos ministros, y que desde su primera edad se inclinaron y aficionaron á las cosas de Dios. Y no menor ha sido el que han recebido muchas Religiones, en las cuales ha entrado gran número de religiosos que han estudiado en los colegios de la Compañía. Los cuales van instruidos y ejercitados en la oracion y mortificacion, y conocimiento del estado que toman, y así tienen que trabajar poco con ellos sus maestros de novicios, y dan muy buen ejemplo de sí. Y aún no se puede ver por entero el fruto que para adelante se ha de seguir, hasta que sea tiempo que crezcan las nuevas plantas, y den el fruto de santos prelados y buenos gobernadores de la República.

Preguntará por ventura alguno: ¿qué es la cau-

sa que en los colegios de la Compañía se hace este fruto tan grande que habemos dicho, y más aventajado que en los otros colegios y escuelas de los seglares, pues hay tambien entre ellos muchos virtuosos, doctos, cuidadosos y diligentes en su oficio? A esto respondo, que la causa principal es la asistencia y favor de Dios, por quien la Compañía lo hace, y despues los buenos medios que para ello se toman. Porque para que crezcan los dicípulos en la virtud, se usa de los medios con que la misma virtud se engendra, acrecienta y conserva. Estos son, procurar que se muestren los niños á hacer oracion por la mañana, para pedir á Dios gracias de no ofenderle, y por la noche para examinar la propia conciencia, y pedir perdon de las culpas en que hubiesen caido aquel dia; que oigan misa cada dia con atencion y devocion; que se confiesen á menudo, y comulguen si tienen edad y disposicion para ello, más ó ménos, segun su devocion y el parecer de su confesor; el enseñarles la dotrina cristiana y hacerles pláticas sobre ella, declarándoles los misterios de nuestra santa fe, y moviéndolos y exhortándolos á todo lo bueno; el tener gran cuenta con saber los siniestros que tienen, y amonestarlos y castigar los vicios y travesuras que hacen, y más las que son propias y casi connaturales á aquella edad, poniendo para esto sus síndicos y decuriones, que tengan particular cuenta con los de su decuria; el honrar y adelantar más á los que se esmeran más en la virtud, poniéndolos por ejemplo y dechado de los otros; haciendo para ello congregaciones y cofradías, en las cuales no se reciben sino los más virtuosos, y esto con mucho exámen, y en ellas se trate de todo recogimiento, y se animen los unos á los otros con el ejemplo, á todas las cosas de virtud. Y con los

oficios y cargos que se les dan, y con las leyes y reglas que se les ponen, se ensayan para lo que despues han de hacer, y comienzan desde luego á ser como hombres de República. El no leer libro ninguno por elegante y docto que sea, que trate de amores deshonestos, ni de liviandades, ni que tenga cosa que pueda inficionar la puridad de los niños, ni quitalles la flor y hermosura de sus limpias ánimas. Que de leerse estos libros se engendran en los ánimos tiernos y blandos vanas y torpes aficiones, y heridos dellas vienen á desear y buscar lo que ántes no sabian. Y por esto todos los santos aborrecen tanto la leccion de semejantes libros, como dañosos y pestilentes, y destruidores de toda virtud. Y la Compañía, viendo que hay algunos dellos buenos para aprender la lengua latina y malos para las costumbres, los ha limpiado, corregido y reformado, cortando lo malo dellos para que no dañen, y dejando lo que sin peligro y sospecha puede aprovechar. Con estos medios, y con el buen ejemplo que dan los maestros, que por ser religiosos están más obligados á ello, se sigue tanto fruto en las costumbres. Y no es menor el de las letras, y así se vee que verdaderamente se aprende y aprovecha más en estos colegios en breve tiempo, que en otros en mucho, y esto por la manera y por el cuidado que se tiene de enseñar. Porque en otras escuelas un mismo maestro tiene diferentes órdenes de dicípulos, menores, medianos y mayores; y queriendo acudir á todos, no puede bien cumplir con lo que cada órden por sí ha menester. Mas la Compañía tiene los dicípulos distintos y apartados en sus clases, y para cada una dellas su particular y señalado maestro. Porque aunque es verdad que en unos colegios hay más maestros que en otros, y que en unos se leen las ciencias ma-

yores, y en otros no, y en algunos todas, y en otros algunas, conforme á la posibilidad de cada colegio, como queda dicho, pero comunmente hay tres maestros de gramática, por lo ménos, y otro como de socorro para suplir cuando alguno dellos faltase ó relevarle cuando estuviere cansado, y en otros se ponen cinco, y en otros más. Y porque lo que se hace se hace por puro amor de Dios, y dél se espera el galardon, se buscan con toda diligencia varios modos de despertar y animar los estudiantes al estudio, y se usan nuevos ejercicios de letras y nuevas maneras de conferencias y disputas y de premios que se dan á sus tiempos á los que se aventajan y hacen raya entre los demas. Los cuales, y el puntillo de la honra, y la competencia que se pone entre los iguales, y la preeminencia de los asientos y títulos que les dan cuando los merecen, son grande espuela y motivo para incitar é inflamar á los estudiantes, y hacerles correr en la carrera de la virtud. Porque así como la pena y afrenta son freno para detener al hombre en el mal, así la honra y el premio da grandes alientos para cualquiera obra virtuosa. Y no sin razon dijo el otro, que la virtud alabada crece, y la gloria es espuela que hace aguijar. Y Quintiliano enseña de cuánto provecho sea esto, y más en los niños que se mueven por el afecto natural, que en ellos es poderoso y los señorea, mas que no por la razon que aún está flaca y sin fuerzas. Y aunque la ambicion y el apetito desordenado de honra en sí es vicio, pero muchas veces, como dice el mismo autor, es medio para alcanzar la virtud.

Con estos medios, y con la diligencia que ponen los maestros, los cuales por estar desembarazados de los otros cuidados de mundo y de casa y familia, y puestos todos en este le pueden

poner mayor, y principalmente como dijimos, por el favor que les da Nuestro Señor, porque toman este trabajo puramente por su servicio, sin otra esperanza ni pretension de interes temporal, se hace el fruto que habemos dicho. Por ver á ojos vistas un fruto tan grande y tan admirable, como se vee en este santo ejercicio, muchos de los padres más antiguos y más graves de la Compañía se han ejercitado en él. Y hoy en dia hay en ella personas de buenas habilidades, doctas y honradas, y que podrian pasar muy adelante con sus estudios, y ocuparse en cosas muy graves; las cuales comenzando á enseñar la gramática á los niños, y con este cebo las virtudes cristianas, no dejándose llevar de la apariencia y vana opinion del vulgo inorante, sino considerando la existencia y sustancia que hay en las cosas, y pesándolas con el peso verdadero de la gloria de Dios y del bien de las almas que Él redimió con su sangre, desearon, escogieron y pidieron á los Superiores que en todos los dias de su vida no los ocupasen en otro ejercicio ni ministerio, sino en este; pues de ninguno podian esperar más copioso ni más cierto fruto, ni cosecha más colmada ni segura, ni hacer cosa de mayor provecho para la república. Porque verdaderamente, que un fino y verdadero amor de Dios, tiene gran fuerza y hace que el hombre que está abrasado dél, huelle y ponga debajo de los piés todos los vanos juicios del mundo, y que sujete la autoridad y gravedad de la propia persona á cualquiera cosa por pequeña que sea, de que se haya de seguir gloria al que es Rey della, y á quien él tanto desea servir y agradar; como se vee por lo que se escribe de san Gregorio Nacianceno, llamado por excelencia el teólogo, y maestro del gran Doctor de la Iglesia san Jerónimo, que viendo que el

perverso Julian apóstata mandaba por sus edictos que los cristianos no aprendiesen letras, ni leyesen poetas y oradores profanos, pensando que la elocuencia y fuerza que tenian para resistir á los filósofos y autores gentiles les nacia de lo que leian en ellos, se puso este santísimo y elocuentísimo Doctor, á componer versos heróicos, yámbicos, elegíacos, y de otras suertes, y comedias y tragedias de materias honestas y provechosas, con tanta elegancia y ornato, que los niños cristianos no tenian necesidad de leer poetas profanos para su enseñamiento y dotrina. Y aun mucho más se vee esto, de lo que escribe Juan diácono en la vida del bienaventurado san Gregorio Papa, donde dice: que queriendo este santo reformar y perficionar el canto eclesiástico para despertar y levantar con él los corazones á Dios, edificó dos casas; una junto á san Pedro, y otra á san Juan de Letran, para que allí cantasen, y que el mismo Sumo Pontífice se hallaba presente, y cantaba con los mochachos, y los amenazaba con un azote cuando erraban. Lo cual él hacia con mucha autoridad y gravedad. Y añade, que en su tiempo se mostraba en la misma casa la camilla en que el Santo estaba echado cuando cantaba, y el azote que tenia, y el antifonario que usaba.

Pues, ¿á quién no pone admiracion este ejemplo? ¿Qué autoridad se puede igualar con la de un Papa? ¿Qué ocupaciones puede haber mayores ni más graves? Pero todo lo vencia el amor de Dios. Pues, ¿importa ménos el enseñar virtud y letras á los niños, con que sean templos vivos de Dios, y buenos gobernadores de la República, que enseñarles á cantar? ¿No serán tan agradables á Dios Nuestro Señor los buenos corazones como las buenas voces, y las alabanzas de santas costumbres, como de las dulces músicas? No es ménos

de maravillar lo que san Jerónimo de sí dice en aquella epístola que escribe á Leta, enseñándola cómo ha de criar á su hija, de la cual arriba se ha hablado. Porque en el fin desta epístola, exhortando á Leta que envie á su hija desde Roma á Bethleen, para que su agüela, que era santa Paula, la criase para santa desde niña, añade estas admirables palabras: «Si la enviares, yo te prometo de serle maestro y ayo; yo la tomaré en mis brazos y la traeré sobre mis hombros; y viejo como soy, enseñaré á la niña á formar y pronunciar tartamudeando las palabras, y me preciaré dello; y estaré más ufano y glorioso que el otro filósofo del mundo, pues no enseñaré como él al Rey de Macedonia que habia de perecer con ponzoña en Babilonia, sino á una sierva y esposa de mi Señor Jesucristo, que ha de ser presentada entre los coros de los ángeles, y puesta en el tálamo de los palacios celestiales.» Pues si este glorioso Doctor (siendo como era lumbrera y oráculo del mundo) se ofrece á ser ayo y maestro de una niña, estando tan ocupado como estaba en estudiar, y trasladar, y declarar la Sagrada Escritura, y en responder á las preguntas que le hacian los Papas, y Doctores, y Obispos y Santos de la Iglesia de tantas partes de la cristiandad, y no tiene por cosa baja el bajar de allá de los cielos donde moraba su ánima y estaba arrebatada y suspensa por altísima contemplacion (como se vee en algunas otras de sus epístolas) para enseñar á hablar á una niña porque habia de ser esposa de Jesucristo, y dice que se gloriará dello, y tendrá su trabajo por mejor empleado que el de Aristóteles en enseñar al Rey Alejandro. ¿A quién puede con razon parecer cosa apocada é indigna de hombre religioso, el enseñar los niños de tierna edad, que han de ser Predicadores, Canónigos, Obispos, Regidores,

Justicias, y Gobernadores de la República? Pues es cierto que todos estos oficios han de ejercitar cuando sean grandes los que ahora son niños, y que lo que aprendieren en la tierna edad, con eso se quedarán en la edad madura y robusta.

Esta es la causa principal que tiene la Compañía en abrir escuelas y fundar estos Colegios, en los cuales no se toma estipendio ni salario de los dicípulos, sino que se enseña de gracia, como tambien se hacen los demas ministerios que ejercita la Compañía, como arriba se dijo. Ni viven de limosna como las casas profesas, sino de renta. Porque para emplearse en los estudios y enseñar bien á otros, es menester mucho tiempo y cuidado, y tener cierta la sustentacion necesaria, y desta manera, estando descuidados los maestros de su mantenimiento y provision corporal, podrán dar la espiritual á sus dicípulos con mayor diligencia y solicitud. Esta renta, como arriba se apuntó, dan á los colegios sus fundadores y bienhechores; los cuales entendiendo el servicio que en ello hacen á Nuestro Señor, tienen por bien de gastar sus haciendas en criar hombres que se han de emplear en ayudar á los prójimos, con todos aquellos oficios y ministerios que usa la Compañía, como se crian en los colegios que son seminarios de la misma Compañía; ó en mantener y sustentar los que son ya criados y están dedicados á trabajo tan provechoso como habemos dicho; pareciéndoles que pues todas nuestras limosnas y buenas obras han de tener por blanco el mayor servicio de Nuestro Señor que este género de limosna, que es para ganar almas es más aventajado y más agradable á su Divina Majestad que la que se gasta en remediar los cuerpos, y que por ser bien universal, y que toca á toda la República, el que con él se consigue se ha de preferir

al particular de algunos. Especialmente siendo el fruto más cierto y seguro, por atajarse con él las enfermedades ántes que vengan, y evitarse y prevenirse los males, quitando las causas dellos. Que esto es tomar y encañar el agua en su fuente, y curar la dolencia en su raíz. De lo cual hay aún más necesidad en estos tiempos que en otros, por haber en ellos mayores peligros y mayores males y calamidades de herejías y errores, y depravadas costumbres. Por entender esto muchos hombres prudentes, celosos y ricos, y entre ellos Papas, Emperadores, Reyes, Cardenales, Archiduques, Príncipes y grandes Prelados han favorecido mucho esta buena obra, y con sus limosnas fundado colegios de la Compañía en sus tierras y señoríos, como se dice en sus lugares. Y no solamente en sus tierras, pero tambien en las ajenas y apartadas ha habido quien ha edificado y dotado colegios como lo hizo el Papa Gregorio XIII, de santa memoria, con extraña caridad y liberalidad, porque fué tan grande y tan encendido el deseo que tuvo este santísimo Pastor de conservar y dilatar la fe católica, que casi en todas las provincias inficionadas de herejías instituyó y edificó seminarios de mozos hábiles, y bien inclinados, de las mismas naciones, para conservar ó restituir en ellas la puridad de nuestra santa Religion, y para dilatar y extenderla en las provincias remotas y más apartadas de los gentiles; y lo mismo hizo en el Japon sustentando y criando muchos mozos japones que se han convertido á nuestra santa fe; y demas desto comenzó un colegio de la Compañía, para que los obreros della, que van á segar las mieses que son tan copiosas y están blanqueando y maduras, de aquellos Reinos, puedan pasar sin ser cargosos á aquellos con quienes viven, y tener sucesores y herederos de su es-

píritu y dotrina á los japones, que ya han entrado en la misma Compañía.

Y aunque por esta buena obra aguardan los fundadores el galardon de Dios Nuestro Señor, por cuyo amor ellos principalmente lo hacen, no por eso deja la Compañía de dar muestras del reconocimiento que tiene, y ser agradecida por el beneficio y limosna que recibe, haciendo por ellos lo que se sigue. Primeramente procura darles gusto y contento en todo lo que puede al presente, y en conservar la memoria del beneficio que recibe para adelante. Demas desto háceles partícipes de todos sus merecimientos y buenas obras. Dícense muchas misas cada semana y cada mes por sus almas perpétuamente; y particularmente en el colegio que ellos fundaron. En cada un año el dia que se hizo la entrega del colegio á la Compañía, se dice en él una misa solene y las demas por el fundador; al cual tambien se le da ese dia una vela de cera con sus armas, en señal de reconocimiento y gratitud; y muerto él se hace lo mismo para siempre jamás con sus sucesores. Y en aceptando la Compañía la fundacion de cualquiera Colegio, se da aviso por toda ella, cuán extendida está por todas las provincias y partes del mundo, para que cada sacerdote de todos cuantos hay en ella diga tres misas por el fundador: en sabiéndose que es muerto, torna á avisar el General á toda la Compañía, para que cada sacerdote diga otras tres misas. Y en el tiempo que los sacerdotes dicen las misas, los que no lo son rezan sus rosarios, y hacen otras oraciones por el mismo fin.

Y otras cosas semejantes se ordenan y mandan en las Constituciones, y se guardan con todo cuidado, con que la Compañía declara el reconocimiento que tiene, y la gratitud debida á la caridad

y buena obra que de los tales fundadores recibe. De manera, que todos los religiosos de la Compañía son como capellanes de cualquier fundador, y por ser dedicados del todo á Dios Nuestro Señor, y comunmente hombres ejemplares y de buena vida, las oraciones y sufragios dellos, le serán más aceptos y agradables, y á las ánimas de los fundadores más frutuosos, y más eficaces para alcanzar lo que para ellas piden del Señor. Y como la Compañía no tenga otras obligaciones de capellanías ni de misas, por no tomar limosnas por ellas, está más libre y tiene más que ofrecer por sus fundadores y bienhechores como se hace.

Pero aunque ella de su parte hace lo que habemos visto, bien tiene entendido que el principal motivo que tienen los fundadores para hacer esta limosna, es la necesidad grande que veen que hay en la Iglesia de Dios deste género de dotrina, y el fruto que della se sigue, y el servicio tan acepto que con ella se hace á Nuestro Señor, de quien ellos aguardan por entero el galardon.

FIN DEL LIBRO TERCERO.





LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO I.

CÓMO NUESTRO B. P. IGNACIO QUISO RENUNCIAR EL GENERALATO, Y SUS COMPAÑEROS NO LO CONSINTIERON.

Viendo, pues, nuestro B. Padre Ignacio confirmada otra vez la Compañía por el Papa Julio III, y con el buen suceso que Nuestro Señor le iba dando cada dia más firme y establecida, llamó á Roma el año de 1550, á todos los principales Padres de la Compañía, que estaban en varias tierras y provincias, y sin detrimento della podian venir. Venidos los hizo juntar en un lugar, y teniéndolos juntos á todos les envió una carta escrita de su mano, que es esta que se sigue:

A los carísimos en el Señor Nuestro, los hermanos de la Compañía de Jesus.

«En diversos meses y años, siendo por mí pen»sado y considerado, sin ninguna turbacion in-

»trínseca ni extrínseca que en mí sintiese, que »fuese en causa, diré delante de mi Criador y Se»ñor, que me ha de juzgar para siempre, cuanto »puedo sentir y entender á mayor alabanza y glo»ria de su divina Majestad.

»Mirando realmente y sin pasion alguna que »en mí sintiese por los mis muchos pecados, mu»chas imperfeciones y muchas enfermedades, »tanto interiores como exteriores, he venido mu»chas y diversas veces á juzgar realmente, que yo »no tengo casi con infinitos grados las partes »convenientes para tener este cargo de la Com»pañía, que al presente tengo por inducion é im»posicion della. Yo deseo en el Señor Nuestro »que mucho se mirase, y se eligiese otro, que »mejor ó no tan mal hiciese el oficio que yo tengo »de gobernar la Compañía. Y eligiendo la tal »persona, deseo asimismo que al tal se diese el »tal cargo. Y no solamente me acompaña mi »deseo, mas juzgando con mucha razon para que »se diese el tal cargo, no sólo al que hiciere me»jor, ó no tan mal, mas al que hiciere igualmente. »Esto todo considerado, en el nombre del Padre, »del Hijo, y del Espíritu Santo, un solo mi Dios »y mi Criador, yo depongo y renuncio simple»mente y absolutamente el tal cargo que yo tengo, »demandando, y en el Señor Nuestro con toda mi »ánima rogando así á los profesos, como á los »que más querrán juntar para ello, quieran acep»tar esta mi oblacion así justificada en la su divi»na Majestad.

»Y si entre los que han de admitir y juzgar, á »mayor gloria divina se hallase alguna discrepan»cia, por amor y reverencia de Dios Nuestro Se»ñor, demando lo quieran mucho encomendar á »la su divina Majestad para que en todo se haga »su santísima voluntad, á mayor gloria suya y á

»mayor bien universal de las ánimas y de toda la »Compañía: tomando el todo en su divina y ma»yor alabanza y gloria para siempre.»

Leida esta carta, todos los Padres á una voz comenzaron á alabar lo que nuestro B. Padre pretendia hacer, y su deseo tan santo, maravillándose mucho de tan profunda humildad, como en este hecho resplandecia: porque siendo tan escogido y tan aventajado en tantas maneras su gobierno, se tenia por tan insuficiente para gobernar. Mas con todo esto dicen que no pueden ellos con buena conciencia hacer lo que pide, ni podrán acabar consigo de tener otro General mientras que él viviere, y esto le dieron por respuesta enviando quien se la diese de su parte, y añaden más: Que él era Padre de la Compañía; que á él tenian por Maestro y guia de todos, y que pues Dios le habia escogido para que como sábio arquitecto pusiese el fundamento deste espiritual edificio, sobre el cual ellos y todos los demas hijos suyos se vayan como piedras vivas asentando sobre la suma piedra angular, que es Cristo Jesus, y crezcan para hacer este santo templo al Señor, que en ninguna manera querrán hacer cosa, por la cual vengan á ser tenidos, ó por desconocidos deste tan grande beneficio, ó por desagradecidos é ingratos á Dios.

Otra vez trató muy de propósito de renunciar el cargo de General y retirarse para darse con más libertad á la contemplacion y gozar á sus solas del sumo bien, y lo dejó de hacer porque le fué dicho que la Compañía en ninguna manera vendria en ello ni consentiria que otro la gobernase mientras que Dios á él le diese vida.

En este mismo tiempo, que fué el año de mil y quinientos y cincuenta, como dije, cayó nuestro Padre en una muy recia enfermedad, y como

pensase que le queria el Señor librar de la cárcel del cuerpo, era tanto el gozo que con esta esperanza sentia su alma, y tales los afectos y sentimientos della, que de pura alegría no era en su mano reprimir las lágrimas, que con abundancia le venian á los ojos. Y fué necesario que los Padres le rogasen, y los médicos le amonestasen que se divirtiese de aquellos santos y amorosos y encendidos deseos; y que no tratase tanto ni tan á menudo de levantar sus pensamientos al cielo, porque le causaban notable debilidad y flaqueza.





CAPÍTULO II.

DE LAS CONSTITUCIONES QUE ESCRIBIÓ NUESTRO B. PADRE.

Perdida la esperanza de descargarse del peso de su oficio, y libre ya de su nueva enfermedad, entendiendo ser aquella la voluntad de Dios, aplicóse nuestro B. Padre con nuevo ánimo al gobierno de la Compañía, y á procurar de dar su perfecion á las cosas que habia comenzado. Y lo primero de todo para ceñirla con leyes, y atarla con reglas y constituciones, mostró á los Padres las Constituciones que él mismo habia escrito importunado de toda la Compañía, para que las viesen y examinasen. Hoy dia tenemos un cuaderno escrito de su misma mano, que se halló despues de su muerte en una arquilla, en el cual así para ayudar su memoria, como para mejor acertar en lo que determinaba, escribia dia por dia las cosas que pasaban por su alma mientras hizo las Constituciones, así tocantes á las visitaciones y resplandores celestiales con que Dios le regalaba, como á la manera que tenia en pensar y deliberar lo que escribia. Por esta escritura claramente se vee la virtud deste santo Padre y la grandeza de la divina liberalidad para con él, y la autoridad y peso que han de tener para con nosotros las Constituciones. No quiero decir de las otras materias,

porque sería cosa larga; bastará tocar lo que sobre la pobreza que en la Compañía se ha de guardar le pasó. Cuarenta dias arreo dijo misa, y se dió á la oracion con más fervor que solia, para solamente determinar si convenia ó no que las iglesias de nuestras casas profesas tuviesen alguna renta con que sustentar el edificio, servicio y aderezo dellas.

Y como yo tengo para mí, Dios Nuestro Señor inspiró y movió al mismo Padre á escribir distinta y compendiosamente todo lo que por espacio de los cuarenta dias le aconteció en la oracion de la mañana, en la preparacion para la misa, y en la misma misa y en las gracias que se hacen despues de haberla dicho.

Digo que le inspiró Dios á escribir esto para que nosotros supiésemos los regalos y dones divinos con que era visitada aquella alma; y para que cuanto él más los encubria con su humildad, tanto más se descubriesen y manifestasen para nuestro provecho y ejemplo. Allí se vee con cuánto cuidado examinaba y escudriñaba su conciencia; cuán encendida y fervorosa era su oracion; cuántas y cuán contínuas eran sus lágrimas; cuántas veces la grandeza de la consolacion de espíritu brotaba fuera, y redundaba tambien en el cuerpo, y quedando sin pulsos, le venia á faltar la voz, y perdido el aliento no podia hablar, palpitando sensiblemente todas las venas de su cuerpo. Allí tambien se vee cómo era su entendimiento alumbrado y enriquecido con casi contínuas y admirables revelaciones, de la santísima Trinidad, de la divina esencia, de la procesion, propiedad y operacion de las divinas Personas ;y cómo era enseñado en aquel sacratísimo misterio, así con inteligencias interiores y secretas, como en figuras externas y sensibles. Y no eran

breves estas visitaciones, ni como de paso estos regalos divinos, sino muy largos algunas veces, y de muchos dias; y que en el aposento y en la mesa, dentro y fuera de casa le acompañaban, y con la fuerza de su grandeza le traian absorto y elevado, y como á hombre que vivia con el cuerpo en el suelo, y con el corazon en el cielo. No hay para qué contar por menudo cada cosa destas. Esto he tocado para que entendamos con qué reverencia habemos de recebir las Constituciones, y con cuánto cuidado y solicitud las debemos guardar. Aunque el Padre por su grande modestia y humildad, con haber recebido tantas inteligencias sobrenaturales, y tantos testimonios de la voluntad divina, y tener autoridad para ello, no quiso que las Constituciones tuviesen fuerza ó firmeza alguna para obligar, hasta que la Compañía las aprobase y tuviese por buenas; lo cual se hizo en Roma el año de 1558, en la primera congregacion general de toda la Compañía que se celebró despues dél muerto. En la cual las Constituciones todas como él las escribió, fueron con suma veneracion recebidas, y con un mismo consentimiento y voluntad por todos los Padres confirmadas.





CAPÍTULO III.

DE LA INSTITUCION Y PRINCIPIO DEL COLEGIO ROMANO.

Uno de los que vinieron este año á Roma llamados por nuestro B. Padre Ignacio, fué D. Francisco de Borja, Duque de Gandía, que como ya dijimos, era profeso, aunque ocultamente, de la Compañía. El cual entendiendo cuánto provecho se podia hacer en aquella ciudad, que es cabeza del mundo, y de donde toda la cristiandad se gobierna, y especialmente toda nuestra Compañía, por tener en ella su cabeza y Prepósito general; y juzgando que no era razon que habiendo sido ella la primera de todas en acoger y abrazar la Compañía careciese del fruto que otras muchas reciben de su enseñanza y dotrina, procuró que en Roma se fundase un colegio (siguiendo en esto el parecer y consejo de nuestro Padre), al cual se dió principio el año de 1551, á los 18 de Hebrero en unas casas muy estrechas que estaban debajo del Campidolio, con catorce estudiantes de la Compañía, que tenian por Rector al Padre Juan Peletario, francés. Que para este número era bastante la limosna que entonces habia dejado el Duque de Gandía. Mas luego el mes de setiembre siguiente, doblándose el número de los nuestros, se pasaron á otra casa más anchurosa y capaz. Enseñaban en aquel tiempo

nuestros preceptores á sus oyentes solamente las tres lenguas, hebrea, griega y latina, y arte de retórica, lo cual no se hacia sin grande ofension y queja de los otros maestros de la ciudad; tanto, que algunas veces se iban rodeados de sus dicípulos á las escuelas de los nuestros, y entraban de tropel, y les pateaban, y deshonraban de palabra, haciéndoles mil befas con harto descomedimiento. Hasta que el año de 1552 á los 28 de otubre, en la iglesia de san Eustachio, los Maestros de la Compañía tuvieron sus oraciones y disputas, en presencia de muchos Cardenales y Obispos y hombres de grande erudicion y autoridad con tanta gracia y dotrina, que se reprimió el atrevimiento de los maestros de fuera que andaban tan alborotados, como dije.

Pero mucho más se convencieron y allanaron el año de 1553 con las conclusiones públicas que nuestros preceptores sustentaron, no sólo de retórica y de las tres lenguas, como hasta entonces habian hecho, sino de toda la filosofía y teología. Las cuales facultades aquel año fué la primera vez que se comenzaron á leer en nuestro colegio en Roma; del cual era Superior en aquel tiempo el doctor Martin de Olave, teólogo de excelente dotrina y ejemplo de vida; el cual dió mucho lustre en sus principios al colegio romano. Creció aquel año el número de los hermanos del colegio á sesenta, y el siguiente á ciento; y como ya no pudiesen cómodamente caber en las casas donde estaban, por su estrechura, se pasaron al año de 1556 á otras más anchas, en las cuales residieron por espacio de cuatro años; hasta que el año de 1560 D.ª Victoria Tolfa, sobrina del Papa Paulo IV, por autoridad y consejo del Sumo Pontífice Pio IV, nos dió un sitio muy acomodado, ancho y saludable, y de los mejores y más poblados que

se pudo hallar en Roma. Habia esta señora comprado muchas casas con el favor y brazo de Paulo IV, su tio, para hacer dellas una obra pia, conforme al testamento de Camilo Ursino, Marqués de la Guardia, su marido, y habíalas juntado con las casas en que ella moraba, y con otras donde habia habitado muchos años Paulo IV, siendo Cardenal, y hecha de todas una como isla rodeada de calles por todas partes; y en el tiempo que ménos se esperaba ni pensaba, las dió á la Compañía, con grande liberalidad, para la fundacion y asiento deste colegio romano.

En esta casa se vino á multiplicar en gran manera el número de los nuestros, que llegaron á ser docientos y veinte, y de casi todas las provincias y naciones de la cristiandad. Porque acontece hallarse en un mismo tiempo muchas veces en él, hermanos de dez y seis y más naciones, así en las lenguas como en las costumbres diferentes, mas en un ánimo y voluntad con suma concordia y fraternal amor ayuntados. Los cuales la divina bondad en tiempos de grande carestía y muy apretados ha sustentado siempre, respondiendo su divina Magestad á la fe y esperanza con que nuestro Padre Ignacio comenzó una obra tan alta, con tan poco arrimo y favor de los hombres. Deste colegio han nacido como de su fuente y orígen, casi todos los demas que en Italia, Alemania, Bohemia, Polonia, Francia y Flandes se fundaron. Y esta es la causa porque el Padre (cuyos pensamientos y cuidados se empleaban todos siempre en buscar la salud de las almas) trabajó tanto por hacer y llevar adelante este colegio, porque veia que no sólo se ordenaba para provecho y bien de una sola ciudad como otros, mas que se habia de extender su fruto por muchas nobilísimas provincias y naciones tan depravadas,

con perniciosos errores y tan apartadas de la luz evangélica. Lo cual habiendo visto por experiencia el Papa Gregorio XIII, movido del grandísimo fruto que deste colegio se sigue, y de la necesidad que el seminario del clero romano, y los de alemanes, ingleses, y otros que Su Beatitud para bien destas naciones habia fundado, tienen del colegio romano para su gobierno y dotrina, con ánimo de señor y padre, y de pastor universal vigilantísimo, y de príncipe liberalísimo, quiso ser fundador deste colegio, labrándole de una obra suntuosa y dotándole con muy bastante renta, para que en él se pueda sustentar gran número de estudiantes y maestros de diferentes naciones de nuestra Religion, para sustento y arrimo de todos los demas. Y para declarar que era esta su intencion en la fundacion del colegio romano, mandó Su Santidad hacer una rica medalla; la cual se puso debajo de la primera piedra el dia que se comenzó el edificio, en la cual estaban estas palabras: «Gregorio, Papa XIII, edificó des»de sus primeros cimientos, y dotó el colegio de »la Compañía de Jesus, como seminario de todas »las naciones, por el amor que tiene á toda la Re»ligion cristiana, y particular á esta Compañía. »En Roma, año del Señor de mil y quinientos y »ochenta y dos, y el deceno de su Pontificado.»





CAPÍTULO IV.

DE ALGUNOS COLEGIOS QUE SE FUNDARON EN ESPAÑA, Y DE LA CONTRADICION QUE HIZO Á LA COMPAÑÍA EL ARZOBISPO DE TOLEDO.

DADO este principio al colegio romano volvió á España el Duque Don Francisco de Borja. Llegado á ella renunció su estado á Don Cárlos de Borja, su hijo mayor, y dejado el hábito seglar tomó el de la Compañía, y se recogió á la provincia de Guipúzcoa como más apartada y quieta, para con ménos embarazo darse á la vida religiosa. Allí se ordenó de misa, y comenzó á predicar, y á pedir como pobre limosna de puerta en puerta, con grande admiracion y edificacion de las gentes. Movidos de la fama desta obra, y tan raro ejemplo de menosprecio del mundo, vinieron á él algunas personas ilustres y de gran autoridad, y por su medio entraron en la Compañía. La primera habitacion que tuvo fué en el colegio de Oñate; al cual Pedro Miguelez de Araoz, natural de aquella tierra, habia poco ántes mandado su hacienda.

En el mismo tiempo se comenzó el colegio de Búrgos; porque el Cardenal Don Francisco de Mendoza, luego que le hicieron Obispo de aquella ciudad, pidió á nuestro B. Padre Ignacio algunos de la Compañía, para que anduviesen por su

diócesi, predicando y enseñando á sus ovejas la palabra de Dios: dióselos nuestro Padre, y ellos hicieron tan bien su oficio, y con tanto provecho de las almas, que se dió ocasion á los de Búrgos para que en su ciudad deseasen tener á la Compañía, y les hiciesen casa; la cual despues creció mucho, y se aumentó con el fervor de los sermones del Padre Maestro Francisco de Estrada. Al colegio de Medina del Campo dió tambien principio Rodrigo de Dueñas, á quien Dios habia dado gran devocion de ayudar con sus muchas riquezas todas las obras pias y de caridad. El cual habiendo tratado y comunicado familiarmente á los Padres Pedro Fabro y Antonio de Araoz, y movido por su conversacion y ejemplo, pidió para su consuelo y para provecho de aquella villa, cuyo vecino y morador era, algunos de los nuestros. Fueron y comenzaron á predicar por las plazas, con nuevo y admirable fruto: el cual aficionó más la gente principal de aquel pueblo, y les dió mayor deseo de tener allí la Compañía, y el año de 1551 fueron los nuestros para fundar el colegio de Medina; el cual despues edificaron y dotaron con buena renta Pedro Cuadrado, y D.ª Francisca Manjon su mujer, personas ricas, y muy religiosas y devotas.

Mas para que con los prósperos sucesos no se descuidase la Compañía, no le faltaron ocasiones de ejercitar la paciencia y humildad, por una grande contradicion que se despertó en este tiempo contra los nuestros en España, por parte de Don Juan Siliceo, Arzobispo de Toledo. El cual siendo mal informado del instituto de la Compañía, mandó que todos los sacerdotes de Toledo que hubiesen hecho los ejercicios espirituales de la Compañía, no pudiesen usar el oficio de confesores, y asimismo leer por los púlpitos de las

iglesias editos públicos, por los cuales mandaba que so pena de excomunion mayor ninguno de sus súbditos se confesase con los de la Compañía ni recibiese otro sacramento de sus manos. No habia entónces en todo su Arzobispado otro colegio sino el de Alcalá. Tomáronse muchos medios de ruegos é intercesion con el Arzobispo para que no usase de tanto rigor, y no se pudo acabar con él, hasta que el Consejo Real, habiendo visto y examinado nuestras bulas y privilegios, juzgando que el mandato del Arzobispo era contra la voluntad y autoridad del Sumo Pontífice, nos restituyó nuestro derecho y libertad, declarando por sus provisiones reales, que el Arzobispo nos hacia fuerza, y que no podia legítimamente hacer tal prohibicion. Al cual tambien el Papa Julio III, informado de nuestro B. P. de lo que pasaba, escribió con severidad apostólica, diciéndole, que se maravillaba mucho, y le pesaba, que siendo la Compañía, como era, aprobada por la santa Sede apostólica, él no la tuviese por buena; y que siendo por todas las partes del mundo tan bien recebida por el grande fruto que en todas ellas hacia, él solo la contradijese y pusiese mácula y dolencia en lo que todos los demas tanto alababan, deseaban y pedian.

Con estas letras de Su Santidad, y con la provision Real, revocó el Arzobispo sus primeros editos, y nos mandó restituir nuestra libertad para poder usar de nuestras facultades y privilegios. Y es cosa tambien de notar, que cuando nuestro B. P. fué avisado desta contradicion que hacia á la Compañía un príncipe tan grande como era el Arzobispo de Toledo, me dijo á mí con un rostro sereno y alegre que tenia por muy buena nueva para la Compañía aquella persecucion, pues era

sin culpa della: y que era señal evidente que se queria servir Dios Nuestro Señor mucho de la Compañía en Toledo; porque en todas partes habia sido así, que donde más perseguida habia ella sido, allí habia hecho más fruto; y que pues el Arzobispo era viejo, y la Compañía moza, naturalmente más viviria ella que no él. Y vióse ser verdad lo que dijo el Padre por lo que despues ha sucedido, y comenzóse á ver luego que murió el Arzobispo; porque siendo llamada la Compañía para morar en la ciudad de Toledo, las primeras casas que se dieron á los nuestros para su morada fueron las que el mismo Arzobispo Siliceo habia labrado para colegio de los clerizones de su Iglesia. Lo cual no sin razon consideraron muchos, y gustaron de ver, que todo cuanto el Arzobispo (con buen celo) hizo contra la Compañía, vino á parar en que cuando más nos perseguia, nos labraba (sin entenderlo él) las primeras casas en que habíamos de morar en aquella ciudad.





CAPÍTULO V.

CÓMO EL B. PADRE IGNACIO HIZO PROVINCIAL DE ITALIA AL PADRE LAINEZ, Y CLAUDIO JAYO MURIÓ EN VIENA.

MIENTRAS la Compañía se probaba de la manera que habemos dicho en España, Nuestro Señor la multiplicaba con nuevos colegios en Italia. El de Florencia tuvo principio por la liberalidad de Doña Leonor de Toledo, Duquesa de aquella ciudad; la cual desde que la conoció mostró siempre mucho amor á la Compañía. En Nápoles tambien y en Ferrara se comenzaron los colegios que ahora tenemos en estas ciudades. Para el de Nápoles importó mucho la residencia que allí hizo el Padre Salmeron, enviado de nuestro P. Ignacio á aquel Reino para este efeto. El de Ferrara comenzó Hércules de Este, segundo Duque de Ferrara: el cual habia ántes tratado á los Padres Bobadilla y Claudio Jayo, y favorecido la Compañía en sus principios, y fué á Ferrara para asentar el colegio el Padre Pascasio Broeth. Dióse cargo destos colegios, y de los demas que ya habia en Italia, con oficio y nombre de Provincial, al Padre Diego Lainez, el cual al fin del año de 1550 habia vuelto á Roma de Berbería, á donde habia ido con el Virey Juan de Vega á la conquista de la ciudad de Africa, que tenia Dra-

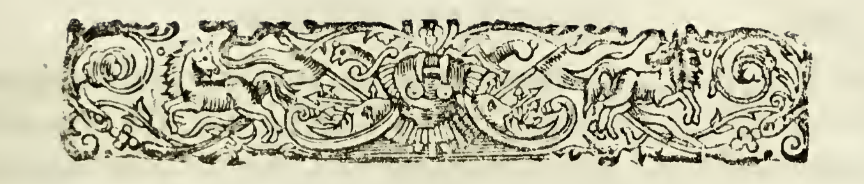
guth, cossario famoso, para espanto y destruicion de los Reinos de Sicilia, Nápoles y Cerdeña. En la cual guerra trabajó mucho en curar los enfermos y heridos, y en confesar los soldados, y en animar y esforzar á todos á pelear y morir como cristianos por la honra de Dios y por el ensalzamiento de su santa fe. Y fué Nuestro Señor servido de darles vitoria casi milagrosa, y que se ganase á los enemigos aquella tan fuerte plaza. A la cual yendo despues el Padre Jerónimo Nadal, para hacer los oficios que habia hecho el Padre Maestro Lainez, y para animar con espíritu cristiano y servir á los soldados que quedaban en guarnicion, escapó milagrosamente de un naufragio espantoso: en el cual pereció el hermano Isidro Esbrando, compañero de su navegacion, el año de 1551.

En Alemania no crecia ménos la Compañía en este tiempo, porque el Rey de Romanos Don Fernando, deseando reformar los estudios de la universidad de Viena, y reprimir el furor de los herejes, que iban cundiendo cada dia más, é inficionando sus Estados, envió por el Padre Claudio Jayo, y pidió á N. P. otros teólogos de la Compañía, para que leyesen teología en aquella universidad. Fueron á Viena los nuestros el mismo año de 1551, y mandólos aposentar el Rey en un cuarto del monesterio de santo Domingo, apartado de los frailes. Despues por no tener á aquellos Padres religiosos ocupada su casa, se pasaron los nuestros á otro monesterio que habian desamparado los frailes Carmelitas, dándole á la Compañía de buena voluntad los Superiores de aquella Religion.

En este colegio de Viena, el año de 1552, dia de la Transfiguracion, pasó desta vida á la inmortal el P. Claudio Jayo, uno de los primeros diez

Padres de la Compañía. Fué natural de Saboya, trabajó bien, fiel y diligentemente en la defension y acrecentamiento de la fe católica, en Italia, Baviera, Suevia, Austria y en toda Alemania. Y en la Dieta de Augusta se señaló muy particularmente en servicio de la santa Iglesia romana, con notable fruto y reconocimiento de todos los católicos. Él fué el que declaró á los tudescos católicos el nombre, principios y progreso de la Compañía, con tanta gracia y prudencia, que les ganó las voluntades, y los aficionó á favorecerla. Y á los herejes resistió de suerte, que admirados de su virtud y dotrina, le convidaron á ir á Sajonia, y á disputar con los maestros y ministros de sus errores. Lo cual no hizo por estar ocupado en la fundacion del colegio de Viena, donde murió. Fué hombre blando y manso de condicion: tenia con una alegría de rostro apacible, una gravedad religiosa y suave: era señalado en el amor de la pobreza, aventajado en la oracion, muy avariento y escaso del tiempo, modesto en su conversacion y en todas las cosas verdadero humilde. Rehusó con tanta gravedad y firmeza el Obispado de Trieste, que todo el tiempo que desconfiaba de poderse escapar de tal dignidad, estuvo casi en un contínuo llanto y desconsuelo; y cuando se vió libre, volvió á su acostumbrada alegría y dulce conversacion.





CAPÍTULO VI.

DEL PRINCIPIO Y CAUSAS DE FUNDARSE EL COLEGIO GERMÁNICO.

No solamente procuraba N. B. P. Ignacio por medio de los Padres de la Compañía hacer bien á las provincias de Alemania, dentro de la misma Alemania, como queda dicho, sino tambien en Italia buscaba su remedio, y deste cuidado tuvo principio el colegio germánico, que en Roma por medio de los nuestros instituyó el Papa Julio III, este año de 1552. Y aunque este colegio no es propiamente de la Compañía, yo le cuento entre los nuestros, porque la Compañía tiene todo el peso y gobierno dél: y así podemos decir que de nuestra Compañía nacen los grandes frutos que deste colegio recibe la Iglesia de Dios. Fué, pues, su orígen desta manera. Desvelábase N. P. en pensar de dia y de noche cómo se podrian remediar los males de toda la cristiandad, y curarse las partes más flacas y más enfermas della, y sobre todas las otras le congojaba el cuidado de Alemania, porque la veia más llagada y afligida que las otras provincias: y tratando desto un dia con el Cardenal Juan Moron, varon de singular prudencia, el Cardenal le propuso esta obra del colegio germánico, como cosa que por haber sido Legado apostólico

en Alemania, y conocido los humores de aquellas gentes, pensaba que podria ser de grande provecho para reducir aquellas provincias tan estragadas á la obediencia y sujecion de nuestra santa fe católica.

Persuadíase este prudentísimo varon, no sin gran fundamento, que todo el mal que ha venido á Alemania, ha nacido principalmente de la inorancia y de la mala vida de los eclesiásticos, y que así el remedio ha de venir de las causas contrarias, que son la dotrina maciza y católica de los curas y predicadores y de su vida ejemplar. Y que convenia que los doctores y pastores de los alemanes fuesen tambien alemanes; porque siendo de una misma nacion, costumbres y leyes, y hermanados con el vínculo estrecho de la naturaleza, serian más amados, y el amor les haria camino para persuadirles su dotrina, y siendo de la misma lengua serian mejor entendidos, y tendrian mayor fuerza para imprimir en sus corazones la verdad. Pues pensar que en Alemania se hallan tantos destos tales maestros, cuantos para una provincia tan extendida y por todas partes tan necesitada son menester, es cosa excusada. Antes esos pocos que habia, se iban cada dia acabando, y por el contrario los maestros de los herejes eran muchos, y como malas yerbas cada dia crecian y se multiplicaban más. Por estas causas pareció cosa muy acertada hacer un seminario, en el cual ántes que se acabase de secar en Alemania la raiz de la católica y verdadera dotrina, se fuese sustentando y reviviendo; y los mozos tudescos de escogidos ingenios é inclinados á la virtud, desde aquella edad, que es más blanda y más fácil para imprimirse en ella todo lo bueno, aprendiesen las letras y ceremonias y costumbres católicas. Este seminario no se podia

bien hacer en Alemania, porque aunque se tomara el más puro y más incorrupto lugar de toda ella, no podia haber seguridad, que los estudiantes mozos y simples, rodeados por todas partes de herejes, no peligrasen entre tan astutos y pestíferos basiliscos, y se les pegase el mal tan contagioso, y se inficionasen con la ponzoña de su perversa y diabólica dotrina. Pues para hacerse fuera de Alemania, ningun asiento de ciudad ni universidad podia ser más á propósito para este fin que la ciudad de Roma, por concurrir en ella más que en otra ninguna muchas cosas que pueden ayudar á conservar y acrecentar la verdadera y católica Religion en los ánimos de aquella juventud, como son la seguridad de la dotrina que se enseña: la santidad de la misma ciudad: la muchedumbre de los católicos que por su devocion á ella vienen: la reverencia y respeto que trae consigo aquella Religion, que demás de ser tan antigua, se sabe haber sido predicada en aquel sagrado lugar por los Príncipes de los Apóstoles, y regada con su preciosa sangre, y finalmente, la presencia de los Sumos Pontífices, que con su santo celo y liberalidad podian sustentar este seminario, y ganar las voluntades, con sus beneficios y buenas obras, á aquella gente.

Esta fué la principal causa y motivo que hubo de instituirse el colegio germánico. Inventóle, como dijimos, el Cardenal Moron, y comunicado con nuestro B. P. y con otros varones gravísimos, finalmente vino á ser aprobado y favorecido del Papa Julio III y de todo el sacro Colegio de los Cardenales. Y para que se pudiese mejor establecer y perpetuar, señaló el Sumo Pontífice de su parte cierta renta cada año, y los Cardenales de la suya (cada uno segun su posibilidad), contri-

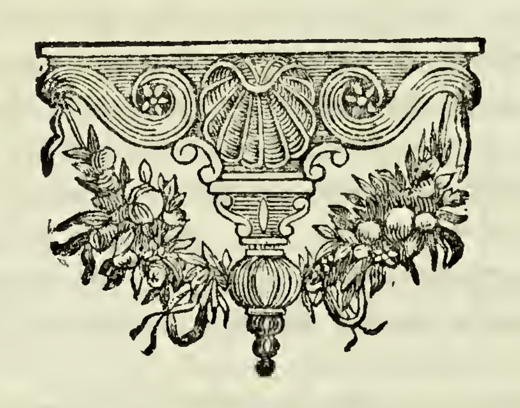
buian alegremente para la sustentacion de los estudiantes alemanes de aquel colegio. De manera, que descuidados ellos de buscar lo necesario para su sustento, se empleasen todos enteramente en aprender las letras y costumbres convenientes al fin para que allí se crian. Dióse al Padre el cargo de buscar, escoger y hacer venir á Roma de todas las partes de Alemania, esta juventud, y de regirla, instruirla y enseñarla. El cual cuidado recibió él con gran voluntad, así por serle mandado por Su Santidad, como por la importancia del negocio. Vinieron á Roma muchos mozos tudescos de grande expectacion; señalóseles casa en que viviesen; dióles nuestro Padre personas escogidas de la Compañía que los gobernasen; hízoles las reglas y estatutos que debian guardar. Proveyó que en nuestro colegio romano tuviesen buenos maestros que les leyesen las facultades y ciencias que habian de oir. De una sola cosa no quiso que se encargase la Compañía, que fué del dinero y cuentas, y lo que tocaba á recibo y gasto; ni jamás se pudo acabar con él que los nuestros se embarazasen en semejantes cosas, que suelen ser sujetas por una parte á mucha solicitud y trabajo temporal, y por otra á murmuracion y sospecha; y así esta parte se encomendó á personas fuera de la Compañía.

Pero como Julio III murió, faltando con su muerte la limosna que él daba para esta obra tan excelente y necesaria, temiendo el Padre que por la carestía que en Roma sucedió de mantenimientos, y por el bullicio y alborotos de la guerra que hubo en tiempo de Paulo IV, no se deshiciese lo que con tanto trabajo y fruto se habia comenzado, repartió mucha parte de aquellos mozos tudescos (holgando ellos dello) por diversos colegios de la Compañía, para que ellos se sus-

tentasen hasta que pasase aquella tempestad y ruido de las armas, y los demas sustentó en Roma, buscando para ello dineros con harto trabajo y solicitud de su persona, obligándose él á pagar lo que se le daba. Y sacóle Dios Nuestro Señor muy á su salvo destas deudas, dándole liberalmente despues con que hasta la postrera blanca se pagasen todas, conforme á la gran confianza que el mismo Dios habia dado á este su siervo para esta obra. Porque en el mismo tiempo de tanta apretura y esterilidad, dijo él que no desmayase nadie, ni pensase que habia de faltar el colegio germánico por falta de mantenimiento, porque dia vendria en que tuviese tan cumplidamente todo lo que hubiese menester, que ántes le sobrase que faltase. Y en sus principios estando Ottho Thruses, Cardenal de la santa iglesia de Roma y Obispo de Augusta (que fué siempre muy valeroso defensor de la fe católica, y singular protector del colegio germánico) con algun recelo que esta obra no pasase adelante por las muchas dificultades que cada dia en ella se le ofrecian, el B. P. le envió á decir, que tuviese su señoría ilustrísima buen ánimo y se fiase de Dios, que Él le ayudaria y favoreceria en cosa que le era tan agradable y para tanto servicio suyo. Y áun dijo más; que si el Cardenal no quisiese ó no pudiese llevar adelante esta empresa, que él la tomaria sobre sí, confiado de la misericordia y liberalidad del Señor.

Y el tiempo nos ha mostrado bien que no se engañó, porque el mismo Señor, que fué el que al principio movió los corazones del Papa Julio III y de los Cardenales para fundar el colegio germánico, ese mismo despues movió é inspiró al santo Padre Gregorio XIII, á levantarle que estaba caido, y acrecentarle y darle en Roma casa

propia, y dotarle y establecerle con muy bastante renta y perpétua, por el gran celo que tenia Su Santidad de conservar lo que queda, y de cobrar lo que está perdido de la Religion católica en Alemania. Y esto cierto con mucha razon. Porque habiendo los otros Gregorios Pontífices santísimos sus predecesores plantado la fe de Jesucristo Nuestro Redentor en aquella provincia, y dilatádola y extendídola por toda ella con tan esclarecida gloria de Dios y suya; y habiendo puesto en ella la majestad y grandeza del imperio romano, dando la elecion á los Príncipes electores de Alemania, era cosa muy justa que él siguiese las pisadas de los otros Gregorios sus predecesores, y hiciese una obra tan señalada y tan ilustre, de la cual esperamos la restauracion y aumento de nuestra santa fe en aquella nobilísima provincia.





CAPÍTULO VII.

DE LA MUERTE DEL PADRE FRANCISCO JAVIER.

En este mismo año de 1552, el Padre Francisco Javier habiendo partido de la India á predicar el Evangelio á los chinas, y á dar á aquellos pueblos ciegos los primeros resplandores de nuestra santa fe, en la misma entrada de aquella provincia falleció. Este Padre fué de nacion español: nació en el Reino de Navarra de noble familia, fué criado con mucho cuidado de sus padres; y pasados los años de la niñez, fué enviado á estudiar á París, donde aprovechó tanto en los estudios, que vino á leer públicamente la filosofía de Aristóteles, y tratando con N. P. Ignacio, que estudiaba la misma facultad, aprendió dél otra más alta y divina filosofía; y determinó de juntarse y hermanarse con él y vivir en su compañía en una misma manera de vida. Vino despues con los otros Padres sus compañeros á Italia; y habiendo pasado muchos trabajos peregrinando, mendigando, sirviendo en hospitales, predicando y ayudando en otras muchas maneras á los prójimos, fué del B. P. Ignacio enviado de Roma á Portugal, para de allí pasar á la India, el año de 1540, de la manera que en el segundo libro contamos.

En esta jornada, pasando muy cerca de su tierra,

ni el amor de la patria, ni los ruegos de sus parientes y amigos, no pudieron acabar con él que por verlos torciese un poco el camino. Llegado á Portugal fué muy bien recebido de aquellos pueblos, y muy amada y aprobada de todos su vida y dotrina. De allí se partió, como dijimos, el año de 1541 y se hizo á la vela á los 7 de abril, en la capitana del gobernador Martin Alonso de Sosa, llevando consigo dos compañeros, que se decian el uno Pablo, que era italiano, y el otro Francisco Mansilla, portugués. En esta navegacion larga y peligrosa se hubo de tal manera el Padre Francisco, que á los enfermos con su industria y trabajo, y á los sanos servia con su enseñanza y dotrina: á los presentes daba edificacion, y á los nuestros que despues le habian de suceder dejó un modelo de cómo se han de haber en semejantes navegaciones; y á todos ejemplo y admiracion de sí mismo.

Invernaron en Mozambique aquel año ántes de llegar á la India, y en seis meses que se detuvo el armada en aquellos ásperos y mal sanos lugares, sirvió con singular caridad y diligencia á los enfermos della, así soldados como marineros. Dejó señales vivas de su virtud en Melinde, ciudad de moros y cabeza de aquel Reino, y tambien en Zocotora, que es una isla de cristianos, pero muy estéril y fragosa. Y finalmente, á los 6 de Mayo de 1542, llegó á la ciudad de Goa. Allí se fué á vivir al hospital de los pobres; en el cual empleaba su tiempo en curar los cuerpos y las almas de los dolientes.

Por la mañana confesaba á los que le venian á pedir confesion; á la tarde á los presos y encarcelados, y enseñaba á los niños la dotrina cristiana. Los domingos y fiestas salia fuera de la ciudad, é iba á visitar con su caridad á los leprosos

y otros enfermos de enfermedades contagiosas, y dejábalos consolados.

Habiéndose ocupado en estas obras algun tiempo, y hecho como su probacion y noviciado, y causado grande maravilla de sí en Goa, se pasó á aquella parte de la India, que llaman la Pesquería, ó cabo de Comorin, donde convirtió grande número de infieles sacándolos de las tinieblas de la infidelidad, y trayéndolos á la luz del Evangelio, y enseñóles los principales misterios de la fé. Habiendo fundado en aquella comarca más de cuarenta iglesias, y dejádoles maestros que los acabasen de enseñar é instruir, se pasó á Mazacar, y allí trujo á la fe de Jesucristo dos Reyes, y con ellos una gran multitud de sus pueblos. El mismo oficio hizo despues en Malaca, y de allí se fué á las islas Malucas, no por codicia de las especerías que otros van á buscar, sino por las perlas y joyas de tantas almas que veia perecer. En el pueblo que se dice Maluco fueron sin número los niños que bautizó; y dejó tan arraigada y plantada en los corazones de la gente la dotrina cristiana, que hombres y mujeres, niños y viejos, cantaban por las calles los Mandamientos de la ley de Dios; y el pescador en su barca, y el labrador en su labranza, hacian esto por su entretenimiento y recreacion. Y el buen Padre, no contento con haberse fatigado todo el dia con el peso de tantos trabajos y ocupaciones, tomaba cada noche una campanilla, y iba con ella por las calles, despertando al pueblo y amonestando á todos en alta voz que rogasen á Dios por las ánimas de purgatorio. Despues anduvo visitando siete lugares de cristianos en Amboyno, que no tenian otra cosa de cristianos sino el nombre, y redújolos todos al conocimiento y amor de la dotrina y vida cristiana. Oyó allí decir, que estaba cerca de

Maluco una isla llamada del Moro, donde habia gran número de personas, cuyos antepasados habian sido bautizados; mas muriéndoseles los sacerdotes que los habian bautizado, se habia ya casi perdido la memoria, sin quedar en ellos rastro de fe. Porque ninguno osaba ir á ellos ni tratarlos, por ser la gente tan bárbara y tan fiera y bestial, que no se podia tratar con ellos sin grandes trabajos y notable peligro de la vida. Determinó el P. Francisco Javier de ir á esta isla, moviéndole no sólo el celo de la salud de aquellas almas, pero tambien de la suya propia; porque juzgaba que la necesidad espiritual que tenian era extrema, á la cual él estaba obligado á socorrer, aunque fuese á costa de su propia vida. Porque rumiaba con atencion, y pesaba aquellas palabras de nuestro Redentor: «Quien ama su vida, la perderá, y quien por mí la perdiere, la ganará.» El cual lugar del Evangelio decia él que parecia claro á los que le leian, y solamente miraban por defuera las palabras; mas que era muy escuro á los que le quisiesen poner por la obra, y experimentar.

Es aquella isla del Moro muy áspera y fragosa, y tan desamparada de la naturaleza, que parece que de ninguna de las cosas necesarias para la vida humana la ha proveido. Óyense contínuamente en ella horribles ruidos y espantosos como bramidos: tiembla muchas veces la tierra con grandes y cotidianos terremotos, que asombran y espantan. Los naturales no parece que tienen condicion ni costumbres de hombres, sino de unos mónstruos y crueles fieras; porque su mayor pasatiempo es matar y degollar hombres, y hacer carnicería dellos. Cuando no pueden hartar con la sangre y muerte de hombres extraños su insaciable crueldad, sin respeto ninguno de la naturaleza,

se quitan la vida los hijos á los padres, y los padres á los hijos, y las mujeres á sus maridos; y cuando los hijos veen á sus padres viejos y cargados de edad, los matan y se los comen, convidándose unos á otros con las carnes de los que los engendraron.

Querian muchos de sus amigos y devotos desviar al Padre Francisco desta jornada, tan llena de manifiestos peligros de la vida, y con lágrimas le decian, que mirase que de su vida colgaban las vidas de muchos, y de su salud corporal la salud espiritual de tantos millares de almas, y que no aventurase por poco cosa que importaba tanto. Mas como él hubiese puesto toda su confianza en las manos de Dios, y desease comprar con su vida temporal la eterna de aquellas almas, tan destituidas de otro cualquier remedio, no se dejó vencer ni quiso tornar atrás de su propósito. Dábanle al tiempo de la partida sus amigos muchos remedios contra la ponzoña (porque tambien aquella gente bárbara suele con ella matar); pero él no quiso tomar ninguno, sino poner todas sus esperanzas en Dios. Y así se embarçó para la isla, y la anduvo toda visitando y halagando á los moradores, ó por mejor decir, á los salvajes y bestias fieras de aquella tierra, á los cuales enseñó con el resplandor y luz del Evangelio, y con esta enseñanza los amansó y domesticó, andando entre ellos con una admirable seguridad y tranquilidad de su alma. Porque sabia bien el cuidado que Dios tenia dél, y que sin su voluntad no cae un cabello de la cabeza, porque él los tiene todos contados á sus escogidos.

Eran tantas y tan grandes las consolaciones que de la mano del muy Alto contínuamente recibia en aquella isla, que no sólo mitigaban los trabajos corporales que padecia, sino que los ha-

cian dulces y sabrosos por muchos y grandes que fuesen. Por lo cual decia que aquel lugar donde Dios regalaba tanto á sus siervos, no se habia de llamar la isla del Moro, sino la isla de la Esperanza: y parecíale que no podria vivir mucho en aquella isla, sin venir á perder los ojos de puras lágrimas y consuelo.

Mientras él andaba en estas islas Malucas, vino un japon llamado Anger á buscarle á Malaca. Este era un hombre honrado y prudente; el cual, aunque era gentil, andaba muy afligido y con gran remordimiento de su conciencia, acordándose de los pecados que habia cometido en el tiempo de su mocedad: que por aquí le despertaba Dios para traerle á su conocimiento. Despues de haber intentado muchos medios para echar de sí esta fatiga y congoja, y consultado á sus bonzos (que así se llaman entre ellos sus sacerdotes y sabios), como en ninguna cosa hallase quietud ni paz, comunicó con unos portugueses amigos suyos, que navegaban por aquellas partes, este su desasosiego y aflicion de espíritu. Ellos le aconsejaron que fuese á la India á buscar al P. Francisco Javier, diciéndole que era grande amigo de Dios, y varon de tanta santidad y obrador de tantas y tales maravillas, que si en el mundo habia de hallar remedio, sería en él, y que si en él no le hallase, tuviese su negocio por desahuciado. Que en esta estima tenian al Padre Francisco los que le conocian y trataban. El japon Anger, con ser hombre apartado de la luz y verdadero conocimiento de Dios, creyó lo que los portugueses le dijeron; y fué tanto lo que deseó salir de aquel tormento que padecia, y alcanzar el sosiego y tranquilidad de su alma, que sin hacer caso de los trabajos de tan larga y tan peligrosa navegacion, y de que venia á buscar un

hombre cristiano que él no conocia, se embarcó y vino á Malaca por topar con el Padre Francisco. Que cuando me paro á pensarlo con la ponderacion, que es razon, me corro y me confundo, viendo lo mucho que un puro gentil y hombre sin fe hizo por su salvacion, y lo poco que muchos de nosotros por la nuestra, siendo cristianos, hacemos. Y juntamente me admiro de los medios de la providencia y eterna predestinacion de Dios; el cual tomó el deste hombre para alumbras las tinieblas de aquella gentilidad. Porque aportando á Malaca Anger, allí supo que el Padre Francisco era ido á las Malucas, y así desconsolado se volvió al Japon; mas llegando ya cerca del Japon, una grande tempestad que á deshora se levantó, le volvió á Malaca, donde halló al Padre Francisco, que ya habia vuelto de las Malucas. Llevóle el Padre á Goa y allí le comunicó las verdades de nuestra santa fe, y se hizo cristiano en nuestro colegio. Pusiéronle por nombre Paulo, como primicias de la conversion de las grandes islas del Japon, descubiertas pocos años ántes por los portugueses.

Deste Pablo (que era hombre muy discreto y agudo, y entendido en las falsas sectas de los japones) supo el P. Francisco Javier que las islas del Japon eran muchas, mas que entre ellas habia una más principal, y muy señalada en grandeza y poblacion y en los ingenios de los naturales, y crianza y dotrina, y en la muchedumbre y diversidad de sectas y copia de sacerdotes. Supo tambien que los japones eran hombres tan dóciles y tan amigos de la razon, que fácilmente se persuaden á seguir la Religion que veen que ni va apartada de la razon, ni discrepa de las costumbres y manera de vivir del que la enseña. Y como con esta informacion viniese bien lo que los

portugueses y otros amigos suyos le decian, determinó de embarcarse para el Japon, y tomando consigo algunos Padres, y al mismo Pablo y á dos criados suyos, que tambien los habia convertido y bautizado, se puso en camino. En el cual despues de haber pasado muchos y grandes peligros del mar, y escapado de las manos de los gentiles, en cuya nave iba, que le querian matar, llegó al Japon, y atravesó la isla hasta llegar á la grande ciudad de Meaco (que es la más poblada y más principal del Japon) á pié y con mucha pobreza, frio y desnudez, andando corriendo tras los caballos de los japones, como mozo y lacayo, por tener en ellos guia y seguridad. Y habiendo convertido á la fe de Jesucristo en Cangaxima Bungo y Amanguche, obra de mil y quinientas almas, dejó en Japon á sus compañeros para que cultivasen aquellas nuevas plantas, y tuviesen cargo de las iglesias que él ya dejaba fundadas, y se volvió á la India para enviarles más Padres y Hermanos de la Compañía que los ayudasen á trabajar, y llevasen adelante la labor que se habia comenzado en aquella gran viña del Japon.

Pero siendo informado que los japones en tiempos pasados habian tomado de la China (que es una provincia grandísima y muy extendida) todas sus ceremonias y leyes y costumbres de vivir, determinó de irse á la China; lo uno por llevar á los chinas la luz de la verdad y Evangelio de Cristo; lo otro por parecerle que rendida aquella provincia, que era como el alcázar, y vencidas las cabezas y los maestros de los errores de Japon, con más facilidad se rindieran despues los mismos japones, que eran sus dicípulos, y se sujetarian al yugo de Jesucristo Nuestro Señor. Con esta resolucion se metió en una nave, no llevando consigo persona de la Compañía, sino solos

dos mozos naturales de la China. Llegado á una isla llamada San Gian, cerca de la China, entendió que no habia órden para entrar en la China, porque es ley inviolable que ningun extranjero entre en ella, ni ningun china le meta ni le acoja dentro, so pena de muerte, ó á bien librar de perpétuo y miserable cautiverio. Mas el buen Padre no se espantó del rigor de la ley, ni de la pena que de la transgresion della se le podia seguir; ántes, confiado en Dios y en la fuerza de la verdad que iba á predicar, buscó un china, y prometió de darle como trecientos ducados de pimienta que le habian á él dado de limosna, si de noche secretamente le metia dentro de la ciudad de Canton, que es la primera entrada de aquella provincia, y le pusiese y dejase en alguna plaza de aquella ciudad.

Mas tratando él desta entrada, quiso Nuestro Señor darle el galardon de sus trabajos, y tomar en cuenta esta su voluntad y santo deseo de entrar con tanto peligro suyo á plantar el Evangelio en la China, y guardar la ejecucion y obra para otros Padres de la Compañía, que despues han abierto este camino. Porque el postrer dia del mes de Noviembre, estándose aún en la mar, cayó enfermo, y encerrándose en su aposentillo estuvo todo el dia sin desayunarse, sacando del corazon contínuos gemidos y amorosos sospiros, y repitiendo muchas veces estas palabras: *Jesu, fili David, miserere mei*: que quiere decir: Jesus, hijo de David, habed misericordia de mí: las cuales decia con voz tan alta y clara, que le oian los marineros y pasajeros. Un dia despues dándoles á entender que ya se llegaba el dichoso fin de su peregrinacion, se hizo llevar á una peña muy áspera y alta roca, á donde hablando familiar y dulcísimamente con su Criador y Señor, á la misma noche

de aquel mismo dia salió de la cárcel deste cuerpo mortal, comenzando el segundo dia de Diciembre, de 1552 años. Esto, como aquí queda referido de la muerte del Padre Francisco, se escribió de la India oriental á nuestro B. Padre Ignacio cuando el mismo Padre Francisco murió; mas despues algunas personas de las que se hallaron á su dichoso tránsito, y le enterraron, contaron que á los 20 de Noviembre, acabando de decir misa cayó malo de una tan grande enfermedad, que le acabó á los 2 de Diciembre, estando en la isla y puerto de San Gian, en una pobre choza pajiza, invocando el santísimo nombre de su dulce Jesus, como se ha dicho. Y no es maravilla que en tanta distancia de tierras y diversidad de naciones, no se haya sabido á los principios tan por entero la verdad.

Fué varon admirable, y no solamente á los cristianos, sino á los mismos gentiles tambien, de muy grande veneracion: conservóle Dios limpio en su virginidad, y sin mancilla: fué deseosísimo de la virtud de la humildad; la cual así como en todas las cosas la procuraba, así maravillosamente la sabia encubrir, por no ser por ella estimado ni tenido en más; de suerte que el procurarla, y el encubrirla, todo nacia del mismo afecto y deseo de la verdadera humildad. Su comer y vestir era vil y pobre: mendigaba de puerta en puerta su comida: si sus devotos y amigos le enviaban algo, todo lo daba á los pobres con el mayor secreto que podia: no comia más de una vez al dia; y por maravilla gustaba cosa de carne, ni bebia vino sino era alguna vez, siendo convidado de algun su amigo; porque entonces comia de lo que le ponian delante, sin hacer diferencia ninguna.

Con los prójimos tuvo muy señalada y encendida caridad, y para socorrerlos y acudir á sus

necesidades, no rehusaba ningun trabajo ni fatiga. Dábale Dios singular gracia en sacar de pecados á los hombres mal acostumbrados y envejecidos en ellos. En sabiendo que alguno andaba enlazado y ciego en algun amor deshonesto, ó perdido de torpe aficion, no le iba luego á la mano, mas con un santo artificio se le entraba por las puertas: hacíasele su amigo y familiar, y habiéndole ganado la voluntad, él mismo se convidaba y se quedaba á comer con él. Cuando ya veia aquel alma dispuesta para oir las amonestaciones y consejos saludables, embestia con ella, y venia á quitarle las malas compañías y ocasiones de pecar; y si no podia de un golpe arrancar todos los pecados, iba con tal suavidad y destreza ablandando poco á poco el corazon, que uno á uno los quitaba todos. Y desta manera con admirable prudencia y blandura, quitó á un hombre una á una ocho mujeres, con las cuales no sin escándalo de muchos vivia deshonestamente. En las adversidades y persecuciones era muy constante é invencible, colgado siempre de la divina Providencia, y della tan fiado (como sus pasos eran todos para la gloria de Dios y salud de las almas) que no dudaba muchas veces de entrar en la mar con tiempos contrarios, ni de acometer cosas en que habia manifiestos peligros de muerte; de los cuales Dios Nuestro Señor milagrosamente le libró.

Por tres veces padeció naufragio. Aconteciole quebrada la nave andar dos ó tres dias nadando en las olas del mar sobre una tabla, y escapar por la misericordia divina, y despues de haber así escapado, estuvo mucho tiempo escondido entre breñas y bosques, por huir de las manos de los gentiles y bárbaros que le buscaban para darle la muerte. Otra vez tambien escapó de la muerte

que le tenian los gentiles ya urdida, metido dentro del tronco de un árbol en el campo, donde estuvo toda la noche escondido.

En los mayores trabajos y persecuciones que tenia, era su ordinaria oracion pedir á Dios que á los muy duros sucediesen otros tan duros, y que nunca le disminuyese los trabajos, sino que se los acrecentase, acrecentándole con ellos la paciencia y perseverancia. Era tan amigo de la oracion, que se le pasaban muchas veces las noches enteras orando y siempre que podia delante del santísimo Sacramento, y sino, delante de la imágen de un Crucifijo, y esto sin dormir: y si le oprimia la flaqueza del cuerpo, ponīase una piedra por cabecera, ó alguna otra cosa dura: y durmiendo así en tierra, el sueño era breve y ligero, y muy amenudo le interrumpia con gemidos y sospiros, hablando con Dios; y conforme á esta vida y á los trabajos della, eran muy copiosas y maravillosas las consolaciones divinas que el Señor le enviaba.

Cuando él pensaba que estaba solo y que ninguno le podia ver ni oir, la mano en el pecho y los ojos levantados al cielo, por la grande abundancia y fuerza de las consolaciones divinas, daba muchas voces á Dios, diciendo: «Basta ya, Señor mio, basta ya.» Andando por el Japon á pié, le aconteció algunas veces lastimarse los piés y hincarse las espinas, y tropezando en las piedras herirse hasta saltarle la sangre viva, y iba tan arrebatado y transportado en Dios, que no sentia ningun dolor, ni lo echaba de ver por la grandeza y fuerza del amor con que lo pasaba, y deseaba padecer más. Azotóle una vez gravemente el demonio estando en oracion, mas no por eso la dejó. Su regalada virtud era la obediencia, y decia que esta virtud es potentísima, pues pene-

tra la grandeza de la tierra, y atraviesa el espantoso mar, y sobrepuja todas las dificultades, y vence todos los peligros. Tenía grandísima reverencia á los Obispos, y á los otros Prelados de la Iglesia, y predicaba y decia, que se les debia todo servicio y sujecion.

No dejaré de contar, como vimos en Roma el año de 1554, al primer hombre que dentro del Japon recibió el santo bautismo. Llamábase Bernardo, natural de Cangaxima, era religioso, porque habia hecho los votos de la Compañía. Envióle el Padre Francisco Javier para que se viese en Roma, como nueva y milagrosa fruta de la santa Iglesia, un hombre japon, cristiano y religioso, y tambien para que él mismo viese la majestad de la Iglesia romana, y la policía cristiana en el culto divino, y tornando á su tierra lo contase como testigo de vista á sus naturales.

Tuve yo en Roma estrecha familiaridad con este nuestro hermano Bernardo, y confeséle todo el tiempo que en ella estuvo, y por esta causa pude tratar con él más íntimamente, y con más estrecha y particular comunicacion. Poníame devocion el ejemplo de sus virtudes, porque sin duda me parecia un retrato vivo de los cristianos de la primitiva Iglesia. Dejando otras muchas cosas muy notables que dél podria contar, diré solamente lo que toca al Padre Francisco Javier, de quien en este capítulo escribo. Decíame, pues, Bernardo del Padre Francisco tres cosas. La primera, que él mismo habia dormido siete meses en un aposento con él, y que en aquel breve y muy ligero sueño que el Padre dormia, le oia muchas veces dar gemidos y sospiros, y repetir dulcemente el santísimo nombre de Jesus; y que preguntándole él algunas veces, por qué sospiraba tanto y gemia, que le respondia, que él no sa-

bia nada de aquello, ni tal sentia. La segunda cosa que me contaba dél, era que se halló muchas veces presente cuando el Padre Francisco disputaba de las cosas de la fe con gran muchedumbre de bonzos, y habia echado de ver, que preguntándole ellos cuestiones muy diversas, y proponiéndole argumentos muy diferentes contra diversos artículos, cada uno segun el ingenio y las dudas que tenia, el Padre Francisco respondia de tal manera á todos, que con sola una respuesta á todos ellos satisfacia y los dejaba sin duda y sin escrúpulo: y esto con tanta evidencia y claridad, como si á cada uno hubiera respondido por sí. La tercera, que él vió por sus ojos traer al Padre Francisco muchos enfermos de varias enfermedades, y que en haciendo sobre ellos la señal de la cruz, ó echándoles un poco de agua bendita, á la hora quedaban todos sanos: y así decia, que los japones le tenian por más que hombre, y como cosa enviada del cielo. Y no es mucho que los gentiles pensasen esto, porque es cosa averiguada que le honró Dios dándole la gracia y don de hacer muchos y muy esclarecidos milagros en vida y en muerte; y los hace hasta el dia de hoy su cuerpo.

Sanó enfermedades de muchas maneras: alanzó muchos demonios de los cuerpos humanos, alumbró ciegos y resucitó muertos. Fué en el don de profecía muy excelente, porque descubrió muchas cosas secretas, y vió cosas en tiempos y en lugares muy distantes; las cuales acontecieron en el mismo dia y en la misma hora que él estando muy apartado y muy lejos de donde se hacian, las estaba desde el púlpito predicando al pueblo. Luego que pasó desta vida, los mercaderes portugueses que iban en la nave y se hallaron á su muerte, tomaron su cuerpo, y vestido de sus or-

namentos sacerdotales que él llevaba para decir misa, le enterraron, cubriéndole todo de cal, para que comida con su fuerza toda la carne, quedasen los huesos secos, y ellos los pudiesen llevar á la India, adonde él habia rogado que le llevasen, acordándose del dia de su resurreccion, y deseando estar en lugar sagrado, para mejor gozar y ser ayudado de los piadosos sufragios de los fieles.

Pasados tres meses despues que le enterraron, quisieron volverse los mercaderes á la India, y pareciéndoles que ya estaria gastado el cuerpo, tornan á cavar la sepultura, y hallan las vestiduras tan sanas y enteras, como se las vistieron, y el cuerpo tan incorrupto y sólido, como cuando le pusieron, con su color natural como cuando era vivo, y la carne tan jugosa y fresca, sin ningun género de mal olor. Movidos con tan grande milagro los mercaderes, ponen el cuerpo así como estaba en el navío, y llegan á Malaca, escapando de gravísimos peligros, con increible presteza y brevedad. Allí enterraron otra vez el cuerpo, y le detuvieron otros doce meses, y se conservó con la misma entereza é incorrupcion. De Malaca le llevaron á Goa, donde fué recebido con procesion y universal concurso de todas las Religiones y de la ciudad, y fué depositado en la iglesia de nuestro colegio de Goa, donde de todo el pueblo es venerado y tenido en gran reverencia y opinion de santidad.

Querer contar yo aquí todos los milagros que Dios ha hecho por este su siervo en vida y en muerte, sería muy largo y fuera de mi propósito, porque no me puse yo á escribir en este libro las cosas que el Padre Francisco Javier hizo en la India, que son muchas y muy averiguadas y admirables, y tales que no se pueden decir en tan

estrecha narracion como esta, sino que piden libro por sí. Impreso anda uno de su vida y de las cosas del Japon, pero corto y no tan extendido como se podria escribir, contando las cosas que se han sabido por la informacion que yo he visto de muchos y muy graves testigos, tomados con autoridad pública, por mandado del serenísimo Rey de Portugal D. Juan el tercero. Yo solamente he querido tocar algunas pocas cosas con la brevedad que en las demas acostumbro guardar.





CAPÍTULO VIII.

CÓMO LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA FUERON Á LA ISLA DE CÓRCEGA.

Por este mismo tiempo se comenzó en Módena un colegio, y otro en Perosa, cuyo Rector fué el Padre Everardo Mercuriano, varon grave y prudente, que siendo ya bien ejercitado en letras humanas, filosofía y teología, y tenido por hombre muy cuerdo en su trato y conversacion, el año de 1548 en París habia entrado en la Compañía, y despues vino á ser el cuarto Prepósito general. Fundó algunos años despues el colegio de Perosa el Cardenal Fulvio de la Corna, Obispo de aquella ciudad: y fué ocasion de comenzarse el colegio el haber predicado en ella poco ántes el P. M. Lainez. El cual de Perosa partió para Génova, pidiéndole aquella República; á la cual movió tanto con su dotrina y ejemplo, que fué gran parte que en ella se hiciesen muchas obras pías y de caridad. Y tambien que aquella República suplicase con grande instancia al sumo Pontífice que enviase algunos de los nuestros á la isla de Córcega, para que visitasen y enseñasen á aquellos pueblos, que estaban tan incultos y rudos y olvidados de Dios y de sí con los vicios que de la inorancia suelen nacer.

Fueron pues enviados dos de la Compañía con grandes poderes de la Silla apostólica; de los

cuales usaron cuanto fué necesario, con tal moderacion y entereza de vida, que aunque con los sermones hicieron mucho fruto en aquella gente, fué mucho más lo que la movieron con su ejemplo. Dieron una vuelta á toda la isla, con harta fatiga de espíritu y de cuerpo. Pusieron toda su industria y diligencia en pacificar y concordar los unos con los otros, y quitar muchas discordias y enemistades que habia; y en desarraigar innumerables pecados que se les habian entrado en sus casamientos y desposorios; y en reparar y adornar los templos, en amonestar á los sacerdotes y animarlos para que viviesen como su oficio pedia. Y finalmente, en oir confesiones y predicar, y en hacer todas las obras de piedad para la buena edificacion de aquellos pueblos.

Mas trabajó mucho Satanás por estorbarles este tan próspero suceso. Porque el año siguiente de 1553 algunos religiosos y sacerdotes (á los cuales por ventura era amarga la verdad y desabrida la correccion), escribieron á Roma muchas cosas falsas y feas, y allá las sembraron; y pusieron en los oidos de los Príncipes y Cardenales grandes maldades é injustas acusaciones contra ellos. De las cuales deseando nuestro B. P. Ignacio apurar la verdad, envió á Sebastian Romeo á Córcega: el cual tornó en breve tiempo á Roma, y trujo muchos y muy graves testimonios públicos del Gobernador de la isla, y de los otros magistrados y ciudades, que daban fe de la bondad, innocencia y religion con que siempre habian vivido entre ellos los Padres de la Compañía, y escribieron todos los sobredichos, así al sumo Pontífice como á otras personas ilustres, tales alabanzas y encarecimientos de su ejemplo y virtud, que ellos por su modestia no los podian oir sin mucha vergüenza y confusion.



CAPÍTULO IX.

CÓMO SE HIZO INQUISICION CONTRA LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, Y SE FUNDARON ALGUNOS COLEGIOS, Y SE REPARTIERON EN ESPAÑA LAS PROVINCIAS.

EN España en el mismo año de 1553, no faltaban á la Compañía sus probaciones; con las cuales cada dia más se acrecentaba y florecia, como crece con las lluvias y vientos el árbol bien plantado. Era admirable el fruto que en todas suertes de gentes se hacia en España con el uso de los ejercicios espirituales; aunque no faltaron algunas personas bien intencionadas, pero mal avisadas, que sin querer entender nuestras cosas ni informarse de la verdad, se dejaron decir, y áun escribir, muchas censuras y pareceres contra el libro de los *Ejercicios*, calificando y notando sus proposiciones, hasta ponerlos en manos de la santa Inquisicion. Mas en fin, la verdad con su luz vino á deshacer todas las tinieblas, y con su sinceridad y llaneza pudo más que las compuestas y aparentes razones: y así con su fuerza como con la autoridad de la Silla apostólica se defendió, y fácilmente quebrantó y derribó aquel ímpetu con que los hombres la querian oprimir. Con esta vitoria se adelantó mucho en toda Castilla y Portugal la Compañía. Porque el Infante Don

Enrique de Portugal, hijo del Rey D. Manuel y Cardenal de la santa Iglesia romana, á imitacion de su hermano el esclarecido Rey D. Juan el III, quiso mostrar su ánimo santo y religioso en acrecentar la noble ciudad de Ébora, de donde era Arzobispo, haciendo en ella un colegio y universidad de la Compañía. Edificó y dotó como gran Príncipe este colegio de Ébora, donde agora se leen con grande concurso y frecuencia de oyentes todas las ciencias y facultades, y son más de ciento y veinte las personas que allí están de la Compañía ordinariamente.

Y al colegio de Coimbra se añadió tambien la casa de probacion, donde se crian y enseñan los novicios conforme á las reglas de la Compañía. Y en Lisboa tambien se hizo de nuevo casa de profesos; y el colegio que allí estaba se acrecentó mucho en el número de la gente y de las leciones.

Este mismo año de 1553, tuvo principio el colegio de Avila, y tambien el de Córdoba, que fué el primero en el Andalucía; el cual tuvo ocasion de la entrada en la Compañía del Padre Antonio de Córdoba, hijo de D. Lorenzo de Figueroa, y de D.ª Catalina Hernandez de Córdoba, Condes de Feria y Marqueses de Pliego. Porque este Padre luego que entró en la Compañía, procuró dar noticia della á los que no la conocian, y llevarla á Córdoba con los brazos y poder de los de su casa, que en aquella ciudad son tan grandes señores y tan poderosos. Para tratar desta ida con la ciudad, fué á Córdoba el Padre Francisco de Villanueva con un compañero. Estaba en ella á la sazon D. Juan de Córdoba, Dean de aquella iglesia, hombre poderoso y rico y de mucha autoridad y valor; el cual, sin haber visto hombres de la Compañía, tenia dellos siniestra informacion.

Como supo este caballero que dos della habian

venido á Córdoba, mandólos buscar y convidar á comer, y esto (como él lo decia despues) con intencion de inquirir y saber nuestras cosas, por ver si eran conformes á su opinion. Venidos les ruega y les hace fuerza que quieran posar en su casa, y ellos le obedecieron. Mirábalos curiosamente, y estando con ellos sacábalos á plaza en muchas materias, y cuando estaban solos acechábalos secretamente de dia y de noche, por ver qué hablaban y hacian, en qué se ocupaban, y cómo vivian. Oyó y vió tales cosas en ellos, que donde pensó coger, quedó cogido, y entendió que Dios le habia tomado en la red que tendia á los otros. Movióse con las pláticas y ejemplo de aquellos dos, padre y hermano, de suerte que todo el odio y aborrecimiento que le parecia ántes tenerles, se le trocó Dios en verdadero amor y gran reverencia.

Dentro de pocos dias hizo donacion á los nuestros de las casas de su morada, que eran muy grandes y suntuosas, y con ellas les dió ornamentos preciosos, y piezas de oro y de plata, que él tenia en gran número para el servicio de la Iglesia, señalándoles la renta que pudo para fundacion del colegio. Y esto con tanta aficion y voluntad, que decia, que ni podia comer, ni dormir, ni velar, ni hacer otra cosa, sino pensar en el colegio: y así vino á hacer esto en tan breve tiempo, que fué grande espanto el que en todos causó la súbita mudanza, así de su vida como de su voluntad y opinion para con nosotros. Porque ni él habia primero encubierto la poca voluntad que nos tenia, ni lo que despues hizo podia ser secreto, por la grandeza y autoridad de su persona, que en España era tan conocida.

Para todas estas cosas, y para el aumento de la Compañía en España, no hizo poco al caso la

venida á ella del P. M. Jerónimo Nadal; al cual este mismo año envió nuestro B. Padre por Comisario general destos Reinos, para que promulgase y declarase á los nuestros las Constituciones que él habia escrito, y para que visitase los colegios y mirase el órden y observancia religiosa que habia en ellos, y los distribuyese en diversas provincias, para que mejor se pudiesen gobernar. Lo cual hizo así: y dejó hechos Provinciales al Padre doctor Araoz de Castilla, al Padre doctor Miguel de Torres de Andalucía, al Padre Maestro Francisco de Estrada de Aragon, y al Padre Diego Miron de Portugal, que este era el órden que le habia dado N. Padre; y que dejase por Superior de todos cuatro Provinciales (como le dejó con nombre de Comisario general en España) al Padre Francisco de Borja, cuya autoridad fué siempre acerca de todos muy grande.





CAPÍTULO X.

CÓMO SE FUNDARON OTROS COLEGIOS DE LA COMPAÑÍA.

Repartidas las provincias y ordenados los colegios, y publicadas las constituciones, como habemos dicho, se extendió maravillosamente la Compañía por todas partes. Primeramente, muchos principales ciudadanos de Sevilla movidos del ejemplo de sus vecinos los de Córdoba, procuraron que se diese principio en su ciudad á un colegio de la Compañía. Y así fueron los nuestros á Sevilla el año de 1554, y entre ellos el mismo Padre Francisco de Borja, que con su presencia, conversacion y sermones consoló mucho á aquella ciudad. Fundóse tambien el de Granada; para el cual ayudó mucho el celo santo y devocion del Arzobispo D. Pedro Guerrero. El cual habiendo tratado en el Concilio de Trento, y conocido familiarmente á los Padres Maestro Lainez y Maestro Salmeron, que allí estaban por teólogos del Papa, y habiéndose satisfecho en gran manera de su vida y dotrina, y del instituto de la Compañía, favoreció entonces, y despues, siempre cuanto pudo, aquel colegio.

Tambien volvió del Concilio de Trento muy aficionado á la Compañía, por la comunicacion de los mismos Padres, D. Gutierre de Caravajal,

Obispo de Plasencia; el cual edificó en ella un colegio á la Compañía, y le dotó de renta perpétua. Al mismo tiempo se dió principio al colegio de Cuenca; la ocasion fué el haberse enviado á aquella ciudad, que es fresca y de sanos aires, algunos hermanos de la Compañía, que en el colegio de Alcalá en los tiempos de vacaciones y calores no se hallaban con buena disposicion. Comenzó este colegio el Canónigo Pedro del Pozo, mas despues le acabó y le dotó Pedro de Marquina, Canónigo tambien de la misma ciudad de Cuenca, que fué, estando en Roma y mientras que vivió, devotísimo de nuestro Padre, y despues lo fué de toda la Compañía.

Por la mucha gente que entraba en ella en España, para que se criasen los novicios conforme á nuestro instituto, se hizo en Simancas casa de probacion, cuyo primer Rector fué el Padre Bartolomé de Bustamante. Esta fué la primera casa de novicios que se hizo en Castilla, por órden del P. Francisco de Borja, mas despues se mudó á Medina del Campo, y se han hecho otras muchas en estas provincias de España.

Tambien en Italia iba adelante la Compañía, y se hacian nuevos colegios en ella. El de Génova asentó el P. M. Lainez, favoreciéndole con mucha devocion los naturales de aquella Señoría. Mas entre todos se ha señalado para la Compañía y en particular con aquel colegio el amor y liberalidad de Paulo Doria, caballero principal en aquella República, y en la piedad y toda virtud muy aventajado. A la devotísima y sagrada casa de Nuestra Señora de Loreto, donde por la memoria y reverencia de haberse vestido en ella de nuestra mortal carne (como piadosamente se cree) el eterno Hijo de Dios, vienen en romería de toda la cristiandad con maravillosa devocion

infinita muchedumbre de gentes: envió en este tiempo, que fué el año de 1554, algunos de los nuestros nuestro P. Ignacio, á instancia del Cardenal de Carpi, Rodolfo Pio, protector de aquella santísima casa, para que con sus trabajos y ejemplo se conservase y acrecentase la devocion de aquel santo lugar, y la de los peregrinos que á él venian. Y viendo despues que sucedia el fruto que se habia esperado, y que cada dia iba de bien en mejor, acrecentó el Cardenal el número de los nuestros, y hase fundado en Loreto un principal colegio, que está confirmado con autoridad de la Silla apostólica, en cuyo estado y proteccion está aquella santa casa de Loreto, y fué su primer Rector el Padre Oliverio Manareo.

Tambien crecia la Compañía en este tiempo en el Reino de Sicilia. Porque en Zaragoza comenzó un colegio Suero de Vega, hijo del Virey Juan de Vega, que era Gobernador de aquella ciudad. Y en Monreal les compró casa y hizo Iglesia el Cardenal Farnesio, Arzobispo que entonces era de Monreal, y les dió con que se pudiesen sustentar los que en aquel colegio morasen de la Compañía. Desde entonces quedó Sicilia provincia por sí, y hizo N. B. Padre Provincial della al P. Jerónimo Domenech.





CAPÍTULO XI.

DEL DECRETO QUE EN PARÍS HIZO CONTRA LA COMPAÑÍA EL COLEGIO DE SORBONA.

MIENTRAS que pasaba esto que habemos contado en España y en Italia, el mismo año de 1554, comenzaba la Compañía á tener casas conocidas en Francia. Porque aunque desde el principio siempre hubo algunos de los nuestros que estudiaban en la universidad de París, mas no estaban en casa aparte, como en casa de Religion ni en colegio propio, hasta que Don Guillelmo de Prado, Obispo de Claramonte, que en Trento habia tenido grande amistad con los Padres Lainez, Salmeron y Claudio Jayo, y dellos noticia y satisfacion de nuestro instituto, determinó de edificarnos dos colegios, el uno en su diócesi en la ciudad de Billon, y el otro en París, y así lo hizo.

Para regir estos colegios, y para mirar por las cosas de la Compañía, envió á Francia nuestro B. Padre por Provincial al Padre Pascasio Broeth, francés de nacion, y uno de sus primeros compañeros. Pidieron los nuestros para esto al Rey Enrico de Francia, que fuese su Majestad servido, y tuviese por bien de recebir en su Reino la Compañía, y de darle privilegio para que

los della gozasen de la naturaleza como si hubieran nacido en Francia. Remitió el Rey este negocio al Parlamento de París. El Parlamento por ser cosa que tocaba á la Religion, mandó á la facultad de teología de París que examinase nuestro instituto, y viese con diligencia las bulas y letras apostólicas que teniamos, y que de todo hiciese relacion al Consejo, y diese su parecer. Habia en este tiempo entre los doctores teólogos, uno que era el principal y el de más autoridad; el cual estaba sentido de los nuestros, porque contra su voluntad habian recebido en la Compañía un su sobrino. Juntábanse con él algunos otros doctores de diversas Religiones, que cada uno por sus respetos, no favorecian mucho nuestra causa: y no faltaban otros que no se les daba nada de todo ello ni de cualquier suceso que esta causa tuviese. Muchos habia tambien que seguian la opinion del vulgo, y los rumores que andaban sembrados por el pueblo contra nosotros públicamente, sin examinar la verdad, y nos eran contrarios, y peleaban agramente contra nuestra Religion, pensando que en ello hacian servicio á Nuestro Señor y que defendian la misma Religion.

Júntanse, pues, estos jueces á tratar de nuestra causa, y habido su acuerdo, hacen aquel decreto que despues publicaron. En el cual declara la facultad de teología de París, lo que siente de nuestro instituto y Compañía. El cual decreto fué ni más ni ménos como el que la misma facultad hizo contra la Religion de santo Domingo, cuando estaba en sus principios; y á la verdad es tan riguroso, severo y ofensivo, que quien le leyere y cotejare bien lo que en él se dice, con lo que en verdad pasa, verá claramente que se hizo sin tener noticia de la verdad y sin informacion de las

cosas como ellas son. Con este decreto los nuestros en París padecieron grande tormenta de turbaciones y tribulaciones que se les levantaron. Porque luego que se hizo, como la cosa era fresca y los tenian presentes, todos daban en ellos: los estudiantes en sus generales, los frailes en los púlpitos, el pueblo en sus corrillos, el Parlamento en su Consejo, y finalmente, el Obispo en su Iglesia, que parecia que todo el mundo se habia levantado contra ellos.

Llegada, pues, á Roma la nueva del decreto, los Padres más antiguos y más señalados de la Compañía eran de parecer que se respondiese á él; porque los que no estaban bien informados de la verdad, movidos con la autoridad de tan insigne facultad no concibiesen opiniones siniestras en grave perjuicio della y de la Compañía. Y decian que no habia por qué pensar que á la facultad de París le pesase que nosotros defendiésemos nuestra justicia, haciéndolo con la modestia que se debia: ántes que era de creer del buen celo de aquellos doctores, que siendo teólogos (cuya modestia ha de ser tan grande y tan aventajado el amor que han de tener á la verdad) que en sabiendo la cosa como es y teniéndola entendida, ellos mismos de suyo desharian su decreto, y le anularian, pues le habian hecho (como es de creer) no por mala voluntad, sino por falta de informacion y de conocimiento de la misma verdad. Deste parecer eran aquellos Padres: mas nuestro B. Padre, con un ánimo sosegado, y con rostro como solia alegre y sereno, les dice: «Quiéroos acordar, hermanos, ahora yo lo que el Señor á sus dicípulos cuando dellos se partia diciendo: «Mi paz os doy, y mi paz os dejo yo á vosotros.» No se ha de escribir nada, ni hacer de donde pueda nacer alguna amaritud y rancor. Y

no os turbe la autoridad de la facultad de teología de París; porque aunque es grande, no podrá prevalecer contra la verdad; la cual bien puede ser que sea apretada y combatida; pero nunca jamás oprimida ni ahogada. Si fuere menester (que espero en Dios que no será), otro ménos peligroso remedio pondremos á esta herida, con otra más suave medicina la curaremos.» Con esto escribió N. P. á todas las provincias y colegios de la Compañía que estaban en diversas partes del mundo repartidos, y ordénales que de todos los Príncipes, Prelados, Magistrados, Señorías, Universidades y Ciudades donde se hallaban, pidan público testimonio de su vida, dotrina y costumbres, y que le envien los testimonios cerrados y sellados con autoridad pública á Roma. Y esto ordenó para contraponer si fuese menester al decreto de París y al juicio y parecer de unos pocos hombres mal informados, el juicio y aprobacion de todo lo restante del mundo. Hízose así como N. B. P. lo ordenó. Y de casi todas las Ciudades, Provincias y Reinos donde estaba entonces la Compañía le vinieron letras y testimonios auténticos de los Magistrados y Superiores dellos (los cuales yo he visto) en que todos dan firme, grave y esclarecido testimonio de la virtud y verdad de la Compañía.

Mas con todo esto no quiso usar destos testimonios nuestro Padre, porque ya el decreto se iba cayendo; de manera que dentro de pocos dias apénas habia quien se acordase dél, ni le tomase en la boca. Que este suele ser el fin de la falsedad; la cual sin que la derribe nadie, ella misma se cae y se deshace. Y en España los señores inquisidores tuvieron el decreto por tan contrario á la autoridad de la santa Sede apostólica, que habia confirmado y aprobado la Compañía, que

le vedaron y prohibieron que no se leyese ni tuviese, como cosa sospechosa y mal sonante. Y lo que del decreto se siguió fué, que donde ántes dél no tenia la Compañía ningun colegio en Francia, luego dentro de un año de como él se hizo, tuvo los dos que he dicho, y se sacó la licencia del Rey.





CAPÍTULO XII.

CÓMO LOS HERMANOS PEDRO CORREA Y JUAN DE SOSA FUERON MARTIRIZADOS EN EL BRASIL.

En el mismo tiempo que en Francia se hacian decretos contra la Compañía, derramaba ella por Cristo sangre en el Brasil. Porque el Hermano Pedro Correa, y el Hermano Juan de Sosa, portugueses de nacion, yendo á predicar el Evangelio á los pueblos Ibirrajaros, fueron asaeteados de los carijes, gente bárbara y feroz, y degollados estando de rodillas en oracion. Era Pedro Correa hombre noble y valiente; el cual ántes que entrase en la Compañía, con celo de la fe, y en defensa de los cristianos hizo grande estrago en aquellos infieles, y despues fué el primero que en el Brasil entró en la Compañía: y para alcanzar perdon de sus pecados, y recompensar cuanto pudiese con buenas obras el daño que habia hecho en aquellos pueblos, se ocupaba dias y noches trabajando en traerlos al conocimiento de Jesucristo, y al camino de su salvacion. Vivió cinco años en la Compañía en estos ejercicios con grande humildad, obediencia y deseo de la perfecion. Y el atraer á los gentiles á la fe, y el conservarlos en espíritu y devocion, no era con fervores indiscre-

tos, sino con mucha cordura, y madura, y prudente consideracion, moviéndolos á bien vivir con el ejemplo y ayudándose de la lengua del Brasil, que sabia muy bien, y del uso y experiencia que tenia de las costumbres y ritos de los naturales de aquella tierra. Con lo cual fué mucho el fruto que en este tiempo hizo, hasta que el año de 1554 murió, como dicho es.

El otro, que es Juan de Sosa, tambien fué de los primeros que en el Brasil entraron en la Compañía, hombre sencillo y de muy sanas entrañas, que se esmeraba en las virtudes de la penitencia, humildad y caridad. Sacóle Dios de entre los tizones y cocina, donde servia á los Hermanos, para tan glorioso fin y remate de vida como hizo. Y extendióse la Compañía tanto en aquella provincia del Brasil, que tenemos casas en los lugares del Salvador, de san Vicente, de Paratininga, del Espíritu Santo, de Illeos, de Puerto Seguro, de Pernanbuco, y en otros algunos. Para la fundacion de los cuales, y para el gobierno de todos los nuestros que andaban por aquellas partes, hizo nuestro B. P., Provincial al Padre Manuel de Nobrega.





CAPÍTULO XIII.

CÓMO EL PADRE JUAN NUÑEZ FUÉ ELECTO PATRIARCA DE ETIOPIA.

AL tiempo que se hacian estas cosas en el Brasil, el Padre Juan Nuñez fue electo Patriarca de Etiopia. Y para mejor entender la razon que hubo desta elecion, es de saber que los pueblos de Etiopia son de los más antiguos cristianos que hay en la Iglesia. Porque parte por el Apóstol san Mateo, parte por aquel eunuco de Candaces de la Reina de Etiopia, al cual bautizó san Felipe, diácono (como se cuenta en los Actos de los Apóstoles), los etíopes en aquel tiempo fueron bautizados, y recibieron la fe. Mas, ó los de aquel tiempo se quedaron en la ley de Moisés, ó si ellos la dejaron, sus decendientes la tornaron á tomar, y quisieron mezclar la puridad del Evangelio con las ceremonias del judaismo, y la ley de gracia con la observancia de la ley vieja. Porque el dia de hoy se bautizan y se circuncidan juntamente: y de tal manera confunden con el judaismo la Religion cristiana, que queriendo ser cristianos y judíos, en la verdad no son bien lo uno ni lo otro. El Patriarca Alejandrino es la cabeza á quien acuden los etíopes, y van á pedir la regla de su fe: la cual no puede dejar de ser llena de muchos errores, saliendo de mano de hombre que tiene tantos, y está tan depravado con los de los griegos modernos, apartados de su

verdadera cabeza, y de la obediencia de la Silla apostólica. Con la cual por la distancia de las tierras y mares que hay en medio, y por las bárbaras naciones, enemigas de nuestra santa fe, que están entre ellos y nosotros, habia muchos años que los etíopes no tenian comercio ninguno ni comunicacion, hasta que la navegacion de los portugueses por la India oriental vino á descubrir aquella parte de Etiopia, que es sujeta á aquel gran Rey, que comunmente llaman Preste Juan. A la cual aportaron los portugueses, y visitaron al Rey, y ganáronle la voluntad con su trato y presentes, y servicios señalados que le hicieron en paz y en guerra; de manera que abrieron puerta para que los suyos pudiesen libremente entrar en Etiopia, y tener en ella todo género de comercio y contratacion. De aquí vino el Rey de Etiopia, que se decia David, á procurar la amistad del Rey de Portugal, y por su medio y de los portugueses que le habian enseñado é instruido, vino á escribir á Clemente VII, Sumo Pontífice, que él reconocia y confesaba al Obispo de Roma por pastor universal de toda la Iglesia, y que como á tal le pedia y suplicaba, que pues era maestro de todos, le enviase á Etiopia padres y maestros que les enseñasen lo que de la santa fe y Religion cristiana eran obligados á saber.

Tambien escribió y rogó al Rey de Portugal, que para con el Pontífice en cosa tan justa y santa le favoreciese. Hizo el Rey su oficio con gran calor y diligencia; mas perturbáronse los tiempos de manera, que se impidió la ejecucion deste negocio hasta el pontificado de Julio III. El cual informado de todo lo que habia pasado, y juzgando que era de grande importancia, á intercesion del Rey D. Juan el tercero de Portugal, se

determinó de hacer Patriarca de Etiopía al Padre Juan Nuñez, portugués (el cual dijimos que anduvo en el Reino de Marruecos rescatando los cristianos cautivos) y así lo hizo, dándole grandísima potestad; y juntamente hizo Obispos para que le acompañasen y le sucediesen en el Patriarcado, á los Padres Andrés de Oviedo, castellano, y Melchior Carnero, portugués. Aceptó la Compañía estas dignidades, despues de haber hecho resistencia con la debida humildad y sujecion, cuyas rentas y honras habian de ser grandísimos trabajos y manifiestos peligros de la vida. De lo cual el Sumo Pontífice se edificó y complació mucho, diciendo públicamente en consistorio, que en fin bien se veia lo que los de la Compañía pretendian en este mundo; pues por una parte desechaban los Capelos y Obispados de tanta honra y provecho, y por otra admitian aquellos, que fuera de graves fatigas y contínua cruz, no tenian cosa con que pudiesen llevar tras sí los ojos y corazones de los hombres. Dió nuestro B. Padre Ignacio al Patriarca y á los Obispos otros nueve compañeros de los nuestros, de diversas naciones; porque habia entre ellos italianos y flamencos, portugueses y castellanos: á los cuales todos, el Rey de Portugal D. Juan recibió con grandísima benignidad, y dióles al tiempo de su partida (allende de otros ricos y reales dones) los ornamentos y todas las demas cosas que para sus oficios y ministerios pontificales eran menester. Enviólos con una gruesa armada á la India, mandando á sus Gobernadores que llegados á ella diesen al Patriarca y á sus compañeros otra flota, y el acompañamiento necesario hasta la Etiopia, donde llegaron algunos dellos y fueron recebidos del Rey Claudio, que habia sucedido en el Reino al Rey David, que en esta sazon ya era muerto.



CAPÍTULO XIV.

CÓMO EN UNA REVUELTA QUE SE LEVANTÓ EN ZARAGOZA CONTRA LOS NUESTROS, ELLOS SE SALIERON DE LA CIUDAD, Y CÓMO LOS VOLVIERON Á ELLA.

En este tiempo se levantó contra los nuestros una brava tempestad en Zaragoza, la cual quiero yo aquí contar más por extenso de lo que acostumbro, porque me parece que ha sido la más descubierta persecucion que hasta hoy la Compañía ha padecido, y la de más alegre fin y buen suceso. Y tanto fué más notable, cuanto la ciudad de Zaragoza en que sucedió, es más ilustre por ser cabeza de los Reinos de Aragon; y cuanto la Compañía ya era en el mundo más conocida, y los que la levantaron tenian más obligacion de aplacarla, por ser personas eclesiásticas y religiosas.

Tenian en la ciudad de Zaragoza los de la Compañía unas casas para su morada y para fundacion de un colegio que los devotos y amigos les habian comprado, ayudando tambien la ciudad. Acudian muchos á nuestra casa, y aprovechábanse de la comunicacion y trato de los nuestros, para el bien espiritual de sus almas.

Comenzó esto á ser pesado á los Padres de san Agustin (que eran entonces claustrales, y agora son observantes) aunque su casa estaba apartada de la nuestra. Y el Vicario de la Madalena tam-

bien se alteró, y congojó mucho de nuestra vecindad. Era este muy amigo, y aun á lo que se decia tenido por deudo del Vicario general del Arzobispo, el cual era monje bernardo. Y el mismo Arzobispo, que tambien era religioso de la Orden de san Bernardo, en linaje clarísimo, y en autoridad y riquezas poderoso, era tenido en opinion de sernos poco favorable. Pues como aquellos Padres no gustasen de nuestra entrada y asiento en Zaragoza, y el Vicario por respeto de su deudo no estuviese bien con nosotros, juntáronse entre sí, y con ellos algunos religiosos de otras Ordenes; y de comun acuerdo se determinan de hacer contradicion á la Compañía. Buscábase alguna causa honesta que tomar por achaque desta contradicion. Pareció que la mejor de todas sería la de una capilla que los nuestros querian instituir y comenzar á usar en una sala de su casa hasta que Dios les diese iglesia. Porque decian que estaba dentro de las canas (que es cierta medida) concedidas á las Ordenes mendicantes, para que dentro de aquel espacio no se pueda hacer allí otra iglesia ó monesterio, porque los unos religiosos no estorben á los otros; y que así era contra los privilegios dados de los sumos Pontífices. Procuróse de averiguar esto bien, y hallóse que no impedian sus privilegios; porque los nuestros que nos dió despues la Silla apostólica derogan á los suyos. Y porque en hecho de verdad no estaban en la distancia de las canas, sino que sin hacerles agravio, podíamos abrir y tener nuestra capilla.

Viendo, pues, que no podian por justicia estorbarnos, prentendieron hacerlo por fuerza. Y así un dia de fiesta por la mañana, habiendo primero dado parte dello al Arzobispo y mostrádole nuestras bulas y privilegios; estando bien adere-

zada la capilla para decir misa, y por ser la primera, habiéndose convidado á ella, y venido el Virey y la gente más principal y más granada de la ciudad; al tiempo que querian salir á decir misa, se hizo á los nuestros una inhibicion, de parte de un fraile claustral, que los frailes Agustinos habian elegido por Conservador, en la cual se mandaba que no se dijese misa en la capilla, por ser contra el privilegio de sus canas. Y como despues de haber tomado consejo y acuerdo con hombres temerosos de Dios, letrados y prudentes no se hiciese caso de la tal inhibicion, por ser ninguna, y por otros respetos, el Vicario hizo fijar un mandato á nuestras puertas, en que mandaba á todos los Rectores y Vicarios de aquella ciudad, que mandasen á sus feligreses, so pena de excomunion, que no oyesen misa ni los divinos oficios en nuestra capilla.

Quiero acortar razones y abreviar. Llegó la cosa á tanto, que publicaron por excomulgados á los nuestros, y les cantaron el salmo de la maldicion, y les mataron las candelas, y les dijeron las otras execraciones y maldiciones espantosas que se suelen echar á los enemigos de Dios y de su iglesia. De manera, que la gente los tenia por hombres impíos, malditos y excomulgados, y como de tales, huia de encontrarlos, y saludarlos, y trabar pláticas con ellos; porque tambien excomulgaron á los que los visitasen, ó conversasen, ó hablasen, y áun echaron de las iglesias públicamente con afrenta y por fuerza á personas muy ilustres y de título, porque no habian obedecido al mandamiento del Vicario, como á excomulgados y apartados de la comunicacion de los fieles. Y en las mismas iglesias los predicadores decian mil males dellos; y el Arzobispo los condenó por su sentencia, y los conventos de las Ordenes, y los cabil-

dos de los clérigos los publicaron por excomulgados, con todas las ceremonias que en estas censuras se suelen hacer más agravadas, y con toda la solenidad que contra los rebeldes y pertinaces suele la Iglesia usar por último remedio.

Púsose tambien entredicho en la ciudad, y mandóse que durase mientras los nuestros estuviesen en ella. Por donde asombrado el pueblo huia de nosotros como de una pestilencia, y deseaba vernos fuera de su ciudad, porque ella no fuese inficionada de gente tan maldita y abominable, mayormente andando por otra parte nuestros contrarios, como andaban, echando aceite al fuego, y soplando las llamas del odio que ya ardian, haciendo creer á los inorantes y simples que estaban ellos tambien excomulgados si nos hablaban, y poniéndoles grandes miedos con los castigos de Dios que vendrian sobre ellos. Y para que no faltase cosa de cuantas se podian hacer é imaginar para hacernos odiosos y aborrecibles al mundo, determinaron de encartarnos y poner cedulones de las excomuniones por las calles y cantones y puertas de las iglesias. Y pintaron en ellas á los nuestros con sus sotanas, y manteos, y bonetes, tan al propio, que todos los conocian. Y para quitar toda la duda y ocasion de error, escriben allí sus nombres, el de cada uno sobre su figura. Junto á ellos pintan demonios de espantosas y horribles figuras, que los arrebataban y echaban en las llamas de fuego, y escríbenles nombres infames y afrentosos, y otras muchas cosas que no se hacen sino con los que obstinadamente menosprecian la correcion y autoridad de la Iglesia.

Y pasó aún más adelante la desvergüenza y ciega temeridad, que pintaron desta misma manera á D. Pedro Agustin, Obispo de Huesca, varon ilustre y de grande autoridad en aquella ciudad,

porque era Conservador de los de la Compañía.

Los nuestros estábanse en su casa, mas no por esto estaban seguros; porque los mochachos venian en cuadrillas á nuestra casa, y apedreaban las puertas, los tejados y las ventanas, y hundian á gritos las calles: y si por alguna necesidad que á ello forzase salia alguno de casa, le silbaban los mochachos, y le corrian por las calles, y iban gritando tras él como tras un aborrecible mónstruo. Mas aunque el vulgo así los trataba, los hombres prudentes y que miran las cosas como son, tenian estas por muy pesadas é indignas de hombres cristianos; porque no habia dado la Compañía causa para ser así perseguida. Pero aunque les parecia mal lo que se hacia, con todo eso, no osaban ir contra la autoridad y potencia del Arzobispo, ni oponerse al desatino y furor del pueblo, ni amonestar á los religiosos de lo que debian á su profesion, ni reprehender á los sacerdotes del alboroto tan extraño que habian levantado en el pueblo, El cual era el que atizaba y soplaba con sus voces el fuego, y le hacia crecer de manera que no bastaba el agua que echaban los cuerdos, ni los otros remedios que se tomaban para poderle apagar.

Estaban los caballeros de nuestra parte, los ciudadanos honrados lloraban lo que veian, favorecian la verdad y razon; mas no podian como deseaban defenderla. Aunque como un dia que estaban muchos caballeros jugando y viendo jugar á la pelota, se sonase que habia venido á nuestra casa un golpe de gente perdida y armada para matar á los nuestros; en llegando esta voz á los que jugaban, luego al momento dejaron el juego, y medio desnudos como estaban vinieron corriendo con sus espadas en las manos á nuestra casa para defenderla y ampararla, y resistir y refrenar

con su presencia y con las armas, si fuese menester, el ímpetu y furor de la gente popular.

Viendo, pues, los nuestros puesta en armas la ciudad contra sí, y que corria peligro de crecer cada dia más el alboroto, y que el Arzobispo disimulaba con el fuego que metia el Vicario y aumentaban los religiosos, y con lo que el vulgo por su parte furiosamente atizaba; y que de tanta y tan grande confusion y turbacion de ánimos, no podia suceder sino algun gran mal, quisieron excusarle, especialmente considerando, que no habia bastado para amansar ni sosegar tan grande tempestad, ni la autoridad apostólica del Legado del Papa, ni la Real, que tambien interpuso la serenísima Princesa D.ª Juana, hija del Emperador Cárlos V, Gobernadora que entónces era de las Españas, ni otro buen medio que se hubiese tomado.

Y así se determinaron de hacer lo que en semejante aprieto se lee haber hecho en Constantinopla san Gregorio Nazianceno, y salirse de aquella ciudad, que aunque sin culpa ninguna suya, por su causa veian alborotada. Vienen, pues, con este acuerdo al Ayuntamiento; habló allí uno de los nuestros en su nombre y de sus compañeros, y díceles cómo ellos habian venido á la ciudad de Zaragoza á ruego de algunos de los principales della, y por órden de sus Superiores; y que todos los años que habian vivido en ella, habian procurado con todas sus fuerzas de guardar con la divina gracia el instituto de su religion, y conforme á él emplearse de dia y de noche en servir y ayudar espiritualmente á todos cuantos se habian querido aprovechar de su pobre trabajo, sin dar jamas ocasion á nadie de poderse quejar justamente dellos, ni escandalizarse; que les pesaba de no haber trabajado con tanta diligencia y su-

ficiencia, como eran obligados; aunque á lo ménos la fidelidad que á su ministerio debian, y la voluntad y deseo de servir á todos, nunca les habia faltado. Mas que por no ser todos los hombres de un gusto, ni todos tener en las cosas un mismo parecer, no habia sido este su deseo aprobado de muchos que habian levantado aquella polvareda, y con ella cegado á tantos. Y que pues la cosa habia llegado al estado que veian, que nunca Dios quisiese que por ellos se desasosegase y alborotase aquella ciudad, á la cual ellos habian venido á servir con todas sus fuerzas. «Porque no es, dice, Dios Dios de disension y de discordia, sino de paz. Así que si por nosotros se ha levantado esta tormenta, veisnos aquí, señores, tomadnos y echadnos en la mar, que nosotros, cuanto es de nuestra parte, con todos queremos tener paz, la paz buscamos, y tras la paz andamos, y esperamos en Dios, que donde quiera del mundo que vamos, la hallaremos, y que no nos faltará ocasion ni lugar para emplear en servicio de las almas este pequeño talento que su divina Majestad nos ha encomendado. He aquí las llaves de nuestras casas. La razon porque nos despedimos de vuestra ciudad, es, porque alguna raiz de amargura no brote de manera que ahogue la caridad, y con ella se pierdan las almas que Cristo Nuestro Señor compró con su sangre. Poco se pierde en perder un asiento y una ciudad, mas mucho en perder la caridad. Y por no aventurarla, y poner en peligro cosa que tanto importa, contra toda nuestra voluntad nos desterramos desta tierra. Mas si no vivimos engañados, no nos desterrais, señores, de vuestra memoria, ni del amor tan entrañable, y tan cristiano, y tan liberal que siempre nos habeis mostrado, y como tal le conocemos, y nos acordaremos

»dél. No tenemos con qué pagar este amor, ni los »beneficios tan crecidos que nacieron dél; mas si »tomais en pago las oraciones y sacrificios destos »pecadores, os ofrecemos que ni seremos desco- »nocidos ni malos pagadores. Porque do quiera »que estuviéremos, siempre suplicaremos al Pa- »dre de los pobres, que el bien que á nosotros sus »pobres habeis hecho por su amor, Él le galardo- »ne con vida perdurable y sin fin. Una cosa sola »os suplicamos, como á personas públicas, y que »representais, no solamente esta nobilísima ciu- »dad, mas todo el Reino, del cual ella es cabeza, »que nos perdoneis las muchas faltas que en vues- »tro servicio, y de vuestras almas hemos hecho: »y que tengais por buena esta nuestra resolucion, »y penseis que aunque mudamos el lugar, no mu- »damos la voluntad: ántes vamos aparejados para »tornar de nuevo á trabajar y á serviros cuando »hubieren pasado estos ñublados, como espera- »mos que pasarán muy en breve por la misericor- »dia del Señor, que tras la tempestad siempre sue- »le enviar bonanza.» A esto respondió la ciudad con breves palabras, que el alboroto del pueblo les habia dado tanto pesar, cuanto la voluntad de los nuestros les daba contento; y que claro estaba de donde nacia el tumulto, y quién daba al pueblo las piedras y escondia la mano; que la Compañía hacia como quien era, y conforme á su nombre, en dar tanto ejemplo de humildad y de concordia, para no ser de ménos admiracion á la ciudad con su salida, que le habia sido de provecho con su estada; que ellos tendrian memoria deste nuevo beneficio, y darian dentro de pocos dias á entender lo mucho que á los Padres de la Compañía estimaban. Saliéndose, pues, de su ayuntamiento los nuestros, algunos de los jurados se vinieron con ellos á nuestra casa: entran en ella, veen por

vista de ojos nuestra pobreza, y prueban por la obra ser falso lo que en el pueblo se habia publicado, que los nuestros vivian con mucha superfluidad y regalo, y no faltó quien por haberlo creido ligeramente, les pidió perdon de su ligereza y engaño. Hicieron inventario de las pocas alhajas que habia en casa, y acompañaron á los Padres.

A la despedida ofrécenles dineros para el camino, mas ellos se lo agradecieron y no los quisieron recebir. Salidos de Zaragoza, fuéronse á un pueblo llamado Pedrola, que es del Duque de Villahermosa, para aprovechar allí á los moriscos, y á la otra gente con su dotrina. Echado que fué Jonás del navío en el mar, se sosegó la tempestad. Porque con verlos idos de la ciudad, se aplacó mucho el furor de los contrarios, y fueron ablandando de su rigor; y por el contrario, los amigos de la Compañía cobraron mayor ánimo. Las cabezas y ministros de la persecucion comenzaron á temblar, atormentándolos por una parte el miedo que tenian del castigo que les habia de venir por tanto atrevimiento, y por otra el remordimiento de su propia conciencia; la cual los acusaba fuertemente (como cruel verdugo que suele ser) conociendo que habian pasado más adelante en este negocio de lo que la justicia y la verdad de la Religion cristiana pedia. Y por abreviar, porque, como dice el refran, siempre son más acertados los postreros consejos, el Arzobispo de Zaragoza mirándolo mejor, revocó sus mandamientos, y hizo publicar por las iglesias otros editos, declarando las gracias y facultades que la Compañía tiene de la Silla apostólica.

Envióse un mensajero á los nuestros, para que luego se vengan á la ciudad, y aparéjanles un solene recebimiento. Lo cual como supieron los nuestros, detuviéronse y no quisieron pasar ade-

lante, ni entrar en la ciudad, hasta enviar á suplicar humildemente á algunos señores que lo trataban, que no los reciban de aquella manera, ni les hagan tan grande pesar. Porque sin duda sería mayor el dolor y pena que recibirian desta honra, que no habia sido el gozo de la deshonra pasada; aunque este habia sido muy grande, por haber nacido del padecer por amor de Dios. Tres veces fueron y volvieron los recaudos de la una parte á la otra, y no bastaron ruegos ni todos los medios que se tomaron para que aquellos señores mudasen su parecer. Porque decian, que las afrentas públicas hechas sin razon, con honras públicas se habian de satisfacer. Y en fin, compelidos por la obediencia de quien les pudo mandar, vanse los nuestros hácia la ciudad, y sálenles á recebir á la puerta della, que se llama el Portillo, todos los Magistrados y Oficiales Reales y Señores más ilustres, y la flor de la caballería que en ella habia, y grandísima muchedumbre del pueblo, y el mismo Vicario del Arzobispo. Y que quisieron, que no, toman á cada uno dellos en medio, dos de los más principales caballeros, y en sus mulas los llevan por las calles más públicas á sus casas. Allí los estaban esperando el Virey é Inquisidor. Y acabada la misa que dijo don Pedro Agustin, Obispo de Huesca (el cual y micer Agustin del Castillo, varon muy grave, letrado y prudente, fueron singulares defensores de la Compañía en aquella persecucion) les dieron la nueva posesion de sus casas, con increible alegría de los buenos.

Este fué el fin que tuvo aquel trabajo y persecucion de Zaragoza, y desde entonces ha ido aquel colegio tan adelante, y ha sido siempre tan amado y favorecido, que ha bien mostrado aquella ciudad que no era culpa suya el alboroto pa-

sado, sino del vulgo inorante. Y fué este suceso muy conforme á las esperanzas de nuestro B. Padre Ignacio; el cual cuando supo lo que pasaba en Zaragoza, se consoló extraordinariamente, y con particular alegría dió á entender, que cuanto mayores fuesen las heladas y contradiciones, tanto mayores y más fuertes serian las raices que echaria, y más copioso y sabroso el fruto que haria esta nueva planta de la Compañía en Zaragoza.





CAPÍTULO XV.

CÓMO LA COMPAÑÍA FUÉ RECEBIDA EN LOS ESTADOS DE FLANDES, Y SE ACRECENTÓ CON VARIOS COLEGIOS QUE SE HICIERON EN MUCHAS PARTES.

La vuelta de los nuestros á Zaragoza con tanta honra, quitó la mala sospecha que en España habia causado su salida: y sacó Dios de aquella persecucion lo que siempre ha sacado de las demas que por Él se pasan, que es su mayor gloria, y el conocimiento y más cierta vitoria de la verdad. Y así no solamente no recibió menoscabo ninguno el buen nombre de la Compañía por ella, ántes quedó más confirmado y asentado en los corazones de todos los buenos. De aquí vino que en aquel mismo tiempo se fundaron algunos colegios. El primero fué en Murcia por el Obispo de Cartagena, D. Esteban de Almeida. El segundo en Galicia en Monterey, por el Conde de aquel Estado. Y otro en Ocaña por el Beneficiado Luis de Calatayud. Y en el Andalucía por D.ª Catalina Hernandez de Córdoba, Marquesa de Pliego, se fundó otro en Montilla; porque fué tanta la devocion y religion desta señora, y el amor que tenia á la Compañía, que no perdia ocasion ninguna de favorecerla y acrecentarla, de manera que parecia que tenia tanto cuidado de las cosas della,

como de las suyas propias. Y así pegó esta devocion á D.ª María de Toledo, Duquesa de Arcos, hija digna de tal madre, la cual nos fundó otro colegio en Marchena.

En Flandes tambien y en Alemania crecia y se extendia la Compañía. Porque desde el año de 1542, que salimos de París, como arriba se dijo, siempre residieron en Flandes algunos de la Compañía; los cuales en Lovaina tenian por Rector al Padre Adriano de Adriano, y en Colonia al Padre Leonardo Kessel, y estudiaban allí, y se ejercitaban siempre en obras de caridad, y en ganar gente para Dios y para la Compañía. Y en la ciudad de Tornay comenzó á ser conocida por medio de los Padres Bernardo Oliverio y Quintino Charlat. Los cuales eran muy amados y venerados en aquella ciudad, en la cual deseaban muchos ver de asiento la Compañía, y otros muchos seguir su instituto, no sin gran dolor y sentimiento de los herejes, que ya entonces la ponzoña de su venenosa dotrina derramada por muchas partes iba cundiendo cada dia más. Lo cual como nuestro P. Ignacio considerase y desease que el fruto fuese de dura, y con el órden que convenia, determinó de enviar al P. Pedro de Rivadeneira para que comunicase y declarase las Constituciones de la Compañía á los nuestros en Flandes, y para que suplicase al Rey católico de España D. Felipe II, que estaba entonces en aquellos Estados, que diese licencia para que la Compañía pudiese ser recebida, y tener casas y colegios en ellos. Porque segun los privilegios y ordenanzas dellos, ninguna nueva Religion puede allí entrar, ni se pueden fundar nuevos monesterios y casas, sin particular privilegio y licencia del Príncipe. Alcanzó Rivadeneira de su Majestad (aunque con gran contradicion de muchos) la aprobacion de

la Compañía, y la facultad que pedia para edificar colegios en aquellos Estados.

Ayudó para esto, y para otras cosas del divino servicio y acrecentamiento de la Compañía, el singular favor que le dió D. Gómez de Figueroa, entonces Conde y despues Duque de Feria; el cual con su valor, autoridad y prudencia venció todas las dificultades, y allanó el camino para que los nuestros entrasen y tuviesen asiento en aquella provincia. De la cual nombró nuestro Padre por Provincial al Padre Bernardo Oliverio; al cual fué Nuestro Señor servido de llevarle para sí ántes que pudiese servir en su oficio.

Esto es lo que pasaba en la Baja Alemania; mas no ménos en la Alta se iba tambien extendiendo la Compañía; porque en este mismo tiempo, por órden del Sumo Pontífice, el Padre Maestro Salmeron fué el primero de los nuestros que llevó á Polonia el nombre de la Compañía, y tambien se fué acrecentando el colegio de Ingolstadio. Y el Rey de romanos D. Fernando, visto el fruto que en Viena hacía el colegio de la Compañía, fundó otro insigne colegio en la ciudad de Praga, metrópoli y cabeza de su Reino de Bohemia, para que fuese como un baluarte contra los husitas y wicleffistas, y otras sectas de herejes, que están muy arraigadas en aquel Reino. Fué á dar principio á este colegio el Padre Pedro Canisio, que fué nombrado de nuestro Padre Ignacio, por Provincial de la alta Alemania.

Tambien se dió principio en Italia al colegio de Sena, por medio del Cardenal D. Francisco de Mendoza, Gobernador que era de aquella ciudad y estado, á cuyo ruego envió nuestro Padre cuatro de los nuestros á Sena, para que la consolasen y recreasen, porque estaba con las ruinas de la guerra pasada, puesta en miserable estado. Y

en Bibona de Sicilia, D.ª Isabel de Vega, hija del Virey Juan de Vega, y Duquesa de aquel Estado, nos edificó un hermoso colegio, y le dotó y dió ciertas raices y posesiones. Y su hermano Fernando de Vega, estando en el gobierno de Catania, llevó á los nuestros á aquella ciudad, y con la autoridad de su padre, y la liberalidad del pueblo hizo fundar en ella otro colegio. Porque fué tanta la benevolencia destos caballeros, y tanta su devocion para con nuestra Religion, que parece que padre y hijos andaban á porfía sobre quién haria más por la Compañía.





CAPÍTULO XVI.

CÓMO NUESTRO B. P. IGNACIO PASÓ DESTA PRESENTE VIDA.

Este era el estado de la Compañía cuando nuestro B. P. Ignacio, cargado ya de años, rodeado de enfermedades, afligido por la turbacion de los tiempos y de las nuevas calamidades de la Iglesia, y abrasado de deseo de verse con Cristo, con grandes lágrimas y vehementes sospiros comenzó á pedir al Señor que fuese servido sacarle deste destierro, y llevarle á aquel lugar de descanso, donde con la libertad que deseaba pudiese alabarle y gozar de su bienaventurada presencia entre sus escogidos. Porque aunque con el esfuerzo del alma sustentaba la flaqueza del cuerpo, y llevaba con gran paciencia y constancia las molestias desta peregrinacion, conformándose en todo con la voluntad divina; pero tenia un deseo tan encendido de ver á Dios y gozar dél, que no podia, como arriba dijimos, de puro gozo pensar sin lágrimas en su tránsito.

Estaba en aquel tiempo Roma llena de soldados, por la guerra que habia entre el Papa Paulo IV y el Rey Católico D. Felipe el II, y no se oia otra cosa en la santa ciudad, sino atambores y pifaros, y ruido de arcabuces y artillería; y toda la gente estaba llena de pavor y sobresalto. Por no

ver esto de tan cerca, y por llorar más á sus solas tan grande calamidad, salióse por unos pocos dias á una casa del campo, un poco apartada de lo poblado de Roma. Allí con los aires mal sanos, y con los calores recios del estío, comenzó á hallarse peor que solia, y conociendo que ya se llegaba el término de sus trabajos (como algunos meses ántes lo escribió á D.ª Leonor Mascarenas, despidiéndose della, y diciéndole que aquella sería la postrera carta que le escribiria, y que él desde el cielo la encomendaria más de veras á Dios) se volvió á la casa de Roma. Habia en casa á la sazon muchos enfermos; á los cuales visitaban los médicos, no haciendo caso de la enfermedad de N. Padre, por parecerles que era la ordinaria y sin peligro. Mas él, que mejor que los médicos sabia lo que Nuestro Señor queria hacer dél, confesóse y comulgóse y apercibióse para la muerte, aunque siempre estaba tan aparejado y tan deseoso della como queda dicho, y á los 30 de Julio, á las tres de la tarde, llamó al P. Juan de Polanco (del cual se habia ayudado nueve años enteros en toda suerte de negocios, en el gobierno de la Compañía), y tomándole aparte, estando él descuidado de lo que le queria, le dice con grandísimo sosiego: «Maestro Polanco, ya se llega la hora de mi partida deste mundo, id á besar el pié á Su Santidad en mi nombre, y pedidle su bendicion, y con ella, indulgencia plenaria de mis pecados, para que yo vaya más confiado y consolado en esta jornada: y decid á Su Beatitud, que si yo (como lo espero de la infinita misericordia de mi Señor) me viere en el monte santo de su gloria, no me olvidaré de rogar por Su Santidad, como lo he hecho siempre, aun cuando he tenido necesidad de rogar por mí.»

Envióle el sumo Pontífice la bendicion con grandes muestras de dolor y de amor : mas no sabian los Padres que á la sazon estaban en la casa de Roma, qué hacer en un caso tan dudoso. Porque por una parte la enfermedad no parecia grave, y los médicos habiéndole de propósito visitado mostraban no tener peligro, y áun hubo alguno dellos que tuvo al Padre por muy temeroso por haber dicho que se moria, el cual cuando vió el suceso, confesó su culpa y dijo que era santo; y el mismo santo Padre no hacia novedad en su manera de trato, ántes aquella misma noche, con el mismo semblante y alegría que acostumbraba, trató con los nuestros un negocio que se ofrecia, porque como era tan humilde no quiso hacer ostentacion de los dones del Señor, sino dejar hacer á los médicos su oficio, y que se siguiese en todo su parecer. Por otra parte, les ponia en cuidado las palabras que el mismo Padre habia dicho al Maestro Polanco, y el haber enviado á despedirse de Su Santidad, pidiéndole su bendicion; lo cual les parecia que no podia ser sin gran fundamento y sin grandes prendas de Dios y certidumbre de su muerte. En fin, despues de haber consultado el negocio, se determinaron de aguardar á la mañana siguiente, para tomar mejor acuerdo en lo que se hubiese de hacer. Vuelven en amaneciendo, y hállanle casi espirando; quiérenle dar un poco de sustancia, y díceles: «ya no es tiempo deso;» y levantadas las manos y los ojos fijados en el cielo, llamando con la lengua y con el corazon á Jesus, con un rostro sereno dió su alma á Dios, postrero dia de Julio, de 1556, una hora despues de salido el sol.

Hombre verdaderamente humilde, y que hasta en aquella hora lo quiso ser, y acertó á serlo, pues sabiendo como supo la hora de su muer-

te, ni quiso él, como pudiera, dejar nombrado Vicario general, ni llamar á sí, ni juntar sus hijos los que presentes estaban, ni amonestarlos, ni exhortarlos, ni hacer otra demostracion de Padre, echándoles su bendicion, para enseñarles con este hecho, que ellos pusiesen todas sus esperanzas en Dios y de Dios dependiesen y pensasen que él, ni se queria tener por nada, ni pensaba que habia sido nada en la fundacion de la Compañía. Cosa que aunque parece diferente de lo que algunos otros fundadores de Religiones han hecho, no lo es del espíritu con que lo hicieron; y así no se debe tener por contraria. Porque el Señor, que á ellos les dió el espíritu de caridad para hacer las demostraciones de amor que con los suyos entonces hicieron, ese mismo quiso dar á su siervo Ignacio el de la profunda humildad que tuvo, para no hacer ninguna en aquella hora.

Mas con todo esto, sintieron bien sus hijos el favor que de su Padre muerto, ó por mejor decir verdaderamente vivo, les venia. Porque luego despues de su tránsito se siguió en toda la Compañía un sentimiento de suavísimo dolor: unas lágrimas de consuelo; un deseo lleno de santa esperanza; un vigor y fortaleza de espíritu que se veia en todos. De manera que parecia que ardian con unos nuevos deseos de trabajar donde quiera, y padecer por Jesucristo. Varon por cierto valeroso y soldado esforzado de Dios, el cual con particular providencia y merced envió su Majestad á su Iglesia, en estos tiempos tan peligrosos, para ir á la mano á la osadía de los herejes, que se rebelaban y hacian guerra á su madre. Véese ser esto así claramente; porque si bien lo consideramos, hallaremos que este santo Padre se convirtió de la vanidad del mundo á servir á Dios y

á su Iglesia, al mismo tiempo que el desventurado Martin Lutero públicamente se desvergonzó contra la Religion católica. Y cuando Lutero quitaba la obediencia á la Iglesia romana, y hacia gente para combatilla con todas sus fuerzas, entonces levantó Dios á este santo Capitan para que allegase soldados por todo el mundo: los cuales con nuevo voto se obligasen de obedecer al Sumo Pontífice, y resistiesen con obras y con palabras á la perversa y herética dotrina de los secuaces de Lutero.

Porque ellos deshacen la penitencia; quitan la oracion é invocacion de los santos; echan por el suelo los sacramentos; persiguen las imágenes; hacen burla de las reliquias; derriban los templos; mofan de las indulgencias; privan las ánimas de Purgatorio de los pios sufragios de los fieles: y como furias infernales turban el mundo, revolviendo cielo y tierra, y sepultando cuanto es de su parte la justicia, la paz y Religion cristiana. Todo lo contrario de lo cual enseñó este bienaventurado Padre y predican sus hijos, exhortando á todos á la penitencia, á la oracion y consideracion de las cosas divinas, á confesarse á menudo, y comulgarse con devocion: á reverenciar y acatar las imágenes y reliquias de los santos, y aprovecharse á sí y á los fieles difuntos con las indulgencias y perdones sacados del riquísimo tesoro de los merecimientos de la pasion de Jesucristo y de sus santos, que está depositado en su Iglesia en manos de su Vicario. Finalmente, todos los consejos, pensamientos y cuidados de N. P. Ignacio tiraban á este blanco de conservar en la parte sana, ó restaurar en la caida, por sí y por los suyos, la sinceridad y limpieza de la fe católica: así como sus enemigos la procuran destruir.

Murió á los sesenta y cinco años de su vida, y á los treinta y cinco de su conversion; el cual tiempo todo vivió en suma pobreza, en penitencias, peregrinaciones, estudios de letras, persecuciones, cárceles, cadenas, trabajos y fatigas grandes. Lo cual todo sufrió con alegre y espantosa constancia por amor de Jesucristo; el cual le dió vitoria y hizo triunfar de todos los demonios y adversarios que le procuraban abatir. Vivió dez y seis años despues de confirmada la Compañía por la Silla apostólica, y en este espacio de tiempo la vió multiplicada y extendida casi por toda la redondez de la tierra. Dejó doce provincias asentadas, que son las de Portugal, de Castilla, de Andalucía, de los Reinos de Aragon, de Italia, que comprehende la Lombardía y Toscana, la de Nápoles, de Sicilia, de Alemania la alta, de Alemania la baja, de Francia, del Brasil, de la India oriental: y en estas provincias habia entónces hasta cien colegios ó casas de la Compañía.

Depositóse su cuerpo en un bajo y humilde túmulo el primer dia de Agosto, á la mano derecha del altar mayor de nuestra iglesia de Roma: y despues el mismo dia de su muerte del año de mil y quinientos y sesenta y nueve, por haberse mudado el altar mayor, se mudó su cuerpo á otra parte de la misma iglesia, y finalmente, siendo ya acabado el nuevo y suntuoso templo que el Cardenal Alejandro Farnesio mandó labrar en la casa profesa de Roma, se trasladó á ella el cuerpo deste santo Padre el año de mil y quinientos y ochenta y siete, á los dez y nueve de Noviembre, en el dia de san Ponciano Papa, que fué el mismo en que se acabó la Congregacion de los Procuradores, que aquel año se celebró en Roma. Pusiéronle en una caja de plomo en una bóveda, á la mano derecha del altar mayor, con una pie-

dra llana que cubre el sepulcro; y en la pared un mármol negro resplandeciente en que está esculpida esta letra:

D. O. M.

«Ignatio Societatis Jesu fundatori obdormiuit »in Domino ætatis suæ anno 65, confirmati a Sede »Apostolica Ordinis 16, salutis humanæ 1556. Kal. »Augusti Eius in Christo filii Parenti optimo poss.»

Quiere decir:

«A Ignacio, fundador de la Compañía de Jesus »como á su amantísimo Padre pusieron esta me»moria sus hijos en Cristo, el primer dia de Agos»to. Durmió en el Señor á los 65 años de su edad »y á los 16 despues que la Sede Apostólica con»firmó su Religion, y el año 1556 de nuestra Re»dencion.»





CAPÍTULO XVII.

DE LO QUE MUCHAS PERSONAS GRAVES DE DENTRO Y FUERA DE LA COMPAÑÍA SINTIERON DE NUESTRO B. PADRE.

El dia que murió N. B. P. Ignacio, estaba el Padre Maestro Lainez malo en la cama, y casi desahuciado de los médicos de una recia enfermedad. Entraron á visitarle luego que murió algunos de los Padres, y queriéndole encubrir su muerte por no darle pena, él la entendió y preguntó: «¿Es muerto el santo, es muerto?» y como en fin le dijesen que sí, la primera cosa que hizo fué levantar las manos y los ojos al cielo y encomendarse á él, y suplicar á Nuestro Señor, que por las oraciones de aquella alma pura de su siervo Ignacio, que él habia recogido aquel dia para sí, favoreciese á la suya, y la desatase de las ataduras de su frágil y miserable cuerpo, para que pudiese acompañar á su Padre, y gozar de la bienaventuranza que él gozaba, como de su misericordia se habia de esperar. Aunque sucedió al revés, que Nuestro Señor le dió la salud, para que en lugar de nuestro B. P. despues gobernase la Compañía, alcanzándosela, como se creyó, el mismo Padre Ignacio por su intercesion; el cual mucho ántes le habia dicho que él le sucederia en el cargo de Prepósito general.

Y no es maravilla que el Padre Maestro Lainez, estando en aquel trance se encomendase á su santo Padre ya muerto, de la manera que se le encomendó; pues aun cuando vivia tenia dél tan grande estima y concepto. Porque muchas veces me acuerdo, que hablando conmigo de lo mucho que Dios Nuestro Señor habia favorecido la Compañía, multiplicándola y extendiéndola por todo el mundo, y amparándola y defendiéndola con su poderosa mano de tantos encuentros y persecuciones, y dándole gracia para frutificar en su santa Iglesia, solia decir estas palabras: *Complacuit sibi Dominus in anima servi sui Ignatii;* que quiere decir: Complacido se ha el Señor y agradado en el ánima de su siervo Ignacio. Dándome á entender, que por haberse agradado el Señor en tan gran manera de su alma, regalaba y favorecia tanto á sus hijos. Y el mismo Padre, cuando fué la primera vez enviado del Papa Paulo III por su teólogo al Concilio de Trento, deseó, y procuró mucho, que nuestro P. Ignacio fuese á él, no para disputar con los herejes, ni para averiguar ni determinar las cuestiones de la fe, sino para ayudar á sustentar (como él me decia) el mismo Concilio con sus oraciones para con Dios y con su gran prudencia para con los hombres. Y el mismo Padre Lainez, con tener al Padre Maestro Fabro en un punto muy subido, y en figura de un hombre muy espiritual y soberano maestro de regir, consolar y desmarañar almas (como verdaderamente lo era) me decia, que aunque mirado por sí, le parecia tal el Padre Fabro; pero que puesto y cotejado con nuestro P. Ignacio, le parecia un niño que no sabe hablar delante de un viejo sapientísimo. Y cierto no le hacia agravio, y el mismo Fabro lo conocia, y como á tal le escribia, dándole cuenta de las cosas interiores de su

alma, y preguntándole las dudas que tenia, y estando colgado de sus respuestas, como un niño de los pechos de su madre; y poniendo por dechado y ejemplo de toda perfecion á nuestro Padre en sus cartas, exhortando á los que le pedian consejo, que le imitasen y siguiesen si querian en breve alcanzar la perfecion.

Y pues he entrado en decir lo que estos Padres sentian de nuestro Padre, quiero añadir algunos otros de gravísimo testimonio. El Padre Claudio Jayo, viviendo aún el Padre, estando muy apretado de un gravísimo dolor de estómago, yendo camino, y hallándose sin ningun humano remedio, se volvió á Nuestro Señor, suplicándole por los merecimientos de nuestro P. Ignacio, que le librase de aquella congoja y fatiga, y luego fué libre. Otro tanto aconteció al Padre Bobadilla, despues de muerto N. P., en una calentura muy recia que le salteó: de la cual le libró Dios por las oraciones dél, á quien él se encomendó. El Padre Simon Rodriguez ya sabemos que por las oraciones de nuestro B. P. Ignacio alcanzó la vida, de la manera que en el capítulo nono del libro segundo desta historia habemos contado. Y así tuvo dél el concepto, que de hombre por cuya mano recibió tanta misericordia de Dios, se ha de tener. El Padre Francisco de Borja, nuestro tercero General, y espejo de humildad y de toda religion, decia de nuestro Padre, que: *Loquebatur tanquam potestatem habens*: que hablaba como quien tenia potestad, y que sus palabras se pegaban al corazon y imprimian en él lo que querian.

Sería nunca acabar si quisiese andar por los demas, y contar lo que cada uno de los más señalados y eminentes Padres de la Compañía, vivos y muertos, que le trataron y conversaron más, sentian y predicaban de la virtud y santidad des-

te gran siervo del Señor. Uno no puedo dejar, que es el Padre Francisco Javier, varon verdaderamente apostólico, y enviado de Dios al mundo para alumbrar las tinieblas de tantos infieles ciegos con la luz esclarecida del Evangelio, y tan conocido y estimado por las obras maravillosas y milagros que Nuestro Señor obró por él. Decia, pues, aquel japon llamado Bernardo, del cual hablamos en el capítulo VII del libro cuarto (como él mismo referia) que le solia decir el P. Francisco hablando de N. P.: «Hermano Bernardo, el Padre Ignacio es un gran santo:» y como á tal el mismo Padre le reverenciaba. Y para mostrar la devocion y veneracion que le tenia, muchas veces cuando le escribia cartas, se las escribia de rodillas: pedíale instruciones y avisos desde allá de la India, de cómo se habia de haber para convertir los infieles; y dícele que se los pide, porque Nuestro Señor no le castigue por no haberse sabido aprovechar de la luz y espíritu de su Padre y Maestro. Y contra todas las tempestades y peligros se armaba, como con escudo y arnés, de la memoria y nombre é intercesion del Padre Ignacio, trayendo al cuello su firma y nombre de mano del mismo Padre, y los votos de su profesion.

Porque no sean todos los testigos domésticos y de dentro de casa (aunque estos son los más ciertos) diré tambien algunos pocos de fuera, de autoridad singular. El Papa Marcelo fué devotísimo de nuestro Padre, y estimaba tanto su parecer en todas las cosas, pero especialmente en las que tocaban á nuestra Compañía, que decia que montaba más en ellas sola la autoridad del Padre Ignacio, y lo que él sentia, que todas las razones que en contrario se podian alegar como queda contado. El Rey de Portugal D. Juan el

tercero, como fué siempre desde sus principios señaladísimo protector de la Compañía, así tuvo gran cuidado de saber sus cosas, con particular devocion á nuestro Padre: y yendo á Roma el Padre Luis Gonzalez de Cámara, que habia sido confesor del Príncipe D. Juan su hijo, le mandó que estuviese muy atento á todas las cosas del Padre Ignacio, y que se las escribiese muy en particular, y con ellas su parecer. Hízolo así el Padre Luis Gonzalez, como él me dijo, y despues de haberlo bien notado y examinado todo, escribió al Rey, que lo que él podia decir á su Alteza acerca de lo que le habia mandado, era, que el rato que atentamente estaba mirando al P. Ignacio, era de grandísimo provecho para su alma; porque sola su compostura y aspecto le encendia y abrasaba notablemente en el amor de Dios. Don Gaspar de Quiroga, que hoy dia vive y es Cardenal y Arzobispo de Toledo é Inquisidor general, tuvo muy estrecha amistad con nuestro Padre Ignacio en Roma, y trató con él varios y arduos negocios; y nunca acaba de loar la religion y santidad y prudencia grande que dice que tenia, con una uniformidad y un mismo semblante en todas las cosas, prósperas y adversas: y esto en grado tan subido, que en ningun hombre lo habia visto tanto como en él.

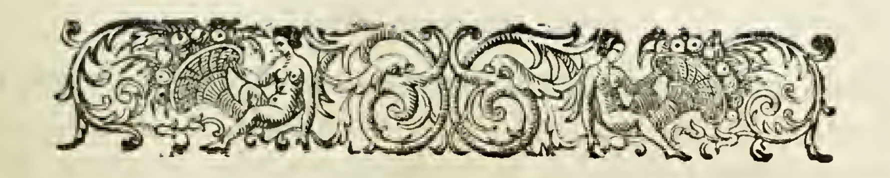
Entre otros muchos Príncipes y señores eclesiásticos y seglares, que despues de la muerte de nuestro santo P. escribieron á la Compañía, alabando al Padre difunto, y consolando á los hijos vivos, y animándolos y ofreciéndoles su favor, fué uno Juan de Vega, que era entónces Virey de Sicilia, y despues murió Presidente de Consejo Real en Castilla, el cual, como se dijo, habia tenido mucha comunicacion con él, siendo Embajador del Emperador Carlos quinto en Ro-

ma: y despues de muerto escribió al Padre Maestro Lainez, que ya era Vicario general, una carta, que por parecerme digna de tal varon, y á propósito de lo que tratamos, he querido poner aquí un capítulo della, que es el siguiente:

«Tres ó cuatro dias ántes que recibiese la carta que en nombre de vuestra Reverencia me escribió el Padre Polanco, avisándome del tránsito deste mundo para la gloria del cielo del bienaventurado Padre Maestro Ignacio, habíamos tenido acá esta nueva, aunque confusa, y con gran deseo y expectacion estábamos de saber la particularidad de su santo fin, y estado desa religiosa y santa Compañía; aunque no dudábamos punto de lo que ahora he visto por esta carta, y por la que tambien se escribió al Padre Maestro Jerónimo, que la mano y guia de Dios habia de ser siempre sobre ella; mas verdaderamente se ha recebido gran consolacion y edificacion con haberlo visto así particularmente; aunque esta satisfacion ha venido envuelta en alguna ternura y flaqueza humana, que no puede dejar de sentirse la ausencia y pérdida deste mundo de los que amamos en Él. A Nuestro Señor sean dadas infinitas gracias por haber recogido este su siervo para sí, al tiempo que juzgó ser más oportuno, con haber dejado acá tantos trofeos de su santidad y bondad, que no los gastará el tiempo, ni el aire, ni el agua, como otros que vemos ya deshechos, que fueron edificados por vanagloria y ambicion del mundo. Y considero yo el triunfo con que debe haber sido recebido en el cielo y honrado, quien delante de sí lleva tantas vitorias y batallas vencidas contra gentes tan extrañas y bárbaras, y apartadas de toda noticia de luz y religion, sino aquella que les fué alumbrada y abierta por este bienaventurado y santo Capitan, y por sus

soldados; y cuán justamente se puede poner en el cielo su estandarte, con el de santo Domingo y san Francisco, y otros santos á quien Dios dió gracia de que hubiesen vitoria de las tentaciones y miserias deste mundo, y librasen tantas almas del infierno: y cuán sin envidia será esta gloria y triunfo de la de los otros santos varones; y cuán diferentes de los triunfos y glorias deste mundo, llenas de tanta miseria y envidia, y con tanto daño y corrupcion de la República. Lo cual todo es de grande consolacion y de grande esfuerzo, para que la pena de la sensualidad, por mucha que sea, se consuele de semejanta pérdida, y se espere que de allá del cielo aprovechará y podrá hacerlo mucho mejor con su Religion, y todos los demas que tuvieron y tienen conocimiento y devocion con su santa persona.»

Hasta aquí son palabras de Juan de Vega. El Padre Maestro Juan de Avila, predicador apostólico en Andalucía, y bien conocido en ella y en toda España por su excelente virtud, letras y prudencia, cuando supo que Dios habia enviado al mundo á N. B. Padre Ignacio y á sus compañeros, y entendió su instituto é intento, dijo que esto era tras lo que él tantos años con tanto deseo habia andado, sino que no sabia atinar á ello: y que le habia acontecido á él lo que á un niño que está á la halda de un monte, y desea y procura con todo su poder subir á él alguna cosa muy pesada, y no puede por sus pocas fuerzas: y despues viene un gigante, y arrebata de la carga que no puede llevar el niño, y con mucha facilidad la pone do quiere: haciéndose con esta comparacion, por su humildad pequeño, y á N. B. Padre gigante.



CAPÍTULO XVIII.

DE LA ESTATURA Y DISPOSICION DE SU CUERPO.

Fué de estatura mediana, ó por mejor decir, algo pequeño y bajo de cuerpo, habiendo sido sus hermanos altos y muy bien dispuestos: tenia el rostro autorizado; la frente ancha y desarrugada; los ojos hundidos; encogidos los párpados y arrugados, por las muchas lágrimas que continuamente derramaba; las orejas medianas; la nariz alta y combada; el color vivo y templado, y con la calva de muy venerable aspecto. El semblante del rostro era alegremente grave, y gravemente alegre: de manera que con su serenidad alegraba á los que le miraban, y con su gravedad los componia. Cojeaba un poco de la una pierna, pero sin fealdad, y de manera que con la moderacion que él guardaba en el andar no se echaba de ver. Tenia los piés llenos de callos y muy ásperos de haberlos traido tanto tiempo descalzos, y hecho tantos caminos. La una pierna le quedó siempre tan flaca de la herida que contamos al principio, y tan sensible, que por ligeramente que la tocasen siempre sentia dolor; por lo cual es más de maravillar que haya podido andar tantas y tan largas jornadas á pié.

Al principio fué de grandes fuerzas y de muy entera salud; mas gastose con los ayunos y excesivas penitencias, de donde vino á padecer mu-

chas enfermedades y gravísimos dolores de estómago, causados de la grande abstinencia que hizo á los principios, y de lo poco que despues comió, porque era de poquísimo comer, y eso que comia era de cosas muy comunes y groseras. Y sufria tanto la hambre, que á veces por tres dias, y alguna vez por una semana entera, no gustó ni áun un bocado de pan ni una gota de agua. Habia perdido de tal manera el sentido del manjar, que casi ningun gusto le daba lo que comia. Y así excelentes médicos que le conocieron afirmaban, que no era posible que hubiese vivido tanto tiempo sin virtud más que natural, un cuerpo tan gastado y consumido. Su vestido fué siempre pobre y sin curiosidad, mas limpio y aseado, porque aunque amaba la pobreza, nunca le agradó la poca limpieza. Lo cual tambien se cuenta de los santísimos varones san Nicolás y San Bernardo en sus historias.

Y porque tratamos aquí de la disposicion de N. P. Ignacio, quiero avisar que no tenemos ningun retrato suyo sacado tan al propio que en todo le parezca; porque aunque se deseó mucho retratarle mientras que él vivió, para consuelo de todos sus hijos, pero nunca nadie se atrevió á hablar dello delante dél porque se enojara mucho. Los retratos que andan suyos son sacados despues dél muerto. Entre los cuales el que está más acertado y propio es el que Alonso Sanchez, retratador excelente del Rey católico Don Felipe el segundo, sacó en Madrid el año de 1585, estando yo presente, y supliendo lo que el retrato muerto, del cual él le sacaba, no podia decir, para que saliese como se deseaba.

FIN DEL LIBRO CUARTO.



LIBRO QUINTO.

ESCRIBIENDO la vida de N. B. P. Ignacio, y continuándola hasta su dichoso tránsito, de industria he dejado algunos particulares ejemplos de sus virtudes, que me pareció que leidos aparte de la historia, se considerarian más atentamente, y se arraigarian más en la memoria, y moverian más el afecto de los que los leyesen con el deseo de imitarlos. Y por esta causa en este quinto y último libro, iré recogiendo y entresacando algunas flores de singulares virtudes, que en él vimos y conocimos muchos de los que hoy somos vivos. No quiero dar la razon por qué cuento algunas cosas menudas, pues escribo á mis hermanos y religiosos de la Compañía de Jesus, que ninguna cosa del Padre á quien desean imitar les parecerá pequeña. Especialmente que no se debe tener en poco lo poco, si con ello se alcanza lo mucho, y en el camino de la perfecion, quien menosprecia lo bajo, cerca está de caer de lo alto; y por el contrario, Cristo Nuestro Señor nos enseña, que el que es fiel en lo que es poco, tambien lo será en

lo que es mucho. Y pues este mi trabajo se endereza á vuestro aprovechamiento y consolacion, carísimos hermanos, creo que os será más agradable y de mayor fruto, si en contar las virtudes de N. B. P. siguiere aquel órden que el mismo Padre guardó en las Constituciones, cuando pinta cuál debe ser un buen Prepósito general de la Compañía. Porque á mí me parece que sin pensar en sí, se dibujó allí al natural, y se nos dejó como en un retrato perfetísimamente sacado. Y no me obligo á decir todo lo que sé y podria, sino de coger algunas cosas de las muchas que hay, las que me parecieren más señaladas y más al propósito, para que las tengan delante, como por un dechado, los que como verdaderos hijos desearen parecer á su Padre. Y con esto tendremos cuenta en este postrer tratado, de aprovechar de tal manera á los que le leyeren, que no los cansemos con la prolijidad.





CAPÍTULO I.

DEL DON DE ORACION Y FAMILIARIDAD QUE TUVO N. B. P. IGNACIO CON DIOS.

COMENZANDO, pues, de la virtud de la devocion que N. B. P. Ignacio pone en el primer lugar (que es la que junta al hombre con Dios, y la que de aquella fuente caudalosa de la Divinidad saca el agua viva para derramarla sobre las almas de sus prójimos) diremos cuán señalado don de oracion fué el que comunicó Dios Nuestro Señor á nuestro santo Padre.

Desde que Nuestro Señor le abrió los ojos con su luz y conocimiento, tuvo grandísimo cuidado de la oracion, ocupándose en ella con todas sus fuerzas todo el tiempo que podia.

Luego, como se ordenó de misa, cuando rezaba las horas y se ocupaba en cumplir la obligacion que tenia del oficio divino, era tanta la abundancia del divino consuelo, y tantas las lágrimas que derramaba, que le era forzado hacer pausas casi en cada palabra, é interrumpir las horas que rezaba, de manera que se le pasaba gran parte del dia en decir el oficio, y vino á punto de perder la vista de los ojos de puro llorar; y por esto fué necesario que sus compañeros alcanzasen del Sumo Pontífice dispensacion, para que no fuese obligado á rezar el oficio divino como todos los sacerdotes le rezamos.

En las cosas graves, aunque tuviese muchas razones probables para moverse, nunca solia determinarse ántes de haberlas encomendado con particular cuidado primero en la oracion á Dios Nuestro Señor.

Particularmente hacia más oracion, y guardaba más esto, cuando escribia reglas y ordenaciones para la Compañía; y le aconteció en un punto de las Constituciones gastar cuarenta dias. Una vez habiendo escrito las reglas que llamamos de la modestia, en que da avisos nuestro B. Padre de la compostura del cuerpo, y de la alegría y modestia que habemos de tener en el rostro para tratar con los prójimos con edificacion, ordenó al Ministro de la casa de Roma que las hiciese publicar y guardar; y porque el Ministro fué algo descuidado en hacer luego lo que se le ordenó, me dijo nuestro Padre á cierto propósito: «Yo trabajo en pensar y en escribir las reglas, y los Ministros son descuidados en hacerlas guardar, como si me costasen poco; pues yo os digo, que estas reglas de que hablamos, me han costado más de siete ratos de oracion y lágrimas.» De donde podremos sacar lo que habrán costado á nuestro B. Padre las Constituciones de la Compañía, y las otras reglas de más peso. Y porque he hecho aquí mencion destas reglas, y viene á propósito, añadiré que ordenó nuestro Padre que las publicase en nuestra casa de Roma el Padre Maestro Lainez, y que hiciese una plática á todos los de casa, exhortándolos á la guarda y observancia dellas. Y más ordenó, que no faltase á esta plática ninguno de toda la casa, aunque fuese de los diez primeros Padres; lo cual fué cosa nueva y extraordinaria. Y estando todos juntos en la plática, oimos un grande ruido á manera de terremoto, que parecia que se nos caia encima la casa, y acaba-

da la plática, hallamos en la huerta caido un cobertizo debajo del cual solian en aquella misma hora despues de cenar (por ser el mes de Agosto) estar los primeros Padres y otros de los más antiguos de casa; á los cuales sin duda hubiera cogido debajo el tejado si nuestro Padre no hubiera ordenado (fuera de lo que se acostumbraba) que se hallasen todos presentes á la plática sin faltar ninguno. Viendo despues el Padre las piedras y maderos caidos, hizo gracias á Nuestro Señor que hubiese guardado á todos los de casa, y estando yo allí, me dijo: «Parece que Nuestro Señor nos ha querido dar á entender que no le desagradan estas reglas.»

Cuando escribia las Constituciones, y cuando determinaba cualquiera cosa grave é importante, siempre, como dijimos, la consultaba primero por la oracion con Nuestro Señor, y la manera de consultarla era esta. Desnudábase primeramente de cualquiera pasion y afecto, que suele ofuscar el juicio y escurecerle, de manera que no pueda tan fácilmente descubrir el rayo y luz de la verdad, y poníase sin inclinacion ni forma alguna como una materia prima en las manos de Dios Nuestro Señor: despues con grande vehemencia le pedia gracia para conocer y para abrazar lo mejor. Luego consideraba muy atentamente, y pesaba las razones que se le ofrecian por una parte y por otra, y la fuerza de cada una dellas, y cotejábalas entre sí: al cabo volvia á Nuestro Señor con lo que habia pensado y hallado, y poníalo todo delante de su divino acatamiento, suplicándole que le diese lumbre para escoger lo que le habia de ser más agradable.

Preguntó algunas veces, mientras que escribia las Constituciones al Padre Maestro Lainez, que pues habia leido todas las vidas de los santos que

han fundado religiones, y los principios y progresos dellas, le dijese, si creia que Dios Nuestro Señor habia revelado á cada uno de los fundadores todas las cosas del instituto de su Religion, ó si habia dejado algunas á la prudencia dellos, y á su discurso natural. Respondió á esta pregunta el Padre Lainez, que lo que él creia era, que Dios Nuestro Señor, como autor y fuente de todas las Religiones, inspiraba y revelaba los principales fundamentos, y cosas más propias y más sustanciales de cualquiera de los institutos religiosos, á aquel que él mismo tomaba por cabeza y por principal instrumento para fundarlas. Porque como la Religion no sea invencion de hombres, sino de Dios, el cual queria ser servido de cada una dellas en su manera, era menester que el mismo Dios descubriese y manifestase á los hombres lo que ellos no podian por sí alcanzar. Pero que las demas cosas, que se pueden variar y mudar con los tiempos y lugares, y otras circunstancias, las dejaba á la discrecion y prudencia de los fundadores de las mismas Religiones; como vemos que lo ha hecho tambien con los Ministros y Pastores de la Iglesia en lo que toca á su gobernacion. Entonces dijo nuestro Padre: «Lo mismo me parece á mí.» De cuyas palabras parece que se puede colegir, que á lo ménos las cosas más sustanciales, y que son como los fundamentos y nervios de nuestro instituto, Dios Nuestro Señor se los reveló á nuestro P. Ignacio. Y que cuando se le ofreció determinar alguna que no era tan sustancial, preguntó aquello al Padre Lainez, para ver si la podia ordenar, aunque no tuviese revelacion della como de las demas.

No se le pasaba hora del dia que no se recogiese dentro de sí, y dando de mano á todo lo demas, examinaba diligentísimamente su concien-

cia. Y si por ventura se le ofrecia algun negocio tan grave ó tan urgente ocupacion que no le dejase cumplir en aquella hora con esta su devocion, recompensábalo la siguiente, ó luego que le daba lugar la ocupacion. Aunque nunca se metia tanto en los negocios exteriores, que perdiese la interior devocion de su espíritu.

Vímosle muy á menudo, tomando ocasion de cosas pequeñas, levantar el ánimo á Dios, que áun en las mínimas es admirable. De ver una planta, una yerbecita, una hoja, una flor, cualquier fruta, de la consideracion de un gusanillo ó de otro cualquiera animalejo, se levantaba sobre los cielos, y penetraba lo más interior y más remoto de los sentidos, y de cada cosita destas sacaba dotrina y avisos provechosísimos para instrucion de la vida espiritual. Y deseaba que todos los de la Compañía se acostumbrasen á traer presente á Dios siempre en todas las cosas, y que se enseñasen á levantar á Él los corazones no sólo en la oracion retirada, mas tambien en todas las otras ocupaciones, enderezándolas, y ofreciéndoselas de manera, que no sintiesen ménos devocion en la accion, que en la meditacion. Y decia que este modo de orar es muy provechoso para todos, y principalmente para los que están bien ocupados en cosas exteriores del divino servicio.

Solia orar con tanto fervor y vehemencia, que de la mucha atencion y fuerza grande de espíritu que ponia, le acaeció caer enfermo; y el año de 1550 llegó á punto de muerte, por haber celebrado dos misas una tras otra sin intermision, el dia del nacimiento de Nuestro Redentor. Y esta atencion de ánimo no la tenia solamente en la misa, sino tambien en las cosas mínimas que tocaban al trato con Dios. Cuando bendecia la mesa, cuando daba gracias, y en todas las otras obras,

se recogia y entraba tan dentro de sí, que parecia que veia presente la majestad de Dios; y siempre ántes de la oracion aparejaba su alma, y entraba en el retrete de su corazon, y allí se inflamaba de manera, que tambien el rostro de fuera se encendia; y todo (como muchas veces lo echamos de ver) parece que se hacia un fuego.

Hablando muchas veces con Dios, de lo más íntimo del corazon decia: «Señor, ¿qué quiero yo, ó qué puedo querer fuera de Vos?» y porque, conformaba su voluntad con la voluntad divina, y no queria ni dejaba de querer, más de lo que Dios queria ó no queria, regalábale el Señor en todas las cosas, con una rara, contínua y uniforme consolacion, dándole paz en ellas, porque las tomaba como de su santísima mano.

Comparando el dia de ayer con el de hoy, y el provecho presente con el pasado, cada dia hallaba haber aprovechado más, y ganado tierra, y que se le acrecentaban los santos deseos, en tanto grado, que en su vejez vino á decir que aquel estado que tuvo en Manresa (al cual en tiempo de los estudios solia llamar su primitiva iglesia) habia sido como su noviciado, y que cada dia iba Dios en su alma hermoseando y poniendo con sus colores en perfecion el dibujo de que en Manresa no habia hecho sino echar las primeras líneas.

Cuanto gozo y consolacion sentia su espíritu, de las copiosas lágrimas que contínuamente en toda su oracion derramaba, tanto se debilitaba y enflaquecia con ellas su cuerpo; y aunque él sentia esto, no por eso aflojaba en la oracion, porque tenia en más la suavidad del espíritu, que la salud del cuerpo, y temia que si detenia las lágrimas, se le disminuiria algo el consuelo y fruto espiritual. Mas finalmente vencido con la razon, y porque los médicos le mostraron cuánto dañaba

á su salud aquel contínuo derramamiento de lágrimas, suplicó á Nuestro Señor que le diese imperio y señorío sobre ellas. Lo cual alcanzó tan por entero, que parecia que las tenia en su mano, para derramarlas ó reprimirlas cuando y como él queria. Y esto con tanto regalo de la divina misericordia, que aunque se enjugasen los ojos, quedaba siempre bañado el espíritu; y no se disminuian los sentimientos celestiales, aunque las lágrimas se moderasen con la razon, ántes se quedaba el fruto dellas en todo su vigor y frescura.

Era ardentísimo el deseo que tenia de salir desta cárcel y prision del cuerpo, y sospiraba su alma tanto por verse con su Dios, que pensando en su muerte no podia detener las lágrimas que de pura alegría sus ojos distilaban, porque tenia por muy mejor con el Apóstol, ser desatado y vivir con Cristo, que vivir en la carne. Y en este deseo ardia, no sólo por alcanzar para sí aquel sumo bien y descansar él con aquella dichosa vista, sinó mucho más, por desear ver la gloria felicísima de la sacratísima humanidad del mismo Señor á quien tanto amaba, así como suele un amigo gozarse de ver en gloria y honra al que ama de corazon. Y creo que deste tan gran deseo y tan contínua meditacion de la muerte, le nacia á nuestro Santo Padre el maravillarse cuando oia decir á alguno (como muchos suelen) de aquí á tres ó cuatro meses haré esto ó aquello. Porque solia él, como admirándose, dar una disimulada y amorosa reprehension al que esto decia, con estas sentidas palabras: «Jesus, hermano, ¿y tanto pensais vivir como eso?»

Estando una vez enfermo, avisóle el médico que no diese lugar á tristeza ni á pensamientos penosos, y con esta ocasion comenzó á pensar atentamente dentro de sí, qué cosa le podria

suceder tan desabrida y dura, que le afligiese y le turbase la paz y sosiego de su ánima; y habiendo vuelto los ojos de su consideracion por muchas cosas, una sola se le ofreció (la que él tenia más metida en sus entrañas) y era, si por algun caso nuestra Compañía se deshiciese. Pasó más adelante, examinando cuánto le duraria esta aflicion y pena, en caso que sucediese, y parecióle que si esto aconteciese sin culpa suya, dentro de un cuarto de hora que se recogiese, y estuviese en oracion, se libraria de aquel desasosiego, y se tornaria á su paz y alegría acostumbrada. Y áun añadia más, que tendria esta quietud y tranquilidad, aunque la Compañía se deshiciese como la sal en el agua; que es señal evidente, de cuán descarnado estaba de sí, y cuán arraigado estaba su corazon en Dios y cuán conforme con la divina voluntad en todo.

Al Padre Lainez, preguntándoselo, dijo algunas veces, que en las cosas de Nuestro Señor se habia más *passive* que *active*, que estos son los vocablos que usan los que tratan desta materia, poniéndole por el más alto grado de la contemplacion, á la manera que el divino Dionisio Areopagita dice de su maestro Hierotheo, que, *erat patiens divina.*

El mismo Padre Lainez tuvo mucha cuenta de ver la manera que tenia en su oracion, y vióle desta. Subíase á un terrado ó azutea, de donde se descubria el cielo libremente; allí se ponia en pié quitado su bonete, y sin menearse estaba un rato fijos los ojos en el cielo, luego hincadas las rodillas hacia una humillacion á Dios; despues se asentaba en un banquillo bajo, porque la flaqueza del cuerpo no le permitia hacer otra cosa: allí se estaba la cabeza descubierta, derramando lágrimas hilo á hilo, con tanta suavidad y silencio,

que no se le sentia ni sollozo, ni gemido, ni ruido, ni movimiento alguno del cuerpo.

Ningun ruido por grande que fuese le turbaba ó le impedia en su oracion, si él no habia dado causa para ello; mas impedíale cualquier estorbo que tuviese, si él le habia podido excusar. De manera que lo que le inquietaba en la oracion, no era el ruido que sentia, sino el descuido ó culpa que le parecia haber tenido él en no haberle apartado de sí.

Estando un dia de invierno cerrado en su aposento en oracion, vino el portero y llamó á su puerta una y dos veces, y no le respondió: á la tercera levantóse de su oracion, y abrió la puerta, y preguntóle qué queria: dijo el portero: «Dar estas cartas á V. R., que el que las trae dice que son de su tierra;» y dió el pliego de cartas al Padre. Tomólas él, y cerrada la puerta las echó en el fuego sin abrirlas, y volvióse luego á su oracion.

Mirando sus faltas y llorándolas, decia que deseaba que en castigo dellas Nuestro Señor le quitase alguna vez el regalo de su consuelo, para que con esta sofrenada anduviese más cuidadoso y más cauto en su servicio; pero que era tanta la misericordia del Señor y la muchedumbre de la suavidad y dulzura de su gracia para con él, que cuanto él más faltaba y más deseaba ser castigado desta manera, tanto el Señor era más benigno y con mayor abundancia derramaba sobre él los tesoros de su infinita liberalidad. Y así decia, que creia que no habia hombre en el mundo, en quien concurriesen estas dos cosas juntas tanto como en él. La primera, el faltar tanto á Dios, y la otra, el recebir tantas y tan contínuas mercedes de su mano.

Decia más, que esta misericordia usaba el Se-

ñor con él, por su flaqueza y miseria, y por la misma le habia comunicado la gracia de la devocion, porque siendo ya viejo, enfermo y cansado, no estaba para ninguna cosa, sino para entregarse del todo á Dios, y darse al espíritu de la devocion.

Tuvo muy gran cuenta en rogar á Nuestro Señor muy particularmente cada dia por las cabezas de la Iglesia y por los Reyes y Príncipes cristianos, de los cuales depende el buen gobierno y felicidad de toda ella, como nos amonesta que lo hagamos el Apóstol san Pablo. Y así el año de 1555 á 21 de marzo, estando enfermo el Papa Julio III de aquella enfermedad de que murió, ordenando nuestro B. Padre que se hiciese oracion contínua en nuestra casa por el Pontífice, dijo, que mientras que el Papa estaba sano solia cada dia hacer oracion por él con lágrimas una vez, y que despues que habia enfermado lo hacia dos veces. Y el año de 1556 habiendo el Emperador Cárlos V hecho dejacion de todos sus Reinos al Rey D. Felipe su hijo, D.ª Leonor Mascareñas, que (como dijimos) le habia criado y sido su aya, por la gran devocion y confianza que tenia en las oraciones del santo Padre como quien tan bien le conocia y le habia tratado, le escribió, pidiéndole con grande instancia que tuviese mucho cuidado de encomendar á Nuestro Señor al Rey D. Felipe su Señor, pues dél pendia el bien de la cristiandad; á la cual respondió el Padre, que por el Rey cuando era Príncipe habia tenido costumbre de hacer oracion particular cada dia una vez, y que despues que su padre le habia renunciado los Reinos, lo hacia cada dia dos veces con cuidado particular.

Mas no quiero dejar de decir aquí, que aunque nuestro B. Padre fué dotado de tan admirable

don y espíritu de oracion, mas con todo esto hacia más caso del espíritu de la mortificacion, que del de la oracion: aunque conocia, que estos dos espíritus son entre sí tan unidos y hermanados, que no se halla el uno que sea verdadero sin el otro. De aquí es, que como uno de los nuestros alabando un dia á un religioso delante del Padre dijese que era hombre de grande oracion, nuestro B. Padre trocando las palabras, será, dijo, hombre de grande mortificacion. Y entendia él por mortificacion, no sólo esta exterior de las penitencias con que se aflige el cuerpo, mas mucho más la que consiste en irse á la mano, y sojuzgar sus apetitos sensuales é inclinaciones, y en vencer la propia voluntad y juicio. De donde tenia en más (principalmente en personas graves y de autoridad) el desprecio de sí mismos y de todo fausto, y el vencimiento de todo apetito de excelencia y reputacion, y el hollar su propia honra y estima, que no las penitencias corporales. Porque tenia por vitoria más dificultosa y más gloriosa domar el espíritu, que afligir la carne. Aunque tambien es necesario castigar primero la rebeldía de la carne, para poder domar y reprimir el espíritu.

Tambien juzgaba que los que se dan á muy largas y prolijas oraciones, han de estar mucho sobre sí para no hacerse cabezudos y amigos de su propio juicio y parecer, y para no sacar daño de una cosa tan provechosa como la oracion y contínua comunicacion con Dios, y ponzoña de la triaca, y enfermedad de lo que suele ser medicina de todas las dolencias de nuestras ánimas. Porque suelen ser algunos de su condicion muy duros de cabeza, y arrimados á su parecer; los cuales si se dan á la meditacion y oracion sin el freno de la discrecion, y del cuidado de vencer y

mortificar su propio juicio, se les viene á secar la cabeza y á endurecérseles, y áun desvanecérseles: de manera que no hay apartarlos jamás de lo que una vez aprehendieron. Y hay tambien otros, que todo lo que sienten en su oracion, piensan que es inspiracion y revelacion divina, y que todos sus sentimientos son sentimientos de Dios, de los cuales no se deben apartar; y así toman por regla infalible de lo que han de juzgar y obrar, los movimientos que tienen en su oracion, y por ella se rigen en todo. En lo cual puede haber engaño, y muchas veces le suele haber. Porque estos tales siguen su apetito, y la inclinacion é ímpetu de su alma, y le tienen por instinto y movimiento divino; y encubren el vicio de su flaqueza y natural condicion con la capa de la oracion. Y caen muchas veces en gravísimos errores; por los cuales el ejercicio de la oracion viene á perder su valor y estima entre la gente indiscreta y mal mirada, que cree que aquella falta nace de la oracion, y no de la persona, que no supo usar de la oracion como debia. Porque no debemos nosotros tomar por regla cierta, cosa tan incierta como es nuestro parecer y juicio, ni por más santo y acertado que nos parezca medir por él las cosas divinas, sino sujetarle y regularle con la regla infalible de la fe y de la órden y mandamientos de los Superiores que Dios tiene puestos en su Iglesia para enseñarnos y enderezarnos. Porque no es justo que las cosas claras, sean reguladas por las escuras y dudosas, sino que las dudosas tengan por regla las que son ciertas y averiguadas, y que por estas se examine y mida su verdad de las otras.

Otra cosa quiero añadir, y es, que deseaba y procuraba mucho que todo el cuidado y estudio de los nuestros se emplease en el contínuo ejercicio de la devocion y familiaridad con Dios:

cortando toda la curiosidad y deseo y estima de visiones, raptos, arrebatamientos y revelaciones que muchas veces engañan y desasosiegan los corazones livianos y flacos. Cuando el Señor las da, se deben aceptar con temor, humildad, agradecimiento y recato, y nunca desear ni apetecer: ántes, segun el consejo de los santos y maestros espirituales, siempre (cuanto es de nuestra parte) se deben huir y tener por sospechosas; y procurar de echar raices de virtudes sólidas y macizas en nuestra ánima, que son las que la hermosean, atavían y adornan, y la hacen agradable en los ojos de Dios, y así siempre nuestro Padre hablaba deste contínuo estudio de las virtudes, y de la oracion y mortificacion, y por maravilla mentaba vision, revelacion ni cosa que pareciese á esto. Lo cual pone mayor admiracion á los que consideran cuán ilustrado y visitado fué del Señor este santo Padre, desde que le comenzó á servir, hasta lo postrero de sus dias; y las visiones y revelaciones que tuvo, que fueron muchas, grandes y de cosas altísimas y divinas. Porque de lo que en esta historia queda referido se vee, que siendo aún soldado, y estando muy malo y para morir, el Señor le dió milagrosamente la salud, apareciéndosele el glorioso Príncipe de los Apóstoles San Pedro; y que despues le apareció Nuestra Señora la Vírgen María con su Hijo precioso, cuando borró todas las especies feas, y representaciones torpes de su ánima, y otras muchas veces. Y lo mismo hizo su benditísimo Hijo en Manresa, en Jerusalem, cerca de Padua y en otros cabos. ¿Qué diré de aquellas inteligencias tan contínuas, tan excelentes, tan abstractas de la Santísima Trinidad, de la esencia divina, de la distincion y propiedad de las tres Personas? Que eran de manera, que el mis-

mo Padre dice en un lugar de aquel cuaderno, que despues dél muerto se halló escrito de su mano, que aunque estudiara muchos años no pudiera saber tanto; y en otro que le parecia, que de aquellas materias de la Santísima Trinidad no habia más que saber, que lo que el Señor en cierta vision le habia comunicado.

¿Quién no se maravilla de lo que en el primero y en el cuarto libro desta historia habemos escrito, de las visiones é ilustraciones tan notables que tuvo del Señor, y de aquella éxtasi de ocho dias tan admirable, extraordinaria y extraña? y en los papeles, que se hallaron de su mano despues de sus dias, se vee que estos regalos le eran muy ordinarios y cotidianos (como dijimos): y con todo esto por maravilla le oimos hablar, ni áun tomar en la boca revelacion ni vision, ni cosa deste género, sino humildad, caridad, paciencia, menosprecio de sí, celo de la gloria de Dios, trabajar por el bien de las ánimas, oracion y mortificacion y de otras semejantes virtudes, de las cuales hacia caudal, como áun más particularmente lo decimos en otro lugar deste mismo quinto libro.

Para concluir este capítulo, pondré otra cosa en confirmacion de la que acabo de decir, y para que mejor se entienda el espíritu deste santo Padre, y en lo que más conviene que le imitemos. Tuvo grandísimo don de lágrimas y contínuas visitaciones del Señor (como dijimos), y hablando dellas en otro papel, dice:

«En todos estos tiempos ántes de la misa, en »ella y despues della, era en mí un pensamiento »que me penetraba dentro del ánima, con cuánta »reverencia y acatamiento yendo á la misa debria »de nombrar á Dios Nuestro Señor, y no buscar »lágrimas, mas este acatamiento y reverencia.»

Y añade que por estar atento á este acatamiento desechaba las lágrimas que le venian; y que estimaba más esta gracia y conocimiento que todas las otras pasadas. Y en otro lugar dice que pidió á Dios que le diese acatamiento, reverencia y humildad; y que no le diese visitaciones ó lágrimas, si fuese igual servicio de su divina Majestad, para que se gozase de sus gracias y visitaciones limpiamente sin interese, y que despues todas las visitaciones espirituales que le venian le representaban este acatamiento, no solamente cuando nombraba las Personas divinas, ó se acordaba dellas, mas para reverenciar el altar y todas las otras cosas pertenecientes al santo sacrificio de la misa; y que juzgaba ser malo advertir primero á las visitaciones que á este acatamiento y reverencia. Y añade en otro lugar, que aquella humildad, reverencia y acatamiento, no debia de ser temeroso sino amoroso; y que así muchas veces decia á Dios: «Dadme humildad y reverencia amorosa:» y que cuando decia estas palabras, le daba el Señor nuevas y maravillosas visitaciones.





CAPÍTULO II.

DE SU CARIDAD PARA CON LOS PRÓJIMOS.

De lo que hasta aquí hemos contado, se puede bien entender cuán encendido y abrasado estaba el pecho de nuestro B. P. Ignacio del fuego del amor de Dios, y de sus prójimos, y los resplandores y llamas que echaba en las obras de caridad que contínuamente hacia; pues todos sus intentos y cuidados tiraban á la salvacion de las ánimas, y á desarraigar pecados de la República, y á conservar y acrecentar en ella todo lo bueno. Pero de los ejemplos que se siguen se verá esto aún más claro.

Estando un hombre en París miserablemente perdido de unos amores deshonestos de una mujer con quien vivia mal, como no pudiese nuestro Padre por ninguna vía desasirle dellos, se fué un dia á esperarle fuera de la ciudad, y sabiendo que habia de pasar por junto á una laguna ó charco de agua (yendo por ventura adonde le llevaba su ciega y torpe aficion) éntrase el B. Padre dentro del agua frigidísima hasta los hombros, y viéndole desde allí pasar, le dijo á grandes voces: «Anda, desventurado, anda, vete á gozar de tus sucios deleites. ¿No vees el golpe que viene sobre tí de la ira de Dios? ¿No te espanta el infierno que

tiene su boca abierta para tragarte? ¿ni el azote que te aguarda, y á toda furia va á descargar sobre tí? Anda, que aquí me estaré yo atormentando y haciendo penitencia por tí, hasta que Dios aplaque el justo castigo que ya contra tí tiene aparejado.» Espantóse el hombre con tan señalado ejemplo de caridad; paró, y herido de la mano de Dios, volvió atrás, confuso y atónito, apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que primero estaba cautivo.

Decia nuestro B. Padre que si para la salud de las almas importase algo que él fuese por las plazas descalzo y cargado de cosas infames y afrentosas, ninguna duda tendria en hacerlo, y que no habia en el mundo traje tan aviltado, ni vestido tan vergonzoso, que por ayudar á un alma á salvarse él no le trajese de buena gana. Lo cual mostró bien por la obra en las ocasiones que se le ofrecieron.

Siendo ya viejo y quebrantado de trabajos y enfermedades, le vinieron á rogar que fuese á ayudar á morir á uno que le llamaba, y aunque tenia muchos en casa con quien podia descargarse, no quiso sino consolarle, y se fué á estar con él toda la noche, confortándole y ayudándole á bien morir.

Guardó siempre con grandísimo cuidado el no volver á nadie mal por mal, sino vencer siempre y sobrepujar el mal con hacer bien, conforme al Apóstol. De manera que siempre procuraba fuesen mayores los bienes que hacia, que los males que recebia. De donde nació, que siendo muchas veces perseguido de muchos, y provocado á justa indignacion, nunca dió muestras de enojado, ni se procuró vengar ni hacerles pesar, ni darles desabrimiento ninguno, aunque pudiera muchas veces hacerlo á su salvo. Y para que se entienda esto

mejor, diré algunas cosas en particular que le acontecieron en esta parte.

El año de 1546, un religioso que estaba en Roma, y se mostraba grande amigo de N. B. Padre, por cierta envidia y enojo que tuvo, se le volvió y trocó en grande enemigo, y se dejó decir algunas palabras pesadas, y jatarse que habia de pegar fuego en España á cuantos hubiese de la Compañía, desde Perpiñan hasta Sevilla, y envió una persona al Padre que de su parte se lo dijese; al cual nuestro Padre respondió con la misma persona por escrito de su mano estas mismas palabras:

«Señor, decid al padre fray N. que como él dice que á todos los que se hallaren de los nuestros desde Perpiñan hasta Sevilla los hará quemar, que yo digo y deseo, que él y todos sus amigos y conocidos, no sólo los que se hallaren entre Perpiñan y Sevilla, mas que cuantos se hallaren en todo el mundo, sean encendidos y abrasados del fuego del divino amor, para que todos ellos viniendo en mucha perfecion, sean muy señalados en la gloria de su divina Majestad. Asimismo le direis que delante de los señores Gobernador y Vicario de Su Santidad se trata de nuestras cosas, y están para dar sentencia, que si alguna cosa tiene contra nosotros, que yo le convido para que vaya á deponerla y probarla delante de los sobredichos señores Jueces, porque yo me gozaré más, debiendo pagarlo, y que yo solo padezca, y no que todos los que se hallaren entre Perpiñan y Sevilla hayan de ser quemados. En Roma de Santa María de la Estrada, á 10 de Agosto de 1546.»

Conté en el segundo libro, que estudiando nuestro Padre en París, un su compañero de aposento se le alzó con el dinero que le habia dado á guardar, y que le vino á poner en tal aprieto, que con grande detrimento de sus estudios hubo de pedir

por amor de Dios de puerta en puerta lo que habia de comer. Del que le hizo esta burla tan pesada, se vengó desta manera. Yéndose éste de París para España, y esperando embarcacion en Ruan, que está como veintiocho leguas de París, adoleció allí de una enfermedad peligrosa, y como conocia la gran mansedumbre y caridad de N. P., escribióle amigablemente, dándole cuenta de su trabajo; y como si le hubiera hecho algun señalado beneficio, así le pedia que le viniese á socorrer en su dolencia, y ayudarle á salir della. No dejó perder N. B. P. tan buena ocasion de ejercitar su caridad, y ofrecer su salud y vida, por la vida y salud de aquel de quien se queria vengar, echándole sobre la cabeza brasas no de venganza, sino de amor y caridad. Determina, pues, de partir luego para Ruan en busca deste hombre, para ayudalle en cuanto pudiese, y con grande alegría de espíritu y esfuerzo de ánimo, caminó tres dias descalzo y ayuno sin gustar ni una sola gota de agua, ofreciendo á N. S. este trabajo y penitencia, por la salud y vida de aquel que así le habia engañado.

En esta determinacion que tomó N. P. y en esta jornada que hizo intervinieron algunas cosas particulares, que es bien que se sepan, aunque yo las habia dejado en la primera edicion, por guardar en todo la brevedad. La primera es que cuando le vino gana de ir á pié, y descalzo y ayuno á Ruan, como habemos dicho, haciendo oracion sobre ello le vino un cierto temor y escrúpulo de tentar á Dios; pero mirando más en ello, y haciendo más larga y fervorosa oracion en el convento de santo Domingo de París suplicando á Nuestro Señor intensamente le guiase por la senda más segura, y le enseñase lo que habia de ser más agradable á su divina Majestad,

se sintió desahogar, y libre de aquel aprieto y congoja que tenia, y con esfuerzo para hacer la jornada de la manera que la hizo. La segunda, que la misma mañana que partió de París para Ruan, comenzándose á vestir para tomar su camino, le vino tan gran sobresalto y temor, que le parecia que no podia vestirse, pero venciéndole, y la repugnancia grande que sentia, con la fortaleza y ánimo que le daba el Señor, salió de casa y áun de la ciudad ántes que amaneciese, y anduvo tres leguas hasta un pueblo que se llama Argenteur, con tanta pesadumbre y fatiga, que los piés le parecia que eran de plomo, ó que le pesaban un quintal, segun se hallaba pesado y congojoso. La tercera, que esta manera de pesadumbre y tentacion le duró hasta que llegó á un lugar alto, espacioso y llano, en el cual habiendo subido una cuesta áspera con mucho trabajo y dificultad, le visitó N. S. y le consoló con una tan soberana luz, y con tan extraordinario esfuerzo y regalo, que despidiendo de sí toda aquella molestia y pesadumbre que sentia, comenzó á correr como un gamo por aquellos campos; y de manera que más parecia que le llevaban que no que él se iba: hablando con Dios tan altamente, y con tanto encendimiento de corazon y fervor, que se veia bien que el mismo Señor, que así le regalaba, habia sido el autor desta jornada, y que aunque el enemigo de nuestro bien se la habia querido estorbar con temores humanos, pero que el mismo Dios le habia dado gracia y esfuerzo para vencerlos, y despues de vencidos le daba aun acá en la tierra el premio y corona de su vitoria. En fin, él llegó á Ruan, y halló á su enfermo muy descaecido, y le sirvió, esforzó y ayudó, y no se fué de allí hasta que recobró sus fuerzas, y le envió ya sano á España, dándole cartas de favor

para sus primeros compañeros los que allí tuvo.

Partióse, pues, el buen hombre para España, muy corrido y lleno de confusion, acusando por una parte su deslealtad, y por otra espantándose de la caridad de nuestro B. P. y dando gracias á Dios que hubiese tal hombre en la tierra, y que él le hubiese conocido, que se vengaba de las malas obras que recebia con hacer bien, y las ofensas y agravios que se le hacian los pagaba con semejantes oficios de caridad.

Tambien hubo otro en París, que habia recebido muy buenas obras de N. B. P.; el cual (por no poder sus ojos sufrir tanta luz) revestido de Satanás, y saliendo fuera de sí, se determinó de matarle, y subiendo ya la escalera de la casa para ejecutarlo, oyó una voz espantosa que le dijo: «Desventurado de tí, ¿qué quieres hacer?» Aturdido y asombrado con el terrible sonido desta voz, trocó el propósito que llevaba, y entrando en el aposento del Padre, se arrojó á sus piés llorando, y le contó lo que pasaba. Este fué despues el atizador de aquel fuego, y muñidor de aquella persecucion tan grande que se levantó contra nuestro B. Padre Ignacio y contra sus compañeros en Roma, por ocasion de aquel fraile hereje, de quien hablamos en el capítulo catorce, del segundo libro desta historia. Y con todo esto, por ruegos de los mismos enemigos de la Compañía, pidiéndola él instantemente, le recibió en ella nuestro Padre, procurando su consuelo y su salvacion: mas no perseveró mucho en Religion, porque las plantas adulterinas, como dice el Espíritu Santo, no echarán hondas raíces, ni tendrán estabilidad ni firmeza.

Por lo cual no es maravilla que quisiese mucho á los suyos, quien tanto amaba á sus enemigos y á los extraños, como destos ejemplos se verá.

Un hermano de la Compañía, siendo gravísimamente acosado del demonio, y tentado de la vocacion, en fin se dejó vencer, y ya estaba determinado enteramente de dejar á Dios, que es fuente de agua viva, y volverse á beber de los algibes rotos del siglo, que no pueden retener en sí ni el agua de la gracia, ni de verdadero descanso: quiso saber dél N. B. P. la causa desta su loca determinacion, y como él no la quisiese descubrir, entendió que aquel hermano habia cometido algun pecado en el siglo, y que de vergüenza no le queria confesar, y que de aquí le nacia el desasosiego y empacho que tenia. Y para quitársele del todo, se fué á él y le habló amorosamente, y declaróle él mismo su vida pasada, y cuán ciego, descaminado y derramado habia andado en la vanidad de sus sentidos; y cuán encarnizado y preso en el falso amor de las criaturas. Para que desta manera tuviese el hermano ménos vergüenza, y aprendiese á sentir bien de la bondad y misericordia de Dios. Porque, como dice el Sabio, hay una vergüenza que acarrea pecados, y hay otra que trae consigo gloria y gracia.

Tambien otra vez uno de los nueve compañeros que sacó de París, estuvo muy afligido y desasosegado con una pesadísima y peligrosísima tentacion, y la cosa llegó á término, que estaba ya casi en punto de perderse. Púsose nuestro Padre á llorar y á rogar á Dios contínuamente por él, sin comer ni beber tres dias enteros, y plugo al Señor de oir los llorosos gemidos y abrasadas oraciones de su siervo, y de conservar en la Compañía al que estaba tan cerca de su perdicion.

Otro Padre estuvo una vez muy descompuesto y muy tentado contra nuestro B. P., y saliendo de los límites de la razon y de la obediencia, le dió mucha pena y aflicion. El buen Padre hizo

oracion por él; y un dia en la misa, derramando muchas lágrimas, y dando voces de lo más íntimo de su corazon, decia á Dios: «Perdonadle, Señor, perdonadle, Criador mio, que no sabe lo que se hace.» Respondióle á estas voces el Señor: «Déjame, que yo te vengaré.» Aconteció despues que estando este Padre en cierto templo haciendo oracion, y mirando con mucha reverencia unas reliquias de santos, le apareció una figura como de hombre severo y grave, que tenia un azote en la mano, y con un semblante terrible le amenazaba, si no se sujetaba en todo y obedecia al Padre, con la cual vision quedó pasmado, y se ablandó y reconoció de manera, que vino á hacer lo que debia. Y esto él mismo lo contó á nuestro Padre y él me lo contó á mí. Y áun con todo esto, despues le sucedieron á este Padre algunos trabajos, en los cuales se cumplió lo que á nuestro B. P. habia sido sinificado del cielo.

Entre todas las virtudes que nuestro P. tuvo, fué una muy señalada la del agradecimiento, en la cual fué á mi parecer muy aventajado y admirable. Porque tenía grandísima cuenta, no solamente de ser agradecido á Dios Nuestro Señor, sino tambien á los hombres por su amor, y esto con obras y con palabras. Porque consideraba que toda la Compañía, aunque esté derramada y extendida por tantas provincias del mundo, en fin es un cuerpo, que tiene diversos miembros, unidos entre sí, y atados con el vínculo de la caridad; y como él era cabeza deste cuerpo, parecíale que todo lo que se hacia en beneficio de cualquiera de sus miembros, tocaba á él el reconocerlo y agradecerlo y pagarlo: especialmente en el principio de la Compañía, cuando ella no era ni tan conocida en el mundo ni tan estimada, ni de las buenas obras que le hacian los hombres

podian aguardar otro galardon sino de Dios. Y así tenia particular cuidado de todos los bienhechores; mostrábales grandísimo amor, á todos mucho, pero más á los mayores. Hacia que en las oraciones de toda la Compañía, tuviesen ellos su principal parte; avisábales de los buenos sucesos della, visitábalos, convidábalos, ayudábalos en todo lo que podia conforme á su instituto y profesion, y por darles contento hacia cosas contra su gusto y salud. Y puesto caso que muchas veces les daba más que recebia dellos, siempre le parecia que quedaba corto; y olvidándose de lo que él habia hecho por los otros, siempre se acordaba de lo que habia recebido en su persona ó en la de sus hijos, con deseo de pagarlo aventajadamente.

Por conservar la paz y caridad con todos fué enemicísimo de pleitos, y huia dellos, y cedia de su derecho cuanto con buena conciencia podia. Y decia que hacer esto no sólo era cosa honrosa y digna de pecho cristiano; pero que tambien era provechosa. Porque solia Nuestro Señor pagar muy bien á los que por su amor y por no perder la caridad con sus prójimos, perdian algo de su derecho en las cosas temporales. Y así estando el refectorio de Roma escuro y casi sin ninguna luz, porque un vecino nuestro no dejaba abrir una ventana en una pared comun que se podia hacer con mucho provecho nuestro, y sin ningun perjuicio suyo; aunque la justicia estaba muy clara de nuestra parte, nunca jamás consintió nuestro Padre que se le pidiese delante della; ántes quiso que estuviésemos ocho años enteros, ó más, con toda la incomodidad del mundo y comiendo á medio dia casi con candela, por no ponerle pleito y cobrar mal nombre en los principios de la Compañía, hasta que fué Dios servido que se

compró la casa que nos quitaba la luz; y con esto sin ruido se dió á nuestro refectorio.

Pero porque todos estos ejemplos que en este capítulo habemos referido, muestran más la caridad de nuestro Padre para con los prójimos que para con Dios (aunque el amor de Dios es la fuente de la cual se deriva el amor verdadero y perfeto para con los prójimos, y no es posible que quien ama mucho á sus hermanos por Dios, no ame mucho á Dios por el cual, y en el cual, y para el cual los ama); demas de todo lo que en el discurso de su vida queda dicho de la caridad tan encendida que tuvo para con Dios, quiero referir aquí dos casos particulares, en los cuales resplandece mucho esta caridad tan abrasada y divina de nuestro bienaventurado Padre.

Estando un dia del mes de Julio del año de mil y quinientos y cuarenta y uno, el Padre Maestro Lainez con nuestro Padre Ignacio y Andrés de Oviedo (que entónces era hermano y despues murió Patriarca en Etiopia) y yo, presentes, á cierto propósito, dijo nuestro B. Padre al Padre Lainez: «Decidme, Maestro Lainez, qué os parece que haríades si Dios Nuestro Señor os propusiese este caso, y os dijese: Si tú quieres morir luego, yo te sacaré de la cárcel deste cuerpo y te daré la gloria eterna; pero si quisieres aún vivir, no te doy seguridad de lo que será de tí, sino que quedarás á tus aventuras; si vivieres, y perseverares en la virtud, yo te daré el premio: si desfallecieres del bien, como te hallare, así te juzgaré. Si esto os dijese Nuestro Señor, y vos entendiésedes que quedando por algun tiempo en esta vida podríades hacer algun grande y notable servicio á su divina Majestad, ¿qué escogeríades? ¿Qué responderíades? Respondió el Padre Lainez: Yo, Padre, confieso á V. Reverencia, que es-

cogeria el irme luego á gozar de Dios, y asegurar mi salvacion y librarme de peligros en cosa que tanto importa. Entonces dijo nuestro Padre: «Pues yo cierto no lo haria así, sino que si juzgase que quedando aún en esta vida podria hacer algun singular servicio á Nuestro Señor, le suplicaria que me dejase en ella hasta que le hubiese hecho aquel servicio; y pondria los ojos en Él y no en mí, sin tener respeto á mi peligro, ó á mi seguridad.» Y añadió: «Porque, ¿qué Rey ó qué Príncipe hay en el mundo, el cual si ofreciese alguna gran merced á algun criado suyo, y el criado no quisiese gozar de aquella merced luego, por poderle hacer algun notable servicio, no se tuviese por obligado á conservar y áun á acrecentar aquella merced al tal criado, pues se privaba della por su amor y por poderle más servir? Y si esto hacen los hombres que son desconocidos y desagradecidos, ¿qué habemos de esperar del Señor, que así nos previene con su gracia y la conserva y aumenta, y por el cual somos todo lo que somos? ¿Cómo podriamos temer que nos desamparase y dejase caer por haber nosotros dilatado nuestra bienaventuranza y dejado de gozar dél por Él? Piénsenlo otros, que yo no quiero pensarlo de tan buen Dios, y de Rey tan agradecido y soberano.»

En aquel cuaderno de mano de nuestro B. Padre, de que en el cuarto libro desta historia hablamos, que escribió al tiempo que hizo las Constituciones, y dijo las cuarenta misas, acerca del punto de la pobreza, dice en el treinta y cinco dia, que le vino un pensamiento de lo que sentiria si Dios le pusiese en el infierno, y responde estas palabras: «Y se me representaban dos partes: la una la pena que padeceria allí; la otra cómo su nombre se blasfemaba allí: cerca la prime-

ra, no podia sentir ni haber pena, y así me parecia y se me representaba serme más molesto en oir blasfemar su santo nombre.» ¡Qué amor tan encendido tenia á Dios el que sentia este afecto para con Él! ¡Qué llamas de fuego celestial ardian en aquel pecho, pues las del fuego infernal no las podian apagar! ni hacer que sintiese pena en sus penas sino en sola la injuria y ofensa de su amado.





CAPÍTULO III.

DE SU HUMILDAD.

Desde que comenzó á servir á Nuestro Señor, se abrazó afectuosamente con la virtud de la santa humildad, como con la madre y piedra fundamental de todas las virtudes: andando roto y medio desnudo, y en los hospitales como pobre entre los pobres, menospreciado y abatido, y deseoso de no ser conocido ni estimado de nadie, y lleno de gozo cuando era afrentado y perseguido por amor de Jesucristo Nuestro Redentor, como se vee en el discurso de su vida; y conforme á ella fué su dotrina.

Decia que los que pretenden subir muy alto, han de comenzar de muy bajo, y que á la medida de lo que se ha de levantar el edificio, ha de bajar el cimiento. Y así á los que enviaba á trabajar á la viña del Señor, de tal manera los enseñaba, que para salir con las cosas árduas y grandes siempre procurasen de hacer el camino por la humildad y desprecio de sí mismos; porque entónces estaria la obra bien segura, si estuviese bien fundada sobre esta verdad. Y conforme á esto cuando envió á los Padres Francisco Javier y Simon Rodriguez á Portugal, les ordenó que llegados á aquel Reino pidiesen limosna, y que con la pobreza y menosprecio de sí se abriesen la

puerta para todo lo demas. Y á los Padres Salmeron y Pascasio cuando fueron á Ibernia por Nuncios apostólicos, tambien les ordenó que enseñasen la dotrina cristiana á los niños y á la gente ruda. Y al mismo Padre Salmeron, y al Padre Maestro Lainez, cuando la primera vez fueron al Concilio de Trento, enviados del Papa Paulo III por teólogos de Su Santidad, la instrucion que les dió fué, que ántes de decir su parecer en el Concilio se fuesen al hospital y sirviesen en él á los pobres enfermos, y enseñasen á los niños los principios de nuestra santa fe: y que despues de haber echado estas raices, pasasen adelante y dijesen su parecer en el Concilio, porque así sería él de fruto y provechoso, como sabemos que lo fué por la misericordia del Señor.

A la pobreza llamaba él nuestra madre, y tenia por cosa indigna y vergonzosa que los religiosos fuesen adinerados ó codiciosos, ó que con razon se pudiese pensar dellos que lo eran.

Llegó por la divina gracia á tanto grado de humildad, que muchos años ántes que muriese no tuvo tentacion de vanagloria. Porque estaba su ánima con la lumbre del cielo que tenia tan esclarecida, y con tan grande conocimiento y menosprecio de sí, que solia decir que á ningun vicio temia ménos que á éste de la vanagloria, que es un gusano que suele roer hasta los cedros del Líbano, y comunmente nace del desconocimiento y ciego amor de sí mismo.

Tuve yo cuenta algunas veces y noté, que cuando en alguna conversacion familiar se hablaba de cuán extendida estaba la Compañía, ó del fruto que ella hacia, ó de cualquier otra cosa de que pareciese que podia redundar á nuestro B. P. alguna loa, luego se recogia dentro de sí, llenando de lágrimas y de vergüenza su rostro.

Habia oido decir el P. Lainez á uno de los nuestros, que Dios N. S. habia dado á nuestro santo P. Ignacio por guarda un arcángel, y un dia con aquella confianza que como hijo tan querido tenia con él, le preguntó si era esto verdad. Ninguna respuesta le dió N. P. de palabra, mas demudóse todo el rostro, cubriéndole de un color de grana, y turbóse (por usar de las palabras que me dijo el P. Lainez) como lo hiciera alguna castísima y honestísima doncella, viendo á deshora entrar un extraño en su encerramiento que la hallase sola. Y esto le acontecia muchas veces que preguntándole cosas que fuesen en su loor, no respondia sino con el silencio, y con la vergüenza y mudanza de rostro.

Oíle decir que todos los de casa le daban ejemplo de virtud y materia de confusion, y que de ninguno dellos se escandalizaba, sino de sí mismo.

Y no es maravilla que dijese esto de los religiosos y hijos suyos que tenia en casa, el que en una carta que yo he visto, escribe que nunca se juntó á tratar de las cosas de Dios con ninguno por pecador que fuese que no le pareciese que ganaba mucho de aquella comunicacion, por tenerse sin duda por mayor pecador.

Acuérdome que un dia me dijo que habia de suplicar á Nuestro Señor que despues dél muerto echasen su cuerpo en un muladar para que fuese manjar de las aves y de los perros. «Porque siendo yo, dice, como soy un muladar abominable, y un poco de estiércol, ¿qué otra cosa tengo de desear para castigo de mis pecados?»

Cuando no tenia claridad y evidencia de las cosas de que deliberaba, fácilmente se dejaba llevar del parecer ajeno, y aunque era superior se igualaba en todo con sus súbditos.

Deseaba que todos burlasen dél, y decia que si se dejara llevar de su fervor y deseo, se anduviera por las calles desnudo y emplumado y lleno de lodo para ser tenido por loco. Mas reprimia este tan grande afecto de humildad el deseo de ayudar á los prójimos y la caridad; la cual le hacia que se tratase con la autoridad y decencia que á su oficio y persona convenia; y que dejase estas mortificaciones extraordinarias, aunque siempre que se le ofrecia ocasion de humillarse la abrazaba, y aun la buscaba muy de veras. Y entendia y enseñaba que ayudaba más á la conversion de las ánimas este afecto de verdadera humildad, que el mostrar autoridad que tenga algun resabio y olor de mundo.

Pocas veces, y no sin grave causa, hablaba de sus cosas; como era para curar algun alma afligida, y consolarla con su consejo, ó para animar á sus compañeros con su ejemplo, y esforzarlos contra las dificultades que se les ofrecian: y aun esto era con gran moderacion y templanza, y á los principios de la Compañía, porque ya despues de fundada, con extraño silencio encubrió sus cosas.

Mas aunque en estas cosas que habemos dicho, y otras muchas que se podrian decir, se vee su humildad, á donde ella se descubre y resplandece más, es, á mi parecer, en aquel huir tan constantemente la honra, y rehusar el oficio de General que se le daba con tanta union y conformidad de todos los electores, y la gran diligencia que puso para renunciarle despues que le tomó. Y que esto haya nacido puramente de tenerse él (como lo afirmaba delante de Dios) por insuficiente para el gobierno, y de persuadirse que estaba muy lejos de tener las partes que se requerian para regir bien á otros. Porque esto es lo que ad-

mira á los que le conocieron y saben que le habia Dios Nuestro Señor dado por su misericordia, todos los dones que son necesarios para bien gobernar, en tanto grado, que se podrán tener por muy dichosos y muy bien librados los que gobernaren, si llegaren á tener en un grado mediano las partes que él tenia en grado tan aventajado y heróico. Y porque la obediencia es hija de la humildad, y guarda y reina de todas las virtudes del religioso, y en la Religion nuestro B. Padre le daba la prima, no me parece que será fuera de propósito declarar en este lugar lo que sentia y decia de la virtud de la obediencia.





CAPÍTULO IV.

DE LO QUE SENTIA DE LA OBEDIENCIA.

AUNQUE por haber sido nuestro B. Padre fundador de la Compañía y Prepósito general, no podemos decir dél tantos y tan particulares ejemplos de su obediencia, todavía por la que él ántes que lo fuese tuvo á sus confesores, y por la fuerza con que procuró ser súbdito y no Superior, y por la obediencia que tuvo siempre á Su Santidad, y ánimo de obedecerle en cosas mayores, y por la dotrina tan admirable que nos enseñó de la obediencia, podemos rastrear cuán asentada tenia esta excelentísima virtud en su corazon, y lo que hiciera si fuera súbdito.

Deseaba que los de la Compañía se esmerasen en todas las virtudes, mas sobre todas, las morales; que empleasen todas sus fuerzas en alcanzar la virtud de la obediencia, porque afirmaba ser ésta la más excelente y más noble virtud del religioso, y la que Dios estima más que la víctima, y le es más agradable que el sacrificio. Por ser la obediencia hija de la humildad, óleo que fomenta y conserva la luz de la caridad, compañera de la justicia, guía y maestra de todas las virtudes religiosas, enemiga de la propia voluntad, madre de la union y concordia fraternal,

puerto seguro y banquete perpétuo de las almas que se fian de Dios. Y decia él, que como las otras Religiones, unas se aventajan en unas virtudes á las demas, y otras en otras, así deseaba que la Compañía procurase de aventajarse y de esmerarse sobre todas las demas Religiones, en la virtud de la obediencia; cuya naturaleza y excelencia declaraba él desta manera.

Decia que así como en la Iglesia militante, há Dios Nuestro Señor abierto dos caminos á los hombres para poderse salvar, el uno comun, que es de la guarda de los mandamientos, y el otro que añade á este el de los consejos evangélicos, que es propio de los religiosos; así ni más ni ménos, en la misma religion hay dos géneros de obediencia, el uno imperfeto y comun, y el otro perfeto y acabado; en el cual resplandece la fuerza de la obediencia, y la virtud perfeta del hombre religioso. La obediencia imperfeta tiene ojos, mas por su mal: la obediencia perfeta es ciega, mas en esta ceguedad consiste la sabiduría: la una tiene juicio en lo que se le manda, y la otra no: aquella se inclina más á una parte que á otra, ésta ni á á una ni á otra; porque siempre está derecha como el fiel del peso, é igualmente aparejada para todas las cosas que le mandaren. La primera obedece con la obra y resiste con el corazon. La segunda hace lo que le mandan, y sujeta su juicio y voluntad á la voluntad y juicio de los Superiores. Y así enseñaba él, que es imperfeta la obediencia que allende de la ejecucion no tiene la voluntad y el juicio conforme al del Superior: y que la obediencia que no tiene más que la ejecucion exterior, no merece aun el nombre de obediencia; y que la que con la ejecucion acompaña la voluntad, y hace que el obediente quiera lo mismo que el Superior, aún no llega á ser perfe-

ta, si no pasa adelante, y hace que no solamente quiera lo mismo, sino que sienta lo mismo que el Superior, y juzgue que lo que él manda es bien mandado.

De manera, que fuera de la ejecucion de la obra haya tambien conformidad de la voluntad y del juicio entre el que manda y el que obedece. Esta obediencia es entera y cumplida de todas sus partes, y excelentemente perfeta: por la cual cautivamos en cierta manera nuestro entendimiento al servicio divino, y tenemos por bueno todo lo que por nuestros Superiores nos es ordenado: y ni buscamos razones para obedecer, ni seguimos las que se nos ofrecen, ántes obedecemos por sola esta consideracion, de pensar que lo que nos dicen es obediencia. Cuando llega un religioso á este punto, es verdaderamente muerto al mundo por vivir á Dios, y no anda desasosegado ni agitado con varios vientos de deseos y turbaciones, sino que se halla indiferente y tranquilo, como el mar cuando está en calma. Porque aquellos otros que, aunque hacen con la obra lo que se les dice, todavía, ó resisten con la voluntad, ó murmuran y contradicen con su razon y juicio á la obediencia, aún no han llegado á ser aquel grano de trigo, que para que dé gran fruto, dice Cristo N. S. en el Evangelio, que cayendo en la tierra primero ha de morir. Porque los tales, aunque se van muriendo, mas no están aun perfetamente muertos: y porque aún no son ciegos, no se excusan á veces de pecado, y viendo, como quieren ver con sus ojos propios, se hacen ciegos para no ver lo que les conviene. Y aun decia nuestro Padre, que los que solamente obedecen con la voluntad y no con el juicio, no tienen sino un pié en la Religion, y que suelen caer estos tales muchas veces en grandes incon-

venientes, y enredarse con grandísimos lazos y molestias, trayendo afligida la conciencia, porque desdicen mucho de aquel fervor y espíritu que tuvieron en el principio de su vocacion. El cual espíritu es deleznable y quebradizo, y si no se procura conservar con mucho cuidado, poco á poco huye y se nos va del corazon; por lo cual habíamos de procurar con todas nuestras fuerzas alcanzar aquello en cuyo seguimiento andábamos. De manera, que pues una vez entramos por vocacion y misericordia divina en el camino de la perfecion, no paremos hasta llegar á lo que en la Religion es lo más acabado y perfeto. Llegar á esta perfecion no será dificultoso con estos medios. El primero, si nos ponemos en las manos de Dios, y fiamos en aquella su eterna providencia con que gobierna el universo, y da á cada uno la gracia que ha menester, segun la medida con que Cristo reparte sus dones: y da fuerzas al Superior para bien gobernar, y al súbdito para bien obedecer. El segundo, si siguiéremos el espíritu de nuestra vocacion, y tuviéremos puestos los ojos, no en quién es el que rige, sino en aquel que nos representa, sea quien fuere el que nos rige. El tercero, si no dando oidos á los sofísticos argumentos que la carne hace contra la obediencia, con piadoso y humilde afecto buscáremos las razones verdaderas que son en favor de lo que ordena el Superior. El cuarto, si trujéremos siempre ante nuestros ojos los ejemplos de los santos que se esmeraron en la sencilla y perfeta obediencia, y sobre todos el ejemplo del Santo de los santos, Jesucristo Nuestro Señor, que por nuestra salud se hizo obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz. Y finalmente, si nos armáremos con la oracion, y nos vistiéremos de la humildad, y sin ninguna hinchazon ni de-

seo de salir con la nuestra, desnudos de todo amor propio, y de nuestra propia estima (que suelen ser la polilla y carcoma de la obediencia) sintiéremos de nosotros bajamente, y conociéremos la flaqueza de nuestro juicio y entendimiento, acordándonos de las muchas veces que habemos con ellos caido y errado: y no queriendo saber más, como dice el Apóstol, de lo justo y bien ordenado.

Estos son algunos de los principales avisos que este santo varon daba á los de la Compañía para alcanzar esta altísima virtud de la obediencia. Mas porque un año ántes que muriese, él mismo declaró lo que sentia desta virtud, no me parece será bien dejarlo de decir aquí. Porque no contentándose con haber escrito aquella admirable carta de la obediencia que tenemos, llamando á un hermano que le escribiese, le dijo: «Tomad la pluma y escribid, que quiero dejar escrito á la Compañía lo que yo siento de la obediencia;» y dictó en lengua castellana estos once capítulos, que yo aquí pondré con las mismas palabras que él los dijo, para que cosa tan provechosa, y principalmente á los religiosos tan necesaria, se entienda más llanamente, dicha por boca de un tan notable varon.

1. A la entrada de la Religion, ó entrado en ella, debo ser resignado en todo y por todo delante de Dios Nuestro Señor, y delante de mi Superior.

2. Debo desear ser gobernado y guiado por el tal Superior, que mira á la abnegacion del propio juicio y entendimiento.

3. Debo hacer en todas cosas, donde no hay pecado, la voluntad del tal, y no la mia.

4. Hay tres maneras de obedecer, una cuando me mandan por virtud de obediencia, y es bue-

na. Segunda, cuando me ordenan que haga esto ó aquello, y esta es mejor. Tercera, cuando hago esto ó aquello, sintiendo alguna señal de Superior, aunque no me lo mande ni ordene, y esta es mucho más perfeta.

5. No debo hacer cuenta si mi Superior es el mayor, ó mediano, ó el menor, mas tener toda mi devocion á la obediencia, por estar en lugar de Dios Nuestro Señor; porque á distinguir esto, se pierde la fuerza de la obediencia.

6. Cuando yo tengo parecer ó juicio que el Superior me manda cosa que sea contra mi conciencia, ó pecado, y al Superior le parece lo contrario, yo debo creerle, donde no hay demostracion, y si no lo puedo acabar conmigo, á lo ménos deponiendo mi juicio y mi entender, debo dejarlo en juicio y determinacion de dos ó tres personas. Si á esto no vengo, yo estoy muy lejos de la perfecion y de las partes que se requieren á un verdadero religioso.

7. Finalmente, no debo ser mio, mas de Aquel que me crió, y de aquel que tenga su lugar, para dejarme menear y gobernar: así como se deja traer una pella de cera con un hilo; tanto para escribir ó recebir letras, cuanto para hablar con personas, con estas ó con aquellas, poniendo toda mi devocion á lo que se me ordena.

8. Que yo debo hallarme como un cuerpo muerto que no tiene querer ni entender. Segundo, como un pequeño Crucifijo que se deja volver de una parte á otra sin dificultad alguna. Tercero, debo asimilar y hacerme como un báculo en mano de un viejo, para que me ponga donde quisiere, y donde más le pudiere ayudar: así yo debo estar aparejado para que de mí la Religion se ayude y se sirva en todo lo que me fuere ordenado.

9. No debo pedir, rogar ni suplicar al Superior, para que me envie á tal ó á tal parte; para tal ó tal oficio; mas proponer mis pensamientos ó deseos, y puestos echarlos en tierra, dejando el juicio y el mandamiento al Superior, para juzgar y tener por mejor lo que juzgare y lo que mandare.

10. Tamen en cosas leves y buenas se puede pedir y demandar licencia, así como para andar las estaciones, ó para demandar gracias ó cosas así similes con ánimo preparado; que lo que se le concediere ó no, aquello será lo mejor.

11. Asímismo cuanto á la pobreza, no teniendo ni estimando en mí cosa propia, debo hacer cuenta que, en todo lo que poseo para el uso de las cosas, estoy vestido y adornado como una estátua: la cual no resiste en alguna cosa, cuando, ó porque le quitan sus cubiertas.

Hasta aquí son palabras de nuestro B. P. Ignacio; el cual no deseaba esta perfecion de obediencia solamente en los de la Compañía, mas siempre que le pedian consejo personas de otras Religiones, de cómo y en qué habian de obedecer á sus Superiores, los enderezaba por estos mismos caminos, y seguras sendas de verdadera obediencia. Y el mismo Padre que era maestro desta escuela de la perfeta y cumplida obediencia, la guardaba exactísimamente. Porque en el tiempo que aún no estaba fundada la Compañía, cuando perdieron la esperanza de poder ir los nuestros á Jerusalem, el Padre Lainez le dijo que le venia deseo de ir á la India á procurar la salud de aquella ciega gentilidad, que perecia por falta de obreros evangélicos. « Yo, dice el Padre, no deseo nada deso.» Preguntado la causa, respondió: «Porque habiendo nosotros hecho voto de obediencia al Sumo Pontífice, para que á su voluntad nos envie á cualquiera parte del mundo en

servicio del Señor, hemos de estar indiferentes; de manera, que no nos inclinemos más á una parte que á otra; antes si yo me viese inclinado como vos á ir á la India, procuraria de inclinarme á la parte contraria, para venir á tener aquella igualdad é indiferencia, que para alcanzar la perfecion de la obediencia es necesaria.»

Siendo ya General de la Compañía dijo diversas veces, que si el Papa le mandase que en el puerto de Ostia (que es cerca de Roma) entrase en la primera barca que hallase, y que sin mástil, sin gobernalle, sin vela, sin remos, sin las otras cosas necesarias para la navegacion y para su mantenimiento, atravesase la mar, que lo haria y obedeceria no sólo con paz, mas aun con contentamiento y alegría de su ánima. Y como oyendo esto un hombre principal se admirase, y le dijese: «¿Y qué prudencia sería esa?» Respondió el santo Padre: «La prudencia, señor, no se ha de pedir tanto al que obedece y ejecuta, cuanto al que manda y ordena.»





CAPÍTULO V.

DE LA MORTIFICACION QUE TUVO DE SUS PASIONES.

Tuvo con la divina gracia y con el contínuo trabajo y cuidado que puso, tan sujetas sus pasiones y tan obedientes á la razon, que aunque no habia perdido los afectos naturales del alma (porque esto fuera dejar de ser hombre) parecia que no entraba en su corazon turbacion ni movimiento de ningun apetito desordenado. Y habia llegado á tal punto, que con ser muy cálido de complexion y muy colérico, viendo los médicos la lenidad y blandura maravillosa que en sus palabras y en sus obras usaba, les parecia que era de complexion flemático y frio; mas habiendo vencido de todo punto con la virtud y espíritu lo que en el interior afecto era vicioso de la cólera, se quedaba con el vigor y brio que ella suele dar, y que era menester para la ejecucion de las cosas que trataba. De manera que la moderacion y templanza del ánimo, no le hacia flojo ni remiso, ni le quitaba nada de la eficacia y fuerza que la obra habia de tener.

Vímosle muchas veces, estando hablando con algunos Padres con mucha alegría y sosiego, hacer llamar á alguno, á quien por algun descuido queria reprehender; y en llegando el otro, demudar el rostro, mesurarse con una extraña severidad y como si estuviera enojado reprehenderle y

reñirle ásperamente; y al momento que el otro se iba, se volvia él con aquel alegre y mismo semblante á su primera conversacion, serenando el rostro de la misma manera que si aquel no hubiera venido ó él no le hubiera reprehendido. Y así parecia no haberse interiormente turbado, sino que habia tomado y dejado aquella como máscara y semblante de severidad, cuándo y cómo queria. Y esto mismo se veia en todas las demas obras suyas, porque en todas ellas descubria una paz y sosiego de ánimo, y un tranquilísimo estado de seguro y desapasionado corazon.

Este mismo tenor é igualdad guardó siempre en todas sus cosas, porque aunque en el cuerpo tenia varias disposiciones, por la variedad de su mayor ó menor flaqueza, y algunas veces estaba para entender en negocios y otras no, segun que era más ó ménos su salud; pero el ánimo y disposicion interior siempre era la misma. Y así para alcanzar algo dél ó negociar mejor, no era menester aguardar tiempo ó buscar coyuntura, porque siempre estaba de un temple. Si le hablábades despues de decir misa ó despues de comer, levantándose de la cama ó saliendo de oracion, todo era uno. Finalmente, por ninguna diversidad de cosas ó diferencia de tiempos él era otro ni diferente de sí. Y esta igualdad de ánimo y tan pérpétua constancia, tambien como dijimos redundaba en su manera en el cuerpo; el cual se vestia como él quería en el color y demostraciones exteriores, segun la razon y voluntad razonable lo ordenaba.

Acontecia alguna vez estando con el Padre, descuidadamente caerse á alguno de los nuestros alguna palabra que no le pareciese á él tan á propósito, ó tan bien dicha, y luego se mesuraba y se ponia con un semblante algo severo. De manera

que en solo verle conocíamos que habia habido falta, y quedaba avisado y corregido el que se descuidaba. Y esto hacia muchas veces en cosas muy ligeras y menudas, cuya falta por ser tan pequeña, á nosotros se nos iba de vista, y se pasaba por alto; porque no solamente él estaba siempre muy en sí, pero tambien queria que los suyos lo estuviesen.

Tuvo muy mortificado el afecto de la carne y sangre, y el amor natural de los parientes, y así como si fuera hombre nacido sin padre y sin madre, y sin linaje (como dice San Pablo de Melquisedech) ó muerto del todo al mundo y á todas sus cosas, no tenia cuenta ninguna con los negocios de sus deudos, á los cuales procuraba de aprovechar con sus oraciones, para que fuesen siervos del Señor, y pasasen adelante en su servicio. De suerte que lo que se habia de hacer por ellos, no lo media con el afecto natural de la carne, sino con la regla del espíritu religioso y verdadera caridad. Por lo cual estando su sobrina, señora y heredera de la casa de Loyola, para casarse, y pidiéndola por mujer algunos caballeros principales, escribieron al Padre á Roma los Duques de Nájera y de Alburquerque, cada uno por su parte, rogándole muy encarecidamente que escribiese á su tierra, y procurase que su sobrina tomase por marido á cierto caballero rico y principal que le nombraban en sus cartas. Respondió el Padre á estos señores, que aquel casamiento aunque era de su sobrina, no era cosa de su profesion, ni á él le tocaba, por haber ya tantos años ántes renunciado estos cuidados, y ser muerto al mundo, y que no le estaba bien volver á tomar lo que tanto ántes habia dejado, y tratar cosas ajenas de su vocacion, y vestirse otra vez la ropa que ya se habia desnudado, y ensuciar los piés, que con la

gracia divina, á tanta costa suya desde que de su su casa partió, habia lavado.

Y para que esto mejor se entienda, como cosa que tanto importa, con las mismas palabras de N. B. Padre quiero poner aquí el traslado de la carta que escribió al Duque de Nájera en respuesta de la suya, que dice así:

«La suma gracia y amor eterno de Cristo »Nuestro Señor, salude y visite á V. S. con sus »sumos dones y gracias espirituales. Una de V. S. »de 21 de Hebrero me dió ayer el Sr. D. Juan de »Guevara, y no me detendré en excusar el des- »cuido que en el escribir de mi parte he usado, »pues segun mi modo de proceder, y de todos los »que dejan al mundo por Cristo Nuestro Señor, »es cuanto pueden olvidarse de las cosas de la »tierra, por más acordarse de las del cielo; y tener »tanta ménos cuenta con cumplimientos huma- »nos, cuanto más entera la deben tener con lo que »toca al servicio divino. Pero si se hubiera ofre- »cido en que á gloria de Dios N. S. servir á »V. S. yo no hubiera faltado, conforme á mi po- »bre profesion, de mostrar la aficion que yo de- »bo á la persona y casa de V. S. por los favores y »amor con que sus antepasados á ello me obliga- »ron. Y así en mis oraciones pobres, que es don- »de solamente se me ha ofrecido servir, he enco- »mendado, y encomendaré, mediante la gracia »divina, la persona y todas las cosas de V. S. á »Dios Nuestro Criador y Señor, cuya especial »proteccion y gracia muy abundante, deseo sienta »siempre V. S. y toda su casa, á gloria de la su »divina Majestad. Cuanto al negocio del casa- »miento de que V. S. me escribe, es él de tal ca- »lidad, y tan ajeno de mi profesion mínima, que »yo tendria por cosa muy apartada della entre- »meterme en él; y es cierto, que diez y once años

»han pasado que yo no he escrito á ninguno de la »casa de Loyola, haciendo cuenta que á ella, »junto con todo el mundo, una vez la he dejado »por Cristo; y que no debo de tornar á tomarla »por propia por ninguna vía. Con esto si V. S. »juzga que será á mayor gloria divina que se ha»ga este ayuntamiento destas dos casas, y que »á ella tornará bien para el fin que todos debe»mos desear, paréceme convendria escribir al se»ñor de Azaeta, y Martin García de Loyola, mis »sobrinos, para que se viesen con V. S. y perso»nalmente se tratase dello; porque en estos dos »creo que está toda la cosa de aquella parte, co»mo al Sr. D. Juan le he hablado largo sobre to»do. Y así no me queda otro que decir en esto, »sino remitirme á todo lo que bien parecerá á V. S. »en el Señor Nuestro; á quien suplico por su in»finita y suma bondad á todos dé su graccia cum»plida, para que su santísima voluntad siempre »sintamos y aquella perfetamente cumplamos. »De Roma, 26 de Agosto de 1552.»

Si siguiera su gusto é inclinacion natural, y áun el provecho que sacaba del canto (con el cual maravillosamente se recreaba y enternecia su ánima, y hallaba á Dios) pusiera coro en la Compañía; mas como no tenia cuenta en ninguna cosa con su gusto ni inclinacion, sino con lo que era más agradable y para más servicio de Nuestro Señor, dejó de ponerlo. Porque, como yo le oí decir, Dios Nuestro Señor le habia enseñado, que se queria servir de nosotros en otros ministerios y ejercicios diferentes; y que aunque sea tan santa y provechosa, como es en su Iglesia, la ocupacion de cantar en el coro, mas no era esta nuestra vocacion, para la cual Dios nos habia llamado.



CAPÍTULO VI.

DE LA MODESTIA Y EFICACIA DE SUS PALABRAS.

Si, como dice el bienaventurado Apóstol Santiago, el hombre que no yerra en sus palabras es perfeto, porque sabe enfrenar su lengua, y con ella las demas partes de su cuerpo, con razon por cierto podremos contar á N. B. P. Ignacio entre los varones perfetos, pues acertó tambien á regir su lengua (la cual ninguno de los hombres puede domar), y supo con la regla de la razon medir sus palabras.

Cuando se le decia alguna cosa de las que suelen irritar á los hombres y moverlos á ira ó turbacion alguna, luego se recogia dentro de sí, y acudia á Dios, y pensaba atentamente qué sería bien responder. De aquí se seguia, que ni se precipitaba en las palabras, pues iba la razon y consideracion delante dellas, ni tampoco perdia la paz interior y tranquilidad de su alma. Y este hablar sobre pensado, no lo guardaba solamente en esta ocasion, donde se podia temer turbacion, sino perpétuamente en todo lo que decia.

Once años ántes que muriese prometió á un caballero grande amigo suyo de ayudarle en cierto negocio, y despues mirando mejor en ello, le pareció que no estaba bien á su persona hacerlo, y se arrepintió de haberlo prometido, y diciendo él

esto, hallándome yo presente, añadió estas palabras: «En once ó doce años no me acuerdo haberme descuidado tanto en el hablar, ni haber prometido cosa de que despues me arrepintiese.»

Sabida cosa es, que en más de treinta años nunca llamó á nadie ni necio ni bobo, ni dijo otra palabra de que se pudiese agraviar. Y notábamos mucho cuando reprehendia algunas faltas, que con ser sus palabras graves y severas, no tenian acerbidad ni acedia ninguna, ni causa de sentimiento, ni picaba jamás á nadie, sino que penetraba el corazon del reprehendido, y le compungia explicándole y poniéndole delante con severidad y eficacia su culpa, para que conociéndola él, de suyo se avergonzase y desease emendar. Y áun en las más ásperas reprehensiones que hacia, nunca se oyó que dijese á nadie, sois un desobediente ó soberbio, ó perezoso, ó flojo ó otra cualquier palabra pesada, sino con solo declarar y ponderar lo que habia hecho, le mostraba la falta en que habia caido.

Fué muy medido en alabar, y en vituperar mucho más. Por maravilla usaba de los nombres que en latin llaman superlativos, porque en ellos se suelen encarecer algunas veces las cosas más de lo justo. Nunca se halla que dijese mal de nadie, ni que diese oidos á los que le decian. No hablaba en su conversacion de los vicios ajenos, aunque fuesen públicos y se dijesen por las plazas, y procuraba que los nuestros hiciesen lo mismo. Y si por ventura alguna vez alguno se descuidaba y trataba algo de lo que públicamente andaba en boca de todos, ó lo excusaba, ó lo ablandaba, ó cuando esto no podia salvaba la intencion del que habia errado. Mas si la cosa era tan evidente y culpable que no daba lugar á excusa, ni tenia otra salida, asíase de la escritura y decia: «No

querais juzgar ántes de tiempo,» y al otro dicho del Señor á Samuel: «Dios solo es el que mira los corazones;» y «en el acatamiento de su Señor está cada uno en pié ó caido.» Y cuando más condenaba, era diciendo: «Yo cierto no lo hiciera así.» Como quien tenia en su alma impresas aquellas palabras del Señor: «No juzgueis, y no sereis juzgados; no condeneis, y no sereis condenados.»

De las faltas de los de casa tuvo siempre un extraño silencio; porque si alguno hacia alguna cosa ménos decente de lo que convenia, no la descubria á nadie, sino á quien la hubiese de emendar, y entonces con tan grande miramiento y recato, y con tanto respeto al buen nombre del que habia faltado, que si para su remedio bastaba uno solo que lo supiese, no lo decia á dos; y no hacia más de poner la culpa delante los ojos, sin más ruido, ni reprehension, ni ponderacion de palabras. Yo le oí al mismo Padre una vez decir que se habia ido á confesar para acusarse de sola una culpa, que era de haber tratado de la falta de uno con tres Padres, bastando dos para su remedio, siendo la cosa tal, que no perdia con el tercero reputacion ninguna por ello el que era notado. Y así hablaba de todos, que cada uno se persuadia que tenia buena opinion dél, y le amaba como Padre.

Sus palabras eran muy medidas y llenas de graves sentencias; y su plática ordinariamente era una simple y llana narracion, contando las cosas sencilla y claramente, sin amplificarlas ó confirmarlas ni mover los afectos. Decia las cosas llanamente como eran, sin darles otro color, y dejaba á los oyentes que ellos ponderasen sus circunstancias y consecuencias, y que diesen á cada cosa el peso que tenia. Y con esta llaneza,

aunque no descubria él más inclinacion á una parte que á otra, tenian admirable fuerza sus palabras para persuadir lo que queria. Pero con una natural prudencia, cuando contaba las cosas se detenia más en las más graves, pasando por las otras ligeramente.

En su trato y comun conversacion hablaba poco y considerado, y oia largo y hasta el cabo, sin interrumpir al que hablaba. Y no pasaba de una cosa á otra acaso, sino con mucha consideracion, y haciendo camino para lo que se seguia, con dar razon primero á la persona con quien hablaba, porque salia de propósito y pasaba á otra cosa.

A los hombres graves y de mucha autoridad nunca los daba por autores sino de cosas grandes y muy averiguadas, y en que no hubiese duda ni rastro de vanidad.

Era tan grande la fuerza y eficacia de su hablar, que parecia más que humana, porque movia los corazones á todo lo que él queria, no con copia ni elegancia de palabras, sino con la fuerza y peso de las cosas que decia. A hombres duros y obstinados, los ablandaba como una cera, y los trocaba de manera que ellos mismos se maravillaban de sí y de la mudanza que habian hecho; y no solamente los nuestros, sino tambien los extraños; ni solos los hombres de baja suerte, sino tambien los señores y varones de grande autoridad se aplacaban con sus palabras. Y si por caso tenian algun enojo y desabrimiento con el Padre, reconocian en él tan gran señorío en lo que decia, que se rendian y se sujetaban á él, dando el Señor virtud y fuerza á sus palabras. Lo cual aunque con muchos ejemplos se podria declarar; pero bastará que contemos dos de los más señalados.

El año de 1538, cuando se levantó en Roma aquella tan grande tempestad contra N. B. P. y

sus compañeros (de la cual hablamos en el capítulo catorce del segundo libro), decíanse tantas cosas y tan feas y falsas dellos, que Juan Dominico de Cupis, Cardenal de la santa Iglesia romana, y Dean de aquel sagrado Colegio, tuvo mala espina del negocio, y creyendo que nuestro Padre fuese algun embaucador y hombre facineroso, como públicamente se decia, amonestó á un deudo y amigo suyo que se llamaba Quirino Garzonio, en cuya casa posaba él y sus compañeros, que diese de mano á Ignacio, y se apartase de su trato, y le echase de su casa, si no queria que le viniese algun gran daño é infamia de su conversacion. Respondió Quirino al Cardenal, que él habia tratado mucho al Padre y á sus compañeros, y que habia estado sobre aviso, y mirádoles á las manos, para ver si descubria en ellos alguna cosa que fuese ó pudiese parecer mala, y que hasta entónces no habia podido hallar ninguna que no fuese muy santa y muy loable, y muy digna de varones apostólicos: «Engañaisos, Quirino, engañaisos, dice el Cardenal, y no es maravilla que os engañeis, pues no habeis vos podido oir las cosas destos hombres como yo, ni saber lo que yo sé; los cuales tienen apariencia de santos, y no lo son. Del lobo que viene en figura de lobo fácilmente se puede el hombre guardar; mas el lobo que está vestido de oveja, ¿quién le conocerá, ó quién se guardará dél? Turbóse Quirino con estas palabras del Cardenal, fuése luego á buscar á nuestro Padre muy afligido, contóle lo que pasaba, y rogóle que le diese consejo de lo que habia de hacer. Sonrióse él, y con rostro alegre y apacible como solia, le dijo que no tuviese pena, porque no era sólo el Cardenal el que esto decia dél, ni el primero que habia sido engañado con falsas informaciones; y que esperaba en Nues-

tro Señor que tampoco sería el postrero que se desengañase. Y que todo lo que decia el Cardenal nacia de un pecho cristiano y celoso, y deseoso de acertar; y que él encomendaria este negocio á Nuestro Señor; el cual esperaba que, callando ellos, hablaria por ellos y descubriria la verdad. Y como el Cardenal tornase muchas veces á decir lo mismo á Quirino, y le apretase para que dejase la comunicacion que tenia con Ignacio, suplicó Quirino al Cardenal que hablase primero con él, y que dél mismo se informase de su vida y dotrina, y de todo lo demas de que su señoría ilustrísima tenia duda ó sospecha; y que despues le mandase lo que fuese servido, porque en todo le obedeceria. Porque de otra manera no parece que se cumplia con la ley del Evangelio, ni con la de la prudencia, ni con la gravedad y autoridad de su persona, si diese difinitiva sentencia y condenase á un hombre que parecia bueno, sin oirle, ni saber de raiz sus cosas, por sola informacion del vulgo inorante. Entonces dijo el Cardenal: «Venga acá ese hombre, que yo le oiré y le trataré como él merece.» Finalmente en dia señalado vino el Padre y estuvo solo dos horas con el Cardenal en su aposento, estando aguardando toda la gente de fuera, y entre ellos el mismo Quirino; y fué tan grande la fuerza y eficacia que Dios Nuestro Señor dió con su espíritu, y con la verdad que trataba al Padre, que el Cardenal quedó como atónito y tan turbado, que se echó á sus piés y le pidió perdon de lo que habia creido y dicho dél, y salió con él cuando se iba, acompañándole muy cortesmente, y señaló luego limosna de pan y vino para él y para sus compañeros. La cual mandó dar cada semana, y se dió siempre todos los dias de su vida; y quedó tan desengañado y tan trocado, que comenzó á ser grande amigo y

defensor de N. B. P. Ignacio y protector de la Compañía. Lo cual Quirino supo del Cardenal, y yo del mismo Quirino; que con grande maravilla me solia contar este hecho, para declarar la virtud y santidad del Padre y la fuerza que Dios daba á sus palabras.

No es desemejante á esto lo que le aconteció el tiempo que estuvo en Alcalá de Henares. Habia en aquella universidad un caballero muy principal en sangre y en dignidad eclesiástica; que vivia más libremente de lo que á su persona y estado convenia, y habia dello mucho escándalo y murmuracion en el pueblo. No faltaban por ventura imitadores que siguiesen sus pisadas, y se fuesen tras él enlazados en torpes liviandades, por parecerles que el ejemplo de hombre tan grave los podia excusar del todo, ó á lo ménos hacer más liviana su culpa. Supo esto nuestro B. P., y determinóse de embestir con el caballero: vase un dia solo y pobremente vestido, y sin opinion de letras (porque aún no habia estudiado las artes) hácia la tarde á su casa, y pide audiencia: turbóse el caballero, pero, en fin, no se la pudo bien negar. Entra en su aposento, dícele que le quiere hablar á solas, y aunque se le hizo duro, sálense fuera todos los demas, y comienza él á descubrirle sus llagas, y ponerle á Dios delante y á rogarle que mire por sí, y por los que lleva tras sí al infierno, y otras cosas á este tono, con mucha humildad y modestia por una parte, y por otra con grande libertad y fuerza de espíritu. Alteróse en gran manera el caballero, viendo que un hombrecito por ahí le hablaba con tanta libertad, y comenzó á dar voces, y á decir que le mandaria echar por los corredores abajo si más hablaba, reprehendiéndole pesadamente de loco atrevimiento. Pero nuestro Padre no era hombre

que se espantaba con voces ni con amenazas: y así sin turbarse punto, se estuvo muy sosegado, y con maravillosa serenidad y gravedad de rostro, comenzóle á apretar más con la fuerza de la verdad y con el peso de las vivas razones que le decia: á las cuales dió Nuestro Señor tanta eficacia con su espíritu, que al fin el caballero comenzó á ablandar y á templar su cólera, y hablar más mansamente, y rendirse y sujetarse. Y estando todos los criados que habian oido las voces de su amo (que las de N. P. no se oian) aguardando en la sala que les mandase arrebatarle y maltratarle, salió el caballero á deshora regalándole mucho y honrándole: y porque ya era hora de cenar, le rogó que se quedase á cenar con él aquella noche, y él lo hizo por darle contento y ganarle más la voluntad. En fin, acabada la cena, mandó el Señor aparejar una mula, porque llovia y era tarde, en que se fuese, y que sus criados le acompañasen y alumbrasen: no quiso acetar la mula, mas salió con los criados (que esto no pudo excusar), y de ahí á poco hurtóles el cuerpo, y ellos se volvieron á su amo, maravillados dónde se les hubiese desaparecido: y de ahí adelante fué este caballero amigo de N. Padre, y le hizo buenas obras.

Tambien sus palabras eran muy eficaces para desapasionar y sosegar almas afligidas. Sabemos que hoy vive en la Compañía uno que vino á nuestro B. P. con tan grande amargura y quebranto de corazon, que no podia hallar paz ni descanso, y con sola una palabra que le dijo, le libró para siempre de aquella cruz y tormento que padecia.

Otro tambien conocemos en la Compañía que andaba tan asombrado de un vano temor que tuvo, que aun de su sombra parece que tembla-

ba: al cual con muy pocas palabras le quitó el miedo y le aseguró. Bien podria yo aquí contar otros ejemplos más interiores y propios, y con ellos declarar la fuerza que el Señor daba á las palabras deste su siervo para trocar los corazones, serenar las conciencias, sanar las ánimas enfermas y afligidas, esforzar las flacas, y darles constancia y seguridad: mas quiero callar por no hablar de cosa que pueda parecer mia. Esto es cierto que Dios Nuestro Señor dió este don sobrenatural á nuestro B. P. Ignacio, que muchas veces con muy pocas palabras sanaba los corazones de las personas que á él acudian tan enteramente, que parecia que les quitaba como con la mano, no solamente la dolencia presente, sino que cortaba para siempre las raices y causas della.

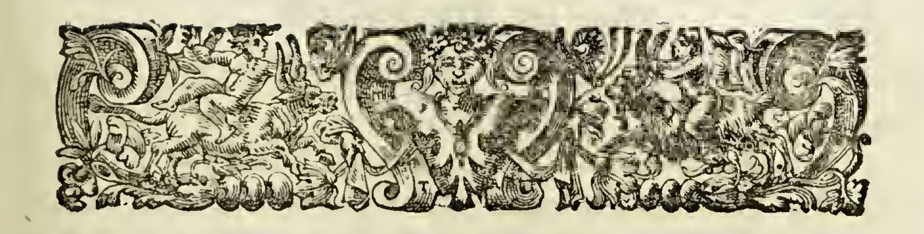
Antes que en Roma se hiciese la casa de los catecúmenos, solian, como habemos dicho, catequizarse en nuestra casa los que del judaismo venian á pedir el santo bautismo: entre estos, uno que se decia Isaac comenzó un dia á estar tan fuera de juicio y furioso, que pidió licencia para irse á su casa, porque no queria recebir ya el Bautismo, que ántes tanto deseaba; y no fueron parte para detenerle las buenas palabras de los nuestros ni los halagos, persuasiones y ruegos que con él usaron. Súpolo N. Padre, y haciéndole traer delante de sí furioso como estaba, le dijo amorosamente estas solas palabras: «Quedaos con nosotros, Isaac,» y con solas ellas, obrando interiormente el Espíritu Santo, al punto tornó en sí, y se aplacó y quedó con alegría en casa; y perseverando en su buen propósito, al fin recibió con gozo el agua del santo Bautismo.

Tambien libró á un endemoniado con su palabra: el cual fué muy conocido mio ántes que el demonio le atormentase, y despues que fué li-

brado dél y se hizo religioso en un santísimo monesterio de Italia. Este era un mozo vizcaino que se llamaba Mateo; el cual, aunque no fué de la Compañía, vivió en nuestra casa de Roma algunos meses, y en el tiempo que nuestro B. P. Ignacio se recogió en san Pedro Montorio para confesarse generalmente, y tratar si habia de acetar el cargo que le daban de Prepósito general (como se dijo en el primero capítulo del tercero libro desta historia) entró en este pobre mozo el demonio, y comenzóle á atormentar de manera, que le derribaba en el suelo con tan gran fuerza, que muchos hombres valientes no le podian levantar, y poníansele en la boca y hinchábansela: y en haciendo sobre ella la señal de la cruz, luego se le deshinchaba, y se le pasaba á la garganta, hinchándola de la misma manera: y haciendo sobre la garganta la cruz se deshinchaba, y bajaba la hinchazon al pecho y de allí al estómago y vientre, que parecia que huia de la cruz, como es la verdad; y que su señal sola bastaba para vencerle y echarle de donde estaba. Y como dijésemos algunas veces al demonio que presto volveria el B. P. Ignacio á casa, y le echaria de aquel cuerpo, respondia él dando gritos y despedazándose: «No me menteis á Ignacio, que es el mayor enemigo que tengo en este mundo.» Tornó el Padre á casa, supo lo que pasaba, llamó al mozo á su aposento y encerróse á solas con él: lo que le dijo ó hizo, no lo sabré decir, pero desde entonces quedó Mateo libre, y tornó en sí. Y hoy dia aún no sé si vive en el monesterio santísimo de Camáldula, en Italia, y se llama fray Basilio.

Y porque viene á propósito, por lo que habemos dicho del odio grande que el demonio tenia á nuestro B. Padre Ignacio, y que le llamaba su cruel y mortal enemigo, quiero añadir que en Pádua, vi-

viendo aún el Padre, hubo un soldado, italiano de nacion, hombre de baja suerte y simplicísimo; el cual, ni le conocia, ni creo que jamás habia oido su nombre. En este pobre soldado, permitiéndolo así Nuestro Señor, entró Satanás, y le atormentó miserablemente; y un dia estando con los exorcismos y sagradas oraciones de la santa Iglesia conjurando al demonio y apretándole en el nombre de Dios, y mandándole que saliese de aquel cuerpo, comenzó á hablar del Padre y á pintarle tan al vivo y tan al propio, que el Padre Maestro Lainez que estaba allí y me lo contó, quedó muy maravillado; y dando bramidos, decia que el mayor enemigo que tenia entre todos los vivientes era Ignacio. Y otra vez, luego que murió nuestro Padre, en la ciudad de Trápana, que es en Sicilia, conjurando en la iglesia á un demonio que atormentaba á una pobre doncella, estando presentes muchas personas graves, preguntó un sacerdote al demonio si conocia al P. Ignacio, y si sabia á dónde estaba: respondió, que Ignacio, su enemigo, ya era muerto, y estaba en el cielo entre los otros Patriarcas y Fundadores de las Religiones. Y aunque estas cosas por ser dichas del padre de la mentira, no tienen certidumbre de verdad, con todo eso, porque Nuestro Señor muchas veces se las hace decir aunque le pese, para honra de sus santos, no se han de desechar como falsas, pues vemos que son conformes á la vida y merecimientos deste bienaventurado Padre; que aun en el Evangelio leemos que Nuestro Señor Jesucristo quiso que los demonios le reconociesen, y que á grandes voces confesasen que era Hijo de Dios, y que habia venido para destruirlos; y conforme á esto leemos otros ejemplos en las historias sagradas, en honra y alabanza de los santos.



CAPÍTULO VII.

CÓMO SUPO JUNTAR LA BLANDURA CON LA SEVERIDAD.

No fué de las menores virtudes de nuestro B. Padre Ignacio, haber sabido tan perfetamente hermanar la severidad con la suavidad, que son dos cosas que con tanta dificultad se hallan juntas. Era espantoso á los rebeldes, y suavísimo á los humildes y obedientes; mas de suyo siempre era más inclinado á la blandura que al rigor.

Estaba en casa un novicio tentado en su vocacion é inquieto, que sospiraba por las ollas de Egipto, y queria volver á la dura servidumbre de Faraon. Hablóle el Padre dulcísimamente para desviarle deste su propósito, y reducirle al primer espíritu con que Dios le habia llamado. No bastó este remedio; envióle á hablar con otros Padres, y cerrando el novicio los oidos á todos los buenos consejos que se le daban, cuanto más le decian se iba endureciendo más; y afirmaba que el dia siguiente se habia de ir luego por la mañana, porque era ya de noche y muy tarde. Súpolo nuestro Padre y dice: «¿Mañana se quiere ir? Pues no será ello así, sino que no ha de dormir esta noche en casa;» y mandó que luego á la hora le despidiesen, para que pues él no se habia aprovechado de la benignidad, á lo ménos aprovechase á

otros el ejemplo desta severidad que con él se usaba.

Aunque conservaba mucho su autoridad con el ejemplo admirable que daba de todas las virtudes, y principalmente con la opinion que de su prudencia, experiencia y santidad todos tenian, ayudaba tambien mucho para esto el rigor que usaba para atajar los males de peligro que podian suceder, ó por ser de suyo graves ó pegajosos. Y deste rigor por la mayor parte usaba él con los que por estar obstinados se hacian incurables, ó eran de dura cerviz ó revoltosos, ó perturbadores de la paz y enemigos de la concordia; y finalmente, contra los que arrimados á su parecer, y hinchados y casados con sus propias opiniones, no saben ceder á nadie ni dar á torcer su brazo. Porque todos estos decia que eran perjudiciales en la Religion. Y por esto ni los recebia en la Compañía si los conocia ántes por tales, ni los tenia en ella despues de recebidos, si veia que no les aprovechaba la cura. Y cuanto uno era más docto ó más ilustre, tanto nuestro Padre era más vigilante y cuidadoso, para ver si habia en él algun avieso y siniestro, que por encubrirse con opinion y apariencia de letras ó de esclarecida sangre, pudiese pegarse ó dañar á otros.

Tambien le daba autoridad con los súbditos, ver que muchas veces por faltas pequeñas daba penitencias graves, como la dió una vez á unos hermanos nuestros, porque sin su licencia, en la convalecencia de sus enfermedades habian tomado en la viña cierta recreacion. Y á un novicio dió otra penitencia rigurosa, porque se lavaba las manos algunas veces con jabon, pareciéndole mucha curiosidad para novicio; y destos ejemplos podria contar otros. Porque temia que los yerros pequeños se hiciesen grandes si no eran

castigados, y ya que ellos no dañasen por sí á los que los hacian, que no viniesen á cundir en otros y á ser no sólo dañosos con el mal ejemplo, mas aún perniciosos para adelante. Y tenia por muy grave daño cualquiera manera de nueva introducion en la Religion, mayormente en este género de cosas y en sus principios.

Por otra parte mostraba gran suavidad y tenia muchas cosas que le hacian muy amado de los suyos. La primera, la opinion que tenian de su sabiduría, que esta es gran motivo para que los hombres amen y estimen al que tienen por muy sabio. La segunda, lo mucho que él los amaba, que en fin el amor naturalmente cria y engendra amor. Y todos sabian que los tenia como á hijos muy queridos, y que él les era amorosísimo padre. Y allende desto, como él conocia tan bien lo que pesaba cada uno, y dónde llegaban sus fuerzas espirituales y corporales, no echaba más peso á nadie de cuanto podia suavemente llevar; y áun desto aflojaba un poco y quitaba parte, porque no fuesen sus hijos oprimidos con la carga, ántes la llevasen con alegría, y pudiesen durar en ella.

Si alguno de los nuestros le pedia cosa que le pareciese á él que la debia negar, negábala, pero de tal manera, que dejaba sabroso al que se la pedia, dando cuando convenia, las razones por qué no era bien concederla. Y cuando concedia con lo que le pedian, dábales tambien las causas por las cuales se les podia negar; y esto para que el que no alcanzaba lo que deseaba no fuese descontento, y el que lo alcanzaba lo tuviese en más y no se lo pidiese muchas veces.

Era tan diestro en juntar la suavidad con la severidad, que aunque deseaba mucho, y persuadia á todos los suyos que estuviesen indife-

rentes, é igualmente aparejados á las cosas de la obediencia sin inclinarse más á una parte que á otra; todavía examinaba con gran diligencia, y miraba mucho las inclinaciones naturales de cada uno; y acomodábase á ellas en todo lo que las veia bien encaminadas. Porque entendia cuán trabajoso es lo que se hace con natural repugnancia, y que ninguna cosa violenta es durable. Y con esto resplandecia mucho la luz de su sabiduría y espíritu, en juntar con tanto artificio y prudencia cosas tan diferentes y apartadas entre sí, como son la diferencia por una parte, y por otra la inclinacion de cada uno; y mostraba la severidad religiosa en pedir la indiferencia, y en seguir y condecender con la inclinacion mostraba la blandura y benignidad que tenia.

Si alguno hacia cosa que le pareciese digna de castigo, lo primero que procuraba con todo cuidado era, que conociese su culpa el que hàbia faltado; y no se la encarecia él con palabras, sino con el peso de las mismas cosas. Despues que ya conocia su culpa, hacia que él mismo se tasase la pena; y si le parecia demasiada, él se la moderaba y disminuia. Y con esta maravillosa prudencia venia á alcanzar dos cosas. La una que no le perdiesen el respeto ni el amor los suyos. La otra, que no quedase culpa ninguna sin castigo. Y cierto es cosa digna de admiracion lo que en esta parte muchas veces vimos y notamos, que en tanta muchedumbre y diversidad de hombres por maravilla hubo ninguno, que por ser ó reprehendido de palabra, ó con grave penitencia castigado deste gran siervo del Señor, se enojase y volviese contra él, ántes se volvia cada uno contra sí mismo, porque habia faltado.

Cuando uno reconocia su culpa y se emendaba della, de la misma manera le abrazaba y trataba,

como si jamás hubiera caido en ella. Y con esta demostracion de amor, le quitaba de su parte la vergüenza con que á las veces los que han caido en alguna falta suelen quedar desanimados; y poníala él en perpétuo olvido, curando las llagas de tal suerte, que no quedase señal, ni rastro, ni memoria dellas.





CAPÍTULO VIII.

DE LA COMPASION Y MISERICORDIA QUE TUVO.

De la misma blandura y benignidad procedia aquel condolerse de los dolientes de casa, porque era sin duda grande su caridad para con los enfermos, convalecientes y flacos.

Tenia ordenado que en enfermando alguno luego se lo hiciesen saber, y al comprador de casa, que le viniese á decir dos veces cada dia si habia traido al enfermero lo que para los enfermos era menester. Y cuando no habia dineros para comprarlo, mandaba que se vendiesen unos pocos platos y escudillas de peltre que entre las alhajas de casa se hallaban; y si esto no bastaba, que se vendiesen las mantas de las camas, para que á los enfermos no faltase cosa de lo que el médico ordenaba.

Y viendo que en aquellos principios de la Compañía muchos de nuestros estudiantes, mozos de grande virtud y habilidad, ó se habian muerto, ó quedaban muy debilitados (de puro trabajo que con el fervor del espíritu tomaban), hizo edificar una casa en una viña dentro de los muros de Roma, pero apartada de lo que ahora es habitado, á donde los estudiantes pudiesen re-

crearse honestamente á sus tiempos, y cobrar nuevos alientos para trabajar más. Y como algunos, por haber en casa mucha necesidad, le dijesen, que en tiempo tan apretado harto era vivir y sustentarse sin labrar casa en el campo, respondió: «más estimo yo la salud de cualquier hermano que todos los tesoros del mundo;» y nunca le pudieron apartar de su propósito. Antes solia decir: «Cuando uno está enfermo no puede trabajar, ni ayudar á los prójimos; cuando está sano, puede hacer mucho bien en servicio de Dios.»

Estaba el Padre una vez muy flaco y cansado, tanto que á persuasion de los que entonces nos hallamos en Roma, hubo de nombrar un Vicario general que mientras duraba aquella flaqueza le descargase y aliviase en el gobierno; y ordenando al Ministro de la casa que todo lo que por las reglas de su oficio estaba obligado á consultar con él, lo consultase y tratase con el Vicario, sólo se reservó lo que tocaba á los enfermos, para que se lo refiriese á él, y no quiso cometer este cuidado á otro ninguno, sino tenerle él mismo, estando tan debilitado como digo que estaba.

Iban una vez peregrinando juntos los Padres Ignacio y Lainez; dióle un dolor gravísimo á Lainez repentinamente: y lo que para su remedio y alivio hizo nuestro Padre, fué buscar una cabalgadura, dando por ella un real que solo habian allegado de limosna, y envolviéndole con su pobre manteo, le subió en ella; y para animarle más, como otro Elías, iba siempre delante dél corriendo á pié, con tanta ligereza y alegría de rostro y ánimo, que el Padre Lainez me decia, que apénas á caballo podia atener con él.

No quiero dejar de decir lo que á mí estando

enfermo me aconteció. Habíanme sangrado una noche de un brazo; puso el Padre quien estuviese aquella noche conmigo; no contento con esto, estando ya todos durmiendo, á la media noche, sólo el buen Padre no dormia. Dos ó tres veces envió quien reconociese el brazo y viese si estaba bien atado; porque no me aconteciese por descuido lo que á muchos ha acontecido, que soltándoseles la vena perdieron la vida.

Decia que por maravillosa y divinal providencia tenia él tan corta y tan quebradiza salud, y estaba tan sujeto á enfermedades, para que por sus trabajos y dolores supiese estimar los trabajos y dolores de los otros, y compadecerse de los flacos.

Todo esto era usar de compasion y misericordia con los enfermos, mas no le faltaba tambien la severidad con ellos cuando era menester. Porque queria que de todo punto se descuidasen de sí mismos y obedeciesen perfetamente, y tuviesen paciencia, y fuesen bien acondicionados, y no pesados ó desabridos ó mal contentadizos; ni pidiesen que los mudasen á otros aires por su antojo, ni tratasen desto por sí con los médicos. Y finalmente, queria que los enfermos supiesen que sus Superiores tenian dellos el debido cuidado, y que ellos se descuidasen enteramente de sí. Y si veia que alguno en la enfermedad no iba por este camino, sino que era congojoso, mal sufrido y pesado, aguardaba que sanase, y despues le castigaba por ello.

Tambien si veia que alguno era de recia condicion é intratable, y que por ser hombre robusto, y por la rebeldía y malas mañas de la carne no tomaba tan bien el freno, ni seguia tanto la regla del espíritu y de la mortificacion; á este tal, para que su alma se salvase, y asentase el

paso, cargábale algunas veces aún más de lo que sus fuerzas podian llevar. Y si caia malo, no le pesaba mucho, mas hacíale curar de tal manera, que ni él se olvidaba de la benignidad de padre, ni se descuidaba de lo que para ayuda de su espíritu el enfermo habia menester.





CAPÍTULO IX.

DE SU FORTALEZA Y GRANDEZA DE ÁNIMO.

Muchas son las cosas de que podemos sacar la constancia, fortaleza y grandeza de ánimo que tuvo nuestro B. Padre.

Siendo como era muy enfermo y de graves dolores atormentado, nunca se le oyó un gemido, ni se vió en él señal de ánimo descaecido, mas con alegre rostro y con palabras blandas decia que se le aplicasen los remedios necesarios. Tres dias sufrió una vez un gravísimo dolor de muelas sin dar muestra de dolor. Otra vez estando malo de la garganta, cosiendo un hermano una venda que le ponia para envolver el cuello, sin mirar lo que hacía, le pasó la oreja con el aguja de parte á parte; al cual dijo el Padre con gran paz y sosiego solas estas palabras: «Mirad, hermano, lo que haceis.» Pero ¿qué maravilla es que llevase con tanta paciencia la picadura de una aguja siendo ya Capitan de la milicia de Cristo, el que siendo soldado de la vanidad del mundo, con tanta fortaleza sufrió que le cortasen los huesos de la pierna?

El año de 1543 morábamos en una casa alquilada en Roma. Era nuestro Procurador el Padre Pedro Codacio, hombre magnánimo, y con la pobreza de Cristo riquísimo, el cual, aunque no tenia con qué, confiado en la divina Providencia, quiso labrar la casa en que agora vivimos; y para

ello compró al fiado los materiales necesarios. Mas como no pudiese despues pagar á sus acreedores, y los trujese en largas de dia en dia; finalmente, la justicia del Papa envió sus alguaciles á casa para que á Codacio le sacasen prendas, y se entregasen en cualesquier alhajas que en ella hallasen; pero estas eran tan pocas y tales, que mostraban bien nuestra pobreza. El Ministro de casa, turbado de ver la justicia en casa y tanto tropel de gente, envió luego un Padre que buscase á nuestro Padre, que estaba fuera de casa, y le avisase de lo que pasaba. Hallóle el mensajero en casa de cierta persona devota de la Compañía, hablando con ella y con otros caballeros, y dióle al oido el recaudo. Y el Padre, sin alterarse nada, díjole: «bien está,» y volvióse á su plática, y detúvose en ella hasta que la acabó. De allí á obra de una hora, con alegre semblante dice á los amigos con quien hablaba: «¿No sabeis la nueva que me traian?—¿Qué nueva?» dijeron ellos, y como sonriéndose les contase lo que pasaba tan sin pena y con tanta igualdad de ánimo como si el negocio no tocara á él, alteráronse ellos mucho, y tomáronle por propio, queriéndole remediar. Pero con la misma paz y rostro sereno: «No hay para qué, dijo nuestro Padre; porque si nos llevaren las camas, la tierra nos queda que tengamos por cama, que pobres somos, y que vivamos como pobres no es mucho.» Y añadió: «Cierto que si yo estuviera presente, no me parece que les pidiera otra cosa á los ministros de la justicia sino que me dejaran unos papeles, y lo demas que lo tomasen á su voluntad; y si esto me negaran, digo de verdad que tampoco se me diera mucho.» Lo que (para abreviar) sucedió fué, que un caballero vecino nuestro, llamado Jerónimo Estala, salió fiador por nosotros, y con esto los alguaci-

les no tocaron á cosa alguna de casa. Y el dia siguiente un devoto de la Compañía que se llamaba Jerónimo de Arze, doctor en santa teología, sin saber nada de lo que habia pasado, dió á Codacio docientos ducados; con los cuales pagó sus deudas, y aprendió con este ejemplo cuánto áun en las cosas más apretadas se ha de confiar en Dios.

Una de las cosas en que más se mostró la alteza de ánimo que el Padre tenia, era esta firmísima confianza en Dios, y el hacer tan poco caso del dinero. Porque aunque en el deseo y en la obra era pobrísimo, mas en el ánimo y confianza en Dios era riquísimo. Por lo cual nunca por verse pobre y con necesidad dejó de recebir á ninguno que fuese bueno para la Compañía, y que pareciese venir llamado de Dios. Para esto traia muchas veces aquello del Profeta diciendo: «Sirvamos nosotros á Dios, que Él mirará por nosotros, y no nos faltará nada. Pongamos en Él nuestras esperanzas, que Él nos mantendrá. Esperemos en Dios, haciendo lo que debemos, y seremos en sus riquezas apacentados.» Y como algunos, no sólo de los de fuera, sino de los de casa, se maravillasen y deseasen saber en qué estribaba la confianza, con que sustentaba tanta gente en Roma sin tener rentas ni provisiones ciertas, y un Padre familiarmente se lo preguntase, díjole el Padre las esperanzas que tenia, y los socorros que esperaba. Pero aunque todos ellos fueran ciertos, no bastaban para sustentar la mitad de la gente; y así le dijo él: «Pues, Padre, todo eso es incierto, y aunque fuese muy cierto, todo es poco para lo que es menester.» Entonces le respondió: «Oh, Padre, sí que de algo me tengo yo fiar de Dios; ¿no sabeis cuántas fuerzas tiene la esperanza en Dios? ¿y que la esperanza no tiene lugar cuando

todo sobra y está presente? Porque la esperanza que se vee, no es esperanza, que si lo veis, ya no lo esperais.» Y así sin duda nos aconteció muchas veces, que en esperanza contra esperanza se sustentó nuestra pobreza. Desta confianza en Dios tenemos muchos y esclarecidos ejemplos; algunos de los cuales contaré, y por ellos se sacarán los demas.

Estando una vez en grande aprieto la ciudad de Roma, y siendo algunos de los nuestros de parecer que se enviase parte de la gente que habia, y se repartiese por otros colegios de Italia, porque no habia con qué sustentarlos en Roma; en este mismo tiempo hizo llamar á un excelente arquitecto, que se llamaba Antonio Labaco, y tenia un hijo en la Compañía, y púsose muy de propósito á tratar con él de tomar dos sitios, uno para nuestro colegio, y otro para el colegio Germánico, y de labrarlos, y de hacer la traza de la obra, y la cuenta de lo que costarian; como hombre que sabía que aquellas obras estaban fundadas en Dios, y tenian echadas raices que no se pueden secar, y cimientos que no pueden desfallecer con lluvias ni avenidas de rios, ni furor de los vientos. Este mismo año, que fué el de 1555, habiendo en Roma gran falta de mantenimientos por la guerra que se hacia en tiempo del Papa Paulo IV, de manera que aun los hombres ricos y señores poderosos despedian parte de su familia por no poderla sustentar, Dios Nuestro Señor proveia á los de la Compañía que estaban en ella, los cuales eran más de ciento sesenta, tan abundantemente de todo lo necesario, que muchos lo echaban de ver teniéndola por cosa milagrosa. Y como dijese esto un Padre delante de otros á nuestro S. Padre Ignacio, y añadiese: cierto que parece cosa de milagro, nuestro Padre se paró un poco, y con un

semblante algo severo (como en semejantes cosas solia) dijo: «¿Qué milagro? Milagro sería si así no fuese; porque despues que la Compañía está en Roma, siempre habemos visto que cuando más gente ha habido en casa, y más carestía de lo necesario en la ciudad, entonces Nuestro Señor, como piadoso Padre, nos ha proveido con más abundancia.»

Otra vez muerto en Roma Pedro Codacio, que solia ser todo el sustento temporal de la casa, y padeciéndose en ella mucha necesidad, y temiéndose cada dia mayor, por ser el año apretado, y por estar los Cardenales que nos ayudaban con sus limosnas, en cónclave, ocupados por la muerte de Paulo III en la eleccion del nuevo Pontífice, muchos que lo miraban con ojos humanos, temian que habian de venir los nuestros á morir de hambre. Mas nuestro Padre no sólo no perdió el ánimo de poder sustentar los que tenia en casa, pero aun otros muchos más: y así recibió en pocos dias para la Compañía muchos que la pedian, no sin maravilla de todos los que sabian la mucha estrechura y poca posibilidad que habia en casa. Pero esta maravilla cesó con otra mayor que luego sucedió. Juan de la Cruz, que era nuestro comprador, hermano lego, y hombre sencillísimo y devoto, venia una tarde á boca de noche de san Juan de Letran hácia nuestra casa, y llegando al anfiteatro que llaman el Coliseo, le salió al camino un hombre que sin hablarle palabra le puso cien coronas de oro en la mano. Alteróse mucho el hermano cuando le vió y herizáronsele los cabellos y quedó lleno de espanto, porque el hombre súbitamente desapareció, y se le fué de delante los ojos. Otra vez iba una mañana el mismo Juan de la Cruz á comprar, y encontróse con un hombre que le puso una bolsa llena de duca-

dos en la mano, y por no ser aún bien de dia, no pudo conocer quién era; y temiendo que fuese algun demonio que le queria engañar, entróse nuestro comprador en santa María de la Minerva, que está allí cerca, lleno de pavor y sobresalto, á hacer oracion, suplicando á Dios, que si aquella era tentacion de Satanás, le librase de sus asechanzas.

Traido cl dinero á casa pensaban algunos que era falso y aparente, y hecho por arte del demonio para engañarnos; mas hallóse que era moneda nueva y buena, y de oro fino; y con ella se pagaron las deudas que teníamos. Casi al mismo tiempo hallándonos con harta necesidad, buscando el Padre Polanco ciertos papeles en una arca, que estaba en lugar público y sin ninguna cerradura, y llena de andrajos y trapos viejos, halló dentro cierta cantidad de coronas de oro, nuevas y relucientes; con las cuales se socorrió aquella necesidad. Aunque no es tanto de maravillar esto que diré, no deja de ser señal de la Divina Providencia que con tanto cuidado mira nuestras cosas, que hallándonos diversas veces en grandísimo aprieto, y con falta de lo necesario, viniesen muchos de suyo, unos á ofrecernos, y otros á traernos á casa el dinero, sin saber el punto á que llegaba nuestra necesidad. Y con esta experiencia crecia en nuestro B. P. Ignacio cada dia más la confianza en Dios Nuestro Señor, viendo que al tiempo de la mayor necesidad con paternal providencia le socorria.

Particularmente una vez sucedió un caso que por parecerme señalado y haber sido muy notorio en la casa y colegio de Roma, le quiero yo escribir aquí. El año de 1555, á los 16 de Setiembre, queriendo el Padre Juan de Polanco proveer al colegio romano de dineros para el gasto necesario y para pagar á los oficiales que andaban en la

obra, y no teniendo con qué, ni hallándolo prestado, ni de otra manera, se fué á nuestro B. Padre con mucha alegría, y contóle lo que pasaba. Nuestro B. Padre se encerró en su aposento en oracion; la cual acabada, llamó á los Padres Lainez y Cristóbal de Madrid, y al mismo Polanco; y les dijo el aprieto en que estaban las cosas, y lo que le habia referido el Padre Polanco, y que él lo habia encomendado á Nuestro Señor, y que aunque no era profeta, ni hijo de profeta, tenia por muy cierto que Él lo proveeria todo como Padre benignísimo. Y volviéndose á Polanco le dijo: «Proveedme vos al colegio estos seis meses, y tened cuidado de su sustento, que despues yo le proveeré y os descargaré de ese cuidado.» Fué cosa maravillosa, que con ser ya muy tarde y cerca de la noche, el mismo dia, de dos partes bien diferentes la una de la otra, ciertas personas no sabiendo este aprieto, nos enviaron dineros con que se socorrió aquella necesidad. Partí yo de Roma el Otubre siguiente para Flandes, y el mes de Marzo de 1556, cuando se cumplia el plazo de los seis meses que habia dicho nuestro B. Padre, escribí al P. Doctor Olabe á Roma que me avisase de lo que pasaba; respondióme que el dia ántes que recibiese mi carta habia llegado á Roma buena cantidad de moneda, con la cual se habian pagado las deudas del colegio, y que nunca las cosas dél habian estado más holgadas, ni el Maestro Polanco más descansado; y en fin, que se habia cumplido tan bien lo que nuestro Padre habia ántes dicho, que él no tenia necesidad para su satisfacion, de ver resucitar muertos, ó alumbrar ciegos, ó sanar cojos y mancos, sino de luz del cielo, para ver con los ojos interiores lo que veia con los exteriores del cuerpo.

Pues ¿qué diremos de lo que arriba queda con-

tado, que ántes que tuviese compañeros este Capitan esforzado de Dios, en todas sus persecuciones nunca quiso valerse de abogados, ni de favores humanos, sino ántes ser desamparado que con el patrocinio de alguna criatura defendido? Mas despues que los tuvo, siempre quiso que se averiguasen por tela de juicio las calumnias que se le oponian, mostrando en lo primero ánimo valeroso y gran confianza en Dios, y en lo segundo su caridad y maravillosa prudencia.

Consideraron muchos otra señal de grande ánimo en el santo Padre, que estando él tan flaco y tan quebrantado y gastado de enfermedades, y con necesidad de tener muchas personas importantes cabe sí para tantos y tan árduos negocios, como en fundar y gobernar la Compañía, cada dia se le ofrecian; con todo esto, si para la mayor gloria de Dios veia convenir, no dejaba de privarse de las ayudas que tenia, sin ningun respeto de su persona, ni de las cosas que tenia entre manos. Y vímosle algunas veces quedarse solo con todo el peso de los negocios, habiendo enviado de Roma á diversas partes, todos aquellos Padres que eran sus piés y manos, y de quienes solos se solia y podia ayudar.

Yo mismo le oí decir, estando ya muy enfermo y al cabo de su vida, que si para el bien de la Iglesia de Jesucristo fuese menester que viniese á pié desde Roma hasta España, que luego se pondria en camino, y que esperaba en Dios le ayudaria para acabarle. «Con este báculo, decia él, iré solo y á pié hasta España, si fuere menester.»

En sufrir las adversidades, y en salir de las dificultades que se le ofrecian, mostraba ánimo grande y constantísimo. Acontecíale estar enfermo en la cama, y ofrecerse algun trabajo que para vencerle era necesario su valor, virtud y pruden-

cia; y parecia que cobraba para ello fuerzas, y que el cuerpo obedecia á la voluntad y á la razon, y que se hallaba sano y recio para ello. Y era esto tan averiguado entre nosotros, que cuando estaba gravemente enfermo solíamos decir: «Roguemos á Dios que se ofrezca algun negocio árduo, que luego se levantará nuestro Padre de la cama, y estará bueno.»

Un dia fué á visitar á un señor devoto de la Compañía, del cual no fué tan bien recebido como era razon. Pensó que era la causa el no valerse tanto los nuestros de su autoridad y buena voluntad para las cosas de la Compañía, como de otros, y díjome: «Yo quiero hablar claro á este señor, y decirle: que há más de treinta años que Dios Nuestro Señor me ha enseñado, que en las cosas de su servicio tengo de tomar todos los medios honestos y posibles; pero de tal manera, que no ha de estribar mi esperanza en los medios que tomare, sino en el Señor, por quien se toman. Y que si Su Señoría quiere hacernos merced y ser uno destos medios para el divino servicio, que le tomarémos con muy entera voluntad; pero que ha de entender, que ni en él, ni en otra criatura viva estribará nuestra esperanza, sino sólo en Dios.»

Así como era magnánimo en emprender cosas árduas y dificultosas, así en las que una vez emprendia era constantísimo, y desta constancia habia muchas causas. La primera, el pensar las cosas con grande atencion, y considerarlas y madurarlas ántes que las emprendiese. La segunda, la mucha oracion que hacia y las lágrimas que derramaba, suplicando á Nuestro Señor que le favoreciese; y era esto de manera, que estaba muchas veces con el resplandor de la divina gracia tan cierto de la voluntad del Señor, que ninguna cosa bastaba para apartarle della. La tercera, en las cosas

que trataba pedia parecer á las personas que se le podian dar, ó por estar á su cargo, ó por tener noticia dellas, y despues de haberlas oido determinaba lo que habia de hacer. Y tomando la resolucion con tanto acuerdo, ejecutábala con fortaleza, y llevábala adelante con perseverancia.

Estuvo en Alcalá un tiempo en el hospital que dicen de Luis de Antezana, el cual estaba muy infamado en aquella sazon, de andar en él de noche muchos duendes y trasgos. Pusiéronle en un aposento donde más se sentian estos ruidos y fantasmas. Estando allí una vez á boca de noche, parece que todo se estremeció, y que se le espeluzaron los cabellos, como que viese alguna espantable y temerosa figura; mas luego tornó en sí, y viendo que no habia qué temer, hincóse de rodillas, y con grande ánimo comenzó á voces á llamar, y como á desafiar los demonios, diciendo: «Si Dios os ha dado algun poder sobre mí, infernales espíritus, héme aquí; ejecutadle en mí, que yo, ni quiero resistir, ni rehuso cualquiera cosa que por este camino me venga: mas si no os ha dado poder ninguno, ¿qué sirven, desventurados y condenados espíritus, estos miedos que me poneis? ¿Para qué andais espantando con vuestros cocos y vanos temores, los ánimos de los niños y hombres medrosos tan vanamente? Bien os entiendo; porque no podeis dañarnos con las obras, nos quereis atemorizar con esas falsas representaciones.» Con este acto tan valeroso, no sólo venció el miedo presente, mas quedó para adelante muy osado contra todas las opresiones diabólicas y espantos de Satanás.

Estando durmiendo una noche le quiso el demonio ahogar el año de 1541, y fué así, que sintió como una mano de hombre que le apretaba la garganta, y que no le dejaba resollar, ni invocar el

Nombre santísimo de Jesus, hasta que puso tanto conato y fuerza de cuerpo y espíritu, que en fin prevaleció, y dió un grito tan grande llamando á Jesus, que el enemigo huyó, y él quedó tan ronco que por muchos dias no podia hablar. Desto no tengo más certidumbre que el haberlo oido cuando dicen que pasó, y el haber visto al Padre, ronco de la manera que digo, y al mismo tiempo.

Contábame el hermano Juan Paulo, el cual fué muchos años su compañero, que durmiendo una noche como solia junto al aposento de nuestro Padre, y habiéndose despertado á deshora, oyó un ruido como de azotes y golpes que le daban al Padre; y al mismo Padre como quien gemia y sospiraba. Levantóse luego y fuése á él, hallóle sentado en la cama abrazado con la manta, y díjole: «¿Qué es esto, Padre, que veo y oigo?» Al cual respondió: «¿Y qué es lo que habeis oido?» Y como se lo dijese, díjole el Padre: «Andad, idos á dormir.» Volvióse á la cama Juan Paulo, y luego tornó á oir los mismos golpes y gemidos. Levantóse otra vez, y váse al mismo Padre, y hállale la segunda vez como ántes, pero como hombre cansado, y que acababa de luchar anhelando, y casi sin huelgo; y tornóse á acostar, y no se levantó más, porque así se lo mandó el Padre.

Largo sería si quisiésemos contar una por una todas las cosas en que nuestro B. Padre mostró constancia y fortaleza de ánimo. Basta, en suma, decir, que fué en los altos pensamientos que tuvo excelente, y en acometer cosas grandes extremado, en resistir á las contradiciones y dificultades fuerte y constante, y que nunca se dejó vencer, ni se desvió un punto de lo que una vez aprehendia ser de mayor servicio y gloria de Dios, aunque se le opusiese la potencia y autoridad de todos los hombres del mundo.



CAPÍTULO X.

DE SU PRUDENCIA Y DISCRECION EN LAS COSAS ESPIRITUALES.

COMUNICÓLE Dios Nuestro Señor singular gracia y prudencia en pacificar y sosegar conciencias perturbadas, en tanto grado, que muchos venian á él por remedio, que no sabian explicar su enfermedad, y era menester que él les declarase el sueño y la soltura, como dicen, explicando por una parte lo que ellos allá dentro en su alma sentian y no sabian decir (y hacíalo como si viera lo más íntimo y secreto de sus corazones), y por otra, dándoles el remedio que pedian. Y era comunmente contarles alguna cosa semejante de las que por él habian pasado, ó que él habia experimentado: y con esto los dejaba libres de toda tristeza, y los enviaba consolados. Y parecíanos que le habia ejercitado y probado Nuestro Señor en las cosas espirituales, como á quien habia de ser Padre espiritual de tantos hijos, y caudillo de tantos y tales soldados.

Habia en París un sacerdote religioso, de vida muy disoluta y profana, y muy contrario á nuestro B. Padre Ignacio; el cual habia procurado con todas sus fuerzas de ayudarle, y apartarle de aquel camino tan torcido que llevaba. Pero halla-

ba las puertas tan cerradas, que no sabia por donde le entrar. En fin, determinóse de hacer lo que aquí diré. Un domingo por la mañana fuése á comulgar como solia á una iglesia que estaba cerca de la casa en que vivia este religioso: entró en su casa, y aunque le halló en la cama, rogóle que le oyese de penitencia, porque se queria comulgar, y no hallaba á mano su confesor. El religioso turbóse al principio cuando le vió entrar en su casa; despues maravillóse mucho más que se quisiese confesar con él; pero al fin, pareciéndole que no le podia negar lo que le pedia, aunque de mala gana, comenzóle á confesar. El Padre, despues que hubo confesado las culpas cotidianas, dijo que tambien se queria acusar de algunos pecados de la vida pasada que más le remordian. Y comenzó á confesar las flaquezas de su mocedad, y las inorancias de su vida pasada, con tan gran dolor y sentimiento, y con tantas lágrimas, que el confesor, viendo la compuncion del penitente, se vino á compungir y á llorar sus culpas por la amargura de corazon con que el que tenia á sus piés lloraba las suyas. Porque con la lumbre que tenia del cielo, pesaba mucho y con grande encarecimiento de palabras y sentencias ponderaba cuán grande era la infinita majestad de Dios, á quien él habia ofendido, y cuánta su vileza y miseria que le habia ofendido; cuán manso y liberal habia sido Dios para con él, y por el contrario, cuán desconocido é ingrato habia él sido para con Dios. Y decia esto con unos gemidos que le salian de las entrañas, y con tan grande quebranto de corazon, que apénas podia hablar. Y por abreviar, viendo el confesor en la vida pasada de N. B. P. Ignacio, cómo dibujada su vida presente, y el dolor que tenia de lo que siendo mozo y seglar y liviano habia hecho contra Dios, án-

tes que tuviese la luz de su conocimiento, y que no habian bastado las penitencias de tantos años, y tan ásperas, para que dejase de tener aquel peso de dolor y sentimiento de sus pecados, entendió que tenia él más causa de llorar, como sacerdote y religioso, sus costumbres y el escándalo que con ellas daba. Y con esta consideracion, abrió la puerta al rayo de la divina luz, para que entrase en su corazon; y vino á trocarse de tal manera, que comenzó á amar y reverenciar al que primero aborrecia y abominaba, y á aborrecer su vida presente y desear de emendarla. Y así, volviendo la hoja, hizo los ejercicios espirituales, dándoselos el mismo Padre, y luego comenzó á hacer penitencia de sus pecados, y á vivir tan religiosa y castamente, que dió con su mudanza no menor edificacion á los de su religion y á los demas que le conocian, que ántes habia dado escándalo. Desde entonces le tuvo por su maestro y padre de su alma, y como á tal le amó y reverenció, y por tal públicamente le predicó en todas partes.

Otra vez estando en la misma ciudad de París con un dicípulo espiritual suyo, vieron los dos pasar por la calle un hombre roto muy pobre, flaco y descolorido, que iba como gimiendo. Entónces el Padre tocado de Dios (como parece por el efeto) dijo súbitamente á su compañero que siguiese á aquel hombre, y que hiciese todo lo que viese hacer, porque él iria luego tras ellos. Hízolo así; salió el hombre fuera de la ciudad á un lugar apartado, detúvose en él, y con él el dicípulo del Padre: el cual le preguntó, ¿qué tenia, y qué buscaba allí? Respondió aquel hombre miserable: «Busco un lazo para colgarme, y quiero la muerte, por huir desta triste y congojosa vida. Ando tan cercado de trabajos, tan rodea-

do de dolores, tan fatigado de tristezas y quebrantos, que no tengo otro remedio para salir dellos, sino morir una vez por no morir muchas, tomando la muerte con mis propias manos.» Oido esto, le dijo el compañero de nuestro Padre que él tambien tenia muchos trabajos y fatigas, de las cuales no podia librarse sino con la muerte. Y en este punto llega el mismo Padre Ignacio, y volviéndose á su compañero, le comienza á hablar como á hombre no conocido, y á decirle: «¿Quién sois vos? ¿cómo andais tan destrozado?» Entónces el compañero comenzó á titubear, y á decir que andaba tan afligido y tan trabajado, que no tenia otro remedio sino la muerte para salir de afan. Aquí comenzó el Padre á consolarle, y con suaves y dulces palabras, poco á poco le trujo á que dijese que se arrepentia de aquella voluntad, y á que dejando la muerte, buscase la vida que es Dios Nuestro Señor, y en Él confiase y pusiese toda su esperanza. Y mirando al hombre (por cuya causa se hacia todo esto con tanta disimulacion) dícele el dicípulo de Ignacio: «¿Qué os parece á vos desto? porque yo quiero seguir el consejo deste buen hombre, pues que veo que esta muerte, aunque es breve, es muy cruel, y no ha de ser fin de mis trabajos, sino principio de otros mayores, que en el infierno me están aparejados, si yo tomo la muerte con mis manos.» Movido con este ejemplo aquel pobre hombre, y animado con las blandas y amorosas palabras de nuestro B. P. Ignacio, dijo que lo mismo le parecia á él; y que así se queria apartar de aquel mal propósito, y hizo gracias á Nuestro Señor que le habia librado de tan grande peligro, dándole compañero en su trabajo, y quien le socorriese y sacase dél. Esto me contó el mismo dicípulo del Padre que lo pasó, y tambien lo del

religioso, y fué el que le acompañó cuando se fué á confesar con él.

Solia reprehender mucho á los maestros de cosas espirituales que quieren regir á otros por sí, y medir á su talle los demas llevándolos por la manera de vivir y orar, que ellos hallan por experiencia ser buena y provechosa para sí. Decia que era aquesto muy peligroso, y de hombres que no conocen ni entienden los diversos dones del Espíritu Santo, y la diversidad de las gracias con que reparte sus misericordias, dando á cada uno sus propios y particulares dones, á unos de una manera, y á otros de otra.

No tanteaba, ni medía lo que cada uno habia aprovechado en el camino de Dios, por lo que parecia en el semblante y rostro de fuera, sino por el ánimo que tenia, y por el fruto que salia dél, y no pesaba los quilates de la virtud por la blandura natural y buena condicion que algunos tienen, sino por la fuerza que cada uno se hacia peleando contra sí, y por la vitoria que alcanzaba de sí mismo. Y distinguia prudentísimamente los movimientos de la naturaleza y de la gracia. Y así, á un hermano que estaba en la casa de Roma, y era muy vivo y de vehemente natural, amonestándole una vez nuestro Padre Ignacio que se venciese y reprimiese aquel ímpetu natural que tenia, le decia: «Venceos, hermano, venceos, que si os venceis tendréis más gloria en el cielo que otros que tienen ménos que vencer.» Y otra vez, estando yo presente, diciendo el Ministro de la casa de Roma, que este hermano de quien digo era inquieto y poco mortificado y obediente, nuestro Padre, pesando la cosa no con el peso de la gente comun, sino con el de la verdad y de su espiritual prudencia, volvióse al Ministro, y díjole: «Paso, Padre, paso, no os enojeis, por-

que si va á decir verdad, yo creo que ese hermano que á vos os parece tan vivo y desasosegado, ha hecho más fruto en su alma, y ha aprovechado más en la verdadera mortificacion estos seis meses, que fulano y fulano en un año entero.» Y nombró dos hermanos de los más apacibles, y modestos de casa, y que eran tenidos por espejo de toda ella. Por do parece que no miraba nuestro Padre la apariencia de fuera, ni aquel natural blando, y dulce condicion que aquellos dos hermanos tenian, para medir por ella el aprovechamiento verdadero y macizo del espíritu, sino que le ponderaba con peso cierto, y no engañoso, que es la fuerza que cada uno se hace, y el cuidado que tiene de pelear consigo, y alcanzar vitoria de sí mismo. La cual con razon ha de ser mayor, y de mayor merecimiento, donde hay más duro contraste y más rebelde naturaleza que vencer.

Queria y estimaba más á un hombre simple lleno de espíritu y amor de Dios, que á un letrado ménos perfeto; pero ponia mayor cuidado en conservar al letrado y á los otros que tenian algun señalado talento, por el provecho que destos podia venir á muchos, más que del simple, y que no es más que devoto.

Decia, que no podian durar mucho tiempo ni conservarse en su instituto las Religiones que viven de cotidianas limosnas, y no tienen renta ninguna, si no se hacen amar de la gente, y aficionan al pueblo con una de dos cosas; ó con la aspereza y penitencia de la vida, ó con el provecho que dellas se sigue. Porque estas dos cosas suelen atraer y mover mucho los corazones, y los convidan á dar de sus haciendas liberalmente, ó por via de admiracion y reverencia, ó de amor y gratitud.

No echaba mano como quiera de cada uno pa-

ra emplearle en las cosas del divino servicio, sino con gran delecto miraba lo que encomendaba, y á quién lo encomendaba. Cargo de gobernar y regir á otros, ó de mucha dificultad y trabajo, casi nunca le daba sino á personas de muy probada y experimentada virtud; aunque en Roma, á donde los tenia él delante de sus ojos, algunas veces daba estos cargos á personas de ménos experiencia, para ensayarlos y tomarles el pulso, y ver el talento que tenian.

Puso increible diligencia en que no entrasen en ninguna parte de la Compañía nuevas ó peregrinas opiniones, ó cosa que pudiese amancillar la sinceridad de la fe católica, ó desdorar y deslustrar el buen crédito de nuestra Religion. Y así porque del estudio de la lengua hebrea no se les pegase algo con que se fuesen aficionando á buscar en la Sagrada Escritura nuevas interpretaciones ó sentidos exquisitos, ordenó que los nuestros conservasen y defendiesen la edicion vulgata, que por tantos siglos ha sido aprobada en la Iglesia de Dios. Lo cual despues el santo Concilio de Trento en sus decretos tambien determinó y estableció, mandando á todos los católicos que la defiendan en todo y la tengan por auténtica. Por esta misma razon no queria que en la Compañía se leyese libro ninguno, aunque el libro fuese bueno, si era de autor malo ó sospechoso. Porque decia él que cuando se lee un libro bueno de mal autor, al principio agrada el libro, y despues poco á poco el que le escribió, y que sin sentirse va entrando en los corazones blandos y toma la posesion de los que le leen la aficion del autor, y que es muy fácil ganado el corazon, persuadirle la dotrina, y hacerle creer que todo lo que el autor ha escrito es verdad. Y que si á los principios no se resiste, con mucha dificultad se

pueden remediar los fines. Esto sentia particularmente de Erasmo Roteradamo y otros autores semejantes, aun mucho ántes que la Iglesia católica hubiese contra sus obras dado la censura que despues habemos visto. Porque como muy bien dice san Basilio: «conviene que el religioso huya de los herejes y los tenga grande aversion, y que los libros que leyere sean aprobados y legítimos, y que no vea de los ojos los apócrifos y reprobados, porque sus palabras, como dice el Apóstol, cunden como cáncer.»

El mismo cuidado puso en que se estimase en la Compañía el verdadero estudio de la oracion y mortificacion, y se midiese con la regla cierta del verdadero aprovechamiento, y no con las inciertas y dudosas que suelen engañar á los inorantes y deslumbrarlos con su falso resplandor, como por lo que aquí diré se entenderá.

El año de 1553, un Padre de la Orden de santo Domingo, que se llamaba fray Reginaldo, varon anciano y muy gran religioso, y en su Orden de mucha autoridad, y amigo de la Compañía, vino un dia, que fué á los 23 de Mayo, á visitar á nuestro B. P. Ignacio: y estando el P. Benito Palmio y yo presentes, entre otras cosas que le dijo, fué una que en Boloña en un monesterio de monjas de su Orden que estaba á su cargo, habia una entre otras de maravillosa virtud y de extremada y subida oracion; la cual muchas veces se arrobaba y perdia los sentidos; de manera que ni sentia el fuego que le aplicaban, ni otros tormentos que se le hacian cuando estaba en éxtasi arrebatada, y que en todo y por todo parecia muerta, si no era para obedecer á su Superiora; porque en oyendo la voz de su Prelada, ó de otra que en su nombre la llamase, luego se levantaba. Añadió más, que tenia algunas veces

señales de los misterios de la Pasion de Nuestro Redentor Jesucristo en sus piés y en sus manos, y abierto el costado, y que de la cabeza le goteaba sangre, como si hubiera sido traspasada con corona de espinas, y otras cosas desta calidad. Las cuales el buen Padre decia, que no creyendo lo que le decian otros, él mismo las habia querido ver y tocar con las manos. Preguntó, pues, á nuestro Padre qué le parecia destas cosas, porque él no se atrevia del todo á tenerlas por buenas, ni tampoco á reprobarlas. Respondió nuestro Padre solas estas palabras: «De todo lo que vuestra Reverencia ha dicho desa persona, no hay cosa que tenga ménos sospecha y peligro, que lo que ha contado de su pronta obediencia.» Fuése fray Reginaldo, y volví yo á nuestro P., y á solas le pedí que me dijese lo que su ánimo sentia acerca de lo que aquel Padre le habia preguntado. Respondióme, que propio era de Dios Nuestro Señor influir en el alma é imprimir en ella sus dones y santificarla con su gracia. Lo cual hacia á las veces con tanta abundancia, que brotaba y salia fuera, y redundaba en el cuerpo la plenitud de lo que el alma recebia dentro de sí; pero que esto acontece muy pocas veces, y á los muy grandes amigos de Dios. Y que el demonio, como no tiene poder ni puede obrar en la misma ánima, con falsas apariencias que imprime en los cuerpos, suele engañar á las ánimas livianas y amigas de novedad y vanidad. Y trújome algunos ejemplos que yo sabia, para confirmar esto. Y así he entendido, que aquella monja de Boloña que digo, no tuvo buen fin, y que paró en humo toda aquella llama con que en los ojos de los hombres resplandecia.

Tambien el año de 1541, el Padre Martin de Santa Cruz, que entónces era novicio de la Com-

pañía, y despues fué Rector del colegio de Coimbra, y murió santamente en Roma el año de 1557, hablando con nuestro Padre Ignacio, estando yo presente, vino á tratar de Madalena de la Cruz, la que vivió en Córdoba tan conocida en estos Reinos, y á contar algunas maravillas desta mujer, y á decir que él la habia hablado, y que le habia parecido una de las más santas y prudentes mujeres del mundo, y otras cosas á este tono. El Padre le dió entónces una muy buena reprehension, diciéndole: «Que hombre de la Compañía no habia de sentir ni tratar de tal mujer de aquella manera, ni medir ni estimar la santidad por aquellas cosas que él la medía.» Y vióse bien ser verdad lo que decia nuestro Padre, por lo que pocos años despues se descubrió en España desta mujer, que con ser tenida por muy santa y de muchas revelaciones, fué presa y castigada por el santo Oficio de la Inquisicion, por el trato que tenia con el demonio.

La verdad desta dotrina, y el espíritu divino que en ella tuvo nuestro santo Padre Ignacio, nos ha enseñado bien la experiencia con los ejemplos que habemos visto estos años pasados en muchas partes, y especialmente en los Reinos de España; porque han sido muchos en Lisboa, Sevilla, Zaragoza, Valencia, Córdoba, Murcia, y en la misma Córte del Rey, pareciendo unas mujeres con llagas, otras con raptos y arrobamientos fingidos, otras con otros embustes, y algunos tambien haciéndose profetas falsos y verdaderos embaidores; y algunas cosas destas con tanta apariencia de verdad, que no solamente la gente vulgar quedó engañada y persuadida, sino tambien muchos varones graves, letrados y siervos de Dios las creyeron, acreditaron y predicaron y extendieron por el Reino y fuera dél: y si el santo

Oficio de la Inquisicion no pusiera la mano y no averiguara la verdad y castigara los culpados, por ventura duraran más estos artificios y embustes. Pero con el castigo se atajó el mal, y se deshicieron los enredos y marañas que en muchas partes habian comenzado. Lo cual digo para que en estas cosas no nos abalancemos fácilmente los de la Compañía, sino que estemos á la mira y aguardemos la aprobacion y juicio de nuestros mayores y de los Prelados que Dios ha dado á su Iglesia por maestros, como más largamente lo tratamos en nuestro libro DE LA TRIBULACION [1], y como lo hizo y nos lo enseñó nuestro santo Padre Ignacio, con lo que en este capítulo y en el de su oracion queda referido.

Otra vez llamó delante de mí á un Padre que estaba hablando con un novicio de casa, y le reprehendió porque le traia ejemplos de virtudes de hombres de peregrino espíritu, y que tenian á lo que se decia muchos arrebatamientos, y en ellos ponian la estima y crédito de su santidad. De las cualès cosas han de estar muy lejos los novicios de nuestra Religion, en cuyos ánimos blandos y tiernos, se han de imprimir las sólidas, macizas y verdaderas virtudes, y cercenar todos los engaños que á los principios se suelen entrar en los principiantes, si no se pone mucha cautela y cuidado para evitarlos. Porque importa mucho para que crezca derecho el árbol y eche buenas raíces, la advertencia con que se planta: y lo que se siembra en el noviciado, eso se coge despues de la profesion.

Deseaba que los buenos tuviesen salud y fuerzas, y los malos al revés, para que los unos, teniéndolas enteras, las empleasen en el servicio

1 Lib. II, cap. XVIII.

de Nuestro Señor, y los otros viéndose sin ella se volviesen á Dios, ó á lo ménos no le ofendiesen tantas veces ni tanto; conformándose con aquello del Profeta: *Contere brachium peccatoris.*

Si por ventura alguno de sus súbditos era más arrimado á su parecer, y ménos obediente de lo justo, y por alguna pasion torcia del camino de la razon, con éste peleaba tan diestramente, usando con él de las armas de la mansedumbre y de la paciencia, que al fin, ó venia el súbdito á corregirse y rendirse á su caridad, ó á ser tan notoria su sinrazon, que le hacia inexcusable.

Decia, que el hombre era algunas veces tentado del demonio, y oprimido tan fuertemente, que parecia estar fuera de juicio, y que solian entónces atribuir los hombres á la naturaleza ó á la enfermedad lo que en la verdad se habia de atribuir á la tentacion.

Afirmaba tambien que el demonio cuando quiere acometer y derribar á uno, aguarda muchas veces á saltearle de noche al tiempo que despierta del sueño para ponerle delante cosas feas y sucias, ántes que se pueda armar de los santos pensamientos con que le previene Dios Nuestro Señor.

Tenia por cosa muy provechosa que cuando el hombre es gravemente tentado, tenga cabe sí quien le ayude y sustente con buenos avisos y consejos, para que no falten al alma defensores donde hay muchedumbre de demonios que le acometen y procuran derribar; y para que como un clavo se saca con otro clavo, así con un buen esfuerzo de los amigos, se venza el mal esfuerzo de los enemigos.

Decia que es propio de la divina bondad defender con mayor eficacia lo que el demonio combate con mayores fuerzas, y fortalecer más

lo que él más procura derribar, y pagar con soberanas consolaciones los trabajos que el hombre sufre en resistir y pelear con los enemigos.

Para curar las enfermedades y pasiones que parecian ser unas mismas, algunas veces solia aplicar muy diversas medicinas y contrarias, porque á unos curaba con suavidad y blandura, y á otros con severidad y rigor, y el suceso mostraba que para cada uno habia sido la cura que se le hacia la más acertada. Y áun esta singular y divina prudencia que tenia, no era una, ni usaba della siempre de una misma manera, sino de muchas y muy varias.

Tuvo señaladamente eficacia y don maravilloso en curar los vicios que más envejecidos y más arraigados estaban en el alma; y al hombre que tomaba entre manos, de tal manera le volvia y revolvia por todas partes, y usaba con él de tantos y tan diferentes medios, que por maravilla habia cosa tan arraigada que no la desarraigase y arrancase. Eran muchos los modos de que usaba para esto; y entre otros era uno, que el que se deseaba emendar, examinase su conciencia muy á menudo y con exámen particular, en aquel vicio de que se queria emendar, y esto á ciertas horas y determinadas; y porque no se olvidase hacia al que desta manera curaba, que ántes de comer y acostar diese cuenta á alguna persona de confianza que él le señalaba, y le dijese si habia hecho el exámen, como y cuando se lo habia ordenado. Otro modo era, que el que se queria emendar de alguna falta, tuviese cuenta con notar y amonestar á otros que tuviesen la misma falta que él, y que otros tuviesen cuenta con notarle á él y avisarle. Tambien aconsejaba que se pusiese el hombre cierta pena, la cual ejecutase en sí todas las veces que cayese en aquella falta

de que se queria emendar. Y el mismo Padre al principio de su conversion fué muy tentado de la risa, y venció esta tentacion á puras diciplinas, dándose tantos azotes cada noche cuantas eran las veces que se habia reido en el dia, por liviana que hubiese sido la risa.

Decia que la virtud y santidad de la vida son mucho y valen mucho para con Dios y para con los hombres, y que no hay cosa en la tierra que se les pueda igualar; pero que no basta para regir á otros la santidad sola, sino que es menester acompañarla y esforzarla con la prudencia, si queremos que el gobierno ande como ha de andar. Y esto en tanto grado, que muchas veces los más santos y ménos prudentes aciertan y acaban ménos cosas que los que son prudentes y ménos perfetos, con tal que tengan la virtud bastante y necesaria. Y esto hablando regularmente, porque los privilegios de los santos son extraordinarios, y Dios Nuestro Señor les puede y suele hacer mercedes y favores fuera de la regla comun.

Enseñábanos y persuadíanos que no tuviésemos solamente cuenta con Dios, sino tambien con los hombres por el mismo Dios; lo cual declaraba desta manera: que pues en esta vida no solamente tenemos á Dios N. S. presente para mirar y galardonar nuestras obras, sino que, como dice el Apóstol, tambien somos espectáculo de los ángeles y de los hombres, y de todo el mundo; procuremos (como dice el mismo Apóstol en otra parte) todo lo bueno, y lo sigamos y abracemos, así lo que está delante de Dios como delante de los hombres. De manera que trabajemos primera y principalmente de agradar á Dios N. S., de cuyo rostro, como dice el Profeta, sale el verdadero juicio, y despues procuremos tambien de agradar á los hombres, quitándoles de

nuestra parte toda ocasion de vituperar y tener en poco nuestro ministerio como dice el mismo Apóstol, porque el mismo Dios así lo manda y lo quiere. Tambien decia á este propósito, que no habemos de mirar solamente lo que pide el celo fervoroso que algunos tienen de la gloria de Dios, sino que este mismo celo se ha de regular con el provecho de los prójimos. Porque entónces será verdadero celo y agradable á N. S., si sirviere al bien de muchos, y si mirando á Dios, y buscando su gloria, dejare alguna vez al mismo Dios en sí por hallarle en sus prójimos, conforme á lo que el mismo Señor dijo: «Misericordia quiero yo y no sacrificio.» Y en otro cabo: «Si ofrecieres tu ofrenda, y estuvieres ya delante del altar, y allí se te acordare que tu hermano tiene alguna queja contra tí, deja tu ofrenda delante del altar, y ve á pedir perdon, y á pacificarte con tu hermano, y despues vuelve á ofrecer á Dios lo que querias.» Así que muchas cosas hemos de hacer, y muchas dejar de hacer, por el parecer y juicio de los hombres (con que no sean pecado) por el bien y provecho de los mismos hombres. De donde decia N. B. P., que si él mirara solo á Dios, ordenara algunas cosas en la Compañía; las cuales dejaba de ordenar por este respeto que tenia á los hombres por amor del mismo Dios.

Habia un Padre en la Compañía muy siervo de Dios, que se llamaba Cornelio Brugelman, flamenco de nacion, el cual era muy escrupuloso en rezar el oficio divino, y gastaba casi todo el dia en él, porque nunca le parecia que habia rezado bien. Sanóle desta enfermedad N. B. P., de la manera que aquí diré. Ordenóle que rezase sus horas en tanto tiempo precisamente, en cuanto comunmente las rezaban los demas, y que midiese este tiempo con un reloj de arena que le man-

dó dar, y que si acabado aquel tiempo le faltase alguna hora ú horas por rezar, las dejase aquel dia, y no hiciese caso dello. El buen Padre Cornelio, por no dejar hora por rezar, dábase priesa para acabar todas las horas en aquel tiempo que el Padre le habia limitado. Y tenia mayor escrúpulo de dejar de rezar, que no de rezar algo apresuradamente; y así venció el escrúpulo menor con otro mayor, y sacó, como dicen, un clavo con otro clavo.

Un novicio tudesco fué una vez tan gravemente tentado y acosado del enemigo, que en fin se dejó vencer, y se determinó de salirse de la Compañía. Apiadándose de su ánima N. B. P. Ignacio, procuró de reducirle y de apartarle de aquel mal propósito que tenia; mas el novicio estaba tan obstinado y tan fuera de sí, que no abria camino para entrarle. El Padre no se espantó de su terribilidad, ni se cansó con su pertinacia, sino que quiso pelear con el enemigo que le traia engañado, usando de la prudencia contra su astucia, y de la caridad contra su malicia. Rogó al novicio que se detuviese algunos dias en casa, con condicion que en ellos no estuviese sujeto á regla ninguna, sino que durmiese y bebiese, trabajase y holgase á su voluntad: y así ordenó que se hiciese. Aceptó el novicio el partido, comenzó á vivir aquellos dias con libertad y alegría, pareciéndole que habia salido de aquella sujecion de campanilla, y del ahogamiento y apretura de reglas con que ántes estaba aprisionado y cautivo, y poco á poco vino á ensanchársele el corazon, y á volver en sí, y á enojarse consigo mismo y avergonzarse de su liviandad; y arrepintiéndose de haberse arrepentido, pidió al Padre que no le echase de sí, y perseveró en la Compañía.

En París habia un doctor teólogo, al cual deseó mucho nuestro B. Padre ganar y traerle al conocimiento y amor perfeto de Jesucristo, y habiendo tomado para ello muchos medios sin provecho ninguno, fué un dia á visitarle á su casa con un compañero, que contó lo que aquí escribo. Halló al doctor pasando tiempo, y jugando al juego de los trucos, el cual como vió al Padre, ó para excusar lo que hacia, ó para echarlo en palacio, comenzó á pedirle con mucha instancia que jugase con él, pues Dios le habia traido á tan buen tiempo; y como él se excusase, y dijese que ni él sabia jugar, ni habia para qué tratar dello, insistió más, é importunóle con más ahinco el doctor, diciendo que no habia de ser otra cosa. Hízole tanta fuerza, que en fin le dijo el Padre: «Yo jugaré, señor, con vos y haré lo que me pedís, pero con una condicion, que juguemos de veras; y de manera que si vos me ganáredes, yo haga por treinta dias lo que vos quisiéredes, y si yo os ganare, vos hagais lo que yo os pidiere por otros tantos dias.» Plugo esto al doctor: comenzaron á jugar, y aunque nunca habia en los dias de su vida tomado en las manos aquellas bolillas ni jugado tal juego, comenzó el Padre á jugar como si toda su vida no hubiera hecho otra cosa, sin dejar ganar una sola mano al doctor; al cual de rato en rato le decia el compañero: «Señor doctor, este no es Ignacio, sino el dedo de Dios, que obra en él para ganaros para sí.» En fin, perdió el doctor, y quedó ganado. Porque á ruegos de N. B. P. dió de mano á todos los otros cuidados, y se recogió por unos treinta dias, y hizo los ejercicios espirituales, con tan grande aprovechamiento y mudanza de su vida, que fué de grande admiracion para todos el verla, y el saber el modo que Dios Nuestro Señor habia tomado para ganarle y traer-

le á aquel estado, comenzando de burlas, y haciendo que las burlas parasen en veras.

Cuando veia N. B. P. Ignacio alguno de la Compañía muy celoso y ferviente, y deseoso de reformar los males públicos que cada dia vemos en el mundo, solia decir que lo que el hombre en semejantes cosas ha de hacer, es pensar atentamente de qué le pedirá Dios cuenta el dia del juicio, y aparejarse para ella, viviendo de manera que la pueda dar sin recelo. Pedirános Nuestro Señor cuenta, decia él, de nuestra vocacion y estado; si como buenos religiosos tuvimos menosprecio del mundo y fervor de espíritu; si fuimos abrasados de caridad, amigos de la oracion y mortificacion, solícitos y cuidadosos en confesar y predicar y ejercitar los otros ministerios de nuestro instituto. Desto nos pedirá Dios cuenta, y no si reformamos lo que no está á nuestro cargo. Aunque debemos arder de deseo de la honra y gloria de Nuestro Señor, y hacerle fuerza, por decirlo así, con nuestras contínuas y abrasadas oraciones, suplicándole que Él mueva con su espíritu á los que lo han de remediar, y tambien cuando se ofreciere la ocasion, hablar y solicitar á los Gobernadores de la República, para que hagan su oficio, y quiten los escándalos públicos que en ella se veen.

El año de 1554, vino á Roma, de la India oriental, el hermano Andrés Fernandez, hombre de mucha virtud. Envióle el Padre Francisco Javier para que informase á N. P. Ignacio de las cosas de la India, y le pusiese delante la puerta que Nuestro Señor habia abierto á la conversion de aquella gentilidad, y las muchas provincias y reinos que se habian descubierto de gente ciega y sin conocimiento de Dios; y el aparejo que tenian para recebir el resplandor del Evangelio, si hubiese

hombres de la Compañía que encendidos del amor divino, y armados con la fuerza de su gracia y con el menosprecio de sí mismos, fuesen á manifestarle, y para que pidiese gente de socorro. Hizo su oficio el hermano Andrés con mucho cuidado algunas veces, mas el Padre nunca le respondió cosa cierta. Rogóme el hermano que yo tratase este negocio con N. P., lo cual yo hice; y despues que le hube propuesto mis razones, recogióse él un poco dentro de sí, y respondióme con un semblante grave y lloroso solas estas palabras: «Yo os digo, Pedro, que no tenemos ménos necesidad de buenos obreros en estas partes para conservar la fe, que en la India para plantarla de nuevo.» Las cuales palabras cuán verdaderas hayan salido, no hay para qué yo lo diga, pues lo vemos y lloramos el estrago grande que por nuestros pecados en tantas y tan excelentes provincias de la cristiandad ha hecho el furor infernal de las herejías. Nuestro Señor por su misericordia se apiade de su Iglesia, y apague con el rocío y fuerza de su gracia este incendio del horno de Babilonia, que vemos tan encumbrado.

De aquí creo que nacia el respeto grande que tenia nuestro B. Padre al santo Oficio de la Inquisicion, procurando en todas las cosas su autoridad tan necesaria para la defensa y conservacion de nuestra santa fe católica; y por esta causa ninguna cosa que se le ofreciese tocante al santo Oficio, por más llana que fuese, y de más claridad y más fácil de alcanzar de los sumos Pontífices, nunca quiso tratarla, sino remitirla al mismo tribunal, intercediendo con él para que se despachase por él lo que á la gloria de Dios Nuestro Señor más convenia, como lo podria declarar con particulares ejemplos que dejo por guardar mi acostumbrada brevedad.

Considerando la variedad é importancia de los ministerios de nuestro instituto, y las dificultades y peligros que hay en tratar con tantas suertes de gentes, decia que el que no era bueno para el mundo, tampoco lo era para la Compañía, y que el que tenia talento para vivir y valerse en el siglo, ese era bueno para nuestra Religion. Porque perficionada la industria y habilidad, y otras buenas partes que semejantes personas tienen con el espíritu de la Religion, pueden ser provechosas y eficaces para muchas cosas del servicio de Nuestro Señor, como la experiencia nos lo enseña.

Tambien decia, que así como no hay cosa más pestilencial para la Religion, que la poca union y concordia entre sí de los que en ella viven, así tampoco no hay cosa alguna que haga á los religiosos ser tenidos en ménos, y más despreciados de los hombres, que el verlos entre sí partidos con parcialidades y bandos. Y que faltando la caridad, que es la vida de la Religion, no puede haber virtud religiosa que tenga vida.

A un hermano coadjutor que habia sido descuidado en cierta cosa que le habia ordenado el Padre delante de mí, le dijo: «Hermano, ¿qué buscais en la Religion? ¿Qué blanco teneis en ella? Lo que haceis, ¿por quién lo haceis?» Y como él respondiese que lo hacia por amor de Dios Nuestro Señor, díjole entónces: «Por cierto que si lo haceis por amor de Dios, que habeis de hacer una buena penitencia, porque servir al mundo con descuido, no va nada en ello, mas servir á Nuestro Señor con negligencia, es cosa que no se puede sufrir, pues Él mismo dice que es maldito el hombre que hace la obra de Dios negligentemente.»

Decia que habia muy pocos, y por ventura ninguno en esta vida, que perfetamente entienda cuánto estorba de su parte lo mucho que Dios

Nuestro Señor quiere obrar en Él, y lo que obraria en hecho de verdad, si de su parte no le estorbase.

Entre los otros muchos y grandes provechos que trae consigo el comulgar á menudo devotamente, decia que era uno muy señalado el no caer por la gracia que el santo Sacramento comunica, en pecado grave, ó ya que el hombre vencido de la flaqueza caiga, el levantarse presto dél.

Tambien decia que todas las cosas del mundo juntas no tendrian en su corazon ninguna estima, ni serian de momento puestas en una balanza, si se pusiese en otra las mercedes que entendia haber recebido de Nuestro Señor en las persecuciones, prisiones y cadenas que habia padecido por su amor; y que no hay cosa criada que pueda causar en el ánima tan grande alegría, que iguale con el gozo que ella recibe de haber padecido por Cristo. Y así preguntado una vez de un Padre cuál era el camino más corto y más cierto y seguro para alcanzar la perfecion, respondió: que el padecer muchas y muy grandes adversidades por amor de Cristo. «Pedid, dijo, á Nuestro Señor esta gracia, porque á quien Él la hace, le hace muchas juntas que en ella se encierran.» Y parece que el mismo Padre habia pedido y alcanzado esta gracia de Nuestro Señor de ser perseguido y maltratado por su amor. Porque muchas veces estando los demas Padres solos sin él en grande quietud y bonanza, luego que venia y se juntaba con ellos, se les levantaban grandes tempestades y persecuciones, en cualquier parte que estuviesen; lo cual notó el Padre Lainez hartas veces, ponderando por una parte la fortaleza y virtud deste bienaventurado Padre, y por otra el odio que el demonio le tenia.



CAPÍTULO XI.

DE SU PRUDENCIA EN LAS OTRAS COSAS.

Era la grandeza de su ánimo acompañada con una suma prudencia, y la constancia con una grande moderacion y templanza. En las cosas árduas y grandes no tornaba atras de lo que una vez habia juzgado ser bueno. Y en la ejecucion era diligente y eficaz; pero no se apresuraba, ni se dejaba llevar de fervores arrebatados, ni tampoco se detenia como frio ó tardo en el obrar; mas con prudente moderacion sazonaba todas las cosas, dándoles la oportunidad que pedian, no dejando perder la ocasion cuando se ofrecia, ni trayéndola de los cabellos. De donde venia á acabar cualquiera empresa, por alta y dificultosa que fuese, y á no quedar frustrado su trabajo y sin provecho.

Quien le veia emprender cosas sobre sus fuerzas, juzgaba que no se gobernaba por prudencia humana, sino que estribaba en sola la Providencia divina; mas en ponerlas por obra y llevarlas adelante usaba todos los medios posibles para acabarlas; pero esto hacia con tal recato, que la esperanza de salir con ellas no la ponia en los medios humanos que tomaba, como instrumentos de la suave Providencia de Dios Nuestro Señor, sino en solo el mismo Dios, que es autor y

obrador de todo lo bueno. Y con esto, como quiera que la cosa le sucediese, quedaba él con suma paz y alegría espiritual.

Ordenaba muchas cosas, que por ser las causas que le movian ocultas, parecia á algunos que iban fuera de camino, ó á lo ménos que eran maravillosas, y que ellos no las podían alcanzar. Mas el suceso en estas cosas mostraba con cuánto espíritu y prudencia se gobernaba, pues habia aplicado la medicina ántes que asomase la enfermedad, y habia prevenido y remediado con providencia el daño que sin ella se pudiera seguir.

Esta tan soberana prudencia que tenia en todas las cosas, le nacia de la abundante luz y resplandor del cielo con que su ánima era ilustrada; por la cual parece que no solamente veia lo presente, sino que Nuestro Señor le daba á entender lo porvenir, y que le descubrió el dichoso suceso que habia de tener la Compañía, y el fruto tan sabroso y copioso que del árbol que él plantaba y regaba con el favor del mismo Señor se habia de coger, como de lo que aquí diré se puede sacar. Cuando el año de 1540 dijo á D. Pedro Mascareñas, Embajador del Rey de Portugal, lo que arriba queda contado [1]: «Si de diez Padres que somos van seis á la India, ¿qué quedará para el resto del mundo?» parece que sabia que aquella pequeña semilla se habia de derramar por toda la redondez de la tierra. Y el año de 1549 me dijo á mí á cierto propósito estas palabras: «Si vivimos diez años, Pedro, veremos grandes cosas en la Compañía. ¿Si vivimos? Si vivís vos las veréis, que yo no pienso vivir tanto.» Y fué así, porque él no vivió los diez años, sino siete aún no cumplidos; y en el discurso de los diez años que él

1 Lib. III, cap. XVI.

señaló, fué maravilloso el progreso y aumento y fruto que hizo la Compañía. Tambien el año de 1555, buscándose un sitio para el colegio romano, y diciéndole (estando yo presente) un caballero amigo, que se tomase una isla de casas que estaban junto á la casa profesa, respondió: «Que todo aquel sitio era menester para la casa, y que ántes faltarian dos pasos que sobrase un pié.» Y no es maravilla que Dios Nuestro Señor le hubiese revelado lo que habia de suceder á la Religion que él fundaba, pues vemos que tambien le descubrió otras muchas cosas que estaban por venir.

En el tiempo que nuestro B. P. Ignacio estaba en Alcalá, y andaba pobre, descalzo y desconocido, un caballero, mozo, haciendo burla dél, dijo delante de otros muchos: «Quemado sea yo, si éste no merece ser quemado.» Al cual respondió él con mucha modestia: «Pues mirad no os acontezca lo que decís.» Y fué así, que dentro de pocos dias murió aquel caballero quemado del fuego que se emprendió en un barril de pólvora que tenia en su casa para cierto regocijo. El año de 1541, estando un novicio nuestro que ha poco que murió, y se llamaba Estéban Baroelo, italiano de nacion, desahuciado de los médicos, dijo nuestro Padre misa por él en san Pedro Montorio, y acabada la misa me dijo á mí: «No morirá Estéban desta vez.» Y el año de 1543, habiendo yo recaido dos veces de una peligrosa enfermedad, me dijo que recaeria la tercera. Y el año de 1555, enviando á los Padres Jerónimo Nadal y Luis Gonzalez á España, en el corazon del invierno, les dijo que se embarcasen en Génova luego, porque sin duda tendrian segura y próspera navegacion. Y al Padre Maestro Lainez tambien dijo que le sucederia en el cargo de Prepó-

sito general. Y otras cosas semejantes á estas dijo mucho ántes que fuesen, las cuales todas se cumplieron como él las dijo.

Como no pudiese abrazar juntas todas las obras de misericordia que tocan al provecho del prójimo, para entender en ellas con mucha consideracion, echaba mano de lo que importaba más, anteponiendo siempre las obras públicas y universales á las particulares, y las perpétuas á las de poco tiempo, y las más seguras y ciertas á las ménos ciertas y seguras; y no miraba tanto cuán grandes é importantes obras eran las que queria emprender, cuanto la esperanza y probabilidad que tenia de acabarlas y salir con ellas.

En estas obras de piedad y misericordia ponia de buena gana su cuidado y trabajo, hasta ponerlas en órden, y asentarlas con sus ordenanzas y leyes; y cuando las tenia ya encaminadas, dando el cuidado dellas á otros, poco á poco se salia afuera, y comenzaba otras. Y decia que los nuestros no habian de pasar estos límites, ni dejarse embarazar con la ordinaria administracion de semejantes obras. Lo uno por estar más desocupados para las cosas espirituales: lo otro porque ordinariamente las suelen regir juntas y congregaciones; á las cuales por ser de muchas cabezas con dificultad se puede satisfacer.

Tenia por obra utilísima y muy propia de la Compañía, tratar y conversar familiarmente con los prójimos; mas decia, que cuanto es mayor el fruto, si se acierta á hacer bien, tanto es el peligro mayor si no se acierta. Porque así como un cuerdo razonamiento, y la conversacion modesta de un hombre espiritual y prudente atrae los hombres á Dios, y los convida á todo lo bueno, así la del hombre arrojado é impertinente, los suele entibiar y apartar: de manera, que donde se preten-

dia el fruto de la caridad, no se saca sino daño y desedificacion. Por esto juzgaba, que para ejercitar bien este oficio de conversar con los prójimos, son menester muchos avisos de prudencia; los cuales enseñaba más con sus ejemplos que con sus palabras. Contarlos todos sería cosa muy prolija, mas decir aquí algunos para los nuestros téngolo por provechoso.

Primeramente decia él, que el que desea ser provechoso á otros, debe primero tener cuenta consigo y arder él en el fuego de la caridad, si la quiere emprender en los otros: ha de tener perdido el vano temor del mundo, huir como pestilencia la ambicion, y despedir de sí los regalos y blanduras de la carne, y despegar de su corazon todos los movimientos sensuales y viciosos, para que arrancadas todas las raíces de sus pasiones, pueda mejor recebir en su alma las influencias divinas y comunicarlas á los otros.

Aunque amonestaba que se habian de huir todos los vicios, pero decia que se habia de poner mayor cuidado en vencer aquellos á que el hombre de su naturaleza se vee más inclinado; porque estos son los que amenazan más ciertas y miserables caidas, si con diligencia no mira cada uno por sí.

A los que son de complexion colérica y vehemente, aconsejaba que estuviesen mucho sobre sí y que se armasen y previniesen con consideracion; especialmente si hubiesen de tratar con otros hombres airados y coléricos, porque fácilmente se viene á rompimiento, y nacen disgustos, si con esta preparacion dicha no se apercibe el hombre y se hace fuerza para resistir á su natural condicion. Y no solamente decia que se habia de usar desta prevencion para refrenar un natural impetuoso y vehemente, sino tambien para so-

juzgar todos los otros vicios é inclinaciones naturales; que el recogimiento contínuo, y la cuenta ordinaria y cuidadosa que el hombre tiene de sí mismo, mirando y pensando bien lo que ha de hacer y decir, y lo que le puede suceder, suele detener mucho, y como con grillos aprisionar nuestra rebelde naturaleza, y las pasiones viciosas que della nacen. Y si alguno hallase tal compañero y amigo tan fiel, con quien sin inconveniente pudiese comunicar sus faltas, y ser avisado dellas, y avisarle tambien á él de las suyas, suele ser esto de gran provecho, .

Quien se hallare, pues, con esta disposicion, y fundado de la manera que habemos dicho, decia N. B. P. que podia salir á plaza para tratar y ayudar á los prójimos. Mas que debe pensar el que toma este oficio, que no ha de tratar entre hombres perfetos, sino entre gente no santa, y muchas veces injusta y engañosa, y, como dice el Apóstol, en medio de una mala y perversa nacion. Y así se ha de apercebir y armar contra todas las pesadumbres que por esta causa le pueden venir; de suerte que por más pecados y abominaciones que vea, no se turbe ni escandalice, ni sea parte ninguna bobería ó malicia de los hombres, por grande que fuere, para que él deje de tener siempre con la prudencia la simplicidad de paloma, ó con esta simplicidad la prudencia de la serpiente.

Decia que nosotros habíamos de usar para la salvacion de las ánimas, de las mismas artes y mañas que el demonio usa para nuestra perdicion. Porque como el enemigo mira primero y escudriña atentamente el natural de cada uno, y tantea muy bien su inclinacion, y despues le propone para hacerle pecar el cebo que es más conforme á ella, ofreciendo á los ambiciosos honras, riquezas á los codiciosos, á los carnales y regala-

dos deleites, y á los devotos cosas que tienen apariencia de devocion, y no entra de rondon, sino poco á poco, como con piés de plomo, hasta que gana la voluntad, y en fin, se lanza en las almas del todo, tomando posesion dellas; así el sabio maestro espiritual se ha de haber, conformándose con el natural de las personas que trata; y al principio disimular y pasar por muchas cosas y hacer que no las vee; y despues de ganadas las voluntades de los que trata, hacerles guerra con sus mismas armas, y conquistarlos para Dios. Y esto usaba el Padre con una sagacidad más divina que humana; porque de la primera vez que hablaba con uno, parece que le calaba los pensamientos, y que le leia el corazon, y hacia anatomía de sus inclinaciones y talentos, tan perfetamente como si le hubiera tratado y conocido toda la vida.

Decia que se habia de huir de la familiaridad de todas las mujeres, y no ménos de las que son espirituales, ó lo quieren parecer, mas principalmente de aquellas que son más peligrosas, ó por la edad, ó por el estado en que viven, ó por la condicion natural. Porque con estas conversaciones suelen los hombres ó quemarse ó chamuscarse; y si no sale llama, á lo ménos hay humo. Pues es verdad lo que dice el Espíritu Santo, que la polilla sale de la vestidura, y la maldad del hombre de la ocasion de la mujer.

Decia que los hombres habian de ser más liberales en las obras que en las palabras, y procurar de cumplir hoy, si posible fuese, lo que han prometido para mañana.

En todo lo que el hombre habla, y señaladamente cuando trata de hacer paces y reconciliar á unos con otros, en difinir y determinar controversias, y en tratar cosas divinas, decia que se

habia de tener tan grande recato, que ni una sola palabra se le cayese al hombre inconsideradamente, sino que en todo lo que hablamos, pensemos que lo que decimos á uno ha de venir á oidos de muchos, y lo que hablamos en secreto se ha de pregonar en las plazas, porque con este presupuesto serán las palabras medidas y pesadas con el peso de la prudencia cristiana.

Tambien decia que los predicadores y todos los que tienen por oficio enseñar al pueblo, habian de rumiar muy bien, y escribir primero con mucho cuidado lo que han de decir, y que ninguna cosa han de afirmar temerariamente, ni arrojarse en los púlpitos, ni traer á ellos cosas nuevas y dudosas. Y que más se ha de tratar en los sermones de reprehender con modestia los vicios, que de irse tras las cosas que deleitan á los oyentes y dan aplauso. Cuando él predicaba, todos los sermones gastaba en encarecer la fealdad de los pecados y la hermosura y fruto de las virtudes; y el blanco á que asestaba todos sus tiros era, que los pecadores se compungiesen y se convirtiesen á Dios, y todos conociesen y agradeciesen el amor excesivo é infinito que su divina Majestad nos tiene.

Decia tambien que si alguno os pide cosa que no os esté á vos bien el concederla, ó que sea contra el decoro de vuestra persona, no por eso os debeis enojar con el que la pide, sino negársela con tan buenas palabras, que quede satisfecho de vuestra voluntad, y si es posible vaya tan amigo y tan gracioso como vino.

Decia que el oficio del buen religioso no es meter los hombres en palacio, sino sacarlos dél y traerlos á Cristo. Y así cuando algun seglar le pedia que intercediese por él con algun Príncipe, ó le favoreciese para asentar con él, le respondia

estas palabras: «Yo, hermano, no conozco Señor ni mayor ni mejor que el que para mí escogí; á este si quereis servir y asentar en su casa, de muy buena gana os ayudaré con todas mis fuerzas.»

Con ser muy liberal en dar limosna á los pobres que se la pedian de la pobreza que habia en casa, no queria que á hombre que hubiese apostatado, dejando la Religion, se le diese ni una blanca, si ya no fuese para que tornase al hábito que habia dejado. Porque decia que se habia de resistir á los intentos de Satanás, y desfavorecerlos y no ayudarlos; y trabajaba muy de buena gana, y holgaba que trabajasen los suyos en reducir á la bandera de Cristo estos tales soldados fugitivos.

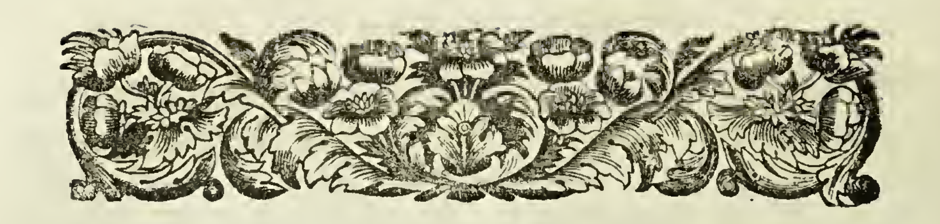
Si algun hombre ocioso venia á él, con quien se hubiese de gastar mucho tiempo sin fruto, despues de haberle una y dos veces recebido con alegría, si continuaba las visitas sin provecho, comenzaba á hablar con él de la muerte ó del juicio, ó del infierno; porque decia, que si aquel no gustaba de oir semejantes pláticas, se cansaria y no volveria más, y si gustaba dellas sacaria algun fruto espiritual para su alma.

Decia que el hombre que tiene negocios no ha de acomodar los negocios á sí, mas ántes él se ha de acomodar á los negocios: dando á entender que no negociará bien quien busca los tiempos y las circunstancias de los negocios, y las mide con su comodidad y no con lo que piden las cosas que trata.

Y finalmente, decia, que el discreto pescador de hombres y ministro de Cristo que tiene puesta su granjería en ganar almas, debe conformarse con todos, de tal manera que (en cuanto lo permitiere la ley de Dios) se haga todo á todos, y no piense que vive para sí, sino para sus hermanos en el Señor.

Pero ha de tener grande corazon el que trata esta granjería de almas y quedar con mucha paz y alegría de la suya como quiera que le suceda, habiendo de su parte hecho lo que debe para ayudar las de los prójimos: y no debe desmayar por más que el enfermo que curaba se quede con su dolencia, ni perder por eso el ánimo, tomando ejemplo de los ángeles de nuestra guarda (que esta semejanza usaba N. P.), los cuales, á los que de mano de Dios reciben á su cargo, cuanto pueden los avisan, defienden, rigen, alumbran, mueven y ayudan para lo bueno: mas si ellos usan mal de su libertad, y se hacen rebeldes y obstinados, no por eso se congojan y entristecen los ángeles ni reciben pena desto, ni pierden un punto de la bienaventuranza que tienen gozando de Dios, ántes dicen: «Curado hemos á Babilonia, y no ha sanado: dejémosla, pues no queda por nosotros.»

Estos y otros semejantes eran los documentos que daba cuando enviaba á sus hijos á las ferias espirituales y al caudaloso y rico trato de las almas; pero mucho más esclarecidamente lo hacia por la obra que con palabras. Porque como tambien se lee de san Gregorio Nacianceno, nunca ordenaba cosa á sus dicípulos que él no la hiciese primero. Y aunque su prudencia era excelente, con todo eso solia decir que los que quieren ser demasiadamente prudentes en los negocios de Dios, pocas veces salen con cosas grandes y heróicas. Porque nunca se aplicará á las cosas árduas y sublimes el que pensando muy por menudo todas las dificultades, congojosamente teme los dudosos sucesos que pueden tener. Por lo cual, dice el Sabio: «Pon tasa á tu prudencia.» Y cierto no conviene que falte su moderacion y medida á aquella virtud, que es moderacion y medida de todas las demas.



CAPÍTULO XII.

DE SU VIGILANCIA Y SOLICITUD.

FUÉ maravillosa la solicitud y vigilancia que tuvo para dar fin á las obras que emprendia; porque no solamente buscaba con prudencia los medios que le podian ayudar á la ejecucion, mas despues de hallados usaba dellos con grande eficacia. Nunca dejaba de la mano lo que una vez comenzaba, hasta ponerlo en su perfecion; y no dejaba dormirse y descuidarse en las cosas que les encargaba á los que tomaba por ayudantes é instrumentos en los negocios que emprendia, ántes hacia que anduviesen siempre despiertos y diligentes como él.

Yendo una vez á hablar á un Cardenal, y no hallando puerta para entrar, estuvo catorce horas aguardando sin haber comido bocado, porque no se le pasase la ocasion de hacer bien lo que trataba. Y es cosa averiguada que en más de treinta y cuatro años, por mal tiempo que sucediese, áspero y lluvioso, nunca dilató para otro dia ó para otra hora de lo que tenia puesto, ó lo que una vez habia determinado de hacer, para mayor gloria de Dios Nuestro Señor.





CAPÍTULO XIII.

DE LOS MILAGROS QUE DIOS HIZO POR ÉL.

HASTA aquí hemos contado la vida de N. B. P. Ignacio: della podrá tomar cada uno la parte que más le hiciere al caso para imitarla. Mas ¿quién duda que habrá algunos que se maravillen y espanten, y pregunten por qué, siendo estas cosas verdaderas (como sin duda lo son) no ha hecho milagros N. B. P. ni ha querido Dios declarar la santidad deste su siervo con señales y testimonios sobrenaturales, como lo ha usado con otros muchos santos? A estos tales respondo yo con el Apóstol: ¿quién sabe los secretos de Dios? ó ¿á quién hizo Dios de su consejo? Porque Él es solo el que hace las grandes maravillas, como dice David, pues con sola su virtud infinita se pueden hacer las cosas que van sobre la fuerza y órden de la naturaleza: y como Él solo puede hacer esto, así Él solo sabe en qué lugar y en qué tiempo, por qué medio y por cuya intercesion se han de hacer los milagros. Aunque ni todos los santos han sido esclarecidos con milagros, ni los que han hecho más milagros y mayores que otros, son por eso mayores santos; porque la santidad de cada uno no se ha de medir así, ni tiene por regla con que se ha de estimar los milagros, sino la caridad; como lo dice el bienaventurado san Gregorio por estas pa-

labras: «La verdadera prueba de la santidad no es hacer milagros, sino amar á cada uno de los otros como á sí mismo, tener verdadero conocimiento de Dios, y mejor concepto del prójimo que de sí mismo. Porque claramente nos enseñó el Redentor, que la verdadera virtud no consiste en hacer milagros, sino en amar, cuando dijo: «En esto conocerán todos que sois mis dicípulos si os tuviéredes amor unos á otros.» Pues el que no dijo: en esto conocerán que sois mis dicípulos si hiciéredes milagros, sino, si os tuviéredes amor unos á otros, harto claro da á entender que la verdadera señal de ser uno siervo de Dios no consiste en los milagros, sino en sola la caridad. Y así el mayor argumento y la más cierta señal de ser uno dicípulo del Señor, es el don del amor fraternal.» Hasta aquí son palabras de san Gregorio.

Y por esto dijo poco ántes el mismo Santo, que en los hombres se habia de reverenciar la humilde caridad, y no las obras maravillosas que se hacen en los milagros. Que si el testimonio de los milagros fuese necesario para ilustrar la gloria de los santos, no serian hoy honrados en la Iglesia de Dios muchos santos. Pues vemos que habiendo dicho la misma Verdad, que entre los nacidos de mujeres no se habia levantado otro mayor que san Juan Bautista, con todo eso dice dél el Evangelista de la misma Verdad, que no hizo milagro ninguno. Y otros muchos varones santísimos que fueron lumbreras y ornamento de la Iglesia católica, y cuya vida y dotrina da luz á todo el mundo, estuvieran hoy dia en las tinieblas del olvido sepultados, si no tuvieran otro testimonio y resplandor con que declarar lo que ellos eran, sino el de sus milagros. Y por el contrario, sabemos que el dia del juicio dirán muchos: «Señor,

Señor, ¿por ventura no profetizamos en vuestro nombre, y en vuestro nombre no alanzamos los demonios, é hicimos muchos milagros?» Y entónces el Señor les responderá: «No conozco quien sois.» Y porque por ventura no pensemos que aunque ellos lo dicen, no es así, sino que como malos mienten, y no dicen verdad, el mismo Señor (como lo nota san Agustin) dice por san Mateo: «Levantarse hán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán tan grandes señales y prodigios, que engañaran con ellos, si fuera posible, á los mismos escogidos.» Y así dice san Jerónimo sobre las palabras de san Mateo que habemos alegado: «El profetizar y hacer milagros, y alanzar los demonios, algunas veces no se hace por el merecimiento del que lo obra, sino por la invocacion del Nombre de Jesucristo, en cuya virtud se obra, concediéndolo el Señor, ó para condenacion de los que invocan su santo Nombre y no viven bien, ó para provecho de los que veen ó oyen los milagros; los cuales aunque tengan en poco á los hombres que hacen los milagros, honran en ellos á Dios Nuestro Señor, en cuyo santo nombre se hacen. Y así vemos que Saul, Balan y Caifás, profetizaron, no sabiendo lo que se decian; y Faraon y Nabucodonosor en los sueños fueron alumbrados, y entendieron las cosas que en el tiempo advenidero habian de suceder; y en los Actos de los Apóstoles los hijos de Sceba parecia que echaban los demonios de los cuerpos: y Judas siendo Apóstol, teniendo ánimo de traidor, hizo muchos milagros con los demas Apóstoles.» Estas son las palabras deste gloriosísimo Doctor.

Y dotrina es de san Pablo, que sin caridad puede tener uno el don de la profecía y de toda ciencia y conocimiento; y aun fuerza y poder pa-

ra traspasar los montes de una parte á otra. De manera, que los milagros no se han de pedir á nadie, como si dellos dependiese la santidad necesariamente, mas hemos de nivelar y medir todo este negocio con la verdadera regla de la caridad. Porque aunque muchas veces declara Dios Nuestro Señor la santidad de sus siervos con milagros y señales, mas esto no es siempre, como dijimos, ni necesario. ¿Qué milagros son los que leemos en su vida haber hecho san Agustin? ¿San Crisóstomo? ¿San Atanasio? ¿Los dos Gregorios, Nacianceno y Niceno? Cierto, ó ningunos ó muy pocos. Y no por eso nos atreveríamos á decir que fué mayor santo que ellos el otro Gregorio, á quien por las maravillas que obró llaman los griegos taumaturgo, que quiere decir obrador de milagros. De donde san Agustin escribiendo al clero, y á los ancianos, y á todo el pueblo de Bona, enseñándoles que nadie puede escudriñar la razon porque Dios ordena que en unos lugares se hagan milagros, y en otros no se hagan; finalmente concluye con estas palabras: «Así como, segun dice el Apóstol, no todos los santos tienen el don de curar enfermedades, ni todos tienen la gracia de discernir espíritus, así no quiso el Espíritu Santo, que reparte sus dones á cada uno como quiere, conceder los milagros á todas las memorias de los Santos.» Esto he dicho, no para quitar su fuerza álos milagros, sino para que entienda el prudente letor, que todo este negocio se ha de remitir á Dios, el cual reparte sus dones á cada uno como es servido.

Pudo ser que su divina y secreta sabiduría condecendiendo con nuestra flaqueza, no quisiese hacer á nuestro P. Ignacio señalado en esto, para que no tuviésemos milagros de que jatarnos. Y pudo tambien ser que lo hiciese, para que no siendo el

fundador de nuestro instituto tan esclarecido con milagros, no tomásemos nombre dél; sino que se dijese y se llamase nuestra Religion, no de Ignacio, sino la Compañía de Jesus, y este sacro apellido nos estuviese siempre predicando que no quitásemos los ojos del buen Jesus; al cual debemos honrar é imitar, no solamente como universal Redentor y Príncipe del linaje humano, sino tambien como á nuestro Capitan y Caudillo, que se ha dignado honrar con el glorioso título de su dulcísimo nombre esta nuestra mínima Compañía. Pudo tambien esto mirar Dios Nuestro Señor á los tiempos en que esta manera de milagros no es tan necesaria. Mas para decir lo que yo siento, no solo no me parece que faltan milagros para ilustrar la vida deste gran siervo suyo, ántes tengo para mí, que está esclarecida con muchos y maravillosos milagros, tan resplandecientes y tan claros, como es la luz del medio dia. Y tengo por cierto que será deste mismo parecer no el vulgo y la gente inorante, que mira las cosas á bulto, sino cualquiera hombre grave, que con acertado juicio las quisiere ponderar. Porque donde quiera que volvamos los ojos, así á los principios de la Compañía, y á su instituto, como á su progreso y aumento, y á los provechos que se han seguido della, no tendremos que desear milagros, viendo en estas mismas cosas tantos y tan admirables milagros con que Dios ha mostrado ser esta obra suya y dado á conocer la raiz desta generosa planta, por el fruto que della se ha cogido.

Y ¿qué cosa de mayor milagro, que ver un soldado criado toda su vida en la guerra entre el ruido de las armas, sin conocimiento ni espíritu de Dios, trocarse repentinamente y mudarse en otro hombre de tal manera, que no sólo fuese

soldado de Jesucristo, sino guia y capitan desta sagrada milicia? Y ¿qué cosa más nueva y fuera del curso comun, que tantos hombres de singular ingenio, en la flor de su juventud, haber desamparado todas sus esperanzas, y cortado el hilo de sus designios, y dejadas sus haciendas, tierras y parientes, ofrecerse á los golpes de la pobreza y afrenta, y á los encuentros de tantos peligros y trabajos, yendo por provincias y naciones extrañas, mendigos, desnudos, desconocidos, y tenidos por la horrura y basura del mundo? ¿Y que hayan sido atraidos á esta manera de vida por un hombre pobre, despreciado y sin caudal de letras, sin fuerza de elocuencia, sin elegancia ni copia de palabras, sin apariencia de cosa alguna exterior? Pues ¿qué diré de otra maravilla más nueva é increible, si no la hubiese hecho aquel mismo Señor con cuya poderosa virtud la muchedumbre de los creyentes era un mismo corazon y una misma ánima, como se dice en los Actos de los Apóstoles? ¿que españoles y franceses se hermanasen y acompañasen con tanta amistad y concordia de voluntades, que no bastase la desemejanza natural de las costumbres, inclinaciones y ejercicios, ni las guerras cruelísimas que en aquel mismo tiempo se hacian las dos naciones, para que ellos no viviesen en suma paz, y en amor entrañable, y mucho mayor que de hermanos? ¿Dónde nació tanta concordia de ánimos, en tanta discordia de naciones y opiniones? ¿De dónde vino tanta semejanza y union de voluntades, en costumbres tan desemejantes y diversas? Pues el mismo instituto y manera de vivir de la Compañía claramente muestra su propio autor no ser otro que Dios porque en el mismo se vee, que ni pudiera por sutileza humana descubrirse, ni por humana prudencia fundarse, ni por industria de

hombres gobernarse con tanto acuerdo, si el mismo Señor, que es fuente de toda sabiduría, con su favor y espíritu no favoreciera á nuestro Padre para fundar la Compañía, y no le inspirara y moviera á escribir tan saludables leyes para gobernalla.

Y que este instituto nos haya venido de la mano de Dios, y que no sea invencion de hombres, no se debe ni se puede dudar ya sin grave error, pues por tal le han confirmado tantos sumos Pontífices y el universal y santo Concilio de Trento tan esclarecidamente le ha aprobado. El cual habiendo mandado que los Superiores de todas las Religiones, acabado el tiempo del noviciado den la profesion á los novicios que para ella hallaren hábiles, ó los despidan de la Religion, añadió luego estas palabras: «Mas no pretende por esto esta santo Sínodo innovar nada, ni prohibir que la Religion de clérigos de la Compañía de Jesus no puedan servir á Dios Nuestro Señor, y á su Iglesia, conforme á su propio instituto, aprobado por la santa Silla apostólica.» Pues ¿qué diremos de la propagacion y aumento de la Compañía? que sin duda es tan grande que á todos los que bien lo consideran pone admiracion, y muestra bien que el que aquí obra es el dedo de Dios, sin el cual en ninguna manera cosa tan grande pudiera hacerse. Porque en los pocos años que han corrido desde que la Compañía fué confirmada la primera vez por el Sumo Pontífice Paulo III, en el año de 1540, hasta ahora, no sólo se ha extendido por todos los Reinos y Señoríos de los Príncipes cristianos, mas allende desto, ha entrado en remotísimas provincias, en regiones incultas, entre bárbaras y fieras naciones, y está ya fundada y tiene casas edificadas en ellas para ayudarlas á la salud eterna. Dejo aparte á Ibernia, Inglaterra,

Escocia, Chipre, Alejandría, Marruecos y las islas Canarias, donde tambien han pasado los Padres de la Compañía para dilatar, segun sus pequeñas fuerzas, la gloria de Dios. No quiero decir de Italia, Sicilia, Cerdeña, Francia, España, Alemania la Alta y la Baja, Austria, Bohemia, Hungría y Polonia; en las cuales partes ha crecido la Compañía tanto que tiene hoy diez y ocho provincias, sin otras cuatro de la otra parte del mar Océano, y en ellas más de docientas casas, colegios y residencias. Vengamos á considerar cómo se ha dilatado y extendido por todo el nuevo mundo, que en nuestros tiempos con tan gran misericordia y providencia del Señor, y maravilla y espanto de los hombres, se ha descubierto. Navegado han los nuestros á la India oriental, y han asentado casas en las últimas regiones que se han descubierto en el Oriente, como en Malaca y en las islas llamadas Malucas. Y por otra parte en las Indias ocidentales, y en el Brasil (que es espantable por la horrible fiereza de aquellas gentes, que comen hombres, y por eso los llaman antropófagos) vemos que andan con mucha seguridad los nuestros, y tienen colegios y casas entre ellos, para beneficio dellos. Pues ya ¿qué cristiano (que sepamos por historia de los antiguos) entró dentro de aquella grande isla del Japon, y la anduvo primero que los de la Compañía? Ciertamente los portugueses la descubrieron, y los nuestros la rodearon y pasearon los primeros para conversion de aquella gente, tan discreta por una parte, y tan ciega por otra, y sin conocimiento de verdad.

Y lo mismo digo de aquel latísimo y poderosísimo Reino de la China, que con la gracia de Dios Nuestro Señor ha ya comenzado la Compañía á llevar la luz del Evangelio á él, donde nun-

ca ántes (que sepamos) habia llegado. Más hácia el mediodia han llegado los nuestros á los Reinos de Etiopia, llamados del Preste Juan, y á Congo, y Angola, y Manomotapa, y otras remotísimas naciones y provincias de la Africa exterior. Y el dia de hoy andan nuestros Padres y hermanos en muchas destas partes peregrinando de tal manera, que no los espanta, ni los aparta de la predicacion del Evangelio, la inmensidad del mar Océano que cada dia atraviesan; ni la aspereza de la tierra inculta; ni la falta de mantenimiento, que cuando se halla es silvestre, y más propio de bestias que de hombres; ni la dificultad de entender y aprender tan bárbaras y hórridas lenguas; ni la cruel y fiera naturaleza de las gentes que tratan; ni los miedos que cada dia les ponen de la muerte; ni la sangre de sus hermanos que han visto derramar ante sus ojos; ni otra cosa ninguna que con razon suele poner espanto á cualquiera, por más generoso que sea, los enflaquece ni desmaya, para que no lleven adelante la empresa que han comenzado para tanta gloria del Señor. El cual se vee que es el que favorece en todas las partes del mundo esta pequeña planta, para que frutifique en su Iglesia: de manera que á la medida de los trabajos que se toman en el sembrar, venga á coger el fruto de colmada cosecha. Porque hablando primeramente de la India, ciertamente que podemos con razon decir que se cumple en nuestros dias por los de la Compañía lo que profetizó Isaías y trae el Apóstol san Pablo, que aquellos á quien ántes no se les habia dado noticia del Evangelio le vieron; los que no le habian oido le tuvieron delante de los ojos; porque las aguas han manado en el desierto, y los arroyos corren en la soledad, y la tierra seca se convirtió en estanques, y la sedien-

ta en fuentes de agua; y en las cuevas donde primero habitaban dragones, se vee ya nacer la verdura del carrizo y el junco.

Y quitada ya en muchas partes la muchedumbre de ídolos, y desarraigada la supersticiosa adoracion de los demonios burladores, sólo florece el culto y la Religion de un sólo Dios vivo y verdadero. Y el estandarte de la cruz triunfante puesto por las ciudades y caminos, y por los desiertos y ásperos lugares, con sola su vista espanta á los demonios que allí solian ser adorados, consuela á los nuevos fieles que se han convertido, y convida á la salud á los que aún se están ciegos; y finalmente, á los que moraban en la region de sombra de muerte, los ha alumbrado la lumbre de la verdad. Ha hecho allí Dios Nuestro Señor, por mano de los hijos deste santo Padre, tantos milagros (por ser necesarios en la nueva predicacion del Evangelio) que no se pueden pedir mayores ni más esclarecidos. Porque con sólo invocar el Nombre de Jesucristo, se han alanzado muchos demonios de los cuerpos humanos: han cobrado la vista muchos ciegos: limpiádose los leprosos: librádose de todo género de enfermedades gran número de personas: los muertos han resucitado á vida: hánse hallado fuentes milagrosamente en extrema necesidad de agua para apagar la sed de los cristianos. Y por el contrario, se han visto secar los rios para condenar la perfidia de los paganos; y en las islas Malucas, por haber la gente dellas apartádose de la verdadera Religion que habian tomado, y vuelto á su supersticion diabólica é infidelidad, sabemos que contra hombres tan insensatos quiso Dios que se armase el cielo y la tierra y todas las criaturas; y quedaron los ánimos de aquellos infieles asombrados, viendo caer sobre sí piedras de fuego, relámpagos, rayos y truenos,

y con grandes torbellinos y estruendos, arrancarse de raíz los árboles, derribarse las casas, y quedar muertos á cada paso los animales; y como dice el Profeta, los rios convertidos en secos desiertos; los arroyos de las aguas en pura sed; y la tierra frutífera en salitrales por la malicia de los que moraban en ella. Y el mayor y más excelente milagro de todos, es que se hayan convertido muchos millares de ánimas al conocimiento de su Criador, y hayan bajado sus cabezas al suavísimo yugo de Jesucristo, y que siendo nacidos en tanta barbaridad y fiereza, se hayan amansado y domesticado, y dejado sus crueles y bestiales costumbres, y abrazado las leyes tan humanas y blandas del santo Evangelio. Y para que mejor se entienda esto, y no pueda haber duda que es obra de la diestra del muy Alto, acordémonos de la ocasion que tomó el Señor para obrar semejantes maravillas, que fueron los azotes que se quisieron dar á nuestro Padre en el colegio de santa Bárbara en París, como arriba queda contado: de manera, que de la mayor afrenta y más baja y vil que estuvo para hacérsele, y él aparejado para recebirla, sacó Dios uno de los mayores bienes que en la Compañía se han hecho, que es la conversion de tan ciega é innumerable gentilidad. Pero no es maravilla que Dios obre como Dios, y que ensalce más á los que más se humillan por su amor, pues esto es propio de su infinita misericordia y clemencia. Por lo cual habiamos de dar todos los cristianos muchas y muy grandes gracias á Dios Nuestro Señor, que por su bondad repara las ruinas y pérdidas que por acá vemos de su esposa la Iglesia católica, y con tan grande consuelo como éste, alivia el dolor tan justo que de sus contínuos trabajos y calamidades tenemos, viendo que lo que por una parte se pierde por

los herejes que salen, por otra se restaura con la muchedumbre de gentiles que cada dia en la Iglesia entran. Y el consuelo en medio de tanta tristeza, es que más nos añade Dios por su misericordia desta parte, que la malicia del demonio nos quita por la otra; pues sin comparacion son más los pueblos y Reinos que van abrazando el Evangelio en aquellas partes, que no son los que por acá se apartan de la obediencia de la Iglesia obstinados con las herejías.

Mas vengamos á las cosas que se han hecho, y cada dia se hacen á vista de todos y que están presentes y delante de nuestros ojos. ¿Quién no sabe la perseverancia con que entre los herejes y entre los católicos trabajan los de la Compañía, con fruto espiritual de las almas, favoreciéndolos para esto Dios Nuestro Señor en Alemania, Austria, Bohemia, Polonia, Francia, Flandes, Inglaterra y Escocia, y en las otras provincias, á donde las herejías (que son la pestilencia y veneno de las almas) tanto se extienden y cunden? ¿Cuántos, dejadas las tinieblas de sus errores, recibieron la lumbre de la verdad? ¿Cuántos que titubeaban en la fe, se han confirmado en ella por la dotrina y predicacion de los nuestros? ¿Cuántos se han sustentado que se iban á caer? ¿Cuántos se han levantado que estaban ya caidos? y ¿cuántos han vuelto al camino que iban descaminados y perdidos? ¿y los que en las aguas de aquel diluvio se ahogaban, han salido á seguro puerto de la Iglesia romana, que es el arca del verdadero Noé, fuera de la cual no se halla la salud? Los que no saben más de lo que por acá pasa, ni estienden los ojos á más de lo que en España veen, no pueden fácilmente entender cuánto se sirve Nuestro Señor en aquellas provincias de los de la Compañía, que están siempre con las armas en

las manos peleando con los herejes, y haciendo rostro como soldados valerosos al ímpetu infernal de su atrevida osadía. Mas los que habemos visto lo que pasa por allá, bien sabemos la grandísima necesidad que hay de quien resista y defienda lo poco que queda, y lo que hacerlo cuesta, y el provecho con que ello se hace. Basta decir que la institucion de la juventud y nobleza en que se ejercitan en aquellas partes nuestros colegios, para instruir y enseñar en la fé á los que en la leche mamaron los errores de la herejía, nos hace esperar aún mejor suceso para adelante; y no ménos el ver por las disputas que los nuestros y otros católicos contínuamente tienen con los herejes, que van ya perdiendo los bríos, y tienen los ímpetus de hasta aquí muy debilitados y caidos. Y que muchos de los engañados van ya conociendo la verdad, y muchos de los católicos que dormian están ya despiertos, y los que velaban más animados. Y no ménos que los enemigos de Jesucristo y de su cruz tienen por enemigos á los Jesuitas (que así llaman ellos á los Padres de la Compañía) porque la defienden, y porque no pueden con obras, los persiguen con palabras.

Pero el ódio tan cruel que tienen á la Compañía, no es pequeña señal de lo mucho que Dios Nuestro Señor la quiere y la favorece. Sus baldones son nuestros loores, y sus persecuciones nuestra honra y gloria. Aunque no por eso los dejamos de amar como á nuestros prójimos, y querer como á los que fueron en un tiempo nuestros hermanos, y procurar su bien, como á hombres que con la sangre del purísimo Cordero y sin mancilla Jesucristo fueron redimidos.

Pues el fruto que la Compañía ha hecho hasta ahora en las tierras y provincias de los católicos, mejor es dejarlo para que cada uno lo considere,

que no quererlo explicar con palabras; así porque es cosa notoria, y que no tiene necesidad de declararse, sino de quererse advertir y considerar, como porque yo no podria contar sin vergüenza y confusion nuestra lo mucho que por su sola bondad y misericordia Dios Nuestro Señor ha sido servido obrar por este mínimo instrumento de la Compañía. A su Divina Majestad (como á cuyo es) se dé la gloria y honra de todo, Amen. Esto es, pues, lo que toca á los de fuera.

Mas vengamos á las cosas que pertenecen á los nuestros, y son más interiores y domésticas, y por eso más ciertas prendas de la celestial virtud de donde ellas proceden. Primeramente (hablo con vosotros, hermanos carísimos, que sabeis que digo verdad) ¿por cuántas, y cuán diversas y admirables vocaciones ha traido Dios á la Compañía muchos que en ella están casi de todas las naciones del mundo? Los cuales oyendo la voz de Cristo que los llamaba, han dado al traste con todas las esperanzas y vanidades deste engañoso y miserable mundo, y despojados de sí y de lo demas se han abrazado desnudos con Cristo desnudo, y crucificádose con Cristo crucificado en la cruz de la santa Religion. Lo cual tambien creo que se experimenta en las demas Religiones sagradas. ¿Pues aquella hermosura que en la Compañía hace la semejanza de cosas tan desemejantes? ¿Cuán maravillosa es la igualdad que aquí vemos de hombres tan desiguales en naturaleza, en fortuna é industria y costumbres? ¿Cuán suave armonía hace la union y concordia tan entrañable entre sí de naciones tan diversas y discordes? ¿y la caridad y benevolencia tan estrecha con que se aman unos á otros? ¿Pues qué diré de aquella milagrosa junta que vemos, de letras con humildad, de prudencia con obedien-

cia, de tanta juventud con tanta castidad, y en los Superiores, de gravedad con afabilidad y mansedumbre? ¿Pues qué del cuidado que tiene cada uno de la salud del otro, y la solicitud y cuenta con el bien público? ¿Qué alegremente se reciben nuestros hermanos cuando vienen, y qué regocijadamente se despiden cuando se van? De manera que siquiera se hayan de quedar en un mismo lugar por mucho tiempo, siquiera se hayan de apartar á múy lejas tierras, siempre se veen estar con ánimo muy alegre, despegando su afecto de los lugares donde residen, y de sus amigos y devotos, como hombres que no se buscan á sí, ni tienen puestos los ojos en otros fines, sino en la gloria de su Criador y Señor, y en la salvacion de sus prójimos. Conozcamos, pues, hermanos carísimos, esta gracia divina, y seamos agradecidos por ella al Señor, y gocémonos que hasta ahora haya Él plantado tales costumbres en nuestra Compañía, y esperemos que siempre con su favor será así; y procuremos con todas nuestras fuerzas que no falte por nosotros este tesoro y bien celestial, que por medio de nuestros Padres nos ha sido comunicado.

Estos que he dicho tengo yo por grandes y certísimos milagros; y cuando atentamente los considero, no deseo otros mayores, ni más, para entender la santidad de N. B. Padre Ignacio. Porque si del fruto se conoce el árbol, como dice el Señor, y si no se cogen uvas de los espinos, ni de las zarzas higos; si la fuente por un mismo caño no puede dar agua dulce y amarga, como dice el Apóstol Santiago, no podemos negar sino que es bonísimo y generosísimo el árbol de donde tantos y tan suaves frutos se han cogido, y caudalosa la fuente de donde tantos provechos han manado á la iglesia de Dios. Mayormente si

miramos en qué tiempos y lugares, y por qué personas se han hecho estas cosas y con cuánta y cuán porfiada contradicion. Porque primeramente se han hecho en estos nuestros tiempos, que sin duda son, por una parte miserables por las muchas y tan desatinadas herejías que en ellos se han levantado; y perdidos, por el estrago y disolucion de las costumbres; y desdichados, por la falta del rigor y severidad con que ellos se habian de emendar y corregir; y por otra parte son tiempos llenos de tantas y tan antiguas Religiones, cuantas hoy dia vemos en la Iglesia de Dios. Por lo cual esta nuestra Compañía siempre ha sido á los herejes tan odiosa como espantosa; y á algunos de los católicos ha parecido poco necesaria, y áun á otros sospechosa. Pues si miramos los lugares donde se han hecho, hallaremos que no fueron hechas en rincones, ni en despoblados y desiertos, sino en los ojos de todo el mundo, en las más principales ciudades, y en las más insignes universidades de toda la cristiandad, á vista de los Papas, Reyes y Príncipes de la tierra, pasando por el crisol y exámen de los hombres de mayor prudencia, virtud y dotrina que hay en Europa. Los que las han hecho son nuestro santo Padre Ignacio y sus primeros compañeros y hijos, los cuales cuando se descubrieron al mundo, no eran tenidos por hombres de sangre, ni de amigos poderosos, ni de grande caudal de elocuencia y dotrina; ántes parecian unos pobres y abyectos hombres, y despreciados, y en la apariencia de fuera muy bajos y viles. Para que se viese que no eran ellos los que obraban, sino Dios el que obraba por ellos. El cual así como tomó doce pescadores para conquistar el mundo, y derribar la supersticiosa falsedad de la idolatría, y desarraigar de los corazones de los hombres la vanidad del

siglo y regalo de la carne, y plantar en ellos la verdad de su fé y su divino amor, tambien tomó diez hombres de la calidad que habemos dicho para fundar esta Compañía, y mostrar tan conocidamente que es obra suya. Pues ¿qué diré de las persecuciones y tempestades que esta Compañía, ántes perseguida que nacida, en su fundador y cabeza sufrió? ¿y qué de lo que luego como salió á luz, de todo género de hombres hasta este dia ha padecido? ¿Qué olas, qué turbiones no han pasado por ella? ¿qué tiros no la han batido? ¿con qué armas, ardides y embustes no ha sido del demonio combatida y acosada? Paréceme á mí cierto della lo que san Jerónimo dice de la Iglesia católica, que con las persecuciones ha crecido, de todas las cuales la ha librado el Señor, y dado vitoria por Jesucristo. Porque le ha acaecido lo que casi á todas las demas Religiones acaeció en sus principios; á las cuales hace Dios esta merced, que sean en este mundo pisadas como en lagar, para que den el suave y oloroso vino con su paciencia y caridad, que como dice san Pablo, es gracia singular que no sólo crean en Cristo, sino que tambien padezcan por su santo nombre.

Para poner, pues, fin á esta mi historia, digo que á mi juicio, ningunos otros milagros de nuestro B. Padre Ignacio se pueden ni deben comparar con estos que habemos dicho, pues son tan grandes, tan claros y tan provechosos. Por manera, que aunque muchas cosas de las que en la vida de nuestro Padre hemos contado, no se pudieron hacer sin milagro ni sin virtud sobrenatural, como eran el estar una semana entera sin gustar cosa alguna, haciendo tanta oracion y penitencia, no sintiendo flaqueza ni faltándole las fuerzas; aquella éxtasi y enagenacion de sentidos por el espacio de ocho dias; tantas y tan grandes ilus-

traciones divinas; haber sanado al Padre Simon de su peligrosa enfermedad, y dicho ántes con tanta certidumbre que sanaria; y otras cosas que son sobre la fuerza y órden de naturaleza, y las que podríamos añadir de algunas personas que con sólo tocar á sus vestiduras se libraron de graves enfermedades; aunque son ciertas, grandes y maravillosas, todavía, como he dicho, las otras de que arriba he hablado (juntándolas con la vida purísima y santísima que hizo, y con los ejemplos admirables de virtudes heróicas que en él vimos) sin duda son mucho mayores y más excelentes milagros y testimonios de su santidad, conforme á la dotrina de san Agustin y san Gregorio. De los cuales san Agustin dice estas palabras: «Los milagros de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo á todos los que los oyen y creen mueven; pero no á todos de una misma manera, sino á unos de una, y á otros de otra. Porque algunos maravillándose de los milagros corporales, no echan de ver los otros mayores que en ellos se encierran. Pero otros hay, que lo que oyen haber hecho el Señor en los cuerpos, entienden que agora lo obra en las almas, y dello se maravillan más. Ningun cristiano, pues, dude que hoy dia en la Iglesia de Dios se resucitan muertos; mas todos los hombres tienen ojos para ver resucitar los muertos, que resucitan de la manera que resucitó el hijo de la viuda, del cual al presente tratamos, mas no todos tienen ojos para ver resucitar á los que están muertos en el corazon, sino solos aquellos que en el corazon han ya resucitado. Mayor milagro es resucitar el alma que ha de vivir para siempre, que no resucitar el cuerpo que ha de tornar á morir.» Hasta aquí son palabras de san Agustin. El glorioso san Gregorio, tratando esta cuestion con Pedro diácono su dicípulo, el cual habia dicho

que le parecia el mayor milagro de todos estos corporales el resucitar los muertos, y darles otra vez vida, responde con estas palabras: «Si miramos solamente á las cosas visibles, así es como decís, Pedro; pero si abrimos los ojos interiores del alma, y consideramos atentamente lo que no se vee, hallaremos que es mayor milagro, sin duda, convertir á un pecador con la palabra de la predicacion y con la fuerza de la oracion, que no dar vida al cuerpo muerto. En el uno recibe vida la carne que ha de tornar á morir; en el otro el ánima que ha de vivir para siempre. Porque ¿cuál piensas que fué mayor milagro del Señor, ó resucitar á Lázaro cuatriduano, y dar vida al cuerpo que olia ya mal en la sepultura, ó resucitar al alma de Saulo, que le perseguia, y trocarle en Paulo, y hacerle vaso de elecion? Sin duda que fué mucho mayor milagro, y de mayor provecho para la Iglesia de Dios, el convertir á Paulo, que el resucitar á Lázaro; y así es ménos resucitar el cuerpo muerto, que no el alma, si ya no se juntase con la vivificacion del cuerpo la vida del alma, y con la obra de fuera se acompañase la de dentro, dando Nuestro Señor su lumbre y amor al alma, á cuyo cuerpo da tambien vida.» Y en otra parte, enseñando que la santa Iglesia cada dia obra espiritualmente lo que en sus principios corporalmente obraba, dice: «Estos milagros presentes ciertamente que son tanto mayores que los otros corporales, cuanto en sí son más espirituales; tanto son mayores, cuanto es mayor su efeto, pues por ellos no se resucitan cuerpos, sino almas. Porque los otros milagros corporales, aunque es verdad que alguna vez muestran que el hombre es santo, pero nunca le hacen santo; mas estotros milagros espirituales que se obran en el alma, no son señales de la virtud que está

en ella, sino obradores de la misma virtud. Los milagros corporales puédenlos tener los hombres malos y pecadores, mas de los espirituales no pueden gozar sino los justos y santos.» Todo esto es de san Gregorio.

San Eulogio, mártir glorioso de Córdoba, respondiendo á los moros y á los tibios cristianos que en su tiempo no tenian por verdaderos mártires de Jesucristo á los que morian por su fe, porque no hacian los milagros que otros mártires ántes habian hecho, concluye con estas palabras: «Finalmente, cuando la Divina Providencia obra los milagros ó por la fe de los que creen, ó por la incredulidad y mayor castigo de los presentes, no debemos nosotros maravillarnos tanto de los milagros que se hacen, cuanto considerar atentamente si los obradores destos milagros han desechado de sí los vicios, y son esclarecidos en virtudes; si son muertos al mundo y viven á Dios: si por aquella caridad que sobrepuja á todos los otros dones de Dios, huellan y ponen debajo de sus pies todos los apetitos y regalos y blanduras del siglo: si usan del don de hacer milagros, no para su honra, sino para gloria del Señor, que se le dió: si siguiendo de todo corazon la dotrina del verdadero Maestro, no se gozan porque los enemigos los obedecen, sino porque sus nombres están escritos en el cielo. Estas virtudes son más admirables en los que obran milagros que los mismos milagros que obran. Porque habemos de buscar y estimar más lo que nos lleva por más derecho camino al cielo, que no lo que nos hace maravillosos en los ojos del mundo; y la santidad verdadera y el temor santo del Señor, no pueden caber ni hallarse sino en el corazon de los varones justos y perfetos; pero los milagros puédenlos hacer, así los varones santos como los

malos.» Esto dice san Eulogio nuestro español.

Y por los dichos destos santísimos y sapientísimos doctores debemos regular la santidad y estimar en lo que se debe los milagros; aunque despues que nosotros escribimos esta vida de nuestro B. Padre Ignacio, y la imprimimos la primera vez en castellano, ha sido Nuestro Señor servido de ilustrar y magnificar á este gran siervo suyo, con tantos y tan esclarecidos y notorios milagros, que nos habemos tenido por obligados á escribir más brevemente, y como epilogar esta misma vida suya, y añadir algunos de los muchos milagros que el Señor se ha dignado obrar por su intercesion. La cual vida hallará el piadoso letor en el fin de nuestro Flos Sanctorum. Y cada dia se van multiplicando estos milagros, tantos y en tantas y tan diferentes partes del mundo, que si los quisiésemos referir todos, sería menester hacer un libro por sí.

Esto es lo que principalmente me ha parecido decir de la vida y costumbres de nuestro santo Padre Ignacio, para que su memoria (como suele acontecer en las cosas humanas) no se nos fuese envejeciendo y perdiendo poco á poco; y para que los nuestros tengan siempre delante un dechado perfetísimo, de donde puedan sacar las muestras de todas las virtudes. Lo cual, si yo alcanzare, tendremos todos de qué dar muchas gracias al Autor de todos los bienes; y si no lo mereciere alcanzar, á lo ménos espero que á vosotros, carísimos hermanos (por quien principalmente yo le he tomado), no dejará de ser acepto y agradable este mi pequeño trabajo.

FIN DEL QUINTO Y ÚLTIMO LIBRO DE LA VIDA DE NUESTRO B. PADRE IGNACIO.

LAUS DEO.

TRATADO

DEL MODO DE GOBIERNO

QUE NUESTRO SANTO P. IGNACIO

TENIA,

ESCRITO POR EL P. PEDRO DE RIVADENEIRA.



TRATADO

DEL MODO DE GOBIERNO QUE N. S. P. IGNACIO TENIA, OBSERVADO DEL P. PEDRO DE RIVADENEIRA, PARA QUE LOS SUPERIORES LE SIGAN EN LO QUE MÁS PUEDAN [1].

Á LOS SUPERIORES DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Muchos padres graves y celosos de nuestra Compañía, me han rogado que escriba la traza y modelo del gobierno de nuestro bienaventurado Padre Ignacio; y para persuadirme á tomar este trabajo, me proponian las razones siguientes:

Primeramente: decian que las religiones, que son invencion de Dios, no se pueden conservar en su pureza y buen sér, sino es con el espíritu

1 Este tratado, que ha permanecido inédito hasta ahora, hállase al fin de un manuscrito titulado: *Vida del Padre Pedro de Rivadeneira, de la Compañía de Jesus, escrita por el mismo Padre al modo de las Confesiones de San Agustin, añadida por su compañero, que lo fué treinta y tres años, el Hermano Cristóbal López. En Madrid, año de* 1612. Todo el manuscrito parece de mano del mismo Cristóbal López. En un códice que tienen los Padres de la Compañía de Toulouse hay otra copia de este tratado, la cual se ha tenido igualmente á la vista para su edicion.

del mismo Dios que las instituye, y que este espíritu suele comunicar á los Santos Padres el Espíritu Santo, que Él toma por fundadores y autores de las mismas religiones; y que así á ninguna cosa deben los religiosos de cada religion mirar y atender más, para conservar su instituto, y adelantarse en toda virtud y santidad, que al primitivo espíritu y gracia que Dios infundió á su primer Padre y Fundador. Porque cada fundador de cualquiera religion, es como modelo de su religion, el cual todos sus hijos deben con todas sus fuerzas procurar de imitar.

Lo segundo: que habiendo yo escrito la vida de nuestro bienaventurado Padre Ignacio, y propuesto á todos sus hijos uno como dechado de sus heróicas y admirables virtudes, para que con el favor de Dios procuren trasladar y representar en sí la parte dellas que pudieren, debia, para servicio de Dios Nuestro Señor, y provecho de la Compañía, escribir tambien la forma que nuestro Santo Padre tenia en gobernar, así por haber sido tan excelente y aventajada, como porque teniéndola delante los Superiores de la Compañía, y procurando retratarla y amoldarse á ella, su gobierno será el que debe ser, y siendo tal, todo el cuerpo de nuestra religion se conservará sano y entero. Pues no hay duda sino que cual es el gobierno de la religion, y aun de cualquiera República, tal suele ser en ella todo lo demas.

Añadian, que no solamente por estos respetos lo debia hacer, pero que en cierta manera estaba obligado á hacerlo, pues tenia notadas muchas cosas de nuestro bienaventurado Padre tocantes á esto, y considerádolas con alguna atencion y ponderacion; y no hay otro en la Compañía que las pueda escribir, por haberse llevado el Señor para sí á todos los otros que trataron familiar-

mente con él, y lo pudieran hacer. Y aunque en la vida de nuestro Santo Padre hay muchas cosas de las cuales los que gobiernan se pueden aprovechar, todavía, como aquellas están esparcidas y derramadas en varios lugares, convenia juntarlas, y añadir otras que no están allí escritas, y de todas sacar un perfeto retrato del gobierno de nuestro Beato Padre, y ponerle delante los ojos de los Superiores de la Compañía, para que ellos sepan lo que deben hacer, y teniendo estos como unos principios universales y prácticos asentados en su pecho puedan más facilmente acertar en las cosas particulares, de las cuales trata la consultacion y prudencia.

Estas y otras razones como estas me han persuadido á escribir esto, porque como yo me tengo por esclavo de la Compañía, y por la gracia del Señor que me llamó á ella, y me sufre en ella, ninguna cosa, despues de mi salvacion, más deseo que servirla y aprovecharla con todas mis fuerzas, fácilmente he condecendido con el parecer y peticion de tantas y tan graves personas y siervos de Nuestro Señor, en cosa de que se le puede seguir algun fruto, especialmente siendo tal, que á mí me dará nuevos gustos y nueva materia para refrescar las especies antiguas de lo que yo ví y oí de nuestro bienaventurado Padre Ignacio, y consolarme y alentarme, con pensar particularmente en las acciones de tan amoroso y dulce Padre, y tan eminente y santo varon.

Servirá, pues, este papel á los Superiores de la Compañía de uno como directorio para su gobierno, el cual será muy breve, y distinto en sus capítulos. El primero, de lo que hacia nuestro Padre con los que pretendian la Compañía, y en ella eran novicios. El segundo, de las cosas que deseaba que floreciesen más en la Compañía. El

tercero, de los modos que tomaba para plantarlas en los corazones de sus súbditos. El cuarto, de los medios que usaba para aprovecharlos y adelantarlos en toda virtud. El quinto, de las industrias que les daba para que aprovechasen á otros. El sexto, de otras cosas particulares. A Nuestro Señor humildemente suplico que por intercesion del mismo Santo Padre, á mí me dé gracia para acertar.





CAPÍTULO I.

DE LO QUE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE HACIA EN EL ADMITIR Ó PROBAR LOS NOVICIOS DE LA COMPAÑÍA.

AUNQUE á los principios no fué difícil en admitir gente para la Compañía, despues vino á apretar la mano, y á decir que si alguna cosa le habia de hacer desear vivir (aunque no se determinaba en esto), era por ser difícil en recebir para la Compañía.

2. Por ninguna necesidad ni falta temporal que hubiese, dejó de recebir en la Compañía los que juzgaba que tenian partes para ello, y verdadera vocacion de Dios; porque confiaba que el que los llamaba á la Compañía, los sustentaria en ella, como los sustentó.

3. Decia que el que no era bueno para el mundo tampoco lo era para la Compañía, y el que tenia talento para vivir en el mundo, ese era bueno para la Compañía; y así recibia de mejor gana á un activo é industrioso, si veia en él disposicion para usar bien de su habilidad, que no á uno muy quieto y mortecino.

4. En el recebir miraba mucho el metal y natural de cada uno, el asiento, juicio y aptitud para los ministerios de la Compañía, más que sola

la agudeza y habilidad; y así recibia de mejor gana á uno de quien esperaba podria señalarse en las cosas exteriores con edificacion, aunque no tuviese letras ni talento para ellas, que no á otro que tuviese algunas y alguna habilidad, si no tenia inclinacion ó aptitud para las cosas exteriores.

5. Los que recibia queria comunmente que fuesen grandecillos, y salidos de mochachos, y de honesta apariencia y buena gracia exterior, para edificacion de los prójimos, y solia decir, *mala facies malum faciens;* y así no acetaba persona de mala presencia, ni mal talle y gesto, si ya no tuviesen otras partes tan señaladas que con ellas recompensasen esta falta. Y una vez que remitió á unos Padres que admitiesen á uno á la Compañía, si les parecia, sintió mucho que le hubiesen admitido, porque despues supo que tenia un poco la nariz torcida.

6. Miraba mucho la salud y fuerzas de los que querian entrar, especialmente en los mozos; porque sin ellas, los hermanos coadjutores no pueden trabajar, ni los estudiantes ocuparse en los estudios, y emplearse despues en el servicio del Señor. En personas de muchas letras ó de mucha prudencia, no reparaba tanto en la falta de salud, porque estos medio muertos ayudan.

7. Dijo que no queria á ninguno en la Compañía que no fuese para aprovechar en algun modo.

8. Los novicios de la primera probacion, decia que es necesario que estén encerrados con miramiento á la salud y tiempo, y esto porque mejor piensen lo que vienen á hacer; aunque solia dispensar en esto cuando lo pedia la necesidad, y buscar maneras para entretenerlos.

9. Con los novicios ya recibidos, solia ser

muy recatado en no dejarlos hablar con gente de fuera que los pudiese inquietar ó divertir de su vocacion.

10. Aunque deseaba que los novicios se diesen á rienda suelta á la mortificacion de sí mismos, todavía en los principios iba muy poco á poco, y condecendia con la flaqueza y ternura en todo lo que la santa y suave discrecion daba lugar.

11. Cuando el ímpetu de la tentacion era tan vehemente que arrebataba al novicio y le hacia salir de sí, usaba nuestro Padre de grandes medios, y de mucha blandura, y procuraba con suavidad vencer la terribilidadad del mal espíritu.

12. Pero de tal manera usaba de la blandura, que cuando no aprovechaba al que estaba tentado y afligido, á lo ménos no dañase á otros; y así cuando era menester, mezclaba la severidad con la suavidad, y el rigor con la blandura, para ejemplo y aviso de los otros.

13. No le parecia bien á nuestro Padre que ántes de los dos años se induciesen los novicios á hacer los votos.

14. Usaba de grande caridad con los que estaban aún en la primera probacion, aunque fuesen personas bajas y de poca estima, si caian en alguna enfermedad; porque juzgaba que dejando ellos el siglo por amor de Dios, no era justo desampararlos en su necesidad.





CAPÍTULO II.

DE LAS COSAS QUE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE IGNACIO MÁS DESEABA Y PROCURABA QUE TUVIESEN LOS DE LA COMPAÑÍA.

CUANTO á los ya admitidos, lo que más de veras procuraba se guardase, y más sentia se dejase de guardar (no hablo de pecados mortales, que se presupone no los hay por la gracia del Señor), es la obediencia, que no solamente se extiende á la ejecucion, pero áun á hacer suya la voluntad del Superior; y sentir lo mismo que él siente, en todo lo que el hombre no puede afirmar que hay pecado, como se vee en las Constituciones en muchas partes, y en la carta de la obediencia, y en los capítulos que dejó della, y se ponen en el cuarto capítulo del quinto libro de la vida de nuestro Padre.

2. Para esta obediencia deseaba en los de la Compañía una resignacion de las propias voluntades, y una indiferencia para todo lo que les fuere mandado; lo cual solia sinificar por un báculo de un viejo, ó por un cuerpo muerto. Y aunque solia informarse de las inclinaciones que cada uno tenia, todavía gustaba más desta indiferencia, y de los que se ponen en manos del

Superior como una cera blanda, y una materia prima.

3. Deseaba mucho que todos los de la Compañía tuviesen una intencion muy recta, pura y limpia, sin mezcla de vanidad, ni tizne de amor ó interese propio, y buscasen la gloria de Dios en su ánima, cuerpo y obras, y bien de las ánimas en todas las cosas, cada uno en el talento que Dios le diere.

4. Cuanto á la oracion y meditacion (no habiendo particular necesidad ó tentaciones molestas y peligrosas), tenia por más acertado que el hombre en todas las cosas que hace procure hallar á Dios, que dar mucho tiempo junto á ella: y este espíritu deseaba en los de la Compañía, y que no hallen (si es posible) ménos devocion en cualquier obra de caridad y obediencia, que en la oracion y meditacion; pues siendo las obras tales, no puede dudar el que las hace, que en hacerlas se conforma con la voluntad de Dios.

5. Cuanto á la mortificacion, más queria y estimaba la de la honra y estima de sí mismos, especialmente en gente honrada, que la que aflige la carne con ayunos, diciplinas y cilicios, y así, aunque tenia por buenas y provechosas, y á sus tiempos necesarias estas asperezas, y él se habia ejercitado tanto en ellas, parece que no sólo no daba espuelas, pero áun tenia el freno á los que no sienten combates molestos y peligrosos, especialmente siendo estudiantes; porque juzgaba que para las mortificaciones el tiempo más oportuno era ántes de comenzar, ó despues de haber acabado los estudios.

6. Cuanto á las letras, á una mano queria que todos se fundasen bien en la gramática y letras humanas, especialmente si ayuda la edad é inclinacion, y á los que no estaban en ellas bien fun-

dados, aunque fuesen artistas, y doctores teólogos, los hacia de nuevo en Roma estudiar latinidad. Despues ningun género de dotrina aprobada desechaba, porque de todas las armas posibles holgaba de ver proveida la Compañía.

7. No queria variedad (en cuanto fuese posible) de opiniones en la Compañía, áun en cosas especulativas de momento, y ménos en las prácticas; y solia mucho usar el medio de hacer deponer su juicio, y dejarse juzgar de otros en lo que alguno mostraba estar más fijo de lo que convenia.

8. A los que ponia en una cosa para la cual tenian habilidad, mas ella no era conveniente para ellos, por su condicion ó poca virtud, ó no saberse della aprovechar, el Padre los quitaba della, teniendo por más importante el aprovechamiento de sus súbditos en la virtud, que en todo lo demas; y así sacó de los estudios y quitó de los negocios á diversas personas por esta razon.

9. Deseaba mucho que todas las reglas se guardasen con grande exacion, y daba penitencias á los que en la guarda dellas se descuidaban; pero hacia excepciones con los que por causas particulares convenia, segun la discreta caridad.

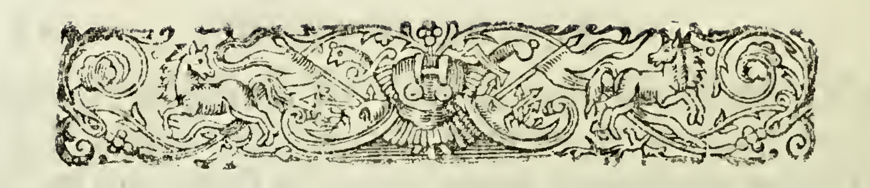
10. Cuando usaba de alguna particularidad con los que della tenian necesidad, sentia mucho que ninguno se escandalizase, ó que dijese que podia haber escándalo della, ó que el que no tenia aquella necesidad pidiese ó quisiese lo que se daba al que la tenia. Porque le parecia espíritu indiscreto el medir las cosas desiguales con igual medida, y sensual el querer ó pedir sin necesidad lo que se daba á otro por ella; y en los Superiores espíritu flojo y contrario á la caridad

dejar de dar á uno lo que ha menester, porque no se queje ó murmure, ó pida otro tanto el que no lo ha menester; pues la regla desto no ha de ser el gusto ó apetito de cada uno, sino su necesidad, aprobada por la discreta y suave caridad del Superior.

El año de 1545 mandándome los médicos que no guardase cuaresma, y diciendo yo á nuestro Padre que quizá alguno se podria escandalizar, me respondió con un semblante severo: «¿Quién se ha de escandalizar en esta casa, y no hacer gracias á Nuestro Señor porque no tiene necesidad de lo que vos habeis menester?»

Y en otro caso semejante, el año de 1546, dijo que echaria de la Compañía al que desto se escandalizase.





CAPÍTULO III.

DE LOS MODOS QUE USABA PARA PLANTAR LAS VIRTUDES, Y LO QUE QUERIA EN LOS CORAZONES DE LOS SÚBDITOS.

Muchos y varios eran los modos que tenia nuestro bienaventurado Padre para plantar en las almas de sus hijos la perfecion, y todo lo que deseaba; mas el principal era ganarles el corazon con un amor suavísimo y dulcísimo de padre. Porque verdaderamente él lo era con todos sus hijos, y como cabeza deste cuerpo tenia particular cuidado de cada uno de sus miembros, y como raiz desta planta daba humor y jugo al tronco y á todos los ramos, hojas, flores y frutas que habia en ella, segun su necesidad y capacidad; y esto por unos modos admirables, de los cuales algunos referiré aquí.

Primeramente, recibia con grande afabilidad, y trataba con maravillosa beninidad á todos sus súbditos, cuando venian á él, y para conocerlos y regalarlos hacia que comiesen con él algunas veces todos, hasta los hermanos coadjutores, cocinero, portero y los que se ocupaban en los oficios más bajos de casa.

2. Lo segundo, concedíales lo que pedian cuando no habia inconveniente, ó por parte de la cosa, ó por parte dellos.

3. Lo tercero, para que estimasen en más lo que les concedia (si la persona era de alguna calidad), le proponia las razones que habia para podérselo negar; mas añadia que todas ellas no pesaban tanto como el deseo que tenia de darle contento.

4. Lo cuarto, cuando los inconvenientes eran tan grandes que no se podian justamente conceder lo que se pedia, negábalo, pero con tanta satisfacion, que el mismo que lo pedia quedaba persuadido de la buena voluntad del Padre, y de la imposibilidad ó inconveniencia de la cosa.

5. Lo quinto, nunca jamás dijo palabra injuriosa ni acéda á persona que reprehendiese, llamándole soberbio, desobediente ó con otro nombre semejante.

6. Lo sexto, miraba mucho por la buena fama y reputacion de todos sus súbditos, y esto en dos maneras: la una, hablando él siempre bien dellos, y mostrando el buen concepto que tenia de todos, y no descubriendo las faltas de nadie sino cuando habia precisa necesidad de consultar algo para remediarlo; y entónces si bastaba consultarlo con uno no lo consultaba con dos, y si bastaba con dos no con tres; y no encarecia la falta sino con una simple narracion contaba lo que habia pasado. La otra manera de castigar severamente á los que hablaban mal de los otros sus hermanos, ó daban ocasion con sus palabras para que se tuviese ménos buen concepto dellos. A un Padre viejo y muy siervo de Dios, mandó hacer una diciplina de tres salmos, porque habia dicho fuera de casa que otro Padre enfermo, con la calentura desvariaba, y decia algunas cosas que no las dijera si estuviera en sí.

7. Lo sétimo, cuando alguno en algo se descomponia, de tal manera le trataba, que vencido

de la mansedumbre y blandura del Padre, se compungia y confundia.

8. Lo octavo, en el tiempo que alguno estaba tentado y afligido por la vehemencia de alguna pasion, era increible su sufrimiento y paciencia; y en aquella coyuntura no le reprehendia ni hablaba palabra, ántes aguardaba que se le pasase aquel ímpetu y accidente, y que el enfermo volviese en sí y se reconocise y quedase corrido por lo que habia hecho, y por lo que el Padre habia sufrido, reverenciando la destreza y prudencia más divina que humana con que se habia habido con él.

9. Lo nono, cuando alguno estaba notablemente tentado y afligido, hacia mucha oracion y penitencia por él; y á uno de los primeros compañeros conservó en la Compañía estando para dejarla, ayunando tres dias sin comer bocado, y haciendo oracion por él.

10. Lo décimo, mostraba este amor maravillosamente en cubrir y enterrar con un perpétuo olvido las faltas de los que se reconocian, y con confianza se las manifestaban; porque era increible su recato y benignidad de Padre en esto. Y ellos podian estar seguros que ni en las obras ni en las palabras, ni en el trato, ni en su corazon, no quedaba rastro ni memoria de aquellas faltas, más que si nunca las hubiera habido.

11. Lo undécimo, tenia tan grande cuidado de la salud y consuelo de cada uno de sus súbditos, que á los que lo vimos nos causaba admiracion, y á los que no lo vieron parecerá encarecimiento. Pero es cierto que no se puede decir en pocas palabras tanto como hay en esto. Queria que en cayendo uno enfermo luego se lo viniesen á decir, para que se le proveyese de todo lo que ordenaba el médico; y cuando no habia dineros

en casa, que (si fuese menester) se vendiesen las alhajas que habia en ella, para proveerlo. Lo cual ordenaba se hiciese desta manera: que el comprador echase suertes entre el Procurador de la casa, y el Padre, y el mismo comprador, y vendiese la manta de aquel de los tres á quien cupiese la suerte; que le viniesen á decir dos veces cada dia si el comprador habia traido lo que el médico habia ordenado se diese á los enfermos. Argumento deste mismo cuidado eran las penitencias rigurosas que daba por cualquier descuido que hubiese en curarlos; la solicitud con que él mismo asistia cuando habia algunos enfermos de peligro; y la caridad y humildad con que los servia, como si no tuviera otra cosa en qué entender. Matar las chinches yo le ví, y limpiar las camas de los enfermos.

Estando muy enfermo, y remitiendo todas las cosas de gobierno al Padre Nadal, reservó para sí solas las cosas que tocaban á los enfermos. El año de 1553, estando el Padre Jerónimo Otelo (que era el predicador de nuestra Casa Profesa de Roma, y hombre muy penitente), enfermo y en peligro de quedar inútil, nuestro Padre le tomó á su cargo, y con quitarle por tres semanas los libros y la oracion, y hacerle dormir y comer consigo, y llevarle al campo, le sanó de tal manera, que vivió despues muchos años, predicando con gran fruto y edificacion en las más principales ciudades de Italia y Sicilia. Finalmente, no hay madre que tenga tanto cuidado de sus hijos como nuestro bienaventurado Padre le tenia de los suyos, especialmente de los flacos y enfermos, como se ha dicho. Y no solamente tenia este cuidado de los que estaban en Roma, sino tambien de los ausentes, avisando á los Superiores que cuidasen de la salud de sus súbditos, y reprehen-

diéndoles cuando se descuidaban. Y lo que digo de la salud cuando estaban enfermos, tambien se extendia á conservarla cuando estaban sanos, mayormente con los mochachos, achacosos y flacos.

12. Lo duodécimo, mostraba este amor no cargando á sus hijos más de lo que buenamente podian llevar, y que ántes anduviesen descansados que ahogados; y no ménos en examinar y procurar de entender las buenas inclinaciones que tenian, para gobernarlos conforme á ellas, y llevarlos más suavemente á toda perfecion; y para hacerlo mejor procuraba saberlas y entenderlas en una de dos maneras. En las cosas fáciles, ordenando á algun amigo y confidente que hablase á la persona cuya inclinacion queria saber, y que la sacase dél. En las cosas dificultosas, mandaba que despues de hecha oracion le diese por escrito tres puntos: el primero, si está aparejado para hacer la tal cosa, ordenándosela la obediencia; el segundo, si tiene inclinacion á ella; el tercero, si se le dejase en su mano hacerla ó no hacerla, qué haria. Y como el Santo Padre era tan padre, y tan amoroso con todos sus hijos, así ellos se le mostraban hijos obedientes, y le entregaban sus corazones para que dispusiese dellos y de todas sus cosas sin contradicion y repugnancia; porque por este amor, no solamente era padre y maestro, sino tambien dueño y señor de sus súbditos; él cuidaba dellos, y ellos descuidaban de sí; ellos trabajaban hasta cansarse sin tener respeto á su salud, por el gran cuidado que sabian tenia della el Padre, y que cuando se hallasen en necesidad de descanso le hallarian muy cumplido; y habia una santa contienda entre el Santo Padre y sus hijos, queriendo los hijos tomar mayores cargas que eran sus fuerzas, y el Padre quitándoles alguna parte de las que podian

llevar, y con una religiosa porfía reverenciando y obedeciendo los hijos á su Padre, y el Padre mirando por sus hijos con un amor solícito y dulcísimo, que no se puede con palabras explicar. Lo cual tambien se escribe de san Bernardo y de sus monjes, despues que por la obediencia dellos el Señor le trocó el corazon.

Mostraba asimismo este amor con la confianza que hacia de la persona á quien encomendaba algun negocio importante, dándole las instruciones que le parecian, y firmas en blanco, y crédito, y dejándole hacer segun la capacidad y talento de cada uno, y si le avisaba de algunas cosas particulares que al Padre se le ofrecian, añadia: «Vos que estais al pié de la obra, vereis mejor lo que se debe hacer.» Tenia otra advertencia, que todo lo que podia dar disgusto á sus súbditos, ordinariamente hacia que lo ordenasen los Superiores inmediatos, como el Rector ó el Ministro; y todo lo que era de contento y gusto, lo ordenaba el Padre, de manera que se entendiese que nacia dél, y con esto le agradecian lo dulce y sabroso y no se tentaban con él por lo amargo y desabrido. Cuando por alguna cosa grave juzgaba que era bien dar alguna penitencia extraordinaria y severa, solia no darla él, sino hacia que el que habia faltado, despues de haber hecho oracion, y conocida su culpa (que esto era su principal intento), él mismo tomaba la penitencia que juzgaba ser digna de aquella culpa, y el Padre ordinariamente quitábale buena parte della, y con esto ninguna culpa quedaba sin castigo, y el culpado quedaba emendado y sin enojo y sentimiento.





CAPÍTULO IV.

LOS MEDIOS QUE USABA PARA ADELANTAR Á SUS SÚBDITOS EN TODA VIRTUD.

PERO este amor de nuestro Padre no era flaco ni remiso, sino vivo y eficaz, suave y fuerte, tierno como amor de madre, y solícito y robusto como amor de padre, que procura que sus hijos cada dia crezcan y se adelanten en honra y virtud. Así nuestro bienaventurado Padre tenia un cuidado extraño de que todos los que estaban á su cargo se aventajasen en toda virtud, y no se contentasen con lo que hasta allí habian ganado, sino que procurasen cada dia ganar más; y para esto él los ayudaba, tratando á cada uno segun su capacidad y fuerzas. A los que en la virtud eran niños, daba leche; á los aprovechados, pan con corteza; y á los perfetos trataba con más rigor, para que corriesen á rienda suelta á la perfecion. Al Padre Maestro Polanco, que fué su secretario, y sus piés y manos nueve años, apénas le dijo buena palabra, si no fué el dia ántes que muriese, cuando le envió á pedir la bendicion al Papa, y le dijo que se moria. Al Padre Maestro Nadal algunas veces le dió tan terribles capelos, que le hizo llorar muchas lágrimas. Al Padre Diego de Eguía, su confesor, dió muy ásperas penitencias,

y se dejó de confesar con él, porque hablaba altamente y con grande encarecimiento de las virtudes de nuestro bienaventurado Padre. Porque estos Padres eran muy grandes siervos de Dios, y mayores varones; y lo que más me admira, es que habiéndome dicho nuestro bienaventurado Padre á mí, que no habia hombre en toda la Compañía á quien ella debiese más que al Padre Maestro Lainez, aunque entrase en esta cuenta el Padre Francisco Javier; y habiendo dicho al mismo Padre Lainez que le habia de suceder en el oficio de Prepósito General: el postrer año ántes que muriese le trató con tanta aspereza, que despues que yo volví de Flandes á Roma, me contó el mismo Padre Lainez que algunas veces se halló tan apretado de aquel tratamiento, que se volvia á Nuestro Señor, y le decia: «Señor, ¿qué he hecho yo contra la Compañía, que este Santo me trata desta manera?» Lo cual se atribuyó á que el bendito Padre queria hacer Santo al Padre Lainez, y curtirle para General, para que de lo que hubiese experimentado en sí, aprendiese á gobernar á los demas.

Pongo estos ejemplos aquí, no para que los Superiores que hoy gobiernan los imiten (porque más son admirables que imitables, y propios de un Patriarca de una Religion como la Compañía, el cual por su gran santidad, prudencia y autoridad y respeto que todos le tenian, podia hacer lo que aquí queda referido con aprovechamiento de los que así eran tratados, y ejemplo y edificacion de los demas); sino para que todos los Superiores sepan lo que deben hacer con sus súbditos, que es no contentarse con que vivan guardando las reglas exteriormente y sin escándalo, sino que procuren aventajarlos en toda virtud, midiéndose primero á sí con la justa y

debida medida, y despues á los otros conforme la condicion, capacidad y méritos de cada uno, y conforme á la calidad y opinion que hay de la persona del Superior. Que esta opinion hace mucho en el gobierno, para que se tome bien ó mal lo que el Superior hace.

Pero volviendo á nuestro bienaventurado Padre, tenia grande eficacia en desarraigar los malos hábitos, y curar las enfermedades que, ó por ser como naturales y muy envejecidas, ó por otros respetos, parecian incurables, y usaba de tantos y tan eficaces remedios, que el alma, por rebelde que fuese, se ablandaba y rendia. Hacia que el que tenia alguna falta que deseaba emendar, tuviese cuidado de notar aquella misma falta en los otros, y avisarles della; que se concertase con algun amigo confidente suyo, para que estuviese sobre aviso, y notase las veces que faltaba y con caridad le avisase; que se examinase tantas veces cada dia particularmente de aquella falta, y para que no hubiese descuido, que dos veces, una ántes de comer y otra ántes de cenar, dijese á cierta persona que el mismo Padre señalaba, si habia hecho aquel exámen; que en el refetorio predicase de aquella virtud que pretendia alcanzar, ó contra aquel vicio que deseaba vencer, para que, exhortando á los otros, él quedase más convencido, y movido para buscar lo que les persuadia; que se pusiese alguna pena, y la ejecutase cada vez que cayese en aquella falta; y otros medios como estos usaba, pero con tanta exacion y eficacia, que no habia cosa tan arraigada que no la arrancase, ni costumbre tan envejecida que con otra costumbre no la venciese, y echase como un clavo con otro: y no usaba solamente destos medios para domar las pasiones y malas inclinaciones del alma, sino tambien las incli-

naciones viciosas, naturales ó pegadizas: como cuando alguno hablaba ó caminaba muy á prisa ó meneaba descompuestamente la cabeza, ó tenia algunos meneos feos, ó ménos agradables, y en otras cosas semejantes, que podia referir con ejemplos particulares si no pretendiese la brevedad.

Tambien mostraba su gran prudencia y valor en otra cosa muy importante, que es en saberse servir de los sujetos; porque algunas veces acontecia que alguno por una parte tuviese grandes talentos, ó para leer, ó para predicar, ó para tratar con príncipes, ó ayudar á los prójimos, etc., y por otra parte que, para su humillacion y muestra de la flaqueza humana, juntamente con aquellos talentos tuviese algunas imperfeciones y faltas, que podrian deslustrar y estragar lo bueno que habia en aquel sujeto, é impedir el fruto que se podia esperar dél. Mas era tan grande y tan divina la prudencia y sagacidad del Padre, que se sabia servir de lo bueno sin que lo malo dañase, y cogia el trigo sin que la cizaña ahogase la buena semilla del Señor. Porque llevaba al sujeto tan derecho, y proveia las cosas con tantos defensivos y prevenciones, que era cosa de maravilla. Pero cada dia tenia grandísimo cuidado con que ninguno de sus hijos, con celos de ayudar á otros, se hiciese daño á sí. Por donde si veia que uno era bueno para un oficio, como para predicador ó confesor, etc., mas el oficio no era bueno para él, porque se desvanecia, ó corria peligro, le quitaba de aquel oficio, anteponiendo la salud y bien de su súbdito á todo el fruto que en aquel oficio podia hacer, como queda dicho.

En las cosas que, aunque eran pequeñas, por el ejemplo y por la disimulacion se podian hacer grandes y peligrosas, solia nuestro bienaventurado Padre ser severo y riguroso, y por esta cau-

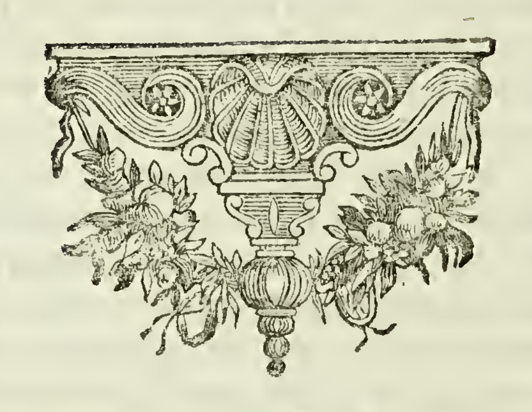
sa algunas veces daba grandes penitencias por cosas que parecian mínimas.

Habiendo sabido que en Portugal habia algunos inquietos que repugnaban á la obediencia, y decian: «no debia el Superior mandarme esto á mí,» nuestro Padre reprendió gravemente al Provincial, y le mandó *in virtute sanctæ obedientiæ* que no tuviese en la provincia ningun desobediente, pues no podia ser bueno para otros el que no era bueno para sí. Y lo mismo escribió á los otros Superiores de la Compañía; y estaba tan puesto en no sufrir ni tener en ella á persona que la pudiese perturbar, que habiendo despedido en Colonia el Padre Leonardo Kessel (que era santo varon y Superior) ocho de los nuestros, de quince que habia en su colegio, porque se habian amotinado, y por persuasion de Gerardo Holandes no querian obedecer; y teniendo despues escrúpulo dello, juzgando que por ventura hubiera bastado despedir uno ó dos, ó cuatro, las cabezas de aquel motin; escribiéndolo á nuestro Padre, y pidiéndole penitencia por ello, le respondió que no tuviese escrúpulo de lo que habia hecho, porque estaba bien hecho, sino que despidiese los siete que quedaban, si no eran quietos y obedientes, y tales que pudiesen servir en la Compañía á Dios Nuestro Señor. Y el mismo Padre, el año de 1555, en la Pascua del Espíritu Santó, despidió juntos once ó doce del colegio de Roma, y entre ellos á un primo del Duque de Vibona, que se habia casado con una hija de D. Juan de Vega, Virey de Sicilia, á quien la Compañía tenia muy grande obligacion, y nuestro Padre no ménos respetos. Lo cual digo para declarar el celo que el Santo Padre tenia, y no para que ahora los Superiores fácilmente despidan á los súbditos, que no se debe hacer sin grandísima consideracion; que aquellas

eran causas grandes y particulares, y examinadas por un varon tan santo y tan prudente como lo era nuestro bienaventurado Padre.

La manera de despedir era la que dicen nuestras Constituciones en la segunda parte, procurando que el que se despedia saliese gustoso, y enseñado á vivir bien, y los de casa quedasen con buena opinion (en cuanto era posible) del que se iba, teniéndole compasion, y confundiéndose y escarmentando en cabeza ajena. Y algunas veces, cuando juzgaba que no era bueno para la Compañía el sujeto que se queria salir della, nuestro Padre procuraba destentarle y sosegarle, y despues él mismo le despedia: y usaba desta prudencia santa, porque el tal se fuese con más segura conciencia, y con más amor y reputacion de la Compañía. Y si las causas para despedir á algunos eran secretas, y que sin nota no se podian publicar, la manera de despedir comunmente era enviándole á peregrinar, y avisándole en secreto que iba despedido, y que no volviese más á la Compañía. Y para que mejor se entienda con cuánta caridad y blandura trataba nuestro bienaventurado Padre este negocio, quiero añadir que cuando uno estaba gravemente tentado de irse de la Compañía, ademas de las oraciones que el mismo Padre hacia, y ordenaba que en casa se hiciesen por él, y de hablarle y amonestarle por sí y por otros, así de los de casa como de los de fuera (si habia algunos muy intrínsecos que fuesen amigos del tentado), y oponerse con todas sus fuerzas á la impugnacion de Satanás, solia rogar al que así estaba tentado, que pues habia estado tanto tiempo por su voluntad en la Compañía, y nosotros le habíamos tenido en ella, por haberlo pedido él, que agora, por rogárselo nosotros, se estuviese otros quince dias sin obligacion de obe-

decer á nadie, ni de guardar las reglas más de lo que él quisiese; y con esta manera suave sanó á algunos: mas cuando todo esto no bastaba, hacia llamar á todos los de casa, y delante dellos le preguntaba la causa por que se queria ir, y ordenaba que cada uno le dijese lo que le parecia, y algunas veces Nuestro Señor hablaba por algunos hermanos Coadjutores y sencillos cosas tan á propósito, que ví yo confundirse al tentado, y postrándose á los piés de todos, y derramando muchas lágrimas, pedirles perdon.





CAPÍTULO V.

DE LAS INDUSTRIAS QUE NUESTRO PADRE DABA PARA QUE LOS NUESTROS APROVECHASEN Á LOS OTROS.

La primera cosa, y más principal que nuestro bienaventurado Padre encomendaba á los de la Compañía que andaban en misiones, ó se ocupaban en tratar con los prójimos para ayudarlos en las cosas espirituales, era que entendiesen que su mayor cuidado y más importante para aprovechar á los otros, era aprovecharse á sí, y perfecionarse y crecer cada dia en virtud con el favor del Señor; porque desta manera viene el hombre á ser digno instrumento de Dios, para engendrar en los otros la perfecion, y encender á los demas en el fuego de caridad que arde en su pecho. Para esto decia que debemos tener grandísimo deseo deste amor de Dios y de la perfecion, y pedírsela con gran instancia muchas veces á su Divina Majestad, y proponer de no perderla por ninguna cosa, y aun de no entibiarla con un pecado venial hecho deliberadamente. Lo segundo, decia más, que para emprehender cosas grandes en servicio de Nuestro Señor, es necesario vencer el vano temor, no haciendo caso de la pobreza, incomodidades, calumnias, injurias y afrentas, ni de la misma muerte, ni exasperarse ó

concebir ódio y aborrecimiento contra las personas que nos contradicen ó persiguen. Lo tercero, añadia más, que nos debemos guardar de dos rocas muy peligrosas en esta navegacion: la primera, de la soberbia y vana presuncion de nosotros mismos, acometiendo cosas muy árduas y desproporcionadas á nuestras fuerzas; y la otra (que muchas veces se sigue desta) de la pusilanimidad y desconfianza en los trabajos y dificultades que se ofrecen cuando no suceden las cosas como deseamos y pensamos. Lo cuarto, pero sobre todo aconsejaba que con grande estudio procuremos de arrancar cualquier apetito de ambicion, y de pretender para nosotros mismos honras y dignidades, amistades ó favores de Príncipes, alabanzas de hombres, y aplauso popular; de manera que no hagamos cosa alguna por ser loados, ni la dejemos de hacer (si es buena) por temor de ser vituperados. Lo quinto, porque este afecto y apetito vano es muy poderoso, y no ménos que el del deleite en el comer, beber y vestir regaladamente, etc., el cual se debe refrenar y moderar con la necesidad, y con la edificacion de las personas con quien tratamos; y componer el hombre interior para que resplandezca y se derive en el exterior, y los que nos tratan y conversan, con sola nuestra visita se compongan y alaben al Señor. Lo sexto, encomendaba mucho el recato con mujeres, aunque parezcan santas ó lo sean, especialmente si son mozas, hermosas y de baja suerte, ó de ruin fama, así por huir nuestro peligro, como el escándalo de los otros, y el decir de las gentes, que siempre se inclinan más á sospechar y á decir mal de los religiosos y siervos de Dios, que á excusarlos ó defenderlos. Tambien aconsejaba, y más con su ejemplo que con sus palabras, que fuésemos muy recatados en creer y

dar por buenas las revelaciones que algunas personas espirituales y devotas dicen que tienen, así por el engaño que suele haber en semejantes cosas (teniendo por revelaciones los sueños y devaneos de su cabeza), como por el crédito que pierde el que las ha aprobado cuando se descubre su falsedad. Lo séptimo, era increible la circunspeccion que nuestro bienaventurado Padre tenia en el hablar, y así deseaba que los de la Compañía fuesen muy mirados, no usando de palabras livianas, desconcertadas, de murmuracion, detraccion, ni arrojadas, ni áun hiperbólicas y encarecidas; porque todo esto decia que era dañoso, y quita el crédito para con las personas con quien tratamos, el cual es muy necesario para poderlos ayudar y llevar á Dios; especialmente en el predicar, y en el difinir y responder á dudas de cosas graves, decia que se debia usar de grandísimo recato, miramiento y consideracion. Lo octavo, tambien era maravilloso el artificio que nuestro bienaventurado Padre tenia en ganar las voluntades de las personas con quien trataba, y por esta via atraerlas más fácilmente á Dios, y con sus palabras, y más con sus ejemplos, nos enseñaba el cuidado que debemos poner en esto. Decia que ayuda mucho el tenerles verdadero y sincero amor, y el mostrárselo con palabras amorosas y con obras, haciendo por ellos lo que buenamente se puede, conforme á nuestro hábito y profesion, y á la prudente caridad. Y el hacer confianza de las mismas personas comunicándoles los negocios que tratamos (más ó ménos segun fuere su capacidad y la familiaridad que tenemos con ellos), y tomando y siguiendo su consejo cuando fuere acertado, el conformarnos con sus condiciones, y condecender con ellas en lo que no fuere contra Dios, y disimular al principio en

algunas cosas para entrar con ellos y salir con nosotros, haciéndonos *omnia omnibus*, como lo hacia el Apóstol, *ut omnes lucrifaciamus*. Pero como la prudencia para acertar debe mirar tanto las circunstancias de los tiempos y lugares, y más de las personas con quien se trata, y de las mismas cosas que se tratan; son menester muchos ojos para ver bien la condicion y natural de la persona que se ha de tratar, especialmente si es principal y gran señor, ántes de entregarse á él, y hacérsele muy familiar. Lo nono, por otra parte, decia que es necesario usar de gran recato y circunspecion con estas mismas personas que queremos ganar para Dios, á las cuales debemos de tal manera mostrarnos gratos por las buenas obras que dellos recibimos, que no seamos lisonjeros ni apoquemos nuestros ministerios, ántes demos á entender que principalmente las reconocemos de Dios, y que ellas mismas ganan mucho en el bien que nos hacen por su amor, y juntamente conozcan que el hombre es superior á la próspera y adversa fortuna, y libre de esperanzas y temores vanos, y menospreciador de todo lo que el mundo le puede ofrecer, conversando con todos con una humilde gravedad, sin abrir mucho su pecho, ni tener demasiada familiaridad, sino con personas muy conocidas y de mucha confianza, y sin recebir dones de nadie, sino lo que fuere necesario para su sustento, y esto de personas que se edifiquen, y tengan por merced de Dios el darlo. Porque el que recibe pierde su libertad, y el que da comunmente le estima en ménos.

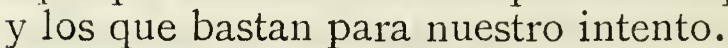
Añadia más nuestro bienaventurado Padre, que el que vive en tierra donde hay bandos y parcialidades, debe abrazarlos á todos, y no mostrarse él parcial, ni llegarse de tal manera á la una de las partes, que ofenda á la otra.

Lo décimo, enseñaba que aunque la autoridad es necesaria para ayudar y aprovechar á los prójimos, y que para este fin la debe procurar; mas que esta autoridad no se gana con ninguna cosa que sepa ó huela á mundo, sino con el menosprecio dél, y con la verdadera humildad, y con mostrar con obras más que con palabras, que el hombre es dicípulo y imitador de Cristo humilde, y que no pretende ni busca sino su gloria, y la salvacion de las almas que Él busca. Y para esto de ninguna cosa se desdeñe, por pequeña que sea, ni por vil que parezca en los ojos de los hombres, si della se puede sacar gloria para Dios; y siempre comience por lo bajo si quiere llegar á lo alto, y ser favorecido del Señor, *qui resistit superbis, et exaltat humiles*. En esto ponia gran fuerza nuestro bienaventurado Padre, y así ordenó á los Padres Francisco Javier y Simon, que pidiesen limosna en Portugal, siendo llamados del Rey, y á los Padres Lainez y Salmeron, que sirviesen á los pobres, y enseñasen la dotrina cristiana en Trento, ántes de decir su parecer en el Concilio, á donde eran enviados del Papa por teólogos de Su Santidad. Lo undécimo, nuestro bienaventurado Padre era magnánimo y longánime, y en las cosas que emprehendia incansable, y por ninguna dificultad y contradicion que se ofreciese, volvia atrás de lo que juzgaba que convenia para el servicio de Nuestro Señor; y tales deseaba que fuesen sus hijos. Pero tambien amonestaba que no ha de ser el hombre pertinaz y obstinado en querer perseverar en lo que una vez comenzó, por salir con la suya, si no hay esperanza de acabar lo comenzado, ó se juzga que en otra cosa más útil se podrá emplear aquel trabajo.

Lo duodécimo, finalmente, es muy necesario

que el que trata con los prójimos para curarlos, sea como un buen médico, y que ni se espante de sus enfermedades, ni tenga asco de sus llagas, y que sufra con gran paciencia y mansedumbre sus flaquezas é importunidades; y para esto que los mire, no como á hijos de Adan, y como unos vasos frágiles de vidrio ó de barro, sino como una imágen de Dios, comprados con la Sangre de Jesucristo, procurando que ellos mismos se ayuden y con buenas obras se dispongan para recebir la gracia del Señor, ó para crecer en ella, en quien debe esperar, que pues le llamó á tan alto ministerio, le hará digno ministro suyo, si desconfiare de sí y confiare en la bondad del mismo Señor que le llamó y le hizo miembro desta Religion.

El Padre Maestro Polanco escribió algunas industrias para enseñar cómo se han de haber los de la Compañía que se ocupan con los prójimos para mayor servicio divino y bien de las almas; las cuales recogió de lo que vió que usaba nuestro bienaventurado Padre, y de las instruciones y avisos que daba á los que enviaba á cultivar esta viña del Señor; en ellas se hallarán otros documentos provechosos para este fin; mas los que aquí quedan escritos creo que son los principales, y los que bastan para nuestro intento.







CAPÍTULO VI.

ALGUNAS COSAS QUE HACIA NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE, Y PUEDEN APROVECHAR PARA EL BUEN GOBIERNO.

No juzgaba el aprovechamiento y virtud de cada uno por el buen natural ó blanda condicion que tenia, sino por el cuidado y conato que ponia en vencerse.

2. Era muy solícito en la ejecucion de las cosas, y para esto cada noche pedia cuenta á las personas de quien se ayudaba, de lo que habian hecho aquel dia, y les ordenaba lo que el dia siguiente habian de hacer.

3. Todas las buenas nuevas que venian á Roma á la Compañía, hacia que se trasladasen y se comunicasen á los amigos y otras personas de cuenta, así por mostrar la gratitud que se les debia, como para que supiesen lo que Dios obraba por medio de los nuestros y glorificasen más al Señor.

4. Cuando queria encomendar algun cargo á persona de quien no tenia experiencia, alguna vez para ensayarle le ordenaba que cada noche diese cuenta de lo que aquel dia le habia sucedido á alguna persona de cuyo espíritu y prudencia nuestro bienaventurado Padre se fiaba, para que le encaminase y le dijese en lo que habia acertado y en lo que no.

5. Tenia gran cuenta que las personas muy ilustres ó señaladas en letras en la Compañía, no diesen mal ejemplo, por el daño que dél se podia seguir á los demas.

6. Cuando trataba con gente cavilosa procuraba negociar delante de testigos ó por escrito.

7. A un Padre viejo y aprobado dió por penitencia una diciplina de ocho salmos, porque, por no aguardar al compañero que tardaba, habia ido solo á confesar una mujer enferma, para que los otros escarmentasen y no siguiesen aquel ejemplo.

8. Habiendo sido llamado un Padre para confesar un enfermo que se estaba muriendo, llegó tarde por haberse algo detenido, y hallóle muerto. Sintiólo por extremo nuestro bienaventurado Padre, y ordenó que cuando viniesen á llamar para cosa semejante, el portero tocase luégo la campanilla, de manera que todos los sacerdotes entendiesen para qué eran llamados, y acudiesen á la puerta, y el que estuviese más pronto y aparejado ese le fuese á confesar.

9. Cuando se decia á nuestro bienaventurado Padre alguna cosa mal hecha de las que suelen comunmente alterar á los hombres, no hablaba palabra hasta haberse recogido interiormente, y considerado lo que habia de responder.

10. La hora que en la Compañía tenemos de quiete ó recreacion despues de comer ó cenar, no es solamente para que en aquella hora no haga daño el atender al estudio ó á la oracion, sino tambien para que los padres y hermanos se traten y con aquella comunicacion se conozcan y amen más. Esto me respondió á mí nuestro bienaventurado Padre diciéndole yo que los Superiores del Colegio Romano querian quitar el espacio de quiete que las noches de Cuaresma se usa, y nuestro bienaventurado Padre no lo consintió.

11. Estando comiendo con nuestro bienaventurado Padre, dijo un Padre que era milagro que Dios Nuestro Señor sustentase tanta gente de la Compañía en Roma, sin renta, en tiempo de gran carestía y guerra, en el cual los Cardenales y algunos señores despedian parte de sus familias por no poderlas sustentar. En diciendo esto aquel Padre, nuestro bienaventurado Padre se puso con un semblante grave y severo (como lo solia hacer cuando delante dél se decia alguna palabra inadvertida é inconsiderada) y respondió: «¿Qué milagro? Milagro sería si así no fuese.» Y añadió la causa: «Despues que comenzó la Compañía, dijo, siempre hemos visto que cuantos más hemos sido y más carestía ha habido, tanto más abundantemente nos ha proveido Nuestro Señor.»

12. Yendo de camino con nuestro bienaventurado Padre, y llevando poco viático, noté dos cosas: la una, que mandaba hacer largas limosnas á los pobres que topábamos; y la otra, que se pagase el mesonero sin ruido de palabras, de manera que él quedase contento y satisfecho.

13. Tuvo gran solicitud y cuidado que no se dijese á los novicios cosa que los pudiese inquietar, ó pegarles espíritu contrario á nuestro instituto y á nuestro modo de proceder, y en esto fué muy severo y (si se puede decir) riguroso.

14. En las cosas del servicio de Nuestro Señor que emprehendia usaba de todos los medios humanos para salir con ellas con tanto cuidado y eficacia, como si dellos dependiera el buen suceso; y de tal manera confiaba en Dios y estaba pendiente de su Divina Providencia, como si todos los otros medios humanos que tomaba no fueran de algun efeto.

15. Cuando le pedian alguna cosa, luégo pen-

saba si era conveniente el concederla; y si juzgaba que no lo era, lo que habia de responder para negarla con suavidad.

16. Cuando dos no estaban tan unidos entre sí, solia referir al uno todo lo que habia oido del otro que pudiese sosegarle y unirle más con él, callando lo que le podia desasosegar.

17. Gustaba mucho que sus súbditos hiciesen las cosas que él queria, movidos de su bien ordenada inclinacion hácia el Superior; sin que fuese menester usar de mandato ó virtud de obediencia.

18. Tuvo gran cuenta que no se introdujesen ritos, ceremonias, usos ó costumbres nuevas en la Compañía sin que él lo supiese.

19. Cuando escribia cartas de negocios graves, especialmente á personas principales, era tan mirado y remirado en leerlas y emendarlas, y gastaba tanto tiempo en esto, que nos ponia admiracion.

20. Al Padre doctor Torres, el que murió en Toledo, cuando estaba en Salamanca, le escribió que no se dejase embarazar con cofradías de seglares.

21. Para despertar y dar más calor á los nuestros, ordenaba nuestro bienaventurado Padre en los principios que le escribiesen cada semana cuántos se habian confesado en ella, y si alguno habia hecho los ejercicios.

22. Tuvo muy particular cuidado que ninguno de sus hijos diese á los grandes Príncipes ocasiones de justo enojo, y que si alguno le habia tenido, de atajarle con gran prudencia, para que no recibiese daño todo el cuerpo de la Compañía.

23. Estando el Padre Bobadilla en Alemania en la Córte del Emperador Cárlos V, por órden del Papa Paulo III, aconsejaron algunos al Emperador que miéntras se celebraba concilio, para

componer las controversias entre los católicos y los protestantes, se escribiese el *Interim* que se escribió, que fué harto dañoso á la República, poniendo la mano del Príncipe seglar (aunque con buen celo) en lo que no era suyo. Contradijo esto mucho el Padre Bobadilla, y ahora sea por la cosa en sí, ahora por el modo con que la trató, el Emperador se enfadó y le mandó salir de toda Alemania, y envió un Comisario suyo con él para que le acompañase hasta Italia. Supo nuestro bienaventurado Padre que el Padre Bobadilla venia en desgracia del Emperador, y no supo la causa della. Llegado á Roma no le quiso admitir en casa hasta que supo todo lo que habia pasado, y el Emperador fué informado de lo que nuestro bienaventurado Padre habia hecho con su súbdito; y el enojo que tuvo con él se mitigó sin daño de la Compañía.

Asímismo en tiempo del Papa Paulo IV, predicando el Padre Maestro Lainez en Roma, en Santiago de los españoles, dijo unas palabras, hablando de la simonía, que, puesto caso que en su intencion no se podian reprehender por ser llanas, ciertas y verdaderas, pero porque algunos las podian interpretar mal, como dichas para reprehender las consultas que hacía Su Santidad sobre aquella materia, para reformar la Dataría sobre aquella materia, nuestro bienaventurado Padre ordenó al Padre Lainez que hiciese una diciplina para que el Papa, si lo supiese, no tuviese ocasion de enojarse contra él ni contra la Compañía.

23. Habiendo el Prior Andrés Lipomano, Patricio Veneciano, dado su consentimiento para que viniese al Colegio de Padua (que fué el primero que la Compañía tuvo en Italia) el Priorato de Santa María Magdalena de aquella ciudad, que

él poseia, y valia como dos mil ducados de renta; y habiendo hecho el Papa la anexion, con condicion que la Compañía desde luego gozase de la mitad de la renta del Priorato; nuestro bienaventurado Padre, despues (estando en aquellos principios pobrísima la Compañía), por pura gratitud de suyo le envió una patente para que gozase de toda la renta del Priorato por todos los dias de su vida, y no diese á la Compañía más de lo que fuese su gusto y voluntad; y así lo hizo el Prior, sustentando en el Colegio de Padua el número de los nuestros que allí habia, por una parte con mucha liberalidad, y por otra parte mostrando nuestro bienaventurado Padre la gratitud que se debe á los bienhechores. Despues ofreció al Prior cuatrocientos ducados de pension para un sobrino suyo, los cuales el Prior no quiso aceptar.

24. En tiempo de mucha carestía pidieron la Compañía en Roma, dos; el uno francés, que se llamaba Guillelmo, y el otro que se decia Alonso, español: estando en la primera probacion cayeron ambos malos, y el español venia de curarse en un hospital, y el francés lo habia intentado, y no lo habia podido alcanzar. Sabiendo esto nuestro bienaventurado Padre, y siendo algunos de parecer que, pues aún no estaban dentro de nuestra comun habitacion, se enviasen á curar al hospital, nunca lo consintió, ántes ordenó que se les proveyese de médico y medicinas, diciendo que pues ellos por amor de Dios dejaban el siglo, que no era justo desampararlos en su necesidad.

25. El año de 1553, pregunté yo á nuestro bienaventurado Padre, á cierto propósito, si era bien poner cárceles en la Compañía, atento que alguna vez se tienta el hombre de manera que para vencer la tentacion no basta razon, y si se añadiese un poco de fuerza pasaria aquel ímpetu, y

aquel frenesí se curaria. Respondióme nuestro bienaventurado Padre estas palabras: «Si se hubiese de tener, Pedro, solamente cuenta con Dios Nuestro Señor, y no tambien con los hombres por el mismo Dios, yo pondria cárceles en la Compañía; mas porque Dios Nuestro Señor quiere que tengamos cuenta con los hombres por su amor, juzgo que por ahora no conviene ponerlas.»

26. Aunque ayudaba de buena gana á todo género de obras pías, y daba favor para ellas dentro y fuera de Roma; todavía cuando se ofrecia alguna que tocase á la Inquisicion de España, miraba tanto por la autoridad del Santo Oficio, que no queria que se tratase della sino en su tribunal; y así, habiéndole pedido que alcanzase de Su Santidad absolucion para ciertos moriscos que despues del bautismo habian caido en errores contra la fe, aunque fácilmente lo pudiera alcanzar, no lo quiso hacer, ántes remitió el negocio al Inquisidor General, suplicándole nuestro bienaventurado Padre que los perdonase, y así se hizo.

27. Algunos Padres querian que la abstinencia del viernes que usaba la Compañía, se mudase en ayuno eclesiástico, mas nuestro bienaventurado Padre no lo consintió.

28. Habia un hermano en casa que al parecer del Ministro no andaba bien, ántes sospechaba el mismo Ministro que comulgaba con mala conciencia, y preguntó á nuestro bienaventurado Padre, si sería bien ordenarle que no comulgase. Nuestro bienaventurado Padre, viendo que aquella sospecha no se fundaba en ciertos fundamentos, dijo que no; porque si el hermano andaba fingido, la virtud del Santísimo Sacramento le descubriria, y así dentro de pocos dias reventó la apostema y se huyó de la Compañía.



ALGUNOS DICHOS

DE

NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE.



NINGUN escándalo puede haber mayor, de los religiosos para con los seglares, que saber que los de una misma Religion están en bandos, y divisos entre sí.

2. Servir al mundo con descuido y pereza, poco importa; mas servir á Dios con negligencia, es cosa que no se puede sufrir.

3. A los que se salen de la Religion, y vuelven las espaldas á Dios apostatando, no es bien ayudarles en las cosas temporales, sino para que vuelvan á la Religion.

4. Dijo que le parecia que no podria vivir si no sintiera en su alma una cosa que no era suya, ni podia ser humana, sino de Dios solo.

5. Dijo que si la perfecion consistiese en sólo buenos deseos, que no diera ventaja á hombre viviente.

6. Muy pocos hay, y por ventura no hay ninguno en esta vida, que perfetamente entiendan lo que de su parte estorba, lo que Dios, si no lo estorbase, obraria en él.

7. El comulgar con el debido aparejo á menudo, ayuda para que el hombre no caiga en

pecado grave; ó si por su flaqueza cayere, para que presto se levante.

8. Dijo que no habia ninguno en casa de quien él no se edificase, sino de sí mismo.

9. Dios Nuestro Señor suele siempre dar mucha consolacion al alma en las cosas que el demonio con mayor fuerza ha pretendido estragar y no ha podido.

10. Cuando el religioso pierde alguna cosa temporal por amor de Dios, y por conservar la paz con su prójimo, Dios Nuestro Señor por otra parte abundantemente se lo recompensa.

11. Los de la Compañía deben ser con los prójimos que tratan, como los Angeles de guarda con los que les han sido encomendados, en dos cosas: la una en ayudarlos cuanto puedan para su salvacion; la otra, en no turbarse ni perder su paz, cuando, habiendo hecho lo que es en sí, los otros no se aprovechan.

12. Ningun yerro es más perniciososo en los maestros de las cosas espirituales, que querer gobernar á los otros por sí mismos, y pensar que lo que es bueno para ellos es bueno para todos.

13. El hombre bien mortificado y que ha vencido sus pasiones, mucho más fácilmente halla en la oracion lo que desea, que el inmortificado é imperfeto. Y á esta causa hacía nuestro bienaventurado Padre tanto caso de la mortificacion, y la preferia á la oracion, que no tiene por fin el mortificarse, y por este medio unirse con Dios.

14. El religioso que tiene obediencia de voluntad, y no de entendimiento, no tiene sino un pié en la Religion.

15. El tiempo de la mañana es mejor para tratar con los seglares de cosas espirituales y de su aprovechamiento; y el de despues de comer, para pedir las cosas de gracia ó temporales.

16. Cuando se ofrecen cosas mal hechas ó desbaratadas en el gobierno de la República, lo que debemos hacer es, encomendarlas muy de veras á Nuestro Señor, y pensar de qué le habremos de dar cuenta en el dia del juicio, y atender á nuestros ministerios con vigilancia, para dársela buena cuando nos la pidiere.





ORACION

AL GLORIOSO SAN IGNACIO DE LOYOLA,

COMPUESTA POR EL

PADRE PEDRO DE RIVADENEIRA.

PADRE mio dulcísimo, sacerdote santo, confesor ilustre, capitan esforzado, ministro fiel de Dios, patriarca glorioso de tantos hijos! ¡Oh Ignacio amabilísimo, gloria de nuestro siglo, ornamento de tu Religion, amparo y defensa de la Santa Iglesia Católica, la cual por tí y por tus hijos dilataste, y hasta hoy dia no cesas de amparar y amplificar! Padre, á quien entre todos los amados y escogidos de Dios, con particular amor y devocion mi ánima revreencia, y despues de su benditísima y purísima Madre, y de mi ángel de guarda, en quien con entrañable devocion tiene puesta su confianza; á vos acudo, á vos doy voces, y postrado ante vuestros piés, en este valle de lágrimas, en este abismo de mis pecados y miserias, pido socorro. Mirad, alma santa, con ojos de piedad, á esta ánima pecadora; mirad, Padre dulcísimo, con benignidad á este vuestro inútil y

desaprovechado hijo; pues estais en el puerto seguro, acordaos de los que todavía navegamos por las ondas y peligros deste mar tempestuoso; y pues ya gozais del premio de vuestras victorias y peleas, dad la mano á vuestros soldados, que están rodeados y apretados de sus enemigos.

Por aquella soberana é inestimable gracia con que andando vos envuelto y anegado en vuestras vanidades, el Señor os previno, y llamó, y trocó, y esforzó y escogió, y os hizo tan glorioso en la tierra y en el cielo, os pido, ruego y suplico que me alcanceis perdon de mis innumerables y graves pecados, con los cuales ofendia á la Divina Majestad, ántes que yo os tomase por Maestro y Padre, y alumbrado con el rayo y luz del cielo, comenzase á ver y aborrecer el estado miserable en que estaba mi ánima pecadora.

Por aquel espíritu admirable y divino con que os vistió y enriqueció el Señor, para que como un animoso y robusto gigante corriésedes vuestra carrera, y resistiésedes con espantosa constancia á todos los golpes de la desnudez y pobreza, de la penitencia y aspereza, de las persecuciones y aflicciones, de los trabajos y peligros, de los dolores y afrentas que pasastes y vencistes en el discurso de vuestra vida; por su amor os pido que supliqueis al mismo Señor que las venció en vos, que me perdone á mí mis flaquezas, desmayos y regalos, y que de aquí adelante levante mi espíritu caido, y le esfuerce para que en algo os pueda imitar.

Por aquella sabiduría y luz inexplicable con que Dios adornó y esclareció vuestra ánima y le infundió la traza y modelo desta Religion que fundastes, y un instituto y manera de vida tan santa, tan perfecta, tan cabal, tan proporcionada á nuestra flaqueza, y tan conveniente á nuestros

miserables tiempos, humilmente os suplico, Padre amantísimo, que á mí y á todos vuestros hijos presentes y por venir nos impetreis del Señor que es fuente de luz y os comunicó á vos esta luz soberana, para que veamos las luces y resplandores que en este Instituto se encierran, para amar, estimar y guardar entera y puramente con grande solicitud y cuidado lo que de tan alta mano por la vuestra recibimos.

Por aquel amor infinito y entrañas de piedad con que el Señor os hizo padre de tantos hijos, y instituidor y fundador desta mínima Compañía de Jesus, y con vuestro espíritu, prudencia y valor la derramó y la extendió por toda la redondez de la tierra, para que vuestros hijos resistiesen á los herejes, y alumbrasen á los gentiles, y reformasen y renovasen á los católicos cristianos, y hiciesen el fruto maravilloso que han hecho en todas las partes del mundo; que pidais é supliqueis al mismo Señor que conserve y lleve adelante lo que ha comenzado; que despierte y renueve en los hijos el espíritu y celo fervoroso de su padre; que nos vista á todos del espíritu de la santa pobreza; del menosprecio de nosotros mismos y del mundo, y de una fina y abrasada caridad, para contrastar por su amor todas las dificultades y peligros que se nos ponen delante en tan gloriosa conquista.

Alcanzadnos una oracion contínua y fervorosa, una mortificacion de nuestras pasiones severa y prudente; un trato entre nosotros amoroso, pacífico y llano; con los prójimos recatado, circunspecto, grave, espiritual y agradable; una pureza y castidad angélica; una sed insaciable del bien de las ánimas, y de padecer por ellas trabajos, persecuciones y afrentas; una paciencia invencible, una mansedumbre benigna, una perseverancia

hasta el cabo, y finalmente, un espíritu imitador de vuestro espíritu y una gracia tan universal y tan perfecta, que, si no igualare, á lo ménos sea semejante y hija de la que recibisteis para vos y para nos de la mano de vuestro buen Padre y Señor.

Dad á nuestros superiores espíritu de verdaderos y espirituales padres; á los súbditos de perfecta obediencia; á los que enseñan, de sabiduría; á los que aprenden, de humildad; á los predicadores, de celo sóbrio y discreto; á los confesores, de compasion y eficacia para curar las llagas de los pecadores; á los que andan entre herejes, de fe y constancia; á los que por amor del Señor se destierran de su patria, y desamparando todas las cosas deste mundo, van por tantos peligros de mar y tierra á buscar otro nuevo mundo, y en él las ánimas ciegas, para alumbrarlas con nueva luz del santo Evangelio, dadles un espíritu apostólico y una fortaleza insuperable; á nuestros novicios, conocimiento y estima de su vocacion; á los coadjutores, devocion humilde y humildad devota; y sobre todo, dadnos aquella pura y sencilla intencion en todas nuestras obras de la mayor gloria divina, que vos pretendistes y buscastes, y es el blanco de vuestro instituto, y el meollo, raiz y fundamento de todo lo que nos enseñastes á todos vuestros hijos.

¡Oh Padre santo, oh Padre bienaventurado! Dadnos una parte de vuestro espíritu, que por pequeña que sea, bastará para todos, y por mucho que con ellos repartais, siempre se os quedará sin menoscabo, seguro y todo entero, como el espíritu de Moisés que repartió con los setenta y dos ancianos. Y digo que deis, porque puesto caso que el Señor es el autor y donador y fuente de todos los dones, de la cual se deriva todo lo bueno y

perfecto en el cielo y en la tierra, pero estais vos tan conjunto con esta fuente de vida, y agradastes tanto á este Señor, que no dudo sino que alcanzareis todo lo que suplicáredes para beneficio de los devotos é hijos que el mismo Señor os dió; el cual vive y reina por los siglos de los siglos.—Amen.»

A. M. D. G.



ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN MADRID EN CASA DE MANUEL TELLO Á XXII DIAS DEL MES DE ABRIL DEL AÑO DEL SEÑOR DE MDCCCLXXX, ANIVERSARIO DE LA SOLEMNE PROFESION QUE HIZO SAN IGNACIO EN ROMA.

